

ÉTIENNE PIVERT DE
SENANCOUR
Obermann

Con los prefacios de Sainte-Beuve y George Sand



Lectulandia

Libro de cabecera para autores de la talla de Balzac, Baudelaire o Proust, *Obermann* ha permanecido durante años casi desconocido para el gran público, mientras era objeto de culto por parte de una minoría selecta de lectores. Tal vez uno de los libros más representativos del Romanticismo que existen, tanto por su sensibilidad hacia los paisajes sublimes de los Alpes suizos como por su análisis de un Yo dividido entre el entusiasmo y el tedio, la contemplación extática de la belleza y la melancolía depresiva, *Obermann* merece estar situado, junto a *Werther*, *Frankenstein* y *René*, entre los mejores textos románticos. Esta edición, acompañada de introducción y notas, recupera, junto a la traducción realizada por Ricardo Baeza, los prólogos originales de Sainte-Beuve y George Sand para las ediciones de 1833 y 1840, respectivamente, de la novela.

Lectulandia

Étienne de Senancour

Obermann

ePub r1.0

Titivillus 23.02.2019

Título original: *Oberman*
Étienne de Senancour, 1804
Traducción: Ricardo Baeza
Edición y notas: Eduard Cairol Carabí

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

EDUARD CAIROL CARABÍ

Introducción

Obermann, o las meditaciones de un rousseauniano nihilista

A Antoni Mari, camino de Vincennes... y de Combray.

I

A lo largo del año 1855, instalado ya en Weimar y beneficiario de una notable reputación, el pianista y compositor Franz Liszt emprendió la reordenación de algunas de sus obras anteriores para piano solo, en su mayoría de circunstancia, con vistas a su próxima publicación. A fin de proporcionar al conjunto una estructura coherente más allá de la diversidad de los materiales acumulados durante casi quince años, entre 1835 y 1849, Liszt agrupará sus viejas composiciones en dos cuadernos, más un suplemento al último de ellos, cada uno de los cuales está consagrado a un país o, mejor dicho, al *genio* de una determinada tierra, pues las fuentes de inspiración incluyen en cada caso motivos paisajísticos pero también literarios y, excepcionalmente, pictóricos. El segundo grupo de composiciones, posterior en el tiempo y más complejo estructuralmente, reúne las obras inspiradas por Italia, con referencias explícitas a las ciudades de Venecia y Nápoles, así como a Petrarca, Dante y el extravagante pintor Salvatore Rosa. El primero de los así denominados por Liszt *Años de peregrinaje* —pues tal es el título del conjunto, en sintonía con una época que, tras asistir a los grandes movimientos de masas provocados por la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas, ha hecho del viajero sin rumbo fijo o *Wanderer* el tipo humano por excelencia—, queda por lo tanto reservado a Suiza, en una paridad que revela claramente las modas del momento.

La principal fuente de inspiración parece ser aquí, sin lugar a dudas, el paisaje: Ginebra, el lago de Wallenstadt, la capilla de Guillermo Tell, pero, asimismo, los manantiales de alta montaña o los verdes prados que atraviesan los pastores con sus rebaños desfilan por las páginas de Liszt. En principio, no hay rastro de escritor alguno. Pero en vano hallaríamos en un mapa el valle de Obermann, al que está dedicada una de las composiciones, pues se trata, como el lector habrá adivinado, de una referencia al protagonista de la obra homónima de Senancour, cuya segunda edición, de 1853, prologada por el célebre crítico Sainte-Beuve, causó sensación en el

círculo de la recién nacida «escuela romántica», provocando una ola de *peregrinaciones* al domicilio del autor, entre ellas la de George Sand, el escultor David d'Angers o incluso el propio Liszt. Única referencia literaria de su ciclo helvético —equiparado así a los *Sonetos* de Petrarca y a la obra de Dante, pero sin compartir, como ellos, su papel de fuente de inspiración del compositor—, *Obermann* acapara además la partitura más extensa y compleja, con mucho, de toda la colección, con doce minutos de duración. En ella, el compositor parece pasar revista a una amplia gama de estados de ánimo que van desde el entusiasmo a la desolación, representados a través de una sucesión de motivos de una levedad casi aérea o bien de una gravedad en modo *ostinato*, capaces de sugerir con gran eficacia toda la complejidad de una alma prisionera de su ideal. Y todavía, tras una égloga que nos recupera de la penosa travesía por el *Valle de Obermann*, los más de cinco minutos de *Le mal du pays*, sin duda la composición más intimista, sugestiva y formalmente atrevida del conjunto, con sus notas suspendidas entre largos silencios, nos devuelven a la geografía puramente interior del personaje de Senancour para dibujar un paisaje dilatado pero opresivo, vacío, solitario y asfixiante a la vez. Y, por un efecto de contagio, la práctica totalidad de las composiciones de este *Primer año* se nos aparecen como hilvanadas por el recorrido topográfico y vital de Obermann y surgidas a partir de la novela como de su principal fuente de inspiración.

Pero ¿cuál es esa obra, hoy casi desconocida, sobre la cual se sostiene, en realidad, la primera mitad de un ciclo pianístico como los *Años de peregrinaje*?, ¿Quién ese autor, hoy prácticamente olvidado, que ha sido capaz de fecundar hasta ese punto la imaginación de Liszt, un músico con ilustres referentes literarios, entre los que figuran ni más ni menos que Dante o Goethe?

II

Efectivamente, cuando se cumplen exactamente doscientos cinco años de su primera aparición en escena, hoy ya nadie, o casi nadie, se acuerda de *Obermann*. En realidad, así ha sido siempre. Sin embargo, ya el propio Marcel Proust parece haber afirmado, en un texto inédito: «Senancour soy yo^[1]». Como se ha señalado con toda justicia, los historiadores de la literatura tal vez han olvidado con un exceso de irresponsabilidad a Senancour, recuperado tan sólo muy tardíamente^[2]. En contraposición con esta escasa fortuna crítica, una obra como *Obermann* ha sido el libro de cabecera de insignes autores como madame de Staël, George Sand, Hugo, Balzac, Lamartine, Nerval, Musset, Stendhal e incluso Baudelaire. Todo ello puede ser debido a múltiples factores, oportunamente señalados por los historiadores: desde la ingrata ubicación histórica de Senancour, a medio camino entre el siglo XVIII y el Romanticismo, hasta un talante de *pensador* que dificulta por igual su inserción tanto

en la historia de la literatura como en la de la filosofía, pasando en fin por una personalidad ajena a cualquier aptitud para la autopromoción y muy probablemente también a todo interés mediático, al contrario, pongamos por caso, que su coetáneo Chateaubriand.

Nos hallamos, pues, frente al caso de un autor y de una obra casi ignorados por la mayoría, pero degustados con fruición por los paladares más exigentes como un manjar selecto a lo largo de sucesivas generaciones. Fallecido Senancour en 1846 entre la indiferencia general, sin el precedente de *Obermann* resulta, no obstante, muy difícil concebir la obra de Proust, con su detenido análisis de los estados internos, la gran importancia concedida a los recuerdos de la infancia y una modalidad de escritura llamémosla *expandida*, porosa a la contaminación del ensayo filosófico o de la crítica literaria, que cabría considerar, por su carácter altamente idiosincrático, reflejo y al mismo tiempo medio para el despliegue del *yo*, el cual, por lo tanto, más que ofrecerse o exhibirse a lo largo de la obra, podemos afirmar que *se busca o se constituye* a sí mismo a través del lenguaje y gracias al lenguaje, pues acaso no sea otra cosa que *lenguaje*, relato o, en definitiva, obra de creación, de *arte*.

Así pues, la profunda modernidad de *Obermann* descansa, sin lugar a dudas, en su inserción en esa tradición que se ha convenido en llamar de la «literatura del yo», cuyos precedentes más ilustres se remontan a Montaigne y, aún antes, a san Agustín y a los antiguos maestros de la dirección espiritual, tales como Séneca, proyectados a la condición de precursores del espíritu moderno por Rousseau y todos ellos muy presentes en la obra de Senancour, así como en la del propio Proust. Publicado por primera vez

Obermann, o las meditaciones de un rousseauniano nihilista en 1804, *Obermann* es, en gran parte, descendiente directo de Rousseau, autor relacionado cronológicamente con la Ilustración, pero cuyo pensamiento y personalidad, inclinados a una introspección con frecuencia misantrópica y melancólica, a la libre divagación, al sentimentalismo y al goce estético de la naturaleza, constituyen sin duda el germen del futuro Romanticismo. Como *Julia o la nueva Eloísa*, de Rousseau, publicada con enorme éxito en 1761 y subtitulada *Cartas entre dos amantes que vivieron en una pequeña ciudad al pie de los Alpes*, la obra de Senancour presenta también una estructura epistolar y está ambientada, principalmente, en Suiza. Como el autor de las *Ensoñaciones del paseante solitario*, *Obermann* —neologismo creado por Senancour a partir de raíces germánicas, que significaría algo así como «hombre de las cumbres» pero también «hombre superior»— se ha visto forzado a abandonar una sociedad en la que no encaja para buscar refugio en la soledad de la naturaleza, donde acaso momentos privilegiados de comunión con el universo puedan proporcionarle la ilusión de felicidad e incluso un vislumbre de experiencia religiosa. Pero, al igual que en el caso de las *Confesiones*, el empleo fundamental de nuestro héroe no parece ser otro que el descubrimiento, la exploración y la expresión de su propio *yo*. Senancour, nacido en 1770, es autor

incluso de unas *Rêveries* —cuya redacción y correcciones sucesivas se entrecruzan con las de su *Obermann*— que adoptan con frecuencia el mismo tono, entre contemplativo y meditativo, de las de Rousseau. Y, sin embargo, el paralelismo entre ambos autores debería detenerse aquí, bajo pena de pasar por alto las aportaciones más originales de Senancour a la literatura contemporánea.

No hay duda de que la influencia de Rousseau es fundamental en el caso de Senancour, al igual que en el de la mayoría de autores de su generación, que ha sido denominada incluso «la segunda generación rousseauiana^[3]». A pesar de ello, dicha influencia no parece haberse dado sino tardíamente en el autor de *Obermann* y por la mediación de Bernardin de Saint-Pierre, el principal discípulo de Rousseau, y particularmente de su novela *Pablo y Virginia*, de 1786. La afinidad de nuestro autor con el escritor de *El contrato social* sería, por tanto, según los estudiosos, mucho más una afinidad espiritual fundada en la naturaleza y el carácter, que no de un tipo intelectual^[4]. Claro está que, más tarde, Senancour ha accedido a un conocimiento de primera mano de Rousseau, sobre todo de sus dos discursos: *Sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* y *Sobre las ciencias y las artes*. Pero la orientación de Senancour ya estaba decidida, y en esto, como en tantas cosas, desde una edad muy temprana. En todo caso, sus dos primeras obras (*Primeros tiempos. Incertidumbres humanas* y *Sobre las generaciones actuales. Absurdidades humanas*), publicadas en 1792 y en 1793, manifiestan ambas una fuerte influencia rousseauiana, especialmente en lo relativo a la concepción de una *edad de oro* de la humanidad en su estado de naturaleza y al alejamiento progresivo de dicha felicidad original con el devenir de la historia. Inclusive, la heroína de su siguiente obra —con la que puede darse por concluido este periodo juvenil—, la novela *Aldomen o la dicha en la oscuridad*, del año 1795, adopta el nombre de Julie en explícito homenaje a *Julia o la nueva Eloísa*, amén de su misma estructura epistolar y un desarrollo parecido. Diríase que Rousseau —y, subsidiariamente, Bernardin de Saint-Pierre...— ha proporcionado a Senancour una concepción relativamente sistemática donde encajar sus propias intuiciones más enraizadas acerca del ser humano y la sociedad. Pero, en determinados momentos, *Aldomen* se aleja ya del optimismo tan dieciochesco del filósofo ginebrino, anticipándose así a *Obermann*, con respecto al cual constituye un auténtico banco de pruebas.

III

Como ha observado Béatrice Didier^[5], las casi noventa cartas (con una más para cada nueva edición) que componen la obra pertenecen a un único corresponsal, el epónimo del título, y nunca se nos da a conocer respuesta alguna a las mismas. Se trata de una radicalización de la estrategia adoptada ya por el autor en su anterior

novela, *Aldomen*, nuevo neologismo que cabría traducir esta vez por «hombre sabio». Según advierte acertadamente Didier, se subvierte de este modo un elemento esencial de la novela epistolar del siglo XVIII, tal y como se da en Lacios, Samuel Richardson y el propio Rousseau, en respuesta a las demandas de autenticidad y sinceridad de la época, a saber, la sociabilidad. Efectivamente, todas las obras del siglo participan aún del optimismo propio de la Ilustración, en virtud del cual el ser humano está destinado a la felicidad en el marco de una comunidad racionalmente organizada. Pero nada de eso se encuentra ya en *Obermann*, cuya pequeña sociedad de Imenstrom —lugar utópico donde se adivina un eco del Clärens de *Julia o la nueva Eloísa*— acaba por verse reducida al final de la novela a la mínima expresión, limitada a la presencia de Fonsalbes junto al autor de las cartas. El intercambio apasionado de sentimientos entre corazones afines ha sido sustituido por la expansión de un espíritu atormentado por su propia soledad, a medio camino entre la disciplina cartujana y una *a urea mediocritas* burguesa.

Tal y como anota una vez más certeramente Didier, el diálogo epistolar, que en su día alumbrara el nacimiento de la subjetividad moderna, resulta aquí negado en su misma raíz por el monólogo propio de un *yo* romántico totalizador y solipsista, incapaz de ir más allá de sí mismo. En todo ello, el *Obermann* de Senancour parece más cercano a otra novela epistolar de la época, el *Hiperión* de Hölderlin, cuyo protagonista ha renunciado también a toda forma de utopía societaria para proyectar su primitivo ideal de plenitud en el ámbito exclusivo de la contemplación estética —y, por lo tanto, privada— de la grandiosidad de la naturaleza. En todo caso, la novela se erige en uno de los primeros y tal vez incluso más completos «retratos del alma romántica» —por utilizar la expresión de Ada Bimonte— *avant la lettre*, con toda su prolija exploración de los estados de ánimo del protagonista elevados así a la categoría de casi exclusiva materia narrativa, de único *tema* de la obra, y con la tonalidad vagamente atormentada que caracterizará a la poesía del Romanticismo^[6]. Se trata del *yo* que, como consecuencia de una larga evolución histórica^[7], ha accedido durante la época moderna a una posición de absoluta *centralidad* hasta el punto de —como se ha dicho en alguna ocasión— *devorar* el mundo.

No resulta en absoluto extraño, por lo tanto, que la naturaleza experimente también, por su parte, un parecido cambio de escala en la obra de Senancour. Es así como los valles risueños y tapizados de verde césped de *La nueva Eloísa* y las frescas y umbrías soledades de las *Ensoñaciones* rousseauianas son sustituidas en *Obermann* por el paisaje de la alta montaña, con sus cumbres de nieves perpetuas y sus impresionantes glaciares. Se trata de un cambio de escala anunciado, por supuesto, por el gusto de la época y que se expresa en la preferencia de lo sublime sobre lo bello, formulada primero por el británico Burke y posteriormente, de un modo más sistemático, por Kant. Lo sublime, lejos de identificarse con lo sumamente bello, es ahora sinónimo de la nueva belleza descubierta en la inmensidad y la desproporción, de lo bello infinito de Jean-Paul y la estética alemana de principios

del siglo XIX o, como proclamará ya más tarde Baudelaire, de lo *bello moderno*. *Bellos* son, al decir de Kant, los parterres floridos y las suaves ondulaciones de un paisaje bajo el sol de primavera. Son *sublimes* el silencio y la soledad del bosque en la oscuridad de la noche o el escalofrío de vértigo que despierta en nosotros una cumbre nevada, alzándose desafiante contra el cielo, como *sublimes* son asimismo el crujir del hielo en los glaciares eternos o el fragor del viento a miles de metros de altitud. Resulta muy significativa en este sentido la estética musical esbozada en la novela, con la preferencia otorgada a la melodía pura por su capacidad para evocar un *sentimiento de lo infinito*. La Suiza de *Obermann* es así, por lo tanto, el país recién *descubierto* por la generación romántica: la Suiza del Mont Blanc^[8], que ha sido coronado por primera vez en la época moderna no hace mucho tiempo, la Suiza de los castillos encaramados en escarpados picos sobre los lagos de agua gélida y negruzca, la Suiza de los desfiladeros y pasos angostos a través de los Alpes, la Suiza, en definitiva, retratada por los primeros viajeros de Inglaterra y del continente, como Wordsworth, Byron o los esposos Shelley, que alimentarán un incipiente negocio de refugios, guías y expediciones de montaña, a partir de finales del siglo XVIII. Béatrice Didier, en su muy documentado estudio sobre *Senancour romancier*, ya aludido anteriormente en estas páginas, ha señalado las principales fuentes de Senancour a este respecto, fuentes que van desde el temprano poema *Los Alpes*, del suizo Haller, hasta las más recientes crónicas de viaje de Saussure o Bourrit^[9]. Pero, tal y como sucede también con otros géneros novelísticos emparentados con *Obermann*, este defrauda las expectativas suscitadas en las primeras páginas y, tras una primera parte susceptible de ser interpretada como un relato de viajes, subvierte las convenciones del género al situar su continuación en el diminuto escenario del bosque de Fontainebleau y, al fin, en la inexistente localidad de Imenstrom, con lo que acaba deslizándose hacia la novela utópica.

El trayecto a través de tierras suizas realizado por *Obermann* está jalonado de estampas de este tipo, muy al gusto romántico, de una naturaleza agreste donde el yo puede ver reflejada su propia inmensidad. En efecto, los paisajes sublimes ofrecen al viajero por encima de todo la posibilidad de tomar contacto consigo mismo, de descubrir su yo más auténtico, oculto o desapercibido en el seno de la sociedad. El viaje del *Wanderer* o caminante, tal vez el arquetipo humano más importante del Romanticismo, es, pues, un viaje al interior o en pos de sí mismo; un trayecto emprendido para dar alcance al yo a través de sus reflejos en la naturaleza; así el periplo de *Obermann*, trufado de revelaciones y momentos privilegiados en los que, paradójicamente, se descubre la naturaleza vacía del yo. De este modo, y como también ha señalado Didier, el itinerario de nuestro héroe es en realidad un viaje de iniciación, un peregrinaje en busca de sí mismo que ha de quedar forzosamente inacabado, sin conclusión posible, pues el yo no es una esencia cerrada sobre sí misma, sino más bien algo cuya naturaleza consiste en hacerse a sí mismo, en crearse a través de su propia persecución. Todo viaje es, entonces, iniciático y todo relato de

un viaje es, como el propio de Senancour, una *novela de formación* en el sentido estricto, pues es a través de la búsqueda cómo el yo se autoconstituye. No son de extrañar, entonces, ni el carácter abierto de la conclusión del libro, ni la impresión de fragmentariedad que las cartas producen en el lector debido a sus cambios de tono y de objeto, a sus elisiones y a sus hiatos. Todo en el tejido de *Obermann* trabaja en favor de esta disolución de su urdimbre. Las cartas que lo componen han llegado a ser vistas como una sucesión de fragmentos a través de los cuales el yo pugna por su autoposesión, en clara referencia a uno de los principales artículos de la poética del primer romanticismo alemán, es decir, el de la *fragmentariedad* de toda obra literaria en comparación a la *aspiración infinita* que encierra^[10].

Nada que ver, por tanto, con la pretensión de exhaustividad y la voluntad totalizadora propias del género autobiográfico clásico, tal y como lo encontramos representado, por ejemplo, en las *Confesiones*. No debería sorprender tampoco, desde este punto de vista, la cercanía de Senancour a un autor como Montaigne, cuya colección de *Ensayos*, consagrados según confesión propia a la búsqueda de sí mismo, parece haber actuado como una de las principales fuentes del *Obermann*, todo ello hasta el punto de que el índice temático incluido en la primera edición de la obra (y descartado de las posteriores) invitaría a una lectura de la misma como una réplica a los *Essais*^[11]. Ni tampoco tendría por qué extrañarnos, en fin, el obsesivo trabajo de reescritura por parte del autor —que se prolonga entre 1804, año de la primera edición, y 1840— o el proyecto, siempre diferido, de una segunda parte para su obra. Y es que tan sólo una forma *abierta* puede corresponder de manera adecuada a un yo que se aprehende a sí mismo como una *tarea infinita*.

IV

Aunque Obermann parece haber huido a Suiza para no tener que abrazar una profesión contraria a sus inclinaciones (al igual que el propio Senancour) contraviniendo, así, la primacía romántica del yo, el principal conflicto a que se enfrenta el protagonista es, por lo tanto, consigo mismo. Obermann es uno de los más eximios representantes de esa *enfermedad moral*, propia de los principales héroes modernos, que corrompía también el espíritu de un Werther o un René, los personajes, respectivamente, de Goethe y Chateaubriand. Así por lo menos lo entendió la crítica literaria de su época, y a partir del prólogo de Sainte-Beuve a la edición de 1833, y, más tarde, de George Sand a la de 1840, ambos reproducidos en apéndice al final del texto, donde se compara a Obermann con sus dos ilustres predecesores. Obermann sería según esto uno de los exponentes del mal-del-siglo, causado por la desproporción entre lo infinito del deseo y lo limitado de su realización. Sin embargo, *Obermann* no parece deber nada a *René*, publicado por

Chateaubriand el mismo año 1804, por cuanto la génesis de la obra se remonta a un periodo muy anterior, hacia 1795, durante el cual Senancour parece, en cambio, haber experimentado en propia carne no sólo la melancolía depresiva sino incluso la tentación del suicidio —de lo cual se haría eco la larga carta susceptible de ser interpretada como un verdadero *ensayo* sobre el tema, digno de Montaigne—.

Más bien estamos ante la tematización —realizada, eso sí, con particular acuidad— de un conflicto típicamente moderno, que parece acompañar al *yo* casi desde el preciso instante de su *descubrimiento*, y en virtud del cual este se ve zarandeado entre un entusiasmo momentáneo y la postración y el tedio casi permanentes, no pudiendo hallar reposo en parte alguna y siendo, así, finalmente, arrojado a la nada. *Nada* conseguido, *nada* logrado, *nada* que pueda colmar el inmenso abismo abierto entre la realidad y el deseo. Tal es la terrible conclusión de Obermann anticipándose a los más ilustres nihilistas modernos, desde Leopardi a Baudelaire.

Pero se subvierte una vez más, de este modo, otro de los pilares fundamentales de la novela de formación o *Bildungsroman*, en la que el proceso de maduración del protagonista culmina con el descubrimiento de su propia *identidad*. No hay, aquí, tal cosa, antes bien el terrible descubrimiento de la falta de una identidad cerrada, de la ausencia de un *yo* acabado, susceptible de ser conocido por sí mismo. Todo lo que el *yo* puede saber de él es que se trata de una dislocación, que consiste esencialmente en esa desproporción, en esa *incompletud* que lo aqueja como una *enfermedad* y que es el tema de las grandes creaciones románticas, como *William Lowell*, de Tieck, o *Titan* de Jean-Paul. Y también que *la formación* del *yo* o acceso a la autoconciencia consiste —como afirma la filosofía del así llamado Idealismo alemán, coetánea de Senancour, desde Fichte hasta Hegel— en una *tarea*, una continua creación a la que, por lo tanto, corresponden, por antonomasia, un temperamento y una vocación de naturaleza creativa, *artísticos*.

Así, en las últimas cartas del libro, Obermann toma conciencia de su propia vocación como escritor, de su voluntad de dedicación al arte como lógica conclusión de todo su itinerario biográfico y espiritual, llegando incluso a trazar en esbozo un programa de su futura producción que, abrazando diversos géneros, se corresponde con el catálogo de la obra futura de Senancour.

Se cierra así —en un hermoso bucle que prefigura de nuevo la decisión final del narrador de *La recherche...* de consagrar su vida a la escritura—, de modo paradójico, la trayectoria de Obermann, quien sólo alcanza, al final de su *quote*, de su búsqueda simbólica, el saber —tal vez el único que merezca llamarse así— de su propia ignorancia y de la capacidad única del arte para mediar y contribuir al proceso de la autoformación que es a la vez autodescubrimiento, pues nada hay más allá de la libertad originaria, realizada y actualizada de manera suprema a través del acto creativo.

Pero, al fin y al cabo, esta especie de *naufragio* del *yo* a medio camino entre el todo y la nada constituye la expresión a otro nivel del conflicto mucho más general

provocado por el cuestionamiento sistemático y finalmente la desaparición de aquel horizonte donde dicho *yo* podía ver satisfecha su *ansia de absoluto*, o sea, por la así llamada *muerte de Dios*. En este sentido, el caso de Senancour resulta especialmente paradigmático. Perteneciente todavía en muchos aspectos al siglo XVIII, comparte con los filósofos de la Ilustración su crítica a las religiones dogmáticas tradicionales, pero, a diferencia de ellos y como consecuencia de los recientes acontecimientos políticos en Europa, ya es totalmente incapaz de abrazar su optimismo. Al mismo tiempo, forzado por la evolución del pensamiento a dejar atrás el deísmo de los racionalistas, su misma formación filosófica le impide regresar al dogma cristiano o aventurarse por el proceloso camino del espiritualismo sincrético, tal y como harán muchos de sus contemporáneos a lo largo del siglo XIX. En fin, espejo privilegiado de la contradicción entre el deseo de creer y la imposibilidad racional de hacerlo propios del hombre moderno, Senancour oscilará perpetuamente entre los dos extremos^[12]. De ello da testimonio, sin lugar a dudas, *Obermann*, cuyo protagonista se nos aparece dividido entre una ardiente sed de absoluto y las constantes recaídas en el infierno de la incredulidad.

Se trata de una alternativa situada en el corazón mismo de la obra de Senancour y, de una manera especial, en sus trabajos más filosóficos, como las *Meditaciones sobre la naturaleza primitiva del hombre* y sus más tardías *Libres meditaciones*, donde los estudiosos han querido encontrar atisbos de un posible retorno del autor a la religión. Y, sin embargo, no parece que pueda hablarse de tal cosa, al menos en un sentido propio. A decir de los especialistas, Senancour llega, como máximo, a sostener una especie de *escepticismo positivo*^[13], en virtud del cual la negación de determinados misterios es tan aventurada, al menos, como su afirmación. No existe, por desgracia, un paraíso en esta tierra, ni existirá nunca. Y, no obstante, es preciso no dejar de soñar despiertos, pues, mientras lo hacemos, dicho paraíso *es*. Cuando, adentrándonos por los caminos de la *analogía* universal, contemplamos el mundo como una unidad, ese ideal de plenitud y armonía se convierte en una *realidad*.

V

Se trata de una actualización del principio de todas las sabidurías y espiritualidades en virtud del cual sólo lo semejante conoce a lo semejante y, por lo tanto, lo divino no se revelaría más que a sí mismo. Una especie de *fe poética* —para decirlo con las palabras de Wordsworth— que afirma el poder de revelación de la palabra y la mirada (la *visión*) del poeta. Aunque, ciertamente, Senancour, tal vez debido a su formación ilustrada, no llega nunca a afirmar expresamente dicho poder, el conjunto de su obra en general, y *Obermann* en particular, destilan esta *desesperada esperanza* que, más allá de cualquier utopía social, confía la *realización*

del ideal a los instantes privilegiados de *contemplación* generalmente en el seno de la naturaleza. La *sensibilité* dieciochesca y el titanismo prometeico se reencontrarían así en la figura del *temperamento poético* o el *genio*, capaz de actualizar en sus visiones el plan originario de Dios y de deshacer el tortuoso camino de la historia, nuevamente en dirección al paraíso original rousseauniano^[14].

Desde la perspectiva ganada en este último tramo de nuestra exposición, *Obermann* se nos antojaría mucho más como una verdadera novela de iniciación, tal como ha sido definida por Cellier^[15], es decir —y más allá de la presencia o no de una revelación positiva al final del recorrido iniciático—, como el relato de una *conversión* por parte del protagonista, y entendiendo por tal aquella alteración sustancial de las expectativas vitales que desemboca en una reorientación fundamental de la propia existencia futura. A la vista de ello, deja de resultar sorprendente el inicio abrupto de la obra, con una *huida* de la sociedad para adentrarse en el *desierto* de la Suiza menos frecuentada por el hombre. O su estructura dialéctica ternaria, vagamente hegeliana, con el sometimiento del protagonista a lo que bien podríamos considerar como una sucesión de *pruebas* al estilo de las iniciaciones masónicas (bien conocidas por el autor, tal y como se desprende de sus *Anotaciones enciclopédicas*), entre las que se incluye una verdadera *noche del espíritu*, una auténtica *mors mystica* como es el periodo forzosamente pasado por el protagonista en Francia entre su primer viaje a Suiza y el retorno al país para fundar una pequeña comunidad en Imenstrom. Se entenderían mejor, así, también, los tres episodios del texto que merecen ser considerados como *revelaciones* (la así llamada por el propio narrador «noche de Thièle», su ascenso en solitario a la muela del Mediodía y la aventura final, incorporada sólo en la última edición), episodios que tienen en común el protagonismo de la montaña, símbolo universal de elevación que traduce en términos físicos un esfuerzo de carácter moral y una progresión de naturaleza esencialmente espiritual. Por último, cobrarían así todo su significado tanto la presencia —ya señalada— en el texto de abundantes juegos de palabras (*Obermann*, *Imenstrom*, etcétera) o incluso la extensa carta final sobre el misterioso mundo de las flores (siendo como es el hermetismo una de las condiciones de toda comunicación o transmisión de conocimientos esotéricos...), como las referencias del autor a Pitágoras (incluyendo una larga reflexión sobre numerología), Paracelso y otros célebres alquimistas, y a la obra *La naturaleza de las cosas*, de Louis-Claude de Saint-Martin, el conocido iluminista francés, punto de engarce entre romanticismo y ocultismo, y en quien Senancour podría haber hallado —en la opinión de los especialistas, como Viatte— un marco general donde encajar su propio anhelo de *salvación*^[16].

Efectivamente, Saint-Martin constituye, con toda probabilidad, una de las figuras más influyentes de la época, cuyas doctrinas se reencuentran aquí y allá en los más diversos autores, y, sin lugar a dudas, tal vez la influencia más poderosa —junto a Rousseau— sobre la obra de Senancour^[17]. De hecho, existe una asombrosa

correlación entre ambos autores, desde el punto de vista de este último. Esto en el sentido que Saint-Martin parece proyectar a un plano metafísico, ontológico, lo que en Rousseau aparecía limitado al plano social y, en fin, político. La edad de oro, la plenitud y la felicidad humanas corresponden ahora a una realidad cósmica, a la condición a la que el hombre estaba destinado —y que, de hecho, llegó a conocer— con anterioridad a su alejamiento de Dios. Tal es el *conocimiento* en que parece consistir la iniciación de que Obermann ha sido objeto a lo largo de las *pruebas* que integran la novela, y que, al final de la misma, parece decidido a transmitir a sus lectores.

En efecto, cabría entender el conjunto de *Obermann* como un instrumento destinado a la transmisión, por parte del autor, de un *mensaje* dirigido a un número reducido de neófitos o de adeptos. Mensaje que constituiría verdaderamente un *nuevo Contrato social*, un cuerpo de conocimientos muy diversos, susceptible de organizar la vida de una pequeña comunidad. No parece, sin embargo, posible, tal y como se desprende del texto, proyectar sociedad utópica alguna, por lo que se impone al autor la necesidad de transmitir su propia opinión acerca del mundo, y muy especialmente de los asuntos humanos, a través de una obra única —o *absoluta*, tal y como proyectaban los primeros románticos alemanes del círculo de Jena pocos años antes...— donde puedan combinarse de manera natural un opúsculo moral con un tratado de Estética, una reflexión sobre el matrimonio y un ensayo acerca del suicidio, una crítica de la religión y un compendio de numerología, etcétera. Ni más ni menos que como se alternaban ya en *La nueva Eloísa*.

Tal es, en definitiva, la enorme grandeza de *Obermann*. Un libro, como hemos visto, donde se alternan la descripción del paisaje suizo y la más exigente reflexión filosófica, la guía de viaje y el ensayo literario. Capaz de combinar y, a la vez, de trascender todos los géneros en boga durante su época, desde el relato de viajes hasta la novela epistolar, pasando por la literatura utópica y la *Bildungsroman*, etcétera. De ahí, de la ambición descomunal de tal proyecto proceden también, sin lugar a dudas, sus propias limitaciones y sus innegables flaquezas: abundantes digresiones que producen una impresión de morosidad y de prolijidad a veces irritantes, una práctica ausencia de hilo argumental y de intriga novelesca, interrupciones y repeticiones que perjudican por igual el ritmo y el interés de la lectura, y tantos otros aspectos cuestionables que no es posible ni deseable ocultar. Pues *Obermann* es como aquellos hijos a quienes amamos tal y como son, con todas sus virtudes y también defectos.

Y así, cabría ver también la mezcla de géneros que caracteriza a *Obermann*, la variedad de sus registros —tan sólo articulados por la presencia en la sombra de un yo en perpetuo proceso de autoconstrucción...—, como un progreso decisivo en el camino hacia la forma *abierto* de novelas como *La Recherche...* de Proust, o incluso hacia el *monólogo interior* de Joyce.

Étienne Jean-Baptiste Pierre Ignace Pivert de Senancour nació el año 1770, en París, hijo único de Claude Laurent y de Marie Catherine Pivert, ambos tentados

largamente por la profesión religiosa. Tras haber perdido la fe como consecuencia de su lectura de los principales filósofos ilustrados y habiendo sido obligado por su padre a ingresar en el seminario de Saint-Sulpice, Senancour se ve forzado a abandonar la ciudad para no traicionar sus propias convicciones, hallando refugio en Suiza. En este país vive entre 1789 y 1795, año de la muerte de sus padres y de su regreso en solitario a París, tras haber contraído matrimonio en 1790 con Marie Daguet. Allí reencuentra a su viejo amigo Marcotte y a la hermana de este, casada desde el año anterior con monsieur de Walckenaer, con la que nace un amor basado en la afinidad de carácter y destino. En 1802, tras diversos intentos frustrados, Senancour regresa a Suiza, donde descubre la infidelidad de su mujer. Entretanto, se ha iniciado su carrera como escritor y periodista, con asiduas publicaciones en la prensa de la época, que incluyen trabajos diversos de historia, crítica literaria, religión, etcétera, a fin de asegurar su supervivencia, mientras elabora pacientemente su propia obra de creación. Establecido definitivamente en Francia a partir de 1803, Senancour muere en Saint-Cloud en 1846 entre la indiferencia general.

Obermann fue publicado por primera vez en 1804 por el editor Cerieux en París. Anteriormente había aparecido la breve novela *Aldomen ou le bonheur dans l'obscurité* (1794), nunca reeditada con posterioridad, y las *Rêveries sur la nature primitive de l'homme* (1799), objeto de sucesivas reediciones en 1802, 1809 y 1833, las dos últimas profundamente revisadas. En 1806 apareció su tratado *De l'amour*, reeditado en 1808 y en 1829. Durante el año 1819 vieron la luz las *Libres méditations, d'un solitaire inconnu, sur le détachement du monde et sur d'autres objets de la morale religieuse*, con reediciones en 1830 y 1833 —la segunda de las cuales, muy revisada—, que dan testimonio del renovado interés del autor por la religión al final de su vida, siendo este último año también el de la aparición de su tercera novela, *Isabelle*. Senancour es asimismo autor de *Valombré*, una comedia en prosa en cinco actos, de 1807, y del *Petit vocabulaire de simple vérité* (1833, reeditado en 1834), entre otras obras menores.

Según todos los indicios, Senancour emprendió la redacción de su *Obermann* ya en 1801, proporcionando un impulso a la misma en 1802, año de su regreso a Suiza, tras haber sido retado a un duelo por monsieur de Walckenaer, y del descubrimiento de la infidelidad de su mujer, periodo durante el que realizó frecuentes excursiones en solitario por las regiones del Jura, la Gruyère, el Schwarzsee y la Val de Travers. En el momento de su primera edición, en 1804, el libro no obtuvo éxito alguno. Tal vez por este motivo, en 1809, Senancour publicó una segunda edición de sus *Revertes* donde anunciaba que la novela no tendría nunca una segunda parte ni sería jamás reeditada. Sin embargo, dicho anuncio no significaba, ni mucho menos, la renuncia o el abandono de la novela, sino que respondía a un cambio de estrategia. En efecto, *Obermann* es en realidad la obra planeada por Obermann al final del texto como inicio de su propio proyecto filosófico, a fin de conseguir la complicidad del público gracias a un género *popular* de divulgación y previa a la parte más puramente

filosófica de dicho proyecto. No habiendo logrado sus objetivos, es natural que la misma deba ser de algún modo descartada en cuanto tal, es decir, en cuanto género de exposición. Pero esta medida lógica no tiene por qué afectar al contenido de la obra como parte de un proyecto más amplio. Por todo ello, tal y como demuestra el detallado análisis realizado por Béatrice Didier, una gran parte de la novela aparece incorporada a la nueva edición de las *Rêveries*. Y así, nada menos que treinta y dos de los cuarenta y cuatro fragmentos que componen esta obra han sido reelaborados utilizando partes de *Obermann* previamente depuradas de su tejido novelesco y reducidas a su sustancia más discursiva o filosófica. De esta manera, pues, las *Revenes* de 1809 no constituyen la liquidación de *Obermann* sino más bien la garantía de su supervivencia.

Pero, entonces, ¿a qué razón se deben las sucesivas reediciones de la novela en 1833 y 1840?

Obermann fue reeditado en 1833 tras la insistencia del famoso crítico Sainte-Beuve, precedido de un prólogo del mismo y casi sin modificación alguna. Dicha reedición —casi contemporánea de la así llamada batalla de *Hernani*, con motivo del estreno de la obra homónima de Víctor Hugo que representa el inicio del Romanticismo en Francia— obedece al *descubrimiento* de Senancour por parte de la escuela romántica. El autor tan sólo añadió al texto una última carta donde se narra la visita de madame Del... a Imenstrom, acentuando así el carácter novelesco de la intriga amorosa, así como un nuevo fragmento, «de fecha desconocida», donde se incluye una simbología de las flores y el protagonista aparece entregado a los estragos de la vejez y la muerte tras renunciar a sus ideales. Asimismo, se suprime el índice de materias de la primera edición, que confería a la obra un acento excesivamente filosófico, emparentándola a los *Ensayos* de Montaigne, pero se incluyen por vez primera una serie de notas en apéndice tal vez destinadas a descargar de digresiones el tejido del texto. Senancour, pues, parece asumir el rol de novelista, si bien se muestra visiblemente enojado por la interpretación de carácter exclusivamente autobiográfica dada por Sainte-Beuve y los románticos de acuerdo con sus propios presupuestos críticos, en virtud de los cuales vida y obra se identifican.

Ya en 1840, Senancour acomete una tercera edición de *Obermann* donde —ya libre de las presiones de Sainte-Beuve— introduce, por fin, numerosas variantes destinadas a sustraer la obra e incluso a su autor de la interpretación reduccionista, llevada a cabo por los románticos. Así, la versión de 1840 ha sido objeto de una rigurosa y profunda corrección de estilo, con el fin de eliminar del texto todas aquellas expresiones de una coloración excesivamente *romántica*, es decir, fantasiosa o apasionada, para imprimir al mismo una tonalidad mucho más templada o incluso clásica. A esta misma finalidad, sin duda, responde asimismo la inclusión de una última carta (XCI) «sin fecha conocida» y que orienta la interpretación del conjunto en una dirección inequívoca. Se trata de un texto publicado ya en 1834 por Senancour

en la antología *Voyages anciens et modernes*, a cargo de su amigo Ferdinand Denis, aparecida en París con el editor Louis Janet y que merecería indudablemente figurar en todas las antologías del género. Se trata del relato de la infortunada excursión de Senancour al Gran San Bernardo, recién llegado a Suiza en 1789, según resulta confirmado por la biografía de su hija. La carta describe con detalle tanto el peligroso trance pasado por Obermann-Senancour, sorprendido en plena ascensión por la llegada de la noche, como la obstinada resistencia ofrecida por este. Con este episodio de auténtica *muerte-resurrección* —que por fin justifica plenamente tanto el nombre del protagonista como el título de la novela—, Senancour pretende superar la *interpretación romántica* de Obermann como un espíritu de voluntad débil y totalmente negado para la acción, así como su propia imagen de fracasado. Al mismo tiempo, dicha carta, con una nueva experiencia iniciática en la alta montaña, parece desplazar definitivamente a un lugar secundario la anécdota amorosa o *romántica* de la obra por detrás de la contemplación de la naturaleza, confirmando de paso su carácter de novela *de iniciación*, en los términos propuestos anteriormente.

Entre los editores modernos ha cundido la opinión acerca de la superioridad de la versión de 1804 de *Obermann* sobre la de 1840, debido a su menor espontaneidad y, sobre todo, a la atenuación de su carácter *romántico*. Sin embargo —y aun dejando a un lado la cuestión de la fidelidad a la última voluntad de un autor, obsesionado por la continua *reescritura* de sus obras...—, la revisión de 1840 parece responder al deseo del autor de reivindicar, en el contexto de la apasionada polémica entre las escuelas literarias clásica y romántica, la existencia de un Romanticismo *más profundo*. Un Romanticismo *más allá* de los ruidosos jóvenes románticos, no ligado ni a cláusulas de estilo fácilmente reconocibles ni a la grandilocuencia de la gesticulación, sino más bien a una densidad de la reflexión que no excluya la síntesis con lo clásico, sino todo lo contrario, que sea capaz de reencontrarse con él para fundar un *nuevo Clasicismo* o un *Clasicismo moderno*. Exactamente lo mismo que reclamaban ya los primeros románticos alemanes.

BIBLIOGRAFÍA

- BÉNICHOU, Paul (1973), *Le sacrée de l'écrivain. 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque dans la France moderne*, Paris, Corti.
- BIMONTE, Ada, *Senancour, un solitario romántico dell' Ottocento*, Roma, Butelli, 1988.
- CELLIER, L. (1977), *Parcours initiatiques*, Neuchâtel, La Baconnière.
- DIDIER, Béatrice (1985), *Senancour romancier. Aldomen, Obermann, Isabelle*, París, sedes.
- FISCHLER, Anita (1968), *Sensation ou raison, plaisir ou bonheur dans l'oeuvre de Senancour*, Zurich, Juris Druck.
- JOUTARD, Philippe (1986), *L'invention du Mont-Blanc*, Paris, Gallimard/Julliard.
- LACOUÉ-LABARTHE, Philippe, *L'absolu littéraire. Théorie de la littérature du romantisme allemand*, Paris, Seuil, 1978.
- LE GALL, Béatrice (1966), *L'imaginaire chez Senancour*, 2 vols., Paris, Corti.
- LEVY, Zvy (1979), *Senancour, dernier disciple de Rousseau*, Paris, Nizet.
- MONGLOND, André (1947), *Le journal intime d'Oberman*, Grenoble, Arthaud.
- PIZZORUSSO, Arnaldo (1950), *Senancour, Jormazione intima, situazione letteraria di un preromantico*, Florencia, G. d'Anna.
- RAYMOND, Marcel (1965), *Senancour. Sensations et revelations*, Paris, Corti,
- SCHENK, H.G. (1983), *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre historia de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TAYLOR, Charles (1989), *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós.
- VIATTE, Auguste (1979), *Les sources occultes du Romantisme. Théosophie. Illuminisme. 1770-1820*, Paris, Champion.

Nota sobre esta edición

Nuestra edición de *Obermann* de Senancour reproduce la tercera y última de la novela, publicada en París el año 1840 por el editor Charpentier y reeditada posteriormente sin modificación alguna en 1844, 1847, 1852, 1863 y 1874.

Se incluyen, sin embargo, las notas del autor incorporadas a la edición de 1833 y suprimidas posteriormente, así como el índice temático incorporado a la primera edición de 1804 y descartado por Senancour para las ediciones siguientes.

Asimismo, se han añadido al texto en apéndice los prólogos de Sainte-Beuve y de George Sand a las ediciones de 1833 y 1840, respectivamente, que han determinado en gran medida la posterior interpretación del texto en clave autobiográfica y sentimental que el propio Senancour deseó desmentir.

También se han incorporado, como en numerosas ediciones modernas, mapas que faciliten la localización de los escenarios de la novela en Suiza y en Fontainebleau.

Por fin, el editor ha considerado oportuno incluir en una serie de notas a pie de página determinadas aclaraciones destinadas al lector moderno, que aparecen señaladas como tales en el texto junto a las del propio Senancour o a las escasísimas del autor de la traducción. Su única finalidad consiste en facilitar la lectura mediante la aclaración de referencias hoy difícilmente asequibles por su estrecha vinculación a una época y a una cultura que no son ya las nuestras. Sin embargo, se ha rehusado convertir la presente edición en un texto crítico e incluso erudito.

Por este motivo no se señalan ni las variantes entre las diversas ediciones que afectan únicamente a correcciones de estilo ni las coincidencias con la vida del autor destinadas por algunos editores a fundamentar una interpretación autobiográfica del texto. Tampoco se incluyen otras precisiones terminológicas que aquellas relativas a los términos «romántico», «sublime» y *spleen*, en los dos primeros casos por motivaciones obvias.

Por la misma razón, las anotaciones del editor han sido reducidas al mínimo. Así, las escasísimas observaciones de carácter crítico se han solventado remitiendo al lector a la introducción para su desarrollo extensivo. Igualmente, se ha optado por no dedicar nota alguna a referencias como Homero, Cicerón o Montesquieu. Sí, en cambio, se han incluido notas para Aristipo, Helvetius o Lavater. A conciencia de que la solución pueda resultar discutible —y el rasero fijado altamente arbitrario...—, ha primado la voluntad de no sobrecargar un texto ya de por sí lleno de referencias. Se ha partido, por lo tanto, de la consideración de que el lector de Senancour no es un lector cualquiera, sino un lector notablemente cultivado, para el que las anotaciones

indicadas más arriba a título de ejemplos resultarían como mínimo enojosas. Pero que, por el contrario, no estaba obligado a compartir el cuerpo de referencias familiar al público culto a principios del siglo XIX, en particular por lo que concierne a autores coetáneos, hoy casi olvidados, o a la vigencia de la cultura de la Antigüedad, hoy en franca disminución.

Cada vez que se realiza una referencia a un autor, se señalan sus fechas de nacimiento y muerte. En cambio, cuando la remisión es a una obra, el título de la misma se proporciona en el idioma original y dichos datos no se hacen constar.

No se han incluido tampoco notas aclaratorias relativas a la geografía o a la topografía, remitiendo desde este mismo instante a nuestro lector a los mapas adjuntos.

Idénticos criterios se han seguido en lo relativo a los prólogos de Sainte-Beuve y George Sand incorporados en apéndice.

* * *

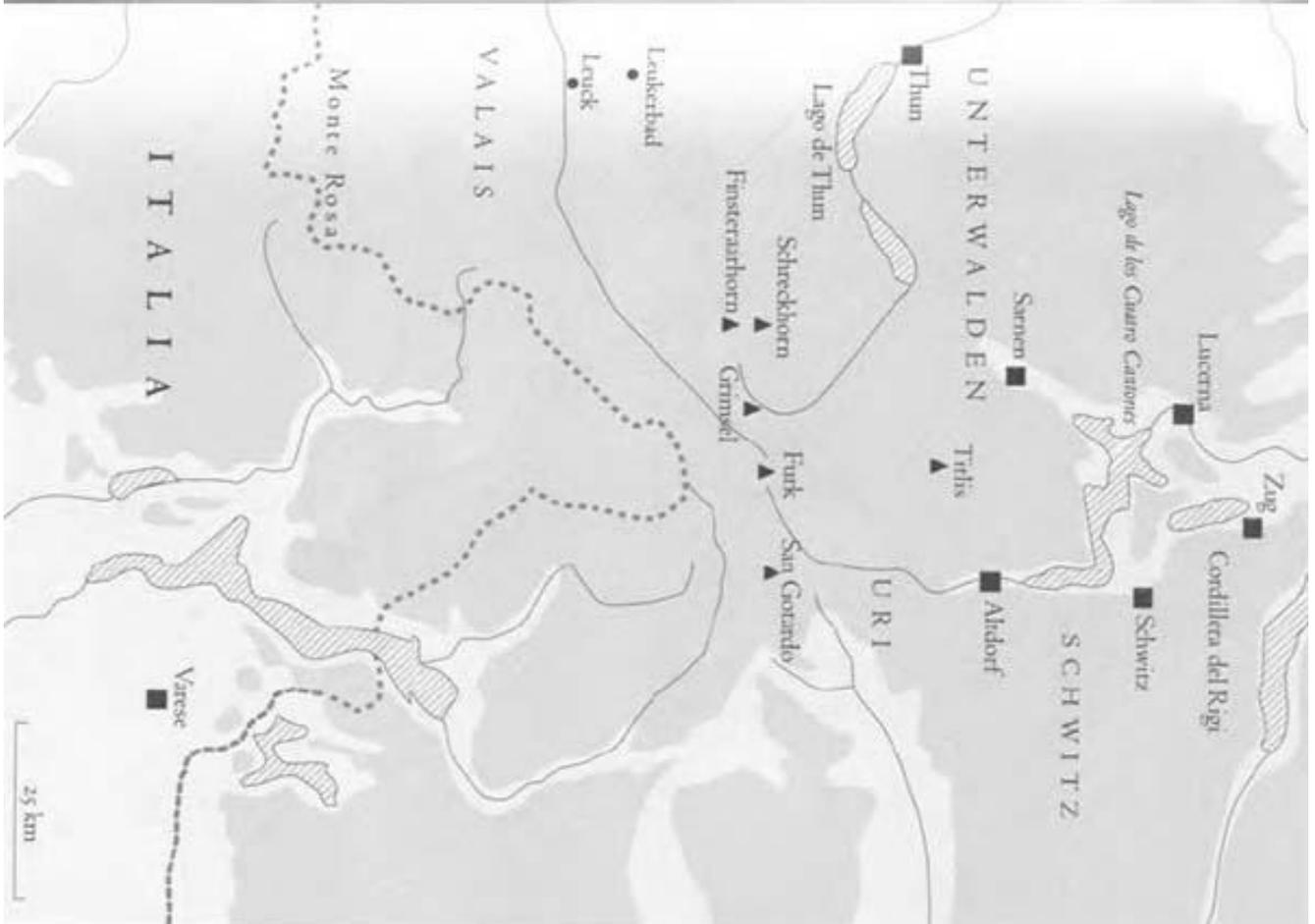
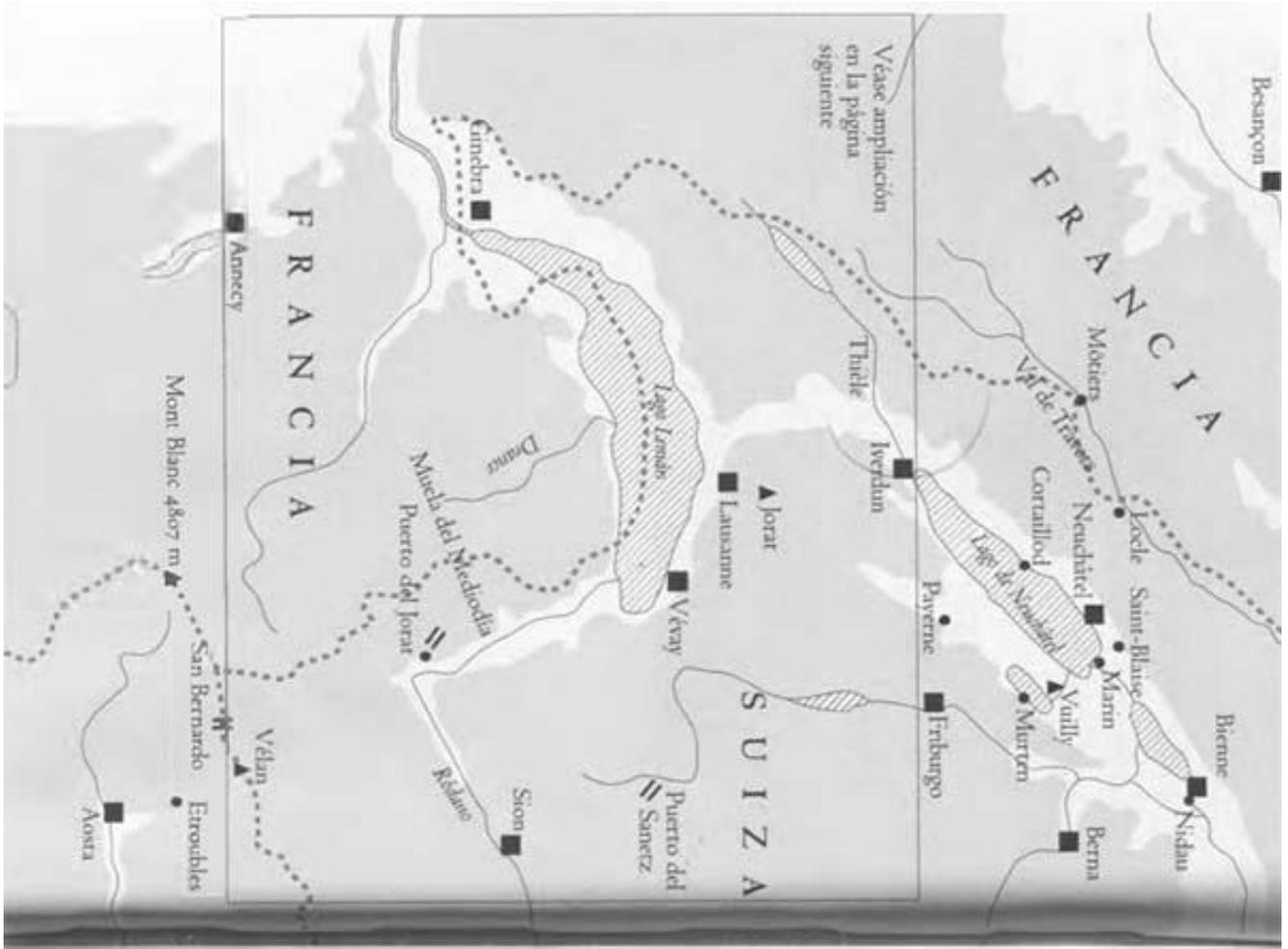
De manera inexplicable, *Obermann* no ha tenido prácticamente presencia ni influencia alguna en las letras hispánicas modernas desde el momento de su publicación.

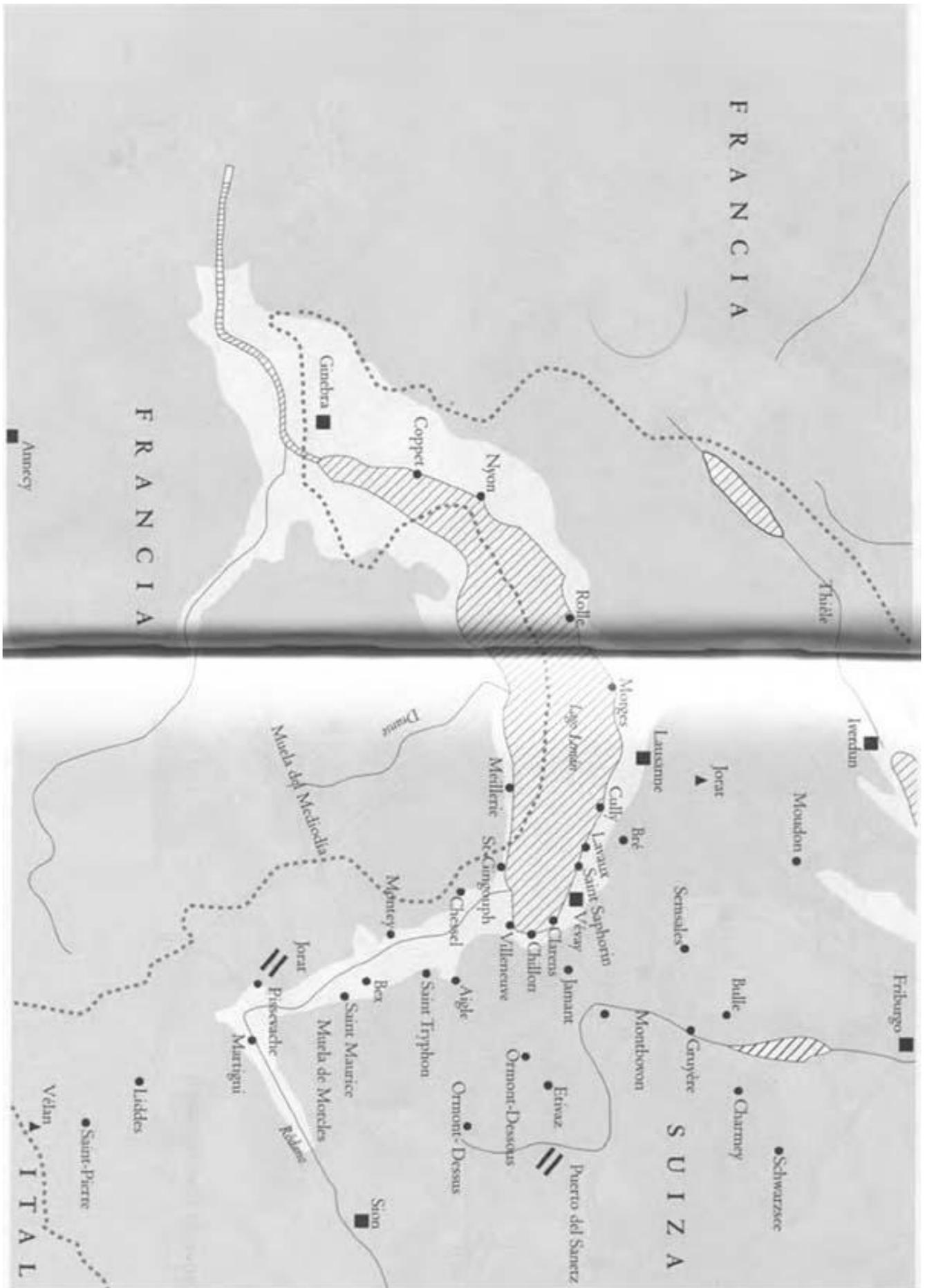
La traducción del texto reproduce sin modificaciones la que realizó para la editorial Espasa-Calpe el traductor Ricardo Baeza en 1930. En nuestra modesta opinión, se trata de una traducción que merece ser considerada *de autor*, por lo que hemos decidido ser máximamente respetuosos con la misma. Llena de soluciones felices respecto al léxico especializado y a algunos giros casi *castizos* del original francés, la labor de Baeza —traductor de muchos de los *grandes*, como Wilde— nos parece digna de ser preservada para el lector del siglo XXI. Es, justamente, en aras de dicha conservación por lo que sí hemos actualizado determinados usos pronominales, etcétera, que han dejado de ser habituales hoy y que imprimirían al texto un tono arcaizante que nos parece impropio.

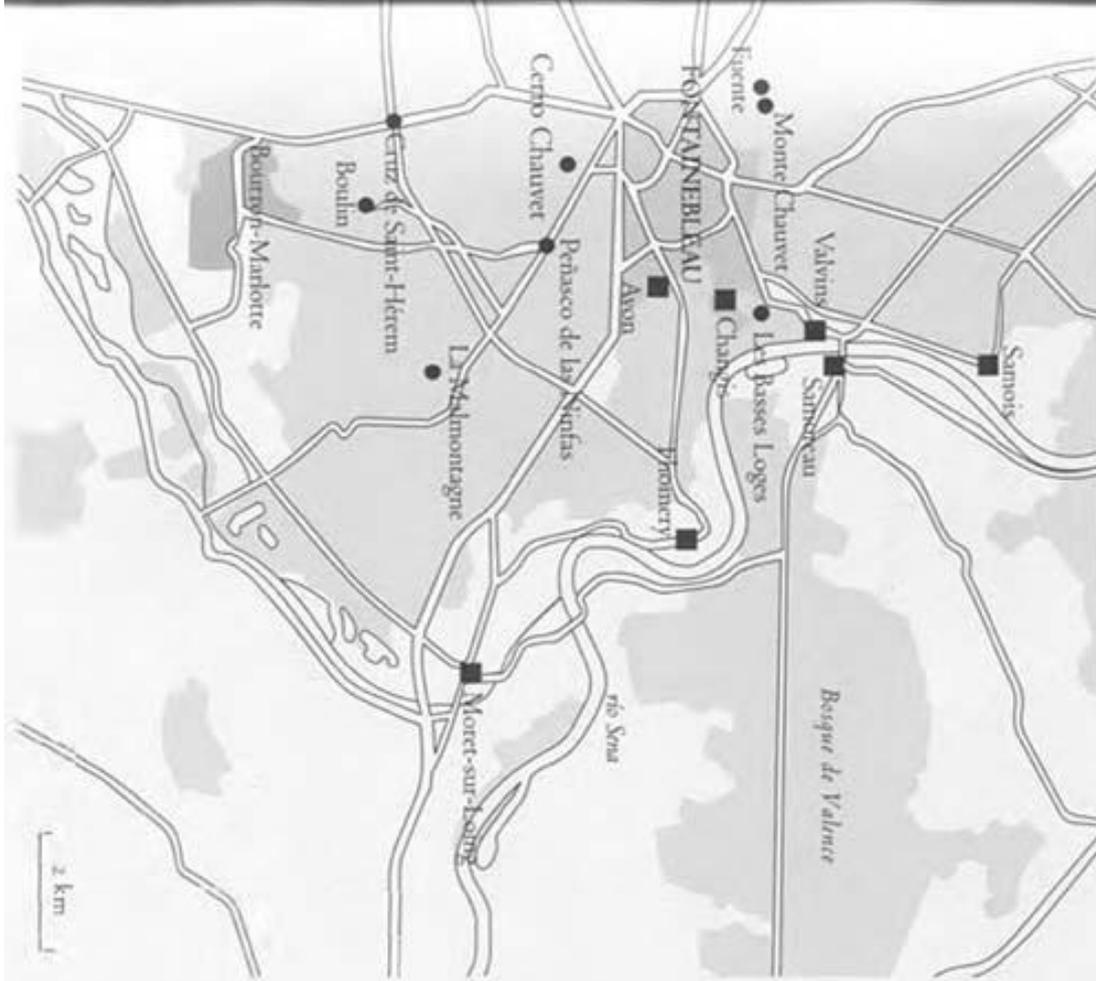
En todo lo señalado en las páginas anteriores, nos ha guiado el vivo deseo de ofrecer al lector hispánico actual una obra que nos parece extraordinaria, digna de figurar junto a las de Chateaubriand, Rousseau o incluso Goethe, injustamente desaparecida de nuestros catálogos editoriales. Todo ello, con el mayor fervor, a modo de reparación y como un humilde *acto de amor*.

EDUARD CAIROL CARABÍ (Universitat Pompeu Fabra, Barcelona). En el doscientos cinco aniversario de la primera publicaci3n de *Obermann*.

Mapas







RICARDO BAEZA

Nota preliminar^[18]

La vida de Étienne Pivert de Senancour presenta una superficie poco accidentada. Nacido en París en noviembre de 1770, su padre piensa en dedicarle a la Iglesia; pero el joven Senancour con muy escasa vocación para el sagrado ministerio, pasa a Suiza, donde contrae matrimonio, a los veinte años, con una mademoiselle Daguet que no consigue hacerle feliz. Se instalan en Friburgo, hasta últimos del siglo, en que muere su mujer y Senancour se traslada a París. Sin bienes de fortuna, tiene que trabajar para vivir, y vive en relativa oscuridad, admirado por algunos espíritus de élite. Thiers y Villemain logran, al fin, de Luis Felipe una pensión que pone a cubierto los últimos años de Senancour. Muere en Saint Cloud el 10 de enero de 1846.

Su obra es bastante corta. En 1799 publicó en París las *Divagaciones sobre la naturaleza primitiva del hombre*. En 1801, estando en París, da comienzo al *Obermann*, su obra capital, que termina dos años más tarde en Suiza. Se publica en París en 1804. Este libro singularísimo, que nunca ha perdido su popularidad dentro de un reducido círculo de lectores, fue seguido, al año siguiente, por un delicioso tratado *Del Amor*, en que se atacan agudamente las convenciones sociales sobre el particular. Sus otras obras son: *Isabel*, novela epistolar, y *Libres meditaciones de un solitario desconocido*.

Por el enunciado sólo de las obras se ve ya la descendencia de Rousseau y los albores del romanticismo. La más importante de ellas, sin duda, es *Obermann*, donde, en medio de cierta ampulosidad y resonancia excesivas, se conservan páginas descriptivas admirables y una delicada sensibilidad de la Naturaleza y del mundo moral. El libro fue encomiado y prologado sucesivamente por Sainte-Beuve y por George Sand, y ejerció una considerable influencia en Francia e Inglaterra. La idiosincrasia de esta novela en la extensa familia de la literatura wertherobyroniana consiste en el hecho de que el héroe, en lugar de sentir la vanidad de las cosas, reconoce su propia inadecuación para ser y hacer lo que desea. Librepensador y filósofo, a la manera que desde Rousseau se entendió en el siglo XVIII, el lema de Senancour es el que, casi a punto de morir, se compusiera para epitafio: «Eternidad, sé mi asilo».

Esta es la primera vez que se traduce el *Obermann* al castellano.

RICARDO BAEZA, 1930

Obermann

Observaciones

En estas cartas se verá la expresión de un hombre que siente, y no de un hombre que trabaja. Son memorias indiferentes para los extraños, pero que pueden interesar a los adeptos. Muchos verán con gusto lo que uno de ellos ha sentido; muchos han sentido lo mismo: este lo ha dicho, o intentado decir. Pero debe ser juzgado por el conjunto de su vida, y no por sus primeros años; por todas sus cartas, y no por un pasaje cualquiera, escogido al azar, y quizás novelesco.

Cartas semejantes, sin arte, sin intriga, deben encontrar mala acogida fuera de la sociedad esparcida y secreta de que la Naturaleza había hecho miembro a quien las escribió. Los individuos que la componen son en su mayor parte desconocidos; así, esta especie de monumento privado que deja un hombre como ellos, sólo por la vía pública puede serles dirigido, so pena de causar molestias a un gran número de personas graves, instruidas o amables. El deber de un editor es sólo prevenir que no se encuentra en ellas ni ingenio ni ciencia; que no es una *obra*, y que quizá hasta se diga: no es un libro *razonable*.

Muchos escritos tenemos en que el género humano se encuentra pintado en unas cuantas líneas. Si, no obstante, estas largas cartas hicieran, o poco menos, conocer a un solo hombre, podrían disputarse nuevas y útiles. Pero están muy lejos de realizar siquiera este fin limitado; aunque, si no contienen todo lo que podría esperarse, contienen por lo menos algo, y esto basta para hacerlas excusar.

Estas cartas no son una novela^[1]. No hay en ellas movimiento dramático, acontecimientos preparados y conducidos, ni desenlace alguno; nada de lo que se llama el interés de una obra, de esa serie progresiva de incidentes, de ese alimento de la curiosidad, magia de muchos buenos escritos y charlatanismo de muchos otros.

Se encontrarán en ellas descripciones llamadas a hacer entender mejor las cosas naturales y a esclarecer las relaciones, quizás demasiado descuidadas, del hombre con lo que llama lo *inanimado*.

Se encontrarán pasiones; pero las de un hombre que había nacido para recibir lo que prometen, y no para tener una pasión; para emplear todo, y no tener más que un solo fin.

Se encontrará amor; pero el amor sentido de una manera que quizás no había sido dicha.

Se encontrarán digresiones, que muy bien pueden estar en la Naturaleza; el corazón raramente es preciso, ni dialéctico. Se encontrarán repeticiones; pero si las cosas son buenas, ¿por qué evitar cuidadosamente el insistir de ellas? Las

repeticiones de Clarisa^[2], el desorden (y el pretendido egoísmo) en Montaigne^[3], jamás han hecho retroceder más que a los lectores ingeniosos. Jean-Jacques^[4] era a menudo difuso. El que escribió estas cartas parece no haber temido las digresiones y los rodeos de un estilo libre: ha escrito su pensamiento. Es cierto que Jean-Jacques tenía derecho a ser un tanto prolijo; en cuanto a nuestro autor, si ha usado de la misma libertad es simplemente por encontrarla buena y natural.

Se encontrarán contradicciones, al menos lo que por tal se entiende a menudo. Pero, ¿por qué extrañaría ver, en materias inciertas, el pro y el contra expuestos por el mismo hombre? Ya que es preciso reunirlos para apropiarse el sentimiento de ellos, para pesar, decidir, elegir, ¿no es lo mismo que estén en un solo libro o en libros diferentes? Al contrario, expuestos por el mismo hombre, lo son con una fuerza más igual, de una manera más análoga, y puede uno ver mejor cuál le conviene adoptar. Nuestros afectos, nuestros deseos, nuestros mismos sentimientos y hasta nuestras opiniones, cambian con las lecciones de los acontecimientos y las ocasiones de la reflexión, con la edad, con todo nuestro ser. El que está tan exactamente de acuerdo consigo mismo nos engaña, o se engaña. Tiene un sistema; representa un papel. El hombre sincero dice: «De este modo sentí, de este otro modo siento; he ahí mis materiales; edificaos vosotros mismos el edificio de vuestro pensamiento».

No corresponde al hombre frío juzgar las diferencias de las sensaciones humanas; puesto que no conoce la extensión de ellas, tampoco conoce su versatilidad. ¿Por qué diversas maneras de ver serían más sorprendentes en las diversas edades de un mismo hombre, y a veces en el mismo momento, que en hombres distintos? Uno observa, busca, no decide. ¿Queréis acaso exigir que el que coge la balanza encuentre primero el peso que determinará su equilibrio? Todo debe estar de acuerdo, sin duda, en una obra exacta y razonada sobre materias positivas; ¿pero queréis que Montaigne sea verdadero a la manera de Hume, y Séneca regular como Bezout^[5]? Yo, por mi parte, creo que hasta deberían esperarse tantas o más oposiciones entre las diferentes edades de un mismo hombre que entre varios hombres inteligentes de la misma edad. Por esto no es bueno que los legisladores sean todos viejos, a menos que sea un cuerpo de hombres realmente escogidos y capaces de seguir sus concepciones generales y sus recuerdos más bien que su pensamiento actual. El hombre que no se ocupa más que de ciencias exactas es el único que no tiene que temer el verse jamás sorprendido por lo que ha escrito en otra edad.

Estas cartas son tan desiguales, tan irregulares en su estilo como en todo el resto. Sólo una cosa me ha complacido de ellas, y es no encontrar esas expresiones exageradas y triviales en las cuales un escritor debería siempre ver el ridículo o, por lo menos, la banalidad^[6]. Esas expresiones tienen en sí mismas algo vicioso, o bien su uso demasiado frecuente, aplicándolas falsamente, alteró sus acepciones primitivas e hizo olvidar su energía.

No es que yo pretenda justificar el estilo de estas cartas. Tendría que decir algo respecto a expresiones que podrían parecer atrevidas y que, sin embargo, no he

cambiado; pero, en cuanto a las incorrecciones, no sé de excusa admisible. No ignoro que un crítico encontrará en ellas una porción de cosas reprensibles; pero yo no he pretendido *enriquecer* al público con una obra trabajada, sino dar a leer a unas cuantas personas esparcidas por Europa las sensaciones, las opiniones, las meditaciones libres e incorrectas de un hombre a menudo aislado, que escribió en la intimidad, y no para su librero.

El editor no se ha propuesto ni se propondrá más que un solo fin. Todo lo que lleve su nombre tenderá a los mismos resultados; ya escriba o publique solamente, no se apartará de un fin moral. No tiene la pretensión de alcanzarlo todavía: un escrito importante de la naturaleza sutil, una verdadera *obra* que sólo se puede bosquejar, pero no pretender terminar nunca, no debe ser ni publicada demasiado a la ligera ni siquiera emprendida demasiado pronto^[7] (A)^[8].

Obermann^[9]

Carta primera

Ginebra, 8 de julio, primer año

No han pasado más de veinte días desde que le escribí de Lyon. No anunciaba ningún proyecto nuevo, en realidad no lo tenía, y ahora he abandonado todo; heme aquí en tierra extraña.

Temo que mi carta no le encuentre a usted en Chessel^[10] y que no pueda contestarme tan pronto como yo desearía. Necesito saber lo que usted piensa o, por lo menos, lo que pensará cuando la haya leído. Usted sabe lo sensible que me sería tuviese de mí algún motivo de queja; sin embargo, mucho lo temo, y yo mismo no estoy muy seguro de que falte razón para ello. Pero ni siquiera tuve tiempo de consultarlo. Bien lo hubiera deseado en un momento tan decisivo; hoy mismo no sé cómo juzgar una resolución que destruye todo lo que había dispuesto, que me transporta bruscamente a una situación nueva, que me destina a cosas que no había previsto y cuya concatenación y consecuencias ni siquiera me es posible prever.

Más le diré. La ejecución fue, es cierto, tan precipitada como la decisión; pero no es sólo la falta de tiempo lo que me impidió escribirle. Aun cuando lo hubiera tenido, creo que lo habría usted ignorado igualmente. Habría temido su prudencia, y esta vez he creído sentir la necesidad de no tenerla. Una prudencia estrecha y pusilánime en aquellos de quienes la suerte me hizo depender, perdió mis primeros años, y creo que me ha invalidado para siempre. La cordura debe caminar entre la desconfianza y la temeridad; el sendero es difícil: precisa seguirlo en las cosas que vemos; pero en las cosas desconocidas sólo el instinto tenemos a nuestra disposición. Si es más peligroso que la prudencia, también hace más grandes cosas: nos pierde o nos salva; su temeridad se convierte a veces en nuestro único asilo, y a él quizás corresponde reparar los males que la prudencia pudo ocasionar.

Era preciso someterse al yugo sin remisión, o sacudirlo sin miramientos: la alternativa me pareció inevitable. Si así lo cree usted también, dígamelo para tranquilizarme. Usted sabe qué lamentable cadena estaban a punto de remachar. Querían que hiciese lo que me era imposible hacer bien: que adoptase un estado por la utilidad que entrañaba, que emplease las facultades de mi ser en lo que por esencia es contrario a su naturaleza. ¿Debía, acaso, doblegarme a una condescendencia momentánea; engañar a un pariente persuadiéndole de que emprendía para lo futuro lo que sólo habría comenzado con el deseo de verlo cesar, y vivir así en una situación violenta, en una repugnancia perpetua? Que reconozca la impotencia en la que me

hallaba de satisfacerle, que me excuse. Acabará por comprender que las profesiones tan diversas y tan opuestas, en que los caracteres más contrarios encuentran lo que les conviene, no pueden avenirse indistintamente con todos los caracteres; que no basta que una carrera, que tiene por objeto intereses y querellas de orden contencioso, sea considerada como honrada porque se adquieran con ella treinta o cuarenta mil libras de renta, y que, en una palabra, no he podido renunciar a ser hombre para ser hombre de negocios.

No trato de persuadirle, le recuerdo los hechos; usted juzgará. Un amigo debe juzgar sin demasiada indulgencia; usted lo ha dicho.

Si hubiese estado usted en Lyon, no me habría decidido sin consultarle; hubiera tenido que ocultarme de usted, mientras que así solo tuve que callarme. Como en el azar mismo se buscan razones que autoricen las cosas que se creen necesarias, encontré favorable su ausencia. Jamás hubiera podido obrar contra la opinión de usted; pero le confesaré que no me ha contrariado hacerlo sin ella, de tal modo comprendía todo lo que podía alegarla razón contra la ley que me imponía una especie de necesidad en oposición al sentimiento que me arrastraba. He escuchado más este impulso secreto, pero imperioso, que esos fríos motivos de titubear y suspender que, bajo el nombre de prudencia, provenían quizás en gran parte de mi natural indolente y de cierta debilidad en la ejecución. He partido, y me felicito de ello; ¿pero qué hombre puede jamás saber si ha obrado cuerdamente o no, por lo que a las consecuencias lejanas de las cosas se refiere?

Le he dicho por qué no hice lo que querían; debo también decirle por qué no hice otra cosa. Medité si rechazaría en absoluto el partido que querían hacerme tomar, y esto me condujo a examinar qué otro podría seguir y qué determinación adoptar.

Era preciso elegir, había que comenzar, quizás para toda la vida, lo que tantas gentes, que no tienen en sí nada más, llaman un estado. No encontré ninguno que no fuera ajeno a mi naturaleza o contrario a mi pensamiento. Interrogué mi ser, consideré rápidamente todo lo que me rodeaba; pregunté a los hombres si sentían como yo; pregunté a las cosas si eran según mis inclinaciones, y vi que no había acuerdo ni entre mí y la sociedad ni entre mis necesidades y las cosas que esta ha hecho. Me detuve con espanto, comprendiendo que iba a entregar mi vida a contrariedades intolerables, a repugnancias sin término como sin objeto. Ofrecí sucesivamente a mi corazón lo que los hombres buscan en los diversos estados que abrazan. Hasta quise embellecer con el prestigio de la imaginación esos múltiples objetos que proponen a sus pasiones y el fin quimérico al que consagran sus años. Quise, pero no pude. ¿Por qué la tierra aparece tan desprovista de encantos a mis ojos? Yo no conozco la sociedad; en todas partes encuentro el vacío.

Aquel día, el primero en que sentí la nada que me rodea; aquel día, que ha cambiado mi vida, si las páginas de mi destino hubiesen estado entre mis manos para ser leídas o cerradas definitivamente, ¿con qué indiferencia habría abandonado la vana sucesión de estas horas tan largas y tan fugitivas, que tantas amarguras

marchitan y que ninguna verdadera alegría consolará! Usted lo sabe, tengo la desgracia de no poder ser joven: los prolongados hastíos de mis primeros años han destruido sin duda su seducción. Las apariencias floridas no me imponen; mis ojos medio cerrados jamás se sienten deslumbrados; demasiado fijos, no se sorprenden de nada.

Aquel día de irresolución fue, al menos un día de luz: me hizo reconocer en mí lo que antes no veía claramente. En medio de la mayor ansiedad que he experimentado nunca, gocé por vez primera de la conciencia de mi ser. Perseguido hasta en el triste reposo de mi apatía habitual, obligado a ser algo, fui al fin yo mismo: y en estas agitaciones, hasta entonces desconocidas, encontré una energía, primero forzada y penosa, pero cuya plenitud fue una especie de reposo que todavía no había experimentado. Esta situación dulce e inesperada trajo consigo la reflexión que me determinó. Creí ver la razón de lo que todos los días observamos; esto es, que las diferencias positivas del destino no son las causas principales de la felicidad o la desgracia de los hombres.

Me dije: La vida real del hombre está en sí mismo; la que recibe del exterior no es más que accidental y subordinada. Las cosas obran sobre él mucho más por la situación en que le encuentran que por su propia naturaleza. En el curso de toda una vida, perpetuamente modificado por ellas, puede llegar a convertirse en obra de estas. Pero en esta sucesión, siempre variable, sólo él subsiste, aunque alterado, mientras los objetos exteriores, en relación con él, cambian por completo, resultando que cada una de sus impresiones sobre él depende mucho más, para dicha o desdicha suya, del estado en que le encuentra que de la sensación que le procura y del cambio presente que opera en él. Así, en cada momento particular de su vida, lo que importa sobre todo al hombre es ser lo que debe ser. Las disposiciones favorables de las cosas vendrán enseguida; es una utilidad de segundo orden para todos los momentos presentes. Pero la serie de estos impulsos, llegando a ser, por su conjunto, el verdadero principio de los móviles interiores del hombre, si cada una de estas impresiones, aisladamente, es casi indiferente, su totalidad constituye, sin embargo, nuestro destino. ¿Acaso podría importarnos todo lo mismo en este círculo de relaciones y resultados mutuos? El hombre, cuya libertad absoluta es tan incierta y cuya libertad aparente tan limitada, ¿se vería obligado a una elección perpetua que requeriría una voluntad constante, siempre libre y poderosa? No pudiendo, como no puede, dirigir más que tan pocos acontecimientos ni regular la mayor parte de sus afectos, ¿le es preciso, además, para paz de su vida prever todo, conducir todo, determinar todo con una solicitud que aun con éxitos no interrumpidos constituiría el tormento de esta vida misma? Si parece igualmente necesario gobernar estos dos móviles, cuya acción es siempre recíproca; si no obstante esta empresa es superior a las fuerzas del hombre, y si el mismo esfuerzo que tendiese a realizarla es precisamente opuesto al reposo que se espera de ella, ¿cómo obtener este resultado renunciando al medio impracticable que parece al comienzo ser el único capaz de

producirlo? La respuesta a esta pregunta sería la gran obra de la sabiduría humana, y el principal objeto que pudiera proponerse a esa ley interior que nos hace buscar la felicidad. Yo creí encontrar a este problema una solución análoga a mis necesidades presentes; que quizás contribuyeron a hacérmela adoptar.

Pensé que el estado primordial de las cosas era sobre todo importante en esta oscilación siempre resistente, y que, por tanto, se deriva siempre, más o menos, de este primer estado. Me dije: Seamos ante todo lo que debemos ser; coloquémonos donde conviene a nuestra naturaleza, luego entreguémonos al curso de las cosas, esforzándonos sólo en mantenernos semejantes a nosotros mismos. Así, suceda lo que suceda, y sin solicitudes ajenas, dispondremos de las cosas, no cambiando estas, lo que al fin y al cabo nos importa poco, sino gobernando las impresiones que produzcan sobre nosotros que es lo único que nos importa, lo más fácil, lo que mantiene más nuestro ser, circunscribiéndole y dirigiendo sobre sí mismo el esfuerzo conservador. Cualquiera que sea el efecto que sobre nosotros ejerzan las cosas por su influencia absoluta, que no podremos cambiar, al menos conservaremos mucho del primer movimiento impreso y nos acercaremos por este medio, más de lo que podríamos esperar de cualquier otro, a la venturosa perseverancia del sabio.

En cuanto el hombre reflexiona, en cuanto no se ve arrastrado por el primer deseo y por las leyes inadvertidas del instinto, toda equidad, toda moral, se convierten, hasta cierto punto, en una cuestión de cálculo, y la prudencia está en la estimación del más o el menos. Así, creí ver en mi conclusión un resultado tan claro como el de una operación aritmética. Como le hago la historia de mis intenciones, y no la de mi espíritu, y como tengo menos interés en justificar mi decisión que en decirle de qué manera llegué a ella, no trataré de darle una explicación más detenida de mi cálculo.

Conforme a este modo de ver, abandono las preocupaciones lejanas y múltiples del porvenir, que son siempre tan fatigosas, y a menudo tan vanas; me consagro únicamente a disponer, de una vez por todas, de mí y de las cosas. No ignoro cuán imperfecta debe, sin duda, quedar esta obra, y cuántas trabas encontraré en los sucesos; pero, al menos, habré hecho todo lo que esté en mi poder.

He creído necesario cambiar las cosas antes de cambiarme a mí mismo. Este primer objeto podrá conseguirse más rápidamente que el segundo; y desde luego que no habría sido, con mi anterior manera de vivir, como hubiera podido ocuparme seriamente de mí. La alternativa del momento difícil en que me encontraba me obligó a pensar primero en los cambios exteriores. Sólo en la independencia de las cosas, como en el silencio de las pasiones, es posible estudiar. Voy a escoger un retiro en estos montes tranquilos, cuya vista sorprendió mi infancia misma^[11]. Ignoro dónde me detendré, pero escríbame usted a Lausanne.

Carta II

Lausanne, 9 de julio, I

Llegué a Ginebra de noche, alojándome en una posada bastante triste. Mis ventanas daban a un patio, lo cual no me contrarió. Al entrar en una comarca tan hermosa me preparé cuidadosamente la especie de sorpresa de un espectáculo nuevo; la reservé para la hora más bella del día; quería recibirla en su plenitud y sin debilitar la impresión, experimentándola por grados.

Al salir de Ginebra, me puse en camino solo, libre, sin fin determinado, sin otro guía que un mapa bastante bueno que llevo conmigo.

Entraba en la independenciam. Iba a vivir en el único país quizás de Europa en que, con un clima bastante benigno, se encuentran aún las severas bellezas de las perspectivas naturales. Tranquilizado por el efecto mismo de la energía que las circunstancias de mi marcha habían despertado en mí, contento de poseer mi ser por vez primera en mis días tan vanos, buscando goces sencillos y grandes con la avidez de un corazón joven y esta sensibilidad, fruto amargo y precioso de mis largos hastíos, sentíame ardoroso y apacible. Fui dichoso bajo el hermoso cielo de Ginebra (B)^[12], cuando el sol, apareciendo por encima de las altas nieves, iluminó a mis ojos esta tierra admirable. Cerca de Capet vi la aurora, no inútilmente bella como tantas veces la había visto, sino con una belleza sublime y suficiente para correr de nuevo el velo de las ilusiones sobre mis ojos abatidos.

Usted no ha visto esta tierra, a la cual Tavernier^[13] no encontraba comparable más que algún paraje de Oriente. No podría usted formarse de ella una idea exacta; los grandes espectáculos de la Naturaleza no pueden imaginarse como en realidad son. Si hubiese sentido menos la grandiosidad y la armonía del conjunto, si la pureza del aire no añadiese a él una expresión que las palabras no podrían significar, si yo fuese otro, intentaría pintarle estos montes nevados y abrasados; estos valles vaporosos; las negras escarpaduras de las vertientes de Saboga; las colinas de Vaux y de Jorat^[14], quizás demasiado risueñas, pero superadas por los Alpes de Gruyère y de Ormont; y las vastas aguas del Lemán, y el movimiento de sus olas, y su paz mesurada. Quizás mi estado interior contribuía al mayor prestigio de estos lugares; quizás hombre alguno ha experimentado a su vista todo lo que yo he sentido^[15].

Es la característica de una sensibilidad profunda el recibir una voluptuosidad mayor de la opinión de sí misma que de sus goces positivos: estos dejan percibir sus límites; pero los que promete este sentimiento de fuerza ilimitada son inmensos como

él, y parecen indicarnos el mundo desconocido que buscamos siempre. No me atreveré a decir que el hombre cuyo corazón haya lacerado la costumbre del dolor no haya recibido de sus mismas miserias una aptitud para placeres desconocidos a los dichosos, y que tienen sobre los suyos la ventaja de una independencia mayor y de una duración que sostiene la misma vejez. En cuanto a mí, he experimentado, en este momento, al cual no ha faltado más que otro corazón que sintiese con el mío, hasta qué punto una hora de vida puede valer por un año de existencia, cuán relativo es todo en nosotros y fuera de nosotros, y cómo nuestras miserias provienen sobre todo de nuestro cambio de lugar en el orden de las cosas.

La carretera de Ginebra a Lausanne es toda ella agradable; sigue generalmente las riberas del lago, y lleva hacia las montañas. No pensé, pues, en apartarme de ella. No me detuve hasta cerca de Lausanne, en una hondonada desde la cual no se distingue la ciudad, y donde esperé acabase de caer el día.

Los anocheceres son desagradables en las posadas, excepto cuando el fuego y la noche ayudan a esperar la cena. Durante los días largos no se puede evitar esta hora de aburrimiento más que evitando también viajar durante las horas de calor; y esto es precisamente lo que yo no hago. En mis excursiones por Forez tomé la costumbre de ir a pie si el campo es interesante; y, cuando camino, una especie de impaciencia no me permite detenerme hasta que casi he llegado. Los carruajes son necesarios para resguardarse del polvo de las carreteras y de los carriles fangosos de las llanuras; pero, cuando no se tiene nada qué hacer y se va por un verdadero campo, no veo la necesidad de viajar en diligencia; se va más independiente sin caballos. Confieso que, al llegar a pie, le reciben a uno menos bien en las posadas; pero no hacen falta más que unos pocos minutos a un posadero que sabe su oficio para darse cuenta de que, si hay polvo en los zapatos, no hay hatillo al hombro, y que por tanto puede uno estar en condiciones de hacerle ganar lo suficiente para que se quite el sombrero de cierto modo. Pronto se ve a las criadas preguntarle a uno como a otro cualquiera: «¿El señor ha dado ya sus órdenes?».

Estaba bajo los pinos del Jorat: la tarde era hermosa, los bosques estaban silenciosos, el aire en calma, el poniente vaporoso, pero sin nubes. Todo aparecía fijo, iluminado, inmóvil; y en un momento en que levanté los ojos después de haberlos tenido largo rato clavados en el musgo, tuve una ilusión imponente, que mi estado de ensueño prolongó. La pendiente rápida que se extendía hasta el lago quedaba oculta a mi vista desde el cerro en que estaba sentado, y la superficie del lago, muy inclinada, parecía elevar en los aires su orilla opuesta. Una neblina irisada envolvía en parte los Alpes de Saboya, que se confundían con ella y tomaban su mismo color. La luz del poniente y la atmósfera brumosa de las profundidades del Valais elevaron estas montañas y las separaron de tierra, haciendo indiscernibles sus cumbres; y su coloso sin forma, sin color, sombrío y nevado, iluminado y como invisible, no me pareció más que un cúmulo de nubes tempestuosas suspendidas en el espacio: no hubo para mí otra tierra que la que me sostenía sobre el vacío, solo, en la inmensidad.

Este momento fue digno del primer día de una vida nueva, y pocos experimentaré semejantes. Pensaba acabar este hablándole de él detenidamente, pero el sueño entorpece mi cabeza y mi mano; los recuerdos y el placer de contárselos a usted no podrían alejarlo; y no quiero seguir expresando tan débilmente lo que con tanta fuerza he sentido.

Cerca de Lyon vi el Mont Blanc bastante despejado, y desde su base aparente; pero la hora no era favorable, estaba mal iluminado.

Carta III

Cully, 11 de julio, I

No quiero recorrer Suiza como un turista, como un simple curioso. He venido aquí porque me parece que no me encontraría a gusto en otra parte; es el único país vecino al mío que encierra en general cosas que me son gratas.

Ignoro todavía hacia qué lado dirigirme. No conozco aquí a nadie, de modo que debo decidirme atendiendo solamente a las ventajas naturales que pueda ofrecerme una u otra localidad. El clima es bastante duro en Suiza, en los puntos que yo preferiría. Necesito un sitio fijo para pasar el invierno; esto es lo que querría decidir ante todo; pero el invierno es largo en las comarcas elevadas.

En Lausanne me decían: «Esta es la parte más hermosa de Suiza, la que prefieren todos los extranjeros. Ya ha visto usted Ginebra y las orillas del lago; le queda por ver Iverdun, Neuchâtel y Berna; los extranjeros también van al Lóele, que es célebre por su industria. En cuanto al resto de Suiza, es un país casi salvaje; ya desaparecerá esa manía inglesa de ir a cansarse y exponerse para ver hielos y dibujar cascadas. Debe usted instalarse aquí; el país de Vaud es el único que conviene a un extranjero; y aun en el mismo país de Vaud no/hay más que Lausanne, sobre todo para un francés».

Les aseguré que no escogería Lausanne, y han pensado que hacía mal. El país de Vaud^[16] tiene grandes bellezas; pero estoy persuadido de antemano de que su región principal es una de las partes de Suiza que menos me gustarían. La tierra y los hombres son en ella, poco más o menos, como en todas partes; yo busco otras costumbres y otra naturaleza^[17]. Si supiera el alemán, me parece que iría hacia Lucerna; pero sólo en una tercera parte de Suiza entienden el francés, y esta parte es precisamente la más risueña y menos alejada de las costumbres francesas, lo que me tiene en una gran incertidumbre. Ya casi he decidido ir a ver las orillas de Neuchâtel y el Bajo Valais. Luego iré a Schwitz o al Unterwalden, a pesar del inconveniente tremendo de una lengua que se desconoce en absoluto.

Me había llamado la atención un pequeño lago que los mapas llaman de Bré, o Bray, situado a cierta altura sobre Cully. Vine a esta ciudad para ir a visitar sus orillas, casi desconocidas y alejadas de las carreteras; pero renuncié a ello. Temo que el país sea demasiado vulgar, y que la manera de vivir de los campesinos, tan cerca de Lausanne, me convenga todavía menos.

Pensaba atravesar el lago^[18]; y ya había ajustado ayer una barca que me llevara al lado de Saboya. Tuve que renunciar también a este propósito; todo el día ha hecho

mal tiempo, y el lago está todavía muy agitado. La tempestad pasó; hace una noche espléndida. Mis ventanas dan al lago; la espuma blanca de las olas llega a veces hasta mi cuarto, humedeciendo mi lecho. El viento sopla del sudoeste, de modo que es justamente aquí donde alcanzan más fuerza y elevación. Le aseguro a usted que este movimiento y estos sones acompañados comunican al alma un fuerte impulso. Si tuviera que salir de la vida ordinaria, si tuviese que vivir, y no obstante me sintiera desalentado, querría estar un cuarto de hora, solo, ante un lago agitado; creo que no habría, entonces, cosa grande que me fuera difícil realizar.

Espero con cierta impaciencia su respuesta; y, aunque en realidad no pueda llegar todavía, a cada momento se me ocurre mandar a alguien a Lausanne para ver si han olvidado remitírmela. Sin duda me dirá usted claramente lo que piensa, lo que supone para el porvenir; y si he hecho mal al hacer lo que en muchos otros hubiera sido una conducta llena de ligereza. ¡Pensar que siempre le he consultado a usted sobre cualquier insignificancia, y he tomado ahora sin usted la resolución más importante! Sin embargo, usted no se negará a decirme su opinión; necesito que me reprenda o me tranquilice. ¿Ha olvidado acaso que he obrado en esto como si quisiera hacerle de ello un secreto? Los agravios de un amigo pueden entrar en nuestro pensamiento, pero no en nuestros sentimientos. Celebro que tenga usted alguna debilidad que perdonarme; sin ello no experimentaríamos tanto gusto en apoyarme en usted; mi propia fuerza no me daría la seguridad que me inspira la suya.

Le escribo a usted como si le hablase, como si me hablase a mí mismo. A veces no tiene uno nada que decirse y, sin embargo, se siente la necesidad de hablar; y a menudo es entonces cuando charla uno más a gusto. Sólo el paseo que se da sin fin determinado es el que proporciona verdadero placer, cuando se anda por andar y sin buscar nada; cuando hace un tiempo tranquilo, algo cubierto, y no se tienen preocupaciones de negocios, y no se quiere saber la hora, y se exploran al azar los barrancos y los bosques de un país desconocido; cuando se habla de las setas, de las ciervas, de las hojas secas que comienzan a caer; cuando uno dice: «He aquí un lugar que recuerda aquel en que mi padre se detuvo, hace diez años, para jugar conmigo a la rayuela, y donde dejó olvidado su cuchillo de caza, que fue imposible encontrar al día siguiente»; cuando el otro dice: «El sitio por el que acabamos de atravesar el arroyo seguramente le hubiera gustado al mío. En los últimos tiempos de su vida, se hacía conducir a más de una legua de la ciudad, a un bosque muy frondoso, donde había unas cuantas rocas y agua; bajaba entonces de la calesa, e iba, a veces solo, otras conmigo, a sentarse sobre una piedra arenisca, y leíamos las *Vidas de los Padres del desierto*^[19]. Me decía: “Si en mi juventud hubiera entrado en un convento, como era mi vocación, no habría sufrido todos los dolores que he sufrido en el mundo, no estaría hoy tan achacoso y quebrantado; pero no tendría un hijo y, al morir, no dejaría nada sobre la tierra...”». ¡Y, ahora, ya no existe! ¡Ya no existen!

Hay hombres que creen pasearse en el campo, cuando caminan en línea recta por una avenida enarenada. Acaban de comer; van hasta la estatua, y vuelven para jugar

al chaquete. Pero nosotros, cuando nos perdíamos en el bosque de Forez, caminábamos libremente, al azar. Había algo solemne en estos recuerdos de un tiempo ya lejano, que parecían venir a nosotros en medio del espesor y la majestad de los bosques. ¡Cómo se ensancha el alma cuando encuentra cosas bellas y que no ha previsto! No gusta de que aquello que le pertenece esté preparado y determinado de antemano: dejemos al espíritu buscar con orden y simetrizar lo que trabaja. En cuanto al corazón, no trabaja; y si le exigís que produzca, no producirá nada: el cultivo lo hace estéril. ¿Recuerda usted las cartas que R... escribía a L..., a quien llamaba su amigo^[20]? Mucho ingenio había en estas cartas, pero ni un momento de espontaneidad. Todas contenían algo distinto, y versaban sobre un tema particular; cada párrafo tenía su objeto y su pensamiento. Todo en ellas estaba dispuesto como para la impresión, como capítulos de un libro didáctico. Nosotros no le imitaremos, ¿verdad? ¿Acaso tendríamos necesidad de ingenio? Cuando dos amigos se hablan es para decirse todo lo que se les ocurra. Sólo le pido una cosa: que sus cartas sean largas, que esté usted largo tiempo escribiéndome, y yo largo tiempo leyéndole; con frecuencia yo mismo le daré el ejemplo. Respecto al contenido, no me inquieta: necesariamente nos diremos lo que pensamos, lo que sentimos; ¿y no es eso lo que debemos decirnos? ¿Cuando se tienen ganas de charlar, se le ocurre a uno decir: hablemos de tal cosa, vayamos por orden y comencemos por esta?

Traían la cena cuando me puse a escribirle. Ahora vienen a decirme que el pescado está completamente frío y ya no estará bueno. Adiós, pues. Son truchas del Ródano. Me hacen grandes alabanzas de ellas, como si no viesen que comeré solo.

Carta IV

Thièle, 19 de julio, I

He marchado a Iverdun; he visto Neuchâtel, Bienne y los alrededores. Me detengo unos días en Thièle, fronterizo de Neuchâtel y de Berna. Había tomado en Lausanne una de esas berlinas de alquiler tan comunes en Suiza. No temí las molestias y el aburrimiento del coche; me sentía demasiado preocupado de mi situación, de mis esperanzas tan vagas, del porvenir inseguro, del presente ya inútil y del intolerable vacío que hallo en todas partes.

Le envió algunas líneas escritas desde los diversos lugares en que hice alto.

Desde Iverdun

He gozado un momento de sentirme libre y en parajes más bellos; me ha parecido encontrar en ellos una vida mejor; pero le confesaré que no estoy contento. En Moudon, centro del país de Vaud, me pregunté: ¿Viviría feliz en estos lugares tan celebrados y tan deseados? Pero un profundo tedio me hizo partir enseguida. Traté luego de persuadirme a mí mismo, atribuyendo principalmente esta impresión al efecto de una tristeza local. El suelo de Moudon es arbolado y pintoresco, pero carece de lago. Me decidí a pasar la noche en Iverdun, esperando encontrar de nuevo en sus riberas ese bienestar mezclado de tristeza que prefiero a la alegría. El valle es precioso, y la ciudad una de las más bonitas de Suiza. A pesar del campo, a pesar del lago, a pesar de la belleza del día, he encontrado Iverdun todavía más triste que Moudon. ¿Qué lugares me serán, pues, precisos?

Desde Neuchâtel

He dejado Iverdun esta mañana, preciosa ciudad, agradable a otros ojos y triste a los míos. No sé bien todavía lo que puede hacerla tan triste para mí; pero no me he encontrado lo mismo hoy que la vez pasada. Si tuviera que diferir la elección de residencia, tal como la busco, preferiría esperar un año en Neuchâtel que un mes en Iverdun.

Desde Saint-Blaise

Vuelvo de una excursión por el valle de Travers. Hasta ahora no había comenzado a sentir en qué país me encuentro. Las orillas del lago de Ginebra son, sin duda, admirables; pero no obstante me parece que podrían encontrarse en otra parte las mismas bellezas; pues, en cuanto a los hombres, se ve a primera vista que son como en las llanuras, y lo mismo cuanto a ellos se refiere^[21]. Pero este valle, abierto en el Jura, tiene un carácter sencillo y grandioso; es agreste y poblado, es a la vez apacible y romántico^[22]; y aunque no tenga lago, me ha llamado más la atención que las riberas de Neuchâtel, y hasta que las de Ginebra. La tierra parece aquí menos sometida al hombre, y el hombre menos entregado a preocupaciones miserables. La mirada no se ve importunada de continuo por tierras de labranza, viñas y casas de recreo, riquezas engañosas de tantos países desgraciados. En cambio: grandes aldeas, casas de piedra, rebuscamiento, vanidad, títulos, ingenio, causticidad... ¿A dónde me arrastraban mis vanos sueños? A cada paso que se da aquí, la ilusión vuelve y se aleja; a cada paso se espera y se desespera; perpetuamente se siente uno cambiado en esta tierra, tan diferente de las demás y de sí misma. Me voy a los Alpes.

Desde Thièle

Me dirigía a Vévay por Morat, y no pensaba detenerme aquí; pero ayer, al despertar, me ha sorprendido el más hermoso espectáculo que pueda producir la aurora en una comarca cuya belleza particular es, sin embargo, más risueña que imponente. Esto me ha decidido a pasar aquí unos días.

Mi ventana había quedado abierta durante la noche, según costumbre mía. A eso de las cuatro me despertó la claridad y el olor del heno que habían segado durante la noche a la luz de la luna. Esperaba un espectáculo cualquiera; pero realmente tuve un momento de sorpresa. Las lluvias del solsticio habían conservado la abundancia de las aguas, acrecentadas precedentemente por el deshielo de las nieves del Jura. El espacio entre el lago y el Thièle aparecía inundado casi por completo; las partes más elevadas formaban pastos aislados en medio de estas llanuras de agua surcadas por el viento fresco de la mañana. Se distinguían las olas del lago que el viento empujaba a lo lejos contra la orilla medio sumergida. Unas cuantas cabras y vacas, y su pastor, que sacaba agrestes sonidos de su corno, pasaban en este momento por una lengua de tierra que quedaba en seco entre la llanura inundada y el Thièle. Unas piedras colocadas en los sitios más difíciles sostenían o continuaban esta especie de calzada natural. No se distinguían los pastos a que estos dóciles animales se dirigían, y al ver su paso lento e inseguro se hubiera dicho que iban a avanzar y a perderse en el lago. Las alturas de Anet, y los frondosos bosques del Julemont, emergían del seno de las aguas como una isla todavía inculta e inhabitada. La cadena montuosa del Vuilly bordeaba el lago en la lejanía. Hacia el sur, la extensión se prolongaba tras los collados de Montmirail; y, más allá de todo, sesenta leguas de hielos seculares

imponían a toda la comarca la majestad inimitable de estos rasgos atrevidos de la Naturaleza que constituyen los lugares sublimes^[23].

Cené con el recaudador del peaje. Sus maneras no me desagradaron. Es un hombre más ocupado en fumar y beber que en odiar, hacer proyectos y afligirse. Me parece que me gustarían bastante en los demás estos hábitos, que yo no contraeré. Evitan el hastío; ocupan las horas sin tener que pensar en ello; dispensan a un hombre de muchas cosas peores, y ponen al menos en lugar de esa calma de la felicidad, que no se ve en frente alguna, la de una distracción suficiente, que concilia todo y no perjudica más que a las adquisiciones del espíritu.

Por la tarde, cogí la llave, para volver entrada la noche y no estar pendiente de la hora. La luna no había salido; estuve paseándome a lo largo de las aguas verdes del Thiéle. Pero sintiéndome dispuesto a soñar largo tiempo, y encontrando en la tibieza de la noche ocasión para pasarla toda afuera, emprendí el camino de Saint-Blaise. Lo dejé al llegar a un villorrio llamado Marin, que está al sur del lago; bajé una cuesta escarpada y me eché en la arena, donde venían a expirar las olas. El aire era tranquilo, no se veía ninguna vela sobre el lago. Todos descansaban, unos en el olvido del trabajo, otros en el del dolor. Apareció la luna. Al amanecer, derramaba sobre la tierra y las aguas la inefable melancolía de sus luces postreras. ¡Qué grande parece la Naturaleza cuando, en un largo recogimiento, se oye el rumor de las olas sobre la orilla solitaria, en la calma de una noche todavía ardiente e iluminada por la luna que muere!

Indecible sensualidad, encanto y tormento de nuestros años vanos; vasta conciencia de una naturaleza siempre abrumadora y siempre impenetrable, pasión universal, sabiduría profunda, voluptuoso abandono; todo lo que un corazón mortal puede contener de necesidades y de hastíos, todo lo he sentido, todo lo he experimentado esta noche memorable. He dado un paso siniestro hacia la edad de la flaqueza; he devorado diez años de mi vida. ¡Dichoso el hombre sencillo cuyo corazón es siempre joven!

Allí, en la paz de la noche, interrogué mi destino incierto, mi corazón agitado y esta Naturaleza inconcebible que, conteniéndolo todo, parece sin embargo no contener lo que buscan mis deseos. ¿Qué soy pues?, me decía. ¿Qué triste mezcla de amor universal y de indiferencia por todos los objetos de la vida positiva? ¿La imaginación me incita a buscar, en un orden extraño, objetos preferidos sólo porque su existencia quimérica, pudiendo modificarse arbitrariamente, se reviste a mis ojos de formas especiosas y de una belleza pura y sin mezcla, más fantástica todavía?

Así, viendo en las cosas relaciones que no suelen existir, y buscando siempre lo que no obtendré jamás, extraño a la naturaleza real, ridículo en medio de los hombres, no tendré sino vanos afectos; y viva según yo mismo, o viva según los hombres, no tendré en la opresión exterior, o en mi propia sujeción, sino el eterno tormento de una vida siempre reprimida y siempre miserable. Pero los extravíos de una imaginación ardiente e inmoderada carecen de constancia como de regla: juguete de sus pasiones

variables y de su ardor indómito y ciego, un hombre semejante no tendrá ni continuidad en sus gustos ni paz en su corazón.

¿Qué puedo yo tener de común con él? Todos mis gustos son uniformes, todo lo que amo es natural y fácil: no deseo sino costumbres sencillas, amigos pacíficos, una vida siempre igual. ¿Cómo es posible que mis deseos sean desmesurados? No veo en ellos más que la necesidad, el sentimiento de la armonía y de lo que debe ser. ¿Cómo sería posible que mis inclinaciones fuesen odiosas a los hombres? No amo sino aquello que los mejores han amado; nada deseo a expensas de nadie; busco lo que todos pueden tener, lo que es preciso a las necesidades de todos, lo que daría fin a sus miserias, lo que acerca, une, consuela: no quiero más que la vida de los pueblos buenos, mi paz en la paz de todos^[24].

Es cierto que la Naturaleza es lo único que amo; pero por esto, amándome a mí mismo, no me amo exclusivamente, y de toda la Naturaleza son mis semejantes lo que prefiero. Un sentimiento imperioso me liga a todas las impresiones afectivas; mi corazón, lleno de sí mismo, de la humanidad y del acuerdo primitivo de los seres, no ha conocido nunca pasiones personales o irascibles. Me amo a mí mismo, pero en la Naturaleza, en el orden que esta quiere, en sociedad con el hombre que quiere, en sociedad con el hombre que hizo, y de acuerdo con la universalidad de las cosas. En verdad, nada de lo que existe, hasta ahora por lo menos, tiene plenamente mi afecto, y un vacío inexpresable es la costumbre constante de mi alma sedienta. Pero todo lo que amo podría existir, la tierra entera podría ser como yo querría, sin que nada cambiase en la Naturaleza o en el hombre mismo, excepto los accidentes efímeros de la obra social.

No, el hombre singular no es así. Su locura tiene causas facticias. No se encuentra continuidad ni totalidad en sus sentimientos; y, como sólo en las innovaciones humanas existen el error y las rarezas, todos los objetos de su demencia provienen de aquellas cosas que excitan las pasiones inmoderadas de los hombres y la trabajosa fermentación de sus espíritus, siempre agitados en sentidos contrarios.

En cuanto a mí, yo amo las cosas existentes; las amo tal como son. No deseo, no busco, no imagino nada fuera de la Naturaleza. Lejos de divagar mi pensamiento, fijándose en objetos difíciles o absurdos, remotos o extraordinarios, y de permanecer indiferente a lo que por sí mismo se me ofrece, a lo que habitualmente produce la Naturaleza, aspirando a lo que se me niega, a cosas extrañas y raras, a circunstancias inverosímiles y a un destino novelesco, no deseo, por el contrario, no pido a la Naturaleza y a los hombres, no reclamo para mi vida entera, sino aquello que necesariamente contiene la Naturaleza, que todos los hombres deben poseer, que es lo único que puede ocupar nuestros días y llenar nuestros corazones, aquello que constituye la vida.

Como no necesito cosas difíciles o privilegiadas, tampoco necesito cosas nuevas, cambiantes, múltiples. Lo que me ha gustado una vez me gustará siempre; lo que un día bastó a mis necesidades bastará en todo tiempo. El día semejante al día en que fui

feliz es todavía un día feliz para mí; y como las necesidades positivas de mi naturaleza son siempre poco más o menos las mismas, no buscando sino aquello que exigen, deseo siempre poco más o menos lo mismo. Si estoy satisfecho hoy, lo estaré toda mi vida; y si mi destino es siempre el mismo, mis deseos, siempre sencillos, se verán siempre cumplidos.

El amor del poder o de las riquezas es casi tan extraño a mi naturaleza como la envidia, la venganza o el odio. Nada debe alejar de mí a los demás hombres; no soy el rival de ninguno, no puedo ni envidiarles ni odiarles; rehusaría lo que les apasiona, me negaría a triunfar sobre ellos, y ni siquiera deseo superarles en virtud. Descanso en mi bondad natural. Contento con no tener que hacer esfuerzos para evitar el mal, no me atormentaré sin necesidad; y, con tal de ser hombre de bien, no pretenderé ser virtuoso. Este es un gran mérito, pero tengo la suerte de que no me sea indispensable, y lo dejo a los demás, destruyendo así la única rivalidad que podría subsistir entre nosotros. Sus virtudes son tan ambiciosas como sus pasiones; las exhiben fastuosamente; y lo que buscan en todo es la primacía. Yo no se la disputo; ni siquiera eso les disputo. ¿Qué pierdo dejándoles esa superioridad? En lo que llaman virtudes, unas, las únicas útiles, existen naturalmente en el hombre constituido como yo, y como todo hombre lo está primitivamente, me atrevería a pensar; otras, complicadas, difíciles, imponentes y soberbias, no se derivan inmediatamente de la naturaleza del hombre: por esto las encuentro falsas o vanas, y me interesa tan poco el poseerlas, mérito por lo menos dudoso. No me hace falta ningún esfuerzo para alcanzar lo que existe en mi naturaleza, y no quiero hacer esfuerzo alguno para conseguir lo que le es contrario. Mi razón lo rechaza, y me dice que, en mí al menos, esas virtudes fastuosas serían alteraciones y un comienzo de desviación.

El único esfuerzo que el amor al bien exige de mí, es una vigilancia sostenida, que no permite jamás a las máximas de nuestra moral introducirse en un alma demasiado recta para adornarlas con bellas apariencias, y demasiado sencilla para darles cabida. Tal es la virtud que me debo a mí mismo, y el deber que me impongo. Siento irresistiblemente que mis inclinaciones son naturales: me resta sólo observarme bien a mí mismo para apartar de esta dirección general todo impulso particular que pudiese inmiscuirse, para conservarme siempre sencillo y siempre recto, en medio de las perpetuas alteraciones y de los trastornos que pueden prepararme la opresión de un destino precario y las subversiones de tantas cosas variables. Debo continuar siendo, suceda lo que suceda, siempre el mismo, siempre yo, no precisamente tal como soy en costumbres contrarias a mis necesidades, sino tal como me siento, tal como quiero ser, como soy, en esta vida interior, único asilo de mis tristes sentimientos.

Me interrogaré, me observaré, sondearé este corazón sincero y amante por naturaleza, pero al que tantas repugnancias pueden haber desanimado ya. Determinaré lo que soy; es decir, lo que debo ser; y una vez bien conocido este estado, me esforzaré en conservarlo toda mi vida, convencido de que nada de lo que

me es natural puede ser peligroso o condenable, persuadido de que sólo está uno bien cuando obedece a su naturaleza, y decidido a no reprimir nunca en mí sino aquello que tendiese a alterar mi forma original.

Yo he conocido el entusiasmo de las virtudes difíciles; en mi error soberbio pensé en reemplazar todos los móviles de la vida social por este móvil, tan ilusorio como todos^[25]. Mi firmeza estoica desafiaba a la desgracia como a las pasiones, y me creía seguro de ser el más feliz de los hombres si llegaba a ser el más virtuoso. La ilusión duró cerca de un mes en toda su fuerza; un solo incidente bastó para disiparla. Fue entonces cuando toda la amargura de una vida fugitiva y descolorida vino a llenar mi alma en el abandono de la última ilusión. Desde ese momento, ya no tuve la pretensión de emplear mi vida; trato solamente de ocuparla; no quiero ya gozar de ella, sino tolerarla solo; no exijo que sea virtuosa, sino que no sea nunca culpable.

Pero, esto mismo, ¿cómo esperarlo, cómo obtenerlo? ¿Cómo encontrar días tranquilos, sencillos, ocupados, uniformes? ¿Cómo huir de la desgracia? Esto es lo único que busco. ¡Qué destino aquel en que los dolores quedan y los placeres ya no existen! Quizás algunos días apacibles me sean concedidos; pero sin ilusión, sin embriaguez, sin un momento de alegría pura. ¡Jamás! ¡Y no tengo todavía veintiún años! ¡Y he nacido con un corazón sensible, ardiente! ¡Y no he gozado jamás! Y, después, la muerte... Nada tampoco en la vida; nada en la Naturaleza. No lloré; ya no tengo lágrimas. Sentí que me enfriaba; me levanté, caminé, y el movimiento me fue provechoso.

Insensiblemente, volví a mi primera idea. ¿Cómo establecerme? ¿Puedo hacerlo? ¿Y qué lugar elegir? ¿Cómo, entre los hombres, vivir de otro modo que ellos; y cómo vivir lejos de ellos en esta tierra cuyos últimos rincones ocupan? Sólo con dinero se puede obtener aun lo que el dinero no paga, y se puede evitar lo que procura. La fortuna que podía esperar no hay que contar con ella. Lo poco que poseo ahora es inseguro. Mi ausencia acabará quizás de echar a perder todo; y yo no tengo carácter para fraguarme un nuevo destino. Creo preferible dejar ir las cosas. Mi situación depende de circunstancias cuyos resultados todavía están distantes. No es seguro que, aun sacrificando los años presentes, encontrase los medios de disponer a mi grado del porvenir. Esperaré; no quiero dar oídos a una prudencia inútil, que me entregaría de nuevo a intolerables preocupaciones. Pero me es imposible ahora decidir para siempre y adoptar una posición fija y un modo de vivir que ya no cambie. No hay más remedio que diferirlo todo, y acaso por largo tiempo. ¡Así se pasa la vida! No hay más remedio que abandonar unos cuantos años más a los caprichos del destino, al encadenamiento de las circunstancias, a no sé qué conveniencias. Voy a vivir como al azar, sin plan determinado, en espera del momento en que pueda seguir el único que me conviene. Feliz aun si durante el tiempo a que renuncio consigo preparar un tiempo mejor; si puedo escoger para mi vida futura el lugar, la manera, las costumbres; regular mis sentimientos, dominarme y contener en el aislamiento y en los límites de una necesidad accidental este corazón, ávido y sencillo, al que nada

será dado; si puedo enseñarle a alimentarse de su miseria, a descansar en el vacío, a estar tranquilo en medio de este silencio odioso, a subsistir en una naturaleza muda.

Usted que me conoce, que me comprende, pero que más afortunado quizás y más prudente, cede sin impaciencia a las costumbres de la vida, usted sabe cuáles son en mí, en el alejamiento en que estamos destinados a vivir, las necesidades que no pueden ser satisfechas. Hay una cosa que me consuela: tenerle a usted por amigo. Este es un sentimiento que no cesará. Pero siempre nos lo hemos dicho: es preciso que mi amigo sienta como yo; es preciso que nuestro destino sea el mismo; es preciso poder pasar juntos la vida. ¡Cuántas veces le he echado a usted de menos! ¿Con quién la intimidad sin reserva podrá serme tan dulce, tan natural? ¿No ha sido usted hasta ahora mi única costumbre? ¿Recuerda usted aquellas palabras admirables: *Est aliquid sacri in antiquis necessitudinibus*^[26]? Deploro que no hayan sido dichas por Epicuro, o aun por Leontium^[27], más bien que por un orador^[28]. Usted es el punto en que gusto de descansar de la inquietud que me extravía, al que gusto de volver cuando he recorrido todo y me he encontrado solo en el mundo. Si viviésemos juntos, si nos bastásemos uno a otro, en él me detendría, conocería al fin el reposo, haría algo en la tierra, y mi vida comenzaría. Pero no tengo más remedio que esperar, buscar, apresurarme hacia lo desconocido y, sin saber a dónde voy, huir del presente, como si esperase algo del porvenir.

Usted excusa mi partida; hasta la justifica; y, sin embargo, indulgente con los extraños, no olvida usted que la amistad requiere una justicia más austera. Tiene usted razón, era preciso; es la fuerza de las cosas. Veo con cierta indignación esa vida ridícula que he abandonado, pero no me forjo muchas ilusiones sobre la que me espera. Comienzo con espanto años llenos de incertidumbres, y encuentro algo siniestro en esa nube densa que se cierne ante mis ojos.

Carta V

Saint-Maurice, 18 de agosto, I

Esperaba para escribirle a usted haberme instalado definitivamente en algún sitio. Al fin, me he decidido: pasaré el invierno aquí. Haré antes algunas excursiones de poca consideración; pero, en cuanto entre el otoño, ya no me moveré de aquí.

Pensaba atravesar el cantón de Friburgo y entrar en el Valais por las montañas; pero las lluvias me han obligado a ir a Vévay por Payerne y Lausanne. El tiempo había aclarado cuando llegué a Vévay; pero, por malo que hubiese sido, no hubiera podido resolverme a continuar el viaje en coche. Entre Lausanne y Vévay, el camino sube y baja continuamente, en medio de viñedos bastante monótonos para mi gusto en una comarca semejante. Pero Vévay, Clärens, Chillon, las tres leguas desde Saint-Saphorien hasta Villeneuve, superan todo lo que he visto hasta ahora. Del lado de Rolle es de donde generalmente se admira el lago de Ginebra; pero yo lo encuentro mucho más hermoso visto desde Vévay, y Chillon sobre todo. ¿Por qué no habría en este valle admirable, frente a la muela de Jamant, la aguja del Mediodía y las nieves del Velan, allí, ante las rocas de Meillerie, una cima surgiendo de las aguas, una isla escarpada, bien umbría, de difícil acceso; y, en esta isla, dos casas, tres a lo sumo? No iría más lejos. ¿Por qué la Naturaleza casi nunca contiene lo que nuestra imaginación compone para nuestras necesidades? ¿No sería acaso que los hombres nos reducen a imaginar, a querer aquello que la Naturaleza no forma de ordinario, y que, si por casualidad se encuentra en algún sitio, no tardan en destruir?

Hice noche en Villeneuve, lugar triste en medio de un país tan hermoso. Recorrí, antes de que apretara el calor, las colinas frondosas de Saint-Tryphon y los vergeles continuos que llenan el valle hasta Bex. Caminaba entre dos cadenas de Alpes de gran altura; en medio de sus nieves seguía un camino llano, que bordea una región abundante, sin duda en tiempos remotos casi enteramente cubierta por las aguas.

El valle por donde corre el Ródano, desde Mastigny hasta el lago, está cortado, casi en el centro, por unas rocas cubiertas de pastos y de bosques, que forman las primeras gradas del Mordes y del Mediodía, y que sólo separa el cauce del río. Hacia el norte, estas rocas se hallan en parte cubiertas de castaños y coronadas de abetos. En estos lugares, un tanto salvajes, en la base de la aguja del Mediodía, es donde habito. Esta cumbre es una de las más bellas de los Alpes; también una de las más elevadas, si se considera, no únicamente su altura absoluta, sino también su elevación visible; y el anfiteatro, tan bien dispuesto, que desenvuelve toda la majestad de sus formas. De

todas las cimas cuya altura ha sido determinada por los cálculos trigonométricos o las apreciaciones del barómetro, no veo ninguna cuya base esté asentada en valles tan profundos; me creo, pues, con fundamento para suponerle una elevación aparente poco más o menos tan grande como la de la montaña más alta de Europa.

A la vista de estas gargantas habitadas, fértiles, y no obstante agrestes, dejé el camino de Italia, que hace un rodeo en este punto, para pasar por Bex; y, dirigiéndome hacia el puente del Ródano, tomé un sendero, a través de unos prados como no suelen pintar nuestros pintores. El puente, el castillo y el curso del Ródano en este sitio forman un panorama muy pintoresco; en cuanto a la villa, no vi de notable en ella más que una especie de sencillez. El paisaje es algo triste, pero de esa tristeza que yo amo. Las montañas son hermosas, el valle muy unido; las rocas confinan con la villa, y parecen cubrirla; el sordo murmullo del Ródano llena de melancolía esta tierra, que parece separada del globo y cercada por todas partes. Poblada y cultivada, parece, sin embargo, afligida o embellecida con toda la austeridad de los desiertos, cuando las nubes negras la oscurecen, resbalando por el flanco de los montes, ennegreciendo los sombríos abetos, acercándose, amontonándose y deteniéndose, inmóviles, como un techo tenebroso; o cuando, en un día sin nubes, el ardor del sol se concentra en ellas, haciendo germinar sus vapores invisibles, agitando con un ardor importuno lo que respira bajo el cielo árido, y haciendo de esta soledad demasiado bella un amargo abandono.

Las lluvias frías que acababa de sufrir al pasar el Jorat, que no es más que un cerrillo al lado de los Alpes, y las nieves que vi entonces blanquear los montes de Saboya, en medio del estío, me han hecho pensar más seriamente en el rigor, y más aún en la duración de los inviernos en la parte elevada de Suiza. Deseaba reunir las bellezas de la montaña y la temperatura de las llanuras. Esperaba encontrar en los valles altos alguna vertiente orientada al mediodía, precaución excelente contra los fríos agudos, pero muy insuficiente para los meses nebulosos, y sobre todo para la lentitud de la primavera. Decidido, a pesar de todo, a no vivir aquí en las ciudades, me creía bien compensado de estos inconvenientes con sólo encontrar hospedaje en casa de unos buenos montañeses, en una simple vaquería, al abrigo de los vientos fríos, junto a un torrente, en medio de prados y de pinos siempre verdes.

El destino lo ha querido de otro modo. He encontrado aquí un clima suave; no en las montañas realmente, sino entre las montañas. He resuelto permanecer aquí una temporada, ni yo mismo sé por qué.

Lo que acaso encontrará usted a primera vista extraño es que el tedio profundo que he experimentado aquí durante cuatro días lluviosos haya contribuido no poco a hacerme tomar esta resolución. El desaliento se ha apoderado de mí; he temido para el invierno, no el hastío de la soledad, sino el hastío de la nieve. Por otra parte, me he decidido involuntariamente, sin pensar en ello, por una especie de instinto que parecía decirme que tal era lo que debía suceder.

Cuando vieron que pensaba detenerme en el país, varias personas se apresuraron a hacerme una acogida cordial y sencilla. El propietario de una casa muy bonita y cercana a la ciudad fue el único con quien hice amistad. Me instó a que fuera a vivir en su finca, o a que escogiera entre otras de que me habló y que pertenecían a amigos suyos. Pero yo quería una situación pintoresca y una casa para mí solo. Por fortuna, pensé a tiempo que si iba a ver esas otras casas, me dejaría comprometer por complacencia, o por debilidad, a tomar una, aun cuando todas fuesen muy distintas de lo que yo deseaba. Y entonces el disgusto de una elección desacertada no me dejaría otro recurso que abandonar por completo el lugar. Le dije francamente mis motivos, y pareció comprenderlos bastante. Me puse a recorrer las cercanías, visitando los lugares que más me agradaban y buscando casa al azar, sin informarme siquiera de si las había por aquellos parajes.

Llevaba dos días buscando, y eso en un país donde, cerca de la ciudad, se encuentran lugares aislados como en el fondo del desierto, y donde, por tanto, sólo había destinado tres días a investigaciones que no quería extender más lejos. Había visto muchas casas en sitios que no me convenían, y varios sitios, agradables sin casas, o cuyas construcciones deplorables comenzaban a hacerme renunciar a mi proyecto, cuando distinguí una pequeña humareda detrás de un bosque de castaños.

Las aguas, la frondosidad, la soledad de los prados de toda esta vertiente me gustaban en extremo; pero está orientada al norte, como yo quería una orientación más favorable, no me habría detenido en ella sin la pequeña humareda. Después de un sinfín de rodeos, y de haber pasado unos cuantos arroyos caudalosos, llegué a una casa aislada a la entrada del bosque y circundada de los prados más solitarios. Un alojamiento pasable, una granja de madera, un huerto cerrado por un ancho arroyo, dos fuentes de buena agua, unas cuantas rocas, el rumor de los torrentes, cuevas por todas partes, setos de zarzas, una vegetación abundante, un prado sembrado de hayas y de castaños hasta los pinos de la montaña: tal es Charrières. Aquella misma noche me arreglé con el arrendatario; luego fui a ver al propietario, que vive en Montey, media legua más lejos. Me hizo los ofrecimientos más amables. Pronto nos arreglamos, pero de una manera menos favorable para mí que la primera proposición. Lo que él quería al principio sólo hubiera podido aceptarlo un amigo, y lo que después me hizo aceptar hubiera parecido generoso de parte de un antiguo conocido. Sin duda esta manera de obrar debe ser natural en algunos lugares, sobre todo en algunas familias. Cuando más tarde hablé de ello a la suya, en Saint-Maurice, no vi que nadie se sorprendiera.

Quiero disfrutar de Charrières antes del invierno. Quiero estar allí para la recolección de la castaña, y he resuelto no perder el tranquilo otoño.

Dentro de veinte días tomaré posesión de la casa, del castañar, de una parte de los prados y de la huerta. Dejo al arrendatario la otra parte de los pastos y de la fruta, las legumbres, el terreno destinado al cáñamo y, sobre todo, la tierra de labranza.

El arroyo atraviesa circularmente la parte que me he reservado. Son las tierras peores, pero las umbrías y los rincones más bellos. El musgo en ellas perjudica la recolección del heno; los castaños, demasiado juntos, dan poco fruto; no se han dispuesto vistas sobre el amplio valle del Ródano; todo allí es agreste y abandonado; ni siquiera han limpiado un sitio entre las rocas, donde los árboles, derribados por el viento y consumidos de vetustez, detienen el cieno y forman una especie de dique, con alisos y avellanos que allí arraigaron y hacen impracticable el paso. Sin embargo, el arroyo se filtra a través de estos escombros, y sale lleno de espuma, para formar un estanque natural de gran limpidez. De allí se escapa entre las rocas, hace correr sobre el musgo sus ondas precipitadas y, mucho más abajo, amortigua su corriente, abandona la umbría y pasa por delante de la casa bajo un puente de tres tablones de pino.

Dicen que los lobos, ahuyentados por la abundancia de las nieves, bajan en invierno a buscar hasta allí los huesos y restos de carne que también el hombre necesita en estos valles pastoriles. El temor a estos animales ha tenido esta comarca largo tiempo inhabitada. Pero, yo, no es eso lo que temeré. ¡Déjeme el hombre en paz, por lo menos junto a sus antros!

Carta VI

Saint-Maurice, 26 de agosto, I

Un instante puede cambiar nuestros sentimientos; pero esos instantes son raros.

Fue ayer: dejé para hoy el escribir a usted; no quise que aquella turbación pasara tan pronto. Sentí como si estuviera a punto de alcanzar algo. Me invadió una especie de alegría, por la cual me dejé arrastrar. Siempre es bueno saber a qué atenerse.

No vaya usted a reírse de mí porque he estado todo un día como privado de razón. Poco faltó, se lo aseguro, para que mi ingenuidad sostuviera un cuarto de hora mi locura.

Fue a la entrada de Saint-Maurice. Un coche de viaje iba al paso, y unas cuantas personas bajaban también por el puente. Entre estas había una mujer. Mi indumentaria francesa llamó sin duda la atención; me saludaron. Sus labios son redondos; su mirada... En cuanto a su porte, edad y todo el resto, nada sé, ni me importa. Es posible que ni siquiera sea bonita.

No he averiguado a qué posada iban a parar pero he hecho alto en Saint-Maurice. Supongo que el hostelero (a cuyo establecimiento siempre vengo) me habrá colocado en la misma mesa por ser franceses; hasta me parece que me lo ha propuesto.

He pasado el resto del día a orillas del Ródano. Deben de haber partido esta mañana; van hasta Sion, camino de Leuck, a donde uno de los viajeros va a tomar baños. Dicen que el camino es muy hermoso.

Es sorprendente la postración en que algunos hombres de cierta fuerza de espíritu dejan consumir su vida, cuando se necesita tan poco para hacerla salir de su letargo.

¿Cree usted que un hombre que termine sus años sin haber amado haya penetrado realmente los misterios de la vida y conozca su corazón y comprenda todo el alcance de su existencia? ¿No se diría que ha vivido como en suspenso, viendo sólo de lejos lo que el mundo hubiera podido ser para él?

Nada le oculto, porque sé que usted no dirá: «Ya está enamorado». Jamás esa necia palabra, que pone en ridículo a quien la dice o a quien se aplica, jamás será dicha de mí sino por los necios. Al menos, así lo espero.

Cuando dos vasos de ponche han puesto de lado nuestras desconfianzas, animando nuestras ideas con ese impulso que nos sostiene, creemos que en adelante vamos a tener más fuerza de carácter y a vivir más libres; pero al día siguiente por la mañana nos aburrimos un poco más todavía.

Si el tiempo no estuviera tempestuoso, no sé cómo pasaría el día; pero el trueno resuena ya entre las rocas y el viento se hace violentísimo. Todo este movimiento de los aires es muy de mi gusto. Si llueve por la tarde, refrescará y, por lo menos, podré leer junto al fuego.

Espero unos libros de Lausanne en el correo que debe llegar dentro de una hora. Si no los trajera, le escribiré a usted; si es que tengo el valor de comenzar.

Carta VII

Saint-Maurice, 3 de septiembre, I

He subido hasta la región de las nieves perpetuas. Antes de que el sol apareciese en el valle había llegado ya al macizo de rocas que domina la ciudad, y atravesé el rellano en parte cultivado que lo cubre. Continué por una pendiente escarpada, a través de espesos bosques de abetos, muchos de ellos derribados por pasados inviernos; ruinas fecundas, vasto y confuso amasijo de una vegetación muerta y reproducida de sus viejos retoños. A las ocho llegué a la cumbre descubierta que corona esta pendiente y que forma el primer escalón visible de la enorme masa cuya cima quedaba todavía tan lejos de mí. Entonces, despedí a mi guía, con objeto de probar mis propias fuerzas; quería que nada mercenario alterase esta libertad alpestre, y que ningún hombre de la llanura disminuyese la austeridad de una región salvaje. Sentí engrandecerse mi ser, así entregado, solo, a los obstáculos y a los peligros de una naturaleza difícil, lejos de las trabas ficticias y de la industriosa opresión de los hombres.

Veía con una especie de firmeza voluptuosa alejarse rápidamente al único hombre que encontrara en estos vastos precipicios. Dejé en tierra reloj, dinero, todo lo que llevaba encima, y casi todos mis vestidos, y me alejé sin cuidar de ocultarlos. Así, dirá usted, el primer acto de mi independencia fue por lo menos una rareza, semejante a uno de esos niños demasiado vigilados que sólo cometen disparates cuando se les deja entregados a sí mismos. Convengo en que hubo un poco de puerilidad en la diligencia que puse en despojarme de todo y en mi nuevo atavío; pero, al fin y al cabo, caminaba más a gusto, y llevando con frecuencia entre los dientes la rama que había cortado para ayudarme en las bajadas, me puse a trepar por las rocas que unen esta cima secundaria al macizo principal. Muchas veces, me arrastraba entre dos abismos, cuyo fondo no veía. De este modo llegué hasta los granitos.

Mi guía me había dicho que no podría subir más. En efecto, estuve detenido largo tiempo; pero al fin encontré, bajando un poco, pasos más practicables y, escalándolos con la audacia de un montañés, llegué a una especie de hondonada llena de nieve congelada, que jamás han deshelado los veranos. Subí mucho más todavía; pero, al llegar al pie del pico más elevado del macizo, vi que no podía continuar hasta la cima, cuyo escarpe apenas si tenía pendiente, con una altura que me pareció sobrepasar en unos quinientos pies el punto en que me hallaba.

A pesar de haber atravesado pocas nieves, como no había tomado precauciones contra ellas, mis ojos, cansados por su brillo y quemados por el reflejo del sol de mediodía sobre su superficie helada, no pudieron discernir bien los objetos. Por otra parte, muchas de las cimas que veía me eran desconocidas; sólo pude reconocer las más notables. Desde que estoy en Suiza, no hago más que leer a Saussure^[29], Bourrit^[30], el *Cuadro de la Suiza*^[31], etcétera; pero me siento todavía extranjero en los Alpes. Sin embargo, no he podido menos de reconocer la cumbre gigantesca del Mont Blanc, que se elevaba sensiblemente encima de mí; la del Velan; otra más lejana, pero más alta, que supongo el monte Rosa; y el macizo de Mordes, al otro lado del valle, frente a frente, cerca, pero más abajo, al otro lado del abismo. El bloque que no podía escalar perjudicaba mucho a la parte más sorprendente quizás de esta vasta perspectiva. Detrás de él se extendían las profundidades del Valais, bordeadas a uno y otro lado por los ventisqueros de Sanetz, de Lauter-Brunnen y de los Apeninos, y rematadas por las cúpulas del Gotardo y del Titlis, las nieves de la Furca, las pirámides del Schreckhorn y del Finsteraarhorn.

Pero esta vista de las cumbres por debajo de los pies del hombre, esta vista tan grande, tan imponente, tan alejada de la monótona nulidad del paisaje de las llanuras, no era todavía lo que yo buscaba en la Naturaleza libre, en la inmovilidad silenciosa, en el aire puro. En las tierras bajas es una necesidad que el hombre natural esté siempre alterado, respirando esa atmósfera social tan densa, tan tempestuosa, tan llena de fermentación, siempre conmovida por el ruido de las artes, el estrépito de los placeres ostensibles, los gritos del odio y los perpetuos gemidos de la ansiedad y el dolor. Pero allí, en aquellos montes, donde el cielo es inmenso, el aire más fijo y el tiempo menos rápido y la vida más permanente; allí, la Naturaleza entera expresa elocuentemente un orden superior, una armonía más visible, un conjunto eterno. Allí, el hombre vuelve a encontrar su forma alterable, pero indestructible; respira el aire salvaje lejos de las emanaciones sociales; su ser es suyo como del universo; vive una vida real en la unidad sublime.

Eso es lo que yo quería experimentar, lo que, por lo menos, buscaba. Inseguro de mí mismo en el orden de cosas tan costosamente determinado por unos cuantos niños ingeniosos^[32], subí a preguntar a la Naturaleza por qué me siento tan mal entre ellos. Quería saber, al fin, si mi existencia es ajena al orden humano, o si el orden social actual se aleja de la armonía eterna, como una especie de irregularidad o de excepción accidental en el movimiento del mundo. Al fin creo estar seguro de mí. Hay momentos que disipan la desconfianza, las prevenciones, las incertidumbres, y en que se conoce lo que es, por una imperiosa e inquebrantable convicción.

Sea, pues, así. Viviré desgraciado y casi ridículo sobre una tierra sujeta a los caprichos de este mundo efímero, oponiendo a mis disgustos y desalientos esa convicción que me coloca interiormente junto al hombre tal como debería ser. Y si existe alguien de carácter lo suficiente inflexible para que su ser, formado según el modelo anterior, no pueda abandonarse a las normas sociales, y si el destino me lo

hace encontrar, nos entenderemos; reduciendo a ambos nuestras relaciones con el mundo, y libres de los demás, cuyas vanas necesidades compadeceremos, seguiremos, si es posible, una vida más natural, más igual. Sin embargo, ¿quién podría decir que sería más dichoso, no estando de acuerdo con las cosas, y en medio de pueblos que sufren?

No sabría dar a usted una idea justa de este mundo nuevo, ni expresar la permanencia de los montes en una lengua de las llanuras. Las horas me parecían allí más tranquilas y a la vez más fecundas; y, como si el girar de los astros se hubiese hecho más lento en la calma universal, encontraba en la lentitud y la energía de mi pensamiento una sucesión que nada precipitaba y que, no obstante, adelantaba su curso habitual. Cuando quise calcular su duración, vi que el sol no la había seguido; y juzgué que el sentimiento de la existencia es realmente más pesado y más estéril en la agitación de las tierras humanas. Vi que, a pesar de la lentitud de los movimientos aparentes, es en las montañas, en sus cumbres apacibles, donde el pensamiento, menos presuroso, es realmente más activo. El hombre de los valles consume, sin gozar de ella, su duración inquieta e irritable, semejante a esos insectos siempre en movimiento que pierden sus esfuerzos en vanas oscilaciones y que otros, igualmente débiles, pero más tranquilos, dejan tras sí en su marcha directa y sostenida.

El día estaba caluroso, fuliginoso el horizonte, cubiertos de bruma los valles. El brillo de la nieve llenaba la atmósfera inferior con sus reflejos luminosos; pero una pureza desconocida parecía esencial al aire que respiraba. A aquella altura, ninguna exhalación de las tierras bajas, ningún accidente de luz turbaba ni interrumpía la vaga y sombría profundidad del cielo. Su color aparente no era ya ese azul pálido e iluminado, suave revestimiento de las llanuras, agradable y delicada mezcolanza que constituye para la tierra habitada una cerca visible en que los ojos se reposan y detienen. Allí, el éter indiscernible dejaba perderse la vista en la inmensidad sin límites, buscar otros mundos y otros soles en medio del resplandor del sol y de los ventisqueros como bajo el vasto cielo de la noche, y por encima de la atmósfera abrasada por el fuego del día penetrar en un universo nocturno.

Insensiblemente, se elevaba la niebla de los ventisqueros, formando nubes a mis pies. El resplandor de la nieve dejó de fatigar mis ojos, y el cielo se puso más sombrío aún y más profundo. Una densa neblina cubrió los Alpes; sólo algunos picos aislados emergían de este océano de vapor; vetas de nieve deslumbrante, amontonada en las hendiduras de sus asperezas, hacían el granito más negro y más severo. La cúpula nívea del Mont Blanc elevaba su masa incommovible sobre aquel mar gris y ondulante, sobre aquellas brumas amontonadas que el viento hundía y levantaba en olas inmensas. Un punto negro apareció en sus abismos; se elevó rápidamente, vino derecho a mí: era el águila poderosa de los Alpes. Sus alas estaban húmedas, llena de ferocidad su mirada; buscaba una presa, pero a la vista de un hombre huyó con un grito siniestro, desapareció precipitándose en las nubes.

Su grito fue veinte veces repetido, pero con sonidos secos, sin resonancia, como otros tantos gritos aislados en el silencio universal. Luego, todo volvió a una calma absoluta, como si el sonido mismo hubiera cesado de existir, y la propiedad de los cuerpos sonoros hubiese sido suprimida del universo. Jamás se conoció el silencio en los valles tumultuosos; únicamente sobre las cumbres frías reina esta inmovilidad, esta solemne permanencia que lengua alguna expresará, que la imaginación no alcanzará nunca. Sin los recuerdos traídos de la llanura, el hombre no podría creer que existe fuera de él ningún movimiento en la Naturaleza; el curso de los astros, y hasta las variaciones de la atmósfera, sería para él inexplicable; todo le parecería subsistir en el cambio mismo.

Pareciéndole continuo cada momento presente, tendría la certidumbre sin tener jamás el sentimiento de la sucesión de las cosas; y las perpetuas mutaciones del universo serían para su pensamiento un misterio impenetrable.

Desearía haber conservado huellas más seguras, no de mis sensaciones generales de estas comarcas mudas, que no olvidaré, sino de las ideas que trajeron consigo y de las que mi memoria apenas guarda recuerdo. En parajes tan diferentes, la imaginación apenas puede recordar un orden de pensamientos que parece rechazar todos los objetos presentes. Hubiera sido preciso escribir lo que experimentaba; pero entonces pronto hubiera cesado de sentir de un modo extraordinario. Hay, en este cuidado de conservar el pensamiento para después, algo servil, y que proviene de las preocupaciones de una vida dependiente. En los momentos de energía no se ocupa uno de otros tiempos o de otros hombres; no se piensa entonces por conveniencias ficticias, por la celebridad, ni siquiera por el bien público. Se es más natural, ni siquiera se piensa para aprovechar el momento presente; no manda uno a sus ideas, ni quiere reflexionar, ni pide a su espíritu que profundice en una materia, que descubra cosas ocultas, que encuentre lo que no ha sido dicho. El pensamiento no es activo y regulado, sino pasivo y libre: se piensa, se abandona uno; se es profundo sin talento, grande sin entusiasmo, enérgico sin voluntad; se sueña, no se medita. No le sorprenda a usted que no tenga nada que decirle después de haber experimentado, durante más de seis horas, sensaciones e ideas que en mi vida entera quizás no vuelva a conocer. Ya sabe usted lo desengañados que se quedaron aquellos hombres del Delfinado que herborizaban con Jean-Jacques^[33]. Llegaron a una cima, cuya situación era propia para exaltar a un genio poético, y cuando esperaban un bello ejemplo de elocuencia, he aquí que el autor de *Julia* se sentó en tierra, se puso a jugar con unos hierbajos, y no dijo palabra.

Podrían ser las cinco cuando observé cómo se alargaban las sombras, y sentí un poco de frío en el ángulo abierto hacia poniente, donde había estado largo tiempo, inmóvil sobre el granito. No podía hacer allí ejercicio: la marcha era demasiado difícil en aquellas escabrosidades. Los vapores se habían disipado, y vi que el anochecer sería hermoso hasta en los valles.

Habría corrido un verdadero peligro si las nubes se hubiesen hecho más densas; pero hasta aquel instante no pensé en ello. La capa de aire grosero que envuelve la tierra me era demasiado ajena en medio de aquel aire puro que respiraba; cerca del confín del éter (D)^[34] toda prudencia se había alejado de mí, como si no fuera más que una conveniencia de la vida ficticia.

Al volver a la tierra habitada, sentí que volvía a la cadena del hastío y de los afanes.

A eso de las diez entraba en casa. La luna daba en mi ventana; el Ródano corría ruidosamente; no hacía el menor viento; todo dormía en el pueblo. Pensé en los montes de que venía, en Charrières, donde voy a vivir, en la libertad que me he otorgado.

Carta VIII

Saint-Maurice, 14 de septiembre, I

Acabo de llegar de una excursión de varios días por las montañas. Nada le diré de ella; tengo otras cosas que comunicarle a usted. Había descubierto un sitio maravilloso, y me prometía volver a él con frecuencia, pues no está lejos de Saint-Maurice, cuando, antes de acostarme, llegó una carta. No era letra de usted; la palabra «urgente», escrita de modo muy visible, me produjo inquietud.

Todo es sospechoso para el que escapa con tanto trabajo de antiguas ataduras. En mi reposo, todo cambio tenía que repugnarme; nada favorable esperaba, y en cambio podía temer mucho.

Sin duda se figurará usted fácilmente de qué se trata. Quedé anonadado; luego, me decidí a romper con todo, a pasar por encima de todo, a dejar para siempre todo lo que me acercase a cosas ya abandonadas. Sin embargo, después de muchas vacilaciones, más sensato o más débil, he creído ver que me era preciso perder cierto tiempo para asegurar el reposo del porvenir. Cedo, dejo Charrières y me dispongo a partir. Ya hablaremos de este enojoso asunto.

Esta mañana no podía soportar la idea de un cambio tan grande; y hasta me puse a deliberar de nuevo. Al fin fui a Charrières para tomar otras disposiciones y anunciar mi marcha. Allí me decidí irrevocablemente. Quería apartar la idea de la estación que avanza y de las molestias cuyo peso ya siento. He ido a los prados; estaban regándolos por última vez. Me he detenido sobre una roca rara para no ver más que el cielo, que comenzaba a velarse de bruma. He mirado los castaños, he visto hojas que caían. Entonces me he acercado al arroyo, como si temiera que se hubiese secado; pero continuaba corriendo.

¡Inexplicable necesidad de las cosas humanas! Voy a Lyon, luego a París, ya lo he resuelto. Adiós. Compadezcamos al hombre que encuentra poco, y a quien ese poco le es arrebatado.

En fin, por lo menos, nos veremos en Lyon.

Carta IX

Lyon, 22 de octubre, I

Salí para Meterville a los dos días de abandonar usted Lyon. He pasado allí dieciocho días. Usted sabe la inquietud que me rodea, y qué miserables preocupaciones me aquejan, y sin nada satisfactorio que esperar de ellas. Pero mientras llegaba una carta, que todavía tendría que tardar doce o quince días, fui a pasar ese tiempo a Meterville.

Si no sé continuar indiferente y tranquilo en medio de las cosas molestas de que tengo que ocuparme y cuyo resultado parece depender de mí, por lo menos me siento capaz de olvidarlas completamente en cuanto comprendo que no puedo variarlas. Sé esperar con seguridad el porvenir, por alarmante que pueda ser, en cuanto, no requiriendo ya mi atención presente el cuidado de precaverlo, puedo suspender su recuerdo y separar de él mi pensamiento.

En efecto, no buscaré para los más bellos días de mi vida una paz más profunda que la seguridad de este corto intervalo. Y, sin embargo, fue obtenida en medio de preocupaciones cuyo término no podría preverse. ¡Y cómo! Por medios tan sencillos que harían reír a muchos hombres para quienes esta tranquilidad jamás será conocida.

Estas tierras son de poca consideración, y en una situación más tranquila que brillante. Usted ya conoce a sus dueños, sus caracteres, su manera de ser, su amistad sencilla, sus modales afectuosos. Llegué en un momento favorable. Al día siguiente debían empezar a coger la uva de un gran parral orientado al mediodía y que mira hacia el bosque de Armand. Quedó decidido durante la cena que esa uva, destinada a hacer un vino selecto, sería cogida únicamente por nuestras manos, y con mucho tiento, para dejar aún unos días los racimos menos maduros. Al día siguiente, en cuanto la niebla se hubo disipado un poco, coloqué un harnero encima de una carretilla y me fui el primero al fondo del cercado a empezar la recolección. La hice casi solo, sin buscar otro medio más rápido; me gustaba esa lentitud, y veía con pena que otro acudiese en mi ayuda. Me parece que duró doce días. Mi carretilla iba y venía por caminos descuidados y cubiertos de hierba húmeda; escogía los menos blandos, los más difíciles, y los días transcurrían así en el olvido, en medio de las brumas, entre las frutas, bajo el sol de otoño. Y, cuando llegaba la noche, tomábamos té con la leche todavía caliente; nos reíamos de los hombres que buscan placeres; paseábamos por los viejos plantíos, y nos acostábamos contentos. He visto las vanidades de la vida, y llevo en mi corazón el ardiente principio de las más vastas

pasiones. Llevo también en él el sentimiento de las grandes cosas sociales, y el del orden filosófico. He leído a Marco Aurelio, no me ha sorprendido; yo concibo las virtudes difíciles, y hasta el heroísmo de los monasterios. Todo esto puede animar mi alma, pero no la llena. Esta carretilla que cargo de fruta y empujo suavemente la sostiene mejor. Parece llevar agradablemente mis horas, y como si este movimiento útil y lento, esta marcha mesurada, conviniesen al curso cotidiano de la vida.

Carta X

París, 20 de junio, segundo año

Nada se termina; los lamentables asuntos que aquí me retienen se prolongan cada día, y mientras más me irritan estos retrasos más inseguro se hace su fin. Los hombres de negocios llevan las cosas con la sangre fría de gentes a quienes es habitual su duración, y que, además, se complacen en esta marcha lenta y dificultosa, digna de su espíritu solapado, y tan cómoda para sus escondidas arterías. Por otra parte, ya conoce usted mi opinión sobre este oficio, que siempre he considerado como el más sospechoso y más funesto. Un hombre de ley me pasea de dificultad en dificultad; creyendo que debo ser parte interesada y desprovista de rectitud, regatea su porción; cree, hartándome de lentitudes y formulismos, reducirme a dar lo que no puedo conceder, puesto que no lo tengo. Así, después de haber pasado seis meses en Lyon contra mi voluntad, me veo todavía condenado a pasar acaso más tiempo aquí.

El año pasa: uno más que descontar de mi existencia. He perdido la primavera casi sin murmurar, ¡pero el verano en París! Paso una parte del tiempo en medio de las repugnancias inseparables de lo que llaman ocuparse de sus asuntos; y cuando desearía quedarme en paz el resto del día, y buscar en mi casa una especie de asilo contra estas largas molestias, encuentro en ella una más intolerable todavía. Me siento en el silencio en medio del ruido; soy el único sin nada que hacer en un mundo turbulento. No existe aquí término medio entre la inquietud y la inacción; no hay más remedio que aburrirse si no se tienen ocupaciones y pasiones. Vivo en un cuarto conmovido por la resonancia perpetua de todos los gritos, de todos los afanes, de toda la inquietud de un pueblo activo. Tengo bajo mi ventana una especie de plaza pública llena de charlatanes, de saltimbanquis, de verduleras y de pregoneros de toda clase. Enfrente tengo el muro elevado de un monumento público; el sol da en él desde las dos hasta el anochecer; esta masa blanca y árida se destaca duramente sobre el ciclo azul; y los días más espléndidos son para mí los más penosos. Un vendedor infatigable repite los títulos de sus periódicos: su voz dura y monótona parece acrecentar la aridez de esta plaza quemada por el sol; y si encima oigo a alguna lavandera cantando en su ventana pierdo la paciencia y me voy. Hace tres días que un pobre lisiado y ulcerado se coloca en la esquina de una calle próxima, y pide limosna con una voz aguda y lamentable durante doce eternas horas. Imaginaos el efecto de esta queja repetida a intervalos iguales. No tengo más remedio que estar fuera de casa todo el día hasta que cambie de sitio. Pero, ¿a dónde ir? Conozco aquí muy poca

gente; gran casualidad sería que entre tan pocas personas hubiese una sola que gustase de mi compañía, así que no voy a ninguna parte. En cuanto a los paseos, ciertamente que los hay muy hermosos en París; pero no he encontrado ni uno donde poder pasar agradablemente media hora.

No conozco nada que fatigue tanto como esta continua lentitud de todo. Le tiene a uno sin cesar en un estado de expectación; hace que la vida transcurra antes de haber alcanzado el punto desde el cual se pretendía comenzar a vivir. Sin embargo, ¿de qué podría quejarme? ¡Qué pocos son los hombres que no pierden su vida! ¿Y los que la pasan en los calabozos contruidos por la beneficencia de las leyes? ¿Pero cómo puede resolverse a vivir el que soporta en una celda veinte años de su juventud? Ignora siempre cuánto tiempo tendrá que estar todavía; ¡si el momento de la liberación estuviese próximo...! Olvidaba a los que no se atreverían a terminar voluntariamente; los hombres ni siquiera les han permitido morir. ¡Y nos atrevemos a llorar sobre nosotros mismos!

Carta XI

París, 27 de junio, II

Con frecuencia paso dos horas en la biblioteca, no precisamente para, instruirme, pues este deseo se va enfriando sensiblemente, sino porque, no sabiendo cómo llenar esas horas, que no obstante transcurren irreparablemente, las encuentro menos penosas cuando las empleo fuera que cuando me veo obligado a pasarlas en mi casa. Ocupaciones algo forzadas me convienen en este desaliento; un exceso de libertad me dejaría en la indolencia. Tengo más tranquilidad entre gentes silenciosas como yo, que sólo en medio de una población tumultuosa. Me gustan esas largas salas, unas solitarias, otras llenas de gentes atentas, antiguo y frío depósito de los esfuerzos y de todas las vanidades humanas.

Cuando leo a Bougainville^[35], a Chardin^[36], a La Loubère^[37], me penetra el antiguo recuerdo de las tierras agotadas, de la celebridad de una sabiduría lejana o de la juventud de las islas dichosas; pero olvidando, al fin, Persépolis, y Benarés, y hasta Tinian^[38], reúno los tiempos y los lugares en el punto presente desde el cual las concepciones humanas los perciben todos. Veo esos espíritus ávidos que ganan con en el silencio y la contención, mientras el eterno olvido, rodando sobre sus cabezas sabias y abstraídas, trae su muerte necesaria, y va a disipar en un momento de la naturaleza su ser, y su pensamiento y su siglo.

Las salas rodean un patio largo, tranquilo, cubierto de hierba, en el que hay dos o tres estatuas, algunas ruinas y un estanque de agua verde que parece tan antigua como estos monumentos. Raramente salgo sin detenerme un cuarto de hora en este recinto silencioso. Me gusta soñar caminando sobre estas viejas piedras extraídas de las canteras para preparar a los pies del hombre una superficie seca y estéril. Pero el tiempo y el abandono vuelven a colocarlas en cierto modo bajo la tierra, recubriéndolas con una capa nueva, y devolviendo al suelo su vegetación y los colores de su aspecto natural. A veces, encuentro estos adoquines más elocuentes que los libros que acabo de admirar.

Ayer, consultando la enciclopedia, abrí el volumen por una página que no buscaba. No recuerdo el artículo, pero se trataba de un hombre que, cansado de agitaciones y reveses, se arroja en una soledad absoluta, con una de esas resoluciones victoriosas de los obstáculos, y que hacen se aplauda uno toda su vida por haberla tenido con voluntad firme. La idea de esa vida independiente no ha traído a mi imaginación ni las libres soledades del Imaus, ni las islas tranquilas del Pacífico, ni

los Alpes, más accesibles y ya tan añorados. Pero un recuerdo claro me ha presentado de un modo sorprendente, y con una especie de sorpresa y de inspiración, las rocas estériles y los bosques de Fontainebleau.

Preciso es que le hable a usted más detenidamente de este paraje inusitado en medio de nuestra campiña. Así podrá usted comprender mejor el intenso afecto que le he tomado.

Usted sabe que, joven todavía, viví unos cuantos años en París. Los parientes con quienes estaba, a pesar de su gusto por la ciudad, pasaban con frecuencia el mes de septiembre en el campo, en casa de algunos amigos. Un año fue en Fontainebleau, y más tarde, volvimos otras dos veces a casa de las mismas personas, que vivían entonces al pie de la selva, bajando hacia el río. Tenía, me parece, catorce, quince y diecisiete años cuando vi Fontainebleau. Después de una infancia casera, inactiva y tediosa, si en algunos respectos me sentía ya hombre, era todavía un niño en muchos otros. Tímido, inseguro; presintiendo todo quizás, pero no conociendo nada; ajeno a lo que me rodeaba, no tenía más carácter decidido que el ser inquieto y desgraciado. La primera vez no fui solo a la selva; no recuerdo bien lo que allí experimenté, sé solamente que preferí aquel lugar a todos los que había visto hasta entonces, y que fue el único al que deseé volver.

Al año siguiente, recorrí ávidamente aquellas soledades; me extravié en ellas a propósito, contento cuando había perdido todo rastro de camino y no distinguía senda alguna frecuentada. Cuando llegaba al extremo de la selva, veía con pena las vastas llanuras desnudas, los campanarios en la lejanía. Me volvía enseguida, me internaba de nuevo en lo más espeso de la selva; y cuando encontraba un sitio descubierto y cerrado por todas partes, donde no veía más que arena y enebros, experimentaba un sentimiento de paz, de libertad, de alegría salvaje: el poder de la naturaleza sentida por vez primera en la edad habitualmente dichosa. Sin embargo, yo no estaba alegre; casi feliz, no sentía sino la agitación del bienestar. Me aburría gozando de ella, y volvía a casa siempre triste. Muchas veces llegaba a la selva antes de salir el sol. Trepaba por los cerros todavía en la sombra, me mojaba en los matorrales llenos de rocío; y, cuando aparecía el sol, echaba de menos la claridad incierta que precede al alba. Amaba los barrancos, los valles oscuros, los bosques espesos; amaba las colinas cubiertas de brezos; amaba los pedruscos caídos y las rocas ruinosas; amaba esas arenas movedizas, cuya árida superficie, surcada aquí y allá por la huella de la cierva o de la liebre fugitivas, no marcaba paso alguno de hombre. Cuando oía a una ardilla, cuando ponía en fuga a un gamo, me paraba, me sentía mejor, y por un momento no buscaba más nada. En esta época fue cuando me fijé en el abedul, árbol solitario que ya me entristecía, y que desde entonces veo siempre con agrado. Me gusta el abedul; me gusta esa corteza blanca, lisa y agrietada; ese tronco agreste; esas ramas que se inclinan hacia tierra; la movilidad de sus hojas, y todo ese abandono, simplicidad de la Naturaleza, actitud de los desiertos.

¡Tiempos perdidos y que no es posible olvidar! ¡Ilusión demasiado vana de una sensibilidad expansiva! ¡Qué grande es el hombre en su inexperiencia, y qué fecundo sería si la mirada fría de sus semejantes, si el soplo árido de la injusticia no viniese a secar su corazón! Yo tenía necesidad de ser feliz. Yo no había nacido para sufrir. Usted conoce esos días sombríos, vecinos de la nieve, cuya aurora misma, adensando las brumas, no comienza a iluminar sino con rayos siniestros de un color ardiente sobre las nubes amontonadas. Ese velo tenebroso, esas ráfagas huracanadas, esas luces pálidas, esos silbidos a través de los árboles que se doblan y estremecen, esos desgarramientos prolongados, semejantes a gemidos fúnebres: he ahí la mañana de la vida; a mediodía, tempestades más frías y más continuas; por la tarde, tinieblas más espesas; y la jornada del hombre llega a su fin.

El prestigio especioso, infinito, que nace con el corazón del hombre y que parecía deber subsistir lo que él, se reanimó un día: llegué hasta creer que tendría deseos satisfechos. Este fuego súbito y demasiado impetuoso ardió en el vacío, y se apagó sin haber iluminado nada. Así, en la estación de las tormentas, aparecen, para espanto del ser vivo, relámpagos instantáneos en la noche tenebrosa.

Era en marzo; me encontraba en Lu**. Había violetas al pie de los zarzales y lilas en un pradito primaveral, tranquilo, inclinado al sol de mediodía. La caza estaba encima, mucho más arriba. Un jardín en terraza quitaba la vista de las ventanas. Más abajo del prado, rocas escarpadas y derechas como murallas; al fondo, un ancho torrente, y más allá otras rocas cubiertas de prados, de setos y de pinos. Los antiguos muros de la ciudad se entreveían a través de todo, con un búho en sus viejos torreones. ¡La noche, la luna; un vago tañer de cornos en la lejanía, llamándose y respondiéndose; y la voz que ya no volveré a oír!... Todo aquello me engañó. Mi vida no ha tenido más que este sólo error. ¿Por qué, pues, este recuerdo de fontainebleau, y no el de Lu**?

Carta XII

28 de julio, II

Al fin me creo en el desierto. Hay aquí espacios donde no se distingue huella alguna de hombre. Me he sustraído, por una temporada, a esos cuidados inquietos que consumen nuestra existencia, que confunden nuestra vida con las tinieblas que la preceden y las tinieblas que la siguen, no dejándole más ventaja que el ser, ella también, una nada menos tranquila.

Cuando pasé, por la tarde, a lo largo de la selva, bajando hacia Valvin, en medio del bosque, en el silencio, me pareció que iba a perderme en torrentes, barrancos, parajes románticos y terribles. Encontré colinas de arenisca derribadas, un suelo bastante llano y apenas pintoresco; pero el silencio y el abandono y la esterilidad me bastaron.

¿Se da usted cuenta del placer que experimento cuando mi pie se hunde en una arena movediza y quemante, cuando avanzo trabajosamente, y no hay agua, ni frescura, ni sombra? Veo un espacio inculto y mudo, rocas ruinosas, despojadas, conmovidas, y las fuerzas de la Naturaleza sometidas a la fuerza del tiempo. ¿No es acaso para mí un apaciguamiento el encontrar fuera de mí, bajo el cielo ardiente, otras dificultades y otros excesos que los de mi corazón?

No me oriento; al contrario, procuro extraviarme. A menudo camino en línea recta, sin seguir ningún sendero. Trato de no recordar ningún informe, de no conocer la selva, a fin de tener siempre algo nuevo que encontrar en ella. Hay un camino que me gusta seguir; describe un círculo, como la selva, de modo que no conduce ni al llano ni a la ciudad; no sigue dirección determinada; no va ni por los valles ni por las alturas; parece no tener fin; pasa a través de todo, y no conduce a nada: me parece que de buena gana caminaría por él toda mi vida.

Por la noche, no hay más remedio que volver a casa, dice usted, chanceándose de mi pretendida soledad. Pero se equivoca; usted me cree en Fontainebleau, o en una aldea, en una cabaña, ¿no es cierto? Pues nada de eso. No me gustan las casas *campestres* de este país, como no me gustan sus aldeas, ni sus ciudades. Si condeno el lujo, detesto la miseria. Si no, mejor hubiera sido quedarme en París; allí habría encontrado uno y otra.

Pero eso es lo que no le dije en mi última carta, llena de esa agitación que a veces se apodera de mí. Hace tiempo, recorriendo un día estos bosques, vi, en un lugar muy frondoso, dos ciervos que huían de un lobo. Este se encontraba ya cerca de ellos, y

creyendo que iba a alcanzarlos, le seguí para ver la resistencia, y ayudar si era posible. Salieron del bosque a un sitio descubierto, lleno de rocas y malezas; pero, cuando llegué, ya no los vi. Escudriñé todos los rincones de aquella landa accidentada y desigual, sin encontrar nada. Siguiendo otra dirección para volver al bosque, vi un perro, que primero me miró en silencio, y que no ladró hasta que me alejé de él. En efecto, llegué casi a la entrada del habitáculo que así guardaba. Era una especie de subterráneo cerrado naturalmente en parte por las rocas, y en parte por piedras apiladas, ramas de enebro, malezas y musgo. Un obrero, que durante más de treinta años había tallado adoquines en las canteras vecinas, no teniendo ni bienes ni familia, se había retirado allí para dejar, antes de morir, un trabajo obligado, a fin de escapar al desprecio y a los hospitales. Vi un armario, y allí cerca, al lado de las rocas, algunas legumbres en un terreno bastante árido; y de agua, de pan y de libertad vivían él, su perro y su gato. «He trabajado mucho —me dijo—, y jamás he tenido nada; pero al fin estoy tranquilo; además, pronto moriré». Aquel hombre tosco me decía la historia humana. ¿Pero acaso la sabía? ¿Creía más felices a otros hombres? ¿Sufría, comparándose con otros? No me paré entonces a pensar en nada de esto; era muy joven. Su aire zafio y huraño me llamaba mucho la atención. Le ofrecí un escudo, que aceptó, diciéndome que con él compraría vino; cosa que disminuyó mi estimación por él. ¡Vino!, me decía en mi interior; cosas hay más útiles, y quizás sea el vino y la mala vida lo que le hayan traído aquí, en vez del amor a la soledad. ¡Perdona, hombre sencillo, solitario infeliz! Yo no sabía entonces que se bebía el olvido de los dolores. Ahora conozco la amargura que traspasa y las repugnancias que quitan las fuerzas; sé respetar a aquel cuya primera necesidad es cesar un momento de gemir; me indigno cuando veo hombres, a quienes todo sonrío en la vida, reprochar duramente a un pobre que beba vino no teniendo pan. ¿Qué alma tienen esas gentes, que no conocen mayor miseria que tener hambre?

Ahora concebiréis la fuerza de este recuerdo que me vino inopinadamente a las mientes estando en la biblioteca. Esta idea rápida me entregó a todo el sentimiento de una vida real, de una cuerda simplicidad, de la independencia del hombre en medio de una Naturaleza poseída.

No es que yo tome por una vida semejante la que llevo aquí ahora, ni que en medio de estas piedras, de estas llanuras miserables, me crea el hombre de la Naturaleza. Tanto valdría, como un habitante del barrio de San Pablo, mostrar a mis vecinos las bellezas campestres de un tiesto de reseda y de un jardín de perejil encajonado sobre el alféizar de la ventana, o dar a media fanega de tierra circundada por un arroyo nombres de promontorios y de soledades marítimas de otro hemisferio, para traer a la memoria grandes recuerdos y costumbres lejanas entre las paredes de cal y las techumbres de bálago de una aldea de Champagne.

Solamente, ya que estoy condenado a esperar siempre la vida, trato de vegetar absolutamente solo y aislado. Prefiero pasar cuatro meses así, que perderlos en París en otras puerilidades mayores y más mezquinas. Ya le diré a usted, cuando nos

veamos, cómo me he escogido una mansión y cómo la he cerrado; cómo he transportado a ella los pocos efectos que he traído aquí sin dar parte a nadie de mi secreto; cómo me alimento de frutas y de algunas legumbres; a dónde voy a buscar el agua; cómo me visto cuando llueve, y todas las precauciones que tomo para continuar bien oculto y para que ningún parisién, a quien se le ocurra pasar ocho días en el campo, venga aquí a burlarse de mí.

Usted también se reirá, pero no me importa: su risa no será como la de ellos; y yo también me he reído de todo esto antes que usted. Encuentro, sin embargo, que esta vida tiene una gran dulzura, cuando, para sentir mejor su atractivo, salgo de la selva, me interno en las tierras cultivadas, veo a lo lejos un castillo fastuoso en medio de la campiña desnuda; cuando, después de una legua labrada y desierta, distingo un centenar de chozas amontonadas, amasijo odioso, cuyas calles, establos y huertas, paredes, pisos, techos húmedos, y hasta los trapos y muebles, no parecen sino un mismo lodo, en el cual todas las mujeres gritan, todos los niños lloran, todos los hombres sudan. Y si, entre tanto envilecimiento y tantos dolores, busco para estos desgraciados una paz moral y una esperanza religiosa, veo como patriarca a un sacerdote codicioso, agriado por las añoranzas, demasiado pronto separado del mundo; un joven sombrío, sin dignidad, sin cordura, sin unción, al que no veneran, al que ven vivir, que condena a los débiles y no consuela a los buenos; y por todo signo de esperanza y de unión un signo de temor y de abnegación, extraño emblema, triste resto de instituciones antiguas y grandes que han sido miserablemente pervertidas.

No obstante, hay hombres que ven esto muy tranquilamente, y que ni siquiera sospechan que puedan verlo de otro modo.

¡Triste y vana concepción de un mundo mejor! ¡Indecible extensión de amor! ¡Nostalgia del tiempo que transcurre inútilmente! Sentimiento universal^[39], sostén y devora mi vida: ¿qué sería de ella sin tu belleza siniestra? Tú haces que tenga conciencia de sí misma, tú harás que algún día perezca.

¡Pueda alguna vez todavía, bajo el cielo de otoño, en estos bellos días postrimeros, que las brumas llenan de incertidumbre, sentado junto al agua que arrastra la hoja amarillenta, oír los acentos sencillos y profundos de una melodía primitiva! Pueda un día, subiendo al Grimsel o al Titlis, sólo con el hombre de las montañas, oír sobre la hierba corta, cerca de las nieves, los sones románticos y familiares de las vacas de Unterwalden y de Hasly; y pueda allí, una vez ante la muerte, decir a un hombre que me oiga: «¡Si hubiésemos vivido!»

Carta XIII

Fontainebleau, 31 de julio, II

Cuando un sentimiento invencible nos arrastra lejos de las cosas que se poseen, y nos llena de voluptuosidad, y luego de nostalgia, haciéndonos presentir bienes que nada puede procurar, esta sensación profunda y fugitiva es un testimonio interior de la superioridad de nuestras facultades sobre nuestro destino. Esta razón misma es lo que la hace tan corta y la cambia inmediatamente en nostalgia. Primero es deliciosa, luego desgarradora. El abatimiento sigue a todo impulso inmoderado. Sufrimos de no ser lo que podríamos ser; pero, si nos encontrásemos en el orden de cosas que falta a nuestros deseos, no tendríamos ya ni ese exceso de deseos, ni esa superabundancia de facultades; no gozaríamos ya del placer de estar más allá de nuestros destinos, de ser más grandes que lo que nos rodea, más fecundos de lo que precisamos ser. Y si llegasen esas voluptuosidades que nuestras concepciones presentían tan ardientemente, nos dejarían fríos y a menudo pensativos, indiferentes, quizás hasta molestos. Porque sólo se puede ser de una manera efectiva lo que se es; porque entonces sentimos el límite irresistible de la naturaleza de los seres y, empleando nuestras facultades en casos positivos, no disponemos ya de ellas para transportarnos más allá, a la región supuesta de las cosas ideales sometidas al imperio del hombre real.

Pero, ¿por qué estas cosas serían puramente ideales? Es lo que no me sería posible concebir. ¿Por qué lo que no es parece más conforme a la naturaleza del hombre que lo que es? La vida positiva es también como un sueño; no tiene ilación, ni comienzo, ni fin; tiene partes ciertas y fijas; otras que no son más que azar y discordancia, que pasan como sombras, y en las cuales jamás se encuentra lo que se ha entrevisto. Así, en el sueño, se piensan al mismo tiempo cosas verdaderas y coherentes, y otras extrañas, deshilvanadas y quiméricas, que se ligan, no sé cómo, a las primeras. La misma mezcolanza compone los sueños de la noche y los sentimientos del día. La sabiduría antigua dijo que el momento de despertar llegaría al fin.

Carta XIV

Fontainebleau, 7 de agosto, II

El señor W., a quien usted conoce, decía no hace mucho: «Cuando tomo mi taza de café, arreglo el mundo a maravilla». Yo también me permito a veces semejantes divagaciones; y cuando camino por en medio de las malezas, entre los enebros todavía húmedos, me sorprende a veces imaginando dichosos a los hombres. Se lo aseguro, me parece que podrían serlo. Yo no deseo crear otra especie, ni otro globo; no pretendo reformarlo todo: esas hipótesis no conducen a nada, dirá usted, puesto que no son aplicables a nada conocido. Pues bien, echemos mano de lo que existe necesariamente; tomémoslo tal como es, arreglando sólo aquello que hay de accidental. No quiero especies quiméricas o nuevas; pero he ahí mis materiales, con ellos hago mi plan, en conformidad con mi pensamiento.

Querría dos puntos: un clima fijo, hombres sinceros. Si sé cuándo la lluvia hará desbordar las aguas, cuándo el sol secará mis plantas, cuándo el huracán conmoverá mi casa, a mi industria corresponde luchar contra las fuerzas naturales adversas a mis necesidades; pero si ignoro el momento de cada cosa, si el mal me oprime sin que el peligro me haya advertido, si la prudencia puede perderme y los intereses de los demás confiados a mi precaución me vedan la indolencia y hasta la seguridad, ¿no es fuerza que mi vida sea inquieta y desdichada? ¿No es fuerza que la inacción suceda a trabajos forzosos, y que, como tan acertadamente dijo Voltaire, consuma todos mis días en las convulsiones de la inquietud o en la letargia del hastío?

¿Si los hombres son casi todos disimulados, si la duplicidad de unos obliga a los otros, por lo menos, a la reserva, no es fuerza que unan, al mal inevitable que muchos tratan de hacer a los demás en su propio favor, una masa mucho mayor de males inútiles? ¿No es fuerza que se dañen recíprocamente, a pesar suyo, que cada uno se observe y se aperciba, que los enemigos sean inventivos y los amigos prudentes? ¿No es fuerza que un hombre de bien se pierda en la opinión por una palabra indiscreta, por un juicio aventurado; que una enemistad, nacida de una sospecha mal fundada, se torne mortal; que aquellos que habrían querido hacer el bien se sientan desalentados; que se establezcan falsos principios; que la astucia sea más útil que la sabiduría, el valor y la magnanimidad; que los hijos reprochen al padre su probidad, y que los listados perezcan por no haberse permitido un crimen? En esta perpetua incertidumbre, pregunto: ¿qué es de la moral? Y en la incertidumbre de las cosas,

¿qué es de la seguridad? Y sin seguridad, sin moral, ¿no es acaso la dicha un sueño de niño?

El instante de la muerte nos es desconocido. No hay mal sin duración; y, por otras veinte razones, la muerte no debe ser incluida en el número de las desdichas. Bien está que ignoremos cuándo debe todo acabar; pues raramente se comenzaría lo que no se estuviese seguro de terminar. Quiero, pues, que, en el hombre, tal cual es, la ignorancia de la duración de la vida tenga más utilidad que inconvenientes; pero la incertidumbre de las cosas de la vida no es como la de su término. Un incidente que no hemos podido prever descompone nuestros planes y nos prepara largas contrariedades. En cuanto a la muerte, aniquila nuestro plan, no lo descompone. No se sufre de lo que se ignora. El plan de los que quedan puede sufrir alguna contrariedad; pero ya es suficiente certidumbre tener la de sus propios asuntos, y no pretendo imaginar casos absolutamente buenos en conformidad con el hombre. El mundo que arreglo me sería sospechoso si no contuviese más mal que bien, y sólo con una especie de terror podría suponer una armonía perfecta; que me parece no admite la Naturaleza.

Un clima fijo, determinado, y sobre todo hombres sinceros, inevitablemente sinceros; esto me basta. Soy feliz, si sé *lo que es* la verdad. Dejo al cielo sus tormentas y sus rayos; a la tierra, el cieno y la sequía; al suelo, la esterilidad; a nuestro cuerpo, su debilidad, su degeneración; a los hombres, sus diferencias y sus incompatibilidades, su inconstancia, sus errores, sus mismos vicios y su necesario egoísmo; al tiempo, su lentitud y su irrevocabilidad: mi ciudad es feliz si las cosas están en ella reguladas, si los pensamientos son conocidos. No les es menester más que una buena legislación; y si los pensamientos son conocidos, es imposible que no la tenga.

Carta XV

Fontainebleau, 9 de agosto, II

Entre unos cuantos volúmenes de formato cómodo que traje aquí, no sé bien por qué, he encontrado la ingeniosa novela de *Frosina y Melidor*^[40], la he hojeado, leyendo y releendo el final. Hay días para los dolores: gustamos de buscarlos en nosotros, de seguir sus profundidades, de quedarnos sorprendidos ante sus proporciones desmesuradas; ensayamos, al menos en las miserias humanas, ese infinito que queremos dar a nuestra sombra antes de que un soplo del tiempo la borre.

¡Momento deplorable, situación siniestra, muerte nocturna en medio de voluptuosidades misteriosas! ¡Cuánto amor, cuántas pérdidas y cuán terribles venganzas en aquellas nieblas tenebrosas! ¡Y aquel desgarramiento de un corazón engañado, cuando Frosina, buscando a nado la roca y la antorcha, arrastrada por la luz páfida, parece agotada en el vasto mar! No conozco desenlace más bello, muerte más lamentable.

El día tocaba a su fin; no había luna, no había movimiento; el cielo estaba tranquilo, inmóviles los árboles. Algunos insectos bajo la hierba; un solo pájaro distante cantaba en el calor de la tarde. Me senté, estuve largo tiempo quieto; me parece que no tuve sino ideas vagas. Recorría la tierra y los siglos; me estremecía ante la obra del hombre. Al volver en mí, me encuentro en este caos; veo en él mi vida perdida; presiento los tiempos futuros del mundo. ¡Rocas de Righi, si hubiese tenido aquí vuestros abismos^[41]!

La noche estaba ya sombría. Me retiré lentamente, caminando al azar, lleno de hastío. Tenía necesidad de lágrimas, pero no pude más que gemir. Los tiempos pasados ya no existen; siento las tormentas de la juventud, sin sentir sus consuelos. Mi corazón, todavía fatigado por el fuego de una edad inútil, está marchito y seco como si hubiese llegado ya al agotamiento de la edad fría. Estoy apagado, sin estar tranquilo. Los hay que gozan de sus males; pero para mí todo ha pasado; no tengo alegría, ni esperanza, ni reposo; no me queda nada, ni siquiera tengo ya lágrimas.

Carta XVI

Fontainebleau, 12 de agosto, II

¡Cuántos sentimientos generosos! ¡Cuántos recuerdos! ¡Qué majestad tranquila en una noche suave, tranquila, iluminada! ¡Qué grandiosidad! Sin embargo, el alma se siente abrumada de incertidumbre. Ve que el sentimiento que ha recibido de las cosas la entrega a los errores; ve que hay verdades, pero que están en una gran lejanía. No es posible comprender la Naturaleza a la vista de estos astros inmensos en el cielo siempre igual.

Hay en él una permanencia que nos confunde; es para el hombre una eternidad espantable. Todo pasa; el hombre pasa, ¡y los mundos no pasan! El pensamiento queda suspenso en un abismo, entre las vicisitudes de la tierra y los cielos inmutables.

Carta XVII

Fontainebleau, 14 de agosto, II

Voy al bosque antes de que salga el sol; lo veo levantarse para un hermoso día; camino entre los helechos todavía húmedos, entre las zarzas, por en medio de las ciervas, bajo los abedules del monte Chauvet: un sentimiento de esa felicidad que sería posible me agita con fuerza, me empuja y me oprime. Subo, bajo, voy como un hombre que quiere gozar; luego, un suspiro, mal humor, y todo un día lamentable.

Carta XVIII

Fontainebleau, 17 de agosto, II

Aun aquí, la tarde es lo único que amo. La aurora me gusta un momento; creo que acabaría por sentir su belleza, ¡pero el día que la sigue va a ser tan largo...! Tengo, sí, una tierra libre que recorrer; pero no es bastante agreste, bastante imponente. Sus formas son bajas; las rocas, pequeñas y monótonas; la vegetación no tiene, en general, esa fuerza, esa profusión que me son necesarias; no se oye el rumor de ningún torrente en profundidades inaccesibles; es una tierra de llanura. Nada me oprime aquí, nada me satisface. Hasta me parece que aumenta mi tedio; es que no, sufro bastante. ¿Soy, pues, más feliz? En absoluto; sufrir o ser desgraciado no es lo mismo; gozar o ser feliz, tampoco.

Mi situación es agradable y, sin embargo, mi vida es triste. Estoy aquí inmejorablemente: libre, tranquilo, sano, sin quehaceres, indiferente al porvenir, del que nada espero, y perdiendo sin pena un pasado que no he gozado. Pero hay en mí una inquietud que no me abandonará; una necesidad que no conozco, que me gobierna, que me absorbe, que me arrastra más allá de los seres perecederos... Se engaña usted, como yo me había engañado; no es la necesidad de amar. Hay una distancia muy grande del vacío de mi corazón al amor que tanto ha deseado; pero hay un infinito de lo que soy a lo que necesito ser. El amor es inmenso, pero no es infinito. Yo no quiero gozar; quiero esperar, quiero saber. Necesito ilusiones sin límites, que se alejan para engañarme de continuo. ¿Qué me importa lo que puede tener un fin? La hora que llegará dentro de sesenta años, ahí está, junto a mí. Yo no quiero lo que se prepara, se acerca, llega, y deja de existir. Quiero un sueño, una esperanza, en fin, que esté siempre ante mí, más allá de mí, más grande que mi esperanza misma, más grande que los acontecimientos. Querría ser todo inteligencia, y que el orden eterno del mundo... ¡Y, hace treinta años, el orden existía, y yo no!

Accidente efímero e inútil, yo no existía, no existiré. Encuentro con sorpresa mi idea más vasta que mi ser; y, si considero que mi vida es ridícula a mis propios ojos, me extravió en tinieblas impenetrables. ¡Más feliz, sin duda, aquel que corta leña, que hace carbón y toma agua bendita cuando ruge el trueno! Vive como el bruto; sí, pero canta mientras trabaja. Yo no conoceré su paz y, sin embargo, pasaré como él. El tiempo habrá hecho correr su vida; la agitación, la inquietud, los fantasmas de una grandeza desconocida extravían, y precipitan la mía.

Carta XIX

Fontainebleau, 18 de agosto, II

No obstante, hay momentos en que me veo lleno de esperanza y de libertad; el tiempo y las cosas descienden ante mí con una armonía majestuosa, y me siento feliz, como si pudiera serlo. A veces me he sorprendido recordando los años pasados; he vuelto a encontrar en la raza las bellezas del placer y su celeste elocuencia. ¡Feliz! ¿Yo? Y, sin embargo, lo soy; feliz con plenitud, como el que despierta de las alarmas de un sueño para volver a entrar en una vida de paz y de libertad; como el que sale del cieno de un calabozo y vuelve a ver, después de diez años, la serenidad del cielo; feliz como el que ama a la mujer que ha salvado de la muerte. Pero el instante pasa; una nube ante el sol intercepta su luz fecunda; los pájaros callan; la sombra al extenderse arrastra y arroja ante sí mi sueño y mi alegría.

Entonces me pongo a caminar; voy, vengo, me apresuro para volver a casa, y al cabo de un momento vuelvo al bosque, porque el sol puede salir de nuevo. Hay en todo esto algo que tranquiliza y que consuela. ¿El qué? No lo sé bien; pero, cuando el dolor me adormece, el tiempo no se detiene, y me complace ver madurar el fruto que un viento de otoño hará caer.

Carta XX

Fontainebleau, 27 de agosto, II

¡Qué poco necesita el hombre que quiere nada más que vivir, y cuánto necesita el que quiere vivir contento y empleando sus días! Más feliz sería si tuviese la fuerza de renunciar a la felicidad, y de ver que es demasiado difícil. ¿Pero es preciso para ello vivir siempre solo? La misma paz es un triste bien sin la esperanza de que alguien la comparta.

Ya sé que muchos encuentran suficiente permanencia en un bien del momento, y que otros saben limitarse a una manera de ser sin orden ni concierto. Yo he visto afeitarse a algunos delante de un espejo roto. Los pañales de los niños estaban tendidos en la ventana; uno de sus trajecitos colgaba del tubo de la estufa; la madre los lavaba al lado de la mesa sin mantel, donde estaban servidos, en platos todos desportillados, un guiso recalentado y los restos del pavo del domingo. Habría habido sopa si el gato no hubiese derramado el caldo (E)^[42]. A esto llaman una vida sencilla; pero yo la llamo una vida desgraciada, si es momentánea; una vida de miseria, si es forzosa y duradera; y si es voluntaria, si hasta se complace uno en ella, si se piensa subsistir así, entonces la llamo una existencia ridícula.

Es cosa muy bella, en los libros, el desprecio de las riquezas; pero con un hogar y sin dinero es preciso, o no sentir nada, o tener una fuerza incommovible; aunque dudo que con un gran carácter se someta uno a vida semejante. Se puede soportar todo lo que es accidental; pero adoptar esta miseria es doblegar para siempre la voluntad. ¿Carecerían, por acaso, esos estoicos del sentimiento de las conveniencias, que enseñan al hombre que vivir así no es vivir según su naturaleza? Su simplicidad, sin orden, sin delicadeza, sin pudor, está más cerca en mi opinión de la sucia abnegación de un monje mendicante, de la burda penitencia de un faquir, que de la indiferencia filosófica.

En la misma simplicidad hay una pulcritud, un cuidado, una armonía. Las gentes de que hablo no tienen un espejo de peseta y van al teatro; tienen la loza desconchada y trajes de paño fino; llevan puños bien plegados, con camisas de lienzo tosco. Si se pasean es por los Campos Elíseos; esos solitarios van a ver a los paseantes, según dicen; y, para verlos, van a hacerse despreciar y a sentarse sobre unos restos de hierba en medio del polvo que levanta la muchedumbre. En su flema filosófica, desdeñan las conveniencias arbitrarias, y comen su bollo en tierra, entre los niños y los perros, entre los pies de los que van y vienen. Allí estudian al hombre, picoteando con las

niñeras y las amas de cría; allí meditan un folleto, en el cual se advertirá a los reyes de los peligros de la ambición, en que el lujo de la buena sociedad será reformado, en que todos los hombres aprenderán que es preciso poner freno a los deseos, vivir según la Naturaleza y comer galletas de Nanterre.

No quiero insistir. Si fuera a llevarle demasiado lejos en la disposición a bromear sobre ciertas cosas, también podría usted reírse de la extraña manera en que vivo en mi selva. No cabe duda de que hay un poco de puerilidad en crearse un desierto casi a las puertas de una capital. Convendrá usted, sin embargo, en que hay todavía cierta distancia entre mis bosques cercanos a París y un tonel en Atenas (F)^{[43][44]}; y yo, por mi parte, le concederé que los griegos, civilizados como nosotros, podían hacer más cosas singulares que nosotros, pues estaban más cerca de los tiempos primitivos. El tonel fue escogido para vivir en él públicamente, y en la madurez de la edad, la vida de un sabio. Claro que esto es muy extraordinario, pero lo extraordinario no chocaba excesivamente a los griegos. La costumbre, las cosas recibidas no formaban su código supremo. Todo entre ellos podía tener su carácter particular; y lo raro de encontrar allí era una cosa que les fuera común y universal. Como un pueblo que hace o que continúa el ensayo de la vida social, parecían buscar la experiencia, de las instituciones y de las costumbres, e ignorar todavía cuáles eran las exclusivamente buenas. Pero nosotros, que ya no tenemos sobre ello duda alguna, nosotros, que en todo hemos adoptado lo mejor posible, hacemos bien en consagrar nuestros menores detalles y en castigar con el desprecio al hombre lo bastante estúpido para salirse de un carril tan bien conocido. Por otra parte, lo que me excusa seriamente, a mí que no tengo ningún deseo de imitar a los cínicos, es que no pretendo ni vanagloriarme de un capricho de juventud, ni, en medio de los hombres, oponer directamente mi manera de pensar a la suya, en las cosas que el deber no me prescribe. Me permito una singularidad indiferente por sí misma, y que juzgo buena para mí desde ciertos puntos de vista. Chocaría a la manera de pensar de ellos, y pareciéndome que es el único inconveniente que puede tener, la oculto a fin de evitarlo.

Carta XXI

Fontainebleau, 1 de septiembre, II

Está haciendo unos días hermosísimos, y estoy en una paz profunda. En otro tiempo, habría gozado más de esta libertad completa, de este abandono de toda preocupación material, de todo proyecto, de esta indiferencia respecto a todo lo que pueda suceder.

Comienzo a sentir que avanzo por la vida. Aquellas impresiones deliciosas, aquellas emociones súbitas que antaño me agitaban y me arrastraban tan lejos de un mundo de tristeza, no las encuentro ya sino alteradas y debilitadas. Ese deseo que despertaba en mí todo sentimiento de alguna belleza en las cosas naturales, esa esperanza llena de incertidumbre y de encanto, ese fuego celeste que deslumbra y consume un corazón joven, esa voluptuosidad expansiva con la cual ilumina ante sí el fantasma inmenso, todo eso, ya no existe. Comienzo a ver lo que es útil, lo que es cómodo, y no lo que es bello. Usted que conoce mis necesidades sin límites, dígame: ¿qué haré de la vida cuando haya perdido esos momentos de ilusión que brillaban en sus tinieblas, como las luces tempestuosas en una noche siniestra? La hacían más sombría, es cierto; pero mostraban que podía cambiar, y que la luz aún subsistía. Ahora, ¿qué será de mí si tengo que limitarme a la realidad, reducirme a mi manera de vivir, a mis intereses personales, al cuidado de levantarme, de ocuparme, de acostarme para volverme a levantar?

Yo era muy distinto en los tiempos en que creía todavía posible amar. Había sido novelesco en mi infancia, y entonces imaginé un retiro en armonía con mis gustos. Había, artificiosamente, reunido en un punto del Delfinado la idea de las formas alpestres a las de un clima de olivos, de limoneros; pero, al fin, la palabra «cartuja» me había impresionado. Fue allí, cerca de Grenoble, donde imaginé mi morada. Creía entonces que un lugar feliz influía mucho para una vida feliz, y que allí, con una mujer amada, poseería esa dicha inalterable cuya necesidad llenaba mi corazón engañado.

Pero he aquí una cosa bien extraña, de la que nada induciré, ni nada afirmaré, más que el hecho. Yo no había visto nunca ni leído nada, que yo sepa, que hubiese podido darme un conocimiento cualquiera del local de la Gran Cartuja^[45]. Sabía únicamente que esta soledad se encontraba en las montañas del Delfinado. Mi imaginación compuso, según esta noción confusa y sus propias inclinaciones, el paraje en que debía estar situado el monasterio y, junto a él, mi morada. Pues bien, la realidad se

aproximó singularmente a mi imaginación. Viendo, largo tiempo después, un grabado que representaba esos mismos lugares, me dije antes de haber leído: «Esa es la Gran Cartuja»; de tal modo me recordó lo que yo había imaginado. Y cuando vi que era aquella, en efecto, me estremecí de sorpresa y de pena; me pareció que había perdido algo que me estaba en cierto modo destinado. Desde este proyecto de mi juventud no puedo oír sin una emoción llena de amargura la palabra «cartuja».

Mientras más me remonto en mi juventud, más profundas encuentro las impresiones. Si paso por alto la edad en que ya las ideas adquieren extensión; si busco en mi infancia esas primeras fantasías de un corazón melancólico, que jamás ha tenido verdadera infancia y al que atraían las emociones fuertes y las cosas extraordinarias antes de haber decidido siquiera si gustaría o no de jugar; si busco lo que experimentaba a los siete años, a los seis, a los cinco, encuentro impresiones igualmente imborrables, más llenas de confianza, más dulces, y formadas por esas ilusiones totales cuya ventura no posee otra edad.

No me equivoco de época, no; sé con certeza qué edad tenía cuando pensé en tales cosas, cuando leí tal libro. Leí la *Historia del Japón*, de Koempfer^[46], en mi sitio habitual, al lado de cierta ventana, en aquella casa junto al Ródano que mi padre abandonó poco tiempo antes de su muerte. Al verano siguiente leí *Robinson Crusoe*. Entonces fue cuando perdí aquella exactitud que habían observado en mí; se me hizo imposible efectuar, sin pluma, cálculos menos complicados que aquel que había hecho a los cuatro años y medio, sin escribir nada y sin saber más regla de aritmética que la de sumar, cálculo que tanto había sorprendido a cuantos estaban en casa de la señora de Belp**, en aquella reunión cuya historia ya conoce usted.

La facultad de percibir las relaciones indeterminadas se sobrepuso entonces a la de combinar relaciones matemáticas. Las corrientes morales se hacían sensibles; el sentimiento de lo bello comenzaba a nacer...

2 de septiembre

He visto que insensiblemente iba a ponerme a razonar, y me he detenido. Cuando se trata sólo del sentimiento puede uno no consultarse más que a sí mismo; pero en los casos que deben discutirse siempre se gana mucho cuando puede saberse lo que han pensado otros hombres. Precisamente tengo aquí un volumen que contiene los *Pensamientos filosóficos*, de Diderot, su *Tratado de lo bello*, etcétera. Lo he cogido y he salido.

Si soy de la opinión de Diderot, quizás parezca que es por ser el último que habla, y convengo en que esto habitualmente influye mucho; pero yo modifico su pensamiento a mi manera, pues hablo todavía después de él.

Dejando a un lado a Wolf^[47], Crousaz^[48] y el sexto sentido de Hutcheson^[49], pienso poco más o menos como todos los demás; y por esto no creo que la definición de lo bello pueda expresarse de una manera tan sencilla y tan breve como lo hace

Diderot. Opino, como él, que el sentimiento de la belleza no puede existir fuera de la percepción de las relaciones; ¿pero de qué relaciones? Si se piensa en lo bello cuando se ven relaciones cualesquiera, eso no quiere decir que se tenga entonces la percepción de ellas, sino simplemente la imaginación. Porque se ven relaciones se supone un centro, se piensa en analogías, se espera una nueva extensión del alma y de las ideas; pero lo que es bello no hace únicamente pensar en todo esto como por reminiscencia u ocasión, sino que lo contiene y lo muestra. Es una ventaja, sin duda, cuando una definición puede ser expresada por una sola palabra; pero es preciso que esta concisión no la haga demasiado general y, por tanto, falsa.

Diré, pues: «Lo bello es lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas hacia un mismo fin, según conveniencias análogas a nuestra naturaleza». Esta definición encierra las nociones de orden, de proporciones, de unidad y hasta de utilidad.

Estas relaciones están ordenadas hacia un centro o fin, lo que constituye el orden y la unidad. Vienen luego otras conveniencias, que no son otra cosa que la proporción, la regularidad, la simetría, la sencillez, según que una u otra de estas conveniencias sea más o menos esencial a la naturaleza del todo que estas relaciones componen. Este todo es la unidad, sin la cual no hay resultado, ni obra que pueda ser bella, pues entonces ni siquiera hay obra. Todo producto debe ser uno: nada se ha hecho si no se ha dado un conjunto a lo que se ha hecho. Una cosa no puede ser bella sin conjunto; no es una cosa, sino un agregado de cosas que podrán producir la unidad y la belleza cuando, unidas a lo que todavía les falta, formen un todo. Hasta entonces son materiales; su reunión no produce belleza; por bellos que puedan ser en particular, como esos compuestos individuales, quizás enteros y completos, pero cuyo agregado todavía informe no es una obra. Del mismo modo, una compilación de los más bellos pensamientos morales, esparcidos y sin conexión, no forma un tratado de moral.

Desde el momento en que este conjunto, más o menos compuesto, pero, sin embargo, uno y completo, tiene analogías sensibles con la naturaleza del hombre, le es útil, directa o indirectamente, puede servir a sus necesidades o, por lo menos, extender sus conocimientos; puede ser para él un medio nuevo, o la ocasión de una industria nueva; puede acrecentar su ser, o complacer a su espíritu inquieto, a su avidez.

La cosa es más bella, hay verdaderamente unidad, cuando las relaciones percibidas son exactas, cuando concurren a un centro común; y si no hay precisamente más que lo necesario para cooperar a este resultado, la belleza es mayor, hay sencillez. Toda cualidad queda alterada por la mezcla de una cualidad distinta; cuando no hay mezcla la cosa es más exacta, más simétrica, más sencilla, más una, más bella; es perfecta.

La noción de utilidad entra principalmente de dos maneras en la de la belleza. Primero, la utilidad de cada parte para su fin común; luego, la utilidad del todo para

nosotros, que tenemos analogías con ese todo.

En la *Filosofía de la Naturaleza*^[50] se lee: «Me parece que el filósofo puede definir la belleza como el acuerdo expresivo de un todo con sus partes».

He encontrado, en una nota, que usted la definía así en otro tiempo: «La conveniencia de las diversas partes de una cosa con su destino común, según los medios a la vez más fecundos y más sencillos». La que se acerca, con el condimento de más, a la concepción de Crousaz. Éste cuenta cinco caracteres de lo bello, y define así la proporción, que es uno: la unidad aderezada de variedad, de regularidad y de orden en cada parte.

Si la cosa bien ordenada, análoga a nosotros y en la cual encontramos belleza, nos parece superior o igual a lo que contenemos en nosotros, decimos que es bella. Si nos parece inferior decimos que es bonita. Si sus analogías con nosotros son relativas a cosas de poca importancia, pero que sirven directamente a nuestras costumbres y deseos presentes, decimos que es agradable. Cuando sigue las conveniencias de nuestra alma, animando, extendiendo nuestro pensamiento, generalizando, exaltando nuestros sentimientos, mostrándonos en las cosas exteriores analogías grandes o nuevas, que nos dan el sentimiento de un orden universal, de un fin común a muchos seres, decimos que es sublime.

La percepción de las relaciones ordenadas produce la idea de la belleza, y la extensión del alma, ocasionada por su analogía con nuestra naturaleza, es su sentimiento.

Cuando las relaciones indicadas tienen algo de vago y de inmenso, cuando se sienten mejor que se ven sus correlaciones con nosotros y con una parte de la naturaleza, resulta de ello un sentimiento delicioso, lleno de esperanza y de ilusiones, un goce indefinido que promete goces sin límites; ese es el género de belleza que hechiza, que subyuga. Lo bonito divierte el pensamiento, lo bello sostiene el alma, lo sublime la asombra o la exalta; pero lo que seduce y apasiona los corazones son bellezas más vagas y más extensas todavía, poco conocidas, jamás explicadas, misteriosas e inefables.

Así, en los corazones hechos para amar, el amor embellece todo, y hace delicioso el sentimiento de la naturaleza entera. Como establece en nosotros la relación más grande que pueda conocerse fuera de sí, nos hace aptos para el sentimiento de todas las relaciones, de todas las armonías; descubre a nuestros sentimientos un mundo nuevo. Arrastrados por este movimiento rápido, seducidos por esta energía que promete todo, y de la cual nada todavía ha podido desengañarnos, buscamos, sentimos, amamos, queremos todo lo que la naturaleza contiene para el hombre.

Pero las repulsiones de la vida vienen a comprimirnos, obligándonos a replegarnos en nosotros mismos. En nuestra marcha retrógrada, nos esforzamos por abandonar las cosas exteriores y atenemos a nuestras necesidades positivas; centro de tristeza, en que la amargura y el silencio de tantas cosas no esperan la muerte para

cavar en nuestros corazones ese vacío de la tumba donde se consume y apaga todo lo que podían tener de candor, de gracias, de deseos y de bondad primitiva.

Carta XXII

Fontainebleau, 12 de octubre, II

Preciso era volver a ver todos los lugares que antaño gustaba de frecuentar. Ahora estoy recorriendo los más distantes, antes de que las noches sean frías, y los árboles se despojen y los pájaros se alejen.

Ayer me puse en camino antes del alba; la luna alumbraba todavía, y a pesar de la aurora podían discernirse las sombras. El valle de Changy continuaba sumido en la noche, cuando ya estaba yo en las alturas de Avon. Bajando por las Basses-Loges, llegué a Valvin cuando el sol, elevándose detrás de Samoreau, coloreaba las rocas de Samois.

Valvin no es una aldea, y no tiene tierras de labrantío. La posada está aislada, al pie de una eminencia, sobre una playita entre el río y el bosque. Habría que soportar las molestias del faetón, vehículo muy desagradable, y llegar por agua a Valvin o a Thomery, al anochecer, cuando la ribera está sombría y los ciervos braman en la selva; o bien, al salir el sol, cuando todo reposa aún, cuando el grito del barquero hace huir a las ciervas, cuando resuena bajo los altos chopos y en las colinas cubiertas de brezos, humeantes bajo los primeros fuegos del día.

Es ya mucho poder, en un país llano, encontrar estos débiles efectos, que, por lo menos a ciertas horas, no carecen de interés. Pero el menor cambio los destruye: despoblados de animales salvajes los bosques vecinos, o cortados los árboles que cubren los collados, y Valvin no será nada. Y aun, tal como es, a mí no se me ocurriría detenerme en él; durante el día es un sitio vulgar; además, la posada no es habitable.

Dejando Valvin, subí hacia el norte; pasé junto a un hacinamiento de areniscas cuya situación en una tierra lisa y descubierta, rodeada de bosques e inclinada hacia el poniente de estío, inspira un sentimiento de abandono mezclado de cierta tristeza. Alejándome, comparaba este lugar a otro que me había hecho una impresión opuesta cerca de Bourron. Encontrando muy semejantes ambos parajes, excepto desde el punto de vista de la orientación, entreví, al fin, la razón de esos efectos contrarios que había experimentado en los Alpes, en lugares aparentemente análogos. Así, me han entristecido Bulle y Planfayon, aunque sus pastos, en los límites de Gruyère, presenten el carácter y las costumbres y el tono de la montaña. Así he sentido, una vez, no poder quedarme en una garganta escondida y estéril de la muela del Mediodía. Así encontré el hastío en Iverdun; y, en el mismo lago, en Neuchâtel, un bienestar notable. Así se explicarán la dulzura de Vévay, la melancolía de

Unterwalden; y, por razones análogas quizás, los diversos caracteres de todos los pueblos, que las diferencias de orientación, clima y atmósfera modifican tanto, y aún más, que la diferencia de leyes y costumbres^[51]. En efecto, estas últimas oposiciones también han tenido, en su principio, semejantes causas físicas.

Luego volví hacia poniente, y busqué la fuente del monte Chauvet. Han construido, con las piedras que cubren este sitio, un abrigo que protege el manantial contra el sol y los hundimientos de arena, y un banco circular a donde vienen a merendar. A veces se encuentran cazadores, excursionistas, obreros; pero a veces también una triste sociedad de lacayos de París y de tenderos del barrio Saint-Martin o de la calle Saint-Jacques, retirados a una villa a donde el rey viaja. Se sienten atraídos hacia este lado por el agua, que es cómodo encontrar cuando se quiere comer entre vecinos un pastel frío, y por una peña hueca naturalmente, que se encuentra en el camino, y que les divierte mucho contemplar. La veneran, la llaman *confesionario*; reconocen en ella con enternecimiento esos *caprichos de la Naturaleza* que imitan las cosas santas, y que atestiguan que la religión del país es el fin de todas las cosas.

Bajando por el valle retirado donde esta agua demasiado escasa se pierde sin formar arroyo, y torciendo hacia la cruz del Montero Mayor, encontré una soledad austera como el abandono que busco. Pasé por detrás de las rocas, de Cuvier; me sentía lleno de tristeza; me detuve largo tiempo en los desfiladeros de Aspremont. Al atardecer, me acerqué a las soledades del Grand-Franchard, antiguo monasterio aislado en medio de las colinas: ruinas abandonadas que, aun lejos de los hombres, las vanidades humanas consagraron al fanatismo de la humildad, a la pasión de asombrar al pueblo. Desde aquel tiempo, los bandoleros, según dicen, reemplazaron a los monjes; y volvieron a introducir principios de libertad, aunque para desgracia de lo que no era libre como ellos. La noche se acercaba; me escogí un retiro en una especie de locutorio cuya vieja puerta eché abajo, y donde reuní unos restos de leña con helechos y otras hierbas, a fin de no pasar la noche sobre las piedras. Entonces, me alejé por unas horas todavía; la luna debía alumbrar.

Alumbraba, en efecto, y débilmente, como para aumentar la soledad de este monumento desierto. Ni un grito, ni un pájaro, ni un movimiento interrumpieron el silencio durante toda la noche. Pero cuando todo lo que nos oprime queda en suspenso, cuando todo duerme y nos deja en reposo, los fantasmas velan en nuestro propio corazón.

Al día siguiente me dirigí hacia el mediodía. Estando en las alturas estalló una tormenta que vi formarse con verdadero placer. Encontré fácilmente un abrigo en estas rocas casi huecas y suspendidas unas sobre otras. Me gustaba ver, desde el fondo de mi antro, los enebros y abedules resistiendo el esfuerzo del viento, aunque privados de una tierra fecunda y de un suelo cómodo, y conservando su existencia libre y pobre, aunque sin más sostén que las paredes de las rocas entreabiertas sobre las cuales se balanceaban, ni otro alimento que una humedad terrosa amontonada en las resquebrajaduras por las cuales sus raíces se habían introducido.

En cuanto la lluvia amainó me interné en los bosques húmedos y embellecidos. Seguí las orillas de la selva hasta Redose, la Vignette y Bourron. Acercándome luego al cerro de Chauvet, hasta la Cruz de Saint-Hérem, me dirigí entre Malmontagne y el camino de las Ninfas. Volví al atardecer, con bastante sentimiento, contento de mi correría, si es que algo puede ya producirme contento o sentimiento.

Hay en mí un desequilibrio, una especie de delirio, que no es el de las pasiones, que no es el de la locura. Es el desorden del hastío, la discordancia que este ha iniciado entre mí y las cosas, la inquietud que necesidades largo tiempo comprimidas han puesto en lugar de los deseos.

Ya no quiero deseos; no me engañan. Tampoco quiero que se apaguen; ese silencio absoluto sería aún más siniestro. Mientras tanto, son la vana belleza de una rosa ante ojos que ya están cerrados; muestran lo que yo no podría poseer, lo que apenas puedo ver. Si la esperanza parece proyectar todavía una luz en la noche que me rodea, no anuncia más que la amargura que exhala al eclipsarse; no ilumina más que la extensión de este vacío donde buscaba, y donde nada he encontrado.

Climas suaves, parajes hermosos, el cielo de las noches, sonidos singulares, antiguos recuerdos; el tiempo, la ocasión; una naturaleza bella, expresiva, sentimientos sublimes: todo ha pasado ante mí, todo me llama y todo me abandona. Estoy solo; las fuerzas de mi corazón no se comunican a nadie, resisten en él, esperan. Heme aquí en el mundo, errante, solitario en medio de la multitud que nada es para mí; como el hombre desde hace tiempo afligido por una sordera accidental y cuyos ojos ávidos se fijan en todos esos seres mudos que pasan y se agitan ante él. Ve todo, y todo le es negado; adivina los sonidos que ama, los busca, y no los oye; sufre el silencio de todas las cosas en medio del ruido del mundo. Todo se muestra a él, y no puede entender nada; la armonía universal está en las cosas exteriores, está en su imaginación, y deja de estar ya en su corazón; se siente separado del resto de los seres, no tiene ya contacto con ellos; todo existe en vano ante él, que vive solo, ausente del mundo vivo.

Carta XXIII

Fontainebleau, 18 de octubre, II

¿El hombre podría conocer también la larga paz del otoño después de la inquietud de sus años fuertes? Como el fuego, después de haberse apresurado a consumirse, dura apagándose.

Largo tiempo antes del equinoccio las hojas caían numerosas y, no obstante, la selva conservaba todavía gran parte de su verdor y toda su belleza. Hace más de cuarenta días, todo parecía deber acabar antes de tiempo, y he aquí que todo subsiste más allá del término previsto, recibiendo, en los confines de la destrucción, una duración prolongada que ejt la pendiente de su ruina se detiene con mucha gracia y seguridad y que, debilitándose en una dulce lentitud, parece tener a la vez el reposo de la muerte que se ofrece y el encanto de la vida que se pierde.

Carta XXIV

Fontainebleau, 28 de octubre, II

Cuando la escarcha se aleja, apenas lo advierto; la primavera pasa y no la echo de menos; pasa el verano y no lo siento. Pero me gusta caminar sobre las hojas secas, durante los últimos días buenos, por en medio de la selva despojada.

¿De dónde le viene al hombre el más duradero de los goces de su corazón, esta voluptuosidad de la melancolía, este encanto lleno de secretos que le hace vivir de sus dolores y amarse hasta en el sentimiento de su ruina? Me aficiono a la estación dichosa que pronto dará fin; un interés tardío, un placer que parece contradictorio, me atraen a ella cuando va a concluir. Una misma ley moral me hace penosa la idea de la destrucción y me hace amar aquí su sentimiento en lo que debe cesar antes que yo. Es natural que gocemos mejor de la existencia precedera cuando, advertidos de toda su fragilidad, la sentimos, no obstante, persistir en nosotros. Cuando la muerte nos separa de las cosas, estas siguen subsistiendo sin nosotros. Pero, a la caída de las hojas, la vegetación se detiene, muere, y nosotros quedamos en pie para generaciones nuevas. El otoño es delicioso, porque la primavera tiene que volver otra vez para nosotros. La primavera es más hermosa en la naturaleza; pero el hombre ha hecho que el otoño sea más dulce. El verdor que nace, el pájaro que canta, la flor que se abre; y ese fuego que vuelve a reanimar la vida, esas umbrías que protegen oscuros asilos, y esas hierbas fecundas, esos frutos sin cultivo, esas noches tranquilas que permiten la independencia...

¡Estación venturosa! Te temo demasiado en mi ardiente inquietud. Encuentro más reposo en el atardecer del año. La estación en que todo parece terminar es la única durante la cual duermo en paz sobre la tierra del hombre.

Carta XXV

Fontainebleau, 6 de noviembre, II

Abandono mis bosques. Tuve un momento la intención de quedarme aquí todo el invierno; pero si quiero verme libre, al fin, de los asuntos que me llevaron a París, no puedo descuidarlos más tiempo. Me reclaman, me meten prisa, me hacen comprender que, puesto que estoy tan tranquilamente en el campo, es que sin duda puedo vivir sin que nada se decida. No sospechan la manera en que vivo; si lo supiesen, dirían probablemente lo contrario, creerían que es por economía.

Creo que aun sin esto me habría decidido a abandonar la selva. No he tenido poca suerte en pasar inadvertido hasta ahora. El humo me delataría; no podría escapar de los leñadores, los carboneros, los cazadores. No olvido que estoy en un país muy civilizado. Por otra parte, no he podido tomar las disposiciones necesarias para vivir así en toda estación; podría llegar a no saber qué hacer durante las nieves blandas, durante los deshielos y las lluvias frías.

Voy, pues, a abandonar la selva, el movimiento, la meditación y la débil, pero apacible, imagen de una tierra libre.

* * *

Me pregunta usted lo que pienso de Fontainebleau, independientemente de los recuerdos que podían hacérmelo más interesante y de la manera como he pasado esta temporada.

Esta tierra es poca cosa en general, y poca cosa también se necesita para echar a perder sus mejores rincones. Las sensaciones que pueden despertar los lugares a los cuales la Naturaleza no ha impreso un gran carácter son necesariamente variables y en cierto modo precarias. Se necesitan veinte siglos para cambiar un Alpe. Un viento del norte, unos cuantos árboles cortados, una plantación nueva, la comparación con otros lugares, bastan para hacer un sitio vulgar muy diferente de sí mismo. Una selva llena de animales salvajes perderá mucho si los pierde, y un paraje que no pasa de ser agradable perderá más todavía si se le mira con los ojos de otra edad.

Me gustan aquí la extensión de la selva, la majestad de los bosques en algunos sitios, la soledad de sus valles, la libertad de las landas arenosas, la gran cantidad de hayas y abedules; una especie de limpieza y de desahogo exterior en la villa; la ventaja bastante grande de no tener lodo jamás, y la no menos rara de ver poca

miseria; las buenas carreteras, una gran diversidad de caminos y una multitud de *accidentes*, aunque a la verdad demasiado pequeños y demasiado semejantes. Pero esta residencia sólo podría convenir realmente al que no conociera ni imaginase otra cosa. No hay paisaje de gran carácter al cual se puedan seriamente comparar estas tierras bajas, que no tienen lagunas, ni torrentes, nada que sorprenda ni interese; superficie monótona, a la que no quedaría belleza alguna si talasen los bosques; reunión trivial y muda de pequeños llanos de malezas, de pequeños barrancos y de rocas mezquinas uniformemente agrupadas; tierra de llanura, en la cual pueden encontrarse muchos hombres ávidos de la suerte que se prometen y ni uno solo satisfecho de la que tiene.

La paz de un lugar semejante no es más que el silencio de un abandono momentáneo; su soledad no es lo bastante agreste. Este abandono necesita un cielo puro de atardecer; un cielo inseguro, pero tranquilo, de otoño; el sol de las diez entre brumas. Necesita animales salvajes errantes por estas soledades; interesantes y pintorescos, cuando se oye bramar a los ciervos por la noche a distancias desiguales, cuando la ardilla salta de rama en rama por las hermosas frondas de Tillas con su tenue grito de alarma. ¡Sonidos aislados del ser vivo!: vosotros no pobláis las soledades, como dice equivocadamente la expresión vulgar; antes bien, las hacéis más profundas, más misteriosas; a vosotros os deben su romanticismo.

Carta XXVI

París, 9 de febrero, tercer año

Fuerza es que le cuente a usted todas mis debilidades, a fin de que usted me sostenga, pues me siento flaquear. A veces me doy lástima.

Cuando encuentro un carricoche guiado por una mujer tal como yo la concibo más o menos, voy en línea recta hacia él hasta que la rueda casi me toca; entonces dejo de mirar, aprieto el brazo inclinándome un poco, y la rueda pasa.

Una vez estaba así, ocupados los ojos en las nubes, sin tenerlos precisamente fijos. Así, no tuvo ella más remedio que detenerse; yo había olvidado la rueda. Era casi hermosa, a la vez joven y madura, y extremadamente amable. Retuvo su caballo, y sonrió ligeramente, como si no quisiera sonreír. Yo continuaba mirándola; y, sin ver ni el caballo ni la rueda, contesté a su sonrisa... Estoy seguro de que mis ojos estaban ya anegados en dolor. Separó el caballo, inclinándose para ver si la rueda me rozaba. Yo continué absorto; pero poco más allá tropecé con uno de esos haces que los fruteros venden a los pobres, y ya no vi nada. ¿No sería ya tiempo de adoptar una actitud firme, de entrar en el olvido? Quiero decir: de ocuparse sólo de lo que conviene al hombre. ¿No debo, acaso, dejar todas estas puerilidades, que me cansan y me debilitan?

Bien quisiera desterrarlas de mí; pero no sé qué poner en lugar suyo, y cuando me digo: «Hay que ser un hombre al fin», sólo encuentro la incertidumbre. En su próxima carta, dígame usted qué es ser un hombre.

Carta XXVII

París, 11 de febrero, III

No concibo en absoluto lo que la gente entiende por amor propio. Lo censuran y, al mismo tiempo, dicen que es preciso tenerlo. Habría, pues, en vista de que ese amor de sí y de las conveniencias es bueno y necesario, e inseparable del sentimiento del honor, y en vista de que sólo son funestos sus excesos, como deben serlo todos los excesos en general, habría, pues, que considerar si las cosas que se hacen por amor propio son buenas o malas, y no criticarlas únicamente por ser el amor propio quien parece inducirlas.

Sin embargo, no es así. Hay que tener amor propio, so pena de pasar por un pie plano y no hacer nada por amor propio; lo que es bueno para uno mismo, o por lo menos indiferente, se torna malo cuando es el amor propio quien nos induce a ello. Usted, que conoce mejor la sociedad, explíqueme, se lo ruego, sus secretos. Supongo que le será más fácil responder a esta pregunta que a la de mi carta anterior. Por otra parte, como usted está reñido con el ideal, he aquí un ejemplo, a fin de que el problema por resolver sea uno de ciencia práctica.

Un extranjero vive desde hace poco en el campo, en casa de unos amigos opulentos; cree deber a sus amigos y a sí mismo el no envilecerse en la opinión de las gentes de la casa, y supone que las apariencias son todo para esta clase de hombres. Él no recibía en su casa, ni veía a nadie de la ciudad, excepción hecha de un individuo, un pariente, que viene por casualidad, hombre original y, por otra parte, en bastante mala posición, cuyos modales extravagantes y exterior bastante ordinario deben dar a los criados una idea de baja condición. Con la servidumbre no se habla; no puede uno ponerles al corriente con una palabra, ni entrar en explicaciones; ellos no saben quién es uno, sólo lo ven como un hombre que está lejos de infundirles respeto y del cual se permiten reírse. Así, el personaje de que hablo se sintió muy contrariado. Le censuran más agriamente por tratarse de un pariente. He ahí una reputación de amor propio establecida y que, sin embargo, encuentro inmerecida.

Carta XXVIII

París, 27 de febrero, III

No podía usted preguntarme más a propósito de dónde proviene la expresión de «pie plano». Esta mañana yo tampoco lo sabía, y temo mucho no saberlo mejor esta noche, aunque me hayan dicho lo que voy a repetirle.

Puesto que los galos han sido sometidos por los romanos, es que estaban hechos para servir; puesto que los francos han invadido las Galias, es que estaban hechos para vencer: conclusiones rotundas. Ahora bien; los galos, o *welches*, tenían los pies muy planos, y los francos los tenían muy arqueados. Los francos despreciaron a todos estos pies planos, estos vencidos, estos siervos, estos labradores; y ahora que los descendientes de los francos se hallan tan expuestos a obedecer a los hijos de los galos, un pie plano es todavía un hombre hecho para servir. No recuerdo dónde, leí hace poco que no hay en Francia una sola familia que pueda sostener fundadamente la pretensión de descender de esa horda del norte que conquistó un país ya conquistado, y al que sus dueños no sabían cómo conservar. Pero estos orígenes que escapan al arte por excelencia, a la ciencia heráldica, se encuentran probados por los hechos. En la muchedumbre más confusa se distinguirá fácilmente a los sobrinos segundos de los escitas^[52], y todos los pies planos reconocerán a sus amos. No recuerdo bien las formas más o menos nobles del pie de usted; pero le advierto que el mío es el de los conquistadores: a usted toca, pues, el ver si puede conservar conmigo el tono familiar.

Carta XXIX

París, 2 de marzo, III

No me gusta un país en que el pobre se ve reducido a pedir en nombre del cielo. ¡Qué pueblo donde el hombre no es nada por sí mismo!

Cuando este desgraciado me dice: «¡Que la Santísima Virgen...!», cuando me expresa así su triste reconocimiento, no me siento inclinado a aplaudirme, en un secreto orgullo, por estar libre de cadenas ridículas o adoradas, y de esos prejuicios contrarios que también guían al mundo. Antes por el contrario, mi cabeza se inclina sin darme cuenta; me siento afligido, humillado, al ver el espíritu del hombre tan basto y tan estúpido.

Cuando es un hombre achacoso el que mendiga todo un día, con el grito de los dolores continuos, en medio de una ciudad populosa, me indigno, y de buena gana echaría por tierra a esas gentes que hacen un rodeo al pasar a su lado, que lo ven y no lo oyen. Me siento lleno de mal humor en medio de esta turba de bajos tiranos; imagino un placer justo y viril en ver al incendio vengador aniquilar estas ciudades y toda su obra, estas artes de capricho, estos libros inútiles, estos talleres, estas forjas, estas canteras. Sin embargo, ¿sé yo acaso lo que sería preciso, lo que sería posible hacer?

Miro las cosas positivas, vuelvo a caer en la duda; veo una oscuridad profunda. Hasta abandonarían la idea de un mundo mejor. Cansado y desalentado, me limito a compadecer una existencia estéril y de necesidades fortuitas. No sabiendo dónde estoy, aguardo el día que debe poner fin a todo, sin esclarecer nada.

A la puerta de un teatro, a la entrada de los primeros palcos, el infortunado no ha encontrado ni un solo individuo que le diese nada; «no llevaban suelto»; y el centinela que velaba por las gentes *comme il faut* lo rechazó con rudeza. Se dirigió entonces a la taquilla de las butacas, donde el centinela encargado de un ministerio menos augusto trató de no verle. Yo le había seguido con los ojos. Al fin, un hombre, que me pareció un dependiente de comercio, y que ya tenía en la mano el dinero para el billete, le rehusó dulcemente, vaciló, buscó en su bolsillo y, no sacando nada de él, acabó por darle la moneda de plata, y se volvió atrás. El pobre comprendió el sacrificio; y, mirándole alejarse, dio unos cuantos pasos, con arreglo a sus fuerzas, sintiéndose empujado a seguirle.

Carta XXX

París, 7 de marzo, III

Estaba oscuro y hacía un poco de frío; me sentía abatido, caminaba porque no tenía nada que hacer. Pasé junto a unas flores colocadas encima de un muro. Había un junquillo florecido. Es la expresión más intensa del deseo; era el primer aroma del año. Sentí toda la felicidad destinada al hombre. Esa indecible armonía de los seres, el fantasma del mundo ideal, me invadió por completo; jamás experimenté nada más grande ni instantáneo. No me sería posible determinar qué forma, qué analogía, qué relación secreta ha podido hacerme ver en esta flor una belleza ilimitada, la expresión, la elegancia, la actitud de una mujer feliz y sencilla en toda la gracia y el esplendor de la estación de amar. Yo no concebiré esta fuerza, esta inmensidad que nada puede expresar; esta forma que nada puede contener; esta idea de un mundo mejor, que se siente y que la Naturaleza no habría podido hacer; esta luz celeste que creemos captar, que nos apasiona, que nos arrastra, y que sólo es una sombra indiscernible, errante, extraviada en el tenebroso abismo.

Pero esta sombra, esta imagen embellecida en la vaguedad, fuerte con todo el prestigio de lo desconocido que se ha hecho necesaria en nuestras miserias, que se ha hecho natural a nuestros corazones oprimidos, ¿qué hombre ha podido entreverla una vez siquiera, y olvidarla jamás?

Cuando la resistencia, cuando la inercia de un peso muerto, bruto, inmundo, nos pone trabas, nos envuelve, nos constriñe, nos mantiene sumidos en la incertidumbre, las repulsiones, las puerilidades, las locuras imbéciles o crueles; cuando no se sabe nada, cuando no se posee nada, cuando todo pasa ante nosotros como las figuras extravagantes de un sueño odioso y ridículo, ¿quién reprimirá en nuestros corazones la necesidad de otro orden, de otra naturaleza?

¿Esta luz, sería sólo una luz fantástica? Seduce, subyuga en la noche universal. Atrae, induce a seguirla; si nos extravía, nos alumbra y nos abrasa. Imaginamos, vemos una tierra de paz, de orden, de unión, de justicia, donde todos sienten, quieren y gozan con la delicadeza que constituye los placeres, con la sencillez que los multiplica. Cuando se ha tenido la percepción de los deleites inalterables y permanentes; cuando se ha imaginado el candor de la voluptuosidad, ¡cuán vanas y miserables resultan las preocupaciones, los deseos, los placeres del mundo visible! Todo resulta frío, vacío; se vegeta en un lugar de destierro, y, desde el seno de las repulsiones, se fija en esa patria imaginaria este corazón cargado de hastío. Todo lo

que aquí le ocupa, todo lo que le detiene no es sino una cadena envilecedora; reiría uno de lástima, si no estuviese abrumado de dolores. Y cuando la imaginación proyectada hacia esos lugares mejores compara un mundo razonable al mundo en que todo fatiga y todo hastía, no se sabe ya si esa gran concepción es sólo una idea afortunada, y que puede distraer de las cosas reales, o si la vida social misma es sólo una larga distracción.

Carta XXXI

París, 30 de marzo, III

Yo cuido mucho de las cosas pequeñas; no olvido nada en los detalles, en esas minucias que harían sonreír de lástima a los hombres razonables; si las cosas serias me parecen pequeñas, las pequeñas, en cambio, tienen para mí su valor. Será preciso que me dé cuenta de estas rarezas, que vea si soy, por temperamento, estricto y minucioso. Si se tratase de cosas realmente importantes, si tuviese a mi cargo la felicidad de un pueblo, sé que encontraría una energía igual a mi destino bajo este peso difícil y hermoso. Pero las cosas de la vida ordinaria me dan vergüenza; todas estas preocupaciones de los hombres no son, a mis tristes ojos, más que inquietudes de niños. Muchas grandes cosas me parecen sólo dificultades miserables, que se emprenden con más ligereza que energía, y en las cuales el hombre no buscaría su grandeza si no se hallase debilitado y turbado por una perfección engañosa.

Se lo digo con franqueza: si veo así no es culpa mía, y no me obstino en una vana pretensión. A menudo he querido ver de otro modo, y jamás lo he conseguido. ¿Qué decirle? Más infeliz que ellos, sufro en medio de ellos, porque son débiles; y en una naturaleza más fuerte también sufriría, pues para eso me han debilitado como ellos.

¡Si pudiese usted saber cómo me distraen algunas naderías, de las que a los doce años no suele ya hacerse caso; cómo me gustan esos discos de madera dura y limpia, que sirven de plato en las montañas; cómo conservo algunos viejos periódicos, no para releerlos, sino para tener papel flexible con que envolver! ¡Cómo, a la vista de una tabla bien regular, bien lisa, exclamaría de buena gana: «¡Qué hermosura!», en tanto que una joya bien trabajada apenas me parece curiosa, y una sarta de diamantes me hace encoger de hombros!

No veo más que la utilidad primordial; las relaciones indirectas tardan en hacérseme familiares; perdería diez luses con menos sentimiento que un cuchillo bien proporcionado y que hubiese tenido largo tiempo en uso.

Hace algún tiempo me decía usted: «No descuide sus negocios y vaya usted a perder lo que le queda, pues no tiene usted carácter para adquirir nada nuevo». Creo que hoy sería usted de la misma opinión.

¿Tengo acaso un espíritu reducido a los intereses nimios? ¿Atribuiré estas singularidades al gusto de las cosas sencillas, a la costumbre de las molestias, o bien son una manía pueril, signo de ineptitud para las cosas sólidas, varoniles y generosas? Cuando veo tantos niños grandes, secos por la edad y el interés, hablar de

ocupaciones serias; cuando considero todo lo que la especie humana requiere, y lo que nadie hace, entonces es cuando frunzo el ceño, fijo los ojos en tierra y un estremecimiento involuntario hace temblar mis labios. Y mis ojos se hundan y se abaten, y me vuelvo semejante a un hombre agotado por las viglias. Un importante me dijo el otro día: «¡Trabaja usted demasiado!». Felizmente, no reí. La apariencia laboriosa es lo único que faltaba a mi vergüenza.

Todos estos hombres que, en realidad, no son nada y que, sin embargo, no hay más remedio que ver de cuando en cuando, me indemnizan un tanto del tedio que inspiran las ciudades. No dejo de profesar cierto afecto a los más razonables; por lo menos, me divierten.

Carta XXXII

París, 29 de abril, III

Hace algún tiempo que en la biblioteca oí nombrar junto a mí al célebre L... Otra vez me encontré en la misma mesa que él; faltándole la tinta, le pasé mi escribanía. Esta mañana le vi al llegar, y me coloqué a su lado. Tuvo la amabilidad de comunicarme unos idilios que había encontrado en un viejo manuscrito latino y que son de un autor griego muy poco conocido. Copié únicamente el menos largo; la hora de salir se acercaba. Helo aquí, tal como acabo de traducirlo:

No me encuentro en estado de interesarme en cosa alguna, y tampoco podría ocuparme de ninguna. A pesar de todos mis esfuerzos, vuelvo siempre hacia ti; y mis ideas, que desearía fijar un momento en otros objetos, me presentan sin cesar tu imagen. Me parece como si mi existencia estuviese ligada a la tuya, como si no me encontrase por entero allí donde tú no te encuentres. Todas mis facultades quedarían perdidas si no te amase.

Escucha: voy a hablarte simplemente y como un hombre que no tiene necesidad de ocultar lo que desea. Desde que te vi, dos veces ya ha helado el invierno nuestros arroyos y blanqueado nuestros prados, pero no ha conseguido enfriar mi corazón. ¿Qué sería de mí si dejase de amarte? ¿A dónde irían mis placeres, y en qué podría pasar mi vida? Si me quitas la esperanza, ¿qué quedará para sostenerme? Mira la flor agostada por los fuegos del sol; si cesan de regarla, se marchita, sufre, muere.

Soy muy joven todavía: si tú quieres, te amaré largo tiempo. Viviremos en el mismo valle, y nuestros rebaños irán a los mismos pastos. Si los lobos voraces arrebatan tus corderos, yo acudiré, lucharé con el lobo furioso, traeré de nuevo a tu lado al cordero todavía espantado. Tú me sonreirás mientras lo calmas; y, como él, olvidaré el peligro. Si la muerte se ensaña con mis ovejas y respeta las tuyas, me consolaré viendo que a ti no te ha arrebatado nada. Si hace estragos en tu rebaño, te ofreceré mis ovejas más mansas, mis carneros más hermosos; los querré más si tú los aceptas; más míos serán cuando te los haya dado.

Cuando los vientos de invierno soplen en el valle, cuando la escarcha cubra nuestras praderas, iré al bosque y traeré las ramas de los tejos y de los pinos que no despoja el invierno; cubriré tu techo con un nuevo verdor, y la nieve no penetrará en el hogar tuyo. Cuando la hierba renazca, y la estación continúe todavía insegura, yo llamaré a tus ovejas, saldrán con las mías, y tú te quedarás en tu casa. Pero también,

en cuanto apunte el buen tiempo, observaré la flor aún cerrada; apartaré la sombra que pueda retardarla, te llevaré la primera que se abra.

Pero si me ordenas que te evite, olvidaré la hoja nueva. El sol de primavera y los días de estío serán para mí como las nieblas con que termina el año, como las noches sombrías del invierno. Estaré solo en medio de los pastores, como si viviese abandonado en un país estéril; mudo en medio de sus cantos; y me alejaré de los sacrificios y las danzas, a fin de no importunar con mi tristeza a aquellos que todavía pueden estar alegres.

Carta XXXIII

París, 7 de mayo, III

«Si no me engaño, mis idilios no son para usted muy interesantes», me dijo ayer el autor del que le he hablado, que me buscaba con los ojos y me llamó en cuanto llegué. Iba a tratar de responder algo que fuera amable y no obstante sincero, cuando, mirándome, me evitó el trabajo, añadiendo a continuación: «Quizás le gustará más un fragmento moral o filosófico, que ha sido atribuido a Arístipo^[53], del cual habla Varrón^[54], y que después se creyó perdido. Sin embargo, no lo estaba, puesto que ha sido traducido en el siglo xv al francés de aquel tiempo. Lo he encontrado manuscrito, y añadido a continuación de Plutarco en un ejemplar impreso de Amyot^[55], que nadie abría, por faltar muchas hojas».

Confesé que, no siendo un erudito, tenía, en efecto, la desgracia de amar más las cosas que las palabras, y que me interesaban más los sentimientos e ideas de Arístipo que los versos de una égloga, aunque esta fuera de Bión^[56] o de Teócrito.

No se tienen, a lo que me ha parecido, pruebas suficientes de que este corto escrito sea de Arístipo; y a su memoria debemos el no atribuirle lo que quizás hubiese desaprobado. Pero si es de él, este griego célebre, tan mal juzgado como Epícuro, y que se ha creído voluptuoso hasta la molicie, o de una filosofía demasiado acomodaticia, tenía, sin embargo, esa severidad que exigen la prudencia y el orden, única severidad que conviene al hombre, nacido para gozar y de paso sobre la tierra.

He transportado como he podido al francés moderno este lenguaje, a veces feliz, pero anticuado, que en algunos pasajes me ha costado trabajo comprender. He aquí todo el fragmento, titulado en el manuscrito *Manual de Pseusofanos*, a excepción de casi dos líneas que no han podido descifrarse:

Manual

Acabas de despertarte sombrío, abatido, ya cansado del tiempo que comienza. Has dirigido sobre la vida la mirada de la repulsión; la has encontrado vana, pesada. Dentro de una hora la sentirás más tolerable. ¿Acaso habrá cambiado?

La vida no tiene forma determinada. Todo lo que el hombre experimenta está en su corazón; lo que conoce, en su pensamiento. Está por completo en sí mismo.

¿Qué pérdidas pueden abrumarte así? ¿Qué puedes perder? ¿Hay fuera de ti algo que sea tuyo? ¿Qué importa lo que puede perecer? Todo pasa, excepto la justicia

oculta bajo el velo de las cosas inconstantes. Todo es vano para el hombre, si no avanza con paso igual y tranquilo, según las leyes de la inteligencia.

Todo se agita en torno tuyo, todo amenaza; si te dejas llevar por las alarmas, tus inquietudes no tendrán término. No poseerás las cosas que no podrían ser poseídas, y perderás tu vida, que te pertenecía. Lo que sucede pasa para siempre. Son accidentes necesarios, que se engendran en un círculo eterno; se borran como la sombra imprevista y fugitiva.

¿Cuáles son tus males? Temores imaginarios, necesidades de opinión, contrariedades de un día. ¡Débil esclavo!, persigues lo que no existe, sirves a fantasmas. Abandona a la multitud engañada lo que es ilusorio, vano y mortal. No pienses sino en la inteligencia, que es el principio del orden del mundo, y en el hombre, que es su instrumento; en la inteligencia, que es preciso seguir; en el hombre, al que es preciso ayudar.

La inteligencia lucha contra la resistencia de la materia, contra esas leyes ciegas, cuyo efecto desconocido fue llamado azar. Si la fuerza que te ha sido dada siguió a la inteligencia, si has servido al orden del mundo, ¿qué más quieres? Has obrado según tu naturaleza, y ¿hay acaso algo mejor para el ser que siente y que conoce que subsistir según su naturaleza?

Todos los días, al nacer a una nueva vida, acuérdate de que has resuelto no pasar en vano sobre esta tierra. El mundo avanza hacia su objeto. Pero tú te detienes, retrocedes, quedas en un estado de suspensión y de languidez. ¿Tus días transcurridos se reproducirán en un tiempo mejor? La vida se funde por entero en este presente que desatiendes para sacrificarlo al porvenir; el presente es el tiempo, el porvenir sólo su apariencia.

Vive en ti mismo, y busca lo que no perece. Examina lo que quieren nuestras pasiones inconsideradas; de tantas cosas, ¿hay alguna que baste al hombre? La inteligencia no encuentra más que en sí misma el alimento de su vida: sé justo y fuerte. Nadie conoce el día que debe venir; tú no encontrarás paz en las cosas; búscala en tu corazón. La fuerza es la ley de la naturaleza; la potencia es la voluntad; la energía en los dolores es mejor que la apatía en las voluptuosidades. El que obedece y sufre a menudo es más grande que el que goza u ordena. Lo que temes, es vano; lo que deseas, es vano. Sólo una cosa te será buena: el ser lo que la Naturaleza dispuso.

Eres inteligencia y materia. El mundo no es otra cosa. La armonía modifica los cuerpos, y el todo tiende a la perfección por el mejoramiento perpetuo de sus diversas partes. Esta ley del universo es también la ley de los individuos [...]

[...]

[...] Así, todo es bueno cuando la inteligencia lo dirige; y todo es malo cuando la inteligencia lo abandona. Usa de los bienes del cuerpo, pero con la prudencia que los somete al orden. Una voluptuosidad que se adquiere según la naturaleza universal, es

mejor que una privación que no se requiere, y el acto más indiferente de nuestra vida es menos malo que el esfuerzo de estas virtudes sin objeto que retardan la sabiduría.

No hay otra moral para nosotros que la del corazón del hombre; otra ciencia u otra sabiduría que el conocimiento de sus necesidades, y la justa estimación de los medios de felicidad. Deja la ciencia inútil, y los sistemas sobrenaturales, y los dogmas misteriosos. Deja a inteligencias superiores o diferentes lo que está lejos de ti; lo que tu inteligencia no discierne bien, poco debe importarte; no fue destinado para ti.

Consuela, ilumina y sostén a tus semejantes; tu papel ha sido señalado por el lugar que ocupas en la inmensidad de los seres vivos. Conoce y sigue las leyes del hombre, y ayudarás a los demás a conocerlas, a seguirlas. Considera y muéstrales el centro y el fin de las cosas; que vean la razón de lo que les sorprende, la inestabilidad de lo que les turba, la nada de lo que les arrastra.

No te aísles del resto del mundo; contempla siempre el universo, tenlo bien en cuenta, y acuérdate de la justicia. Y habrás llenado tu vida, habrás hecho lo que corresponde al hombre.

Carta XXXIV

Extracto de dos cartas París, 3 y 4 de junio, III

Los primeros actores van alguna vez a Burdeos, a Marsella, a Lyon; pero las funciones únicamente son buenas en París. La tragedia y la verdadera comedia exigen un conjunto demasiado difícil de encontrar en otra parte. La ejecución de las mejores obras se torna indiferente y hasta ridícula, si no son representadas con un talento que se aproxime a la perfección; un hombre de gusto no encuentra en ellas placer alguno cuando no puede aplaudir una imitación noble y exacta de la expresión natural. Respecto a las piezas de género cómico de segundo orden, puede bastar que el actor principal tenga verdadero talento. Lo burlesco no exige el mismo concierto, la misma armonía; sufre más bien de las discordancias, por estar fundado también sobre el sentimiento sutil de algunas discordancias; pero en un asunto heroico no se pueden tolerar faltas que hagan reír a la galería.

Hay espectadores afortunados que no necesitan una gran verosimilitud; creen siempre estar viendo una cosa real y, de cualquier modo que representen, en cuanto hay suspiros o un puñal ya les tenéis derramando lágrimas. Pero los que no lloran tampoco van al teatro para oír lo que podrían leer cómodamente en su casa; van para ver cómo lo interpretan, y para comparar en un mismo pasaje la expresión de Fulano con la de Zutano.

He visto, con pocos días de intervalo, el difícil papel de Mahoma^[57] por los tres únicos actores que podían acometerlo. R***, mal vestido, declamando sus tiradas de una manera demasiado animada, demasiado poco solemne, y apresurando sobre todo con exceso la última, no me ha gustado más que en tres o cuatro pasajes, en que he reconocido a este trágico superior, tan admirado en algunos papeles que le van mejor que este.

S.-P*** hace bien este papel, lo ha estudiado bien, lo razona bastante bien, pero es siempre un actor, y no Mahoma.

B*** me ha parecido entender realmente este papel extraordinario. Su manera, extraordinaria en sí misma, parecía en verdad la de un profeta de Oriente; pero quizás no era tan grande, tan augusta, tan imponente como hubiera sido preciso para un legislador conquistador, un enviado del cielo destinado a convencer por el asombro, a someter, a triunfar, a reinar. Es cierto que Mahoma, *encargado de cuidar del altar y del trono*, no era tan fastuoso como Voltaire lo pinta, como tampoco era tan trapacero.

Pero el actor a que me refiero quizás no es siquiera el Mahoma de la historia, debiendo ser, en cambio, el de la tragedia. Sin embargo, me ha satisfecho más que los otros dos, aunque el segundo tenga un físico más bello, y el primero posea medios en general mayores. Sólo B*** ha interrumpido bien la imprecación de Palmira. S.-P*** desenvaina su sable; y por cierto que temí soltaran la carcajada. R*** llevó la mano a ella y su mirada fulminaba a Palmira; pero, ¿a qué esta mano sobre la cimitarra, esta amenaza contra una mujer, contra Palmira, joven y amada? B*** ni siquiera llevaba armas, lo que me agradó en extremo. Cuando, cansado de oír a Palmira, quiso al fin detenerla, su mirada profunda, terrible, pareció ordenarla en nombre de un dios, y obligarla a quedar suspensa entre el terror de su antigua creencia y esa desesperación de la conciencia y del amor engañados.

¿Cómo pueden pretender seriamente que la manera de expresar es sólo una cuestión de convencionalismo? Es el mismo error que el de ese proverbio, tan falso en la acepción que le dan generalmente: sobre gustos y colores no hay nada escrito.

¿Qué demostraba M. R. cantando con las mismas notas: «He perdido a mi Eurídice» o «He encontrado a mi Eurídice^[58]»? Las mismas notas pueden servir para expresar la mayor alegría o el dolor más amargo; conformes; pero, el sentido musical, ¿está por completo en las notas? Cuando sustituís la palabra «encontrado» a la palabra «perdido», cuando ponéis la alegría en lugar del dolor, conserváis las mismas notas, pero cambiáis en absoluto los medios secundarios de la expresión. Es incontestable que un extranjero, aunque no comprendiese ni una ni otra de estas dos palabras, no se engañaría sobre el sentido de la melodía. Estos medios secundarios también forman parte de la música; dígame, si se quiere, que la nota es arbitraria.

Esta obra (*Mahoma*) es una de las más hermosas de Voltaire; pero quizás, en otro pueblo, no hubiese hecho del profeta conquistador el amante de Palmira. Ciertamente que el amor de Mahoma es viril, absoluto, y hasta un tanto feroz; no ama como Tito^[59], pero quizás sería preferible que no amase. Conocida es la pasión de Mahoma por las mujeres; pero es probable que en aquel corazón ambicioso y profundo, después de tantos años de disimulo, de retiro, de peligros y de triunfos, esa pasión no fuera precisamente amor.

Ese amor por Palmira era poco adecuado a sus altos destinos y a su genio; el amor está fuera de lugar en un corazón severo, henchido por sus proyectos, envejecido por el anhelo de autoridad, que sólo conoce placeres por olvido, y para el cual la misma felicidad no pasaría de ser una distracción.

¿Qué significa: «Sólo el amor me consuela»? ¿Quién le obligaba a ambicionar el trono de Oriente, a abandonar sus mujeres y su oscura independencia para llevar el incensario y el cetro y las armas? «¡Sólo el amor me consuela!». Regular el destino de los pueblos, cambiar el culto y las leyes de una parte del globo, elevar Arabia sobre los escombros del mundo, ¿es acaso una vida tan triste, una inacción tan letárgica? Difícil tarea, sin duda, pero precisamente por eso no debe existir el amor.

Esas necesidades del corazón comienzan en el vacío del alma; quien tiene grandes cosas que hacer, tiene menos necesidad de amor.

Si, al menos, ese hombre, que desde hace siglos no ha tenido su igual, y que debe regir como un dios el universo; si ese favorito del dios de las batallas amase a una mujer que pudiese ayudarle a engañar al mundo, o a una mujer nacida para reinar, a una Zenobia; si, al menos, fuese amado por ella; pero ved a ese Mahoma, que subordina la naturaleza a su austeridad, ebrio de amor por una niña que ni siquiera piensa en él.

Es posible que una noche con Lais sea el mayor placer del hombre; pero, al fin y al cabo, no es más que un placer. Ocuparse de una mujer extraordinaria, y de la cual se es amado, es más, hasta es un deber; pero, después de todo, no es más que un deber secundario.

No concibo esas *fuerzas* en quienes una mirada de la querida dicta la ley. Creo comprender lo que puede el amor; pero un hombre que gobierna no se pertenece. El amor induce a errores, a ilusiones, a faltas; y las faltas del hombre poderoso son demasiado importantes, demasiado funestas; son calamidades públicas.

No gusto de esos hombres investidos con un gran poder, que olvidan gobernar en cuanto encuentran algo que les distraiga; que colocan sus intereses antes que su misión, y creen que si todo les está sometido es para su diversión; que disponen según las fantasías de su vida privada las necesidades de las naciones, y que dejarían hacer picadillo a su ejército para ver a su querida. Compadezco los pueblos a los que su dueño no ama sino después de todos sus otros amores, pueblos que serán vendidos si la doncella de una favorita se da cuenta de que es posible ganar algo traicionándolos.

Carta XXXV

París, 8 de julio, III

Al fin he encontrado un hombre de confianza para ocuparse de los asuntos que aquí me retenían. Por otra parte, casi tocan a su término; no hay ya remedio, y todo el mundo sabe que estoy arruinado. Ni siquiera me queda de qué vivir hasta que un suceso, quizás muy lejano, venga a cambiar mi situación. No siento inquietud, y no veo que haya perdido mucho al perder todo, puesto que no disfrutaba de nada. Puedo llegar a ser, es cierto, más desgraciado de lo que era; pero no menos feliz. Estoy solo, no tengo que ocuparme más que de mis propias necesidades; seguramente, mientras no esté enfermo ni encarcelado, mi destino será siempre bastante soportable. Temo poco la desgracia, tan cansado me siento de ser dichoso inútilmente. Preciso es que la vida tenga sus reveses; ese es el momento de la resistencia y del valor. Entonces se tienen esperanzas; se dice uno: «Estoy pasando la estación de pruebas, consumiendo mi desgracia; es de presumir que luego vendrá el bien». Pero en la prosperidad, cuando las cosas exteriores parecen colocarnos en el mundo de los dichosos, sin que el corazón, no obstante, goce de nada, se soporta con impaciencia la pérdida de lo que no siempre concederá la fortuna. Se deplora la tristeza del tiempo más hermoso de la vida; se teme esa desgracia ignorada que se espera de la inestabilidad de las cosas; se la teme tanto más cuanto que siendo desgraciado, aun sin ella, debe considerarse como absolutamente insoportable ese nuevo peso con que viene a cargarnos. Así, los que viven en sus tierras soportan mejor el tedio del invierno, que de antemano llaman la estación triste, que el estío cuyos atractivos campestres aguardan.

No me queda medio alguno de remediar lo que está hecho, y no me será posible tomar ningún partido hasta que haya hablado con usted de todo esto. Así, no pienso más que en el presente. Heme aquí, libre ya de toda preocupación. Jamás me he sentido tan tranquilo. Parto para Lyon; pasaré diez días con usted en la más dulce indiferencia; luego veremos.

Primer fragmento

Quinto año

Si la felicidad siguiese la proporción de nuestras privaciones o de nuestros bienes, habría demasiada desigualdad entre los hombres. Si la felicidad dependiese únicamente del carácter, esta desigualdad sería aún demasiado grande. Si dependiese absolutamente de la combinación del carácter y de las circunstancias, los hombres a quienes favorecen de común acuerdo la prudencia y el destino tendrían demasiadas ventajas. Habría hombres felicísimos y hombres excesivamente desgraciados. Pero no son únicamente las circunstancias lo que determina nuestra suerte; ni siquiera la sola concurrencia de las circunstancias actuales con la huella, o con la costumbre, dejada por las circunstancias pasadas, o con las disposiciones particulares de nuestro carácter. La combinación de estas causas tiene efectos de gran extensión; pero no constituye por sí sola nuestro humor atormentado y difícil, nuestro descontento, nuestra repugnancia por las cosas y los hombres y por toda la vida humana. Llevamos en nosotros mismos ese principio general de enfriamiento y de aversión o indiferencia; todos lo llevamos, independientemente de lo que nuestras inclinaciones individuales y nuestras costumbres puedan influir para acentuar o atenuar las consecuencias. Una cierta modificación de nuestro humor, una cierta situación de nuestro ser debe producir en nosotros esta afección moral. Es una necesidad que sintamos el dolor como la alegría; necesitamos irritarnos contra las cosas, como necesitamos gozar de ellas.

El hombre no podría desear y poseer sin interrupción, como no puede sufrir siempre. La continuidad de un orden de sensaciones felices o de sensaciones desdichadas no puede subsistir largo tiempo en la privación absoluta de sensaciones contrarias. La mutabilidad de las cosas de la vida no permite esa constancia en las impresiones que recibimos; y aun cuando fuera de otro modo, nuestra organización no es susceptible de invariabilidad.

Si el hombre que cree en su fortuna no ve venir la desgracia del exterior, no tardará en descubrirla en sí mismo. Si el infortunado no recibe consuelos externos, pronto los hallará en su corazón.

Cuando hayamos dispuesto todo, obtenido todo, para disfrutar siempre, poco habremos hecho por la felicidad. Preciso es que algo nos descontente o nos aflija; si hemos conseguido apartar todo mal, el bien mismo será el que nos desagrade. Pero si la facultad de gozar o la de sufrir no pueden ser ejercidas, ni una ni otra, con exclusión total de la que nuestra naturaleza destina a contrapeso, cada una de ellas,

por lo menos, puede serlo accidentalmente mucho más que la otra; así, las circunstancias, sin ser todo para nosotros, tendrán, sin embargo, una gran influencia sobre nuestro hábito interior. Si los hombres a quienes el destino favorece no tienen grandes causas de dolor, las más mínimas cosas bastarán para provocarlas en ellos; a falta de causas, todo será ocasión. Aquellos a quienes la adversidad persiga, teniendo grandes ocasiones de sufrir, sufrirán intensamente; pero, habiendo sufrido bastante de una vez, no sufrirán habitualmente; en cuanto las circunstancias los dejen entregados a sí mismos, dejarán de sufrir, porque la necesidad de sufrir está satisfecha en ellos, y hasta gozarán, porque la necesidad opuesta reacciona con tanta más constancia cuanto que la otra necesidad cumplida nos ha arrastrado más lejos en la dirección contraria^[60].

Estas dos fuerzas tienden al equilibrio; pero no lo alcanzan, a menos que sea para la especie entera. Si no hubiese tendencia al equilibrio, no habría orden; si el equilibrio se estableciera en los detalles, todo quedaría fijo, no habría movimiento. En cualquiera de estas suposiciones, no habría un conjunto único y variado, el mundo no existiría.

Me parece que el hombre muy desgraciado, pero de un modo desigual, y por accesos aislados, debe tener una propensión habitual a la alegría, a la calma, a los goces afectivos, a la confianza, a la amistad, a la rectitud.

El hombre muy desgraciado, pero de un modo igual, lento, uniforme, estará en una lucha perpetua de los dos motores; será de humor inseguro, susceptible, irritable. Imaginando siempre el bien, y siempre, por esta misma razón, irritándose a causa del mal, minucioso en el sentimiento de esta alternativa, quedará más cansado que seducido por las menores ilusiones, desengañado enseguida, interesándole y desalentándole todo a un tiempo.

El que es continuamente medio feliz, por decirlo así, y medio desgraciado, se acercará al equilibrio. Bastante igual, será bondadoso más bien que de un carácter elevado; su vida será más dulce que dichosa; tendrá sentido común y poco genio.

El que goza habitualmente, y sin tener jamás ninguna desgracia visible, no se verá abatido por nada; no tiene ya necesidad de gozar, y en su bienestar externo experimenta secretamente una perpetua necesidad de sufrir. No será expansivo, indulgente, afectuoso; pero será indiferente al goce de los mayores bienes y capaz de encontrar una desgracia en el más mínimo inconveniente. Acostumbrado a no experimentar reveses, será confiado, pero confiado en sí mismo o en su sino, y no con los demás, cuyo apoyo no necesita; y como su suerte es mejor que la de la mayoría, no estará lejos de creerse más sabio y cuerdo que todos. Quiere gozar continuamente y, sobre todo, aparentar que goza mucho, y no obstante experimenta una necesidad interna de sufrir; así, en el menor pretexto encontrará fácilmente un motivo para irritarse contra las cosas, para indisponerse con los hombres. No encontrándose realmente bien, pero no pudiendo esperar encontrarse mejor, no deseará nada de un modo positivo; pero gustará del cambio en general, y más en los detalles que en la

esencia. Teniendo demasiado, se hallará dispuesto a abandonarlo todo. Encontrará cierto placer, pondrá una especie de vanidad en estar irritado, molesto, enfermo, descontento. Será exigente, difícil; sin eso, ¿qué le quedaría de esa superioridad que pretende tener sobre los demás, y qué seguiría afectando aun cuando ya no lo pretendiese? Será duro; tratará de rodearse de esclavos, para que haya quien confiese esa superioridad, para que sufran por ella, a lo menos, ya que él no la disfruta. Dudo que convenga al hombre actual, en términos generales, tener fortuna, sin haber visto jamás al destino en contra suya. Quizás el hombre feliz, entre nosotros, sea aquel que ha sufrido mucho, pero no habitualmente y de ese modo lento y deprimente que abate las facultades sin ser bastante extremado para excitar la energía secreta del alma, para reducirla afortunadamente a buscar en sí misma recursos cuya existencia ignoraba^[61].

Es una ventaja para toda la vida el haber sido desgraciado en esa edad en que el corazón y la cabeza empiezan a vivir. Es la lección del destino: forma a los hombres buenos^[62], ensancha las ideas y madura los corazones antes de que la vejez los haya debilitado; hace al hombre bastante a tiempo para que sea completamente hombre. Si priva de la alegría y los placeres, inspira en cambio el sentimiento del orden y el gusto de los bienes domésticos; da la mayor felicidad que debíamos codiciar, la de no esperar otra que el vegetar útil y apaciblemente. Se es mucho menos desgraciado cuando sólo se trata de vivir; se está más cerca de ser útil cuando, estando todavía en la fuerza de la edad, no se busca ya nada para sí. No veo más que la desgracia que pueda, antes de la vejez, madurar así a los hombres ordinarios.

La verdadera bondad exige concepciones amplias, un alma grande y pasiones contenidas. Si la bondad es el primer mérito del hombre, si las perfecciones morales son esenciales a la felicidad, es entre los que han sufrido mucho en los primeros años del corazón donde se encontrarán los hombres mejor organizados para sí mismos y para interés de todos, los hombres más justos, los más sensatos, los menos alejados de la dicha y más invariablemente afectos a la virtud.

¿Qué importa al orden social que un viejo haya renunciado a los objetos de sus pasiones, y que un hombre débil no tenga la intención de hacer daño? Buenas personas no, son personas buenas; los que hacen el bien, sólo por debilidad, podrán hacer mucho mal en circunstancias distintas. Susceptible de desconfianza, de animosidad, de superstición y, sobre todo, de testarudez, el instrumento ciego de muchas cosas loables a que le inducía su instinto, será el vil juguete de una idea loca que trastorne su cabeza, de una manía que eche a perder su corazón, o de cualquier proyecto funesto en que sepa emplearle cualquier enredador.

Pero el hombre de bien es invariable; no tiene las pasiones de ningún partido, ni las costumbres de ningún estado; no se le emplea; no puede tener ni animosidad, ni ostentación, ni manías; no se asombra ni del bien, porque él también lo hubiese hecho, ni del mal, porque está en la Naturaleza; se indigna contra el crimen, y no odia al culpable; desprecia la bajeza de alma, pero no se irrita con un gusano porque el infeliz no tenga alas.

No es enemigo del supersticioso; no tiene supersticiones contrarias. Investiga el origen, a menudo muy cuerdo^[63], de tantas opiniones que más adelante se han ido haciendo insensatas, y ríe de ver cómo han quedado burladas. Tiene virtudes, no por fanatismo, sino porque busca el orden; hace el bien para disminuir la inutilidad de su vida; prefiere el goce de los demás al suyo propio, pues los otros pueden gozar, y el apenas puede; gusta sólo de reservarse los medios de servir para algo y también de vivir sin turbaciones, pues el que no espera placeres necesita tranquilidad. No es desconfiado; pero, como nada le seduce, piensa a veces en contener la facilidad de su corazón; sabe distraerse en ser un poco víctima, pero no quiere que le tomen por un imbécil que se deja engañar. Podrán algunos picaros crearle dificultades y disgustos, pero no será juguete de ellos. Permitirá a veces a algunas gentes, a quienes es útil, el pequeño placer de darse a hurtadillas aires de protección. No está satisfecho de lo que hace, porque cree que se podría hacer mucho más; únicamente lo está un poco de sus intenciones, sin sentirse más orgulloso de esta organización interior que lo estaría de haber nacido con una nariz perfecta. Empleará así sus horas arrastrándose hacia lo mejor; a veces, con paso enérgico aunque dificultoso, más a menudo con vacilación, con un poco de debilidad, con la sonrisa del desaliento.

Cuando es necesario oponer el mérito del hombre a otros méritos ficticios o inútiles, por los cuales se pretende confundir y envilecer todo, dice que el primer mérito es la imperturbable rectitud del hombre de bien, puesto que es, sin duda, el más útil; le responden que es un orgulloso, y ríe. Sufre las contrariedades, perdona los errores domésticos; le dicen: «¿Por qué no hace usted cosas más grandes?». Y ríe. Le son confiadas estas grandes cosas, y es acusado por los amigos de un traidor, y condenado por aquel a quien traicionan. Sonríe, y se va. Los suyos le dicen que es una injusticia nunca vista, y él ríe cada vez más.

Segundo fragmento

Sexto año

No me sorprende que la justeza de las ideas sea bastante rara en moral. Los antiguos, que no tenían la experiencia de los siglos, pensaron muchas veces en poner el destino del corazón humano en manos de los sabios. La política moderna es más profunda: ha entregado la única ciencia a los predicadores, y a esa muchedumbre que los impresores llaman hombres de letras; pero protege solemnemente el arte de hacer flores de azúcar y la invención de pelucas de nueva forma.

En cuanto se observan las calamidades de cierta clase de hombres y se comienzan a descubrir sus causas, se reconoce que una de las cosas más nuevas y más útiles que se podría hacer es precaverlos contra verdades que les engañan, contra virtudes que les pierden.

El desprecio del oro es una cosa absurda. Sin duda, preferir el oro al deber es un crimen; pero ¿acaso no se sabe que la razón manda preferir el deber a la vida, lo mismo que a las riquezas? Si la vida no deja de ser un bien en general, ¿por qué el oro no lo sería también? Algunos hombres independientes y aislados hacen muy bien en pasar sin él; pero todos no están en ese caso, y esas declaraciones tan vanas, que tienen un lado falso, perjudican considerablemente a la virtud. Si se han subvertido los principios de conducta, y la virtud no es más que el esfuerzo hacia el orden, ¿es con un desorden y confusión semejantes como se pretende guiar a los hombres hacia ella? Por mi parte, yo, que estimo más en el hombre las cualidades del corazón que las del espíritu, pienso que el fundador de un pueblo encontraría más recursos para contener corazones perversos que para conciliar espíritus falsos.

Los cristianos y otros han sostenido que la continencia perpetua era una virtud; no la han exigido a los hombres, sólo la aconsejaron a los que pretendían la perfección. Por absoluta e indiscreta que deba ser una ley que viene del cielo, no se han atrevido a más. Cuando se pide a los hombres que no amen el dinero, toda moderación sería poca también. La abnegación religiosa o filosófica ha podido conducir a muchos individuos a una sincera indiferencia por las riquezas, y hasta por toda propiedad; pero en la vida ordinaria es inevitable el deseo del oro. Con oro, a cualquier lugar habitado que vaya, hago un signo, y este signo dice: «¡Que me cuiden, que me alimenten, que me vistan, que me distraigan, que me consideren, que me sirvan a mí y a los míos, que todos disfruten junto a mí; si alguien sufre, que lo declare, y sus penas tendrán fin!». Y como se dice, se hace.

Los que desprecian el oro son como los que desprecian la gloria, o desprecian a las mujeres, o el talento, el valor, el mérito. Cuando la imbecilidad del espíritu, la impotencia de los órganos o la tosquedad del alma le hacen a uno incapaz de usar de un bien sin pervertirlo, se calumnia este bien, sin ver que es la propia bajeza lo que se acusa. Un hombre de malas costumbres desprecia a las mujeres; un razonador burdo censura el ingenio; un sofista moraliza contra el dinero. Sin duda, los débiles esclavos de sus pasiones, los necios pretenciosos, los burgueses engreídos se volverán peores, o más desgraciados, cuando sean ricos. Esas gentes deben tener poco, pues poseer y abusar es para ellos lo mismo. Sin duda también, el que se enriquece y empieza a vivir lo más ostentadamente que puede, no gana, y a veces pierde al cambiar de situación. ¿Pero por qué no se encuentra mejor que antes? Pues, realmente, porque no es más rico; viviendo con más opulencia, tiene más necesidades e inquietudes. Con grandes rentas, se las arregla de tal modo que el menor incidente las trastorna, y acumula deuda sobre deuda hasta la ruina. Es evidente que este hombre es pobre. Centuplicar sus necesidades, hacer todo por ostentación, tener veinte caballos porque Fulano tiene quince, y si mañana tiene veinte comprar treinta enseguida, es enredarse en las cadenas de una penuria más penosa que la primera. Pero tener una casa cómoda y sana, un interior bien arreglado, limpieza, cierta abundancia, una elegancia sencilla, contentarse con ello aun cuando la fortuna se cuadruplicase, emplear el resto en sacar de apuros a un amigo, en prevenir los acontecimientos funestos, en dar al hombre bueno caído en la desgracia lo que él dio a otros más desgraciados que él, en reemplazar la vaca de esa madre de familia que no tenía más que una, en enviar grano al labrador cuyo campo ha sido arrasado por el granizo, en reparar el camino para que no vuelquen más carros ni se lastimen los caballos, ocuparse según las aficiones y facultades de uno, dar a sus hijos instrucción y espíritu de orden: todo eso me parece que vale más que la miseria torpemente preconizada por la falsa sabiduría.

El desprecio del oro, inconsideradamente recomendado en una edad que ignora su valor, ha privado con frecuencia a hombres superiores de uno de los más grandes medios, y quizás el más seguro, de no vivir inútiles como la mayoría.

¡Cuántas jóvenes, en la elección de un dueño, se vanaglorian de no dar la menor importancia al dinero, y se precipitan así en todos los sinsabores de una suerte precaria y en el tedio habitual que tantos males contiene!

Un hombre sensato, tranquilo y que desprecia los caracteres caprichosos, se deja seducir por alguna conformidad en los gustos; abandona al vulgo el regocijo, el humor risueño y hasta la vivacidad, la actividad; toma una mujer seria, triste, a quien la primera contrariedad pone melancólica, a quien agrían las penas, que con la edad se vuelve taciturna, brusca, imperiosa, austera, y que, esforzándose con mal humor en pasar sin nada, y consiguiéndolo pronto por mal humor y para dar una lección continua a los demás, hará desgraciados a todos los de la casa.

No era en un sentido trivial que decía Epicuro: «El sabio elige por amigo al de carácter alegre y complaciente». Un filósofo de veinte años pasa ligeramente por alto

este consejo, y eso cuando no se indigna, pues ya se ha despojado de los prejuicios comunes; pero, cuando se haya despojado también de los de la sabiduría, comprenderá su importancia.

Poca cosa es no ser como la mayoría de los hombres; pero es dar un paso hacia la sabiduría dejar de ser como la mayoría de los sabios.

Carta XXXVI

Lyon, 7 de abril, VI

¡Montes soberbios, derrumbamiento de las nieves amontonadas, paz solitaria del valle en la selva, hojas amarillentas que arrastra el arroyo silencioso! ¿Qué seríais para el hombre si no le hablaseis de los demás hombres? La Naturaleza sería muda si estos dejaran de existir. Si me quedase solo sobre la tierra, ¿qué me importarían los rumores de la noche austera y el silencio solemne de los grandes valles, y la luz del poniente en un cielo henchido de melancolía, sobre las aguas en calma? El sentimiento de la Naturaleza no está sino en las relaciones humanas, y la elocuencia de las cosas no es más que la elocuencia del hombre. La tierra fecunda, los cielos inmensos, las aguas pasajeras no son más que una expresión de las relaciones que nuestros corazones producen y contienen.

¡Absoluta concordia; amistad de los antiguos! Cuando el que poseía el afecto sin límites recibía las tabletas en que veía los rasgos de la mano amiga, ¿le quedaban ojos entonces para examinar las bellezas de un paisaje o las dimensiones de un ventisquero? Pero las relaciones de la vida humana se han multiplicado; la percepción de estas conexiones es incierta, inquieta, llena de frialdades y antipatías; la amistad antigua queda siempre lejos de nuestro corazón o nuestro destino. No hay un enlace completo entre la esperanza y las precauciones, entre los deleites que se esperan y la amargura que se experimenta. La intimidad misma se ve dificultada por las molestias, o debilitada por la partición, o detenida por las circunstancias. El hombre envejece, y su corazón rechazado envejece antes que él. Si todo lo que puede amar está en el hombre, todo lo que evita está también en él. Allí donde hay tantas conveniencias sociales, también, por una necesidad invencible, se encuentran todas las discordancias. Así, el que teme más que espera, se queda un poco apartado del hombre. Las cosas muertas son menos intensas, pero son más nuestras, son como nosotros las hacemos. Contienen menos lo que buscamos, pero estamos más seguros de encontrar en ellas, a nuestro gusto, las cosas que contienen. Son los bienes de la mediocridad, limitados, pero ciertos. La pasión busca al hombre; a veces la razón se ve obligada a abandonarlo por cosas menos buenas y menos funestas. Así se ha formado un vínculo tan poderoso entre el hombre y ese amigo del hombre, escogido fuera de su especie, y que es tan excelente para él, por ser menos que nosotros y más que las cosas insensibles. Si es imprescindible que el hombre elija al azar un amigo, es preferible que lo escoja en la especie de los perros que en la de los hombres. El

último de sus semejantes le proporcionará menos consuelo y menos paz que el último de esos animales.

Y cuando una familia está en la soledad, no en la del desierto, sino en la del aislamiento; cuando esos seres débiles, enfermos, que tantos motivos tienen para ser desgraciados y tan pocos para estar satisfechos, que no tienen más que unos instantes para gozar y un día para vivir; cuando el padre y su mujer, cuando la madre y sus hijas no tienen condescendencia, no tienen unión, no quieren gustar de las mismas cosas, no saben someterse a las mismas miserias y sostener, reunidos, a distancias iguales la cadena de los dolores; cuando, por egoísmo o atrabilis, todos, rehusando sus fuerzas, la dejan arrastrar pesadamente sobre el suelo desigual y ahondar el surco donde germinan, con una fecundidad siniestra, las zarzas que a todos los desgarran, ¡oh, hombres!, decid, ¿qué sois entonces para el hombre?

Cuando una atención, una palabra de paz, de benevolencia, de perdón generoso, es recibida con desdén, con mal humor, con una indiferencia que hiela... ¡Naturaleza universal, así lo has querido tú, para que la virtud fuese grande y el corazón del hombre cada día se tornase mejor y más resignado bajo el peso que lo aplasta!

Carta XXXVII

Lyon, 2 de mayo, VI

Tengo momentos en que desesperaría de contener la inquietud que me agita. Todo me arrastra entonces y me rapta con una fuerza inmoderada. Vuelvo a caer, de esta altura, con espanto, y me pierdo en el abismo que ha abierto.

Si estuviese completamente solo, estos momentos serían intolerables; pero escribo, y me parece que el cuidado de expresar a usted lo que experimento es una distracción que endulza el sentimiento. ¿A quién podría confiarme así? ¿Qué otro soportaría la locuacidad fatigosa de una manía sombría, de una sensibilidad tan vana? Es mi único placer el contar a usted lo que sólo a usted puedo decir, lo que no querría decir a ningún otro, lo que nadie querría oír. ¿Qué me importa el contenido de mis cartas? Mientras más largas son, o más tiempo me cuestan, más valen para mí; y, si no me engaño, la longitud del manuscrito jamás le hizo retroceder a usted. ¿No se sostiene una conversación durante diez horas; por qué no escribir durante dos?

No quiero hacerle un reproche; pero es usted menos extenso, menos difuso que yo. Sus asuntos le cansan, escribe usted con menos gusto aun a aquellos a quienes tiene afecto. Me dice usted lo que tiene que decirme en la intimidad; pero yo, solitario, soñador acaso extravagante, no tengo nada que decir, y mientras menos tengo más prolijo soy.

Todo lo que me pasa por la cabeza, todo lo que diría charlando, lo escribo si la ocasión se presenta; pero todo lo que pienso, todo lo que siento, se lo escribo necesariamente. Sí, es una necesidad para mí. Cuando deje de hacerlo, diga usted que ya no siento nada, que mi alma se apaga, que me he vuelto tranquilo y razonable, que paso al fin mis días comiendo, durmiendo, jugando a las cartas. ¡Que soy más feliz!

Quisiera tener un oficio; animaría mis brazos y adormecería mi cabeza. Un talento no valdría tanto; no obstante, si supiese pintar, creo que estaría menos inquieto. He vivido largo tiempo en el estupor, y siento haberme despertado. Me encontraba en un abatimiento más tranquilo que el abatimiento actual.

De todos los momentos inciertos y fugaces en que he creído ingenuamente que habíamos venido a la tierra para vivir en ella, ninguno se ha embellecido con un error tan duradero, ninguno me ha dejado tan profundos recuerdos como aquellos veinte días de olvido y de esperanza en que hacia el equinoccio de marzo, al lado del torrente, delante de las rocas, entre el jacinto dichoso y la sencilla violeta, iba a imaginar que todavía me sería dado amar.

Toqué lo que jamás debía coger. Sin ilusiones, sin esperanzas, habría podido vegetar, aburrido, pero tranquilo. Presentía la energía humana, pero en mi vida tenebrosa soportaba mi sueño. ¿Qué fuerza siniestra me ha abierto el mundo para quitarme los consuelos de la nada?

Arrastrado en una actividad expansiva; ávido de amarlo todo, de sostenerlo todo, de consolarlo todo; debatiéndose continuamente entre la necesidad de ver cambiar tantas cosas funestas y la convicción de que no cambiarán, me siento cansado de los males de la vida, y más indignado aún por la pérfida seducción de los placeres, los ojos siempre fijos en ese inmenso amasijo de los odios, las iniquidades, los oprobios y las miserias de la tierra extraviada.

¡Y heme aquí en mi año veintisiete! Los días hermosos han pasado, sin haberlos visto siquiera. Desgraciado en la edad de la dicha, ¿qué podría esperar de las otras edades? He pasado en el vacío y los sinsabores la estación feliz de la confianza y la esperanza. Siempre oprimido, sufriendo, vacío y lastimado el corazón, he conocido, joven aún, las añoranzas de la vejez. Acostumbrado a ver todas las flores de la vida marchitarse bajo mis pasos estériles, soy como esos viejos a quienes todo ha abandonado; pero más desgraciado que ellos, he perdido todo mucho antes de acabar yo mismo. Con un alma ávida, no puedo reposar en ese silencio de muerte.

¡Recuerdos de los años pasados ya hace tiempo, de las cosas para siempre borradas, de los lugares que no se volverán a ver, de los hombres que han cambiado! ¡Sentimiento de la vida perdida!

¿Qué lugares fueron nunca para mí lo que son para los demás? ¿Qué tiempos fueron tolerables, y bajo qué cielo he hallado el reposo del corazón? He visto el movimiento de las ciudades, y el vacío de los campos, y la austeridad de los montes; he visto la grosería de la ignorancia, y el tormento de las artes; he visto las virtudes inútiles, los éxitos indiferentes, y todos los bienes perdidos en todos los males; el hombre y el destino, siempre desiguales, engañándose sin cesar y, en la lucha desenfrenada de todas las pasiones, al odioso vencedor recibiendo como premio de su triunfo el eslabón más pesado de los males que ha sabido causar.

Si el hombre estuviese conformado para la desgracia, lo compadecería mucho menos; y, considerando su duración efímera, despreciaría, para él como para mí, el tormento de un día. Pero todos los bienes le rodean, todas sus facultades le mandan gozar, todo le dice: «Sé feliz»; y el hombre ha dicho: «La felicidad será para la bestia; el arte, la ciencia, la gloria, la grandeza, para mí». Su mortalidad, sus dolores, sus crímenes mismos no son sino la mitad más débil de su miseria. Deploro sus pérdidas, la calma, la elección, la unión, la posesión tranquila. Deploro cien años que millones de seres sensibles han agotado en las preocupaciones y prejuicios, en medio de lo que podría constituir la seguridad, la libertad, la alegría, y viviendo de amargura sobre una tierra voluptuosa, por haber codiciado bienes imaginarios y exclusivos.

Sin embargo, todo esto es poca cosa; hace medio siglo no lo veía, y dentro de medio siglo no lo veré.

Me decía a mí mismo: «Si no está en mi destino hacer volver a costumbres primordiales una comarca circunscrita y aislada; si debo esforzarme en olvidar el mundo, y crearme bastante dichoso con obtener para mí algunos días tolerables sobre esta tierra seducida, no pido entonces más que un bien, una sombra en este sueño del que ya no quiero despertarme. Queda sobre la tierra, tal como esta es, una ilusión que puede todavía atraerme; es la única; tendré la cordura de dejar que me engañe; el resto no vale el esfuerzo». Eso es lo que me decía entonces; pero sólo el azar podía permitirme su inestimable error. El azar es lento e inseguro; la vida, rápida, irrevocable; su primavera pasa, y esa necesidad engañada, acabando de perder mi vida, debe al fin enajenar mi corazón y alterar mi naturaleza. A veces siento ya que me agrio, me indigno, mis sentimientos se aprietan; la impaciencia hace indómita mi voluntad, y una especie de desprecio me lleva a designios grandes, pero austeros. Sin embargo, esta amargura no perdura en toda su fuerza; me abandona enseguida, como si comprendiese que los hombres distraídos, y las cosas inciertas, y mi vida tan corta, no merecen la inquietud de un día, y que un despertar severo es inútil cuando casi enseguida tiene uno que dormirse de nuevo para siempre.

Carta XXXVIII

Lyon, 8 de mayo, VI

He ido a Ablamont, a casa del cirujano que tan hábilmente curó el brazo de aquel oficial que volviendo de Chessel se cayó del caballo.

Sin duda no ha olvidado usted cómo, cuando entramos en su casa, en aquella ocasión, hace más de doce años, se apresuró a ir a coger los albrichos más hermosos de su jardín, y cómo, al volver con las manos llenas, aquel pobre viejo ya achacoso tropezó en el umbral de la puerta, lo que hizo caer por tierra casi toda la fruta que traía. Su hija le dijo con brusquedad: «¡Siempre le pasa a usted lo mismo! Se quiere meter en todo, y todo lo echa a perder. ¿No podía usted quedarse quieto en su silla? ¡Buena la ha hecho usted!». Él sufría, sin responder nada, ¿se acuerda usted? ¡Infeliz! Ahora es más desgraciado todavía. Está parálítico, en un verdadero lecho de dolor, sin tener junto a sí más que a esa hija miserable. Desde hace una porción de meses no puede ya hablar; pero el brazo derecho no ha sido atacado aún y hace signos con él. Hizo algunos que tuve la pena de no poder explicar; quería decir a su hija que me ofreciera algo. Ella no lo comprendió, o aparentó no comprenderlo. Unos momentos que tuvo que salir fuera, los aproveché para que su desgraciado padre supiese, al menos, que había alguien que se daba cuenta de sus males; todavía tiene un oído en bastante buen estado. Me dio a entender que su hija, considerando muy próximo su fin, se negaba a todo lo que pudiese disminuir en unos céntimos la herencia bastante considerable que le dejaba; pero que, aun sintiendo una gran pesadumbre, le perdonaba todo, a fin de no dejar de amar en sus últimos momentos al único ser que aún le quedaba que amar. ¡Ver a un viejo agotar así su vida! ¡A un padre, acabar con tanta amargura en su propia casa! ¡Y que nuestras leyes nada puedan!

Preciso es que un abismo semejante de penalidades toque de cerca las percepciones de la inmortalidad. Si fuera que, en la edad de la razón, yo hubiera faltado esencialmente a mi padre, sería desgraciado toda mi vida, pues él ya no existe y, por tanto, mi falta sería tan irreparable como monstruosa. Podría decirse, es cierto, que un mal hecho a quien ya no lo siente, a quien ya no existe, es en la actualidad un tanto quimérico e indiferente, como lo son las cosas totalmente pasadas. Esto es innegable; pero, a pesar de todo, no podría consolarme. La razón de este sentimiento es muy difícil de encontrar. Si no fuese más que el sentimiento de una vileza que se ha perdido la ocasión de reparar con una nobleza que pueda consolar interiormente, la

misma compensación se encontraría en la verdad de la intención. Cuando sólo se trata de nuestra propia estima, el deseo de una cosa loable debe satisfacernos tanto como su ejecución. Esta no difiere del deseo sino por las consecuencias, y ninguna puede haber para el ofendido que ya no vive. Sin embargo, se ve el sentimiento de esta injusticia, cuyos efectos ya no subsisten, abrumarnos todavía, envilecernos, destrozarnos, como si debiese tener resultados eternos. Diríase que el ofendido está sólo ausente, y que tendremos que reanudar nuestras relaciones con él, pero en un estado que ya no admitirá cambio alguno, ni reparación, y en que el mal será perpetuo a pesar de nuestros remordimientos.

El espíritu humano se extravía sin cesar en esta conexión de las cosas efectuadas con sus consecuencias desconocidas. Podría imaginar que estas concepciones de un orden futuro y de una consecuencia sin límite en las cosas presentes no tienen más fundamento que la posibilidad de sus suposiciones; que deben incluirse entre los medios que mantienen al hombre en la diversidad, en los contrastes, en la perpetua incertidumbre, donde le sume la percepción incompleta de las propiedades y del encadenamiento de las cosas.

Ya que no he cerrado la carta, preciso será que le cite a Montaigne. Acabo de encontrar por casualidad un pasaje tan análogo a la idea que me ocupaba, que he quedado sorprendido y satisfecho. Hay en esta conformidad de pensamiento un principio de secreta alegría; ella es la que hace al hombre necesario al hombre, porque hace fecundas nuestras ideas, porque da aplomo a nuestra imaginación y confirma en nosotros la opinión de lo que somos.

No se halla en Montaigne lo que se busca; se encuentra lo que se halla. Hay que abrirlo al azar, y ello es rendir un homenaje a su manera. Esta es sumamente independiente, sin ser grotesca ni afectada; y no me sorprende que un inglés haya puesto los *Ensayos* por encima de todo. Se ha reprochado a Montaigne dos cosas que le hacen admirable y que no necesito en modo alguno disculpar entre nosotros.

Es en el capítulo octavo del libro segundo donde dice:

Como sé, por una demasiado cierta experiencia, no hay consuelo alguno tan dulce en la pérdida de nuestros amigos como el que nos trae la seguridad de no haber olvidado nada que decirles y de haber tenido con ellos una perfecta y entera comunicación.

Esta entera comunicación con el ser moral semejante a nosotros, y colocado junto a nosotros en mutua relación, parece una parte esencial del papel que nos es adjudicado para empleo de nuestra duración. Nos sentimos descontentos de nosotros mismos cuando, una vez terminado el acto, hemos perdido sin remisión el mérito de la ejecución en la escena que nos había sido confiada.

Esto prueba, me dirá usted quizás, que presentimos otra duración. Se lo concedo, y convendremos también en que el perro que no quiere sostener más su vida porque

su amo ha perdido la suya, y que se lanza en la hoguera donde queman su cuerpo, quiere morir con él porque cree firmemente en la inmortalidad, y tiene la certidumbre consoladora de reunirse con él en otro mundo.

No me gusta reír de eso que quieren poner en lugar de la desesperación; y, no obstante, iba a bromear si no me hubiese contenido. La confianza ciega del hombre en las opiniones que ama, y de las que se alimenta, es respetable, puesto que disminuye a veces la amargura de sus miserias; pero hay algo de cómico en esa inviolabilidad religiosa con que pretende investirla. Ese hombre no llamaría sacrílego al que asegurase que un hijo puede sin crimen degollar a su padre; lo conduciría simplemente a un manicomio, sin irritarse. Pero se pone furioso si se atreve uno a decirle que quizás muera como una encina o un zorro, a tal punto teme el creerlo. ¿No podría darse cuenta de que prueba con ello su propia incertidumbre? Su fe es tan falsa como la de esos devotos que gritarían impiedad si se dudase de que un pollo comido en viernes puede sumirnos en el infierno, y que, sin embargo, lo comen en secreto; tanta proporción hay entre el terror de un suplicio eterno y el placer de comer dos bocados de carne sin esperar al domingo.

¿Por qué no tomar el partido de dejar a la libre fantasía de cada cual las cosas de que se puede uno reír, y hasta las esperanzas que no todos pueden recibir por igual? La moral ganaría mucho abandonando la fuerza de un fanatismo efímero, para apoyarse con majestad sobre la evidencia inviolable. Si queréis principios que hablen al corazón, recordad los que están en el corazón de todo hombre bien organizado.

Decid: «Sobre una tierra de alegrías y de tristeza, el destino del hombre es acrecentar el sentimiento de la alegría, fecundar la energía expansiva y combatir, en todo lo que siente, el principio del envilecimiento y de los dolores...».

Tercer fragmento

De la expresión romántica y del *ranz* de las vacas^[64]

Lo novelesco seduce las imaginaciones vivas y floridas; lo romántico basta sólo a las almas profundas, a la verdadera sensibilidad. La naturaleza está llena de efectos románticos en los países sencillos; un cultivo prolongado los destruye en las tierras envejecidas, sobre todo en las llanuras, que el hombre se somete fácilmente en todas sus partes^[65] [66].

Los efectos románticos son los acentos de una lengua que no todos los hombres conocen y que es extraña a muchas comarcas. Se cesa pronto de comprenderlos cuando se deja de vivir con ellos; y, sin embargo, esta armonía romántica es la única que conserva en nuestros corazones los colores de la juventud y la frescura de la vida. El hombre de sociedad no siente ya esos efectos, demasiado distanciados de sus costumbres; acaba por decir: «¿Qué me importa?». Es como esos temperamentos consumidos por el fuego de un veneno lento y habitual; se encuentra avejentado en la edad del vigor, y los resortes de la vida se han aflojado en él, aunque conserve el exterior de un hombre.

Pero vosotros, a quienes el vulgo cree semejantes a él, porque vivís con sencillez, porque tenéis genio sin tener pretensiones de ingenio, o simplemente porque os ve vivir y, como él, coméis y dormís; hombres primitivos, esparcidos en el siglo vano, para conservar la huella de las cosas naturales, vosotros os reconocéis, os entendéis en una lengua que la muchedumbre no sabe, cuando el sol de octubre aparece entre brumas sobre los bosques amarilleantes; cuando un hilo de agua corre y cae en un prado cercado de árboles, al ponerse la luna; cuando bajo el cielo de estío, en un día sin nubes, una voz de mujer canta al atardecer, en la lejanía, en medio de los muros y tejados de una gran ciudad.

Imaginad una llanura de agua límpida y blanca. Es vasta, pero circunscrita; su forma oblonga y algo circular se prolonga hacia el poniente de invierno. Cimas elevadas, cordilleras majestuosas, la cierran por tres lados. Estáis sentados en la pendiente de la montaña, por encima de la playa del norte, que las olas descubren y cubren de nuevo. Detrás hay unas rocas perpendiculares, que se elevan hasta la región de las nubes; el viento triste del Polo jamás ha soplado sobre esta ribera bienaventurada. A vuestra izquierda, las montañas se abren, un valle tranquilo se extiende en sus profundidades, un torrente desciende de las cumbres nevadas que lo cierran; y cuando el sol de la mañana aparece entre los picachos helados, sobre las

brumas, cuando las voces de la montaña indican las casitas sobre los prados todavía en la sombra, es el despertar de una tierra primitiva, es un monumento de nuestros destinos ignorados.

He aquí los primeros instantes nocturnos; la hora del reposo y de la tristeza sublime. El valle, fuliginoso, comienza a oscurecerse. Hacia el sur ya está el lago en la sombra; las rocas que lo rodean son una zona tenebrosa bajo la cúpula helada que las cubre y que parece retener en sus nieves la luz del día. Sus últimos fuegos hacen amarillear los numerosos castaños sobre las rocas salvajes; pasan en largos rayos bajo las altas agujas de los pinos alpestres; bruñen los montes; encienden las nieves; abrasan los aires, y el agua sin olas, brillante de luz y confundida con los cielos, se ha hecho infinita como ellos, y más pura aún, más etérea, más bella. Su calma asombra, su limpidez engaña, el esplendor aéreo que repite parece ahondar sus profundidades; y bajo estos montes separados del globo y como suspensos en el aire, encontráis a vuestros pies el vacío de los cielos y la inmensidad del mundo. Hay en ello un momento de ilusión y de olvido. No se sabe ya dónde está el cielo, dónde están los montes, ni sobre lo que uno mismo reposa; no se encuentra nivel, no hay ya horizonte; las ideas están cambiadas, las sensaciones son desconocidas: habéis salido de la vida común. Y cuando las sombras han cubierto este valle de agua; cuando los ojos no distinguen ya los objetos ni las distancias; cuando el viento de la tarde ha agitado las ondas, entonces hacia poniente la extremidad del lago es lo único que queda iluminado por una luz pálida; pero todo lo que los montes rodean no es más que un abismo indistinto, y en medio de las tinieblas y del silencio oís, mil pies más abajo, agitarse esas olas incesantes, que se estremecen sobre la playa a intervalos iguales, que penetran entre las rocas, que se rompen sobre la orilla y que parecen resonar con un largo murmullo en el abismo invisible.

Es en los sonidos donde la Naturaleza ha colocado la expresión más intensa del carácter romántico; es sobre todo el sentido del oído el que puede hacer sensibles, en pocos rasgos y de una manera enérgica, los lugares y las cosas extraordinarias. Los olores ocasionan percepciones rápidas e inmensas, pero vagas; las de la vista parecen interesar más al espíritu que al corazón; se admira lo que se ve, pero se siente lo que se oye^[67]. La voz de una mujer amada será todavía más bella que sus facciones; los sonidos que exhalan algunos lugares sublimes causarán una impresión más profunda y más duradera que sus formas. Yo no he visto cuadro de los Alpes que me los evocase como puede hacerlo una melodía realmente alpestre.

El *ranz* de las vacas no trae al espíritu solamente recuerdos, pinta. Sé que Rousseau ha dicho lo contrario, pero creo que se ha engañado. Este efecto no es imaginario; dos personas, examinando separadamente los grabados de los *Cuadros pintorescos de Suiza*^[68], han dicho ambas, a la vista del Grimsel: «Ahí es donde hay que oír el *ranz* de las vacas».

Si es expresado de una manera más justa que sabia, si el que lo toca lo siente, las primeras notas nos trasladan a los valles altos, junto a las rocas peladas y de un gris

rojizo, bajo el cielo frío, bajo el sol ardiente, en las cimas cubiertas de pastos. La lentitud de las cosas y la grandiosidad de los lugares le penetran a uno; allí se encuentra el paso tranquilo de las vacas y el movimiento medido de sus cencerros, junto a las nubes, en la extensión suavemente inclinada desde la cresta de los granitos inmovibles hasta los granitos ruinosos de los barrancos nevados. Los vientos se estremecen de un modo austero en los alerces lejanos; se distingue el rumor de un torrente oculto en los precipicios que se han abierto durante largos siglos. A estos ruidos solitarios en el espacio suceden los acentos apresurados y tardíos de los *Küheren*^[69], expresión nómada de un placer sin gozo, de una alegría de la montaña. Los cantos cesan; el hombre se aleja; se alejan los cencerros; no se oye más que el choque de los guijarros que ruedan, y la caída interrumpida de los árboles que el torrente empuja hacia los valles. El viento trae y se lleva estos sonidos alpestres; y, cuando los detiene, todo parece frío, inmóvil y muerto. Es el dominio del hombre que no tiene prisa. Sale de debajo del techo ancho y bajo, que las piedras pesadas aseguran contra la tempestad; si quema el sol, si el viento es fuerte, si el trueno rueda a sus pies, él no lo sabe. Se dirige hacia donde las vacas deben estar; y están, en efecto; las llama, se reúnen, se acercan, sucesivamente, y regresa con la misma lentitud, cargado con esa leche destinada a las llanuras que él no conocerá. Las vacas se detienen, rumian; ya no hay movimiento visible, ya no hay hombres. El aire es frío, el viento ha caído con la luz de la tarde; sólo quedan la luz de las nieves eternas, y la caída de las aguas, cuyo fragor salvaje, elevándose de los abismos, parece acentuar la permanencia silenciosa de las altas cimas y de los ventisqueros y de la noche (G)^[70].

Carta XXXIX

Lyon, 11 de mayo, VI

Lo que puede tener de seductora la multitud de relaciones que ligan a cada individuo a su especie y al universo, esa expectación expansiva que da a un corazón joven todo un mundo que experimentar, ese exterior desconocido y fantástico, esa ilusión, se hallan descoloridos, fugitivos, desvanecidos.

Este mundo terrestre ofrecido a la acción de mi ser se ha vuelto árido y desnudo; buscaba en él la vida del alma, y no la contiene.

He visto el valle dulcemente iluminado en la sombra, bajo el velo húmedo, encanto vaporoso de la mañana; estaba hermoso. Lo he visto cambiar y marchitarse; el astro que consume ha pasado sobre él, lo ha abrasado, lo ha cansado de luz, lo ha dejado seco, envejecido y de una esterilidad penosa de ver. Así se ha levantado lentamente, así se ha disipado el velo feliz de nuestros días. Ya no hay esas medias tinieblas, esos espacios escondidos que gusta tanto penetrar. Ya no hay claridades dudosas donde puedan descansar mis ojos.

Todo es árido y fatigoso, como la arena que arde bajo el cielo del Sáhara; todas las cosas de la vida, despojadas de esa vestidura, presentan, en una verdad repugnante, el sabio y triste mecanismo de su esqueleto descubierto. Sus movimientos continuos, necesarios, irresistibles, me arrastran sin interesarme y me agitan sin hacerme vivir.

Hace ya varios años que el mal amenaza, se prepara, se decide. Si la desgracia, al menos, no viene a romper este uniforme hastío, será preciso que todo esto acabe.

Carta XL

Lyon, 14 de mayo, VI

Caminaba por la orillas del Sena, al lado de aquel largo muro por donde caminábamos juntos en otro tiempo, cuando hablábamos de Tinian al salir de la infancia, y aspirábamos a la felicidad y teníamos la intención de vivir. Contemplaba aquel río, que corría lo mismo que entonces, y ese cielo de otoño, tan tranquilo, tan hermoso como en aquellos tiempos, de los que nada subsiste ya. Venía un coche; me aparté un poco, y continué mi paseo, distraídos los ojos por las hojas amarillentas que el viento arrastraba sobre la hierba seca y el polvo del camino. El coche se detuvo; iban en él la señora Del*** con su hija, una niña de seis años. Me hizo subir, y la acompañé hasta su finca, donde no quise entrar. Ya sabe usted que la señora Del*** no tiene veinticinco años, y que está muy cambiada; pero habla con la misma gracia sencilla y perfecta; sus ojos tienen una expresión más doliente y no menos bella. No hablamos para nada de su marido; recordará usted que le lleva treinta años, y que es una especie de financiero, muy inteligente cuando se trata del dinero, pero completamente nulo en todo el resto. ¡Mujer infortunada! He ahí una vida perdida; ¡y el destino parecía prometérsela tan feliz! ¿Qué le faltaba para merecer la felicidad y hacer la felicidad de otro? ¡Qué espíritu, qué alma, qué pureza de intención! Y todo esto no ha servido de nada. Pronto hará cinco años que no la había visto. Su coche me condujo hacia la ciudad, pero me apeé en el sitio donde la había encontrado, y estuve allí hasta muy tarde.

Cuando me disponía a volver, un hombre viejo, achacoso, y que parecía abatido por la miseria, se me acercó, mirándome mucho; me llamó por mi nombre y me pidió una limosna. En el momento, no me fue posible reconocerle; pero más tarde quedé anonadado recordando que no podía ser más que aquel profesor de *tercera*, tan laborioso y tan bueno. Me he informado esta mañana, pero no sé si podré descubrir el triste granero donde, sin duda, pasa sus últimos días. El infortunado habrá creído que no quise reconocerlo. Si doy con él, es preciso que le procure un cuarto y unos cuantos libros para que recobre sus hábitos de estudio; me parece que todavía ve bien. No sé lo que debo prometerle de parte de usted; le agradeceré me lo indique; no se trata de un momento, sino del resto de su vida. Nada haré sin saber las intenciones de usted.

Había pasado más de una hora, creo, vacilando, dudando de hacia qué lado dirigirme para caminar un poco. Aunque aquel sitio se encontraba más lejos de mi

casa, me sentí arrastrado hacia él, sin duda por la necesidad de una tristeza que pudiese convenir a aquella que ya llenaba mi pensamiento.

Sin inconveniente habría afirmado que no volvería a verla nunca. Era cosa resuelta; y, sin embargo... su recuerdo, aunque atenuado por el desaliento, por el tiempo, por el decaimiento de mi confianza en un género de afectos demasiado engañosos o demasiado inútiles, su recuerdo se encontraba ligado a los sentimientos de mi existencia en medio de las cosas. La veía en mí, pero como la reminiscencia imborrable de un sueño pasado, como esas ideas de felicidad cuya huella se guarda y que no son ya de mi edad.

Pues ya soy un hombre hecho y derecho. Los sinsabores me han madurado; gracias a mi destino, no tengo otro dueño que este poco de razón que se recibe de arriba sin saber/por qué. Yo no estoy bajo el yugo de las pasiones; los deseos no me extravían, la voluptuosidad no me corromperá. He dejado todas esas futilidades de las almas fuertes; no caeré en el ridículo de gozar de las cosas novelescas, o de ser víctima de un *bello sentimiento*. Me siento en estado de ver con indiferencia un paraje dichoso, un cielo hermoso, una acción virtuosa, una escena conmovedora; y, si en ello me empeñase, podría, como un hombre del mejor tono, bostezar continuamente, sonriendo continuamente, divertirme consumido de pesares, y morir de tedio con mucha calma y dignidad.

En el primer momento me ha sorprendido verla, y todavía lo estoy, pues no veo a qué puede conducir esto. ¿Pero qué necesidad de que conduzca a algo? ¡Cuántos incidentes aislados en el curso del mundo, o que no tienen resultados que podamos conocer! No consigo desprenderme de esa especie de instinto que busca una consecuencia y un fin a todo, particularmente a todo lo que trae el azar. Yo quiero ver siempre en ello el efecto de una intención, y un medio de la necesidad. Me divierto en esta singular inclinación, que nos ha suministrado más de una ocasión de reír juntos, y que, en este momento, no encuentro en absoluto molesta.

Seguramente que si hubiese sabido que iba a encontrarla, no me habría dirigido hacia ese lado; creo, sin embargo, que habría hecho mal. Un soñador debe verlo todo; y un soñador, desgraciadamente, no tiene gran cosa que temer. Por otra parte, ¿sería preciso evitar todo lo que interesa a la vida del alma, y todo lo que advierte a sus pérdidas? ¿Podría hacerse? Un olor, un sonido, un rayo de luz me dirán, a pesar de todo, que hay en la Naturaleza humana algo más que el digerir y el dormir. Un movimiento de alegría en el corazón del desgraciado, o el suspiro del que goza, todo me advertirá de esa misteriosa combinación cuya prosecución infinita mantiene y cambia sin cesar la inteligencia, y para la cual los cuerpos no son más que los materiales que una idea eterna dispone como las figuras de una cosa invisible, que lanza como dados, que calcula como números.

De nuevo a orillas del Sena, me decía; ¡Los ojos son incomprensibles! No solamente reciben, por decirlo así, el infinito, sino que parecen reproducirlo. Ven todo un mundo; y lo que reflejan, lo que pintan, lo que expresan es más vasto todavía. Una

gracia que todo lo arrastra, una elocuencia dulce y profunda, una expresión más amplia que las cosas expresadas, la armonía que constituye el vínculo universal, todo eso está en los ojos de una mujer. Todo eso, y más todavía, está en la voz ilimitada de la mujer que siente. Cuando habla, saca del olvido los sentimientos y las ideas; despierta al alma de su letargo, la arrastra y la conduce por todos los dominios de la vida moral. Cuando canta, parece que agita las cosas, que las cambia de lugar, que las modela y que crea sentimientos nuevos. La vida natural deja de ser la vida cotidiana; todo es romántico, animado, embriagador. Ahí, sentada en reposo, u ocupada en cualquier quehacer, nos arrastra, nos precipita consigo en el mundo inmenso; y nuestra vida se ensancha con este movimiento sublime y tranquilo. ¡Cuán fríos nos parecen, entonces, esos hombres que se mueven tanto por cosas tan pequeñas! ¡En qué nada nos mantienen, y qué fatigoso es vivir entre seres turbulentos y mudos!

Pero cuando todos los esfuerzos, todos los talentos, todos los éxitos y todos los dones del azar han formado un rostro admirable, un cuerpo perfecto, un alma grande, un corazón delicado, un espíritu amplio, no se precisa más de un día para que el tedio y el desaliento comiencen a aniquilarlo todo en el vacío de un claustro, en los sinsabores de un matrimonio equivocado, en la nulidad de una vida fastidiosa.

Quiero seguir viéndola. Ella ya no espera nada; nos llevaremos bien. Ella no se sorprenderá de que el hastío me devore, y yo no tengo que temer el aumentar el suyo. Nuestra situación está ya definida; de tal modo, que no modificaré la mía yendo a su casa cuando abandone el campo.

Ya me figuro con qué gracia risueña y fatigada recibe una sociedad que la aburre, y con qué impaciencia aguarda el día siguiente de los días de fiesta.

Yo también paso todos los días casi por las mismas molestias. Los conciertos, las reuniones, todos esos pasatiempos, son el quehacer de esos pseudo-dichosos; a cargo de ellos está, como la viña está a cargo del labrador; más todavía, pues no lleva en sí consuelo alguno, ni produce nada.

Carta XLI

Lyon, 18 de mayo, VI

Se diría que el destino se esfuerza en volver a poner al hombre la cadena que este ha querido sacudirse a pesar del destino. ¿De qué me ha servido abandonar todo para buscar una vida más libre? Si he visto cosas en armonía con mi Naturaleza, sólo fue de paso, sin gozar de ellas, y como para redoblar en mí la impaciencia de poseerlas.

No soy esclavo de las pasiones, y soy más desgraciado que si lo fuese; su vanidad no me engañará; pero, al fin y al cabo, ¿no es preciso algo que llene la vida? Cuando la existencia está vacía, ¿puede acaso satisfacer? Si la vida del corazón no es otra cosa que una nada agitada, ¿no es preferible dejarla por una nada más tranquila? Me parece que la inteligencia busca un resultado; quisiera que me dijese cuál es el de mi vida. Quiero algo que vele y arrastre mis horas; no me sería posible sentir las de continuo rodar tan pesadamente sobre mí, solitarias y lentas, sin deseos, sin ilusiones, sin un fin. Si no puedo conocer de la vida más que sus miserias, ¿es un bien haberla recibido; es cordura el conservarla? Usted no pensará que, demasiado débil contra los males de la Humanidad, ni siquiera me atrevo a sostener su temor; usted me conoce lo bastante. No es en la desgracia cuando pensaría en libertarme de la vida. La resistencia despierta el alma y le da una actitud más altiva; cuando no hay más remedio que luchar contra los grandes dolores es cuando se encuentra uno a sí mismo; puede uno complacerse en su energía, a lo menos se tiene algo que hacer. Pero son las dificultades, las molestias, las violencias, la insipidez de la vida lo que me cansa y me abate. El hombre apasionado puede resolverse a sufrir, ya que pretende gozar un día; ¿pero qué consideración puede sostener a quien nada espera? Estoy cansado de llevar una vida tan vana. Ciertamente todavía podría esperar con paciencia; pero mi vida pasa sin hacer nada útil, y sin disfrutar de ella, sin esperanza, como sin paz. ¿Cree usted que con un alma indomable puede esto durar muchos años? Tentado me siento a veces de creer que hay también una razón de las cosas físicas, y que la necesidad misma sigue una marcha continua, una especie de fin que la inteligencia puede presentir. A veces me pregunto a dónde me conducirá esa sujeción que me encadena al hastío, esa apatía de la que nunca puedo salir; ese orden de cosas nulo e insípido, del cual no me es posible librarme, en el que todo falta, difiere, se aleja; en que toda probabilidad de variación se desvanece; en que el esfuerzo se desvía; en que todo cambio aborta; en que toda esperanza sale fallida, hasta la de una desgracia, por lo menos, enérgica; en que se diría que una voluntad

enemiga se encarniza en mantenerme en un estado de suspensión y de trabas, en burlarme con vaguedades y esperanzas evasivas, a fin de consumir mi vida entera sin haber alcanzado nada, producido nada, poseído nada.

Evoco el triste recuerdo de los largos años perdidos. Observo cómo ese porvenir, que seduce siempre, cambia y se empequeñece al acercarse. Herido de un soplo de muerte a la luz fúnebre del presente, se decolora en el instante en que se quiere gozar de él; y dejando tras sí las seducciones que lo disfrazaban y el prestigio ya envejecido, pasa solo, abandonado, arrastrando con trabajo su cetro, agotado y repulsivo, como si insultase a la fatiga que produce el resbalar siniestro de su cadena eterna. Cuando presiento ese espacio desencantado por el que van a arrastrarse los restos de mi juventud y de mi vida; cuando mi pensamiento intenta seguir de antemano la pendiente uniforme por donde todo corre y se pierde, ¿qué encontrar, cuyo término pueda yo esperar, y quién podría ocultarme el abismo en que todo esto va a acabar? ¿No será preciso, al fin y al cabo, que, cansado y abatido, cuando esté seguro de no poder nada busque al menos el reposo? Y cuando una fuerza inevitable pese sobre mí sin tregua, ¿cómo podré descansar, sino precipitándome yo mismo? Es preciso que todo tenga un fin según su Naturaleza. Puesto que mi vida relativa está separada del curso del mundo, ¿para qué continuar vegetando, inútil al mundo y penoso a mí mismo? ¿Por el vano instinto de existir; para respirar y avanzar en edad; para despertarme amargamente cuando todo reposa, y buscar tinieblas cuando la tierra florece; para no sentir más que la necesidad de los deseos, y conocer sólo el sueño de la existencia; para estar fuera de lugar, aislado en el escenario de las aflicciones humanas, sin hacer feliz a nadie, sin tener más que la idea del papel de un hombre; para apegarme a una vida perdida, esclavo cobarde a quien la vida rechaza, y que se aferra a su sombra, ávido de existencia, como si la existencia real le correspondiese, y queriendo miserablemente ser a falta de atreverse a dejar de ser?

¿Qué pueden importarme los sofismas de una filosofía dulce y halagadora, vano disfraz de un instinto pusilánime, vana sabiduría de los pacientes, que perpetúa los males tan bien soportados y que legitima nuestra servidumbre por una necesidad imaginaria?

Espera, me dirán; el mal moral se agota por la vida misma; espera: los tiempos cambiarán, y quedarás satisfecho; o, si continúan semejantes, cambiarás tú mismo. Usando del presente, tal como es, habrás debilitado el sentimiento demasiado impetuoso de un porvenir mejor; y cuando hayas tolerado la vida, tu corazón, más tranquilo, la encontrará buena. Una pasión cesa, una pérdida se olvida, una desgracia se repara; yo no tengo pasiones, no lamento pérdida ni desgracia, nada que pueda cesar, que pueda olvidarse, que pueda ser reparado. Una pasión nueva puede distraer de la que envejece; pero ¿dónde podría encontrar un alimento para mi corazón cuando haya perdido esta sed que lo devora? Desea todo, quiere todo, contiene todo. ¿Qué poner en lugar de ese infinito que exige mi pensamiento? Los pesares se olvidan, otros bienes los borran; ¿pero qué bienes podrán reemplazar a los pesares

universales? Todo lo que es inherente a la Naturaleza humana lo posee mi ser; este ha querido nutrirse de ello conforme a su Naturaleza, y se ha extenuado sobre una sombra impalpable. ¿Sabe usted algún bien que consuele de la nostalgia del mundo? Si mi desgracia consiste en la nada de mi vida, ¿calmará el tiempo males que agrava el tiempo, y puedo esperar que cesen, cuando es su misma duración lo que los hace intolerables?

Espera, tiempos mejores quizás producirán lo que parece vedarte tu destino presente.

Hombres de un día, que proyectáis mientras envejecéis, y que razonáis, para un porvenir lejano, cuando la muerte os sigue los pasos, soñando ilusiones consoladoras en la inestabilidad de las cosas, ¿no sentiréis correr su curso rápido? ¿No veréis que vuestra vida se adormece balanceándose, y que esa vicisitud que sostiene vuestro corazón engañado no lo agita sino para apagarlo en una sacudida postrera y cercana? Si la vida del hombre fuese eterna, si siquiera fuese más larga, si siquiera fuese igual o parecida hasta su último momento, entonces podría seducirme la esperanza, y acaso esperaría lo que por lo menos sería posible. ¿Pero hay algo permanente en la vida? ¿Puede el día futuro tener las necesidades del día presente, y lo que es bueno hoy será bueno mañana? Nuestro corazón cambia más rápidamente que las estaciones anuales; sus vicisitudes sufren por lo menos cierta constancia, puesto que se repiten en la extensión de los siglos. Pero nuestros días, que nada renueva, no tienen dos horas que puedan ser semejantes; cada una de sus estaciones, que no se reparan, tiene sus necesidades; si hay una que haya perdido lo que le correspondía, lo ha perdido sin remisión, y ninguna otra edad podría poseer lo que la edad del vigor no ha alcanzado.

Es propio del insensato pretender luchar contra la necesidad. El hombre discreto recibe las cosas tal como el destino las trae; las considera sólo desde los puntos de vista que pueden hacérselas propicias; sin preocuparse inútilmente de los caminos por que vaga sobre este globo, sabe poseer, en cada albergue que marca su carrera, las dulzuras y la tranquilidad del reposo; y ya que pronto tendrá que encontrar el término de su marcha, camina sin esfuerzo, y hasta se extravía sin inquietud. ¿De qué le serviría querer más, resistir a la fuerza del mundo y tratar de evitar las cadenas y una ruina inevitable? Ningún hombre podría detener el curso universal, y nada más vano que el lamentarse de los males por fuerza inherentes a nuestra Naturaleza.

Si todo es necesario, ¿qué pretendéis oponer a mis sinsabores? ¿A qué censurarlos? ¿Puedo acaso sentir de otro modo? Si, por el contrario, nuestra suerte particular está en nuestras manos, si el hombre puede escoger y decidir, existirán para él obstáculos que no podrá vencer, y miserias a las cuales no podrá sustraer su vida; pero todo el esfuerzo del género humano no podría hacer contra él más que aniquilarlo. Sólo aquel que quiere plenamente vivir puede someterse a todo; pero el que nada pretende no puede someterse a nada. Vosotros exigís que me resigne a males inevitables; yo también lo quiero; pero, desde el momento en que consiento en abandonarlo todo, ya no hay para mí males inevitables.

Los bienes numerosos que restan al hombre, aun en la desgracia, no podrían tampoco atraerme. Hay más bienes que males; esto es cierto en un sentido absoluto; y, sin embargo, sería hacerse extrañas ilusiones creer que las cosas son así en la realidad. Un solo mal que no podemos olvidar aniquila el efecto de veinte bienes de que parecemos gozar; y, a pesar de las promesas de la razón, hay muchos males que no se podría dejar de sentir más que con el tiempo y merced a un gran esfuerzo, si no se es sectario y un tanto fanático. El tiempo, es cierto, disipa estos males, y la resistencia del hombre cuerdo los desgasta más aprisa todavía; pero la industriosa imaginación de los demás los ha multiplicado de tal modo, que siempre serán reemplazados antes de su término; y como los bienes pasan al igual que los dolores, aunque hubiese en el hombre diez placeres por cada pena, si la amargura de esta pena corrompe cien placeres durante toda su duración, la vida será, por lo menos, indiferente e inútil para quien ya no tiene ilusiones. El mal queda, el bien desaparece; ¿qué ilusión, qué fin me harían soportar la vida? El desenlace es sabido; ¿qué hacer, pues? La pérdida verdaderamente irreparable es la de los deseos.

Sé que un instinto natural ata al hombre a la vida; pero es en cierto modo un instinto de hábito, que no prueba en manera alguna que la vida sea buena. El ser, por el solo hecho de que existe, debe apegarse a la existencia; la razón sola puede hacerle contemplar la nada sin espanto. Es curioso que el hombre, cuya razón afecta despreciar tanto el instinto, eche mano de lo que hay de más ciego para justificar los sofismas de esta misma razón.

Se objetará que la impaciencia habitual proviene de la impetuosidad de las pasiones, y que los viejos se apegan a la vida a medida que la edad los calma e ilumina. No quiero examinar en este momento si la razón del hombre que se apaga vale más que la del hombre en toda su pujanza; si cada edad no tiene su manera de sentir, conveniente entonces y fuera de lugar en otros tiempos, si, en una palabra, nuestras instituciones estériles, nuestras virtudes de viejos, obra de la caducidad, al menos en su principio, prueban sólidamente algo en favor de la edad fría. Respondería solamente: Toda cosa mixta es echada de menos en el momento de su pérdida; una pérdida irremediable nunca es considerada fríamente después de una larga posesión; nuestra imaginación, que vemos siempre en la vida abandonar un bien en cuanto lo adquiere, para fijar nuestros esfuerzos en el que nos queda por adquirir, no se detiene en lo que acaba, sino sobre el bien que nos es arrebatado, y no sobre el mal de que nos libramos.

No es así como debe estimarse el valor de la vida efectiva para la mayoría de los hombres. Pero preguntadles, cada día de esa existencia cuya esperanza sin cesar les anima, si el momento presente les satisface, les disgusta o les es indiferente; vuestros resultados serán entonces seguros. Toda otra evaluación no es más que un medio de engañarse a sí mismo; y yo quiero poner una verdad clara y sencilla en lugar de ideas confusas y sofismas manoseados.

Me dirán seriamente: «Contén tus deseos; limita esas necesidades demasiado ávidas; pon tus afectos en cosas fácilmente asequibles. ¿Para qué buscar lo que las circunstancias alejan? ¿Para qué exigir cosas de que los hombres prescindan sin trabajo? ¿Para qué querer cosas útiles? ¿No hay tantos que ni siquiera piensan en ellas? ¿Para qué quejarte de dolores públicos? ¿Ves acaso que turben el sueño de un solo ser dichoso? ¿De qué sirven esos pensamientos de un alma fuerte, y ese instinto de las cosas sublimes? ¿No podrías soñar en la perfección sin pretender guiar hacia ella a la multitud? ¿Necesitas, acaso, para gozar de tu vida, una existencia grande o sencilla, circunstancias enérgicas, lugares escogidos, hombres y cosas a gusto tuyo? Todo es bueno para el hombre, con tal de existir; y, en todas partes donde puede vivir, puede vivir contento. Si tiene una buena reputación, unos cuantos conocidos que le quieran bien, una casa y con qué presentarse en sociedad, ¿qué más necesita?». Ciertamente, nada tengo que responder a estos consejos que un hombre maduro me daría, y los juzgo bonísimos para aquellos que los tengan por tales.

Sin embargo, estoy ya más tranquilo, y comienzo a cansarme de mi impaciencia misma. Algunas ideas sombrías, pero serenas, se me hacen más familiares. Pienso a menudo en los que, la misma mañana de sus días, han encontrado su eterna noche; este sentimiento me sosiega y me consuela; es el instinto del atardecer. ¿Pero por qué esta necesidad de las tinieblas; por qué me es penosa la luz? Un día lo sabrán; cuando ellos hayan cambiado, cuando yo ya no exista.

¿Cuando ya no existas?... ¿Meditas acaso un crimen?

Sí, fatigado de los males de la vida, y desilusionado sobre todo de sus bienes, suspendido ya sobre el abismo, designado para el momento supremo, retenido por el amigo, acusado por el moralista, condenado por mi patria, culpable a los ojos del hombre social, tuviese que responder a sus esfuerzos y a sus reproches, he aquí lo que, a mi juicio, podría decir: He examinado todo, conocido todo; si no lo he experimentado todo, al menos lo he sentido todo. Vuestros dolores han ajado mi alma; son intolerables porque carecen de objeto. Vuestros placeres son ilusorios, fugitivos; un día basta para conocerlos y abandonarlos. He buscado en mí la felicidad, pero sin fanatismo; he visto que no estaba hecha para el hombre solo. La propuse a los que me rodeaban, pero no tenían tiempo de pensar en ella. Interrogué a la multitud a la que marchita la miseria y a los privilegiados a los que oprime el tedio; me han dicho: «Hoy sufrimos, pero gozaremos mañana». En cuanto a mí, sé que el día que se prepara va a caminar sobre las huellas del día que transcurre. Vivid, vosotros a quienes un prestigio feliz puede engañar todavía; pero yo, cansado de lo que puede extraviar la esperanza, casi ya sin deseos, no debo seguir viviendo. Juzgo la vida como el hombre que desciende a la tumba. ¡Abrase, pues, para mí! ¿Voy acaso a fijar más allá la meta cuando al fin he llegado a ella? La Naturaleza ofrece ilusiones que creer y amar; no levanta el velo sino en el momento señalado por la muerte. No lo ha levantado para vosotros; vivid pues. Para mí sí lo levantó; mi vida ya no cuenta.

Es posible que el verdadero bien del hombre sea su independencia moral, y que sus miserias no sean más que el sentimiento de su propia debilidad en situaciones múltiples; que todo fuera de él sea un sueño y que la paz sólo resida en el corazón inaccesible a las ilusiones. ¿Pero sobre qué descansará entonces el pensamiento desengañado? ¿Qué hacer en la vida cuando se es indiferente a todo lo que encierra? Cuando la pasión de todo, cuando esa necesidad universal de las almas fuertes ha consumido nuestro corazón, el encanto abandona nuestros deseos defraudados y el irremediable hastío nace de esas cenizas frías. Fúnebre, siniestro, absorbe toda esperanza, reina sobre las ruinas, devora, apaga; con un esfuerzo invencible, cava nuestra tumba, asilo que, por lo menos, traerá el reposo con el olvido, la calma en la nada.

Sin deseos, ¿qué hacer de la vida? ¡Vegetar estúpidamente; arrastrarse sobre la huella inanimada de las preocupaciones cotidianas; rampar enervado en la bajeza del esclavo o la nulidad de la muchedumbre; pensar sin servir al orden universal; sentir sin vivir! Así, juguete lamentable de un destino que nada explica, el hombre abandonará su vida al azar de las cosas y del tiempo. Así, engañado por la oposición de sus deseos, de su razón, de sus leyes, de su Naturaleza, se apresurará con paso risueño y lleno de audacia hacia la noche sepulcral. Los ojos ardientes, pero inquietos en medio de los fantasmas, y el corazón cargado de dolores, busca y se extravía, vegeta y se adormece.

¡Armonía del mundo, sueño sublime! ¡Fin moral, gratitud social, leyes, deberes; palabras sagradas entre los hombres; sólo puedo desafiaros a los ojos de la multitud engañada!

Realmente, abandono amigos, a quienes voy a afligir; a mi patria, cuyos beneficios no he pagado bastante; a todos los hombres, a que debería servir; pero esto es nostalgia y no remordimiento. ¿Quién más que yo podía sentir el valor de la unión, la autoridad de los deberes, la dicha de ser útil? Yo esperaba hacer algún bien; tal fue el más halagüeño, el más insensato de mis sueños. En la perpetua agitación de una existencia siempre agitada, precaria, sojuzgada, todos seguís, ciegos y dóciles, la senda trillada del orden establecido; abandonando así vuestra vida a vuestras costumbres, y perdiéndola como perderíais un día. Yo podría, arrastrado también por esta desviación universal, dejar algunos beneficios en estos caminos de error; pero ese bien, fácil a todos, será llevado a cabo sin mí por los hombres buenos. Los hay, que vivan pues, y que, útiles para algo, sean felices. Pero yo, en este abismo de males, no quedaría consolado, lo confieso, si no hiciera algo más. Quizás aliviaría a un infortunado, pero otros cien mil seguirían gimiendo; y yo, impotente en medio de ellos, vería sin cesar atribuir a la Naturaleza de las cosas los frutos amargos del extravío humano, y perpetuarse, como la obra inevitable de la fatalidad, esas miserias en que me parece sentir el capricho accidental de una perfectibilidad que hace sus pruebas. Condénenme severamente, puesto que rehúso el sacrificio de una vida

dichosa al bien general; pero cuando, teniendo que vivir inútil, pido un reposo demasiado tiempo esperado, siento nostalgias, lo repito, mas no remordimientos.

Bajo el peso de una desgracia pasajera, considerando la movilidad de las impresiones y de los acontecimientos, sin duda debería esperar días más favorables. Pero el mal que pesa sobre mis años no es un mal pasajero. Este vacío en el que transcurren lentamente, ¿quién lo llenará? ¿Quién devolverá el deseo a mi vida, y una espera a mi voluntad? Es el bien mismo lo que encuentro inútil. ¡Hagan los hombres que sólo haya que deplorar calamidades! Durante la tempestad, la esperanza sostiene, y se arma uno de valor contra el peligro porque esto puede tener fin; pero si la misma tranquilidad fatiga, ¿qué esperar entonces? Si el mañana puede ser bueno, accedería a esperar; pero si mi destino es tal que mañana, no pudiendo mejorar, pueda sentirme desdichado todavía, entonces no veré ese día funesto.

Si, realmente, es un deber terminar la vida que me ha sido dada, sin duda desafiare sus miserias; el tiempo rápido las arrastrará pronto. Por oprimidos que puedan ser nuestros días, son tolerables, puesto que son limitados. La muerte y la vida están en mi poder; no tengo apego a la una, ni deseo la otra: que la razón decida si tengo derecho a elegir entre ellas.

Es un crimen, me dicen, desertar de la vida. Pero esos mismos sofistas que me prohíben la muerte me exponen o me envían a ella. Sus innovaciones la multiplican a mi alrededor, sus preceptos me conducen a ella, o sus leyes me la dan. Renunciar a la vida cuando es buena es una gloria; matar al que quiere vivir es justo, ¿no es cierto?

Entonces, esta muerte, que se debe buscar cuando se teme, ¿sería un crimen entregarse a ella cuando se la desea? Bajo cien pretextos, especiosos o ridículos, os burláis de mi existencia; ¿iba yo, entonces, a ser el único que no tuviese derechos sobre mí mismo? ¿Cuando amo la vida, debo despreciarla; cuando soy feliz, me enviáis a morir; y si quiero la muerte, entonces me la prohibís, imponiéndome la vida cuando la aborrezco^[71]! Si no puedo quitarme la vida, tampoco puedo exponerme a una muerte probable. ¿Es esa la prudencia que exigís a vuestros súbditos? En el campo de batalla, deberían calcular las probabilidades antes de marchar contra el enemigo, y vuestros héroes serían todos unos criminales. La orden que les dais no los justifica; vosotros no habéis tenido derecho para enviarlos a la muerte, si ellos no han tenido derecho a consentir en ser enviados. Una misma demencia autoriza vuestros furores y dicta vuestros preceptos. ¿Podría tanta inconsecuencia justificar tanta injusticia?

Si yo no tengo sobre mí mismo ese derecho de muerte, ¿quién lo ha dado a la sociedad? ¿He cedido acaso lo que no tenía? ¿Qué principio social habéis inventado que me explique cómo un cuerpo adquiere un poder interno y recíproco que sus miembros no tenían, y cómo he concedido para oprimirme un derecho que ni siquiera tenía para escapar a la opresión? ¿Dirán que, si el hombre aislado goza de ese derecho natural, lo enajena al convertirse en miembro de la sociedad? Pero ese derecho es inalienable por Naturaleza, y nadie podría celebrar un convenio que le

despojase de toda facultad para romperlo cuando se le hiciera redundar en su perjuicio. Antes de mí, han demostrado que el hombre no tiene el derecho de renunciar a su libertad; o, en otros términos, de cesar de ser hombre; pues entonces, ¿cómo podría perder el derecho más esencial, más seguro, más irresistible de esa misma libertad, el único que garantiza su independencia, y que siempre le queda contra la desgracia? ¿Hasta cuándo absurdos tan palpables sojuzgarán a los hombres?

Si pudiese ser un crimen abandonar la vida, a vosotros os acusaría, a vosotros cuyas innovaciones funestas me han conducido a desear la muerte, que sin vosotros habría alejado; esta muerte, pérdida universal que nada repara, triste y último refugio que hasta osáis prohibirme; como si os quedase algún imperio sobre mi hora postrera, y como si las formas de vuestra legislación pudiesen también limitar derechos colocados fuera del mundo que gobierna. Oprimid mi vida, la ley es con frecuencia también el derecho del más fuerte; pero la muerte es la valla que opondré a vuestra fuerza. En otras partes, mandaréis; aquí, es preciso demostrar.

Decidme claramente, sin vuestros rodeos habituales, sin esa vana elocuencia de las palabras que no me engañará, sin esos grandes nombres mal entendidos de fuerza, de virtud, de orden eterno, de destino moral; decidme, simplemente, si las leyes de la sociedad están hechas para el mundo actual y visible, o para una vida futura, lejana de nosotros. Si están hechas para el mundo positivo, decidme: ¿cómo leyes relativas a un orden de cosas pueden obligarme cuando ese orden deja de existir; cómo lo que regula la vida puede extenderse más allá de ella; cómo el modo según el cual hemos determinado nuestras relaciones puede subsistir cuando estas relaciones se extinguen; y cómo he podido nunca consentir en que nuestros convenios me retengan contra mi voluntad? ¿Cuál es el fundamento, el pretexto, quiero decir, de vuestras leyes? ¿No han prometido acaso la *felicidad de todos*? Cuando quiero la muerte, será porque no me siento feliz. Pero, el pacto que me oprime, ¿es irrevocable? Un compromiso oneroso en las cosas particulares de la vida puede encontrar al menos compensaciones, y se puede sacrificar una ventaja cuando nos quede la facultad de poseer otras; pero la abnegación total, ¿puede entrar en las ideas de un hombre que conserve alguna noción de derecho y de verdad? Toda sociedad está fundada sobre una reunión de facultades, un cambio de servicios; pero, cuando perjudico a la sociedad, ¿no se niega ésta a protegerme? Pues si no hace nada por mí, o bien hace mucho contra mí, yo también tengo el derecho de negarme a servirla. Nuestro pacto no le conviene, y lo rompe; no me conviene a mí, y también lo rompo; no me rebelo, salgo.

Es un último esfuerzo de vuestra tiranía celosa. Demasiadas víctimas se os escaparían; demasiadas pruebas de la miseria pública se elevarían contra el vano rumor de vuestras promesas, y descubrirían vuestros códigos taimados en su árida desnudez y su corrupción financiera. ¡Qué simple he sido en hablaros de justicia! He visto la sonrisa de la compasión en vuestra mirada paternal. Me dice que la fuerza y el interés son los que gobiernan a los hombres. Vosotros lo habéis querido; pues bien,

¿cómo será mantenida vuestra ley? ¿A quién castigará por su infracción? ¿Alcanzará a aquel que ya no existe? ¿Vengará sobre los suyos un esfuerzo despreciado? ¡Qué inútil demencia! Multiplicad vuestras miserias, es preciso para las grandes cosas que proyectáis, es preciso para el género de gloria que buscáis; dominad, atormentad, pero, al menos, tened un fin; sed inicuos y fríamente atroces, pero, al menos, no lo seáis en vano. ¡Qué irrisión una ley de servidumbre que no será obedecida ni vengada!

Donde vuestra fuerza acaba, comienzan vuestras imposturas; ¡tan necesario es a vuestro imperio que no ceséis de burlaros de los hombres! Es la Naturaleza, es la inteligencia suprema, quien quiere que doblegue mi cabeza bajo el yugo insultante y pesado. Quieren que me ate a mi cadena, y la arrastre dócilmente, hasta el instante en que os plazca romperla sobre mi cabeza. Hagáis lo que hagáis, un dios os entrega mi vida, y el orden del mundo quedaría invertido si vuestro esclavo escapase.

El Eterno me ha dado la existencia y me ha encomendado mi papel, decís, en la armonía de sus obras; debo desempeñarlo hasta el fin, y no tengo derecho a sustraerme a su imperio. Olvidáis demasiado pronto el alma que me habéis dado. Este cuerpo terrestre no es más que polvo, ¿ya no os acordáis? Pero mi inteligencia, soplo imperecedero, emanado de la inteligencia universal, no podrá jamás sustraerse a su ley. ¿Cómo abandonaría, pues, el imperio del Señor de todas las cosas? No cambio más que de lugar; el lugar no es nada para el que contiene y gobierna todo. Lo mismo que no me ha colocado en la comarca en que me hizo nacer, tampoco me ha colocado exclusivamente en la tierra.

La Naturaleza vela por mi conservación; yo debo también conservarme para obedecer sus leyes, y, puesto que me ha infundido el temor a la muerte, me prohíbe buscarla. Es una bella frase; pero la Naturaleza me conserva o me inmola a su antojo; por lo menos, el curso de las cosas no tiene en esto ley conocida. Cuando quiero vivir, un abismo se abre para tragarme, el rayo desciende a consumirme. Si la Naturaleza me quita la vida que me ha hecho amar, yo me la quito cuando dejo de amarla; si ella me arranca un bien, yo rechazo un mal; si entrega mi existencia al curso arbitrario de los acontecimientos, yo la abandono o la conservo a mi antojo. Ya que me ha dado la facultad de querer y de elegir, uso de ella en el momento en que tengo que decidir los más grandes intereses; y no podría comprender que hacer servir la libertad recibida de sus manos para escoger lo que me inspira, sea ultrajarla. Obra de la Naturaleza, interrogo sus leyes, encuentro en ellas mi libertad. Colocado en el orden social, respondo a los preceptos erróneos de los moralistas, y rechazo leyes que ningún legislador tenía el derecho de hacer.

En todo lo que no veda una ley superior y evidente, mi deseo es mi ley, puesto que es el signo del impulso natural; es mi derecho, por el mero hecho de ser mi deseo. La vida no es buena para mí si, desengañado de sus bienes, no veo más que sus males. Entonces, la juzgo funesta, y la abandono; es el derecho del ser que elige y que quiere^[72].

Si me atrevo a afirmar donde tantos hombres han titubeado, es guiado por una convicción íntima. Si mi decisión se encuentra conforme con mis necesidades, al menos no ha sido dictada por ninguna parcialidad; si estoy extraviado, me atrevo a asegurar que no soy culpable, no concibiendo cómo podría serlo.

* * *

He querido saber lo que podía hacer; no digo lo que haré. No siento ni desesperación ni pasión; basta para mi tranquilidad estar seguro de que el peso inútil podrá ser sacudido cuando me abrume demasiado. Desde hace tiempo, la vida me fatiga, y me fatiga más cada día; pero no estoy exasperado. Experimento, además, cierta repugnancia ante la idea de perder irrevocablemente mi ser. Si tuviese que elegir ahora mismo entre romper todas las ataduras o permanecer sujeto en ellas durante cuarenta años más, creo que apenas vacilaría; pero me doy menos prisa, porque dentro de unos meses podré hacerlo igual que hoy; y los Alpes son el único lugar que conviene a la manera en que yo quisiera extinguirme.

Carta XLII

Lyon, 19 de mayo, VI

He leído varias veces la carta de usted, entera. Un interés demasiado vivo la ha dictado. Respeto la amistad que le ciega; he comprendido que no estaba tan sólo como pretendía. Hace usted valer ingeniosamente motivos muy loables; pero crea que si hay mucho que decir al hombre apasionado, a quien arrastra la desesperación, no hay en cambio una palabra sólida que responder al hombre tranquilo que razona su muerte.

No es que haya decidido nada. Me abrumba el tedio, todo me hastía. Sé que este mal está en mí. ¡Ojalá me contentase con comer y dormir! Pues duermo y como. La vida que arrastro no es muy desdichada. Cada uno de mis días es en sí soportable, pero su conjunto me anonada. Es preciso que el ser organizado obre, y que obre según su Naturaleza. ¿Le basta el estar bien abrigado, bien muellemente acostado, alimentado con frutos delicados, rodeado del murmullo de las aguas y del perfume de las flores? Pues, si le retenéis inmóvil, le cansará esa molición, le importunarán esas esencias, y esos alimentos escogidos no le alimentarían. Retiraos, por tanto, vosotros y vuestras cadenas: que obre, que sufra si es preciso; obrar es gozar y vivir.

Sin embargo, la apatía ha llegado a hacerse casi natural en mí; parece como si la idea de una vida activa me asustase o me sorprendiese. Las cosas pequeñas me repelen y, sin embargo, la costumbre de ellas me sujeta. Siempre las cosas grandes me seducirán; y, no obstante, mi pereza las teme. No sé lo que soy, lo que amo, lo que quiero; gimo sin causa, deseo sin objeto, y no veo nada, excepto que no estoy en mi lugar.

Ese poder que no le sería posible perder al hombre, ese poder de cesar de ser, lo considero no como el objeto de un deseo constante, no como el de una resolución irrevocable, sino como el consuelo que queda a los males prolongados, como el término siempre posible del hastío y de la importunidad.

Me cita usted la frase que termina una carta de *milord Édouard*^[73]. No veo en ella una prueba en contra mía. Estoy de acuerdo con él respecto al principio, pero la ley sin excepción que prohíbe abandonar voluntariamente la vida no me parece una consecuencia de ese principio.

La moralidad del hombre y su entusiasmo, la inquietud de sus aspiraciones, la necesidad de extensión que le es habitual, parecen anunciar que su fin no consiste en las cosas fugitivas; que su acción no se limita a los espectros visibles; que su

pensamiento tiene por objeto los conceptos necesarios y eternos; que su misión es trabajar en el mejoramiento o restauración del mundo; que su destino es, en cierto modo, elaborar, asutillar, organizar, dar a la materia más energía, más fuerza a los seres, más perfección a los órganos, más fecundidad a los gérmenes, más rectitud a las relaciones de las cosas, más imperio al orden.

Se le considera como el agente de la Naturaleza, empleado por esta en rematar, en pulir su obra; en desbastar las porciones de la materia bruta que le son accesibles; en someter a las leyes de la armonía los compuestos informes; en purificar los metales y embellecer las plantas; en separar o combinar los principios; en cambiar las sustancias groseras en sustancias volátiles, y la materia inerte en materia activa; en acercar a sí los seres menos avanzados, y en elevarse y avanzar hacia el principio universal de fuego, de luz, de orden, de armonía, de actividad.

En esta hipótesis, el hombre que es digno de tan gran ministerio, vencedor de los obstáculos y del cansancio, queda en su puesto hasta el último instante. Respeto esta constancia; pero no me demuestra que sea ese su puesto. Si el hombre sobrevive a la muerte aparente, ¿por qué, lo repito, está su puesto exclusivo más bien sobre la tierra que en la condición, en el lugar en que ha nacido? Si, por el contrario, la muerte es el término absoluto de su existencia, ¿qué puede estarle encomendado sino una mejora social? Sus deberes subsisten; pero, necesariamente limitados a la vida presente, no pueden ni obligarle más allá de ella ni obligarle a quedar agradecido. En el orden social es donde debe contribuir al orden. Entre los hombres, debe servir a los hombres. Sin duda, el hombre de bien no abandonará la vida mientras pueda ser útil, pues ser útil y ser feliz será para él una misma cosa. Si sufre, y al mismo tiempo hace mucho bien, se sentirá más satisfecho que descontento. Pero cuando el mal que experimenta es mayor que el bien que realiza, puede abandonarlo todo; y debería hacerlo cuando, inútil y desgraciado, pudiese estar seguro de que, bajo estos dos respectos, no cambiará su destino. Le han dado la vida sin su consentimiento; si se viera también obligado a conservarla, ¿qué libertad le quedaría? Puede enajenar sus otros derechos, pero este jamás. Sin este último asilo su dependencia es espantosa. Sufrir mucho para ser un poco útil, es una virtud que se puede aconsejar en la vida, pero no un deber que se pueda prescribir al que lo esquivo. Mientras usamos de las cosas, es una virtud obligatoria; con esa condición somos miembros de la sociedad; pero, si renunciamos al pacto, este no puede continuar obligándonos. ¿Qué se entiende, además, por ser útil, cuando se dice que todo el mundo puede serlo? Un zapatero, haciendo bien su oficio, evita a sus clientes una porción de molestias; sin embargo, dudo de que un zapatero muy desdichado esté en conciencia obligado a no morir más que de parálisis, a fin de continuar tomando bien las medidas del pie. Cuando es de ese modo como somos útiles, nos está bien permitido cesar de serlo. El hombre es a veces admirable soportando la vida, pero esto no quiere decir que tenga la obligación de ello.

Me parece que ya son demasiadas palabras para una idea tan sencilla. Pero por sencilla que la encuentre, no crea usted que me obstino en ella, ni que conceda más importancia al acto voluntario que puede poner fin a la vida que a cualquier otro acto de esta misma vida. No veo que morir sea cosa de tanta monta. ¡Son tantos los que mueren sin tener tiempo de pensar en ello, sin siquiera saberlo! Una muerte voluntaria debe ser meditada, sin duda, pero lo mismo ocurre con todas las acciones cuyas consecuencias no se limitan al instante presente.

Cuando una situación se hace probable, inmediatamente vemos lo que podrá exigir de nosotros. Conviene haber pensado en ella de antemano, a fin de no encontrarse en la alternativa de obrar sin haber deliberado, o de perder en deliberaciones la ocasión de obrar. Un hombre que, sin haberse instituido principios, se encuentra a solas con una mujer, no se pone a razonar sus deberes; comienza por faltar a los compromisos más sagrados, aunque después piense en ellos. ¡Y cuántas acciones heroicas no habrían sido llevadas a cabo si hubiese sido preciso, antes de aventurar la vida, perder una hora en discusiones!

Lo repito, no he tomado resolución alguna; pero gusto de ver que un recurso, infalible en sí, y cuya idea puede a menudo disminuir mi impaciencia, no me está vedado.

Carta XLIII

Lyon, 30 de mayo, VI

La Bruyère ha dicho:

A mí no me disgustaría encontrarme en manos de una persona razonable y ser por ella gobernado en todo, y absolutamente, y siempre. Así estaría seguro de obrar bien, sin necesidad de deliberar; gozaría de la tranquilidad de quien se siente gobernado por la razón.

En cuanto a mí, le aseguro que quisiera ser esclavo a fin de ser independiente; pero sólo a usted se lo digo. No sé si lo tomará usted a broma. Un hombre encargado de desempeñar un papel en este mundo, y que puede hacer ceder las cosas a su voluntad, es, sin duda, más libre que un esclavo o, por lo menos, vive una vida más satisfactoria, ya que puede vivir según su pensamiento. Pero hay hombres rodeados de trabas por todas partes. En cuanto hacen un movimiento, esa cadena inextricable que les envuelve como una red los empuja de nuevo a su nulidad; es un resorte que reacciona en proporción a la fuerza con que lo tocan. ¿Qué queréis que haga un pobre hombre así atado? A pesar de su libertad aparente, no puede *exteriorizar ningún acto de su vida*, a la manera del que consume la suya en un calabozo. Los que han encontrado a su jaula un punto débil, cuyos barrotes había olvidado remachar el destino, atribuyéndose esa feliz casualidad, vienen a decirnos: «¡Valor!, hay que atreverse; haced como nosotros». No ven que no son ellos la causa. No digo que la casualidad produzca las cosas humanas; pero creo que son conducidas, al menos en parte, por una fuerza extraña al hombre, y que es preciso, para conseguir algún resultado, un concurso independiente de nuestra voluntad.

Si no hubiese una fuerza moral que modificara lo que llamamos las probabilidades del azar, el curso del mundo estaría en una incertidumbre mucho mayor aún. Un cálculo cambiaría más a menudo la suerte de un pueblo; todo destino quedaría entregado a una oscura suputación: el mundo sería distinto, no habría ya leyes, puesto que carecerían de continuidad. ¿Quién no ve la imposibilidad de ello? Habría contradicción; los hombres buenos tendrían libertad de proyectos.

Si no existe una fuerza general que lo arrastre todo, ¿qué singular prestigio impide a los hombres ver con espanto que lo han arreglado todo de manera que una sola falta o un solo acontecimiento pueden corromper para siempre una existencia de

hombre? Una mujer, por haber olvidado el porvenir un minuto, no encuentra ya en ese porvenir más que nueve meses de amargas solicitudes y una vida de oprobio. El odioso aturdido que acaba de matar a su víctima, va al día siguiente a perder definitivamente su salud, olvidando a su vez. Y vosotros no veis que ese estado de cosas, en que un incidente cualquiera echa a perder la vida moral, en que un solo capricho arrebatara mil hombres, y que llamáis el edificio social, no es sino un amasijo de miserias disfrazadas y de errores ilusorios, y que sois como esos niños que creen tener juguetes de precio porque están recubiertos de papel dorado. Decís tranquilamente: «Así está hecho el mundo». Sin duda; y ello es una prueba de que no somos otra cosa en el universo que figuras burlescas que un charlatán agita, opone, pasea en todos sentidos; hace reír, llorar, pegar, saltar, para diversión... ¿De quién? No lo sé. Pero esa es la causa por la que desearía ser esclavo; mi voluntad estaría sometida, y mi pensamiento libre. Por el contrario, en mi pretensa libertad, sería preciso que obrase conforme a mi pensamiento; cosa que no puedo, como tampoco puedo ver claramente la causa de mi impotencia. De ahí que todo mi ser esté en sujeción, no aviniéndose, sin embargo, a soportarla.

No sé bien lo que quiero. ¡Feliz el que no pretende ocuparse más que de sus asuntos! Así puede señalarse un fin a sí mismo. Nada (en lo más hondo de mi ser lo siento), nada de lo que es posible al hombre y sublime según su pensamiento, es inaccesible a mi Naturaleza; y, sin embargo, he frustrado mi fin, mi vida se ha perdido, estéril; está ya herida de muerte; su agitación es tan vana como inmoderada; es fuerte, poderosa, pero árida, ociosa y ardiente en medio del apacible y eterno trabajo de los seres. No sé qué querer; así, tengo que desearlo todo. No puedo encontrar reposo cuando me siento consumido de necesidades, no puedo agarrarme a nada en el vacío. ¡Quisiera ser feliz! ¿Pero qué hombre tendrá derecho a exigir la felicidad en una tierra donde casi todos se agotan sólo para disminuir sus miserias?

Ya que no tengo la paz de la dicha, me es precisa la actividad de una vida fuerte. Ciertamente, yo no quiero arrastrarme de escalón en escalón, abrirme paso en la sociedad, tener superiores reconocidos como tales, a fin de tener inferiores a quienes despreciar. Nada tan burlesco como esta jerarquía del desprecio, que desciende en una proporción muy exactamente matizada, abrazándolo todo, desde el príncipe, sometido a Dios solo, según él, hasta el más humilde limpiabotas, sometido a su posadera. Un mayordomo apenas se atreve a caminar por el cuarto de su señor; pero, en cuanto torna a la cocina, reina de nuevo. ¿Y tomaríais por el último de los hombres al pinche que tiembla bajo su cetro? En absoluto; el pinche manda duramente a la vieja que viene a buscar la basura y gana unos céntimos por su protección. El criado de confianza traslada las comisiones que no son de su agrado al que, con menos suerte que él, tiene a su cargo trabajos menos delicados, y el mendigo que ha sabido ponerse de moda abruma con su genio al mendigo que no tiene lacras. Sólo habrá vivido plenamente aquel que pasa toda su vida en la posición que convenía a su carácter; o bien aquel cuyo genio abraza diversos objetivos, a quien su destino

conduce a todas las situaciones posibles al hombre, y que en todas sabe ser lo que su situación requiere. En los peligros, es Morgan^[74]; amo de un pueblo, es Licurgo^[75]; entre los bárbaros, Odín; entre los griegos, Alcibiades^[76]; en el crédulo Oriente, es Zerdust^[77]; vive en el retiro como Filocles^[78]; gobierna como Trajano^[79]; en una tierra salvaje, se fortalece para tiempos mejores, doma a los caimanes, atraviesa los ríos a nado, persigue al rebeco por los granitos helados, enciende su pipa en la lava de los volcanes^[80]; destruye en torno de su asilo al oso del norte, atravesándolo con flechas fabricadas por él mismo. ¡Pero el hombre vive tan poco, y está tan sujeto a incertidumbre lo que deja tras sí! Si su corazón no fuera tan ávido, acaso su razón le diría que tratase de vivir solamente sin dolores, procurando la felicidad a unos cuantos amigos dignos de gozar de ella sin destruir su obra.

Los sabios, dicen, viviendo sin pasiones, viven sin impaciencia, y como lo ven todo con la misma mirada, encuentran en su quietud la paz y la dignidad de la vida. Pero grandes obstáculos a menudo se oponen a esa tranquila indiferencia. Para recibir el presente tal como se ofrece, y despreciar lo mismo los temores que la esperanza del porvenir, no hay más que un medio seguro, fácil y sencillo: alejar de la mente la idea de ese porvenir, cuyo pensamiento agita siempre, ya que siempre es incierto. Para no tener temores ni deseos, es preciso abandonar todo a los acontecimientos como a una especie de fatalidad, y gozar o sufrir apaciblemente el instante actual, aunque el siguiente hubiese de traer consigo la muerte. Un alma firme, habituada a consideraciones elevadas, puede llegar a la indiferencia del sabio respecto a lo que los hombres inquietos o prevenidos llaman desgracias y bienes; pero, cuando es preciso pensar en ese porvenir, ¿cómo no inquietarse? Si es preciso disponerlo, ¿cómo olvidarlo? Si es preciso arreglar, proyectar, conducir, ¿cómo no tener preocupaciones? Se deben prever los incidentes, los obstáculos, los éxitos; y preverlos es temerlos o desearlos. Para hacer, hay que querer; y la voluntad es una dependencia. El mayor mal es verse obligado a obrar libremente. El esclavo tiene muchas más facilidades para ser realmente libre. Sólo tiene deberes personales; va conducido por la ley de su Naturaleza, que es la ley natural al hombre, y es sencilla. Se halla sometido también a su dueño; pero esta ley es clara. Epicteto^[81] fue más feliz que Marco Aurelio. El esclavo está exento de solicitudes, estas sólo existen para el hombre libre; el esclavo no se ve obligado sin cesar a tratar de ponerse de acuerdo con el curso de las cosas: concordancia siempre incierta e inquietante, perpetua dificultad de la vida del hombre que quiere razonar su vida. Ciertamente, es una necesidad, es un deber, pensar en el porvenir, preocuparse de él, hasta poner en él sus afectos, cuando se es responsable del destino de los demás. La indiferencia, entonces, no es permitida; ¿y cuál es el hombre, aun aislado en apariencia, que no pueda servir para algo, y que, por tanto, no deba buscar los medios de ser útil? ¿Quién puede decir que su apatía no acarreará otros males que los suyos propios?

El sabio de Epicuro no debe tener mujer ni hijos; pero esto no basta todavía. En cuanto algún interés ajeno depende de nuestra prudencia, preocupaciones pequeñas e

inquietantes alteran nuestra paz, inquietan nuestra alma, y con frecuencia hasta apagan nuestro genio. ¿Qué le sucederá a aquel a quien tantas trabas oprimen, y que parece haber nacido para vivir en la irritación? Luchará penosamente entre esas preocupaciones, a las cuales se entrega a pesar suyo, y el desdén que se las hace ajenas. No estará ni por encima de los acontecimientos, porque no debe estarlo, ni en disposición de aprovecharlos. Será variable en la sabiduría, e impaciente o torpe en los negocios; no hará nada bueno, pues no podrá hacer nada conforme a su Naturaleza. No se debe ser padre ni esposo si se quiere vivir independiente, y quizás sería también preciso no tener amigos; pero encontrarse así, solo, es vivir tristemente, vivir inútil. Un hombre que regula el destino público, que medita y hace grandes cosas, puede no tener afecto a ningún individuo en particular; los pueblos son sus amigos y, bienhechor de los hombres, puede dispensarse de serlo de un hombre. Pero me parece que, en la vida oscura, hay por lo menos que buscar alguien respecto al cual se tengan deberes que cumplir. Esa independencia filosófica es una vida cómoda, pero fría. El que no sea entusiasta, debe encontrarla insípida a la larga. Es espantoso acabar uno sus días, diciéndose: «No he hecho dichoso a corazón alguno; ninguna felicidad de hombre ha sido obra mía; he pasado impasible y nulo, como el ventisquero que, en los antros de las montañas, ha resistido al fuego del mediodía, pero que no ha descendido al valle a proteger con sus aguas los pastos marchitados por sus rayos ardorosos».

La religión pone fin a todas estas ansiedades (H)^[82]; fija tantas incertidumbres; propone un fin que, no siendo jamás alcanzado, no es descubierto nunca; nos sujeta para ponernos en paz con nosotros mismos; nos promete bienes, cuya esperanza queda siempre, ya que no podemos hacer la prueba; aparta la idea de la nada, aparta las pasiones de la vida; nos desembaraza de nuestros males desesperantes, de nuestros bienes fugitivos, y pone en su lugar un sueño cuya ilusión, mejor quizás que todos los bienes reales, dura por lo menos hasta la muerte. Si no anunciase tremendos castigos, parecería tan bienhechora como solemne; pero arrastra el pensamiento del hombre hacia abismos nuevos. Se funda en dogmas que muchos no pueden creer; deseando sus efectos, no pueden experimentarlos; echando de menos ese refugio, no les sería posible disfrutar de él. Buscan esas celestes esperanzas, y no ven más que un sueño de los mortales; aprueban la recompensa del hombre bueno, pero no ven que se haya hecho acreedor a ella; querrían perpetuar su ser, y ven que todo pasa. Mientras novicios apenas tonsurados oyen celebrar distintamente a un ángel sus ayunos y sus méritos, aquellos que tienen el sentimiento de la virtud saben de sobra que no llegan a esa altura. Anonadados por su debilidad y el vacío de sus destinos, no pueden hacer más que agitarse, desear y pasar como la sombra que no ha conocido nada.

Carta XLIV

Lyon, 15 de junio, VI

He releído y pesado sus objeciones, o, si lo prefiere usted, sus reproches. Es una cuestión seria; voy a tratar de contestar a ella lo mejor que pueda. Si las horas que pasa uno discutiendo son ordinariamente horas perdidas, las que se pasan escribiendo no lo son.

¿Cree usted, realmente, que esa opinión que, a juicio de usted, acrecienta mi desgracia, depende de mí? Lo más seguro es creer, no lo niego. También me recuerda usted lo que más de una vez se ha dicho, a saber: que esa creencia es necesaria para sancionar la moral.

Hago observar ante todo que no pretendo decidir, que hasta preferiría no negar; pero que encuentro, por lo menos, temerario afirmar. Sin duda, es una desgracia inclinarse a creer imposible aquello cuya realidad se desearía; pero ignoro de qué manera se puede escapar a esta desgracia cuando se ha caído una vez en ella^[83].

La muerte, dice usted, no existe para el hombre. Y se le antoja impío el *hic jacet*. El hombre de bien, el hombre de genio no yace bajo ese mármol frío, en esa ceniza muerta. ¿Quién dice eso? En ese sentido el *hic jacet* será falso sobre la tumba de un perro; su instinto fiel e industrioso no yacen tampoco allí. ¿Dónde se encuentra? Ya no existe.

Me pregunta usted lo que se ha hecho del movimiento, el espíritu, el alma de ese cuerpo que acaba de disolverse: la respuesta es muy sencilla. Cuando el fuego de nuestra chimenea se apaga, su luz, su calor, su movimiento, lo abandonan, como todo el mundo sabe, y se va a otra esfera para ser allí eternamente recompensado si ha calentado nuestros pies, y eternamente castigado si ha chamuscado nuestras pantuflas. Así, la armonía de la lira que el éforo acaba de mandar romper pasará de pífanos a silbatos, hasta haber expiado con sonidos más austeros aquellas modulaciones voluptuosas que corrompían la moral.

Nada puede ser aniquilado. No: un ser, un corpúsculo no es aniquilado; pero sí una forma, una relación, una facultad. Yo bien quisiera que el alma del hombre bueno e infortunado le sobreviviese para una dicha inmortal. Pero aunque la idea de esa felicidad celeste tenga algo de celestial en sí misma, eso no prueba que no sea un sueño. Ese dogma es hermoso y consolador, sin duda; pero lo que veo en él de hermoso, el consuelo que en él encontraría, lejos de demostrármelo, ni siquiera me traen la esperanza de creerlo. Por más que un sofista me diga que, si estoy sometido

diez días a su doctrina, adquiriré al cabo de ese tiempo facultades sobrenaturales, y seré invulnerable, siempre joven, con la felicidad precisa, fuerte para hacer el bien, y en una especie de impotencia para desear ningún mal, ese sueño halagaría, sin duda, mi imaginación; sentiré quizás la nostalgia de sus promesas seductoras, pero no podré advertir su verdad.

En vano me objetarán que no corro riesgo alguno en creerla. Aunque me prometiesen más todavía para persuadirme de que el sol luce a media noche, no me sería posible. Si me dijese a continuación: «Realmente, os proponíamos una mentira, y del mismo modo engañamos a los demás; pero no les aviséis, pues es para consolarlos», ¿no podría yo replicarles que en este globo áspero y cenagoso, donde discuten y sufren, en una misma incertidumbre, unos cuantos cientos de millares de hombres, alegres o tristes, ebrios o taciturnos, bulliciosos o engañados, nadie ha demostrado todavía que fuese un deber decir lo que se cree consolador y callar lo que se cree la verdad?

Muy inquietos, y más o menos desdichados, esperamos sin cesar la hora siguiente, el día próximo, el año que viene. Necesitamos, en una palabra, una vida siguiente. Hemos existido sin vivir; por tanto, viviremos algún día: consecuencia más halagüeña que justa. Si es un consuelo para el desgraciado, es una razón más para que su verdad me sea sospechosa. Es un sueño bastante hermoso, que dura hasta que nos dormimos para siempre. Conservemos esa esperanza; ¡feliz el que la tiene! Pero convengamos en que la razón que la hace tan universal no es muy difícil de hallar.

Cierto que no se pierde nada con creer en ella cuando se puede; pero no es menos cierto que Pascal dijo una puerilidad cuando afirmó: «Creed, porque no corréis ningún riesgo creyendo, y lo corréis muy grande no creyendo». Ese razonamiento sería decisivo si se tratase de la conducta, pero es absurdo cuando lo que se requiere es la fe. ¿El creer ha dependido alguna vez de la voluntad?

El hombre de bien tiene que desear la inmortalidad. Y se han atrevido a inferir de esto que únicamente el malvado no cree en ella. Este juicio temerario coloca en la clase de aquellos que tienen por qué temer una justicia eterna a muchos de los más sabios y más grandes hombres. Ese dictado de la intolerancia, sería atroz, si no fuese imbécil.

Todo hombre que cree desaparecer al morir es el enemigo de la sociedad; forzosamente tiene que ser egoísta y perverso. Otro error. Helvetius^[84] conocía mejor las diferencias del corazón humano cuando dijo:

Hay hombres tan nefastamente nacidos; que no podrían sentirse felices más que cometiendo acciones de las que llevan al patíbulo.

Hay también hombres que no pueden encontrarse a gusto sino en medio de hombres contentos, que sienten todo lo que los demás gozan y sufren, y que sólo podrán estar satisfechos de sí mismos si contribuyen al orden de las cosas y a la

felicidad de los hombres. Estos procuran hacer bien, sin creer demasiado en el estanque de azufre.

«Pero —se objetará— la multitud no está organizada así. En el vulgo, nadie busca más que su interés personal, y todos harán el mal, si no se les engaña diestramente». Esto puede ser verdad hasta cierto punto. Si los hombres no pudiesen desengañarse nunca, no habría por qué decidir si el interés público da derecho a mentir, ni si es un crimen, o por lo menos un mal, decir la verdad contraria. Pero si ese error útil, o que pasa por tal, tiene que terminar un día, y si es indispensable que llegue el momento en que cesen de creerlo bajo palabras, ¿no es fuerza confesar que todo vuestro edificio moral quedará en el aire cuando ese brillante andamiaje se venga a tierra? Por adoptar medios más fáciles y cortos de asegurar el presente, exponéis el porvenir a una subversión quizás irremediable. Si, por el contrario, hubieseis sabido encontrar en el corazón humano las bases naturales de la moral; si hubieseis sabido poner en él lo que podía faltar a la costumbre social, a las instituciones cívicas, vuestra obra, más difícil, es cierto, y más sabia, hubiese sido perdurable como el mundo.

Si llegase a suceder que, mal persuadidos de lo que muchos de los más venerables entre vosotros no han conseguido creer, viniesen a decir: «Las naciones comienzan a querer certidumbres y a distinguir las cosas positivas; la moral se modifica y la fe ya no existe; es preciso apresurarse a probar a los hombres que, independientemente de una vida futura, la justicia es necesaria a sus corazones; que, para el mismo individuo, no hay felicidad sin la razón, y que las virtudes son leyes de la Naturaleza tan necesarias al hombre en sociedad como las leyes de la necesidad de los sentidos»; si, repito, hubiese de esos hombres justos y amigos del orden por Naturaleza, cuya primera necesidad fuera traer a los hombres a mayor unión, conformidad y gozo; si, dejando en la duda aquello que jamás ha sido demostrado, recordasen los principios de justicia y amor universal que no pueden negarse; si se permitiesen hablar de los caminos invariables de la felicidad; si, arrastrados por la verdad que presienten, que ven y que vosotros mismos reconocéis, consagrasen su vida a anunciarla de diferentes maneras y a persuadir de ella con el tiempo: perdonad, ministros de cierta verdad, el empleo de medios que no son precisamente los vuestros; considerad, os lo suplico, que ya no es costumbre lapidar, que los milagros modernos han hecho reír mucho, que los tiempos han cambiado y que fuerza será que vosotros cambiéis al unísono con ellos.

Dejando a un lado a los intérpretes del cielo, a quienes su gran carácter hace muy útiles o muy funestos, totalmente buenos o totalmente malos, venerables los unos, los otros despreciables, vuelvo a la carta de usted. No respondo a todos sus puntos, pues sería demasiado prolijo; pero no me es posible dejar pasar una objeción especiosa sin objetar que no tiene tanto fundamento como a primera vista podría parecer.

La Naturaleza va conducida por fuerzas desconocidas y según leyes misteriosas; el orden es su compás, la inteligencia su móvil. No hay gran distancia, dicen, de esas

suputaciones oscuras a nuestros dogmas inexplicables. Más distancia de la que se cree^[85].

Muchos hombres extraordinarios han creído en los presagios, los sueños, los medios secretos de las fuerzas invisibles; muchos hombres extraordinarios han sido, pues, supersticiosos, lo admito; pero, al menos, no lo fueron a la manera de los espíritus pequeños. El historiador de Alejandro dice que este era supersticioso; el hermano Labre^[86] lo era también; pero Alejandro y el hermano Labre no lo eran del mismo modo; seguramente que había algunas diferencias entre sus pensamientos. En otra ocasión volveremos a hablar de esto.

En cuanto a los esfuerzos casi sobrenaturales que la religión hizo llevar a cabo, no veo en ello una gran prueba de origen divino. Todos los géneros de fanatismo han producido cosas que sorprenden cuando se consideran fríamente.

Cuando vuestros devotos tienen treinta mil libras de renta y dan unos cuantos céntimos a los pobres, se ensalzan sus limosnas. Cuando los verdugos les abren el cielo, gritan que sin la gracia de arriba no habrían tenido nunca fuerzas para aceptar una ventura eterna. Por lo general, si estuviese en su lugar, no me asombrarían estas virtudes. El premio es bastante grande; pero ellos, muy a menudo, son bien pequeños. Para ir rectos precisan de continuo ver el infierno a la izquierda, el purgatorio a la derecha, el cielo enfrente. No digo que no haya excepciones; me basta con que sean raras.

Si la religión ha hecho grandes cosas ha sido con medios inmensos. Las que la bondad ha hecho naturalmente son menos ostensibles quizás, menos obstinadas y menos preconizadas, pero más seguras y más útiles.

El estoicismo también tuvo sus héroes. Los tuvo sin promesas eternas, sin amenazas infinitas. Si un culto hubiese hecho tanto con tan poco, no tardarían en deducir de ello pruebas concluyentes de su institución divina.

Hasta mañana.

* * *

Examine usted dos cosas: si no es la religión uno de los medios más endebles sobre la clase que recibe lo que se llama educación, y si no es absurdo que se dé esa educación sólo a la décima parte de los hombres.

Cuando se dice que el estoico no tenía más que una falsa virtud, porque no aspiraba a la vida eterna, se lleva la impudencia del celo a un raro exceso.

Ejemplo no menos curioso del absurdo a que puede arrastrar el furor del dogma hasta a un espíritu sensato es esta frase del célebre Tillotson^[87]: «La verdadera razón del ateísmo de un hombre es su maldad».

Concedo que las leyes civiles sean insuficientes para esa multitud que no se toman el trabajo de formar, de la cual no se preocupan, que hacen nacer para abandonarla luego al azar de las aficiones ineptas y las costumbres crapulosas. Eso

prueba únicamente que sólo hay miseria y confusión bajo la aparente calma de los vastos Estados; que la política, en la verdadera acepción de esta palabra, se halla ausente de nuestra tierra, donde la diplomacia y la administración financiera hacen países florecientes para los poetas, y ganan victorias para las gacetas.

No quiero discutir una cuestión complicada: ¿que la historia decida! ¿Pero no es notorio que el temor al porvenir no haya detenido a ninguno de los que estaban dispuestos a no dejarse detener por ninguna otra cosa? Y por lo que se refiere al resto de los hombres, frenos hay más naturales, más directos y, por consiguiente, más poderosos. Puesto que el hombre había recibido el sentimiento del orden, puesto que existía en su Naturaleza, bastaba con hacer sensible a todos su necesidad. Sus dogmas habrían dejado menos facinerosos y se habría ahorrado todas sus fechorías.

Dicen que los primeros crímenes ponen inmediatamente en el corazón el suplicio del remordimiento, dejándolo para siempre turbado; y dicen que un ateo, para ser consecuente, debe robar a su amigo y asesinar a su enemigo: esta es una de las contradicciones que yo creía ver en los escritos de los defensores de la fe. Pero no puede haberlas, ya que los hombres que escriben sobre cosas reveladas no tendrían pretexto alguno que excusara la incertidumbre y las variaciones: antes bien, tan alejados se hallan de ellas, que ni siquiera se las perdonan a esos profanos que declaran haber recibido en suerte una razón débil y no inspirada, la duda y no la infalibilidad.

«¿Qué importa —dirán también— el estar satisfecho de uno mismo, si no se cree en la vida futura?». Importa al reposo de esta, la cual es todo entonces.

«¿Si no hubiese inmortalidad —prosiguen—, qué ganaría el hombre virtuoso en hacer el bien?». Ganaría lo que el hombre virtuoso estima, y perdería lo que el hombre virtuoso no estima, es decir, lo que vuestras pasiones a menudo ambicionan, a pesar de vuestra creencia.

Sin la esperanza y el terror de la vida futura, no reconocéis móvil alguno; pero la tendencia al orden, ¿no puede formar parte esencial de nuestras inclinaciones, de nuestro *instinto*, como la tendencia a la conservación, a la reproducción? ¿No es nada vivir en la calma y seguridad del justo?

Acostumbrados a vincular a vuestros deseos inmortales y a vuestras ideas celestes todo sentimiento magnánimo, toda idea recta y pura, suponéis siempre que todo lo que no es sobrenatural es vil, que todo lo que no exalta al hombre hasta la morada de las bienaventuranzas lo rebaja necesariamente al nivel del bruto, que las virtudes terrestres no son más que un disfraz miserable y que un alma limitada a la vida presente sólo abriga deseos infames e inmundos pensamientos. Así, el hombre justo y bueno, que, después de cuarenta años de paciencia en los dolores, de equidad entre los pícaros y de esfuerzos generosos que el cielo debe coronar, llegase a reconocer la falsedad de los dogmas que constituían su consuelo y sostenían su vida laboriosa con la esperanza de un largo reposo; este sabio, de alma nutrida por la serenidad de la virtud y para quien hacer el bien es vivir, cambiando de necesidades presentes por

haber cambiado de sistema sobre el porvenir, y rechazando la felicidad actual por temor de que no dure siempre, ¿va por ello a tramar una perfidia contra el antiguo amigo que jamás dudó de él? ¿Va a buscar medios viles pero secretos de obtener el oro y el poder? ¿Y, con tal de escapar a la justicia de los hombres, va a creer que su interés se encuentra, de allí en adelante, en engañar a los buenos, oprimir a los desgraciados, no conservar sino una prudente apariencia de hombre honrado, y poner en su corazón todos los vicios que hasta entonces había aborrecido? Realmente, no me gustaría hacer una pregunta semejante a vuestros sectarios, a esos virtuosos exclusivos: si me contestasen negativamente, tendría que decirles que son muy inconsecuentes; y no hay que perder jamás de vista que los hombres inspirados no tienen excusa de serlo. En cambio, si se atrevieran a contestar afirmativamente, ¿no darían lástima?

Si la idea de la inmortalidad tiene todos los caracteres de un sueño admirable, la del aniquilamiento no es susceptible de una demostración rigurosa. El hombre de bien, necesariamente desea no perecer por entero; ¿no basta esto para sostenerlo?

Si para ser justo se necesitase la esperanza de una vida futura, esta vaga posibilidad sería aun suficiente. Para el que razona, su vida es superflua; las consideraciones del tiempo presente pueden procurarle menos satisfacción, pero le persuaden lo mismo: siente la necesidad presente de ser justo. Los demás hombres sólo atienden al interés del momento. Piensan en el paraíso cuando se trata de ritos religiosos; pero en las cosas morales, el temor de las consecuencias, el de la opinión, el de las leyes, las inclinaciones del alma, son su única norma. Los deberes imaginarios son fielmente observados por algunos; los verdaderos son sacrificados por casi todos cuando no hay peligro temporal en ello.

Dad a los hombres la justicia del espíritu y la bondad del corazón, y tendréis una mayoría tal de hombres de bien, que el resto se verá arrastrado por sus intereses, aun por los más toscos y directos. Pero, muy por el contrario, hacéis falsos los espíritus y pequeñas las almas. Desde hace treinta siglos, los resultados son dignos de la sabiduría de los medios. Todos los géneros de violencia tienen efectos funestos y resultados efímeros; no habrá más remedio, al fin, que persuadir.

Me cuesta trabajo abandonar un tema tan importante como inagotable.

Estoy tan lejos de sentir animosidad contra el cristianismo, que deploro, en un sentido, lo que no se les ocurre deplorar a la mayor parte de sus mismos celadores. De buena gana me lamentaría como ellos de la pérdida del cristianismo; con esta diferencia, sin embargo: que ellos lo añoran tal como fue ejecutado, tal como existía hace un siglo, en tanto que yo no encuentro que ese cristianismo sea muy digno de ser llorado.

Los conquistadores, los esclavos, los poetas, los sacerdotes *paganos* y las nodrizas consiguieron desfigurar las tradiciones de la sabiduría antigua a fuerza de mezclar las razas, de destruir los escritos, de explicar y confundir las alegorías, de

apartarse del sentido profundo y verdadero para buscar ideas absurdas que pudieran admirarse, y de personificar los seres abstractos a fin de tener mucho que adorar.

Las grandes concepciones fueron envilecidas. El principio de vida, la inteligencia, la luz, lo eterno, no fue ya más que el marido de Juno; la armonía, la fecundidad, el vínculo de los seres, no fue más que la amante de Adonis; la sabiduría imperecedera, no fue ya conocida más que por su búho; las grandes ideas de inmortalidad y remuneración consistían en el temor a dar vueltas a una rueda, y en la esperanza de pasearse bajo verdes ramajes. La divinidad invisible fue dividida en una muchedumbre jerárquica agitada de miserables pasiones; el resultado del genio de las razas primitivas, los emblemas de las leyes universales, no fueron ya sino prácticas supersticiosas, que harían reír hasta a los niños de la aldea.

Roma había cambiado una parte del mundo, y Roma cambiaba. El Occidente, inquieto, agitado, oprimido o amenazado, instruido o engañado, ignorante y desilusionado, lo había perdido todo sin reemplazar nada; adormecido aún en el error, se maravillaba ya del rumor confuso de las verdades que la ciencia buscaba.

Una misma dominación, los mismos intereses, el mismo terror, el mismo espíritu de resentimiento y de venganza contra el pueblo rey, todo acercaba a las naciones. Sus costumbres se habían interrumpido, sus constituciones ya no existían; el amor a la ciudad, el espíritu de separación, de aislamiento, de odio hacia los extranjeros, se habían atenuado en el deseo general de resistir a los vencedores, o en la necesidad de recibir sus leyes: el nombre de Roma lo había reunido todo. Las antiguas religiones de los pueblos no eran ya más que tradiciones de provincia, el dios del Capitolio había hecho olvidar a sus dioses, y la apoteosis de los emperadores lo hacía olvidar a su vez; los altares más frecuentes eran los elevados a César.

Fue una de las grandes épocas de la historia del mundo: había que erigir un monumento majestuoso y sencillo sobre estos monumentos arruinados de diversas regiones.

Era precisa una creencia moral, ya que la moral pura era desconocida; eran precisos dogmas, impenetrables quizás, pero nada risibles, ya que las luces se propagaban. Puesto que todos los cultos se habían envilecido, era preciso un culto majestuoso y digno del hombre que trata de engrandecer su alma por la idea de un Dios del mundo. Eran precisos ritos imponentes, extraños, deseados, misteriosos, pero sencillos; ritos sobrenaturales, pero concertados con la razón y el sentimiento del hombre. Era preciso lo que sólo un gran genio podía establecer, y que yo no hago más que entrever.

Pero habéis fabricado, arreglado, probado, corregido, recommenzado no sé qué amasijo incoherente de ceremonias triviales y de dogmas un tanto propios para escandalizar a los débiles; habéis mezclado a ese compuesto azaroso una moral a veces falsa, con frecuencia muy bella, y habitualmente austera, único punto en el cual no habéis andado torpes. Pasáis unos cuantos cientos de años en disponerlo todo por inspiración, y vuestro lento trabajo, cuidadosamente reparado, pero mal concebido,

resulta que sólo puede durar, poco más o menos, el tiempo que habéis tardado en darle fin.

Jamás se cometió torpeza más sorprendente que el confiar el sacerdocio a cualquiera, teniendo así una legión de hombres de Dios. Multiplicaron fuera de toda medida un sacrificio, cuya Naturaleza era esencialmente la unidad. Parecieron no tener en cuenta sino los efectos directos y las conveniencias del momento; en todas partes pusieron sacrificadores y confesores, en todas partes crearon sacerdotes y monjes; en todo se entremetieron, y lo mismo en el lujo que en la mendicidad se cuidaron de levantar tropas.

Esta multitud es cómoda, dicen, para los fieles. Pero no conviene que el pueblo encuentre así todas sus comodidades a la vuelta de una esquina. Es insensato confiar las funciones religiosas a un millón de individuos: ello equivale a abandonarlas continuamente a los más bajos, comprometiendo su dignidad; a borrar la huella sagrada en un comercio demasiado cotidiano; a avanzar demasiado el instante en que debe perecer todo aquello que no descansa sobre cimientos imperecederos.

Carta XLV

Chessel, 27 de julio, VI

Nunca he pensado que fuera debilidad derramar una lágrima por males que no nos son personales, por una desgracia que nos es ajena, pero bien conocida. Ha muerto: esto poco importa, ¿quién es el que no muere?, pero ha vivido constantemente desgraciado y triste; jamás la existencia fue buena para él; no tuvo más que dolores, y ahora ya no existe. Le he visto, le he compadecido; le respetaba, era desdichado y bueno. No tuvo grandes desgracias; pero, al entrar en la vida, se encontró sobre una larga estela de repulsiones y molestias; en ella quedó, vivió, envejeció prematuramente y se extinguió.

No he olvidado aquella casita de campo que él deseaba y que le acompañé a visitar por serme conocido el propietario. Yo le animaba diciéndole:

—Aquí se encontrará usted bien; vendrán para usted mejores años, que le harán olvidar los pasados; en esta casita que quiere comprar podrá usted vivir solo y tranquilo.

—Sí, sería feliz en ella; pero no creo poder adquirirla.

—Mañana mismo va usted a firmar la escritura.

—Ya verá usted cómo no podré adquirirla.

Y, en efecto, no pudo adquirirla; ya usted sabe cómo se arreglaron las cosas. La muchedumbre de los hombres vivos es sacrificada a la prosperidad de unos cuantos, del mismo modo que la mayoría de los niños muere y es sacrificada a la existencia de los que quedan, y que millones de bellotas lo son a la belleza de las grandes encinas que deben cubrir libremente un vasto espacio. Y lo deplorable es que, en esta muchedumbre que el destino abandona y rechaza hacia los pantanos legamosos de la vida, se encuentran hombres incapaces de descender como su destino y cuya energía impotente se indigna consumiéndose. Las leyes generales son muy bellas, y sin inconveniente yo les sacrificaría un año, dos, hasta diez de mi vida; pero todo mi ser es demasiado: para la Naturaleza no es nada, para mí es todo. En este gran movimiento, sálvese quien pueda, dicen. Esto no estaría del todo mal si el turno de cada uno llegase, tarde o temprano, o si, por lo menos, se pudiera confiar en él constantemente; pero cuando la vida transcurre, aunque el instante de la muerte sea inseguro, se sabe por lo menos que se va uno. Decidme: ¿dónde está la esperanza del hombre que llega a los sesenta años sin otra cosa aún que la esperanza? Estas leyes del conjunto, este cuidado de las especies, este desprecio de los individuos, esta

marcha de los seres es muy dura para nosotros que somos individuos. Admiro esa providencia que todo lo talla en grande; pero, ¡cómo nos vemos envueltos entre las virtudes! ¡Y qué ridículos somos en creernos algo! Dioses por el pensamiento, insectos por la felicidad, somos ese Júpiter cuyo templo está en los manicomios: toma por un pebetero de incienso la escudilla de madera en que humea la sopa que le traen; reina sobre el Olimpo, hasta el instante en que el más vil carcelero, dándole una bofetada, lo trae a la realidad para que bese su mano y moje con lágrimas el pan mohoso.

¡Infortunado! Viste encanecer tus cabellos y, de tantos días, no tuviste uno sólo de alegría; ni siquiera el día del casamiento funesto, del casamiento de amor que te trajo una mujer estimable, del casamiento que os perdió a ambos. Tranquilos, amantes, cuerdos, virtuosos y piadosos, ambos la bondad misma, habéis vivido juntos peor que esos insensatos a quienes arrastran sus pasiones, a los que ningún principio retiene y que no podrían imaginar para qué sirve la bondad del corazón. Os casasteis para ayudaros mutuamente, decíais; para endulzar vuestras penas compartiéndolas, y aquella misma noche, la primera, descontentos uno del otro y de vuestro destino, no tuvisteis ya otra virtud, otro consuelo que esperar, que la paciencia de soportaros hasta la tumba. ¿Cuál fue, pues, vuestra desgracia, vuestro crimen? El desear el bien, el desearlo demasiado, minuciosamente y con la pasión necesaria para no considerarlo más que en el detalle del momento presente.

Ya ve usted que los conocía. Parecían verme con agrado; querían convertirme, y aunque este proyecto no acabara de tener éxito, charlábamos con frecuencia. La desgracia de él era lo que más me conmovía. Su mujer no era menos buena ni menos estimable; pero, más débil, encontraba en su abnegación cierto reposo que debía amodorrar su dolor. Devota con ternura, ofreciendo al cielo sus amargas y penetrada de la idea de una recompensa futura, sufría, sí, pero de una manera que no carecía de compensaciones. Había, por otra parte, en sus males algo de voluntario; era desgraciada por gusto, y sus gemidos, como los de los santos, aunque muy penosos a veces, eran para ella preciosos y necesarios.

Él era religioso, sin estar absorto por la devoción; religioso por deber, pero sin fanatismo, ni debilidades, ni marrullerías; para reprimir sus pasiones, y no para seguir una más particular. Ni siquiera me atrevería a asegurar que haya gozado de esa convicción sin la cual puede la religión atraer, pero de ningún modo bastar.

No es esto todo. Se comprendía de qué modo hubiera podido ser feliz; se veía que las causas de su desgracia no estaban en él. En cambio, su mujer habría sido poco más o menos la misma en cualquier otra situación que hubiese vivido; en todas partes habría encontrado motivos para atormentarse y afligirse afligiendo a los demás, deseando sólo el bien, no ocupándose en absoluto de sí misma, creyendo sin cesar sacrificarse por todos, pero no sacrificando nunca sus ideas, y haciéndose violencia en todo, excepto en cambiar de manera de ser. Parecía, pues, como si su desgracia proviniera en cierto modo de su Naturaleza, y se sentía uno más dispuesto a conformarse con ella, como se conforma uno con los efectos de un destino

irrevocable. Su marido, por el contrario, habría vivido muy distintamente si hubiese vivido con otra mujer que ella. Se sabe qué remedio oponer a un mal ordinario y, sobre todo, a un mal que no merece contemplaciones; pero es una miseria, cuyo término no es posible esperar, el no poder sino compadecer a aquel cuya perpetua manía nos ofende con amistad, nos hostiga con dulzura y nos impacienta de continuo sin desconcertarse jamás, aquel que nos hace daño sólo por una especie de necesidad, que no opone a nuestra indignación más que lágrimas piadosas, que al excusarse lo echa a perder más todavía, y que con espíritu, pero en una ceguera inconcebible, hace gimiendo todo lo preciso para exasperarnos.

Si algunos hombres han sido un azote para el hombre, son, sin duda, los legisladores profundos que han hecho indisoluble el matrimonio, a fin de que se vieran *obligados* a amarse. Para completar la historia de la sabiduría humana nos falta uno que, comprendiendo la necesidad de ponerse a cubierto del hombre inculpado de un crimen y la injusticia de hacer desgraciado, en tanto aguarda su juicio, al que puede ser inocente, ordene en todos los casos dos años de calabozo preventivo en lugar de un mes de cárcel, a fin de que la necesidad de habituarse endulce la suerte del detenido y le haga amable su cadena.

No se da la bastante importancia a esa intolerable repetición de molestias opresivas, y a menudo mortales, que producen en el secreto de las familias esos caracteres difíciles, esas manías quisquillosas, esos hábitos orgullosos y mezquinos a la vez, en que se internan, por casualidad, sin sospecharlo ni poder luego volverse atrás, tantas mujeres a las que nunca se ha tratado de hacer conocer el corazón humano. Llegan al fin de su vida antes de haber descubierto que es conveniente saber vivir con los hombres. Educan niñas tan ineptas como ellas; es una generación de males, hasta que sobrevenga un temperamento afortunado que se forme por sí mismo un carácter. Y todo ello porque han creído darles una educación más que suficiente enseñándolas a coser, bailar, poner la mesa y leer salmos en latín.

No sé el bien que pueda resultar de tener ideas estrechas, y no veo que una imbécil ignorancia constituya sencillez. Por el contrario, la amplitud de conocimientos engendra menos egoísmo, menos terquedad, mayor buena fe, una activa delicadeza y cien recursos de conciliación. En las personas demasiado limitadas, a menos que el corazón sea de una bondad extrema, lo que raramente debe esperarse, no veis más que mal humor, contradicciones, testarudez ridícula, altercados perpetuos; y el más mínimo altercado se convierte al cabo de dos minutos en una disputa llena de acrimonia. Sin embargo, hay en ellos una buena cosa, y es que, como el buen o mal humor del momento es su único móvil, si cualquier tontería consigue divertirles o cualquier rencilla contra otra persona llega a unirlos, olvidan todo y ríen juntos y se cuchichean al oído, después de haberse tratado con el más absoluto desprecio. Media hora más tarde, nueva causa de encono; un cuarto de hora después cantan en coro. Hay que hacer justicia a esas personas: su brutalidad no tiene

comúnmente resultado alguno, excepto una repugnancia insuperable en aquellos que por diversas circunstancias se ven obligados a vivir con ellos.

Sois hombres, os llamáis cristianos, y, sin embargo, a pesar de las leyes de las que no os atrevéis a renegar y a pesar de las cuales adoráis, fomentáis, perpetuáis una extrema desigualdad entre el entendimiento y los sentimientos de los hombres. Esa desigualdad está en la Naturaleza; pero vosotros la habéis acrecentado contra todo sentido común, cuando, por el contrario, deberíais trabajar en reducirla. Forzosamente, los prodigios de vuestra industria son una superabundancia funesta, ya que no tenéis ni tiempo ni facultades para hacer tantas cosas indispensables. La masa de los hombres es estúpida, inepta y entregada a sí misma; todos vuestros males de ahí provienen: o no los hagáis existir, o dadles una existencia de hombre.

¿Qué concluir, al fin, de todas mis largas digresiones? Que el hombre, siendo poca cosa para la Naturaleza, y todo para sí mismo, debería indudablemente ocuparse un poco menos de las leyes del mundo y un poco más de las suyas; abandonar, quizás, las ciencias que no son trascendentes ni han enjugado una sola lágrima en los villorrios y los cuartos pisos; abandonar, quizás, ciertas artes admirables e inútiles; apartarse de pasiones heroicas y funestas; tratar, si es posible, de tener instituciones que detengan al hombre y cesen de embrutecerlo; tener menos ciencia y menos ignorancia, y convenir, al fin, que si el hombre no es un resorte ciego que sea preciso abandonar a las fuerzas de la fatalidad, y sus movimientos tienen algo de espontáneo, la moral es la única ciencia del hombre entregado a la providencia del hombre.

Deja usted a su viuda retirarse a un convento; y creo que hace usted muy bien. Ahí es donde hubiera debido vivir; realmente, había nacido para el claustro; pero sostengo que tampoco habría encontrado en él la felicidad. No es, pues, por ella por quien digo que hace usted bien. Pero recogiénola en su casa haría usted ostentación de una generosidad inútil, ya que no por eso había de ser más feliz. La beneficencia de usted, discreta y sagaz, se preocupa poco de las apariencias, y no considera en el bien por hacer sino la suma más o menos grande del bien que debe producir.

Carta XLVI

Lyon, 2 de agosto, VI

Cuando comienza el día me siento abatido, triste e inquieto; no me es posible interesarme en nada; no veo la manera de ocupar tantas horas. Cuando va mediado y se halla en toda su fuerza, me agobia; me retiro a la oscuridad, trato de entretenerme en algo, y cierro todo para ignorar que no hay nubes. Pero cuando su luz se dulcifica, y siento en torno de mí ese encanto de un anochecer feliz, cosa ya para mí tan extraña, me aflijo, me abandono; en medio de mi vida regalada me siento más agobiado de amarguras que el hombre acosado por la desgracia. Me han dicho: «Ahora, ya está usted tranquilo».

El paralítico también está tranquilo en su lecho de dolor. ¡Consumir los días de los años fuertes como el anciano sus días de reposo! Aguardar siempre, y no esperar nada; siempre inquietud sin deseos y agitación sin objeto; horas constantemente nulas; conversaciones en que se habla para colocar palabras, evitando decir cosas; comidas en que se come por exceso de tedio; frías excursiones campestres, cuyo fin es lo único que se anhela; amigos sin intimidad; placeres por mera apariencia; risa para contentar a los que bostezan con nosotros, y ni un solo sentimiento de alegría en dos años enteros. Tener sin cesar el cuerpo inactivo, la cabeza agitada, desgraciada el alma, y hasta escapar a duras penas en el sueño a ese sentimiento de amargura, de opresión y de hastío, es la lenta agonía del corazón: no, no es así como debería vivir el hombre.

3 de agosto

Sí vive así, me diréis, señal de que así debe vivir: lo que es, es natural; ¿dónde estarían las causas, si no estuviesen en la Naturaleza? Fuerza será que convenga en ello con vosotros; pero este orden de cosas no es más que momentáneo; no es conforme al orden esencial, a menos que todo sea determinado irremisiblemente. Si todo es necesario, lo es que yo obre como si no existiese la necesidad: lo que decimos es vano; no hay sentimiento preferible al sentimiento contrario, ni error, ni utilidad. Pero si es de otro modo, confesemos nuestros yerros, examinemos dónde nos hallamos, busquemos la manera de reparar tantas pérdidas. La resignación es buena a menudo para los individuos; pero sólo puede ser fatal a la especie. Así va el mundo,

es la frase del burgués cuando le hablan de las miserias públicas; sólo en casos particulares puede ser la del sabio.

¿Dirán que no hay que detenerse en lo bello imaginario, en la felicidad absoluta, sino en los detalles de una utilidad directa en el orden actual; y que la perfección, no siendo accesible al hombre, y sobre todo a los hombres, es a la vez inútil y novelesco hablarles de ella? Pero la Naturaleza misma prepara siempre el más para obtener el menos. De mil granos, uno solo germinará. Querríamos distinguir qué ha de ser lo mejor posible, no precisamente con la esperanza de alcanzarlo, sino a fin de aproximarnos más que si considerásemos solamente como término de nuestros esfuerzos lo que podrían producir positivamente. Busco elementos que me indiquen las necesidades del hombre, y los busco en mí para equivocarme menos. Encuentro en mis sensaciones un ejemplo limitado, pero seguro; y observando al único hombre que puedo comprender bien, trato de descubrir cuál podría ser el hombre en general.

¡Vosotros solos sabéis llenar vuestra vida, hombres sencillos y justos, henchidos de confianza y de afectos expansivos, de sentimiento y de calma, que sentís vuestra existencia con plenitud, y queréis ver la obra de vuestros días! Vosotros vinculáis vuestra alegría en el orden y la paz doméstica, en la frente pura de un amigo, en los labios dichosos de una mujer. No vengáis a someteros en nuestras ciudades a la mediocridad miserable, al hastío soberbio. No olvidéis las cosas naturales; no entreguéis vuestro corazón a la vana tormenta de las pasiones equívocas; su objeto, siempre indirecto, fatiga y suspende la vida hasta la edad achacosa que deplora demasiado tarde la nada en que se perdió la facultad de hacer el bien.

Soy como esos infortunados en quienes una impresión demasiado violenta ha irritado para siempre la sensibilidad de ciertas fibras, y que no pueden menos de volver a caer en su manía cada vez que la imaginación, herida por un objeto análogo, renueva en ellos esa primera emoción. El sentimiento de las relaciones me muestra siempre las conveniencias armoniosas como el orden y fin de la Naturaleza. Esa necesidad de buscar los resultados en cuanto veo los indicios, ese instinto al que repugna que existamos en vano... ¿creéis que puedo vencerlo? ¿No veis que está en mí, que es más fuerte que mi voluntad, que me es necesario, que es preciso me ilumine o extravíe, que me haga desgraciado y que le obedezca? ¿No veis que me siento fuera de mi lugar, aislado, sin encontrar nada? Rechazo todo lo que pasa; me apresuro por asco: escapo del presente, no deseo el porvenir; me consumo, devoro mis días, y me precipito hacia el término de mis molestias, sin desear nada después de ellas. Dicen que el tiempo sólo es rápido para el hombre feliz; no es cierto: yo lo veo pasar ahora con una rapidez que no le conocía. ¡Ojalá que el último de los hombres no sea nunca feliz de esta manera!

No lo niego, por un momento conté con cierta dulzura interior. Bien desengañado quedo. ¿Qué esperaba, en efecto? Que los hombres supiesen disponer esos detalles que las circunstancias les abandonan, usar de las ventajas que pueden ofrecer las facultades internas o cierta conformidad de carácter, establecer y regular esas nonadas

de que no se cansa uno y que pueden embellecer o engañar las horas; que supiesen no perder sus años más soportables, y no ser más desgraciados aún por su torpeza que por su destino mismo; que supiesen vivir, en una palabra. ¿Debía, pues, ignorar que no es así? ¿No sabía de sobra que esa apatía y, sobre todo, esa especie de temor y desconfianza mutuos, esa incertidumbre, esa ridícula reserva que, siendo instinto de unos, se convierte en deber de los demás, condenaban a todos los hombres a verse con hastío, a relacionarse con indiferencia, a amarse con laxitud, a concertarse inútilmente y a bostezar juntos todos los días, por no decirse de una vez: «No bostecemos más»?

En todo y en todas partes los hombres pierden su existencia; se enojan luego consigo mismos, creen que fue culpa suya. A pesar de la indulgencia por nuestras propias flaquezas, quizás somos en esto demasiado severos, inclinándonos demasiado a atribuirnos lo que no podíamos evitar. A medida que el tiempo pasa, olvidamos los detalles de esta fatalidad, impenetrable en sus causas y apenas sensible en sus resultados.

Todo lo que se esperaba, se destruye sordamente; todas las flores se marchitan, todos los gérmenes abortan; todo cae, como esos frutos nacientes heridos de muerte por la helada, que no madurarán, que perecerán todos, pero que vegetan aún más o menos tiempo suspendidos de la rama estéril, como si la causa de su ruina hubiera querido pasar inadvertida.

Se tiene la salud, la intimidad; ve uno en sus manos lo necesario para una vida bastante dulce: los medios son muy sencillos, muy naturales; nuestros son y, sin embargo, nos escapan. ¿Cómo puede ser esto? La respuesta sería larga y difícil: yo, por mi parte, la preferiría a muchos tratados de filosofía; pero ni siquiera se encuentra entre las tres mil *leyes* de Pitágoras^[88].

Quizás descuida uno demasiadas cosas indiferentes en sí mismas y que, no obstante, es preciso desear, o al menos recibir, para pasar el tiempo sin languidez. Hay una especie de desdén, que es una pretensión bien vana, pero a la cual se deja uno resbalar sin darse cuenta. Vemos una porción de hombres; cada uno, entregado a gustos y aficiones diferentes, es o se muestra insensible a muchas cosas que, entonces, queremos aparentar no nos conmueven más que a él. Así se forma en nosotros un cierto hábito de indiferencia y de renunciamiento; no cuesta grandes sacrificios, pero aumenta el tedio. Esas naderías que, una por una, nada eran, tomadas en conjunto tenían su valor; sostenían esa actividad afectiva que constituye la vida. No eran causas suficientes de sensaciones, pero nos permitían rehuir la desgracia de no tenerlas. Esos bienes, tan insignificantes, convenían más a nuestra Naturaleza que la altivez pueril que los rechaza, y que no sabía reemplazarlos. El vacío se torna fastidioso a la larga; degenera en una sombría costumbre; y, bien engañados en nuestra soberbia indolencia, dejamos disiparse en una triste humareda la luz de la vida, falta del soplo capaz de animarla.

Lo repito, el tiempo huye con una celeridad que se acrecienta a medida que la edad cambia. Mis días perdidos se hacinan tras de mí; llenan el espacio vago con sus sombras sin color; amontonan sus esqueletos atenuados; es el simulacro tenebroso de un monumento fúnebre. Y si mi mirada inquieta se separa y trata de reposarse en la cadena, antaño más afortunada, de los días que el porvenir prepara, encuentro que sus formas llenas y sus brillantes imágenes han perdido mucho. Sus colores palidecen; ese espacio velado que los embellecía con una gracia celeste en la magia de la incertidumbre, pone ahora al desnudo sus fantasmas áridos y tristes. A la luz austera que los descubre en la noche eterna, distingo al último, adelantándose sólo sobre el abismo, sin nada ya ante sí.

¿Recuerda usted nuestros vanos deseos, nuestros proyectos de niño? ¡La alegría de un hermoso cielo, el olvido del mundo y la libertad de los desiertos!

¡Joven hechizo de un corazón que cree en la felicidad, que quiere lo que desea e ignora la vida! Simplicidad de la esperanza, ¿qué ha sido de ti? El silencio de las selvas, la pureza de las aguas, los frutos naturales, la costumbre íntima nos bastaban entonces. El mundo real no tiene nada que reemplace esas necesidades de un corazón justo, de un espíritu incierto, ese primer sueño de nuestras primeras primaveras.

Cuando una hora más favorable viene a colocar sobre nuestras frentes una serenidad imprevista, algún matiz fugitivo de paz y bienestar, la hora siguiente se apresura a fijar las facciones tristes y cansadas, las arrugas abrevadas de amargura que borran para siempre el candor primitivo.

Desde esa edad, tan lejos ya de mí, los instantes esparcidos que han podido rememorar la idea de la felicidad no forman en mi vida un solo día que pudiese consentir en ver renovado. Es lo que caracteriza mi destino fatigoso; otros son mucho más desgraciados, pero ignoro si hubo nunca un hombre menos feliz. Ya sé la inclinación que tenemos a lamentarnos, y que se sienten más todos los detalles de las miserias propias, en tanto que se atenúan o se ignoran las ajenas; y, no obstante, me creo justo al pensar que no es posible disfrutar menos, vivir menos, estar más constantemente por debajo de sus necesidades.

No estoy enfermo, impaciente, irritado, sino cansado, abatido, anonadado. Cierto que, a veces, con un movimiento imprevisto, me evado de esta esfera angosta en que me siento comprimido. Este movimiento es tan rápido que no puedo prevenirlo. Es un sentimiento que me invade y me arrastra, sin dejarme pensar en la vanidad de su impulso: pierdo así ese reposo razonado que eterniza nuestros males, calculándolos con su frío compás, con sus fórmulas sabias y mortales.

Entonces olvido estas consideraciones accidentales, eslabones miserables cuya frágil trabazón tejió mi flaqueza; veo únicamente, de un lado, mi alma con sus fuerzas y deseos, como un motor limitado pero independiente, que nada puede impedir se extinga cuando toque a su término, que nada tampoco puede impedir sea según su Naturaleza; y del otro, todas las cosas de la tierra como su dominio necesario, como los medios de su acción, los materiales de su vida. Desprecio esa

prudencia tímida y lenta que, forjando juguetes, olvida la fuerza del genio, deja apagar el fuego del corazón y pierde para siempre lo que constituye la vida, para arreglar sombras pueriles.

Me pregunto lo que hago; por qué no me decido a vivir; qué fuerza me encadena, estando libre; qué debilidad me retiene, cuando siento una energía cuyo esfuerzo comprimido me consume; lo que aguardo, no esperando nada; lo que busco aquí, no amando ni deseando nada; qué fatalidad me obliga a hacer lo que no quiero, sin ver cómo me fuerza a ello.

Fácil es sustraerse a todo ello; ya es hora; es preciso: y apenas dicha esta palabra, se detiene el impulso, la energía se apaga, y heme de nuevo sumido en el sueño que aniquila mi vida. El tiempo corre uniformemente; me levanto a disgusto, me acuesto cansado, me despierto sin deseos. Me encierro en casa, y me aburro; salgo, y me arrepiento de haber salido. Si el tiempo está sombrío, lo encuentro triste; y si está despejado, lo encuentro inútil. La ciudad me repugna, y el campo me es odioso. La vista de los desgraciados me aflige, la de los felices no me engaña. Ríe amargamente cuando veo hombres afanosos y preocupados, y si algunos están más tranquilos, sonrío al pensar que les creen satisfechos.

Veo toda la ridiculez del papel que desempeño; me irrito, y río de mi impaciencia. No obstante, busco en cada cosa el carácter singular y doble que la convierte en recurso de nuestras miserias, y este aspecto cómico de oposiciones que hace de la tierra humana una escena contradictoria donde todo es importante en el seno de la vanidad de todo. Me precipito así, no sabiendo ya hacia qué lado dirigirme. Me agito, porque no encuentro actividad; hablo, a fin de no pensar; me animo, por estupor. Hasta me parece que bromeo; río de dolor, y me encuentran alegre. «Hace bien — dicen—; se conforma». Fuerza es, en efecto, que me conforme; no tengo otro remedio.

5 de agosto

Creo, presiento que todo esto va a cambiar. Mientras más observo lo que experimento, más llegaré a convencerme de que las cosas de la vida están indicadas, preparadas y maduradas en una marcha progresiva, dirigida por una fuerza ignota.

En cuanto una serie de incidentes camina hacia un término definido, el resultado que anuncia se convierte inmediatamente en un centro que otros muchos incidentes rodean con una tendencia pronunciada. Esa tendencia que los une al centro por vínculos universales nos la hace aparecer como un fin que se hubiese propuesto una intención de la Naturaleza, como un eslabón que forjase a propósito según sus leyes generales, y en el que tratamos de descubrir, de presentir, en relaciones individuales, la marcha, el orden y las armonías del plan del mundo.

Si nos equivocamos, quizás sea únicamente por nuestro exceso de premura. Nuestros deseos intentan siempre anticiparse al orden de los acontecimientos, y

nuestra impaciencia no podría aguardar esa tardía madurez.

Diríase también que una voluntad desconocida, una inteligencia de Naturaleza indefinible, nos arrastra valiéndose de apariencias, de la marcha de los números, de sueños cuyas relaciones con los hechos superan en mucho a las probabilidades del azar. Diríase que todos los medios le sirven para seducirnos; que las ciencias ocultas, los resultados extraordinarios de la adivinación y los vastos efectos debidos a causas imperceptibles son obra de esta escondida industria; que precipita así aquello que creemos conducir; que nos extravía, a fin de variar el mundo. Si queréis tener una noción de esa fuerza invisible y de la impotencia en que el orden mismo se encuentra de producir la perfección, calculad todas las fuerzas bien conocidas; veréis que no tienen resultados directos. Es más: imaginad un orden de cosas en el cual se observen todas las conveniencias particulares y se cumplan todos los destinos: encontraréis, creo, que el orden de cada cosa no produciría el verdadero orden de las cosas; que todo quedaría demasiado bien; que no sólo no es así como va el mundo, sino que tampoco podría ir de ese modo, y que una perpetua desviación en los detalles opuestos parece ser la gran ley de la universalidad de las cosas.

He aquí algunos hechos sobre un objeto en que las probabilidades pueden ser rigurosamente calculadas, a saber: los sueños referentes a la lotería de París. He sabido de doce o quince antes de los sorteos. La persona, ya de edad, que los hacía, seguramente no estaba poseída por el *daimon* de Sócrates, ni tenía noción alguna cabalística; sin embargo, tenía más razón para obstinarse en sus sueños que yo para disuadirle de ellos. La mayoría se realizaron: no obstante, hubiera podido apostarse lo menos veinte mil contra uno a que los acontecimientos no los justificarían.

Sabemos que los hombres son engañados por los cálculos falsos y la pasión; pero, en lo que puede suputarse matemáticamente, ¿es cierto que todos los siglos creen en aquello que sólo tiene en su favor los incidentes que puede procurar la casualidad?

A mí mismo, que seguramente me preocupaba poco de ese género de sueños, me ha ocurrido tres veces el soñar que veía los números premiados. Uno de estos sueños no tuvo relación alguna con los sucesos del día siguiente; el segundo, tuvo una tan extraordinaria, como si de, entre ochenta mil números, se hubiese adivinado uno. El último, fue más extraño aún; yo había visto en este orden: 7, 39, 72, 81... No vi el quinto número, y el tercero no lo distinguí bien; no estaba seguro de si era el 72 o el 70, pero me incliné por el 72. Esta vez, tomé nota de la cuaterna, y apunté 7, 39, 72, 81. Si hubiese elegido el 70 habría sacado la cuaterna, lo que es ya extraordinario, pero lo que lo es mucho más es que mi nota, tomada exactamente por el orden en que había visto los cuatro números, sacó un terno determinado, y habría sacado una cuaterna determinada si, titubeando entre el 70 y el 72, me hubiese decidido por el primero.

¿Existe en la Naturaleza una intención que induzca a error a los hombres, o por lo menos a muchos hombres? ¿No sería ese uno de sus medios, una ley necesaria para hacerlos lo que son? ¿O bien todos los pueblos han caído en el delirio al encontrar

que las cosas realizadas sobrepasaban evidentemente a las previsiones naturales? La filosofía moderna lo niega; niega todo lo que no explica. Ha sustituido a la que explicaba lo que no existía.

Lejos de mí el afirmar ni creer positivamente que haya, en efecto, en la Naturaleza una fuerza que seduzca a los hombres, independientemente del prestigio de sus pasiones; que exista una cadena oculta de relaciones, bien en los números, bien en los sentimientos, que pueda hacer juzgar o prever esas cosas futuras que creemos accidentales. Yo no digo: esto es; pero, ¿no hay cierta temeridad en decir: esto no es^[89]?

¿Sería realmente imposible que los presentimientos perteneciesen a un modo particular de organización, y que no fuesen concedidos más que a algunos? Vemos, por ejemplo, que la mayoría no sabría concebir relación alguna entre el aroma que exhala una planta y los medios de felicidad del mundo. ¿Deben por esto considerar como un error de imaginación el sentimiento de estas relaciones? ¿Estas dos percepciones, tan extrañas una a otra para muchos espíritus, lo son para aquel que puede seguir la cadena que las une? El que abatía las altas cabezas de las adormideras, sabía que sería oído; sabía también que sus esclavos no lo comprenderían, que no tendrían su secreto.

Espero no tomará usted todo esto más en serio de lo que lo digo. Pero me siento cansado de las cosas ciertas, y busco por todas partes caminos de esperanza.

Si viene usted pronto, podrá reanimarme un poco e infundirme algo de valor: el de esperar siempre el mañana es ya algo para quien no tiene otra cosa.

Carta XLVII

Lyon, 28 de agosto, VI

Con dos palabras envía usted todas mis posibilidades a la región de los sueños. Presentimientos, propiedades secretas de los números, piedra filosofal, influencias mutuas de los astros, ciencias cabalísticas, alta magia, todas las quimeras declaradas tales por la certidumbre una e infalible. Usted tiene la autoridad, y seguramente que no se sabría usar mejor del sacerdocio supremo. Pero yo soy terco, como todos los heresiarcas; más aún, su ciencia tan segura me es sospechosa, y sospecho que es usted feliz.

Suponiendo por un momento que nada le resultase, ¿no me permitiría usted que le expusiera hasta dónde llegan mis dudas?

Dicen que el hombre conduce y gobierna, que el azar no es nada. Es muy posible; pero veamos, no obstante, si este azar no tiene alguna intervención. Admitamos que sea el hombre quien hace todas las cosas humanas; pero y los medios y facultades para hacerlas, ¿de dónde los saca? Las fuerzas físicas, o la salud, la justedad y alcance del espíritu, las riquezas, el poder constituyen, poco más o menos, estos medios. Es cierto que la sabiduría o la moderación pueden mantener la salud, pero el azar es el que da, y a veces restablece, una constitución fuerte. Es cierto que la prudencia evita algunos peligros; pero el azar es el que preserva en todo momento de ser herido o lisiado. El trabajo mejora nuestras facultades morales o intelectuales; pero es el azar el que las da, y con frecuencia las desarrolla, o las preserva de tantos accidentes de los que uno sólo podría bastar a destruirlas. La sabiduría hace llegar a un hombre al poder cada siglo; pero el azar lo ofrece a todos los demás soberanos de los destinos vulgares. La prudencia y buena dirección hacen crecer lentamente algunas fortunas; el azar, en cambio, las hace surgir a diario de un golpe. La historia del mundo es muy semejante a la de aquel comisario que logró reunir cien luises en veinte años de carreras y de ahorros, y que luego invirtió en la lotería un solo escudo, ganándose con él setenta y cinco mil.

Todo es lotería. La guerra no es más que una lotería para casi todos, con excepción del general en jefe, que, sin embargo, dista mucho de hallarse enteramente exento. En la táctica moderna, el oficial que va a ser colmado de honores y ascendido a un grado superior ve junto a él al guerrero tan valiente como él, y más sabio y más robusto, olvidado para siempre en el montón de los muertos.

Si tantas cosas se hacen al azar y, sin embargo, el azar no puede nada, es que hay en la Naturaleza o una gran fuerza oculta, o un número de fuerzas desconocidas que obedecen a leyes inaccesibles a las demostraciones de las ciencias humanas.

Se puede *probar* que el fluido eléctrico no existe. Se puede probar que un cuerpo imantado no puede actuar sobre otro sin tocarlo, y que la facultad de dirigirse hacia tal o cual punto de la tierra es una propiedad oculta y en exceso peripatética. Se había probado que no se podía viajar por los aires, que no se podían quemar cuerpos a distancia, que no se podía desencadenar el rayo ni encender los volcanes. También se sabe hoy que el hombre, que hace una encina, no puede hacer oro. Se sabe que la luna puede originar las mareas, pero no influir sobre la vegetación. Está probado que todos los efectos de los sentimientos de la madre sobre el feto son cuentos de viejas, y que todos los pueblos que los han visto no han visto tal cosa. Se sabe que la hipótesis de un fluido pensante no es sino una impiedad absurda; pero que ciertos hombres están autorizados para crear antes del desayuno una especie de alma universal o de Naturaleza metafísica, que se puede romper luego en tantas almas universales como haga falta, a fin de que cada uno digiera la suya.

Es *indudable* que un Châtillon recibió en el cielo, según la promesa de san Bernardo, el céntuplo de las tierras laborables que aquí abajo diera a los monjes de Clairvaux. Es indudable que el imperio del Mogul se halla en gran prosperidad cuando su señor pesa dos libras más que el año precedente. Es indudable que el alma sobrevive al cuerpo, a no ser que este haya sido aplastado por la súbita caída de una roca; pues en este caso el alma no tiene tiempo de emprender la fuga^[90] y tiene que morir allí. Todo el mundo ha sabido que los cometas tienen la costumbre de engendrar monstruos, y que hay excelentes recetas para librarse de este contagio. Todo el mundo conviene en que un individuo de ese pequeño globo por el que se arrastran nuestros genios imperecederos ha descubierto las leyes del movimiento y de la posición respectiva de cien millones de mundos. De todo ello estamos admirablemente seguros, y si todos los tiempos y todos los pueblos se acusan mutuamente de error, es por pura malicia.

¿Por qué tratar de reírse de los antiguos que consideraban los números como el principio universal? La extensión, las fuerzas, la duración, todas las propiedades de las cosas naturales, ¿no siguen acaso las leyes de los números? Lo que es a la vez real y misterioso ¿no es lo que más nos hace avanzar en la profundidad de los secretos de la Naturaleza? ¿No es esta misma una perpetua expresión de evidencia y de misterio, visible e impenetrable, calculable e infinita, probada e inconcebible, conteniendo todos los principios del ser y toda la vanidad de los sueños? Se nos muestra, y no la vemos; hemos analizado sus leyes, y no sabríamos imaginar sus procedimientos; nos ha dejado probar que seríamos capaces de levantar un planeta; pero el movimiento de un insecto es el abismo en que nos abandona. Nos da una hora de existencia en medio de la nada; nos muestra y nos suprime; nos produce para que hayamos sido. Nos da un ojo que podría verlo todo, y pone ante él todo el mecanismo, toda la organización

de las cosas, todos los prodigios del ser infinito; y cuando miramos y nos disponemos a conocer, he aquí que cierra para siempre esos ojos tan admirablemente preparados.

¿Por qué, pues, hombres que pasáis hoy por el mundo, queréis certidumbres? ¿Y hasta cuándo será preciso afirmaros nuestros sueños para que pueda decir vuestra vanidad: «Sé»? Sois menos pequeños cuando ignoráis. Queréis que, hablando de la Naturaleza, se os diga, como en vuestros balances y cifras: «Esto es, esto no es». Pues bien, aquí tenéis una novela; sabed, estad seguros.

El número... Nuestros diccionarios definen el número como una colección de unidades; de suerte que la unidad, que es el principio de todos los números, queda ajena al término que los expresa. Lamento que nuestra lengua no tenga una palabra que comprenda la unidad y todos sus productos más o menos directos, más o menos complejos. Supongamos ambos que la palabra número quiere decir eso, y puesto que tengo un sueño que contarle, permítame adopte de nuevo el tono de las grandes verdades que quiero enviarle por el correo de mañana.

Escuche atentamente, se trata de la antigüedad, aunque esta no supiera el cálculo de las fluxiones^[91].

El número es el principio de toda dimensión, de toda armonía, de toda propiedad, de todo agregado; es la ley del universo organizado.

Sin las leyes de los números, la materia sería una masa informe, indigesta; sería el caos. La materia organizada según estas leyes es el mundo; la necesidad de estas leyes es el destino; su poder y sus propiedades son la Naturaleza, y la concepción universal de esas propiedades es Dios.

Las analogías de esas propiedades forman la doctrina mágica, secreto de todas las iniciaciones, principio de todos los dogmas, base de todos los cultos, fuente de las relaciones morales y de todos los deberes.

Abrevio todo lo posible, y usted sin duda me agradecerá tanta discreción, pues muy bien podría seguir la filiación de todas las ideas cabalísticas y religiosas, refiriendo a los números las religiones del fuego, probando que la idea misma del espíritu puro es el resultado de ciertos cálculos, reuniendo en un mismo encadenamiento todo lo que ha esclavizado o halagado la imaginación humana. Este rápido examen de un mundo misterioso no dejaría de tener su interés; pero no valdría lo que el olor numérico exhalado de las siete flores de jazmín que el aire va a llevar y a perder en las arenas de su terraza de Chessel.

No obstante, sin los números, no hay flores ni terraza. Todo fenómeno es número o proporción. Las formas, el espacio, el tiempo, son efectos, productos del número; pero el número no es producido, ni modificado, ni perpetuado más que por sí mismo. La música, esto es, la ciencia de toda armonía, es una expresión de los números. Nuestra música misma, fuente tal vez de las más fuertes impresiones que pueda experimentar el hombre, se halla fundada sobre los números.

Si yo estuviese versado en astrología, le diría otras muchas cosas; pero, en suma, ¿no está la vida toda regulada por los números? Sin ellos, ¿quién sabría la hora de un

oficio, de un entierro? ¿Quién podría bailar? ¿Quién sabría cuándo *conviene cortarse las uñas*?

La unidad es seguramente el principio, como la imagen de toda unidad y, por tanto, de toda obra completa, de todo concepto, de todo proyecto, de toda realización, de la perfección, del conjunto. Así, todo número complejo es uno; así, toda percepción es una; así, el universo es uno.

Uno es a los números engendrados lo que el rojo a los colores, o Adán a las generaciones humanas. Adán era el primero, y la palabra Adán significa rojo. Esto es lo que hace que la materia de la gran obra deba llamarse Adán cuando es llevada al rojo, pues la quintaesencia roja del universo es como Adán, que Adonai formó de quintaesencia.

Pitágoras ha dicho: «Cultivad asiduamente la ciencia de los números; nuestros vicios y nuestros crímenes no son más que errores de cálculo». Esta frase, tan útil y de una profunda verdad, es sin duda lo mejor que de los números puede decirse. Pero he aquí lo que Pitágoras no ha dicho^[92].

Sin uno, no habría ni dos ni tres; la unidad es, pues, el principio universal. Uno es infinito por lo que de él sale: produce coeternalmente dos, y aun tres, de donde proviene todo el resto. Aunque infinito, es impenetrable; está en todo, ineludiblemente; no puede cesar; no habiéndolo hecho nadie, no podría cambiar; además, no es ni visible, ni azul, ni ancho, ni espeso, ni pesado: no es como si se dijera... más que un número.

En cuanto a dos, ya es muy distinto. Si no hubiese dos, sólo habría uno. Ahora bien; cuando todo es uno, todo es semejante; cuando todo es semejante, no hay discordancia; allí donde no hay discordancia, está la perfección: luego es dos quien lo enreda todo. He ahí el mal principio, he ahí a Satán. Así, de todas nuestras cifras, la cifra dos es la que tiene la forma más siniestra, el ángulo más agudo.

Sin embargo, sin dos, no habría composición, ni relaciones, ni armonía. Dos es el elemento de toda cosa compuesta en tanto que compuesta. Dos es el símbolo y el medio de toda generación. Sobre el arca había dos querubines, y son dos las alas del pájaro; lo que hace de dos el principio de la elevación.

Tres reúne la expresión del conjunto y la de la composición; es la armonía perfecta. La razón es palpable en él; es un número compuesto que sólo es divisible por uno. De tres puntos colocados en relaciones iguales nace la más sencilla de las figuras. Esta figura triple no es, sin embargo, más que una, así como la armonía perfecta. Y, en la sabiduría oriental, el poder que crea, Brahma, el poder que conserva, Vishnú, y el poder que destruye, Rutrán, ¿no forman estos tres poderes reunidos la Trimurti? ¿No se reconoce a los tres en la Trimurti? Esto es lo que hace Brahma, el único principio.

En las cosas de la tierra, treinta y tres, número formado por dos treses, ¿no es el de la edad de la perfección para el hombre? Y el hombre, que es de con mucho la más bella obra de Brahma, ¿no tuvo en otro tiempo tres almas?

Tres es el principio de perfección; es el número de la cosa compuesta y vuelta a la unidad, de la cosa agregada a la elevación y terminada por la unidad. Tres es el número misterioso del primer orden; así, tres reinos hay en las cosas terrestres; y, para todo compuesto orgánico, tres accidentes: formación, vida, descomposición.

Cuatro se asemeja mucho al cuerpo, porque el cuerpo tiene cuatro facultades. Encierra también toda la religión del juramento; el cómo es cosa que ignoro; pero, puesto que un maestro lo ha dicho, sin duda sus discípulos lo explicarán.

Cinco está protegido por Venus, pues ella preside el matrimonio; y cinco tiene en su forma algo de afortunado que no se sabría definir. De ahí que tengamos cinco sentidos y cinco dedos; no es preciso buscar más razones.

Nada sé sobre el número seis, como no sea que el cubo tiene seis caras. Todo el resto me ha parecido indigno de las grandes cosas que he reunido sobre otros números.

Pero siete es de una importancia extrema. Representa todas las criaturas, lo que lo hace tanto más interesante cuanto que ellas nos pertenecen todas: derecho divino transferido desde hace largo tiempo, y que prueban la brida y la red, a pesar de lo que a veces dicen osos, leones y serpientes. Este imperio estuvo a punto de perderse por el pecado; pero es necesario poner dos sietes juntos; el uno destruirá al otro: pues, estando como está también en ello el bautismo, setenta y siete significa la abolición de todos los pecados por el bautismo, como lo demostró san Agustín a las academias de África.

Fácilmente se ve en siete la unión de dos números perfectos, de dos principios de perfección, unión completada, en cierto modo, y consolidada, por esa unidad sublime que le imprime un gran carácter de conjunto, y que hace que siete no sea seis. Es el número misterioso del segundo orden o, si se quiere, el principio de todos los números compuestos. Los diversos aspectos de la luna lo han probado, y por eso se ha escogido el séptimo día para el descanso. Las fiestas religiosas hicieron así sagrado este número entre los pueblos. De ahí la idea de los ciclos septenarios, ligada a la del gran cataclismo. En todas partes del universo ha impreso Dios el carácter sagrado del número siete, dice Joachites^[93]. En *el cielo estrellado*, todo ha sido hecho por siete. Toda la mística antigua aparece penetrada del número siete: es el más misterioso de los números apocalípticos, de los números del culto de Mitra y de los misterios de iniciación. Siete estrellas del genio luminoso. Siete Gâhanbards, siete Amsehaspands o ángeles de Ormuz^[94]. Los judíos tienen su semana de años, y el cuadrado de siete era el verdadero número de su periodo jubilar. Se observaba que, al menos para nuestro planeta y aun para nuestro sistema solar, el número siete era el más particularmente indicado para los fenómenos naturales. Siete esferas del primer orden^[95]; siete metales^[96]; siete olores^[97]; siete sabores; siete rayos de luz; siete tonos; siete articulaciones simples de la voz humana^[98].

El discernimiento del bien y del mal. A los catorce años, puede engendrar el hombre; a los veintiuno, ha llegado a una especie de madurez que hace escoger este

tiempo para la mayoría política y legal. Veintiocho años es la época de un gran cambio en los sentimientos humanos y en los colores de la vida. A los treinta y cinco termina la juventud. A los cuarenta y dos comienza el retroceso de nuestras facultades. A los cuarenta y nueve, la más larga vida está en su mitad, por lo que a la duración extrema se refiere, y en su otoño por lo que a las sensaciones atañe; aparecen las primeras arrugas físicas y morales. A los cincuenta y seis comienza la más apresurada vejez. Sesenta y tres es la primera época de la muerte natural (recuerdo que usted censura esta expresión; diremos, pues, muerte necesaria, muerte producida por las causas generales del declinar de la vida). Quiero decir que, si se muere de vejez a los ochenta y cuatro, o a los noventa y ocho, se muere de edad a los sesenta y tres; por lo menos es la primera época en que la vida termina por las enfermedades de la decrepitud. Muchos personajes célebres han muerto a los setenta años, a los ochenta y cuatro, a los noventa y ocho, a los ciento cuatro (o ciento cinco). Aristóteles, Abelardo, Eloísa, Lutero, Constantino, Schah-Abbas, Nostradamus y Mahoma murieron a los sesenta y tres; y Cleopatra comprendió perfectamente que era preciso esperar veintiocho días para morir después de Antonio.

¡Nueve! Si se cree a las hordas mongólicas y a numerosos pueblos de Nigeria, he aquí el más armónico de los números. Es el cuadrado del único número divisible por la unidad; es el principio de las producciones indirectas; es el misterio multiplicado por el misterio. En el *Zend-Avesta*^[99] puede verse cuán venerado era el nueve por una parte del Oriente. En Georgia, en el Iranved, todo se hace por nueve; los ávaros y los chinos lo han amado particularmente. Los musulmanes de Siria cuentan noventa y nueve atributos de la divinidad, y los pueblos de la parte oriental de la India conocen dieciocho mundos, nueve buenos y nueve malos.

Pero el signo de ese nombre tiene el rabillo hacia abajo, como un cometa que siembra monstruos; y nueve es el emblema de toda vicisitud funesta. En Suiza, especialmente, los cierzos destructores duran nueve días. Ochenta y uno, o nueve multiplicado por sí mismo, es el número de la gran climatérica^[100]; todo hombre que ame el orden debe morir a esa edad, y Dionisio de Heraclea^[101] dio en esto un gran ejemplo al mundo.

Confieso que dieciocho años pasan por una edad bastante bonita; y, sin embargo, es la destrucción multiplicada por el mal principio; pero hay medio de ponerlo todo de acuerdo. En dieciocho años hay doscientos dieciséis meses, número muy funesto y muy complicado. En él se ve, ante todo, ochenta y uno multiplicado por dos, lo que es espantable. En el excedente cincuenta y cuatro se encuentra un juramento y Venus. Cuatro y cinco reunidos se asemejan, pues, mucho al matrimonio, estado que seduce a los dieciocho años; que de nada sirve para uno y otro sexo a los cuarenta y cinco o cincuenta y cuatro; que no deja de ser ridículo a los ochenta y uno, y que en todo tiempo puede, por sus mismos placeres, alterar, desolar y degradar la Naturaleza humana, según los horrores que acompañan al culto del número cinco. ¿Puede haber algo peor que envenenar su vida por un goce de cinco? Y como a los dieciocho años

es cuando estos peligros están en su mayor fuerza, de ello se deduce que no hay edad más funesta. He aquí algo que sólo por los números podía descubrirse; y así es como los números son la base de la moral.

Si encuentra usted en todo esto alguna incertidumbre, rechace la duda, redoble la fe. He aquí ahora lo que decía la primera luz de los primeros siglos^[102]. Diez es justicia y bienaventuranza, resultante de la criatura que es siete, y de la Trinidad que es tres. Once es el pecado, porque infringe diez o la justicia. Con ello tocamos el más alto punto de lo sublime, después del cual es menester callarse; san Agustín mismo no supo más.

Si me quedase bastante papel, le probaría la existencia de la piedra filosofal; le probaría que tantos hombres sabios y célebres no eran insensatos; le probaría que dicha piedra no es más sorprendente que la brújula, ni más inconcebible que la encina nacida de la bellota por uno sembrada; pero dejemos por el momento que los atolondrados que, al terminar sus humanidades, han hecho un madrigal, decidan que Stahl^[103], Becher^[104] y Paracelso^[105] han merecido el manicomio.

Vaya usted a ver sus jazmines, y deje mis dudas y mis pruebas. Busco un poco de delirio, a fin de poder, al menos, reír de mí mismo; hay un cierto reposo, un placer, extravagante si se quiere, en considerar que todo es sueño. Ello puede distraer de otros sueños más serios y debilitar los de nuestra inquietud.

Usted se opone a que la imaginación nos arrastre, porque nos extravía; pero, cuando se trata de los goces individuales del pensamiento, ¿no estaría, quizás, nuestro destino presente en las infracciones? Todos los hombres han soñado; todos han tenido necesidad de ello: cuando el genio del mal los hizo vivir, el genio del bien los hizo dormir y soñar.

Carta XLVIII

Méterville, 1.º de septiembre, VI

Cualquiera que sea la indiferencia con que uno arrastre sus años, a veces se distingue el cielo en una noche sin nubes. Se ven los astros inmensos; no es una fantasía de la imaginación, allí están, ante nuestros ojos; se ve su distancia mucho más vasta, y esos soles que parecen mostrar mundos en que seres diferentes a nosotros nacen, sienten y mueren.

El tronco del abeto joven se yergue junto a mí, derecho e inmóvil; sube en el aire, al parecer sin vida ni movimiento; pero subsiste y, si se conoce a sí mismo, su secreto y su vida están en él: crece invisiblemente. Es el mismo durante la noche como durante el día; es el mismo bajo la nieve fría como bajo el sol de los veranos. Gira con la tierra; gira inmóvil entre todos esos mundos. La cigarra se agita durante el reposo del hombre; morirá, y el abeto caerá, y cambiarán los mundos. ¿Dónde estarán nuestros libros, nuestros renombres, nuestros temores, nuestra prudencia, y la casa que se querría construir, y el trigo que la helada no ha abatido? ¿Para qué tiempo atesoramos? ¿Para qué siglo es nuestra esperanza? Una nueva revolución de un astro, una hora más de su duración, y todo lo que somos dejará de ser; todo lo que somos quedará más perdido, más destruido, más imposible que si jamás hubiese sido. Aquel cuya desgracia nos abruma estará muerto; aquella cuya belleza nos deslumbra estará muerta. El hijo llamado a sobrevivir, muerto estará.

Habéis reunido los recursos de las artes^[106]; veis la luna como si estuviese cerca de vuestros telescopios; buscáis en ella movimiento; pero, si lo hubo, ya no lo hay, ahora está muerta. Y el lugar, el globo en que os halláis, morirá como ella. ¿En qué os detenéis? Habríais podido hacer un memorial para vuestro proceso, o terminar una oda de la que se hubiese hablado mañana por la noche. ¡Inteligencia de los mundos, qué vanos son los cuidados del hombre! ¡Qué risibles solicitudes por incidentes de una hora! ¡Qué insensatos tormentos para arreglar los detalles de esta vida, que un soplo del tiempo va a disipar! Mirar, gozar de lo que pasa, imaginar, abandonarse: esto sería todo nuestro ser. Pero regular, establecer, conocer, poseer, ¡qué demencia!

No obstante, quien no quiera inquietarse por días inseguros no conocerá el reposo que deja al hombre a sí mismo, o el descanso que puede distraer de esas repugnancias que se prefieren a la vida tranquila; no tendrá, cuando lo quiera, la taza llena de café o de vino capaz de apartar por un momento al hastío mortal. No tendrá orden ni continuidad en lo que se vea obligado a hacer; no tendrá seguridad para los suyos.

Pues su pensamiento habrá abarcado el mundo en sus altas concepciones, y su genio, apagado por la languidez, ni siquiera tendrá ya estas concepciones; pues su pensamiento habrá buscado demasiadas verdades en la Naturaleza de las cosas, y no será ya dado a su mismo pensamiento el mantenerse según su propia Naturaleza.

No se habla más que de reprimir las propias pasiones, y de tener la fuerza de hacer lo que se debe; pero en medio de tanta impenetrabilidad, mostrad, pues, qué es lo que se debe. Yo no lo sé, y me atrevo a suponer que muchos otros lo ignoran. Todos los sectarios han pretendido decirlo y mostrarlo con evidencia; pero sus pruebas sobrenaturales aún nos han dejado en una duda mayor. Tal vez un conocimiento cierto y un fin conocido no corresponden ni a nuestra Naturaleza ni a nuestras necesidades. Sin embargo, es preciso querer. Es una triste necesidad, es una preocupación intolerable el verse obligado de continuo a tener una voluntad cuando no se sabe cómo regularla.

Con frecuencia descanso en la idea de que el curso accidental de las cosas y los efectos directos de nuestras intenciones no son sino una apariencia, y que toda acción humana es necesaria y determinada por la marcha irresistible del conjunto de las cosas. Me parece que esta es una de las verdades que siento dentro de mí; pero cuando pierdo de vista las consideraciones generales, me inquieto y proyecto como otro cualquiera. Algunas veces, por el contrario, me esfuerzo en profundizar todo esto para saber si mi voluntad puede tener una base y si mis puntos de vista pueden referirse a un plan continuo. Ya comprenderá usted que en esta oscuridad impenetrable todo se me escapa, hasta las probabilidades mismas; no tardo en cansarme; me desanimo, y nada veo seguro, como no sea la inevitable incertidumbre de cuanto los hombres querrían conocer.

Esas vastas concepciones que hacen al hombre tan soberbio y tan ávido de dominio, de esperanzas y de duración, ¿son más vastas que los ciclos reflejados sobre la superficie de un charco de lluvia que se evapora con el primer viento? El metal que el arte ha pulido recibe la imagen de una parte del universo; y nosotros, como él, la recibimos. Pero él no se da cuenta de ese contacto. Este sentimiento del darse cuenta tiene algo de asombroso, que nos complace llamar divino. Y ese perro que nos sigue, ¿no tiene acaso el sentimiento de los bosques, de los cazadores y de la escopeta, cuya huella recibe su ojo al repercutir las figuras? No obstante, después de haber perseguido algunas liebres, lamido la mano de sus amos y desenterrado algunos topos, el perro muere; lo abandonamos a los cuervos, cuyo instinto percibe las propiedades de los cadáveres, y confesamos que ya no tiene aquel sentimiento.

Estas concepciones, cuya inmensidad sorprende a nuestra debilidad y llena de entusiasmo nuestros corazones limitados, son tal vez menos para la Naturaleza que el más imperfecto de los espejos para la industria humana: y, sin embargo, el hombre lo rompe sin pena. Digamos que es horrible para nuestra alma ávida no tener más que una existencia accidental; digamos que es sublime esperar la reunión con el principio del orden imperecedero; y no afirmemos más.

El hombre que trabaja por elevarse es como esas sombras de la tarde que se extienden durante una hora, y se tornan más vastas que su causa, y parecen crecer al agotarse, y que un segundo basta a hacer desaparecer.

También yo tengo momentos de olvido, de fuerza, de grandeza y desmesuradas necesidades: *sepulchri immemor!* Pero veo los monumentos de las generaciones desaparecidas; veo el guijarro sometido a la mano del hombre, y que existirá cien siglos después de él. Abandono la preocupación de lo que pasa, y esos pensamientos del presente ya perdido. Me detengo sorprendido; y escucho lo que aún subsiste; y quisiera oír lo que subsistirá; y busco en el movimiento del bosque, en el ruido de los pinos, algunos de los acentos de la lengua eterna.

¡Fuerza viva! ¡Dios del mundo! Admiro tu obra si el hombre está llamado a perdurar; en caso contrario, me aterro.

Carta XLIX

Méterville, 14 de septiembre, VI

¡De modo que, porque no siento horror por sus dogmas, estoy próximo a reverenciarlos! Me parece que es todo lo contrario. Y, si no me engaño, usted es el que ha proyectado convertirme.

Dígame, ¿sabe usted que tenga yo algún interés en no admitir sus opiniones religiosas? Si contra ellas no tengo ni interés, ni parcialidad, ni pasión, ni siquiera alejamiento, ¿de qué medio se valdrán ellas para entrar en una cabeza sin sistemas y en un corazón que el remordimiento no les preparará nunca?

El interés de las pasiones es lo que impide el ser cristiano. De buena gana diría que este es un argumento bien mísero. Le hablo a usted como enemigo; nos hallamos en estado de guerra; usted pretende atontar a mi libertad. Si acusa usted a los incrédulos de no tener la conciencia pura, yo acusaré a los crédulos de no tener un celo sincero. De estas acusaciones sólo resultarán vanas palabras, una charlatanería repetida en todas partes hasta la saciedad, y que nunca probará nada.

¿Y si yo le dijese que no hay más cristianos que los malos, puesto que sólo ellos necesitan quimeras para no robar, asesinar y traicionar? Ciertos cristianos, cuyo humor devoto y cuya creencia burlesca han desequilibrado el corazón y el espíritu, se encuentran siempre entre el deseo del crimen y el temor al diablo. Según el método vulgar de juzgar a los demás por sí mismo, se alarman en cuanto ven a un hombre que no se persigna: «No es de los nuestros, está contra nosotros; no teme lo que nosotros tememos, luego no teme nada, luego es capaz de todo; si no tiene las manos juntas es porque las esconde; seguramente tiene un estilete en la una y un veneno en la otra».

Yo no me indigno con esas buenas gentes; ¿cómo podrían ellas creer que basta el orden, si el desorden se halla en sus ideas? Otros de ellos me dirán: «Vea usted todo lo que he sufrido, ¿de dónde habría sacado yo fuerzas para soportarlo, sino las hubiese recibido de lo alto?». Pero, amigo mío, otros han sufrido más y no han recibido nada de lo alto; con la diferencia de que no meten ruido ni se creen más grandes por ello. Se sufre, como se anda. ¿Cuál es el hombre que puede andar veinte mil leguas? El que anda una legua por día y vive sesenta años. Cada mañana renueva las fuerzas, y la esperanza apagada deja todavía una esperanza vaga.

Las leyes son evidentemente insuficientes. ¡Pues bien! Yo quiero mostrarle a usted seres más fuertes que usted, y que son casi siempre indómitos; que viven en medio de

ustedes no sólo sin freno religioso, sino también sin leyes; cuyas necesidades quedan con frecuencia muy mal satisfechas; que encuentran lo que se les niega, y no hacen el menor movimiento para apoderarse de ello; y entre ellos, por lo menos treinta y nueve de cada cuarenta morirán sin haber hecho daño, en tanto que ustedes preconizan el efecto de la gracia si, entre sus cristianos, se encuentran en este mismo caso tres o cuatro.

—¿Dónde están esos seres milagrosos, esos justos?

—No se enfade usted; no son filósofos, no son, ni mucho menos, seres milagrosos, no son cristianos; son simplemente esos dogos que ni llevan bozal, ni están gobernados, ni catequizados, y que se encuentra usted a cada momento, sin exigir que sus terribles fauces hagan, para tranquilizarle, un signo sagrado.

—Bromea usted.

—De buena fe; ¿qué quiere que haga si no?

Todas las religiones se anatematizan, porque ninguna ostenta un carácter divino. Ya sé que la suya tiene este carácter, pero que el resto de la tierra no lo ve, porque está oculto; y yo soy como el resto de la tierra, discernio muy mal lo invisible.

Yo no digo que la religión cristiana sea mala; pero, para creerla, es preciso creerla divina, lo que no es cosa fácil. Puede ser muy bella, como obra humana; pero una religión no podría ser humana, por más terrestres que sean sus ministros.

La sabiduría, en cambio, es humana; no gusta de remontarse a las nubes para caer luego hecha escombros; exalta menos las cabezas, pero no las expone al olvido de los deberes por el desprecio de sus leyes desenmascaradas; no prohíbe ningún examen, ni teme ninguna objeción; no habrá pretexto alguno para desconocerla; sólo la depravación del corazón prevalecerá contra ella; y si la sabiduría humana fuese la base de las instituciones morales, su imperio sería poco menos que universal, puesto que no podría sustraerse a sus leyes sin hacer con ello una confesión solemne de infamia.

—No podemos convenir en ello; no aprobamos la sabiduría.

—Es que son ustedes consecuentes.

Dejo a los hombres de partido que aparentan obrar de buena fe, y que llegan hasta a hacerse amigos para que se sepa que los han convertido; y vuelvo a referirme a usted, que es realmente un convencido, y que querría proporcionarme ese sosiego, que jamás tendré.

Lo que sí detesto es que se sea más intolerante contra la religión que en su favor. Sus adversarios declarados me gustan tan poco como sus celadores fanáticos. No seré yo quien decida que se deba uno apresurar, en ciertos países, a desengañar a un pueblo que cree realmente, con tal de que haya pasado el momento de las guerras santas y no se encuentre ya en el fervor de las conversiones. Pero cuando un culto está desencantado, encuentro ridículo que se pretenda devolverle sus prestigios; cuando el arca está usada, cuando los levitas, perplejos y pensativos en torno de sus

escombros me gritan: «No te aproximes, tu aliento profano los mancillaría», me veo obligado a examinarlos para ver si hablan en serio.

—¿En serio? Sin duda; y la Iglesia, que no perecerá, va a dar a los pueblos ese antiguo fervor cuyo retorno le parecía a usted quimérico.

—No me molesta que haga usted la experiencia; no pongo en duda el éxito, y lo desearía de buen grado; por lo menos, sería un hecho curioso.

Puesto que siempre es a *ellos* a quienes acabo por dirigirme, ya va siendo hora de cerrar una carta que no es para usted. Cada uno de nosotros guardaremos nuestras opiniones sobre este punto; y nos entenderemos perfectamente sobre los demás. Las manías supersticiosas y los extravíos del cielo no existen para un verdadero hombre de bien, como tampoco existen los peligros tan exagerados de eso que *ellos* llaman, ridículamente, ateísmo. Yo no deseo que renuncie usted a esa creencia; pero es muy útil que se deje de considerarla como indispensable para el corazón del hombre, pues si se es consecuente, y se pretende que no hay moral sin ella, fuerza será que volvamos a encender las hogueras.

Carta L

Lyon, 22 de junio, séptimo año

Desde que la moda no tiene aquella uniformidad local que constituía a los ojos de tanta gente una manera de ser necesaria, y casi una ley de la Naturaleza; desde que cada mujer puede escoger la apariencia que se le antoja, cada hombre quiere igualmente decidir la que le conviene.

Las gentes que entran en la edad en que se gusta criticar lo que no es como en otro tiempo, encuentran de muy mal gusto que no se lleven ya los cabellos levantados sobre la frente, el moño alto y apretado, la parte inferior del cuerpo completamente desnuda bajo una bóveda de noble diámetro y los talones en equilibrio sobre tacones de un palmo. Estos usos venerables mantenían una gran pureza de costumbres; pero, después, las mujeres han pervertido su gusto hasta el punto de imitar a los únicos pueblos que han tenido gusto hasta ahora; han dejado de ser más anchas que altas, y habiendo abandonado gradualmente los corpiños ferrados y emballenados, ultrajan a la Naturaleza hasta el punto de poder respirar y comer a pesar de estar vestidas.

Concibo que un atavío perfeccionado choque a quienes agradaba la rigidez antigua, la manera de los godos; pero no puedo perdonarles el que den una tan risible importancia a esos cambios inevitables.

Dígame usted si ha encontrado nuevas razones de lo que ya habíamos observado juntos en esos enemigos declarados de las costumbres actuales, que son, casi infaliblemente, hombres de malas costumbres. Los otros, si las critican, no ponen al menos ese calor que me los hace sospechosos.

Nadie se sorprenderá de quedos hombres que se han burlado de las costumbres hablen enseguida de las *buenas costumbres* a voz en cuello; que se las exijan tan severamente a las mujeres, después de haberse pasado la vida procurando hacérselas abandonar; y que las desprecien a todas porque muchas tuvieron la desgracia de no despreciarlos a ellos. Es esta una pequeña hipocresía de la que no creo se den cuenta ni aun ellos mismos. Es más aún, y mucho más comúnmente, un efecto de la depravación de sus gustos, de los excesos de sus hábitos y del deseo secreto de encontrar una resistencia seria para tener la vanidad de vencerla; es una consecuencia de la idea de que otros han gozado probablemente de las mismas flaquezas, y del temor de que les falten ahora a ellos del mismo modo que ellos lograron hacer faltar a otras en su favor.

Cuando los años hacen que ya no tengan ningún interés en implantar el desprecio a todos los derechos, el interés de sus pasiones, que fue siempre su única ley, comienza a advertirles que esos mismos derechos se violarán con respecto a ellos. Ellos han contribuido a hacer perder la severidad de las costumbres que entonces les estorbaban, y ahora declaman contra las costumbres libres que les inquietan. Pero en vano predicán; las cosas buenas recomendadas por tales hombres caen en menosprecio, en vez de recibir con ello una nueva autoridad.

Con la misma inutilidad dicen algunos que, si se levantan contra las costumbres licenciosas, es porque han reconocido sus peligros. Esta causa, alguna vez real, no es de aquellas que se creen, porque de sobra se sabe que, ordinariamente, el hombre que ha sido injusto, cuando esto le era cómodo en la edad de las pasiones, si luego se vuelve justo es sólo por motivos personales. Su justicia, más vergonzosa que su misma licencia, es aún más despreciada, porque es menos franca.

Pero que gentes jóvenes se sientan escandalizadas súbitamente y antes de poder reflexionar en ellas por cosas cuya Naturaleza debería halagar a sus sentidos, y que no podrían mejorar naturalmente hasta después de una madura meditación, he ahí, a mi juicio, la prueba más patente de una depravación real. Me sorprende que haya gentes sensatas que consideren esto como una última voz de *la Naturaleza que se rebela*, y que recuerda en el fondo de los corazones sus leyes desconocidas. La corrupción, dicen, no puede franquear ciertos límites; y esto les tranquiliza y consuela.

Por mi parte, creo ver lo contrario. Quisiera saber lo que piensa usted de ello, y si soy el único en ver así las cosas. Aunque, desde luego, no seré yo quien asegure que esta es la verdad, y hasta convengo en que muchas apariencias están en contra mía.

Mi modo de pensar al respecto no podía resultar más que de lo que personalmente experimento; yo no estudio, no hago observaciones sistemáticas, y sería bastante incapaz de hacerlas. Reflexiono ocasionalmente; recuerdo lo que he sentido. Cuando esto me conduce a examinar lo que no sé por mí mismo, lo hago, al menos, buscando mis datos en lo que me es conocido con mayor seguridad. Esto es, en mí; no teniendo estos datos nada de supuesto ni de paradójico, me sirven para descubrir muchas cosas en lo que les es análogo u opuesto.

Se que con el común de los hombres se encuentran dificultades a todo lo que se opone a la necesidad de sus ideas, a la brutalidad de sus sensaciones y a esa insípida suficiencia que abusa de todo lo que cree no será castigado. No digo que las mujeres de tocado demasiado libre estén completamente exentas de crítica; en cuanto a las que no la merecen por otro concepto, olvidan cuando menos que viven en medio de la muchedumbre, y este olvido es una imprudencia. Pero no es de ellas de quienes se trata; me refiero a la sensación que su ligereza de ropas puede suscitar en hombres de caracteres diferentes.

Me pregunto por qué hombres que se lo permiten todo y que, lejos de respetar lo que llaman pudor, muestran hasta en sus mismas palabras que no conocen siquiera las

leyes del buen gusto; por qué hombres que no razonan en lo más mínimo su conducta y que se abandonan a las fantasías del momento, creen encontrar indecencia en cosas en que yo no la veo y en las que la misma reflexión sólo criticaría la inoportunidad del instante. ¿Cómo es posible, realmente, que encuentren indecentes ciertas cosas que, por sí mismas y cuando no se hallan fuera de lugar, parecen sencillísimas a los demás, y que hasta gustarían a quienes aman el verdadero pudor y no la hipocresía o la superstición del pudor?

Es un funesto error conceder a las palabras y al lado externo de las cosas una importancia tan grande; bastará familiarizarse con esos fantasmas por medio de alguna costumbre, aun legítima, para dejar de conceder importancia a las cosas mismas.

Cuando me encuentro con una devota que a los dieciséis años no podía soportar que la besasen en juegos de sociedad, y que luego, al casarse a los veintidós, se horroriza ante la sola idea de la primera noche de bodas, para acabar, a los veinticuatro, recibiendo a su director en sus brazos, no creo que todo en ella fuera exclusivamente hipocresía. Veo mucho más la necedad de los preceptos que se le enseñaron. Puede haber mala fe en ella, tanto más cuanto que una moral falsa altera siempre el candor del alma y que una prolongada contención suscita el disfraz y la duplicidad. Pero si la hay en su corazón, todavía hay mucha más inepticia en su cabeza. Se le ha falseado el espíritu, se la ha mantenido sin cesar en el terror de deberes quiméricos, sin sugerirle el menor sentimiento de los deberes reales. En lugar de mostrarle el verdadero fin de las cosas, se la ha acostumbrado a relacionarlo todo con un fin imaginario. Estas relaciones dejan de ser sensibles; las proporciones se tornan arbitrarias; las causas y efectos no se toman en cuenta para nada; las conveniencias de las cosas son imposibles de descubrir. Ella no puede imaginar siquiera que exista una razón del mal y del bien, fuera de la regla que se le ha impuesto, y en otros respectos que las oscuras relaciones entre sus costumbres más secretas y la voluntad impenetrable de las inteligencias que quieren siempre lo contrario que el hombre.

Se le ha dicho: «Cierra los ojos y marcha luego hacia delante, que es el camino de la felicidad y de la gloria, el único camino; la pérdida, el horror, los abismos, la eterna condenación, llenan todo el resto del espacio». Así, ella avanza ciegamente y se extravía siguiendo una línea oblicua. La cosa era inevitable. Si se marcha con los ojos cerrados por un espacio abierto en todas direcciones, una vez perdida no se recobrará ya la dirección inicial, y muchas veces ni aun se sabrá que se ha perdido. Si ella, pues, no se da cuenta de su error, cada vez se extraviará más, perdiéndose confiadamente. Si, en cambio, se da cuenta de su extravío, se turbará y se abandonará; desconociendo toda proporción en el mal, creerá no tener ya nada que perder, una vez perdida aquella primera inocencia, única que le importaba y que le sería imposible recuperar.

Se ha visto a muchachas sencillas mantenerse ignorantemente en la más severa prudencia y sentir horror de un beso como de un sacrilegio; pero, si el beso es obtenido, piensan que ya no tienen nada que guardar y se entregan por entero, simplemente porque creían haberse entregado ya. Nunca les habían dicho las consecuencias más o menos grandes de estas cosas y su importancia relativa. Sólo habían querido resguardarlas del primer paso, como si se hubiese tenido la seguridad de que este primer paso no se daría nunca o que siempre se estaría a su lado para retenerlas luego.

La devota a que antes me refería no evitaba las imprudencias, pero temía a un fantasma. La consecuencia natural es que, cuando le hayan dicho en el altar que debe acostarse con su marido, lo arañará durante los primeros días y poco tiempo después se acostará con otro, que le hablará de la salvación y de las mortificaciones de la carne. Antes se espantaba cuando le besaban la mano, pero lo hacía instintivamente; en cambio ahora, una vez acostumbrada, le parece tan natural que gocen de ella. Su ambición era ser colocada entre las vírgenes del paraíso; pero he aquí que ya no es virgen, y como ello es irremediable, ¿qué le importa ya lo demás? Se lo debía todo a un celeste esposo, y según ejemplo dado por la Virgen. Ahora ya no es la servidora de la Virgen, ya no es la esposa celeste, un hombre la ha poseído; luego, ¿qué importancia puede tener que la posean después otros?

Los derechos de un marido la impresionan poco; jamás ha reflexionado ella en cosas tan mundanas; es muy posible que hasta las ignore, y puede asegurarse, desde luego, que no le impresionan ni poco ni mucho, desde el momento en que no comprende la razón de ellas.

En verdad, ella ha recibido la orden de ser fiel; pero esta es una palabra cuya impresión ha pasado, pues pertenecía a un orden de cosas en el cual ella no se para a pensar y sobre el cual se avergonzaría de conversar consigo misma. Una vez que se ha acostado con un hombre, su preocupación ha terminado; y si, por casualidad, en ausencia de su marido, un hombre más santo que él tiene la habilidad de responder a sus escrúpulos en un momento de deseo o de necesidad, ella cederá como cedió al casarse; gozará con menos terror que el que acompañara a sus primeros goces, pues su placer no es ya una cosa nueva, y aporta un cambio menos grande en su estado. Como no la inquieta una prudencia terrenal, como la horrorizaría poner precauciones en el pecado, y atención y reflexión en un acto que permite a sus sentidos, pero cuya mancilla aparta su alma, lo más probable es que se quede encinta, y que la mayoría de las veces ignore si su marido es realmente el padre del hijo que le carga en cuenta. Pero, aun sabiéndolo, preferirá dejar a su marido en el error, con tal de no tener que pronunciar una mentira, que exponerlo a una cólera que ofendería al cielo o que exponerse ella misma a maldecir del prójimo nombrando a su seductor.

Es muy cierto que la religión, mejor entendida, no le permitiría una conducta semejante, y no hablo aquí contra ninguna religión. La moral, bien concebida por todos, haría a los hombres justos y desde luego buenos y felices. La religión, que es la

moral menos razonada, menos probada, menos persuadida por las razones directas de las cosas, pero sostenida por lo que sorprende, y afirmada y hecha necesaria por una sanción divina; la religión, *bien entendida*, haría a los hombres absolutamente puros. Si hablo de una devota, es porque en nadie el error moral es más grande y está más alejado de las verdaderas necesidades del corazón humano que en los errores de los devotos. Yo admiro la religión tal como ella debería de ser, y la admiro como una gran obra. No me gusta que, levantándose contra las religiones, se niegue su belleza o se desconozca o niegue el bien que estaban llamadas a hacer. Quienes así obran, cometen un error. El bien que ha sido hecho, ¿es menos bien por haber sido hecho de una manera contraria a sus ideas? Que se busquen medios de hacer más con menos; pero que se reconozca el bien que se ha hecho; pues, en fin de cuentas, se ha hecho mucho. He aquí algunos términos de mi profesión de fe^[107]; y por cierto que me parece que nos hemos creído demasiado alejados el uno del otro en esta cuestión.

Si se empeña usted en que vuelva a mi primer objeto por una transición según las reglas, me colocará usted en una situación sumamente difícil. Pero aunque mis cartas se asemejen demasiado a las prédicas, y aunque yo le escriba como un solitario que habla a su amigo del mismo modo que sueña en sí mismo, le advierto que pretendo conservar toda la libertad epistolar que se me antoje.

Esos hombres cuyos goces inconsiderados, o mal escogidos, han pervertido sus propios afectos y embrutecido sus sentidos, no ven, creo yo, en el amor físico sino la grosería de sus costumbres, habiendo perdido el delicioso presentimiento del placer. Un desnudo les choca, porque en ellos no hay ya un intervalo entre la sensación que de él reciben y el apetito brutal a que se reduce toda su voluptuosidad. Esa necesidad suscitada en ellos les agradaría lo mismo con tal de que recordasen esos placeres informes que exigen sentidos más lascivos que ardorosos; pero, como no han conservado el verdadero pudor, han dejado que las repugnancias se mezclen a los placeres. Como no han sabido distinguir lo conveniente de lo inconveniente, ni aun en el abandono de los sentidos, han buscado a esas mujeres que corrompen las costumbres, viciando los modales, y que son despreciables, no precisamente porque dispensan el placer, sino porque lo desnaturalizan y destruyen, poniendo la licencia en el lugar de la libertad. Como, al permitirse lo que repugna a los sentidos delicados y al confundir cosas de un orden muy diferente, han dejado escapar las ilusiones seductoras, como sus imprudencias han sido castigadas con resultados funestos y repugnantes, han perdido el candor de la voluptuosidad con las incertidumbres del deseo. Su imaginación sólo se enciende ya por la costumbre; sus sensaciones, más viciosas que ávidas; sus ideas, más groseras que voluptuosas; su desprecio por las mujeres, prueba bastante clara del desprecio que ellos mismos han merecido, todo les recuerda lo que tiene el amor de odioso, y tal vez de peligroso. Su encanto primitivo, su gracia, tan poderosa sobre las almas puras, todo lo que tiene de amable y venturoso no es ya para ellos. Han llegado al punto de necesitar exclusivamente rameras con las que divertirse sin recato y con su habitual desdén, o mujeres pudicísimas que puedan

impresionarles, aun cuando ya ninguna delicadeza basta a contenerles, y que, no siendo mujeres con respecto a ellos, no les inspiren el sentimiento importuno de lo que han perdido. ¿No es evidente que si un tocado un poco libre les ofende es porque su imaginación degradada y sus sentidos extenuados no pueden ser movidos ya sino por una especie de sorpresa? Lo que les hace malhumorados es no poder sentir en ocasiones ordinarias y fáciles. No tienen otra facultad que la de ver las cosas que han estado escondidas y que, súbitamente, se descubren; como esos hombres casi ciegos que no advierten la presencia de la luz sino al pasar bruscamente de las tinieblas a una gran claridad.

Quien comprenda algo de las costumbres verá que la mujer despreciable es aquella que, escrupulosa y severa en sus costumbres visibles, prepara durante numerosos días de reflexión el medio de engañar a un marido que pone su honor o su satisfacción en ser el único que la posee. Sí, ella reirá con su amante y se burlará de su marido engañado; pero yo pongo por encima de ella a una cortesana cualquiera que conserve cierta dignidad y cierta libertad de elección y, sobre todo, cierta lealtad en sus costumbres licenciosas.

Si los hombres fuesen siquiera sinceros, a pesar de todos sus intereses, sus oposiciones y sus vicios, la tierra sería todavía hermosa.

Si la moral que se les predica fuese verdadera, consecuente y nunca exagerada; si les mostrase la razón de los deberes en sus justas proporciones; si no tendiese más que a su fin real, no quedaría otra cosa que hacer en cada país que contener a un puñado de hombres cuyo cerebro mal organizado fuese incapaz de reconocer la justicia.

Estos espíritus desordenados podrían ponerse al lado de los imbéciles y de los maniáticos, sin que por ello fuese mayor el número de los primeros. Hay pocos hombres que no sean susceptibles de razón; pero muchos no saben dónde encontrar la verdad, ni medio de esos errores públicos que se dicen poseedores de ella; y, si la encuentran, no saben cómo reconocerla, a causa de la manera torpe, repugnante y falsa con que se la presentan.

El bien inútil, el mal imaginario, las virtudes quiméricas, la incertidumbre, absorben nuestro tiempo y nuestras facultades y voluntades, como tantos cuidados y trabajos superfluos o contradictorios impiden, en un país floreciente, llevar a cabo aquellos realmente útiles y de una finalidad invariable.

Cuando no hay ya principios en el corazón, se es muy escrupuloso en cuanto a las apariencias públicas y los deberes de opinión; esta severidad, fuera de lugar, es un testimonio poco sospechoso de los reproches interiores.

Reflexionando —dice Jean-Jacques^[108]— en la locura de nuestras máximas, que sacrifican siempre a la decencia la verdadera honestidad, comprendo por qué el lenguaje es tanto más casto cuanto más corrompidos los corazones, y por qué los procedimientos son tanto más exactos cuanto más bribones quienes los emplean.

Tal vez sea una ventaja haber gozado poco; es muy difícil que placeres tan repetidos no acaben por traer consigo el tedio o la saciedad. Así, depravados o simplemente debilitados por la costumbre que disipa las ilusiones, no sienten ya esa sorpresa que anuncia una dicha en la que no se creía o que no se esperaba; no llevan la imaginación del hombre más allá de lo que concebía; no la elevan ya mediante una progresión cuyo último término es ya demasiado conocido; la esperanza contrariada lo abandona a ese penoso sentimiento de una voluptuosidad que se escapa, a ese sentimiento de la repetición que con frecuencia ha venido a enfriarla. Se recuerda demasiado que no hay nada más allá, y esa dicha tan imaginada, tan esperada, tan poseída antaño, no es ya sino la diversión de una hora y el pasatiempo de la indiferencia. Los sentidos agotados, o satisfechos al menos, no se encienden ya con una primera emoción; la presencia de una mujer no los sorprende ya; sus bellezas al descubierto no los agitan ya con un estremecimiento universal; la seductora expresión de sus deseos no da ya al hombre por ella amado una inesperada felicidad. Él sabe cuál es el goce que obtiene; puede imaginar que tendrá un fin; su voluptuosidad no tiene ya nada de sobrenatural; aquella a quien posee no es más que una mujer, y él mismo lo ha perdido todo y no sabe va amar sino con las facultades de un hombre.

* * *

Ya es hora de concluir; el día comienza. Si regresó usted ayer a Chessel, sin duda se dispone usted en este momento a visitar sus frutales. Yo, en cambio, que nada semejante tengo que hacer y que apenas me conmuevo por una hermosa mañana, desde que no sé cómo emplear el día, voy a acostarme. No me desagrada, cuando apunta el día, tener aún toda mi noche por pasar, a fin de llegar sin demasiado trabajo a la tarde, de la que me importa un ardite.

Carta LI

París, 2 de septiembre, VII

Un tal san Félix, que fue ermitaño en Franchart^[109], tiene, según dicen, su sepultura cerca de aquel monasterio, bajo la roca que llora. Es una piedra arenisca cuyo cubo puede tener las dimensiones de una habitación de tamaño ordinario. Según las estaciones, rezuma o corre gota a gota el agua, que cae sobre una piedra plana, ligeramente cóncava; y como los siglos la han excavado por el efecto insensible y continuo del agua, esta agua tiene particulares virtudes. Tomada durante nueve días, cura los ojos de los niños. Allí se llevan a los que sufren de la vista, o podrían sufrir algún día; al cabo de la novena, muchos se hallan en buen estado.

No sé claramente con qué objeto le hablo a usted hoy de un lugar en el que durante mucho tiempo no he pensado. Me siento triste, y escribo. Cuando estoy de un humor más alegre, logro prescindir de usted; pero, en los momentos sombríos, lo busco. Conozco muchas gentes que tomarían esto muy a mal; ¡allá ellos!; seguramente no tendrán por qué quejarse de mí, ya que no es a ellos a quienes buscaré en mi tristeza. Por lo demás, durante toda la noche he dejado mi ventana abierta, y la mañana está tranquila, tibia y nebulosa; comprendo que haya pensado en ese monumento de una religión melancólica entre las malezas y las arenas del bosque. El corazón del hombre, tan móvil y percedero, encuentra una especie de perpetuidad en esa comunicación de los sentimientos populares, que los propaga, los acrece y parece eternizarlos. Un ermitaño grosero, sucio, estúpido, trapacero tal vez, e inútil para el mundo, atrae a su tumba todas las generaciones. Simulando dedicarse a la nada sobre la tierra, encuentra en ella una veneración inmortal. Dice a los hombres: «Renuncio a todo lo que vuestros deseos pretenden, no soy digno de ser uno de vosotros»; y esta abnegación le coloca sobre el altar, entre el poder supremo y todas las esperanzas de los hombres.

Los hombres quieren que se vaya a la gloria con estrépito o con un rodeo hipócrita; diezmándolos o engañándolos; insultando su miseria o su credulidad. Quien los pisotea es augusto; quien los embrutece, venerable. Todo esto me es completamente igual, por lo que a mí se refiere. Me siento muy dispuesto a colocar la opinión de los sabios sobre la del pueblo. Poseer la estimación de mis amigos y la benevolencia pública sería para mí una necesidad; una gran reputación no sería más que una diversión; no pondría pasión en ella; a lo más sería un capricho. ¿Qué puede hacer por la felicidad de mis días un renombre que, mientras yo vivo, no es casi nada

aún, y que crecerá cuando yo ya no exista? El orgullo de los vivos es el que pronuncia con tanto respeto el nombre de los muertos. No veo una muy sólida ventaja en servir dentro de mil años a las pasiones de los diversos partidos y a los caprichos de la opinión. Me basta que un verdadero hombre no pueda acusar mi memoria; lo demás es vanidad. El azar es muchas veces el factor decisivo, y los medios me desagradan todavía más; yo no quisiera ser ni un Carlos XII^[110] ni un Pacomio^[111]. Buscar la gloria sin alcanzarla es demasiado humillante; merecerla y perderla es triste quizás, y obtenerla no es el primer fin del hombre.

Dígame usted si los más grandes nombres son acaso los de los hombres justos. Cuando podamos hacer cosas buenas, hagámoslas por ellas mismas, y si nuestra suerte nos aleja de las grandes cosas, no abandonemos al menos lo que la gloria no recompensará; dejemos las incertidumbres, y seamos buenos en la oscuridad. Bastantes hombres buscando la fama por si misma, darán un impulso, quizás necesario, en los grandes estados; en cuanto a nosotros, procuremos sólo hacer aquello que debiera traer consigo la gloria y permanezcamos indiferentes a esas fantasías del destino, que con frecuencia la conceden a la dicha, negándola a veces al heroísmo, y dándola tan raramente a la pureza de intenciones.

Desde hace algunos días siento una gran nostalgia de las cosas sencillas. Me aburro ya en París. No es que la ciudad me disguste del todo, pero jamás podré hallarme ya a gusto en los lugares en que sólo estoy de paso. Además, esta estación me recuerda siempre la dulzura que se podría encontrar en la vida doméstica, si dos amigos, a la cabeza de dos familias poco numerosas y bien unidas, poseyesen dos hogares vecinos, en el fondo de los prados, entre bosques, cerca de una ciudad y lejos, sin embargo, de su influencia. La mañana se consagraría a las ocupaciones serias, y la velada a esas pequeñas, que interesan tanto como las grandes cosas, cuando estas no agitan demasiado. Pero no sería yo el que deseara ahora una vida completamente oscura e ignorada en las montañas. Ya no quiero cosas tan sencillas; puesto que no he podido tener tan poco, quiero tener más. Las negativas obstinadas de mi suerte han acrecido mis necesidades; yo buscaba esa sencillez en que reposa el corazón del hombre, pero ahora no deseo más que aquella en que su espíritu puede desempeñar también un papel. Quiero gozar de la paz, y del placer de concertar esta paz. Allí donde ella reina universalmente sería demasiado fácil; encontrando todo lo que necesitarían los deseos del sabio, no encontraría con qué llenar las horas de un espíritu inquieto. Comienzo a proyectar, a dirigir los ojos hacia el porvenir, a pensar en otra edad; ¿acaso tendré yo también la manía de vivir?

No sé si usted presta bastante atención a esas fruslerías que aproximan, que ligan a todos los individuos de la casa y a los amigos que vienen a unirse a ella; a esas minucias, que dejan de serlo, puesto que uno se apega a ellas y las persigue y las busca sin cesar. Cuando en los primeros días secos, después del invierno, el sol calienta la hierba sobre la cual se hallan todos sentados; o cuando las mujeres cantan en una habitación sin luz, en tanto que la luna brilla tras las encinas, ¿no se está acaso

tan bien como colocados en círculo para decir con esfuerzo frases insípidas o encajonados en un palco de la ópera, donde el aliento de dos mil cuerpos, de una limpieza y de una salud más o menos dudosa, lo hacen sudar a uno como en un horno? ¡Y esos cuidados divertidos y repetidos de una vida libre! Si, avanzando en edad, no los buscamos más, al menos los compartimos; y vemos a nuestras mujeres correr tras ellos, y a nuestros hijos deleitarse con ellos. ¡Violetas que se encuentran con tanta alegría, que se buscan con tanto interés; fresas, moras, avellanas; recolección de las peras silvestres, de las castañas caídas; piñas del pino para el hogar de otoño, dulces costumbres de una vida más natural! ¡Felicidad de los hombres sencillos, sencillez de las tierras felices!... Os veo, y me heláis. Dirá usted: «¡Y yo que esperaba una exclamación pastoral!». Pero, ¿no será preferible hacerla sobre los gorgoritos de una cantante?

Está usted en un error: es usted demasiado razonable; ¿qué placer ha ganado usted en ello? Sin embargo, mucho me temo llegar pronto a ser tan razonable como usted.

Él ha llegado. ¿Quién? Él. Cuando menos, merece no ser nombrado; creo que un día será de los nuestros, tiene una forma de cabeza... Tal vez se ría usted también de esto; pero, realmente, la dirección de la nariz forma con la línea de la frente un ángulo tan poco sensible... Como usted quiera; dejemos eso. Pero si le concedo que Lavater^[112] es un entusiasta, me concederá usted que no es un viejo chocho. Por mi parte, sostengo que encontrar el carácter y, sobre todo, las facultades de los hombres en sus rasgos fisonómicos son una concepción genial, y no un extravío de la imaginación. Examine usted la cabeza de uno de los hombres más sorprendentes de los siglos modernos. Usted lo sabe; viendo su busto, adiviné que era él. No tenía más indicio que la relación de lo que él había hecho con lo que yo veía. Afortunadamente, no me hallaba solo, y este hecho prueba en mi favor. Por lo demás, ninguna investigación es, tal vez, menos susceptible de la certidumbre de las ciencias exactas. Dentro de unos siglos, se podrá conocer bastante bien el carácter, las inclinaciones, los medios naturales; pero siempre se estará expuesto al error con respecto a esa parte del carácter que las causas accidentales modifican, sin tener el tiempo ni la facultad de alterar sensiblemente los rasgos. De todas las obras sobre este difícil tema, los fragmentos de Lavater son, a mi juicio, los más curiosos; yo se los llevaré a usted. En Méterville, los recorrimos demasiado superficialmente, y es preciso que los leamos de nuevo. Y no quiero decir nada más por hoy, pues preveo que tendremos el placer de discutir largamente.

Carta LII

París, 9 de octubre, VII

Estoy muy contento de su joven amigo. Creo que será hombre amable y estoy seguro de que no será simplemente un *amable*. Mañana parte para Lyon. Usted le recordará que deja aquí dos personas que no han de olvidarle. Ya adivinará usted cuál es la otra, digna de quererle como madre, aunque demasiado amable para no ser amada de otra manera, y él demasiado joven para prevenir y evitar ese hechizo que fatalmente vendría a mezclarse en unas relaciones, por otra parte, tan legítimas. No me disgusta que se vaya; usted está ya prevenido y le hablará con prudencia.

Me parece justificar todo el interés que se toma usted por él, y si fuese hijo suyo le felicitaría a usted. Por cierto que su hijo, si hubiese vivido, tendría precisamente la edad de él; él, en cambio, no tiene ya padre. Desgraciadamente, el hijo de usted y su madre estaban destinados a perecer antes de tiempo. No seré yo quien rehúya ya el hablarle a usted de ello. Los antiguos dolores nos entristecen sin desgarrarnos; esa amargura profunda, pero dulcificada por el tiempo y, al fin, tolerable, nos llega a ser casi necesaria; ella nos vuelve a nuestras viejas costumbres, complace a nuestros corazones ávidos de emociones, que buscan el infinito hasta en sus pesares. Además, le queda a usted su hija; buena, amable, interesante, como los que ya no existen; ella puede reemplazarlos para usted. Por grandes que sean sus pérdidas, su desgracia no es la del desventurado, sino simplemente la del hombre. Si aquellos que ya no existen viviesen todavía, la felicidad de usted habría rebasado la medida acordada a los dichosos. Dedicemos a su memoria esos recuerdos que tan bien merece, sin detenernos demasiado en el sentimiento de las penas irremediables. Que la paz y la moderación, que nada debe arrebatar por completo al hombre, sean con usted, y compadézcame por permanecer tan lejos de usted en este respecto.

Volviendo al que usted llama mi protegido, con más razón podría yo decir que es el de usted; pero, en efecto, usted es más que su protector, y no se me ocurre qué más habría podido hacer por él su propio padre. Me parece que así lo comprende él, y su misma falta de afectación me confirma en esta idea. Aunque durante nuestro paseo por el campo hayamos hablado de usted a cada momento, en el bosque lo mismo que en los prados, casi nada me ha dicho de las obligaciones que ha contraído para con usted. Claro está que no necesitaba hablarme de ellas, pues para eso lo conozco a usted de sobra; pero también es verdad que no debía hablarme de ellas, puesto que no soy *uno* de los amigos de usted. Sin embargo, sé lo que ha dicho al respecto a

madame T..., con la que, lo repito, simpatizaba grandemente y que, por cierto, es muy adicta a usted.

Yo le había escrito a usted que pensábamos ir a ver los alrededores de París muy en breve, y conviene que tome usted nota de ello, a fin de que antes de mi marcha a Lyon reciba usted una larga carta mía, y no pueda decirme ya que este año no escribo más que tres líneas^[113], como un mundano cualquiera.

Por otra parte, él no tardó en aburrirse en París. Si su edad es curiosa, no es de una curiosidad que pueda satisfacer largo tiempo una gran ciudad. Menos curioso de una medalla que de un castillo arruinado en los bosques, aunque hombre de modales gratos, dejará el círculo más escogido por un bosque bien provisto de caza; y, a pesar de su naciente gusto por las artes, dejará gustoso un amanecer de Vernet^[114] por una hermosa mañana, y el paisaje más verdadero de Hue^[115] por los valles de Bièvre o de Montmorency.

Sin duda está usted ya impaciente por saber dónde hemos estado y lo que nos ha sucedido; pero, en primer lugar, no nos ha sucedido nada, y en cuanto a lo demás, ya lo sabrá usted a su tiempo; como usted sabe, soy aficionado a los rodeos. ¿Sabe usted que sería muy posible que un día le llegase a gustar París, aunque ahora rechace tal posibilidad? «Si, es muy posible», dirá usted, con bastante frialdad y tratando de proseguir; pero, ¡alto ahí!; sin duda vale la pena que nos detengamos un momento, y quiero dejarle convencido.

No es natural en un joven de sentimientos profundos el amor desmedido a una capital, puesto que una capital no es algo absolutamente natural al hombre. El necesita un aire puro, un cielo ancho, una vasta campiña abierta a las carreras, a los descubrimientos, a la caza, a la libertad. La paz laboriosa de las granjas y los bosques le agrada más que la turbulenta molición de nuestras prisiones. Los pueblos cazadores no conciben que un hombre libre pueda inclinarse a labrar la tierra; del mismo modo, él no comprende cómo puede un hombre encerrarse en una ciudad, y todavía menos que pueda él llegar un día a gustar de lo que ahora le repugna. No obstante, tiempo vendrá en que el campo más hermoso, aunque siempre hermoso a sus ojos, ha de serle extraño. Un nuevo orden de ideas absorberá su atención; otras sensaciones ocuparán naturalmente el lugar de aquellas que eran para él las únicas naturales. Cuando el sentimiento de las cosas ficticias le sea tan natural como el de las cosas sencillas, este se irá borrando insensiblemente en su corazón, y no porque el primero le agrade más, sino porque lo agitará más. Las relaciones de hombre a hombre excitan todas nuestras pasiones; van acompañadas de tanta turbación, nos mantienen en una agitación tan continua, que después de ellas el reposo nos abrumba, como el silencio de esos desiertos desnudos en que no hay variedad ni movimiento, nada que buscar, nada que esperar. Los quehaceres y el sentimiento de la vida rústica animan el alma sin inquietarla, la hacen feliz. Las sollicitaciones de la vida social, en cambio, la agitan, la arrastran, la exaltan, la circundan y asedian; en suma, la esclavizan. Así, el juego fuerte retiene al hombre precisamente porque le cansa; su funesta costumbre le

hace necesarias esas alternativas de esperanza y de temor que le apasionan y le consumen.

Pero fuerza es que venga a lo que tengo que decirle; aunque, desde luego, puede estar usted seguro de que no dejaré de interrumpirme nuevamente; mis facultades para razonar intempestivamente son extraordinarias.

Resolvimos ir a pie; este modo de locomoción le pareció de perlas; pero, afortunadamente, no fue del gusto de su criado. Entonces, para no llevar con nosotros a un descontento, que hubiese seguido de mala gana nuestros sencillos planes, se me ocurrió mandarlo a hacer unos encargos en París y lo dejamos solo, cosa que, por otra parte, tampoco fue de su agrado.

Celebro poder detenerme aquí para decirle a usted lo mucho que los criados gustan del dispendio. Pues para eso comparten todas las comodidades y ventajas, sin sufrir las inquietudes, y como no disfrutaban de ello lo bastante directamente, de ahí que tampoco tengan por qué temer la saciedad y continúen indefinidamente interesados en aquellas ventajas.

¿Cómo, pues, no iban a ser aficionados al dispendio, habiendo como han encontrado el secreto de ponerlo al servicio de su vanidad? Cuando el coche del amo es el más hermoso de la ciudad, no cabe duda de que el lacayo es un ser de cierta importancia; y, por muy de humor modesto que sea, no podrá menos de sentir la satisfacción de ser el primer lacayo del barrio. Sé de uno al que se oyó decir: «Un criado puede muy bien enorgullecerse de servir a un amo rico, lo mismo que un noble se enorgullece de servir a un gran rey y dice con orgullo: “El rey, mi señor”». Indudablemente, este hombre acostumbraba a leer en la antecámara, y ello acabará por ser su perdición.

Tomé, pues, simplemente en los comisionistas a un hombre del que me respondieron, y él se encargó de la poca ropa y objetos necesarios, siéndonos útil en muchas cosas y no molestándonos en ninguna, muy contento al parecer de pasearse sin fatiga, acompañando a gentes que lo alimentaban bien y lo trataban todavía mejor. En cuanto a nosotros, no podía disgustarnos tener a nuestra disposición a un hombre con el cual se podía abandonar, sin comprometerse, el tono de mando. Era un compañero de viaje muy servicial y muy discreto, aunque se atreviera a veces a marchar a nuestro lado y hasta a hablarnos de su curiosidad y de sus observaciones, sin que nos viésemos obligados a mantenerlo en el silencio y a enviarlo a la retaguardia con una mirada digna.

Partimos el 14 de septiembre; hacía un magnífico tiempo de otoño, que se mantuvo casi sin variaciones durante toda nuestra excursión. Cielo tranquilo, sol débil y con frecuencia escondido, mañanas neblinosas, noches serenas, tierra húmeda y buenos caminos; en suma, el tiempo más favorable, y por todas partes gran abundancia de fruta. Nos sentíamos bien de salud y de bastante buen humor: él, ávido de ver y dispuesto a admirarlo todo; yo, muy contento de hacer ejercicio y, sobre todo, de ir al azar. En cuanto al dinero, muchos personajes de novela no necesitan de

él; hacen su vida y sus negocios y viven en todas partes sin que se sepa cómo lo hacen, y con frecuencia hasta dejando ver claramente que carecen de dinero. Es un hermoso privilegio, no cabe duda; pero hay hosteleros que no se acomodan a él; en vista de lo cual creímos oportuno proveernos de alguna pecunia. Así, nada nos faltó, al uno para divertirse mucho, al otro para hacer con él una excursión agradable, y muchos pobres quedaron justamente sorprendidos al ver que gentes que gastaban un poco de oro para deleite propio encontrasen todavía en su bolsillo algunos céntimos para las necesidades del mísero.

Síguenos usted sobre un plano de los alrededores de París. Imagine un círculo cuyo centro sea el hermoso puente de Neuilly, cerca de París, hacia el poniente de estío. Este círculo se hallará cortado dos veces por el Sena y una por el Marne. Deje la porción comprendida entre este y el riachuelo de Bièvre; tome solamente el gran contorno que comienza en el Marne, cortando el Sena más abajo de París, para terminar en Antony, a orillas del Bièvre. Así tendrá usted, poco más o menos, el itinerario que hemos seguido para visitar, sin alejarnos mucho, los lugares más arbolados, los más bonitos o los más pasables de una región que no es precisamente muy hermosa, pero sí agradable y bastante variada.

He ahí veinte días bien pasados y que no nos costaron más que unos once luises. Si hubiésemos hecho esta excursión de una manera en apariencia más cómoda, hubiésemos estado menos libres y con frecuencia contrariados; hubiésemos gastado mucho más y seguramente nos habríamos divertido menos y estado de peor humor.

Un inconveniente todavía mayor en cosas de este género sería el poner en ellas una economía demasiado estricta. Si hay que temer en cada hostería el momento en que aparecerá la carta, y arreglarse, al pedir de comer, de suerte que el gasto sea lo menor posible, más vale no salir de casa. Todo placer en el que no se disfruta de cierta holgura y cierta libertad, deja de serlo. Se torna no sólo insípido, sino desagradable; daba una esperanza que no ha podido cumplir, no es lo que debía ser; y, aunque sea poco lo que haya costado en dinero o en preparativos, es por lo menos un sacrificio baldío.

De lo poco que conozco de Francia, Chessel y Fontainebleau son los únicos lugares en que accedería gustosamente a establecerme, y Chessel el único en que desearía vivir. Pronto me verá usted instalado en él.

Ya le he dicho a usted que los álamos y abedules de Chessel no son como los demás álamos y abedules; los castaños y los estanques y el bote no son allí como en otras partes. Y el cielo de otoño es allí como el cielo de la patria. ¡Ah, esa uva moscatel, esas reinas-margaritas de color pálido, que a usted no le gustaban y que ahora nos gustan a ambos, y ese olor del heno en Chessel, en aquella hermosa granja donde jugábamos siendo yo niño! ¡Qué heno, qué quesos de nata, qué lindas terneras! ¡Cómo ruedan agradablemente por el piso de encima de mi gabinete las castañas al salir del saco! ¿No se diría acaso un ruido de juventud?

Amigo mío, ya no hay felicidad posible. Usted tiene sus negocios, tiene una posición; su razón madura; su corazón no cambia, pero el mío se aprieta. Ya no tiene usted tiempo para poner las castañas bajo la ceniza y tienen que preparárselas; ¿qué ha hecho usted de nuestros placeres?

Ahí estaré dentro de seis días; es cosa decidida.

Carta LIII

Friburgo, 11 de marzo, octavo año

No sé realmente qué habría sido de mí si no llega a venir esta herencia. Ciertamente que no la esperaba; pero, a pesar de todo, me sentía más fatigado del presente que inquieto del porvenir. En el hastío de hallarme solo encontraba al menos la ventaja de la seguridad. Jamás pensaba en el temor de que me faltase lo necesario; y ahora, que no puedo sentir en modo alguno ese temor, siento lo vacío que es para un corazón sin pasiones el no tener a nadie a quien hacer feliz, y el no vivir sino con personas extrañas, cuando al fin se tiene lo necesario para llevar una vida holgada.

Ya era, realmente, tiempo de que me fuese. Me sentía bien y mal a la vez. Tenía el uso de esos bienes que tantas gentes buscan sin conocerlos y que muchos condenan por despecho; de esos bienes cuya privación será penosa en la sociedad, pero cuya posesión da pocos goces. Yo no soy de esos que tienen la opulencia en nada. Sin estar en mi casa, sin administrar nada, sin dependencia como sin dificultades, tenía lo que me convenía en una ciudad como Lyon: un alojamiento decente, caballos y una mesa a la que podía invitar... a los amigos. Otra manera de vivir me hubiese aburrido más en una gran ciudad, pero esta no me satisfacía. Esta podría engañar si se compartiesen sus goces con alguien que realmente se complaciese en ellos; pero estoy destinado a vivir siempre como si no viviese.

Con frecuencia lo decíamos: un hombre razonable no suele sentirse desgraciado cuando es libre y dispone de algo de ese poder que da el dinero. No obstante, heme aquí, en Suiza, sin placer, lleno de hastío y no sabiendo qué resolución tomar. No tengo familia; nada me retiene aquí; usted no vendrá, y me siento muy aislado. Tengo cierta esperanza confusa de que esto no continuará así. Puesto que, al fin, puedo establecerme en algún sitio, no cabe duda de que debo pensar en hacerlo; tal vez el resto venga después por sí solo.

Todavía nieva; esperaré, pues, en Friburgo a que la estación esté más avanzada. Usted sabe que el criado que he tomado es de aquí. Su madre está muy enferma y no tiene más hijo que él. Como vivo en Friburgo, tendrá siquiera el consuelo de verlo a su lado, y por un mes, poco más o menos, tan bien estoy aquí como en cualquier otro sitio.

Carta LIV

Friburgo, 25 de marzo, VIII

Encuentra usted que no valía la pena abandonar tan pronto Lyon para detenerme en una ciudad; como respuesta le envió una vista de Friburgo. Aunque no sea exacta, y aunque el artista haya creído conveniente componer en vez de copiar fielmente, verá usted en ella, cuando menos, que me hallo en medio de rocas, y estar en Friburgo es como estar en el campo. La ciudad está emplazada sobre rocas y circundada de rocas. Casi todas las calles tienen una pendiente rápida; pero, a pesar de esta incómoda situación, está mejor construida que la mayoría de las pequeñas ciudades de Francia. En los alrededores, y a las puertas mismas de la ciudad, hay numerosos lugares pintorescos y un tanto agrestes.

La ermita llamada la Magdalena no merece su celebridad. Está ocupada por una especie de loco que se ha vuelto medio santo, no encontrando ya otra tontería que hacer. Este hombre jamás ha tenido conciencia de su estado; no fue magistrado en el gobierno ni ermitaño en la ermita; llevaba el cilicio bajo el uniforme de oficial y el pantalón de húsar bajo el sayal del desierto.

El peñón ha sido bien escogido por el fundador. Es seco y bien situado; la perseverancia de los dos hombres que han cimentado sobre él es indudablemente extraordinaria. Pero esta ermita, visitada por todos los curiosos, pertenece a ese orden de cosas inútiles que no hay por qué ir a ver y de las que se tiene una idea suficiente cuando se saben sus dimensiones.

Nada puedo decirle de los habitantes, puesto que no tengo el don de conocer a un pueblo sólo por haber hablado unos momentos con dos o tres personas; sin duda, la Naturaleza no me ha hecho viajero. Lo único que me parece distinguir es cierto arcaísmo en las costumbres; el antiguo carácter tarda siempre en perderse. Los hombres y los lugares conservan todavía la fisonomía helvética. Los viajeros vienen poco aquí; no hay lagos, ni ventisqueros considerables, ni monumentos. Sin embargo, los que sólo van a la parte occidental de Suiza deberían, por lo menos, atravesar el cantón de Friburgo por el pie de sus montañas; las tierras bajas de Ginebra, Morges, Iverdun, Nidau y Anet no son suizas y se asemejan a las de cualquier país.

Carta LV

Friburgo, 30 de marzo, VIII

Percibo lo mismo que antaño la belleza de un lugar pintoresco; pero la siento menos, o bien la manera que tengo de sentirla no me basta ya. Podría decir: recuerdo que esto es hermoso. En otro tiempo abandonaba los bellos lugares, y era la impaciencia del deseo, la inquietud que da el goce que se goza a solas y que podría poseerse en mayor grado. Hoy los abandono, y es el hastío de su silencio. No hablan bastante alto para mí; no veo en ellos lo que quisiera ver, lo que quisiera oír, y siento como si, a fuerza de no encontrarme ya en las cosas, llegase al punto de no encontrarme ya en mí mismo.

Comienzo a ver las bellezas físicas como las ilusiones morales; todo se decolora insensiblemente, y así tenía que ser. El^[116] sentimiento de las inconveniencias exteriores no es sino la percepción indirecta de una armonía intelectual. ¿Cómo iba a encontrar en las cosas esos movimientos que no encuentro ya en mi corazón, esa elocuencia de las pasiones de que carezco y esos sonos silenciosos, esos impulsos de esperanza, esas voces del ser que goza, prestigio de un mundo abandonado ya?

Carta LVI

Thun, 2 de mayo, VIII

Menester es que todo se apague; lentamente y por grados es como extiende el hombre su ser, y así es como debo perderlo.

Ya no siento más que lo extraordinario. Necesito sonos románticos para comenzar a oír y lugares nuevos para recordar lo que en otra época amaba.

Carta LVII

Baños del Schwarzsee, 6 de mayo, por la mañana, VIII

La nieve ha desaparecido prematuramente de las partes bajas de las montañas. Hago excursiones, a fin de escoger un lugar en que instalarme. Contaba con detenerme aquí dos días; el valle es largo y seguido, las montañas escarpadas desde su base; sólo hay prados para el ganado, pinos y agua; una soledad, en suma, como a mí me gusta, y el tiempo es bueno, aunque las horas sean tan largas.

Horas agradables las que pasamos ambos en su estanque de Chessel. Usted lo encontraba demasiado pequeño; pero aquí, donde el lago está bien encuadrado y tiene una extensión suficiente, se indignaría usted contra el gerente de estos baños, que, recibiendo en el verano una porción de enfermos a quienes el ejercicio y un pasatiempo cualquiera serían tan necesarios, no tiene una sola barca, a pesar de lo ricas que son en pesca estas aguas.

Carta LVIII

Seis de la tarde

Hay aquí, como en otras partes, y tal vez más que en otras partes, padres de familia íntimamente persuadidos de que una mujer, para tener buenas costumbres, debe apenas saber leer, puesto que las que saben escribir escriben enseguida a sus amantes, y las que escriben muy mal jamás tienen amantes. Es más, para que sus hijas lleguen a ser buenas amas de casa, conviene que sólo sepan hacer la sopa y contar la ropa de cocina.

No obstante, un marido cuya mujer no tiene otro talento que el culinario se aburre, se cansa de estar en casa y adquiere la costumbre de pasarse fuera de ella todo el día. Y aún se aleja más cuando su mujer, así descuidada y abandonada a las preocupaciones del hogar, se torna malhumorada; y, si la mujer tiene treinta años, el marido acaba por no estar nunca en casa y por emplear fuera, entre tantas ocasiones de gasto, el dinero que necesita para escapar a su aburrimiento, dinero que habría llevado el bienestar a su casa. Los apuros económicos hacen su entrada en esta; los hijos, siempre solos con su madre descontenta, sólo esperan la edad de escapar, como su padre, a los disgustos de semejante vida doméstica, cuando lo mismo los hijos que los padres habrían podido adaptarse perfectamente a ella si la amabilidad de una mujer hubiese creado desde su juventud un ambiente de alegría.

Estos padres de familia confiesan esos pequeños inconvenientes; pero, ¿en qué cosa no los hay? Por otra parte, conviene ser justos con ellos; todo tiene su compensación, y las cacerolas se hallan siempre concienzudamente fregadas.

Esas buenas amas de casa saben con exactitud el número de las mallas que sus hijas deben tejer en una hora y cuántas bujías se pueden encender después de la cena en una casa bien llevada; en una palabra, son lo que muchos hombres necesitan que sean, esos hombres que se pasan las dos terceras partes de sus días bebiendo y fumando. La cuestión capital para ellos estriba en no consagrar a su casa y familia más que tantos *batz*^[117] como escudos se gastan en la taberna^[118]; y, así, sólo se casan por tener una buena sirvienta.

En los lugares en que estos principios dominan se ven pocos matrimonios deshechos, pues no se renuncia de buen grado a una sirvienta que sabe muy bien su oficio, a la que no se paga sueldo y que ha traído, además, algunos bienes al matrimonio; pero también se ve rara vez aquella unión que constituye la felicidad de

la vida y llena las necesidades del hombre, evitándole buscar en otros sitios placeres menos reales y con indudables inconvenientes.

Los partidarios de aquellos principios son capaces de objetar la poca intimidad de los matrimonios de París o de otros lugares más o menos semejantes, como si las razones que impiden la intimidad en las capitales, en las que no se trata de unión conyugal, pudiesen aplicarse a costumbres muy diferentes y en lugares donde la intimidad constituiría la felicidad. Es cosa penosa ver hasta qué punto se aíslan los dos sexos. Nada tan triste, sobre todo para las mujeres, que no tienen compensación alguna y para las cuales no hay horas agradables ni lugares de esparcimiento. Desdeñadas, agriadas y reducidas a una severa economía o al desorden, se disponen a seguir el orden establecido con pena y por despecho, se reúnen muy poco entre sí, no se quieren lo más mínimo y se vuelven beatas, simplemente porque no conocen otro sitio a donde ir que la iglesia.

Carta LIX

Castillo de Chupru, 22 de mayo, VIII

A las dos estábamos ya en el bosque buscando fresas. Estas cubrían las laderas meridionales, y aunque muchas apenas se hallaban formadas, había una porción ya con el color y el aroma de la madurez. La fresa es uno de los más amables productos naturales; abundante y saludable hasta en los climas polares, se me antoja entre las frutas lo que la violeta entre las flores: suave, bonita y sencilla. Su olor se esparce con el soplo ligero de los aires, cuando este se introduce, por intervalos, bajo la bóveda de los árboles para agitar dulcemente los matorrales espinosos y las lianas prendidas a los troncos altos. Es llevado a las umbrías más densas con el cálido aliento del suelo más descubierto en que madura la fresa; mézclase allí a la húmeda frescura y parece exhalarse de los musgos y las zarzas. ¡Oh, armonías agrestes formadas de estos contrastes!

En tanto que apenas sentíamos el movimiento del aire en la soledad fresca y sombría, un viento tempestuoso pasaba libremente sobre la copa de los pinos; sus ramas temblaban de un modo pintoresco, entrechocándose contra las otras ramas. Algunas veces los altos troncos se separaban en su balanceo, y entonces se veían sus cabezas piramidales iluminadas por toda la luz del día y quemadas por sus fuegos sobre la tierra silenciosa en que se abrevaban sus raíces.

Cuando nuestros cestillos estuvieron llenos, salimos del bosque, alegres los unos, contentos los otros. Marchamos por senderos estrechos, a través de prados cerrados por vallas, a lo largo de las cuales crecen altos cornejos y grandes perales silvestres. ¡Tierra todavía patriarcal, cuando los hombres lo han dejado de ser! Yo me sentía bien, aunque sin haber experimentado exactamente lo que se llama un placer. Me decía que los placeres puros son, en cierto modo, placeres que no se hace otra cosa que probar; que la economía en el goce es el quid de la felicidad; que no basta que un placer carezca de remordimientos, ni siquiera que sea sin aleación, para ser un placer puro; que es menester todavía que no se haya aceptado sino lo preciso para percibir su sentimiento, para alimentar la esperanza y saber reservar para otros tiempos sus más seductoras promesas. Es una voluptuosidad muy dulce prolongar el goce eludiendo el deseo, no precipitar su alegría, no gastar su vida. Uno no goza bien del presente sino cuando espera un porvenir por lo menos igual, y toda felicidad se pierde si se quiere ser absolutamente feliz. Esta ley de la Naturaleza es lo que constituye el encanto inexpresable de un primer amor. Nuestros goces necesitan un poco de

lentitud, de continuidad en sus progresiones y de incertidumbre en su término. Deberíamos tener una voluptuosidad habitual y no emociones extremas y pasajeras; deberíamos tener la tranquila posesión que se basta a sí misma en su paz doméstica, y no esa fiebre de placer cuya embriaguez consumidora aniquila en la saciedad nuestros corazones fatigados de sus repeticiones, de sus repugnancias, de la vanidad de su esperanza, de la fatiga de sus penas. Pero nuestra razón misma, ¿debe acaso pensar, en medio de la sociedad inquieta, en ese estado de felicidad sin placeres, en esa quietud tan desconocida, en ese bienestar constante y sencillo en el que no se piensa en gozar, en el que ya no se siente la necesidad de desear?

Tal debería ser el corazón del hombre; pero el hombre ha cambiado su vida, ha desnaturalizado su corazón, y las sombras colosales han venido a fatigar sus deseos, porque las proporciones naturales de los seres reales han parecido demasiado exactas a su loca soberbia. Las vanidades sociales me recuerdan frecuentemente aquella fastuosa puerilidad de un príncipe que se creyó grande por haber mandado dibujar con faroles la cifra de la emperatriz sobre la ladera de una montaña de varias leguas.

También nosotros hemos tallado las montañas, pero nuestros trabajos han sido menos gigantescos. Fueron hechos con nuestras manos y no con las de los esclavos; nosotros no teníamos autócrata que recibir, sino amigos que colocar.

Un torrente profundo bordea los bosques del castillo, hundido entre rocas escarpadas y agrestes. En lo alto de estas rocas, al fondo del bosque, parece como si en otro tiempo se hubiese sacado piedra; las aristas dejadas por este trabajo han sido embotadas por el tiempo; pero todo ello constituye una especie de recinto, en forma casi de un medio hexágono y con capacidad para abrigar cómodamente a seis u ocho personas. Después de haber nivelado un poco el fondo de piedras y de haber concluido el bloque destinado a servir de bufete, hicimos un asiento circular con gruesas ramas cubiertas de hojas. De mesa nos sirvió una tabla colocada sobre unas astillas de madera allí dejadas por los obreros que acababan de talar cerca de aquel sitio algunas fanegas de hayas.

Todo esto quedó preparado por la mañana, y el secreto fue escrupulosamente guardado. Así que pudimos dar la sorpresa a nuestros huéspedes, conduciéndolos, con su carga de fresas, a aquel agreste rincón, desconocido para ellos. Las mujeres parecieron halagadas de encontrar allí las comodidades de una delicada sencillez en medio de un decorado terrorífico. Habíanse encendido unas ramas de pino en un ángulo de la roca suspendida sobre un precipicio, que las ramas tendidas de las hayas hacían menos espantable. Cucharas de madera, al estilo de Koukisberg^[119], tazas de una porcelana elegante, cestas de cerezas colocadas sin orden sobre el bloque de piedra, con fuentes de la espesa nata montañesa, y jarras llenas de esa segunda crema que sólo puede servir para el café, y cuyo gusto de almendra, muy ligeramente perfumado, no es conocido, según dicen, más que en los Alpes. Había, por último, unos garrafones con agua azucarada para las fresas.

El café no estaba ni molido ni tostado. Esta suerte de cuidados deben dejarse a las mujeres, que, ordinariamente, gustan de hacerlos por sí mismas; a tal punto comprenden que debe uno preparar su goce y, cuando menos en parte, deber a sí mismo lo que se quiere poseer. Un placer que se ofrece sin ser en cierto modo buscado por el deseo pierde frecuentemente parte de su gracia, como un bien demasiado tiempo esperado deja pasar el instante que le daba su máximo valor.

Todo estaba preparado, todo parecía previsto, pero cuando se quiso hacer el café, se encontró que la cosa más sencilla era precisamente la que nos faltaba: no había agua. Se unieron cuerdas que no parecían tener otro destino que el de atar las ramas llevadas para asiento nuestro y curvar las que debían darnos sombra y, no sin haber roto algunas cántaras, se logró al fin llenar dos en el agua helada del torrente, a trescientos pies por debajo de nosotros.

La reunión fue íntima y sincera la risa. El tiempo era magnifico, y el viento rugía en el profundo desfiladero por cuyo fondo corría el torrente, blanco de espuma, entre una doble fila de rocas angulosas. El cuco cantaba en el bosque, y los árboles más elevados multiplicaban todos estos sonos austeros. A una gran distancia, se oían los cencerros de las vacas que subían al Koukisberg. El olor agreste del pino quemado se unía a estos ruidos de la montaña, y en medio de los frutos sencillos, en un asilo desierto, el café humeaba sobre una mesa de amigos.

Sin embargo, los únicos de entre nosotros que gozaron de este instante fueron los que no sentían su armonía moral. ¡Triste facultad de pensar en lo que no es presente! ... Pero no había entre nosotros dos corazones semejantes. La misteriosa Naturaleza no ha colocado en el corazón de cada hombre el fin de su vida. El vacío y la abrumadora verdad se hallan en el corazón de quien se busca a sí mismo; la ilusión omnipotente no puede venir sino del ser a quien se ame. No se siente la vanidad de los bienes poseídos por otro; y engañándose así cada uno, los corazones amigos se sienten realmente felices en medio de la nada de todos los bienes directos.

En cuanto a mí, en vez de gozar del placer presente, me puse a soñar. No obstante, yo necesito poca cosa; aunque la verdad es que necesito que ese poco esté de acuerdo. Los bienes más seductores no podrían atraerme si en ellos descubro la menor discordancia; y, en cambio, el más tenue goce concorde basta a todos mis deseos. Esto es lo que me hace necesaria la sencillez; pues sólo ella es armoniosa. Hoy, el lugar era demasiado hermoso. Nuestra pintoresca sala, nuestro hogar rústico, una comida de frutas y de crema, nuestra momentánea intimidad, el canto de algunos pájaros y el viento que a cada momento arrojaba en nuestras tazas hojas de pino, eran ya suficientes; el torrente en la sombra y los ruidos lejanos de la montaña, aunque yo fuese el único en oírlos, rebasaban la medida.

Carta LX

Villeneuve, 16 de junio, VIII

Acabo de recorrer casi todos los valles habitables que se encuentran entre Charmey, Thun, Siol-Saint-Maurice y Vévay. No he ido a ellos con esperanza, para admirar o para gozar. He vuelto a ver las montañas que había visto hace cerca de siete años, pero no he llevado ya a ellas aquel sentimiento de una edad que buscaba ávidamente sus agrestes bellezas. Eran, sí, los nombres antiguos...; pero, al fin y al cabo, también yo llevo el mismo nombre. Me senté cerca de Chillon, sobre la playa. Oía las olas y procuraba oírlas más aún. Aquel sitio en que estuve antaño, aquella playa tan bella en mis recuerdos, aquellas aguas que no tiene Francia, y las altas cimas, y Chillon, y el Lemán no me han sorprendido, no me han satisfecho. Me hallaba allí como hubiese podido hallarme en cualquier otra parte. He encontrado de nuevo los lugares; pero no he podido resucitar aquellos tiempos.

¿Qué clase de hombre soy ahora? Si no sintiese el orden, si no quisiera todavía ser la causa de algún bien, creería que el sentimiento de las cosas está ya extinguido, y que la parte de mi ser que comunica con la Naturaleza ordenada ha concluido de vivir.

Usted no espera de mí ni narraciones históricas ni descripciones como debe hacerlas quien viaja para observar, para instruirse a sí mismo o para dar a conocer al público lugares nuevos. No será un solitario quien venga a hablarle de los hombres, que usted frecuenta más que él. No, no tendrá aventuras, ni le relatará la novela de su vida. Pero hemos convenido en que yo continuaré diciéndole lo que siento, ya que es usted quien me ha acostumbrado a hacerlo, y no lo que me rodea. Cuando hablamos el uno con el otro, es sobre nosotros mismos, pues nada más cerca de nosotros. Frecuentemente, me sorprende el que no vivamos juntos, cosa que me parece contradictoria y punto menos que imposible. Fuerza es que un secreto destino me haya arrastrado lejos de usted, pudiendo permanecer a su lado, ya que no traerle al lugar en que me hallo.

No podría decir qué necesidad me ha traído a una tierra poco ordinaria, cuyas bellezas ya no encuentro, y donde tampoco me encuentro ya a mí mismo. Mi primera necesidad, ¿no era, acaso, esa costumbre de pensar, de sentir juntos? ¿No era una necesidad soñar a solas con usted sobre esa agitación que, en un corazón percedero, abre un abismo de anhelo, que parece no podrá ya ser colmado sino por cosas imperecederas? Nos reíamos de ese movimiento siempre ardiente y siempre

frustrado; aplaudíamos la destreza con que se ha sacado partido de él para hacernos inmortales; buscábamos con premura algunos ejemplos de las ilusiones más groseras y más poderosas, a fin de figurarnos igualmente que la muerte misma y todas las cosas visibles no eran sino fantasmas, y que la inteligencia subsistiría para un sueño mejor. Nos abandonábamos con una especie de indiferencia y de impasibilidad al olvido de las cosas de la tierra; y, en el acorde de nuestras almas, imaginábamos la armonía de un mundo divino escondido bajo la representación del mundo visible. Pero ahora estoy solo, sin nada ya que me sostenga. Hace cuatro días, desperté a un hombre que se moría entre las nieves del Sanetz. Su mujer y sus dos hijos, que por él viven, y de los que parece ser plenamente el marido y el padre como lo eran antaño los patriarcas y como todavía lo son en las montañas y en los desiertos, los tres, débiles y medio muertos de temor y de frío, lo llamaban por las rocas y desde el borde del ventisquero. A la vuelta nos los encontramos. Y ya puede usted imaginarse una mujer y dos niños felices. Durante todo el resto del día, respiré como un hombre libre y anduve con mayor actividad. Pero, después, el mismo silencio se cerró en torno mío, y nada sucede que me haga sentir mi existencia.

He buscado, pues, en todos los valles, con objeto de adquirirlos, unos prados aislados, fácilmente accesibles, de una temperatura moderada, bien situados, atravesados por un riachuelo, y desde los cuales se oiga el rumor de una cascada o el oleaje de un lago. Ahora, deseo una propiedad, no importante, pero sí bastante extensa y de un género que el valle del Ródano no ofrece. Quiero también construirme una casa de madera, lo que será más fácil aquí que en el Bajo Valais. Tan pronto como me haya instalado, iré a Saint-Maurice y a Charrières. No he ido ahora por temor a que mi natural pereza y el apego que no tardo en tomar a los lugares a que me liga alguna costumbre, me hiciesen detenerme en Charrières. Prefiero escoger un lugar cómodo y edificar en él a mi manera y según mi conveniencia, ahora que puedo instalarme por algún tiempo, y tal vez para siempre.

Hantz, que habla el romano^[120], y que sabe también un poco del alemán del Oberland, seguía los valles y caminos, y se informaba en las aldeas. En cuanto a mí, iba de chalé en chalé a través de las montañas, y por sitios por los que él no se habría atrevido a pasar, a pesar de ser más robusto que yo y más habituado a los Alpes, y por los cuales yo mismo no habría pasado si no hubiese ido solo.

Si conoce usted algún nuevo mapa de Suiza, o un mapa topográfico de algunas de sus regiones, envíemelo. Todos los que yo he podido encontrar están llenos de errores, aunque entre los modernos hay algunos muy cuidadosamente ejecutados y que señalan con bastante exactitud la posición de numerosos lugares. Por otra parte, fuerza es confesar que hay pocos países cuyo mapa sea tan difícil de trazar.

Yo pensaba intentar llevar a cabo el del corto espacio comprendido entre Vévay, Saint-Gingouph, Aigle, Sepey, Etivaz, Montbovon y Sempales, siempre en el supuesto de que encontrase los prados de que le hablo, cerca del pico de Jamant, del que hubiese hecho el vértice de mis principales triángulos. Me prometía pasar en este

trabajo la inquieta estación del calor y de los días soleados. Pensaba hacerlo el año próximo, pero ya he renunciado a ello. Cuando todas las gargantas, todos los recovecos, todos los aspectos del país me hubiesen sido familiares, ya nada me quedaría por descubrir. Más vale, pues, conservar el único medio de escapar a los momentos de hastío intolerable, extraviándome en lugares nuevos, buscando con impaciencia lo que no me interesa, trepando con ardor a los picos más difíciles, para verificar un ángulo, para comprobar una línea, que enseguida olvidaré, a fin de poder observarla de nuevo, como si ello hubiese de servirme para un objeto determinado.

Carta LXI

Saint-Saphorin, 26 de junio, VIII

No me arrepiento de haber traído a Hantz. Diga usted a madame T... que le doy las gracias por haberme hecho don de él. Me parece franco y capaz de adhesión. Es inteligente, y toca, además, el corno con más gusto del que yo esperaba.

Por la noche, apenas ha salido la luna, tomo dos barcas. Sólo llevo un remero en la mía; y, una vez internados en el lago, sacamos una botella de vino, que nos permite continuar sentados y no decir palabra. Hantz va en la otra barca, cuyos remeros golpean el agua, pasando y repasando no muy lejos de la mía, que permanece inmóvil o dulcemente arrastrada por el oleaje. Hantz lleva consigo su corno, y dos mujeres alemanas cantan al unísono.

Es, realmente, una buena persona, y haré lo posible por retenerlo a mi lado, ya que encuentra su suerte bastante dulce. Me decía que ya no tiene inquietudes y que espera que siempre lo tendré conmigo. Creo que tiene razón; ¿puedo, acaso, negarme el único bien que poseo: un hombre que se siente contento?

Yo había sacrificado los únicos recursos que por entonces me quedaban en aras de ciertas amistades bastante íntimas. Por dejar unidos a los que parecían deber encontrar en su unión la felicidad, abandoné la única esperanza que podía halagarme. Esos sacrificios y otros más no han producido el menor resultado. En cambio, he aquí a un criado que es feliz, y por el cual nada he hecho, como no sea tratarlo como a un hombre. Le estimo, porque esto no le ha sorprendido, y lo encuentra absolutamente natural y no abusará de ello. Por otra parte, no es cierto que sea la bondad lo que por regla general engendra la insolencia, sino la debilidad. Hantz comprende perfectamente que le hable con cierta confianza, pero comprende también que soy capaz de mandar y hablar como un amo.

¿Creerá usted que se ha dedicado a leer la *Julia* de Jean-Jacques^[121]? Ayer, dirigiendo su barca hacia la orilla de Saboya, decía: «¡Conque esta es la Meillerie!». Pero que esto no le inquiete a usted; recuerde que no tiene pretensiones. No estaría conmigo si tuviese el espíritu de antecámara.

Es sobre todo la melodía^[122] de los sonidos lo que, reduciendo la extensión sin límites precisos a un movimiento sensible, pero vago, da al alma ese sentimiento de lo infinito que el alma cree poseer en duración y extensión.

Confieso que es natural al hombre el creerse menos limitado, menos finito, más grande que su vida presente, cuando, por casualidad, una percepción súbita le muestra

los contrastes y el equilibrio, el vínculo y la organización del universo. Ese sentimiento se le antoja el descubrimiento de un mundo por conocer, como un primer vislumbre de lo que podría serle revelado algún día.

Me gustan los cantos cuyas palabras no comprendo. Estas perjudican siempre para mí la belleza de la melodía, o cuando menos su efecto. Es casi imposible que las ideas que expresan se hallen enteramente de acuerdo con las que me inspiran los sonidos. Además, el acento alemán tiene algo de más romántico. Las sílabas sordas e indeterminadas no me agradan en música. Nuestra «e» muda es desagradable cuando el canto obliga a hacerla presente; y casi siempre se pronuncia de una manera falsa y desagradable la sílaba inútil de las rimas femeninas, porque, en efecto, no se podría pronunciar de otro modo.

Me gusta mucho el unísono de dos o de varias voces, que deja a la: melodía todo su poder y toda su sencillez. En cuanto a la sabia armonía, sus bellezas me son extrañas; ignorante en música, no gozo de lo que no pasa de ser ciencia y dificultades.

El lago está hermosísimo cuando la luna blanquea nuestras dos velas; cuando los ecos de Chillon repiten los sonidos del corno, y el muro inmenso de Meillerie opone sus tinieblas a la dulce claridad del cielo, a las móviles luces de las aguas; cuando las olas se quiebran contra nuestras barcas inmóviles; cuando dejan oír a lo lejos su cascada sobre los innumerables guijarros que la Vévay se acarrió de las montañas.

¡Que no esté usted aquí, usted que sabe gozar, para oír dos voces de mujer cantando sobre las aguas, en medio de la noche! En cuanto a mí, sin duda debería abandonarlo todo. Pero, no obstante, me gusta que me hagan observar mis pérdidas, cuando la austera belleza de los lugares puede hacerme olvidar hasta qué punto es vano todo en el hombre, hasta sus penas.

¡Estanque de Chessel! Allí, nuestros paseos eran menos bellos y más dichosos. La Naturaleza abrumba el corazón del hombre, pero la intimidad lo satisface; en ella se apoya uno mutuamente, y se habla, y todo se olvida.

Tendré el lugar en cuestión; pero es necesario esperar algunos días antes de obtener las seguridades necesarias para cerrar el trato. Enseguida mandaré comenzar los trabajos; la estación está ya bastante adelantada.

Carta LXII

Julio, VIII

Siempre olvido pedirle a usted una copia del *Manual de Pseusophanes*; no sé cómo he perdido la que guardaba yo. No encontraré en él nada cuya advertencia necesitara; pero, si lo leo por las mañanas, me recordará de una manera más precisa la vergüenza que deberían darme tantas flaquezas.

Tengo la intención de unir a él una nota sobre ciertas disposiciones de higiene, cosas concernientes a costumbres individuales locales a las que entiendo no se concede la debida importancia. Arístipo no podía prescribírselas a su imaginario discípulo o a sus discípulos reales; pero esta nota será más útil todavía que las consideraciones generales para mantener en mí ese bienestar, esa aptitud física que sostiene nuestra alma, tan física ella misma.

Sufro dos grandes desgracias. Una sola tal vez me destruiría; las dos, en cambio, como son contrarias, me dejan vivir entre ellas. Sin esta costumbre triste, este descorazonamiento, este abandono, sin este mal humor tranquilo que se opone a todo cuanto podría desearse, la actividad que me empuja y me agita me consumiría más pronto, y con idéntica inutilidad; así, mi hastío sirve cuando menos para debilitarla. La razón la calmaría; pero, entre esas dos grandes tuerzas, mi razón es muy débil; lo más que puede hacer es llamar en su socorro a la una en cuanto la otra consigue alguna ventaja. Así se vegeta; y, a veces, hasta se adormece uno (I)^[123].

Carta LXIII

Julio, VIII

Era media noche; la luna había pasado; el lago^[124] parecía agitado; los cielos estaban transparentes, y hermosa y profunda la noche. Sobre la tierra reinaba la incertidumbre. Se oía el estremecimiento de los abedules, y caían las hojas de los álamos; los pinos dejaban oír murmullos agrestes; de la montaña descendían sonos románticos; gruesas olas rodaban sobre la playa. Entonces el quebrantahuesos comenzó a gemir bajo las rocas cavernosas, y cuando cesó, las olas se habían debilitado y el silencio se hizo austero.

De vez en cuando, el ruiseñor dejaba oír en la paz inquieta ese acento solitario, único y repetido, ese canto de las noches felices, sublime expresión de una melodía primitiva; indecible impulso de amor y de dolor; voluptuoso como el deseo que me consume; simple, misterioso, inmenso como el corazón que ama.

Abandonado en una especie de fúnebre reposo al mesurado balanceo de aquellas ondas pálidas, mudas, siempre agitadas, me dejó impregnar por su movimiento siempre lento y siempre igual, por aquella paz durable, por aquellos sonidos aislados en el largo silencio. La Naturaleza me pareció demasiado hermosa; y las aguas y la tierra y la noche demasiado fáciles, demasiado felices; la serena armonía de las cosas fue severa para mi corazón agitado. Yo pensaba en la primavera del mundo percedero y en la primavera de mi vida. Vi esos años que pasan, tristes y estériles, de la eternidad futura a la eternidad perdida. Vi este presente, siempre vano y jamás poseído, desatar del vago porvenir su cadena indefinida, aproximarse a mi muerte, por fin visible, arrastrar en la noche los fantasmas de mis días, atenuarlos, disiparlos, alcanzar la última sombra, devorar con igual frialdad aquel día después del cual cesará de existir, y cerrar el abismo mudo.

¡Como si todos los hombres no hubiesen pasado, y todos pasado en vano! ¡Como si la vida fuese real y esencialmente existente! ¡Como si la percepción del universo fuese la idea de un ser positivo, y el yo del hombre algo distinto a la expresión accidental de una aleación efímera! ¿Qué quiero? ¿Qué soy? ¿Qué pedir a la Naturaleza? ¿Existe un sistema universal, unas conveniencias, unos derechos conformes a nuestras necesidades? ¿La inteligencia alcanza los resultados que mi inteligencia querría lograr? Toda causa es invisible, todo fin engañoso; toda forma cambia, toda duración se agota; y el tormento del corazón insaciable es el movimiento ciego de un meteoro errando por el vacío en el que debe perderse. Nada

se posee como se concibe; nada es conocido como existe. Vemos las relaciones y no las esencias; no usamos de las cosas, sino de sus imágenes. Esa Naturaleza buscada en el exterior e impenetrable en nosotros es en todas partes tenebrosa. «Yo siento» es la única palabra del hombre que sólo quiere verdades. Y lo que constituye la certidumbre de mi ser es también su suplicio. Siento, existo para consumirme en deseos indomables, para abrevarme en la seducción de un mundo fantástico, para permanecer aterrado ante su voluptuoso error.

¡No será, acaso, la felicidad la primera ley de la naturaleza humana! ¡No será, acaso, el placer el primer motor del mundo sensible! Si no buscamos el placer, ¿cuál es nuestro fin? Si vivir no es más que existir, ¿qué necesidad tenemos de vivir? No podríamos descubrir ni la causa primera ni el verdadero motivo de ningún ser; el porqué del universo continúa inaccesible a la inteligencia individual. El fin de nuestra existencia nos es desconocido; todos los actos de la vida quedan sin objeto: nuestros deseos, nuestras solicitudes, nuestros afectos son ridículos, si estos actos no tienden al placer, si estos afectos no se lo proponen.

El hombre se ama a sí mismo, ama al hombre, ama cuanto está animado. Este amor parece necesario al ser organizado; es el móvil de las fuerzas que lo conservan. El hombre se ama a sí mismo; sin este principio activo, ¿cómo obraría y cómo subsistiría? El hombre ama a los hombres porque siente como ellos, porque está junto a ellos en el orden del mundo; sin esta relación, ¿cuál sería su vida?

El hombre ama a todos los seres animados. Si cesase de sufrir viendo sufrir, si dejase de sentir con todo cuanto experimenta sensaciones análogas a las suyas, no se interesaría ya en lo que no fuese él, dejaría tal vez de amarse a sí mismo; indudablemente, no hay sentimiento limitado al individuo, puesto que no hay seres esencialmente aislados.

Si el hombre siente en todo lo animado, los bienes y los males de lo que le rodea son tan reales para él como sus afectos personales; a su felicidad le es necesaria la felicidad de los que conoce; para eso se encuentra ligado a todo lo que siente y para eso vive en el mundo organizado.

El encadenamiento de relaciones de que él es centro, y que sólo pueden terminar totalmente en los límites del mundo, hace de él una parte de este universo, una unidad numérica en el número de la Naturaleza. El lazo que forman estos lazos personales es el orden del mundo, y la fuerza que perpetúa su armonía es la ley natural. Ese instinto necesario que conduce al ser animado, pasivo cuando así lo quiere, activo cuando hace querer, es una sujeción a las leyes generales. Obedecer al espíritu de estas leyes sería la ciencia del ser que quisiese libremente. Si el hombre es libre al deliberar, la ciencia de la vida humana es esta; lo que el hombre quiere cuando está sujeto le indica cómo debe querer cuando es independiente.

Un ser aislado no es perfecto nunca; su existencia es incompleta; no es ni verdaderamente feliz ni verdaderamente bueno. El complemento de cada cosa fue colocado fuera de cada cosa, pero es recíproco. Hay en esto una especie de fin para

los seres naturales; fin que se encuentra en el hecho de que dos cuerpos que se unen son productivos, como dos sensaciones mutuamente compartidas se tornan más jubilosas. Es en esta armonía donde todo lo que existe se completa, y todo lo que está animado se reposa y goza. Este complemento del individuo se halla principalmente en la especie. Para el hombre, este complemento tiene dos modos diferentes y análogos; tal le fue concedido; tiene dos maneras de sentir su vida; el resto es dolor o humo.

Toda posesión no compartida exaspera nuestros deseos sin colmar nuestros corazones; lejos de alimentarlos, los desgasta y agota.

Para que la unión sea armónica, el que goza con nosotros debe ser semejante y diferente. Esta conveniencia en la misma especie se encuentra o en la diferencia de los individuos o en la oposición de los sexos. El primer acorde produce la armonía que resulta de dos seres semejantes y diferentes con el menor grado de oposición y el mayor de similitud. El segundo da un resultado armónico producido por la mayor diferencia posible entre semejantes^[125]. Toda elección, todo afecto, toda unión, toda felicidad se halla en estos dos modos. Lo que de ellos se aparta puede seducirnos, pero nos engaña y fatiga; lo que les es contrario nos extravía y nos hace viciosos o desgraciados.

No tenemos ya legisladores. Algunos antiguos habían emprendido la tarea de guiar al hombre por su corazón; pero, ahora, no pudiendo imitarlos, los criticamos. La preocupación de las leyes económicas y penales hace olvidar las instituciones. Ningún genio ha sabido encontrar todas las leyes de la sociedad, todos los deberes de la vida en la necesidad que une a los hombres, en la necesidad que une a los sexos.

La unidad de la especie está dividida. Seres semejantes son, sin embargo, bastante diferentes para que sus mismas oposiciones los lleven a amarse; separados por sus gustos, aunque necesarios el uno al otro, se alejan en sus costumbres, pero una necesidad mutua los vuelve a unir. Aquellos que nacen de su unión, igualmente formados por ambos, perpetuarán, sin embargo, esas diferencias. Este efecto esencial de la energía concedida al animal, este resultado supremo de su organización será el momento de la plenitud de su vida, el último grado de sus afectos y, en cierto modo, la expresión armónica de sus facultades. En él está el poder del hombre físico; en él, la grandeza del hombre moral; en él, el alma entera; y quien no ha amado plenamente, no ha poseído su vida.

Los afectos abstractos, las pasiones especulativas han obtenido el incienso de los individuos y de los pueblos. Los afectos felices han sido reprimidos o envilecidos: la industria social ha contrapuesto a los hombres que el impulso primitivo habría conciliado^[126].

El amor debe gobernar la tierra que la ambición fatiga. El amor es ese fuego sereno y fecundo, ese calor de los cielos que anima y renueva, que hace nacer y florecer, que produce los colores, la gracia, la esperanza y la vida. La ambición es el fuego estéril que arde bajo el hielo, que consume sin animar nada, que destruye

sordamente, y estalla abriendo abismos, y deja un siglo de desolación sobre la comarca sorprendida por esta luz de una hora.

Cuando una agitación nueva amplía las relaciones del hombre que ensaya su vida, este se entrega ávidamente, exige a la Naturaleza entera, se abandona, se exalta a sí mismo; coloca su existencia en el amor, y en todo sólo ve el amor. Cualquier otro sentimiento se pierde en este sentimiento profundo, todo pensamiento vuelve a él, toda esperanza en él reposa. Todo es dolor, vacío, abandono, si el amor se aleja; si se aproxima, todo es júbilo, esperanza, dicha. Una voz lejana, un sonido en los aires, la agitación de las ramas, el estremecimiento de las aguas, todo lo anuncia, todo lo expresa, todo imita sus acentos y aumenta sus deseos. La gracia de la Naturaleza está en el movimiento de un brazo; la ley del mundo en la expresión de una mirada. Por el amor llega la luz de la mañana a despertar a los seres y a colorear los cielos; por él, los fuegos del mediodía hacen fermentar la tierra húmeda bajo los musgos de los bosques; a él es a quien destina la tarde la amable melancolía de sus luces misteriosas. Esta fuente es la de Vaucluse, estas rocas las de Meillerie, esta avenida la de las Pamplémousses. El silencio protege los sueños del amor; el movimiento de las aguas contagia su dulce agitación; el furor de las olas inspira sus tempestuosos esfuerzos, y todo solicitará sus placeres cuando la noche sea dulce, cuando la luna embellezca la noche, cuando la voluptuosidad se encuentre en las sombras y la luz, en la soledad, en los aires y las aguas y la noche.

¡Venturoso delirio! ¡Momento único que le queda al hombre! Esta flor rara, aislada, fugaz bajo el cielo nebuloso, sin abrigo, batida por los vientos, fatigada por las tempestades, languidece y muere sin florecer; el frío del aire, un vapor, un soplo hacen abortar la esperanza en su capullo marchito. Se pasa más allá, se espera todavía, se apresura uno; más lejos, sobre un suelo igualmente estéril, se divisan otras tan precarias, dudosas o instantáneas como aquella, y que como ella perecerán inútiles. ¡Dichoso el que posee lo que el hombre debe buscar, y el que goza de todo lo que el hombre debe sentir! ¡Dichoso también, se dice, el que no busca nada, y nada siente, y nada necesita, y para quien existir es vivir!

No solamente es un error triste y bárbaro, sino también un error muy funesto, condenar ese placer verdadero, necesario, que, siempre esperado, renaciente siempre, independiente de las estaciones y prolongado sobre la parte mejor de nuestros días, constituye el vínculo más enérgico y seductor de las sociedades humanas. Una sabiduría contraria al orden natural es, en verdad, una muy singular sabiduría. Toda facultad, toda energía es una perfección^[127]. Es muy hermoso ser más fuerte que sus pasiones; pero es estúpido aplaudir al silencio de los sentidos y del corazón, que es como creerse más perfecto, por lo mismo que se es menos capaz de serlo.

El que es hombre sabe amar el amor sin olvidar que el amor no es sino un accidente de la vida; y, cuando tenga estas ilusiones, gozará de ellas, las poseerá, pero sin olvidar que las más severas verdades vienen antes que las ilusiones más venturosas. El que es hombre sabe escoger o esperar con prudencia, amar con

constancia, darse sin debilidad como sin reserva. La actividad de una pasión profunda es para él el ardor del bien, el fuego del genio; encuentra en el amor la energía voluptuosa, el goce viril del corazón justo, sensible y grande; encuentra la felicidad y sabe alimentarse de ella.

El amor ridículo o culpable es una envilecedora flaqueza; el amor justo es el encanto de la vida: la demencia sólo se encuentra en la torpe austeridad que confunde un sentimiento noble con un sentimiento vil, y que condena indistintamente el amor, porque, no imaginando sino hombres embrutecidos, sólo puede imaginar pasiones mezquinas.

Ese placer recibido y dado; esa progresión buscada y obtenida; esa felicidad que se ofrece y que se espera; esa confianza voluptuosa que nos hace esperarlo todo del corazón amado; esa voluptuosidad todavía mayor de hacer feliz a quien se ama, de bastarse mutuamente, de ser necesario uno a otro; esa plenitud de sentimiento y de esperanza, engrandecen el alma y le instan a vivir. ¡Indecible abandono! El hombre que ha podido conocerlo, jamás se ha avergonzado de él; y quien no esté hecho para sentirlo, no ha nacido para juzgar el amor.

No seré yo el que condene en absoluto a quien no es amado, sino a quien no puede amar. Las circunstancias determinan nuestros afectos; pero los sentimientos expansivos son naturales al hombre cuya organización moral es perfecta; quien es incapaz de amar es necesariamente incapaz de un sentimiento magnánimo, de un afecto sublime. Puede ser probo, industrioso, prudente; puede tener excelentes cualidades y aun virtudes de reflejo; pero no es hombre, no tiene ni alma ni genio. En el mejor de los casos, me gustaría conocerlo, tendría mi confianza y hasta mi estimación; pero nunca sería mi amigo. Corazones verdaderamente sensibles, a los que un siniestro destino ha oprimido desde la primavera, ¿quién os reprochará no haber amado? Todo sentimiento generoso os era natural, y todo el fuego de las pasiones se hallaba en vuestra varonil inteligencia. El amor le era necesario, debía alimentarla, hubiese acabado de formarla para las grandes empresas; pero nada os ha sido dado: el silencio del amor ha comenzado el vacío en que se apaga vuestra vida.

El sentimiento de lo honrado y de lo justo, la necesidad del orden y de las conveniencias morales conducen necesariamente a la necesidad de amar. Lo bello es el objeto del amor; la armonía es su principio y su fin; toda perfección, todo mérito parecen pertenecerle, las gracias amables lo llaman, y una moralidad expansiva y virtuosa lo fija. El amor no existe, en verdad, sin el prestigio de la belleza corporal; pero aún me parece depender más de la armonía intelectual, de las gracias del pensamiento, de las profundidades del sentimiento.

La unión, la esperanza, la admiración, los prestigios van creciendo de continuo hasta la intimidad perfecta; y está llena el alma así ampliada por dicha progresión. Allí se detiene y retrocede el hombre que, sin ser sensible, es fogoso y no conoce más necesidad que la del placer. Pero el hombre amante no cambia así; mientras más obtiene, más atado se siente; mientras más es amado, más ama; mientras más posee lo

que ha deseado, más adora lo que posee. Habiéndolo recibido todo, se imagina que todo lo debe; la que a él se entrega, se torna necesaria a su ser; años de goce no cambian sus deseos, antes, por el contrario, añaden a su amor la confianza de una costumbre venturosa y los deleites de una intimidad libre, pero delicada.

Hay quien pretende condenar el amor como un sentimiento por completo sensual, sin más principio que una necesidad que se califica de grosera. Pero yo no veo nada en nuestros deseos más complicados cuyo verdadero fin no sea una de las primeras necesidades físicas; el sentimiento no es sino su expresión indirecta, y el hombre puramente intelectual no fue nunca otra cosa que un fantasma. Nuestras necesidades despiertan en nosotros la percepción de su objeto positivo, y las percepciones innumerables de los objetos que les son análogos. Los medios directos no llenarían por sí solos la vida; pero estos impulsos accesorios la ocupan por entero, puesto que no tienen límites. El que no pudiese vivir sin la esperanza de llegar a dominar el mundo, no habría pensado en ello si no hubiese tenido hambre. Nuestras necesidades reúnen dos modificaciones de un mismo principio: el apetito y el sentimiento; la preponderancia de la una sobre la otra dependerá de la organización individual y de las circunstancias determinantes. Todo objetivo de un deseo natural es legítimo; todos los medios que inspira son buenos, con tal de que no ataquen los derechos de nadie y no produzcan en nosotros mismos ningún desorden real que compense su utilidad.

Usted ha extendido demasiado los deberes. Usted ha dicho: «Pidamos más, a fin de obtener lo suficiente». Pero se equivocó usted; si se exige demasiado a los hombres, estos se asustan^[128]; si quiere usted que exhiban virtudes quiméricas, las exhibirán, pues para eso, como ellos mismos dicen, cuestan poco. Pero como esta virtud no está en su naturaleza, tendrán una conducta oculta absolutamente contraria; y, como esta conducta será oculta, no podrá uno detener sus excesos. Sólo nos restarán aquellos medios peligrosos cuyo mal vendrá a aumentar la vana tentativa, al aumentar el conflicto y la oposición entre el deber y las inclinaciones naturales. Primero se creará que nuestras leyes son obedecidas, y tanto mejor cuanto mejor se disimule la infracción; pero un criterio falso, un gusto depravado, un disimulo habitual y ciertas astucias hipócritas serán sus verdaderos resultados.

Los placeres del amor contienen grandes oposiciones físicas; sus deseos agitan la imaginación, sus necesidades cambian los órganos; así, sobre lo que más debería variar el modo de sentir y de ver es el objeto. Se deberían de haber prevenido los resultados de esta diferencia excesiva, en vez de unir a ello leyes morales capaces de acrecentarla aún más. Pero los viejos han hecho estas leyes; y los viejos, ya sin el sentimiento del amor, no podrían tener ni el verdadero pudor, ni la delicadeza del gusto. Han comprendido muy mal lo que su edad no habría debido comprender ya. Y seguramente que habrían proscrito por completo el amor, si hubiesen encontrado otros medios de reproducción. Sus sensaciones añejas han marchitado lo que había que contener en las gracias del deseo; y, para evitar ciertas infracciones odiosas a su impotencia, imaginaron trabas tan torpes que la sociedad se encuentra perturbada

todos los días por verdaderos crímenes que ni aun el hombre honrado, por irreflexivo que sea, tiene que echarse en cara^[129].

En el amor, precisamente, es donde habría que permitir todo aquello que no fuese realmente nocivo. Por el amor el hombre se perfecciona o envilece; y en este respecto, sobre todo, había que retener la imaginación en los límites de una justa libertad, que hacer estibar la felicidad en los límites de sus deberes y que regular su criterio con arreglo al sentimiento preciso de la razón de las leyes. Era el medio natural más poderoso de darle la percepción de todas las delicadezas del buen gusto y de su verdadera base, de ennoblecer y reprimir sus sentimientos, de imprimir a todas sus sensaciones una especie de voluptuosidad sincera y recta, de inspirar al hombre mal organizado algo de la sensibilidad del hombre superior, de reunirlos, de conciliarlos, de formar una patria real y de instituir una sociedad genuina.

Dejadnos algunos placeres legítimos; es nuestro derecho y es vuestro deber. Sin duda os creéis que habéis hecho algo en beneficio del establecimiento del matrimonio^[130]. Pero la unión en la cual los resultados de vuestras instituciones nos obligan a seguir las conveniencias del azar, o a buscar las de la fortuna en lugar de las conveniencias reales; la unión que un momento puede marchitar para siempre y que tantos sinsabores fatalmente alteran; una unión semejante no nos basta. Yo os pido un prestigio que pueda perpetuarse, y vosotros me dais un vínculo en el que veo al desnudo el hierro de una esclavitud sin término, bajo esas flores de un día con que torpemente lo habíais encubierto y que vosotros mismos habéis marchitado ya. Yo os pido un prestigio que pueda disfrazar o rejuvenecer mi vida, y que la naturaleza me habría dado, y vosotros os atrevéis a hablarme de los recursos que me quedan. Pero, ¿sufriríais que, vil despreciador de un compromiso en que la promesa debe ser observada religiosamente, ya que para eso se hace, tratara de convencer a una mujer de que fuese despreciable a fin de que yo pudiera amarla^[131]? Menos directamente culpable, pero no menos inconsiderado, ¿me esforzaría en perturbar a una familia, en desolar a unos padres, en deshonar a aquella a quien tal género de honor es tan necesario en la sociedad? O bien, para no atacar ningún derecho, para no exponer a nadie, ¿iría, en lugares de infamia, a buscar a aquellas que pueden ser más, no por una suave libertad de las costumbres, ni por un deseo natural, sino porque su oficio las entrega a todos? No siendo ya de sí mismas, tampoco son ya mujeres, sino un no sé qué de análogo. El olvido de toda delicadeza, la ineptitud para los sentimientos generosos y el yugo de la miseria las entregan a los caprichos más bestiales del hombre, en el que una tal costumbre depravará también las sensaciones y los deseos. Quedan aún ciertas circunstancias posibles, de acuerdo; pero son rarísimas, y a veces no se presentan en toda una vida. Los unos, contenidos por la razón^[132], consumen sus días en privaciones necesarias e injustas; los otros, en mucho mayor número, se burlan del deber que los contraría.

Este deber ha dejado de ser uno en la opinión pública, porque su observancia es contraria al orden natural de las cosas. El desprecio en que se le tiene conduce a la

costumbre de no obedecer más que al uso, de constituirse a sí mismo una norma según sus inclinaciones, y de despreciar toda obligación cuya infracción no lleva positivamente a las penas legales o a la ignominia en la sociedad. Es la consecuencia inevitable de las bajezas reales de que todos los días nos reímos. ¿Qué moralidad puede esperarse de una mujer que engaña al hombre por quien vive o debería vivir; que, siendo su primera amiga, burla su confianza; que destruye su reposo o hace befa de él si lo conserva, y que se impone la necesidad de traicionarlo hasta el último día, dejando a sus afectos el hijo que no le pertenece? De todos los convenios, ¿no es acaso el matrimonio aquel en el que la confianza y la buena fe importan más a la seguridad de la vida? ¿Qué mísera probidad la que paga escrupulosamente un escudo y, en cambio, tiene en nada la promesa más sagrada que existe entre los hombres! ¿Qué moralidad se va a esperar del ser que se dedica a convencer a una mujer, burlándose de ella en su fuero interno, que la desprecia porque ha llegado a ser tal como él quería, y la deshonor porque ella lo ha amado, y la deja porque ya ha gozado de ella, y la abandona cuando tiene la desgracia visible de haber compartido sus placeres^[133]? ¿Qué moralidad, qué equidad se va a esperar de ese hombre, cuando menos inconsecuente, que exige de su mujer sacrificios que no paga, y que la requiere prudente e inaccesible, mientras él va a perder, en hábitos secretos, el afecto que asegura tenerle, y al que ella tiene pleno derecho, para que su felicidad no sea una injusta esclavitud?

Los placeres vulgares degradan al hombre, los placeres culpables lo corrompen; pero el amor sin pasión no le envilece. Hay una edad para amar y gozar, y hay otra para gozar sin amor. El corazón no es siempre joven, y aunque lo fuese, no siempre encuentra algo que poder realmente amar.

Todo goce es un bien cuando está exento de injusticia y de exceso, cuando las conveniencias naturales lo traen consigo, y cuando es poseído según los deseos de una organización delicada.

La hipocresía en el amor es una de las plagas de la sociedad. ¿Por qué iba el amor a salir de la ley común? ¿Por qué no ser en eso, como en todo el resto, justo y sincero? Sólo aquel que busca con ingenuidad lo que puede hacerle gozar sin remordimiento está positivamente alejado de todo mal. Toda virtud imaginaria o accidental me es sospechosa; cada vez que la veo salir orgullosamente de su base errónea, busco y acabo por descubrir una fealdad interna bajo la vestidura de los prejuicios, bajo la máscara frágil del disimulo.

Permitid, autorizad ciertos placeres, a fin de que se tengan ciertas virtudes; mostrad la razón de las leyes, a fin de que se las veneren; invitad a gozar, a fin de que os escuchen cuando ordenéis el sufrimiento. Elevad el alma con el sentimiento de las voluptuosidades naturales; así la haréis fuerte y grande y así respetará las privaciones legítimas, y hasta gozará de la convicción de su utilidad social. Yo quiero que el hombre use libremente de sus facultades, cuando no atacan derechos ajenos. Quiero que goce, a fin de que sea bueno; que esté animado por el placer, pero dirigido por la

equidad visible; que su vida sea justa, feliz y hasta voluptuosa. Me gusta que el que piensa razone sus deberes; poco me importa la mujer que no cumple los suyos sino por una especie de terror supersticioso hacia todo lo que se relaciona con goces cuyo deseo no se atrevería a confesar.

Me gusta que se diga: «Esto está mal; pero, ¿por qué lo está?». Y si lo está, que se prohíba uno su uso; y, si no lo está, que se goce de ello con un espíritu de selección riguroso, con la prudencia, que es el arte de gozar con mayor voluptuosidad aún; pero sin otra reserva, sin vergüenza y sin disimulo^[134].

Sólo el verdadero pudor debe contener la voluptuosidad. El pudor es una percepción exquisita, una parte de la sensibilidad perfecta; es la gracia de los sentidos y el encanto del amor. Evita todo lo que repugna a nuestros órganos; permite lo que desean; separa lo que la Naturaleza ha dejado a nuestra naturaleza la misión de separar; y el olvido de esta reserva voluptuosa es lo que principalmente extingue el amor en la indiscreta libertad del matrimonio^[135].

Carta LXIV

Saint-Saphorin, 10 de julio, VIII

No hay ni un asomo de sentido común en la vida que aquí llevo. Sé que estoy haciendo una porción de tonterías y, sin embargo, las continúo haciendo; y eso que no tengo interés alguno en continuarlas. Pero si no me conduzco con más cordura, es precisamente porque no puedo llegar a dar importancia alguna a lo que hago. Me paso en el lago la mitad del día y la mitad de la noche; y, si me alejase de él, estoy ya tan acostumbrado al balanceo de las olas y al rumor de las aguas, que seguramente no me sentiría a gusto en un terreno firme y en medio del silencio de los prados.

Los unos me toman por un hombre cuya cabeza ha trastornado algún amor desgraciado; otros sostienen que soy un inglés enfermo de *spleen*^[136]; los boteros han contado a Hantz que yo era el amante de una beldad extranjera que acaba de partir súbitamente de Lausanne. Tendré que cesar en mis correrías nocturnas, pues los más discretos me compadecen y los mejores me toman por un loco. En Vévay le han preguntado a Hantz si estaba al servicio de «ese inglés del que tanto se habla». El mal cunde por momentos, y creo que las gentes de la costa se burlarían de mí si no tuviese dinero. Afortunadamente, paso por muy rico. El posadero se empeña, quieras que no, en llamarme milord, y todo el mundo me respeta. Extranjero rico y milord son sinónimos.

Como, además, cuando vuelvo del lago, generalmente me pongo a escribir, resulta que me acuesto siempre de día. Una vez, la gente de la posada, oyendo ruido en mi cuarto y sorprendidos de que me hubiese levantado tan temprano, subieron a preguntarme si no querría tomar nada por la mañana. A lo que yo contesté que no tenía la costumbre de cenar y que iba a acostarme. Así, hasta las doce de la mañana; y a veces hasta la una, no suelo levantarme. Tomo, entonces, un poco de té y escribo; luego, en vez de comer, vuelvo a tomar otra taza de té, sin más acompañamiento que un poco de pan y mantequilla, y enseguida me voy al lago. La primera vez que me fui solo, en un bote que había mandado a buscar ex profeso, observaron que Hantz se quedaba en la orilla y que yo me ponía en marcha casi al anochecer; tras lo cual hubo gran reunión en la posada, para llegar a la conclusión de que esta vez el *spleen* había sido más fuerte que yo, que sin duda me disponía a suministrar un suicidio sensacional a los anales de la aldea.

Lamento no haber pensado antes en el efecto que estas singularidades podrían producir. Soy muy poco aficionado a llamar la atención; pero verdad es que no he

sabido nada de esto hasta que ya había tomado consistencia; y seguramente que, para los pocos días que ya voy a pasar aquí, no hablarían menos aunque de pronto cambiase de manera de ser. Como no sabía qué hacer con ellas, he tratado de consumir las horas. Cuando me siento en actividad, no tengo otras necesidades; pero, en cambio, cuando me aburro, me gusta aburrirme, cuando menos, con cierta dulzura.

El té es de un gran socorro para aburrirse de un modo tranquilo. Entre los venenos un tanto lentos que constituyen las delicias del hombre, me parece que es uno de los que mejor convienen a sus sinsabores. Procura una excitación débil y sostenida; y como se halla exenta de toda molestia al volver a la normalidad, degenera en una costumbre de paz y de indiferencia, en una debilidad que tranquiliza el corazón, al que sus necesidades cansarían, y nos libra de nuestra malaventurada fuerza. Yo me he acostumbrado al té en París, y luego en Lyon; pero, aquí, he cometido la imprudencia de llevarla hasta el exceso. Lo que me tranquiliza es que voy a tener una finca y obreros; esto me ocupará y me servirá de distracción. Actualmente, me hago mucho mal a mí mismo; pero tenga usted confianza en mí, que a la fuerza voy a tener que aprender la cordura.

Advierto, o creo advertir, que el cambio que se ha operado en mí ha sido considerablemente precipitado por el uso cotidiano del té y del vino. Creo que, en igual estado de cosas por lo que al resto se refiere, los bebedores de agua conservan mucho más tiempo la delicadeza de las sensaciones y, en cierto modo, su candor primitivo. El uso de los estimulantes envejece nuestros órganos. Estas emociones exageradas, y que no están en el orden de las conveniencias naturales entre nosotros y las cosas, borran las emociones sencillas y destruyen esta proporción llena de armonía que nos hacía sensibles a todas las relaciones exteriores, cuando no teníamos, por así decirlo, sentimientos más que por ellas.

Tal es el corazón humano; el principio más esencial de las leyes penales no tiene otro fundamento. Si se suprime la proporción entre la pena y el delito, si se quiere apretar demasiado el resorte del temor, se pierde su flexibilidad; y si aún se va más lejos, generalmente se acaba por romperlo; se da a las almas el valor del crimen; se apaga toda energía en los débiles y se arrastra a los demás a virtudes atroces. Llevar más allá de los límites naturales la emoción de los órganos es hacerlos insensibles a las impresiones más moderadas. Empleando demasiado a menudo, excitando inoportunamente sus facultades extremas, se embotan sus fuerzas habituales; se las reduce a no poder sino demasiado, o nada; se destruye esa proporción ordenada para las diversas circunstancias, que nos unía hasta a las cosas mudas, relacionándonos con ellas por conveniencias íntimas. Nos dejaba en la perplejidad o la esperanza, mostrándonos en todas partes ocasiones de sentir; nos dejaba ignorar la linde de lo posible; nos dejaba creer que nuestro corazón disponía de recursos inmensos, puesto que estos recursos eran indefinidos, y puesto que, siempre en relación con las cosas del exterior, podían acrecentarse de continuo y hacerse mayores en situaciones desconocidas.

Existe aún una diferencia esencial entre la costumbre de ser conmovidos por la impresión de los demás objetos o la de serlo por el impulso interno de un excitante suministrado por nuestro capricho o por un incidente fortuito, y no por la ocurrencia de los tiempos. Ya no seguimos el curso del mundo; aunque nos abandonase al reposo, nos sentiríamos animados y muchas veces, aunque animados por él, nos sentiríamos en el abatimiento que nuestros excesos traen consigo. Esta fatiga, esta indiferencia nos hace inaccesibles a las impresiones de las cosas, a esos móviles exteriores que, ajenos ya a nuestras costumbres, se encuentran frecuentemente en discordancia o en oposición con nuestras necesidades.

Así, el hombre ha hecho todo lo posible por separarse del resto de la naturaleza, para independizarse del curso de las cosas. Pero esta libertad, que no es según su propia naturaleza, no es una verdadera libertad. Semejante al libertinaje de un pueblo que ha roto el yugo de las leyes y de las costumbres nacionales, quita mucho más de lo que da, coloca la impotencia del desorden en el lugar de una dependencia legítima, de acuerdo con nuestras necesidades. Esta independencia ilusoria, que destruye nuestras facultades para sustituirlas con nuestros caprichos, nos hace semejantes a aquel hombre que, a pesar de la autoridad del magistrado, se empeñaba en elevar en la plaza pública el monumento a un culto extraño, en lugar de limitarse a levantarle un altar en su propia casa. Este ciudadano se hizo desterrar a un desierto de arena movediza, donde nadie se opuso a su voluntad, pero donde su voluntad nada pudo producir; y allí murió, libre, pero sin altares domésticos como sin templos, sin alimentos como sin leyes y sin amigos como sin superiores^[137].

De acuerdo en que sería más adecuado razonar menos sobre el uso del té y cesar en su exceso; pero en cuanto se acostumbra uno a estas cosas no sabe ya dónde detenerse. Si es difícil renunciar a una costumbre tal, no lo es menos quizás regularla, a no ser que pueda uno regular igualmente toda su vida. Por mi parte, no veo cómo tener mucho orden en una cosa estándome vedado el tenerlo en las demás; ni cómo podría ser constante en mi conducta cuando no tengo la menor esperanza de llegar a tener una que sea constante y que concuerde con mis demás costumbres. Del mismo modo, no sé hacer nada sin medios; al revés de ciertos hombres, que tienen el arte de crearse los medios o de hacer mucho con muy poco. Yo quizás sabría emplear mis medios con orden y utilidad; pero el primer paso exige otro arte, y este arte no lo tengo yo. Creo que este defecto proviene de mi imposibilidad de ver las cosas como no sean en toda su extensión, o en aquella, cuando menos, que me es asequible. El sentimiento del orden, llevado quizás demasiado lejos, o por lo menos demasiado exclusivo, no me permite hacer nada, ni emprender nada en el desorden. Prefiero renunciar a hacer lo que no podría hacer bien. Hay hombres que, sin tener nada, organizan su hogar; piden prestado, se hacen valer, intrigan, pagan cuando pueden; entre tanto, viven y duermen tranquilos, y a veces hasta triunfan. Yo no habría podido resignarme a una vida tan precaria; y, aunque hubiera querido aventurarme a ella, no habría tenido las facultades necesarias. No obstante, aquel que, con esta habilidad,

consigue sostener a su familia, sin envilecerse ni faltar a sus compromisos, no cabe duda de que es un hombre digno de loa. Por mi parte, no creo que fuera capaz de resolverme a carecer de todo, como si fuera una ley de la necesidad. Siempre trataré de emplear lo mejor posible medios suficientes, o de hacer que lo sean, con mis privaciones personales, aquellos que sin eso no lo serían. Día y noche hará cosas convenientes, reguladas y aseguradas, para dar lo necesario a un amigo, a un niño; pero emprender en la incertidumbre, hacer que sean suficientes, a fuerza de empeño, medios absolutamente insuficientes en sí, es cosa que jamás podría esperar de mí mismo.

Resultado de esta manera de ser, y no poco inconveniente, es que no puedo vivir bien, cuerdamente y en el orden, ni siquiera con arreglo a mi gusto, sino disponiendo de elementos punto menos que seguros; y de ahí que, si me encuentro acaso en ese corto número de hombres capaces de emplear bien lo que se llama una gran fortuna, me encuentre igualmente en el número de aquellos que, en la penuria, se sienten absolutamente sin recursos y apenas si saben hacer otra cosa que evitar la miseria, el ridículo o la vileza, cuando el destino no los sitúa por encima de la necesidad.

La prosperidad es más difícil de sostener que la adversidad, se suele decir. Pero es justamente lo contrario para el hombre que no se halla sujeto a pasiones positivas, que gusta de hacer bien lo que hace, que siente por necesidad primordial la del orden y que considera más bien el conjunto de las cosas que su detalle.

La adversidad conviene a un hombre firme y un tanto entusiasta, cuya alma se consagra a una virtud sincera, cuya incertidumbre, afortunadamente, no advierte su espíritu^[138]. Pero la adversidad es muy triste, muy desanimadora para el que nada encuentra en ella que le sirva, porque querría hacer bien las cosas, y para hacer hay que poder, porque querría ser útil, y el desventurado encuentra pocas ocasiones de serlo. No estando sostenido por el noble fanatismo de Epicteto, sabe resistir bien a la desgracia, pero mal a una vida desdichada, que acaba por repugnarle, comprendiendo que en ella pierde todo su ser.

El hombre religioso, y sobre todo el que se halla seguro de un dios remunerador, tiene una gran ventaja; pues es mucho más fácil soportar el mal cuando el mal es el bien más grande que se puede experimentar. Confieso que no me sería posible ver lo que hay de asombroso en la virtud de un hombre que lucha bajo la mirada de su dios, y que sacrifica caprichos de una hora a una felicidad sin límites y sin término. Un hombre plenamente convencido no puede hacer otra cosa, a menos que delirar. Me parece demostrado que el que sucumbe a la vista del oro, a la vista de una mujer hermosa o de otro objeto cualquiera de las pasiones terrestres no tiene fe. Es evidente que no ve bien sino la tierra; pues si viese con la misma certidumbre ese cielo y ese infierno que a veces recuerda, si ambos estuviesen allí, presentes a su espíritu, como las cosas de la tierra, sería imposible que sucumbiese nunca. ¿Dónde está el súbdito que, en el uso de su razón, no se vea en la impotencia de contravenir las órdenes de su soberano, si este le ha dicho: «Ahí quedas, en mi harén, en medio de todas mis

mujeres; durante cinco minutos no te acercarás a ninguna, y ten en cuenta que te vigilo; pero, si eres fiel durante esos pocos minutos, todos los placeres te serán luego permitidos durante treinta años de una prosperidad incesante»? ¿Quién no ve que ese hombre, por ardiente que le supongamos, ni siquiera necesitará esforzarse para resistir durante tan corto tiempo? Con creer en la palabra de su soberano le será suficiente. Es seguro que las tentaciones del cristiano no serán más fuertes, y desde luego la vida del hombre es mucho menos ante la eternidad que cinco minutos comparados con treinta años; entre la bienaventuranza prometida al cristiano y los placeres ofrecidos al súbdito del que hablo hay un infinito de distancia; y si, en suma, la palabra del soberano puede ofrecer alguna inseguridad, la de dios, en cambio, no puede dejar ninguna. Así, si no está demostrado que de cada cien mil pretensos cristianos a lo sumo habrá uno que tenga realmente fe, tengo para mí que no es posible demostrar nada en este mundo.

En cuanto a las consecuencias de todo esto, sin duda las encontrará usted muy sencillas; y aprovechará la ocasión para volver a las necesidades que trae consigo el uso de los fermentados. Pero debe usted tranquilizarse y estar seguro a mi respecto, aunque prometa reformarme precisamente en el momento en que menos me contengo y en que doy a la costumbre una fuerza mayor.

Todavía tengo que confesarle a usted una cosa, y es que comienzo, por fin, a perder el sueño. Cuando el té me ha cansado demasiado, no conozco otro remedio a ello que el vino, y sólo merced a él logro dormir. Pero he ahí, de nuevo, otro exceso, ya que no hay más remedio que tomarlo en dosis bastante crecida; con cuidado, eso sí, de que no afecte visiblemente al cerebro. Pues nada conozco tan ridículo como el hombre que prostituye su pensamiento ante extraños, y del que se dice, al ver lo que hace o dice: «Ha bebido». Pero, para sí mismo, nada es tan grato a la razón como desconcertarla un poco, de cuando en cuando. Es más, pienso a veces que un semidesorden estaría muy en su lugar en la intimidad, con tanta razón como un verdadero exceso sería vergonzoso ante los hombres y envilecedor aun a solas.

Muchos de los vinos de Lavaux que por aquí se cosechan, entre Lausanne y Vévay, pasan por peligrosos. Pero, cuando estoy solo, no hago uso más que del Cortaillod, un vino de Neuchâtel, tan estimado como el Borgoña flojo, y tan saludable, según Tissot^[139].

En cuanto sea propietario, no me faltarán los medios de pasar el tiempo y de ocuparme de la construcción, la organización y los abastecimientos de esta actividad interior cuyas necesidades no me dejan reposo alguno en la inacción. Durante el tiempo que duren estas ocupaciones perentorias, iré disminuyendo paulatinamente el uso del vino; y, por lo que al té se refiere, abandonaré totalmente la costumbre, y apenas sí en lo futuro pienso tomarlo muy de tarde en tarde. Cuando todo esté ya arreglado, y pueda empezar a vivir la vida que desde hace tanto habría querido que fuese la mía, me encontraré así preparado a seguirla sin los inconvenientes que un cambio demasiado radical y demasiado brusco habría supuesto.

En cuanto a las necesidades del hastío, espero dejar de conocerlas en cuanto pueda subordinar todas mis costumbres a un plan general. Ocuparé fácilmente mis horas; pondré en lugar de los deseos y los goces el interés que se experimenta en hacer lo que se cree bueno, y el placer de ceder a las propias leyes.

No quiere esto decir que me imagine una felicidad que no me está destinada o que, por lo menos, se halla aún muy lejos de mí. Imagino solamente que apenas sentiré el peso del tiempo y podré prevenir el hastío; o, si me aburro, me aburriré siquiera a mi modo.

No pienso sujetarme a una norma monástica. Me reservaré algunos recursos para aquellos instantes en que el vacío se deje sentir con más fuerza; pero la mayor parte de estos quedarán absorbidos por el movimiento y la actividad. Los demás recursos tendrán sus límites bastante angostos, y hasta lo extraordinario quedará regulado. Hasta que mi vida se encuentre en vías de realizarse, necesito una regla fija. De otro modo, necesitaría excesos sin otro término que el de mis fuerzas; y aun así, ¿cómo llenarían un vacío sin límites? Yo he visto alguna vez que el hombre que siente no necesita el vino. Esto puede ser cierto en el caso de aquel que no tiene la costumbre del vino. Por mi parte, cuando he permanecido unos días sobrio y ocupado, mi cabeza se agita excesivamente y pierdo el sueño. Necesito un exceso que me saque de mi apatía inquieta y que perturbe un poco esta razón divina cuya verdad desazona nuestra imaginación, sin llenar nuestros corazones.

Hay una cosa que me sorprende. Veo una porción de personas que parecen beber exclusivamente por el placer del paladar, por el sabor, y tomar un vaso de vino lo mismo que tomarían un pastel. Sin embargo, aunque ellos lo creen, no hay tal cosa; y eso que, si les preguntáis sobre el particular, ellos serán los primeros sorprendidos.

Voy a prohibirme esos medios de engañar las necesidades del placer y la inutilidad de las horas. No sé si lo que pondré en su lugar no será aún peor; pero, en todo caso, me diré; «He aquí un orden establecido; no hay más remedio que seguirlo». A fin de seguirlo constantemente, me cuidaré de que no sea ni de una exactitud escrupulosa, ni de una uniformidad excesiva; surgirían pretextos, y hasta motivos, para faltar a la regla, y basta faltar a ella una vez para que se descubra enseguida la vacuidad de su observancia.

Conviene que lo que agrada se halle limitado por una ley anterior. En el momento en que se experimenta, cuesta trabajo someterlo a una ley que lo limite. Aquellos mismos que tuvieron fuerzas para ello han hecho mal, sin embargo, en no haber decidido, cuando aún era tiempo de reflexión, lo que a la reflexión toca decidir, y en haber esperado el momento en que sus razonamientos alteran los sentimientos agradables que se ven obligados a combatir. Pensando en las razones de no gozar más, se reduce a muy poca cosa el goce que nos permitimos; al fin y al cabo, es inherente a la naturaleza misma del placer el ser poseído con una especie de abandono y de plenitud. En cuanto se le quiere poner otros límites que los de la necesidad, se disipa; y ya que, no obstante, es preciso que la razón lo limite, el único

medio de conciliar ambas cosas, que sin ello serán contrarias, consiste en imponer de antemano al placer la reserva de una ley general.

Por débil que sea una impresión, el momento en que actúa sobre nosotros es el de una especie de pasión. Las cosas presentes rara vez son estimadas en su justo valor; así, en los objetos de la vista, la proximidad, la presencia, agrandan las dimensiones. Antes de los deseos es cuando hay que formularse principios contra ellos. En el momento de la pasión, el recuerdo de esta regla no es ya la voz importuna de la fría reflexión, sino la ley de la necesidad, y esta ley no contrista al hombre cuerdo.

Es, pues, esencial que la ley sea general; la de los casos particulares es demasiado sospechosa. Sin embargo, abandonemos algo a las circunstancias; es una libertad que se conserva, por no haberlo podido prever todo, y porque es preciso someterse a sus propias leyes, aunque de la misma manera, exactamente, que nuestra naturaleza nos ha sometido a las de la necesidad. Nuestros afectos deben tener independencia, pero una independencia contenida en límites que no pueda transponer. Son semejantes a los movimientos del cuerpo, que, en cuanto se ven dificultados, carecen de toda gracia, pero que, en cambio, carecen lo mismo de decencia que de eficacia si son bruscos, irregulares o involuntarios.

Es un exceso en el orden mismo el pretender matizar perfectamente, y moderar y regular sus goces, y administrarlos con la más severa economía, para hacerlos duraderos y hasta perpetuos. Esta regularidad absoluta rarísima vez es posible; el placer nos seduce y nos arrastra, así como la tristeza nos retiene y nos encadena. Vivimos en medio de los sueños; y, de todos nuestros sueños, el orden perfecto podría muy bien ser el menos natural.

Lo que me cuesta trabajo imaginar es cómo se puede buscar la embriaguez de las bebidas cuando se tiene ya la de las cosas. ¿No es, acaso, la necesidad de sentirse conmovido lo que determina nuestras pasiones? Ahora bien: una vez agitados por estas, ¿qué podemos encontrar en el vino, si no es un reposo que suspende su acción inmoderada?

Aparentemente, el hombre cargado de grandes cosas busca también en el vino el olvido y la tranquilidad, y no la energía. Así es como el café, agitándome, trae a veces el sueño a mi cerebro cansado de una agitación distinta. Por regla general, no es la necesidad de las impresiones fuertes lo que arrastra a las almas enérgicas a los excesos de vinos o licores. Un alma fuerte, ocupada en grandes cosas, encuentra en su vida habitual una actividad más digna de ella gobernándolas con arreglo al orden. El vino no puede sino descansarla. Si no, ¿por qué tantos héroes de la historia, por qué tantos gobernantes, por qué tantos *dueños del mundo* se habrían entregado a la bebida? En algunos pueblos, era un honor beber mucho; pero muchos hombres extraordinarios han hecho lo mismo en tiempos en que ello no constituía gloria alguna. Dejo, pues, a todos aquellos a quienes la opinión arrastró y a todos aquellos gobernantes que fueron hombres vulgares. Restan algunos hombres fuertes y ocupados en cosas útiles; estos no han podido buscar en el vino más que el descanso

de una mente sobrecargada por aquellas preocupaciones cuya importancia atenúa la costumbre, pero sin destruirla, ya que nada hay que la supere.

Carta LXV

Saint-Saphorin, 14 de julio, VIII

Tenga usted la seguridad de que su modo de pensar no será combatido. Si alguna vez me sintiera lo bastante endeble para que fuese necesario en este respecto hacerme recobrar el juicio, no tendría para ello más que recurrir a su carta, y tanto mayor sería mi vergüenza cuanto mayor fuese el cambio. Hoy por hoy, pienso exactamente lo que usted. Pero ello no quiere decir que su carta, aunque inútil en este respecto, me sea menos preciosa. A tal punto se halla impregnada de esa solicitud de la verdadera amistad, que hace temer como la mayor de las calamidades que el hombre en que se puso una parte de sí mismo vaya a dejar de ser un hombre de bien.

No, jamás olvidaré que el dinero es uno de los más grandes medios del hombre, y que su uso es lo que en tal le convierte. Lo mejor posible rara vez nos está permitido; quiero decir, que las conveniencias son tan opuestas, que casi nunca se puede obrar a derechas desde todos los puntos de vista. Una de ellas, y bien esencial, es, sin duda, vivir con cierto decoro e implantar en el propio hogar una regla de vida cómoda y ordenada. Pero, aparte de esto, difícilmente se podría excusar a un hombre razonable que emplease en superfluidades lo que permitiría llevar a cabo tantas cosas mejores.

Nadie sabe que quiero instalarme aquí, y eso que he mandado hacer en Lausanne y en Vévey algunos muebles y otras cuantas cosas. Por lo visto, han imaginado que puedo permitirme el lujo de sacrificar una suma bastante crecida a los caprichos de una estancia momentánea, y se han figurado que tomar una casa era simplemente para pasar el verano. Y he ahí cómo se han maravillado ante los gastos que me veían hacer, y cómo han aprendido a respetarme por ello, aunque mi estado mental les ofreciese tan pocas garantías.

Los que tienen alguna casa de cierta categoría que alquilar no me abordan como a una persona corriente; homenaje que yo, por mi parte, me siento tentado cada vez de traspasar a mis luses. Hantz me da esperanzas; y si este se siente satisfecho, sin que yo haya pensado siquiera en ello, es muy posible que, ahora que puedo algo, lleguen a estarlo también otros. La miseria, la penuria, la inseguridad atan las manos en aquellas mismas cosas que no resuelve el dinero. Ni se puede organizar nada, ni se puede hacer el menor proyecto. Se encuentra uno, en medio de los hombres abrumados por la miseria, gozando de cierta independencia exterior; y, sin embargo, no se puede hacer nada por ellos, ni aun siquiera darles a conocer esta impotencia, a fin de que, por lo menos, no se indignen contra uno. ¿Dónde está aquel que piensa en

la fecundidad del dinero? Los hombres lo pierden exactamente lo mismo que dilapidan sus fuerzas, su salud, sus años. ¡Es tan fácil amontonarlo o malbaratarlo, y tan difícil emplearlo bien!

Conozco a un cura, en los alrededores de Friburgo, que va mal vestido y mal alimentado y que no gasta ni medio *batz*^[140] sin una necesidad absoluta; pero, en cambio, lo da todo a los demás y lo da con inteligencia. Uno de sus feligreses —lo he oído con mis propios oídos— hablaba, no obstante, de su avaricia. Pero ¡bienaventurada avaricia!

Cuando se para uno a considerar la importancia del tiempo y la del dinero, no puede verse sin dolor la pérdida de un minuto o de un *batz*. Sin embargo, la corriente de las cosas nos arrastra; una convención arbitraria se lleva veinte luises, en tanto que un desgraciado no ha podido obtener un solo escudo. El azar nos da o nos quita mucho más de lo que haría falta para el socorro del infortunado. Otro azar condena a la inacción a aquel cuyo genio habría podido servir de puntal al Estado. Una bala de cañón destroza la cabeza que se creía destinada a la gloria y que treinta años de esfuerzo habían venido preparando para ella. En esta incertidumbre, bajo la ley de la necesidad, ¿qué pueden nuestros cálculos y la exactitud en el detalle?

Sin esta incertidumbre, no se querría tener pañuelos de batista; los de lienzo servirían lo mismo y se podría dar alguno a ese pobre jornalero que se priva de tabaco^[141] cuando le emplean en el interior de una casa, por carecer de un pañuelo decente que poder usar sin sonrojo *delante de los demás*.

La vida que entonces se viviría sería una vida dichosa, como la de aquel cura respetable. ¡Ah!, si yo fuese pastor de aldea me apresuraría a imitarle, antes de que una costumbre inveterada me hiciera indispensable el uso de lo que constituye una vida holgada. Pero es preciso ser célibe, vivir solo, independiente de la opinión; sin lo cual se puede perder en un exceso de exactitud las ocasiones de salir de los límites de una utilidad tan restringida. Organizarse de este modo, es limitar demasiado su destino; pero también es verdad que, en cuanto se sale de ello, se encuentra uno ya como supeditado a todas esas necesidades convenidas cuyo término es tan difícil de señalar y que arrastran tan lejos del orden real, que vemos a gentes que disfrutan de cien mil libras de renta asustarse ante un gasto de veinte francos.

No se detiene uno lo bastante a considerar lo que siente una mujer que se va arrastrando a duras penas por esos caminos, con su hijito de la mano, sin pan para él ni para ella, y que de pronto se encuentra o recibe una moneda de cincuenta céntimos. Sin embargo, esta moneda le permitirá entrar sin temor en una granja, donde dormir abrigadamente entre el heno; y, antes de acostarse, podrá partir una hogaza de pan con su hijito, y luego podrán dormir tranquilamente, sin las angustias del hambre, dejando a la Providencia el cuidado de proveer a su vida al día siguiente.

¡Ah, cuántos males que prevenir, que reparar! ¡Cuántos consuelos que ofrecer! ¡Cuántas alegrías que procurar! ¡Y todos ellos ahí, en esa bolsa de oro, como gérmenes escondidos y olvidados, y que sólo esperan para dar frutos admirables el

esfuerzo de un corazón generoso! Toda una comarca se halla empobrecida y avillanada; las necesidades, la inquietud, el desorden han amustiado todos los corazones; todos sufren y se irritan. El mal humor, las disensiones, las enfermedades, los malos alimentos, la educación brutal, las malas costumbres, todo puede cambiarse. La unión, el orden, la paz, la confianza pueden ser recuperados; ¡y aun la misma esperanza, y el hábito de la felicidad! ¡Oh fecundidad del dinero!

El que ha optado por una profesión, aquel cuya vida puede ser regulada, cuyas rentas son siempre las mismas, aquel que se halla contenido dentro de unos límites determinados, se halla también limitado estrictamente por ellos, como siempre se encuentra un hombre por las leyes de su naturaleza. El heredero de un pequeño patrimonio, un sacerdote rural, un rentista apacible, pueden calcular lo que tienen, fijar su presupuesto anual, reducir sus necesidades personales a las más perentorias, y contar entonces todos los ochavos que les queden como otros tantos goces imperecederos; pues no deberá salir de sus manos una sola moneda que no lleve la alegría o el reposo al corazón de un desgraciado.

Con verdadero afecto entro en esta cocina patriarcal, bajo su humilde tejadillo, en un rincón del valle. Allí veo cómo preparan las legumbres con un poco de leche, porque así resultan menos costosas que con la mantequilla. Como el caldo grasoso lo han llevado a casa de un enfermo, que vive a media legua de allí, hacen una sopa de hierbas. Las mejores frutas se venden en la ciudad, y el producto de su venta sirve para distribuir a las mujeres más pobres del lugar algunas medidas de harina de maíz (que, sin embargo, no se les ofrece en calidad de limosna), enseñándoles a hacer con ella tortas y gachas. En cuanto a las frutas sanas y de poco precio, como las cerezas, las grosellas o la uva ordinaria, se consumen entre los vecinos con el mismo gusto que esas hermosas peras o esos melocotones, que no refrescarían mejor que esta otra fruta más modesta y de los que se ha sacado mucho mejor partido.

En la casa, todo está limpio, pero todo es de una sencillez rigurosa. Si la avaricia o la miseria hubiesen hecho esta ley, sin duda el resultado sería triste; pero no han sido ellas, sino la economía de la beneficencia. Sus privaciones razonadas, su severidad voluntaria, son más dulces que todos los refinamientos y la abundancia de una vida voluptuosa; estos se convierten en necesidades, cuya privación no se soportaría, aunque realmente no se encuentre en ellas el menor placer. Aquellas, en cambio, procuran satisfacciones continuas y que nos dejan toda nuestra independencia. Tejidos caseros, fuertes y sufridos, componen casi toda la indumentaria de los hijos y del padre. Su mujer no lleva sino trajes blancos de algodón; y todos los años se encuentran pretextos para repartir más de doscientas anas de tela entre aquellos que, sin ese socorro, apenas tendrían camisa. No hay otra porcelana que dos tazas japonesas, que servían antaño en la casa paterna; todo el resto es de una madera durísima, agradable a la vista, y que se mantiene en un estado de limpieza perfecta. Estos utensilios de madera se rompen difícilmente, y se sustituyen con poco gasto, de modo que no se necesita temer ni gruñir, y se tiene orden sin mal

humor y actividad sin inquietud. No se tienen criados; como los cuidados de la casa son poco considerables y bien regulados, se sirve uno a sí mismo, a fin de tener plena libertad. Por otra parte, nadie gusta ni de vigilar ni de perder el tiempo; se siente uno más feliz con más trabajo y más confianza. Solamente una mujer, que antes pedía limosna, viene una hora todos los días, desempeña los quehaceres más rudos y cobra cada vez el salario convenido. Con este modo de ser, se sabe exactamente lo que se gasta; se sabe el precio de un huevo y se sabe también regalar sin pena alguna un saco de trigo al deudor pobre perseguido por un acreedor rico.

Es de la mayor importancia para el orden mismo que se le pueda observar sin repugnancia. Las necesidades positivas son fáciles de contener, por la costumbre, dentro de los límites de lo indispensable; pero las necesidades del tedio no tendrían límites y nos llevarían, además, a las necesidades de opinión, como ellas ilimitadas. Se ha previsto todo, a fin de impedir que ninguna repugnancia instintiva venga a interrumpir el concierto del conjunto. No se hace uso de los estimulantes, que hacen demasiado irregulares nuestras sensaciones, suscitando a la vez la exaltación y el abatimiento. El vino y el café están prohibidos; sólo el té está admitido, pero ningún pretexto autoriza la frecuencia de su uso; con toda regularidad, se toma una vez cada cinco días. Ninguna fiesta viene a turbar la imaginación con sus placeres esperados, su indiferencia imprevista o afectada, el cansancio y el hastío que suceden tanto a los deseos defraudados como a los deseos satisfechos. Todos los días son casi idénticos, a fin de que todos sean felices. Cuando unos son partidarios del placer y otros del trabajo, el hombre que no se encuentra obligado por una necesidad absoluta pronto se descontenta de todo y de todos, y siente la curiosidad de probar otro modo de vivir. La inseguridad de nuestros corazones necesita: o la uniformidad que la plasme definitivamente o una incesante variedad que la suspenda y la seduzca de continuo. Con las diversiones vendrían los gastos; y perdería uno aburriéndose en los placeres el medio de vivir contentos y bienquistos en medio de un caserío feliz. Sin embargo, no todas las horas de la vida deben ser insípidas y sin alegría. Se acostumbra uno a la uniformidad del tedio, sí; pero el carácter se siente alterado, el humor se torna difícil o sombrío y, en medio de la paz de las cosas, se deja de tener la paz del alma y el sosiego de la dicha. Este hombre de bien lo ha comprendido. Ha querido que los servicios que presta, que el orden que ha establecido, procurasen a su familia la felicidad de una vida sencilla, y no la amargura de las privaciones y la miseria. Cada día tiene para los niños un momento de fiesta tal como puede tenerse cada día. Jamás acaba ninguno sin que se hayan divertido, sin que sus padres hayan sentido el placer de los padres, el de ver a sus hijos ser cada día mejores, sin perder por ello un ápice de alegría. El reposo de la noche comienza temprano, y se halla compuesto de cosas bien sencillas, pero gratas a todos, y que muchas veces se les deja disponer a ellos mismos. Después de la cena, los juegos en común, en su casa o en casa de algún vecino honrado, las carreras, el paseo, los pasatiempos adecuados a su edad, y tan excelentes a todas las edades, jamás les faltan. Tan convencido se halla el cabeza de

familia de que la felicidad lleva a las virtudes, lo mismo que las virtudes preparan para la felicidad.

He ahí cómo se debería vivir; he ahí cómo me gustaría vivir, sobre todo si disfrutase de grandes rentas. Pero usted sabe qué quimera llevo en mi pensamiento. No cree en ella; pero, a pesar de todo, no podría renunciar a ella. El destino, que no me ha dado ni mujer, ni hijos, ni patria; no sé qué inquietud, que me ha aislado, impidiéndome siempre desempeñar un papel en el escenario del mundo, como hacen los demás; mi sino, en fin, parecen retenerme, me dejan en la expectación y no me permiten salir de ella; no disponen de mí, pero me impiden disponer de mí mismo. Parece como si hubiese una fuerza que me retuviera y me preparase en secreto, como si mi existencia tuviera un fin terrestre aún desconocido y como si estuviera reservado para algo que no me es posible sospechar. Acaso sea una ilusión; pero lo cierto es que no puedo destruir voluntariamente lo que creo presentir, lo que el tiempo puede reservarme en efecto.

Realmente, podría vivir aquí poco más o menos del modo que digo; y, si el objetivo fuera insuficiente, por lo menos sería seguro; y, sabiendo hacia qué finalidad dirigirme, me esforzaría en ocupar en estos cuidados cotidianos la inquietud que me aguija. Haciendo en un círculo restringido el bien de algunos hombres, llegaría a olvidar lo inútil que soy a los hombres. Quizá hasta acabaría tomando este partido, si no me encontrase en un aislamiento sin la menor dulzura interior; si tuviera un hijo cuyo espíritu formar y seguir paso a paso; si tuviera una esposa que gustara de la vida del hogar bien regulada, que pudiera adaptarse por sí misma a mis ideas, que encontrara algún placer en la intimidad doméstica y gozase como yo de todas estas cosas que no tienen otro valor que el de una sencillez voluntaria.

Pronto, me bastaría con seguir el orden en las cosas de la vida privada. El valle ignorado sería para mí la única tierra humana. Se dejaría de sufrir en él, y por mi parte viviría feliz. Puesto que dentro de unos cuantos años seré un puñado de polvo, abandonado hasta por los gusanos, ¿por qué no llegar a considerar como un monumento suficiente la fuente de aguas inagotables por mí levantada en este rincón, y por qué no contentarme, como razón de ser bastante de mis días, con que diez familias hayan encontrado mi existencia útil?

En una tierra amiga, gozare más de esta simplicidad de las montañas que gozaría en una gran ciudad de todos los regalos de la opulencia. El pavimento de mi casa sería un entarimado de pino; en lugar de ricas maderas barnizadas tendría paredes de pino; y de pino o encina serían mis muebles, y no de caoba. Y me entretendría en ver colocar las castañas en la lumbre, bajo la ceniza del hogar, lo mismo que hasta hace poco me gustaba sentarme en un mueble elegante, a veinte pies de distancia de la historiada chimenea de un salón, a la luz de cuarenta bujías.

Pero estoy solo; y, además de esta razón, aún tengo otras para obrar de manera distinta. Si supiera quién había de compartir mi vida, sabría con arreglo a qué necesidades y qué gustos debería organizarla. Si pudiera ser lo bastante útil en mi

vida doméstica, trataría de limitar a ella toda la visión de mi porvenir; pero, ignorando como ignoro quiénes vivirán conmigo y lo que será de mí, no quiero romper vínculos que pueden llegar a serme necesarios, ni puedo adoptar hábitos y costumbres demasiado particulares. Voy, pues, a proceder con arreglo a los lugares, pero de un modo que no aparte de mí a ninguno de aquellos de los que se pueda decir: «Es uno de los nuestros».

Mi fortuna no es considerable; y no es, por otra parte, en un valle de los Alpes donde se me ocurrirá introducir un lujo completamente fuera de lugar. Estos parajes permiten la sencillez a que tan aficionado soy. No quiere esto decir que aquí se ignore todo exceso, ni las exigencias del qué dirán. No se puede decir, precisamente, que la comarca sea sencilla, pero sí que se adapta a la sencillez. La independencia económica parece más dulce que en otros sitios, y el lujo menos seductor. Muchas cosas naturales todavía no son ridículas aquí. Si se ve uno reducido a muy poco, no hay que venir a vivir en estas latitudes; pero si se tiene siquiera la suficiente se vivirá mejor que en cualquier otra parte.

Voy, pues, a hacer como si estuviese poco menos que seguro de pasarme aquí toda la vida. Y voy a implantar en todo la manera de vivir que las circunstancias me indiquen. Después de haberme provisto de todo lo necesario, no me quedarán arriba de ocho mil libras de renta limpias; pero será suficiente, y viviré más holgadamente con ellas que con el doble en cualquier otra campiña, o el cuádruple en una gran ciudad.

Carta LXVI

19 de julio, VIII

Cuando no le gusta a uno cambiar de criados, debe uno sentirse satisfecho de tener uno cuya opinión permita hacer, poco más o menos, lo que se quiera. El mío se adapta buenamente a lo que me conviene. Si su amo come mal, se contenta con comer un poco mejor que él; si, en los sitios donde no hay camas, paso la noche vestido sobre el heno, él hace lo propio sin hacer valer desmesuradamente la condescendencia. Pero claro está que yo no abuso, y acabo de mandar subir aquí un jergón para él.

Por otra parte, me gusta tener a alguien que, estrictamente hablando, no me necesite. Los hombres que nada pueden por sí mismos y que se ven obligados, naturalmente y por inepticia, a debérselo todo a los demás, son demasiado difíciles. No habiendo adquirido nunca nada por sus propios medios, no han tenido ocasión de conocer el valor de las cosas y de someterse a privaciones voluntarias, de suerte que todas les son odiosas. No distinguen entre la miseria y una economía razonable, ni entre la tacañería y un apuro momentáneo, prescrito por las circunstancias, y sus pretensiones apenas tienen límites, precisamente porque sin uno nada podrían pretender. Dejémoslos abandonados y a duras penas tendrán un pedazo de pan de centeno que llevarse a la boca. Acojámoslos, en cambio, en nuestra casa y desdeñarán las legumbres, la carne corriente no será de su gusto y su salud no podrá prescindir del vino en las comidas.

Al fin estoy instalado en mi casa, y en medio de los Alpes. No hace muchos años, esto habría sido una gran felicidad para mí; actualmente, el solo placer que encuentro en ello es el de estar ocupado. Tengo aquí a unos cuantos trabajadores de la Gruyère, para construirme mi casa de madera y hacer unas estufas al estilo del país. He comenzado por mandar levantar un gran tejado cubierto de *anscelles*^[142], que unirá la granja a la casa, y bajo el cual estarán la leñera, la fuente, etcétera. Ahora, es el taller general, y a toda prisa se han construido en él unas cuantas jaulas, donde pasar la noche, mientras el buen tiempo lo permita. De este modo no se molesta a los obreros, y su trabajo va mucho más de prisa. Como también hacen su comida en común, heme a la cabeza de un pequeño Estado laborioso y unido. Hantz, mi primer ministro, se digna a veces comer con ellos. He conseguido hacerle comprender que, aunque tenga la intendencia de mis propiedades, si quiere hacerse amar de mi pueblo debe no

despreciar a las gentes de condición libre, campesinos y obreros, a quienes la filosofía del siglo podría inspirar la imprudencia de llamarlo lacayo.

Si tiene usted un momento libre, dígame su parecer sobre todos aquellos extremos que se le ocurran, a fin de que, al arreglar las cosas para largo tiempo, y acaso para toda la vida, no haga ahora nada que me vea obligado, más tarde, a modificar.

Dirija usted las cartas a Imenstrom^[143], por Vévey.

Carta LXVII

Imenstrom, 21 de julio, VIII

Mi cartuja no se ve iluminada por la aurora en ninguna estación, y casi únicamente en el invierno alcanza a ver la puesta del sol. Hacia el solsticio de estío no se le ve por la tarde, y sólo se le distingue tres horas por la mañana, después que ha cruzado el horizonte. Surge entonces entre los troncos rectos de los pinos, junto a la cumbre desnuda, más alta que él en el cielo; parece cernerse sobre el agua del torrente, encima de su cascada; sus rayos se difunden gloriosamente a través del bosque negro; el disco luminoso reposa sobre la montaña arbolada y agreste, cuya ladera se halla aún en la penumbra; se diría el ojo centelleante de un coloso tenebroso.

Pero al acercarse el equinoccio es cuando los atardeceres serán admirables y realmente dignos de una cabeza más joven. La garganta de Imenstrom desciende y se abre hacia el poniente de invierno; la ladera meridional quedará en la sombra; la que yo ocupo, orientada hada el mediodía e iluminada por el esplendor del ocaso, verá apoyarse el sol en el lago inmenso, abrasado por sus fulgores. Y mi valle profundo será como un asilo de temperatura dulce, entre la llanura ardorosa, ahíta de luz, y las nieves frías de las cumbres, que la cierran por oriente.

Tengo setenta fanegas de prados más o menos buenos; veinte de bosque bastante hermoso, y casi treinta y cinco cuya superficie es toda de rocas, de barrancas húmedas o siempre en la sombra, o de bosque bajo o punto menos que inaccesible. Esto no producirá casi nada; es una extensión estéril, de la cual no puede esperarse otra utilidad que la de sentirse en terreno propio, o la de disponer de ella a su antojo para recreo.

Lo que me gusta de esta propiedad, además de la situación, es que todas las partes que la componen se hallan contiguas y pueden rodearse con una misma valla. Además, no contiene campos de labranza, ni viñas, aunque estas, por la orientación del terreno, podrían llegar a medrar, y hasta parece que las hubo en otro tiempo; pero, en lugar de ellas, han plantado castaños, que prefiero con diferencia (L)^[144].

El trigo crece mal, y el centeno, que, según dicen, se daría espléndidamente, no me serviría sino como medio de trueque, y para eso sirven mucho mejor los quesos. A fin de tener orden y el mínimo de molestias, quiero simplificar todos los trabajos y cuidados de la casa.

No quiero viñas, porque exigen un trabajo penoso, y me gusta ver a la gente ocupada, pero no abrumada, y porque su producto es demasiado inseguro, demasiado irregular, y me gusta saber lo que tengo y lo que puedo. No me gustan los campos de labranza, porque el trabajo que exigen es demasiado desigual, porque una granizada, y aquí las heladas del mes de mayo, puede acabar demasiado fácilmente con toda esperanza de cosecha, y porque su aspecto es casi continuamente o desagradable, o cuando menos indiferente para mí.

Hierba, leña y fruta: he ahí todo lo que deseo, sobre todo en este país. Desgraciadamente, la fruta escasea en Imenstrom. Es un gran inconveniente; hay que aguardar mucho para disfrutar de los árboles que se plantan, y a mí, que me gusta no inquietarme del porvenir, aunque sólo cuente con el presente, no me gusta esperar. Como no había aquí casa, no se plantó ningún árbol frutal, a excepción de los castaños y de algunos ciruelos viejísimos, que por lo visto pertenecen al tiempo en que había aquí viñas y sin duda algunas construcciones, pues este terreno parece haber estado repartido entre varios propietarios. Desde que estas distintas posesiones se reunieron en una sola, toda ella se dedicó a pastos, donde las vacas se detenían por algún tiempo al comenzar su ascensión en la primavera y al bajar en el invierno.

Este otoño y la primavera próxima, plantaré muchos manzanos y cornejos, unos cuantos perales y ciruelos. En cuanto a las demás frutas, que sólo a duras penas lograrían aclimatarse aquí, prefiero prescindir de ellas. Cuando se tiene en un lugar lo que naturalmente puede producir, encuentro que ya es bastante. El esfuerzo que se tendría que hacer para conseguir lo que es contrario al clima costaría más de lo que valdría el resultado.

Por una razón semejante, no pretenderé tener en mi casa todas aquellas cosas que me serán necesarias o de las que haré uso. Hay muchas que es preferible adquirir por canje. No es que yo desaprobe que en una gran hacienda se fabrique todo lo que es indispensable a la vida, como el pan, el vino y el lienzo, ni que se tengan en el corral cerdos, pavos, pavos reales, gallinas de Guinea, conejos y cuando pueda, bien administrado, producir alguna utilidad. Pero he visto con sorpresa esos hogares mezquinos y apurados, donde, por una economía siempre insegura y a menudo onerosa, continuamente surgían las causas de mal humor y de pérdidas. Las operaciones rurales son muchas veces útiles; pero la mayor parte no lo son hasta que se tienen los medios de operar un poco en grande. En caso contrario, es preferible limitarse a sus cosas y bien conducirlas. Simplificando, se hace el orden más fácil, el espíritu menos inquieto, los subalternos más fieles y la vida doméstica mucho más dulce.

Si yo pudiese producir anualmente cien piezas de lienzo, quizás trataría de llevar a cabo ese esfuerzo; pero ¿iré, por unas cuantas varas, a sembrar cáñamo y lino, a cuidar de que lo estiren, lo enríen y lo escarmenen, a tener hilanderas y a dirigir, en suma, todas las delicadas operaciones que ello exige? A pesar de lo cual, una vez calculado todo y evaluado las pérdidas, los fraudes, el trabajo perdido y los gastos

indirectos, estoy seguro de que descubriría que el tal lienzo me resultaba carísimo. En cambio, ahora, sin necesidad de tantas preocupaciones, lo elijo a mi gusto, y no pago por él sino lo que en realidad vale, pues para eso lo compro al por mayor y en un almacén. Por otra parte, yo no cambio de proveedores, lo mismo que de trabajadores o criados, más que cuando me veo obligado a ello; cosa que, dígase lo que se diga, es bastante rara, cuando se escoge con la intención de no cambiar y cuando hace uno, por su parte, lo que es justo en beneficio de ellos.

Carta LXVIII

Imenstrom, 23 de julio, VIII

He hecho sobre mi nueva residencia, poco más o menos, las mismas reflexiones que usted. Encuentro, es cierto, que un frío mediocre es, por regla natural, tan incómodo como un calor muy grande. Detesto los vientos norte y la nieve; en todo tiempo mis ideas propenden hacia los climas templados, que no conocen invierno, y antaño me parecía punto menos que quimérico el que se viviera en Arkangel o Ieniseick^[145]. Me cuesta trabajo comprender que los trabajos del comercio y de las artes se puedan llevar a cabo en un territorio cercano al polo, donde, durante un periodo tan largo, los líquidos son sólidos, la tierra está, petrificada y el aire libre es mortal. El norte es lo que se me antoja inhabitable; en cuanto a la zona tórrida, no comprendo siquiera por qué se le antojó tal a los antiguos. Sus arenales son áridos, sin duda; pero ¿quien no comprende enseguida que las comarcas bien regadas tienen que convenir mucho al hombre, imponiéndole pocos cuidados y subviniendo, con los productos de una vegetación intensa y perpetua, a la única necesidad absoluta que allí experimenta? La nieve, según dicen, tiene sus ventajas, no cabe duda, y es muy cierto que fertiliza las tierras poco fecundas; pero, por mi parte, prefiero las tierras naturalmente fértiles, o fertilizadas por otros medios. Que la nieve tiene sus bellezas, también es seguro; pues siempre se descubren en las cosas considerándolas bajo todos sus aspectos; pero las bellezas de la nieve son las últimas que me parece descubriré.

Pero ahora que la vida independiente no es sino un sueño olvidado; ahora que quizá no desearía otra cosa que permanecer inmóvil, si el hambre, el frío o el tedio no me obligasen a moverme, empiezo a juzgar los climas por reflexión más bien que por sentimiento. Para pasar el tiempo como puedo en mi cuarto, tanto me da el cielo glacial de los samoyedos^[146] como el cielo dorado de Joma^[147]. Lo que más temería, sería quizá el buen tiempo continuo de esas comarcas ardientes, donde el anciano no ha visto llover arriba de diez veces. Los días buenos me parecen muy cómodos; pero, a pesar del frío, de las brumas, de la tristeza, soporto mejor las molestias del mal tiempo que de los días soleados.

Ya no duermo como en otro tiempo. La inquietud de las noches, el anhelo del reposo me hacen pensar en tantos insectos como atormentan al hombre en los países cálidos y durante el verano en muchos países del norte. Los desiertos ya no son míos; las necesidades de convención se me han hecho naturales. ¿Qué me importa la

independencia del hombre? Necesito dinero; y, con dinero, lo mismo puedo sentirme a gusto en San Petersburgo que en Nápoles. En el norte, el hombre se encuentra sojuzgado por las necesidades y los obstáculos; en el sur, se siente subyugado por la indolencia y la voluptuosidad. En el norte, el desgraciado no tiene asilo; se encuentra sin abrigo, tiene frío, tiene hambre, y la Naturaleza sería para él tan terrible como la limosna y los calabozos. En el ecuador, tiene las selvas, y la Naturaleza le basta, cuando el hombre no está en ella. Allí encuentra asilos contra la miseria y la tiranía; pero yo, atado por mis hábitos y mi destino, no debo ir tan lejos. Sólo deseo una celda cómoda, donde poder respirar libremente, dormir, calentarme, pasearme de arriba abajo y regular mis gastos. Así, ya es mucho si logro construirla junto a una roca suspendida y amenazadora, al lado de un agua corriente, que me recuerden de cuando en cuando que habría podido hacer otra cosa.

No obstante, he pensado en Lugano. Quería ir a visitarlo; pero he acabado por desistir. Es un clima benigno; no se sufre en él ni del ardor de las llanuras de Italia, ni de las bruscas alternativas y la fría intemperie de los Alpes; la nieve cae allí raramente y no cuaja. Dicen que hay olivos y que tiene parajes preciosos; pero es un rincón demasiado retirado. Además, tenía la manera de ser italiana; y cuando, encima de todo, he pensado en las casas de piedra, he renunciado definitivamente a la visita. Aquello ya no es Suiza. Para eso, preferiría Chessel; y, realmente, allí debería estar; pero parece que no me es posible. Me he sentido conducido aquí por una fuerza que acaso no es sino el resultado de mis primeras ideas sobre Suiza, pero que se me antoja otra cosa. Lugano tiene un lago, pero un lago no habría bastado para que me separase de usted.

Esta parte de Suiza donde voy a instalarme ha llegado a ser como mi patria, o como un país donde hubiese pasado algunos años felices en los primeros tiempos de mi vida. De todas maneras, me es indiferente, y ello es una prueba palpable de mi desgracia; pero me parece que en todas partes me sentiría igualmente mal. Esta hermosa cuenca de la parte oriental del Lemán, tan vasta, tan romántica, tan bien situada; estas casas de madera, estos chalés; estas vacas que van y vienen con sus esquilas, de la montaña; las facilidades de las llanuras y la proximidad de las altas cumbres; una especie de costumbre inglesa, francesa y suiza a la vez; una lengua que entiendo, otra que es la mía, otra más rara, que no comprendo; la tranquila diversidad que todo esto procura; una cierta unión, poco conocida de los católicos; la dulzura de una tierra que mira al poniente, pero un poniente alejado del norte; esta larga llanura de agua, curva, prolongada e indefinida, cuyos vapores lejanos se elevan bajo el sol de mediodía, se encienden y se incendian a los fulgores del ocaso, dejando oír por la noche el murmullo de las olas, que se forman, crecen y se extienden para venir a morir en la ribera donde los hombres descansan. Todo este conjunto mantiene al hombre en un estado de ánimo imposible de encontrar en otra parte. No es que a mí me cause nada de ello lo que se llama un goce, pero me costaría trabajo prescindir de ello. En otros lugares sería un extraño; podría esperar un sitio más venturoso y,

cuando quisiera reprochar a las cosas la impotencia y la nada en que vivo, sabría de qué quejarme; pero aquí no puedo atribuirlo sino a vagos deseos y a necesidades engañosas. Tengo, pues, que buscar en mí recursos que acaso están en mí, sin yo saberlo, y si mi impaciencia es irremediable, mi incertidumbre, cuando menos, habrá concluido.

Debo confesar que me gusta pasear, aun sin gozar; sea que la vanidad de las cosas, vedándome toda esperanza, me inspire una tristeza adecuada al giro de mis pensamientos; sea que, no teniendo ya que esperar goce alguno, encuentre cierta dulzura en un dolor que no hace precisamente sufrir, y que deja el alma desalentada en el reposo de una dolorosa molicie. Tanta indiferencia por cosas en sí mismas seductoras, y antaño deseadas, triste testimonio de la insaciable avidez de nuestros corazones, halaga todavía su inquietud; parece a su ambición ingeniosa una marca de nuestra superioridad sobre lo que los hombres buscan, y sobre todas aquellas cosas que la Naturaleza nos había dado, como suficientes para el hombre.

Me gustaría conocer el mundo entero. Y mejor aún que verlo, haberlo visto; pues la vida es demasiado corta para que yo me sobreponga a mi pereza natural. Yo, que temo el menor viaje, y hasta a veces un simple traslado, ¿me pondría ahora a correr mundo, a fin de obtener, si es que por azar volvía, la rara satisfacción de saber, dos o tres años antes de mi término natural, cosas que no me servirían ya de nada?

Que aquel que cuenta con sus medios, que prefiere las sensaciones nuevas, que espera de lo que no conoce el éxito o el placer y para quien viajar es vivir, viaje. En cuanto a mí, yo no soy ni un hombre de guerra, ni un comerciante, ni un curioso, ni un sabio, ni un hombre de sistema; mal observador de las cosas usuales, no traería del otro extremo del mundo nada útil a mi país. Me gustaría haber visto y estar de vuelta en mi cartuja con la seguridad de no salir ya de ella; pues, a decir verdad, ya no sirve para otra cosa que para acabar tranquilamente mis días. Usted, sin duda, recordará que, un día que hablábamos del modo de matar el tiempo en los viajes por mar con la pipa, el ponche y los naipes, yo, que detesto los naipes, que no fumo y que apenas bebo, me limité a contestarle calzándome mis pantuflas, arrastrándole a la habitación donde se toma el desayuno, cerrando la ventana y poniéndome a pasear lentamente con usted sobre la alfombra, junto al velador donde hervía la cafetera. ¡Y todavía me habla usted de viajes! Se lo repito, ya no sirvo más que para acabar en paz, llevando una vida modesta, sencilla e independiente, a fin de ver en torno a mí a unos cuantos amigos contentos. ¿Para qué pensar en otra cosa? ¿Y por qué pasarme la vida tratando de alcanzarla? Unos cuantos veranos más, unos cuantos inviernos, y su amigo, el gran viajero, será un puñado de cenizas. Usted le dice que debe hacerse útil, y tal es, en efecto, su esperanza: suministrará a la tierras unas cuantas onzas de humus; y tanto mejor si es en Europa.

Claro está que si pudiera otras cosas, las llevaría a cabo; las consideraría como un deber, y ello me reanimaría un poco; pero, por lo que a mí respecta, nada quiero hacer. Si consigo no vivir solo en mi casa de madera, si logro que todos a mí

alrededor sean casi felices, dirán que soy un hombre; pero yo, por mi parte, no creeré tal cosa. No es ser útil hacer, con dinero, lo que el dinero puede hacer en todas partes, y mejorar la vida de dos o tres personas, cuando hay hombres que pierden o salvan a millares de sus semejantes. Pero, por lo menos, me sentiré satisfecho viendo satisfechos a los demás en torno a mí. En mi cuarto bien cerrado olvidaré todo el resto; me tornaré angosto como mi destino, y llegaré a creer que este valle es una parte esencial del mundo.

¿De qué me serviría, pues, haber visto el globo, y desearlo? Trataré de decírselo a usted, a fin de llegarlo a saber yo mismo. Para comenzar, ya se imaginará usted que el sentimiento de no haberlo visto me afecta bastante poco. Si fuera a vivir mil años, mañana mismo me pondría en camino. Pero como no es así, los relatos de los Cook^[148], los Norden^[149], los Pallas^[150], me han dicho sobre los demás países cuanto necesitaba saber. Aunque claro está que, si los hubiese visto, compararía una sensación con otras del mismo orden bajo un cielo distinto; vería quizás algo más claro en las relaciones entre el hombre y las cosas, y como tendré que escribir, ya que no tengo ninguna otra cosa que hacer, hubiera podido quizás decir cosas un poco menos baldías.

Meditando a solas, sin luz, en una noche lluviosa, junto a un buen fuego chisporroteante, me gustaría poder decirme: «He visto los arenales y los mares y los montes, las capitales y los desiertos, las noches del trópico y las noches boreales; he visto la Cruz del Sur y la Osa Pequeña, he sufrido un calor de 145 grados y un frío de 130^[151]. He caminado por las nieves del ecuador, y he visto cómo el ardor del sol incendiaba los pinos en el círculo polar; he comparado las formas sencillas del Cáucaso con las anfractuosidades de los Alpes, y las altas selvas de los montes felices con el granito desnudo de la Tebaida^[152]; he visto Irlanda siempre húmeda y Libia siempre árida; he pasado el largo invierno en Edimburgo sin sentir frío y he visto helarse a los camellos en Abisinia; he masticado el betel^[153], he fumado el opio, he bebido el ava^[154]; he morado en una aldea donde me habrían cocido vivo si no me hubiesen creído envenenado, luego, en medio de un pueblo que me ha adorado, porque aparecí ante ellos en uno de esos globos que sirven de pasatiempo en Europa; he visto al esquimal satisfecho con sus pescados podridos y su aceite de ballenas; he visto al agente de negocios descontento de sus vinos de Chipre y de Constanza; he visto al hombre libre caminar doscientas leguas en persecución de un oso, y al burgués comer, engordar, pesar su mercancía y esperar la extremaunción en la trastienda sombría que su madre acreditó. La hija de un mandarín murió de vergüenza porque su marido había visto su pie al descubierto una hora antes de lo debido; en el Pacífico, dos doncellitas subieron al puente, se despojaron de la única vestidura que las cubría, avanzaron así desnudas entre los marinos extranjeros, los hicieron bajar a tierra en pos suya y gozaron a la vista del navío. Un salvaje se mató de desesperación ante el asesino de su amigo; el verdadero fiel vendió a la mujer que le había amado,

salvado y alimentado, y aún la vendió más al saber que la había embarazado...» (M) [155].

Pero, aunque hubiese visto todas esas cosas y muchas más; aunque os dijese: «las he visto», ¡oh hombres engañados y dignos de serlo!, ¿acaso no las sabéis ya? ¿Y acaso sois, por ello, menos fanáticos de vuestras ideas estrechas? ¿Y acaso tenéis por ello menos necesidad de serlo para que os quede siquiera un asomo de decencia moral?

¡Pero, no; todo ello no es sino pura fantasía! Preferible es comprar el aceite al por mayor para revenderlo al por menor y ganar dos sueldos en libra^[156].

Lo que yo diría al hombre que piensa no tendría una autoridad mucho mayor. Nuestros libros pueden bastar al hombre imparcial, toda la experiencia del globo está en nuestros gabinetes. El que nada ha visto por sí mismo y se halla sin prejuicios sabe más que muchos viajeros. Sin duda, si este hombre de espíritu recto, si este observador hubiese recorrido el mundo, aún sabría más; pero la diferencia no sería lo bastante grande para ser esencial; pues aquel hombre presente en las relaciones de los demás las cosas que estos no han sentido, y que él, en su lugar, habría visto.

Si los Anacarsis^[157], los Pitágoras, los Demócritos^[158] viviesen ahora, es probable que no viajaran; pues todo está ya divulgado. La ciencia secreta no se encuentra ya en un lugar determinado; ya no hay costumbres desconocidas, ni instituciones extraordinarias, ni es indispensable ir tan lejos. Si tuviese que verlo todo por sí mismo, ahora que la tierra es tan grande y la ciencia tan complicada, la vida entera no bastaría ni a la multiplicidad de las cosas que sería preciso estudiar, ni a la extensión de los lugares que sería preciso recorrer. Ya no se conciben aquellos grandes designios, porque su objeto, ya demasiado amplio, ha rebasado las facultades y hasta la esperanza del hombre. ¿Cómo, pues, iban a convenir a mis facultades solitarias, a mi esperanza extinguida?

¿Qué más podría decir a usted? La sirvienta que ordeña las vacas, que pone su leche a reposar, que la desnata y la bate, sabe de sobra que está fabricando mantequilla. Cuando la sirve, y ve que la saborean, y que si cargan de nuevo la tetera es porque la mantequilla es sabrosa, siente pagado con creces su trabajo y da este por bueno; comprende, en suma, que ha hecho lo que quiso hacer. Pero, cuando un hombre desea lo que es útil y justo, ¿sabe lo que producirá, y aun siquiera si producirá algo?

Realmente, es un lugar bien apacible esta garganta de Imenstrom, donde no veo sobre mí más que el abeto negro, la roca desnuda, el cielo infinito; y, más abajo, extendiéndose hasta la lejanía, las tierras que el hombre labra.

En otras épocas, se calculaba la duración de la vida por el número de las primaveras; y yo, cuyo techo de madera es preciso que sea como el de aquellos hombres primitivos, contaré así, de hoy en adelante, lo que me resta de vida por el número de veces que venga usted a pasar conmigo, según me ha prometido, un mes cada año.

Carta LXIX

Imenstrom, 27 de julio, VIII

Celebro saber que monsieur de Fonsalbe ha vuelto de Santo Domingo; pero se dice que está arruinado y, además, casado. Me dicen también que tiene un asunto en Zurich, a donde debe ir muy pronto.

Recomiéndele usted que pase por aquí; será bien recibido. Sin embargo, conviene advertirle que, en otros respectos, lo será muy mal. Pero creo que estos no le importarán gran cosa; si no ha cambiado mucho, es un gran corazón. ¿Y acaso puedo cambiar un gran corazón?

Si no estuviese casado, confieso que el hecho de que los huracanes hayan derruido su casa y arruinado sus esperanzas no me inspiraría demasiada lástima; pero, como lo está, fuerza me es el compadecerle. Si tiene, realmente, una esposa, le será penoso no verla feliz; si no tiene consigo más que una persona que lleva su nombre, fatalmente se verá sumido en una porción de sinsabores, que sólo la fortuna permite ir sorteando. Si tiene o no descendencia, es cosa que no me han indicado.

Hágale usted prometer que pasará por Vévay y se detendrá aquí unos cuantos días. El hermano de madame Dellemar quizás me está destinado. Por lo menos, esa esperanza tengo. Dígame usted algo sobre él, usted que lo conoce más. Y felicite usted a madame Dellemar por el bien con que ha salido su hermano de esta última asechanza de la travesía. Pero no, no le diga usted nada de parte mía; dejemos que acaben de fenecer los tiempos pasados.

No obstante, avíseme usted cuando él vaya a venir; y dígame, en nuestro lenguaje, lo que le parece su esposa. Me alegraría que esta hiciera el viaje con él; y hasta diría que es casi necesario. La estación favorable para visitar Suiza es un pretexto que podrá servirle a usted para acabar de decidirlos. Si temen las molestias o los gastos, asegúreles usted que ella podrá quedarse agradable y módicamente instalada en Vévay mientras él termina sus asuntos en Zúrich.

Carta LXX

Imenstrom, 29 de julio, VIII

Aunque mi última carta no haya salido sino anteayer, le escribo a usted sin tener nada de particular que decirle. Si recibe usted ambas cartas juntas, no busque usted en esta nada que urja ni apremie; de antemano le prevengo que la única noticia que encontrará en ella es que hace un tiempo realmente de invierno; y esa es justamente la causa de que le escriba y de que me pase la tarde junto al fuego. La nieve cubre los montes, las nubes están bajísimas y una lluvia fría inunda los valles; hasta a orillas del lago hace frío; a mediodía la temperatura era sólo de cinco grados, y poco antes de salir el sol no llegaba a dos^[159].

Por mi parte, no encuentro desagradable estos pequeños inviernos en medio del verano. Hasta cierto punto, aun a los hombres más constantes, a aquellos que más dominados se encuentran por sus hábitos, conviene el cambio. Hay órganos a los que una acción demasiado continua fatiga; hoy, por ejemplo, gozo plenamente con el calor del fuego, mientras en invierno me molesta y, por regla general, me alejo de él.

Estas vicisitudes, más súbitas y mayores que en las llanuras, hacen, en cierto modo, más interesante la temperatura incómoda de las montañas. No es al amo que lo alimenta bien y lo deja holgar al que más quiere el perro, sino al que lo corrige y acaricia, lo amenaza y lo perdona. Un clima irregular, tempestuoso, inseguro es necesario a nuestra inquietud; un clima más fácil y más uniforme, que nos satisface; nos deja indiferentes.

Quizás los días iguales, el cielo sin nubes, el estío perpetuo, dan más imaginación a la muchedumbre; cosa que, de ser cierta, provendría de que las primeras necesidades absorben, en esas condiciones, menos horas, y de que los hombres son más semejantes en esas comarcas donde hay menos diversidad en las estaciones, en las formas, en todo, por así decirlo. Pero, en cambio, los parajes llenos de oposiciones, de bellezas y de horror, donde se experimentan sensaciones contrarias y sentimientos bruscos, elevan la imaginación de ciertos hombres hacia lo romántico, lo misterioso, lo ideal.

Los campos de temperatura siempre templada pueden ser propicios a la vida de los sabios, como los arenales siempre ardientes a la vida de los gimnosofistas^[160] y los ascetas. Pero la Grecia montañosa, fría y dulce, severa y riende, la Grecia cubierta de nieves y de olivos tuvo a Orfeo, a Homero, a Epiménides^[161]; la Caledonia^[162], más difícil, más cambiante, más polar y menos afortunada, produjo a Ossian^[163].

Cuando los árboles, las aguas, las nubes son poblados por las almas de los antepasados, por los espíritus de los héroes, por las dríadas, por las divinidades; cuando seres invisibles son encadenados en las cavernas o arrastrados por los vientos; cuando vagan sobre las tumbas silenciosas y se les oye gemir en los aires durante la noche tenebrosa, ¡qué patria para el corazón del hombre, qué mundo para la elocuencia^[164]!

Bajo un cielo siempre igual, en una llanura sin límites, erguidas palmeras sombrean las riberas de un río ancho y mudo; el musulmán, sentado en tierra, fuma todo el día entre los abanicos que agitan en su torno.

Pero unas rocas musgosas avanzan sobre el abismo de las olas encrespadas; una bruma densa las ha separado del mundo durante un largo invierno; ahora el cielo está azul, la violeta y la fresa florecen, los días se alargan, los bosques se animan. Sobre el océano tranquilo, las hijas de los guerreros cantan los combates y la esperanza de la patria. He aquí que las nubes se congregan; el mar se encrespa, el trueno rompe las viejas encinas; las barcas naufragan; la nieve cubre las cimas; los torrentes sacuden la cabaña, ahondan los precipicios. El viento cambia; el cielo está claro y frío. A la luz de las estrellas, se distinguen unas tablas sobre el mar todavía amenazador; ya no existen las hijas de los guerreros. Los vientos callan, todo está en calma; se oyen voces humanas por encima de las rocas, y *caen del techo unas gotas frías*. El caledonio se arma, parte en medio de la noche, franquea los montes y los torrentes, corre hacia Fingal; le dice: «Slisama ha muerto; pero yo la he oído; ya ella no volverá a abandonarnos, ha nombrado a tus amigos, nos ha ordenado vencer».

Al norte parecen, realmente, pertenecer el heroísmo del entusiasmo y los sueños gigantescos de una melancolía sublime^[165]. A la Tórrida pertenecen las j concepciones austeras, las ensoñaciones místicas, los dogmas impenetrables, las ciencias secretas, mágicas, cabalísticas y las pasiones tercas de los solitarios.

La mezcla de los pueblos y la complicación de las causas, bien relativas al clima, bien ajenas a él, que modifican el temperamento del hombre, han aducido razones especiosas contra la gran influencia de los climas. Parece, por otra parte, como si no se hubiera hecho más que entrever lo mismo los medios que los efectos de esta influencia. No se ha tomado en cuenta más que el calor, mayor o menor; y esta causa, lejos de ser la única, no es, quizás, ni la principal.

Aun siendo posible que la suma anual del calor fuera la misma en Noruega que en Arabia, la diferencia continuaría siendo grandísima, y casi tan grande, entre el árabe y el noruego. El uno sólo conoce una naturaleza constante, la igualdad de los días, la continuidad de las estaciones y la candente uniformidad de una tierra árida. El otro, después de una larga estación de brumas tenebrosas, en que la tierra está helada, las aguas inmóviles y el ciclo trastornado por los vientos, verá una nueva estación iluminar constantemente los cielos, animar las aguas, fecundar la tierra florecida y hermoseedada por los colores armoniosos y los sonos románticos. Tiene en la primavera horas de una belleza inexpresable, y tiene también los días de otoño, más seductores

aún, por esa misma tristeza que llena el alma sin extravíarla, que, en lugar de agitarla con un goce engañoso, la penetra y la sostiene con una voluptuosidad llena de misterio, de grandeza y de sinsabores.

Quizás los aspectos diferentes de la tierra y de los cielos, y la permanencia o la movilidad de los accidentes de la Naturaleza no pueden hacer impresión sino sobre los hombres bien organizados, y no sobre esa muchedumbre que parece condenada, sea por incapacidad, sea por miseria, a no tener sino el instinto animal. Pero esos hombres de facultades más amplias son los que sirven de guía a su país, los que, mediante las instituciones, el ejemplo y las fuerzas tanto públicas como secretas, arrastran al vulgo; que, por otra parte, aunque no los observe, obedece de una porción de maneras a estos móviles.

Entre estas causas, una de las principales, sin duda, reside en la atmósfera que nos envuelve o impregna. Las emanaciones, las exhalaciones vegetales y terrestres cambian con el cultivo y con otras circunstancias, aun cuando la temperatura no cambio por ello ostensiblemente. Así, cuando se observa que el pueblo de tal comarca ha cambiado, aunque su clima haya continuado el mismo, me parece que no se hace una objeción sólida; pues solamente se trae a cuento la temperatura, como si no fuese un hecho que, muchas veces, el aire de un lugar no podría convenir a los habitantes de otro lugar cuyos estíos e inviernos parecen, no obstante, análogos.

Las causas morales y políticas obran primero con más fuerza que la influencia del clima; ejercen un efecto actual y rápido, que supera las causas físicas, aunque estas, más duraderas, sean más fuertes a la larga. Nadie se sorprende de que los parisienses hayan cambiado desde el tiempo en que Juliano escribió su *Misopogon*^[166]. La fuerza de las cosas ha puesto en el lugar del antiguo carácter parisiense un carácter misceláneo del de los habitantes de una gran ciudad no marítima y del de los picardos, normandos, turenenses y gascones, de los franceses en general y aun de los europeos, y, por último, de los súbditos de una monarquía temperada en sus formas exteriores.

Carta LXXI

Imenstrom, 3 de agosto, VIII

Si hay algo en el espectáculo del mundo que me detiene a veces y a veces me asombra, es ese ser que se nos antoja el fin de tantos medios y que parece no constituir el medio de ningún fin; que es todo sobre la tierra y no es nada para ella, ni nada para sí mismo^[167]; que busca, que combina, que se inquieta, que reforma y que, no obstante, hace siempre del mismo modo cosas nuevas y, con una esperanza siempre nueva, siempre las mismas cosas; cuya naturaleza es la actividad, o más bien la inquietud de la actividad; que se agita para encontrar lo que busca, y aún se agita mucho más cuando nada tiene que buscar; que, en lo que ha obtenido, no ve sino un medio para obtener otra cosa distinta, y que, cuando goza, no encuentra en lo que había deseado sino una fuerza nueva para avanzar hacia lo que no deseaba; que prefiere aspirar a lo que temía que abandonar toda esperanza; para quien la mayor desgracia sería no tener ya nada de que sufrir; a quien los obstáculos embriagan y los placeres anonadan; que no anhela el reposo sino cuando lo ha perdido, y que, transportado sin cesar de ilusión en ilusión, no tiene, ni puede tener otra cosa, obligado a contentarse con soñar perpetuamente la vida.

Carta LXXII

Imenstrom, 6 de agosto, VIII

No podría sorprenderme el que los amigos de usted me censuren por haberme confinado en un paraje solitario y escondido. Debía esperarlo, y debo también convenir con ellos en que mis gustos parecen a veces en contradicción. Creo, sin embargo, que esta oposición es sólo aparente y no existirá sino a los ojos de aquel que me suponga una inclinación decidida por el campo. Pero, en realidad, no gusto exclusivamente de lo que llaman la vida de campo, ni siento repugnancia alguna por la ciudad. Claro está que sé cuál de ambos géneros de vida prefiero instintivamente, pero me costaría trabajo decir cuál de ellos me conviene cabalmente ahora.

Atendiendo solamente a los lugares, hay pocas ciudades en que no me resultara desagradable instalarme; pero quizás no hay ninguna que no prefiriese al campo, tal como lo he visto en muchas provincias. Si quisiera imaginar la mejor situación posible para mí, seguramente no sería en una ciudad. Sin embargo, no doy una preferencia decidida al campo; pues si, en una situación un tanto precaria, es más fácil llevar una vida soportable en el campo que en la ciudad, me parece que, disponiendo de ciertos recursos, es más fácil vivir completamente de acuerdo con el medio ambiente en las grandes ciudades que en ningún otro sitio. No obstante, todo ello se halla sujeto a tantas excepciones, que no me sería posible el decidir en términos generales. Para mí, lo preferible no es nunca una cosa determinada, de tal o cual clase, sino aquello que veo lo más cerca posible de la perfección en su género, y aquello que reconozco más en conformidad con su propia naturaleza.

Preferiría, pues, la vida de un mísero finlandés entre sus peñas glaciales, a la que llevan un sinfín de pequeños burgueses en ciertas ciudades, en las cuales, envueltos estrictamente en sus costumbres, pálidos de pesadumbres y viviendo de estupideces, se creen superiores al ser despreocupado y robusto que vegeta en el campo y ríe todos los domingos.

Me gustan bastante esas ciudades pequeñas, limpias, bien situadas, bien construidas, con un parque bien trazado por paseo público, en vez de bulevares insípidos; donde se pueden ver un mercado cómodo y unas cuantas fuentes bellas, y se pueden reunir, aunque en corto número, unas cuantas personas, no extraordinarias, ni célebres, ni aun siquiera sabias, pero sí bien pensantes y bien intencionadas, satisfechas de conocerse y no enteramente exentas de ingenio; una de esas ciudades

pequeñas, en suma, donde haya lo menos posible de miseria, de lodo, de discordias, de comadrerías, de beatería burguesa y de calumnia.

Pero todavía prefiero una gran ciudad que reúna todas las ventajas y todas las seducciones de la industria humana; donde coincidan los mejores modales y el espíritu más fino; donde se pueda esperar, de entre toda su inmensa población, un amigo y unos cuantos conocidos de nuestro gusto; donde pueda uno perderse en la muchedumbre cada vez que se le antoje, ser a la vez libre, estimado e ignorado, llevar la vida que se quiera y cambiar de género de vida sin llamar la atención; donde se pueda, en todo, elegir, ordenar y habituarse, sin más jueces que aquellas personas que realmente le conocen a uno. París es la capital que reúne en más alto grado las ventajas de las grandes urbes; así, aunque verosíblemente la haya abandonado para siempre, no podría sorprenderme que tantas personas de buen gusto y tantas gentes apasionadas la prefieran a todas las demás.

Cuando no se está hecho a las ocupaciones del campo, se siente uno en él como un extraño; comprende uno que le faltan las facultades necesarias a la vida que ha escogido, y comprende también que quizás desempeñaría uno mejor otro papel que, no obstante, hasta apetece, o aprueba, menos. Para vivir en el campo es preciso tener costumbres rurales; y, cuando se ha pasado de la juventud, ha pasado también el momento de adquirirlas. Es preciso tener unos brazos habituados al trabajo y encontrar un placer en la siembra, en los injertos, en la siega. Convendría, igualmente, ser aficionado a la caza y a la pesca. De otro modo, se acaba siempre por comprender que no se es lo que se debería ser y por decirse: «En París, no sentiría seguramente este malestar; mi vida estaría de acuerdo con las cosas, aunque mi vida y las cosas no pudieran estarlo con mis ideas». Y es que, cuando se ha permanecido fuera de él durante largo tiempo, luego ya no vuelve uno a encontrar su sitio en el orden del mundo. Las costumbres adquiridas en la juventud desnaturalizan nuestro temperamento y nuestros sentimientos, y sí, por casualidad, llega uno a encontrarse luego en plena libertad, ocurre que no se sabe ya elegir sino aproximadamente lo que conviene, encontrando, por otra parte, que no hay nada que convenga del todo.

En París se está bien por algún tiempo; pero me parece que no se está bien para la vida entera, y que la naturaleza del hombre no consiste en quedarse eternamente entre las piedras, las tejas y el cieno, separado para siempre de los grandes espectáculos de la Naturaleza. Los atractivos de la sociedad no carecen de valor, y hasta puede decirse que ponen en movimiento nuestra imaginación; pero la sociedad no llena nuestra alma y no basta con indemnizar todo lo que se ha perdido, ni podría bastar al que sólo cuenta con ella en la ciudad y no se deja engañar por las promesas de un ruido vano, ni ignora la desgracia de los placeres.

Si hay un destino satisfactorio; sin duda es el del propietario, que, sin más cuidados, y sin profesión como sin pasiones, tranquilo en medio de una finca agradable, dirige con cordura sus tierras, su casa, su familia y a sí mismo; y, sin buscar los éxitos ni las amarguras del mundo, quiere solamente gozar cada día de

estos placeres fáciles y repetidos, de esta alegría callada, pero duradera, que cada día puede reproducir.

Con una mujer como las hay, uno o dos hijos y un amigo como usted sabe, con salud, un terreno suficiente en una situación agradable y el espíritu de orden, se tiene ya toda la felicidad que el hombre sensato puede ambicionar. Yo poseo una parte de estos bienes; pero, el que tiene diez necesidades, no se siente feliz con nueve de ellas satisfechas; así está, y así debe estar, hecho el hombre. Las lamentaciones no cuadrarían bien en mis labios; pero es el caso que la felicidad me queda aún bien distante.

No echo de menos París; pero recuerdo una conversación que tuve un día con un oficial de positiva distinción que acababa de abandonar el servicio y de instalarse en París. Era en casa de monsieur T***, al anochecer; había bastante gente, pero la mayoría bajó al jardín y nos quedamos solos los tres. Monsieur T*** mandó traer cerveza inglesa y, poco después, salió también, de modo que me encontré a solas con el susodicho oficial. Aún no he podido olvidar algunos pasajes de nuestro coloquio. No podría decirle a usted cómo vinimos a parar en el tema, ni si la cerveza a continuación de la comida no entró por mucho en esta suerte de expansión; sea lo que fuere, he aquí, poco más o menos, sus palabras mismas. Verá usted en ellas a un hombre que espera no cansarse jamás de divertirse; y es muy posible que no se equivoque en ello, pues pretende supeditar sus mismas diversiones a un orden peculiar suyo, convirtiéndolas así en los instrumentos de una especie de pasión que no acabaría más que con él. Me pareció realmente notable lo que me dijo y, al día siguiente, viendo que lo recordaba con bastante exactitud, decidí transcribirlo, a fin de conservarlo entre mis notas. Helo aquí; por pereza, a fin de evitarme el trabajo de copiarlo, se lo envío tal cual, pero usted tendrá la bondad de devolvérmelo:

—Quise tener un estado, una situación, y la tuve; y vi que aquello no servía de nada, al menos para mí. Vi también que sólo había una cosa *externa* de la que valiese la pena preocuparse por ella: el oro. Es indispensable y tan conveniente el tener bastante como necesario el no buscarlo inmoderadamente. El oro es una fuerza: representa todas las facultades del hombre puesto que le abre todos los caminos y le da derecho a todos los goces; y no veo que sea menos útil al hombre de bien que al voluptuoso para el cumplimiento de sus propósitos. Yo también he sido víctima del deseo de observar y de saber, y lo he llevado muy lejos, y he aprendido con mucho trabajo una porción de cosas inútiles a la razón del hombre, que ahora me ocupo en olvidar. Ello no quiere decir que este olvido se halle totalmente exento de voluptuosidad, pero no cabe duda que lo he pagado demasiado caro. He viajado un poco, he vivido en Italia, he atravesado Rusia, me he asomado a China. Habiéndome aburrido mucho en estos viajes, en cuanto he dejado de tener una ocupación oficial he querido viajar sin otro objeto que mi recreo. Los extranjeros se hacían lenguas de los Alpes, y a ellos he corrido, como otro cualquiera...

—Y se ha sentido usted indemnizado del hastío de las llanuras rusas.

—He ido a ver de qué color era la nieve en verano, si el granito de los Alpes es duro, si el agua cae de prisa cuando cae de una gran altura y otras cosas por el estilo...

—En serio, ¿no se ha dado usted por satisfecho con lo que ha visto? ¿No ha traído usted de allí ningún recuerdo agradable, ninguna observación...?

—Sé la forma de las calderas en que se hace el queso, y puedo apreciar con conocimiento de causa si los grabados de los *Cuadros topográficos de Suiza* son exactos, o si los artistas se han divertido a nuestra costa, como ha sido con frecuencia el caso. ¿Qué me importa que los peñascos rodados por unos cuantos hombres hayan aplastado a un número de hombres bastante mayor que se encontraban debajo? Si la nieve y la ventisca reinan nueve meses en los prados donde una tal cosa aconteció en otro tiempo, no sería yo quien los eligiera ahora para vivir. Me encanta que, en Ámsterdam, un pueblo bastante numeroso gane su pan y su cerveza descargando fardos de café; en cuanto a mí, en todas partes encuentro el café que necesito, sin tener que respirar el aire viciado de Holanda y sin morirme de tedio en Hamburgo. Todo país tiene algo bueno y, aunque pretenden que París tiene menos cosas malas que cualquier otro sitio, no seré yo quien decida la cuestión; pero, como en París tengo la mayoría de mis intereses y a él me llaman casi todas mis costumbres, me contento con vivir en él. Cuando se tiene sentido común y algo de qué vivir, en todas partes donde haya seres sociables puede uno arreglárselas. Nuestro corazón, nuestra cabeza y nuestro bolsillo influyen más en nuestra felicidad que los lugares. En los desiertos del Volga he encontrado el más abyecto libertinaje, y en los valles más humildes de los Alpes las más ridículas pretensiones. En Astrakán, en Lausanne, en Nápoles, el hombre gime lo mismo que en París; y lo mismo que en París ríe en Nápoles, en Lausanne y en Astrakán.

En todas partes, los pobres sufren y los demás se atormentan. Verdad es que la manera que el pueblo tiene de divertirse en París no es la manera en que a mí me gusta ver reír al pueblo; pero convenga usted en que no me sería posible encontrar en ninguna otra parte una sociedad más agradable y una vida más fácil. Ya hace tiempo que estoy de vuelta de esas fantasías que absorben demasiado tiempo y demasiados recursos. Ya no tengo más que un gusto dominante o, si usted quiere, una manía; pero esta no me abandonará, pues nada tiene de quimérica, ni exige mayores esfuerzos para llevar a un objetivo que luego, la mayoría de las veces, resulta baldío. Me gusta sacar el mayor partido posible de mi tiempo, de mi dinero, de todo mi ser. La pasión del orden ocupa más y mejor, y produce mucho más, que las otras pasiones; por lo menos, no sacrifica nada en pura pérdida. La felicidad es menos costosa que los placeres.

—¡Concedido! Pero ¿a qué felicidad nos referimos? Pasarse el día jugando a las cartas, comiendo y hablando de una actriz de moda puede resultar bastante cómodo,

como dice usted; pero esa vida, sin duda, no bastará para hacer la felicidad del que tenga grandes necesidades.

—¡Ah!, usted quiere sensaciones fuertes, emociones extremas... Es la sed de un alma generosa, y su edad puede dejarse arrastrar aún por semejantes espejismos. Por mi parte, la perspectiva de admirar durante una hora y aburrirme durante un mes me seduce poco; prefiero divertirme a menudo y no aburrirme jamás. Mi manera de ser no me cansará, pues para ello la llevo con orden, y observo estrictamente ese orden.

He ahí todo lo que he conservado de nuestra conversación, que duró una hora entera, en el mismo tono. Y confieso que, si no me redujo al silencio, cuando menos me hizo pensar mucho.

Carta LXXIII

Imenstrom, septiembre, VIII

Me deja usted en una gran soledad. ¿Con quién viviré cuando se encuentre usted, errante, más allá de los mares? ¡Ahora sí que voy a estar solo! Su viaje no será largo; es posible; pero, ¿habré ganado mucho a su vuelta? Esas nuevas funciones que le sujetarán ya sin tregua, ¿le han hecho olvidar a usted mis montañas y las promesas que me había hecho? ¿Ha creído usted Burdeos tan cerca de los Alpes?

Hasta que esté usted de vuelta no le escribiré; detesto esas cartas al azar que sólo por casualidad encuentran al destinatario, y cuya respuesta, que no puede llegar sino al cabo de tres meses, puede en ocasiones no llegar sino al cabo de un año. En cambio, como yo no me moveré de aquí, espero que tendrá usted la bondad de escribirme antes de su vuelta.

Lamento que monsieur F*** tenga que terminar unos asuntos en Hamburgo antes que en Zúrich; pero, como prevé que esos asuntos de Hamburgo pueden retenerle bastante tiempo, quizás cuando llegue a Suiza ya haya pasado la estación mala. Así podrá usted arreglar las cosas para esa época, como habían sido proyectadas para este otoño. No se vaya usted sin que monsieur de F*** haya prometido solemnemente detenerse aquí unos cuantos días.

Sin duda, usted se dará cuenta sobrada de la importancia que ello tiene para mí. ¡Que ya que no me queda la menor esperanza de tenerle a usted conmigo, tenga siquiera a alguien afecto a usted! Lo que usted me dice de él me satisfaría mucho, si los proyectos a largo plazo pudieran seducirme aún. Pero ya no quiero creer en el éxito de las cosas inciertas.

Carta LXXIV

Imenstrom, 15 de junio, noveno año

He recibido su esquila con una alegría absurda. Burdeos me ha parecido por un instante más cerca de mi lago que Port-au-Prince o la isla de Gorée^[168]. ¿Conque le han salido bien sus negocios? Ya es bastante. El alma se las arregla para nutrirse con ello, cuando no tiene otro alimento.

En cuanto a mí, me encuentro sumido en un profundo hastío. Usted comprende que yo no me aburra; al contrario, me ocupo; pero perezco de inanición.

Debo ser conciso como usted. Estoy en Imenstrom. No tengo noticia alguna de monsieur de Fonsalbe. Por otra parte, ya no espero nada; sin embargo... Adiós. *Si vales, bene est*^[169].

16 de junio

Cuando pienso que usted vive ocupado y tranquilo, tan pronto trabajando con interés, tan pronto distrayéndose con esos pasatiempos que reposan el espíritu, casi llego a maldecir la independencia a que, sin embargo, soy tan aficionado. Es incontestable que el hombre tiene necesidad de un fin que lo atraiga, de una sujeción que lo domine y se le imponga. No obstante, es muy hermoso ser libre, elegir lo que más conviene a nuestros medios y no ser como el esclavo que hace siempre el trabajo de otro. Lo malo es que me queda demasiado tiempo para sentir toda la inutilidad, toda la vanidad de lo que hago. Esta fría evaluación del valor real de las cosas está muy cerca de la repugnancia por todas.

Usted va a vender Chessel y se dispone a comprar algo cerca de Burdeos. Entonces, ¿no nos volveremos a ver? ¡Estaba usted tan bien! Pero es preciso que el destino de cada uno se cumpla. No basta con parecer contento. Yo también parecía deber estarlo, y no soy feliz. Cuando usted lo sea, envíeme algún Sauterne^[170]; pero no antes. Sin embargo, es seguro que usted, cuyo corazón obedece a la razón, acabará por serlo. Sí, usted lo será, hombre bueno, hombre cuerdo, al que admiro, sin poder imitar. Usted sabe emplear la vida; yo me contento con esperarla. Busco siempre más allá, como si las horas no se perdiesen, como si la muerte eterna no estuviese más cerca que mis sueños.

Carta LXXV

Imenstrom, 28 de junio, IX

Ya no esperaré días mejores. Los meses cambian, los años se suceden; todo se renueva en vano; yo continúo el mismo. En medio de lo que he deseado, todo me falta; nada he obtenido, nada poseo; el hastío consume mi duración en un largo silencio. Sea que las vanas solicitudes de la vida me hagan olvidar las cosas naturales, sea que la inútil necesidad de gozar me vuelva a poner a su sombra, el vacío me rodea todos los días, y cada estación parece extenderlo más y más en torno a mí. Ninguna intimidad ha consolado mis hastíos en las largas brumas del invierno. La primavera vino para la Naturaleza, no para mí. Los días de vida despertaron a todos los seres; su fuego indomable me cansó sin reanimarme; en medio del mundo feliz, fui como un extraño. Y ahora las flores han caído, los mismos lirios han pasado; el calor aumenta, los días son más largos, las noches más hermosas. ¡Estación dichosa! Los días espléndidos me son inútiles, las noches dulces me son amargas. ¡Paz de las umbrías! ¡Chocar de las olas! ¡Silencio! ¡Luna! ¡Pájaros que cantáis en la noche! Sentimientos de los años mozos, ¿qué ha sido de vosotros?

Los fantasmas se han quedado; se yerguen ante mí; pasan y vuelven a pasar, se alejan, como una nube movediza bajo cien formas pálidas y gigantescas. Vanamente, trato de comenzar con tranquilidad la noche del sepulcro; mis ojos no se cierran. Estos fantasmas de la vida se muestran sin cesar, en un juego silencioso; se acercan y huyen, se sumen y reaparecen; los veo a todos y no oigo nada; es una humareda; los busco y ya no existen. Escucho, llamo y no oigo sino mi propia voz, y quedo en un vacío intolerable, solo, perdido, incierto, acosado de inquietud y de asombro, en medio de las sombras errantes, en el espacio impalpable y mudo. ¡Naturaleza impenetrable! Tu esplendor me anonada y tus beneficios me consumen. ¿Qué son para mí esos largos días? Su luz comienza demasiado pronto; su ardiente mediodía me extenua; y la nostálgica armonía de sus veladas celestes fatiga las cenizas de mi corazón; el genio que se adormecía bajo sus ruinas se ha estremecido al movimiento de la vida.

Las nieves se derriten en las cimas; las nubes tempestuosas ruedan por el valle. ¡Desgraciado de mí! Los cielos se abrasan, la tierra madura, el invierno estéril continúa dentro de mí. ¡Dulces vislumbres del poniente que se apaga! ¡Vastas sombras de las nieves duraderas!... ¿Y no tendría el hombre sino amargas

voluptuosidades, cuando el torrente rueda a lo lejos en el silencio universal, cuando los chalés se cierran para la paz de la noche, cuando la luna sube sobre el Velan?

Desde que salí de esa infancia que tanto se echa de menos, imaginé, sentí una vida real; pero no encontré sino sensaciones fantásticas. Veía seres, y no hay más que sombras; anhelaba una armonía, y no encontré sino contrarios. Entonces, me torné sombrío; el vacío llenó mi corazón; necesidades sin límites me consumieron en el silencio, y el tedio de la vida fue mi único sentimiento en esa edad en que se empieza a vivir. Todo me mostraba esa felicidad plena, universal, cuya imagen ideal se halla, no obstante, en el corazón del hombre, y cuyos medios, tan naturales, parecen borrados de la Naturaleza. Aún no había experimentado sino dolores desconocidos; pero cuando vi los Alpes, las riberas de los lagos, el silencio de los chalés, la permanencia, la igualdad de los tiempos y de las cosas, reconocí rasgos aislados de esta Naturaleza presentida. Vi los reflejos de la luna sobre el esquisto de las rocas y sobre las techumbres de madera; vi hombres sin deseos; caminé sobre la hierba corta de las montañas; oí sonos de otro mundo.

Bajé de nuevo sobre la tierra, y allí se desvaneció esta fe ciega en la existencia absoluta de los seres, esta quimera de relaciones regulares, de perfecciones, de goces positivos; brillante suposición en que se recrea un corazón nuevo, y de la que sonrío dolorosamente aquel a quien una mayor profundidad ha enfriado o maduró un tiempo más largo.

Mutaciones sin término, acción sin objeto, impenetrabilidad universal: he ahí lo que conocemos de este mundo en que reinamos.

Un destino indomable borra nuestros sueños; y ¿qué pone en ese espacio que por fuerza tenemos que llenar? El poder cansa; el placer huye; la gloria es para nuestras cenizas; la religión es un sistema del desgraciado; el amor tenía los colores de la vida, la sombra viene, la rosa palidece, cae, y he aquí la noche eterna.

Sin embargo, nuestra alma era grande; quería, debía: ¿qué ha hecho? He visto sin trabajo, tendido por tierra y herido de muerte, el antiguo tallo fecundado por doscientas primaveras. Él ha nutrido al ser animado, lo ha recibido en sus asilos; ha bebido las aguas del aire, y subsistía a pesar de los vientos tempestuosos; muere en medio de los árboles nacidos de su fruto. Su destino se ha realizado; recibió lo que le fue prometido; ya no es, fue. ¡Pero el abeto colocado por el azar al borde del pantano! Crecía agreste, fuerte y soberbio, como el árbol de las selvas profundas. ¡Energía vana! Las raíces se abrevan en un agua fétida, se adentran en el cieno impuro; el tronco se debilita y se fatiga; la copa, encorvada por los vientos húmedos, se inclina con desaliento; los frutos, raros y endebles, caen en el lodo y allí se pierden, inútiles. Lánguido, informe, amarillento, envejecido antes de tiempo y ya inclinado sobre el pantano, parece pedir la borrasca llamada a derribarlo: su vida concluyó mucho antes de su caída.

Carta LXXVI

2 de julio, IX

Hartz tenía razón, se quedará conmigo. Tiene un hermano, que era fontanero, a seis leguas de aquí.

Como tenía muchas cañerías que colocar, lo mandé venir. Me ha gustado; es un hombre discreto y honrado. Muy sencillo, tiene una especie de aplomo, como deben traer consigo ciertos recursos naturales y la conciencia de una rectitud inalterable. Sin ser muy robusto, es buen trabajador; trabaja bien y con exactitud. Conmigo no ha estado ni cortado ni obsequioso; ni servil ni familiar. Así, he ido a su aldea para saber lo que allí pensaban de él, y hasta he visto a su mujer. A mi regreso, le mandé poner una fuente en un lugar donde él mismo no concebía que pudiera servirme de nada. Luego, mientras terminaba otros trabajos, construyeron junto a la fuente una casita rural, al estilo del país, conteniendo bajo un mismo techo varios cuartos, la cocina, la granja y el establo; todo ello capaz solamente para un matrimonio y para albergar dos vacas. Heles, pues, instalados a él y a su mujer; tienen el terreno necesario y algunas otras cosas. Lo que es ahora, ya pueden faltar las cañerías, que tengo un fontanero que no me faltará. En veinte días su casa ha estado lista; es una de las ventajas de este género de construcciones; cuando se tienen los materiales, diez hombres bastan para construirla en un par de semanas, y ni siquiera hace falta esperar a que se seque el encalado.

Al vigésimo día todo estaba listo. Hacía una tarde hermosísima; le mandé decir que abandonara el trabajo un poco antes que de costumbre y, mientras caminábamos hacia el lugar, le dije: «Esta casa, esta provisión de leña, que podrá usted renovar en mi casa todos los años, estas dos vacas y el prado hasta esta valla, estarán de aquí en adelante consagrados al servicio de usted, y lo estarán siempre, si se porta usted bien, como me es casi imposible el poner en duda».

Y le diré a usted dos cosas que bastarán a hacerle ver si este hombre no merecía lo que le he dado, y aun mucho más.

Sintiendo, por lo visto, que la extensión de un servicio debía responder lo bastante de la extensión de la gratitud en un corazón justo, insistió sólo en que todo era absolutamente a semejanza de lo que él había siempre imaginado como satisfacción de todos sus deseos, a cuanto, desde su casamiento aspiraba, sin grandes esperanzas, como el bien supremo; a cuanto habría pedido al cielo, si hubiese podido formular un deseo de antemano concedido. Este rasgo le complacerá, sin duda; pero lo que va a

sorprenderle, es lo siguiente. Está casado desde hace ocho años y no ha tenido hijos, cuyo patrimonio, por otra parte, habría sido sólo la miseria, pues, abrumado por una deuda dejada por su padre, apenas si encontraba en su trabajo lo necesario para él y su mujer. Esta, sin embargo, se halla actualmente encinta. Considere usted las pocas facilidades y aun ocasiones que deja al desenvolvimiento de nuestras facultades un estado habitual de indigencia, y vea si es posible tener, en sentimientos sin ostentación ni interior ni externa, más nobleza natural y más justedad.

Por mi parte, celebro tener algo sin verme obligado a deberlo a un estado que me forzaría a vivir como rico, y a perder en necesidades lo que tanto puede producir. Convengo con los moralistas en que una gran fortuna es una ventaja a menudo engañosa y que, muchas veces, nosotros mismos hacemos funesta; pero jamás les concederé que una cierta holgura no sea uno de los medios esenciales para la felicidad y hasta para la cordura.

Carta LXXVII

6 de julio, IX

En esta comarca desigual, donde los accidentes de la Naturaleza, reunidos en un espacio angosto, contraponen las formas, los productos, los climas, la especie humana misma no pueden tener un carácter uniforme. Las diferencias raciales son aquí más evidentes que en parte alguna; las razas fueron menos confundidas por la mezcla en estas tierras recónditas que durante largo tiempo se creyeron inaccesibles, en estos valles profundos, antiguo retiro de las hordas fugitivas o agotadas. Estas tribus extrañas unas a otras quedaron aisladas dentro de sus confines agrestes, y han conservado tantos rasgos peculiares en la administración, la lengua y las costumbres, que sus montañas tienen valles, o a veces pastos y aldehuelas. No es raro, pasando un torrente seis veces en una hora de camino, encontrar otras tantas razas de fisonomía distinta y cuyas tradiciones confirman el origen diferente.

Los cantones subsistentes^[171] se hallan formados por una porción de estados. Los débiles han sido reunidos por el temor, la alianza o la fuerza a las repúblicas ya poderosas. Estas, a fuerza de negociar, de acrecentarse, de ganarse los ánimos, de invadir o de vencer, han llegado, después de cinco siglos de prosperidad, a poseer todas las tierras que pueden oír las campanas de sus capitales.

¡Respetable debilidad!, si se ha sabido, si se ha podido encontrar en ella los medios de esta felicidad pública, verosímil en un recinto marcado por la naturaleza de las cosas, imposible en una comarca inmensa entregada al siniestro orgullo de las conquistas y a la ostentación del imperio, más funesta aún.

Ya comprenderá usted que mi intención era hablar solamente de los rasgos fisonómicos; estoy seguro de que me hará usted esta justicia. En ciertas regiones del Oberland, en esos pastos cuya pendiente general tiende al oeste y al noroeste, las mujeres son de una blancura que llamaría la atención en las ciudades y de una frescura de tez que difícilmente se encontraría en estas. En otros lugares, al pie de las montañas, bastante cerca de Friburgo, he visto facciones de una gran belleza cuya característica general era una majestad sosegada. La criada de una granja, que pude observar, no tenía de notable más que el óvalo del rostro, pero era tan hermoso, daba a toda la cara una expresión tan augusta y serena, que un artista habría podido muy bien tomar esta cabeza por modelo para una Semíramis^[172].

Mas el esplendor del rostro y algunos rasgos asombrosos o soberbios están muy lejos de la perfección general de las formas y de esta gracia llena de armonía que

constituye la verdadera belleza. No pretendo juzgar una cuestión que se puede encontrar muy delicada; pero me parece que hay aquí cierta tosquedad en las formas y que, en general, se ven facciones y detalles sorprendentes o una belleza pintoresca más bien que una verdadera hermosura. En la comarca de la que le hablaba en un principio, la parte alta de la mejilla es muy saliente; ello es casi general, y Porta^[173] encontraría el modelo común en una cabeza de carnero.

Si, por casualidad, una campesina francesa^[174] es bonita a los dieciocho años, antes de los veintidós su rostro, ya curtido, parecerá cansado y como embrutecido. En cambio, en estas montañas, las mujeres conservan, segando sus prados, toda la lozanía de la juventud. No es posible cruzar estas tierras sin cierta sorpresa; pero hay que confesar, y eso no fijándose más que en el rostro, que sólo por excepción podría encontrar modelo un artista entre estas gentes.

Dicen que nada es tan raro en la mayor parte de Suiza como un seno hermoso. Y conozco un pintor que llega hasta a asegurar que muchas mujeres del país ni siquiera tienen la menor idea. Sostiene que ciertos defectos son en ellos lo bastante generales para que la mayoría no se imaginen siquiera que puede ser de otro modo, y para que consideren como quiméricos los cuadros y estatuas hechos del natural en Grecia, Inglaterra o Francia. Aunque este género de perfección parezca pertenecer a una especie de belleza que no es la del país, no puedo creer que falte totalmente en él, como si las gracias más interesantes quedasen excluidas por el nombre moderno que reúne tantas familias cuyo origen nada tiene de común y cuyas diferencias marcadísimas subsisten todavía.

Si, no obstante, resultase fundada esta observación, así como la de una cierta irregularidad en las formas, podría explicársela por esa rudeza que parece inherente a la atmósfera de los Alpes. Es muy cierto que Suiza, que cuenta con hombres hermosos y robustos, sobre todo en las montañas, como el Hash y el Alto Valais, contiene, sin embargo, una cantidad notable de cretinos y, sobre todo, de semicretinos con bocio, imbéciles y deformes. Pueden atribuirse estas hinchazones y tumefacciones a ciertos elementos demasiado brutos del agua, y especialmente del aire, que obstruyen los conductos y parecen acercar la nutrición del hombre a la de la planta. ¿Acaso la tierra estaría lo bastante trabajada para los demás animales, pero aún demasiado agreste para el hombre?

¿No sería posible que las llanuras cubiertas de un humus elaborado por una perpetua trituración diesen a la atmósfera vapores más asimilados a las necesidades del ser muy organizado, y que emanasen de las rocas, los barrancos y las aguas, de continuo en sombra, partículas groseras, en cierto modo demasiado incultas y funestas a los órganos delicados? El nitrógeno de las nieves subsistentes en medio del estío puede introducirse fácilmente en nuestros poros abiertos. La nieve produce efectos secretos e incontestables sobre los nervios, y sobre los hombres atacados de gota o reumatismo, y no sería inverosímil un efecto más oculto aún sobre nuestro organismo en conjunto. Así, la Naturaleza, que todo lo mezcla, habría compensado

con peligros desconocidos las románticas bellezas de aquellas tierras que el hombre no sometió todavía.

Carta LXXVIII

Imenstrom, 16 de julio, IX

Soy por completo de la misma opinión que usted, y seguramente que habría debido esperar menos para decidirme a escribir. Hay algo que sostiene el alma en este comercio con los seres pensantes de los diversos siglos. Imaginar que podrá estarse al lado de Pitágoras, de Plutarco o de Ossian, en el despacho de un L*** futuro, es una ilusión no desprovista de grandeza, uno de los más nobles pasatiempos del hombre. El que ha visto cómo quema la mejilla la lágrima del desgraciado se da a soñar en una idea más seductora todavía; cree poder llegar a decir al hombre apesadumbrado el precio de la alegría de su semejante; cree que podrá prevenir los gemidos de la víctima olvidada, que podrá devolver al corazón acongojado cierta energía, recordándole esas percepciones vastas o consoladoras que extravían a los unos y sostienen a los otros.

Nos figuramos que nuestros males dependen de una causa pequeña, y que el bien moral está en la mano del hombre. Seguimos consecuencias teóricas que llevan a la idea de la felicidad universal; olvidamos esta fuerza que nos mantiene en el estado de confusión en que se pierde el género humano; nos decimos: «Combatiré los errores, seguiré los resultados de los principios naturales, diré cosas buenas o que podrán llegar a serlo». Entonces, nos creemos ya menos inútiles, menos abandonados sobre la tierra; reunimos el sueño de las grandes cosas a la paz de una vida oscura, y gozamos del ideal, y gozamos realmente, creyendo hacerlo útil.

El orden de las cosas ideales es como un mundo nuevo que no se ha realizado, pero que es posible; el genio humano va a buscar en él la idea de una armonía según nuestras necesidades y, de vuelta a la tierra, trae consigo modificaciones más afortunadas, esbozadas con arreglo a este tipo sobrenatural.

La constante versatilidad del hombre prueba que es experto en hábitos contrarios. Reuniendo las cosas efectuadas en tiempos y lugares diversos se podría formar un todo menos difícil a su corazón que cuanto le fuera propuesto hasta ahora. He ahí mi misión.

Solamente imponiéndose un trabajo cualquiera, por inútil que sea, consigue uno llegar sin hastío al anochecer de cada jornada. Yo avanzaré hacia el anochecer de la vida, engañado, si puedo, y sostenido por la esperanza de acrecentar los medios que fueron concedidos al hombre. Mi corazón, demasiado grande para no sentir la avidez de ellas, y demasiado débil para poder prescindir de ellas, necesita ilusiones.

Puesto que el sentimiento de la felicidad es nuestra primera necesidad, ¿qué podrá hacer el que no la espere ahora y no se atreva a esperarla más tarde? ¿Acaso no tendrá que buscar su expresión en unos ojos amigos, en la frente del ser a él semejante^[175]? Es una necesidad que se sienta ávido de la alegría de su semejante; no tiene otra dicha que la que da. Cuando no ha reanimado en otro ser el sentimiento de la vida, cuando no ha hecho gozar, el frío de la muerte invade su corazón rechazado; le parece como si acabase en las tinieblas de la nada.

Se habla de hombres que se bastan a sí mismos y se nutren de su propia sabiduría. Si tienen la eternidad ante sí, los admiro y los envidio; si no la tienen, no los comprendo.

En cuanto a mí, no solamente no soy feliz, no solamente no lo seré, sino que, aun cuando las suposiciones verosímiles que pudiera hacer se encontrasen realizadas, tampoco lo sería. Los sentimientos del hombre son un abismo de concupiscencia, de nostalgias y de errores.

No le diré a usted lo que siento, lo que desearía, lo que soy; ya no distingo mis necesidades, y apenas sé mis deseos. Si usted se figura que conoce mis gustos, se equivocará usted. Usted se dirá, entre sus landas solitarias y sus grandes aguas: «¿Dónde está aquel que ya no me tiene? ¿Dónde está el amigo que no encontré ni en África, ni en Las Antillas? He aquí el tiempo nublado que desea su tristeza; mientras tanto, él se pasea; piensa en mis nostalgias y en el vacío de sus años; tiende el oído hacia el poniente, como si los arpegios del piano de mi hija pudieran llegar a sus oídos solitarios; ve los jazmines alineados sobre mi terraza, ve mi sombrero gris pasar tras la enramada, mira la huella de mis pantuflas sobre la arena, quiere respirar la brisa del anochecer». Vanos sueños, créame usted; mientras usted me piensa así, ¿acaso no habré ya cambiado? Por otra parte, ¿tenemos acaso el mismo cielo, nosotros que hemos buscado en climas opuestos una tierra extraña a la de nuestros primeros días?

Durante sus dulces atardeceres, un viento de invierno puede haber venido aquí a poner término bruscamente a días abrasadores. El sol consumía la hierba en torno a las vaquerías; a la mañana siguiente, las vacas se afanan por salir, creyéndola encontrar refrescada por el rocío de la noche; pero he aquí que dos pies de nieve cubren ya el tejado, bajo el cual tendrán ya que permanecer, reducidas a tener que beber su propia leche. Pero yo mismo soy todavía más inseguro y más variable que este clima extraño. Lo que hoy me gusta o, cuando menos, no me disgusta, en el momento en que usted lo lea quizás me desagrade ya, sin que el cambio sea por ello muy grande. El tiempo me conviene, es tranquilo, todo está mudo; salgo, pues, para dar un largo paseo, y un cuarto de hora más tarde heme otra vez en casa. Una ardilla, al oírme, ha trepado a lo más alto de un pino. Vuelvo, y me encierro en mi gabinete. Al fin tendré que buscar un libro que no me aburra. Si entran a preguntarme algo, a recibir una orden, siempre piden perdón por la molestia que me causan; pero la verdad es que me han hecho un favor. Esta amargura se va como vino; si me siento

distraído, me siento contento. Ahora bien; ¿no podía distraerme a mí mismo? No; amo mi dolor, y me apego a él mientras dura; para, en cuanto pasa, encontrarlo una insigne locura.

Estoy muy cambiado, le digo a usted. Recuerdo que la vida me impacientaba, y que hubo un momento en que la soporté como un mal que sólo duraría ya algunos meses. Pero este recuerdo me parece ahora de algo ajeno a mí; y hasta me sorprendería, si la movilidad de mis sensaciones pudiera aún sorprenderme. No veo en absoluto razón alguna para mi marcha, como tampoco la veo para quedarme aquí. Me siento cansado; pero encuentro que, pudiendo descansar en él, no se está tan mal en mi cansancio. La vida me hastía y me divierte. Ir y venir, elevarse, meter mucho ruido, preocuparse por todo, medir la órbita de los cometas y, al cabo de unos cuantos días, acostarse bajo la hierba de un cementerio: todo ello se me antoja lo bastante burlesco para ser visto hasta el final.

Pero ¿por qué pretender que es la costumbre de los sinsabores, o la desgracia de un humor sombrío, lo que revuelve y confunde nuestros deseos y nuestras ideas, lo que altera nuestra misma vida en ese sentimiento de la caída y de la nada de los días del hombre? Un humor melancólico no debe decidir, en modo alguno, los colores de la vida. No preguntemos al hijo de los incas encadenados en las minas de donde fue extraído el oro del palacio de sus antepasados y de los templos del Sol, o al burgués laborioso e irreprochable cuya vejez mendiga, tullida y desdeñada; no preguntemos a los infinitos desdichados lo que valen las esperanzas y las prosperidades humanas; no preguntemos a Heráclito cuál es la importancia de nuestros proyectos, o a Hegesias^[176] la importancia de la vida. Es Voltaire, colmado por el éxito, festejado en las cortes y admirado en Europa; es Voltaire, célebre, hábil, espiritual y generoso; es Séneca, junto al trono de los Césares, y a punto casi de subir a él; es Séneca, sostenido por la sabiduría, divertido por los honores y con una fortuna de treinta millones; es Séneca, útil a los hombres, y Voltaire, haciendo burla de sus fantasías, quienes nos dirán los goces del alma y el reposo del corazón, el valor y la duración del movimiento de nuestros días.

¡Ay, amigo mío!, todavía continuaré unas cuantas horas sobre la tierra. Cuando vivimos, somos unos pobres insensatos; pero, cuando no vivimos, ¡somos tal nulidad! Además, siempre se tienen una porción de cosas que terminar; así, por ejemplo, actualmente tengo una de verdadera trascendencia, a saber: el cálculo del agua que caerá aquí durante un periodo de diez años. En cuanto al termómetro, ya lo he abandonado; habría que levantarse por la noche y, cuando la noche está muy oscura, habría que conservar la luz y colocarla en otro cuarto, pues en el que duermo necesito siempre una oscuridad absoluta.

He ahí, por lo menos, un punto esencial en el que mis gustos no han cambiado aún. Por otra parte, para poder interesarme realmente en observar aquí las temperaturas, sería preciso que dejara de ignorar lo que ocurre en el resto del mundo. Tendría que tener observaciones hechas en los arenales de Senegal y en la cumbre de

los montes del Labrador. Otra cosa me interesa más por el momento: saber si penetran de nuevo en el interior de África. Estas comarcas inmensas, desconocidas, donde creo se podría. Estoy completamente separado del mundo. Si se reciben noticias más precisas, transmítamelas usted. No sé si me comprende usted.

Carta LXXIX

17 de julio, IX

Si le dijese a usted que el presentimiento de cierta celebridad no me halagaría lo más mínimo, por primera vez no me creería usted; o, cuando menos, pensaría usted que me engaño a uno mismo, y tendría usted razón. Es muy difícil que la necesidad de estimarse a sí propio se encuentre por completo desprendida de ese placer, no menos natural, de verse estimado por ciertos hombres y de saber que dicen: «es uno de los nuestros». Pero la afición a la paz, una cierta indolencia del alma, cuyo hábito han aumentado en mí las contrariedades, podrían llegar a hacerme olvidar esa seducción, lo mismo que he olvidado otras muchas. Necesito verme retenido e incitado por el temor al reproche que tendría que dirigirme si, encima de no mejorar nada y de no hacer otra cosa que usar pesadamente las cosas, tales como estas son, fuera todavía a descuidar el único medio de energía que se halla de acuerdo con la oscuridad de mi vida.

¿Acaso no es preciso que el hombre sea algo, y que desempeñe, en un sentido o en otro, un papel *expresivo*? De otro modo, caerá en el abatimiento y perderá la dignidad de su ser; desconocerá sus facultades o, si se da cuenta de ellas, será para mayor tortura de su alma combatida. No será escuchado, seguido ni considerado. Ese mismo bien ínfimo que la vida más nula está llamada, no obstante, a producir, se le escapará de entre los dedos. El precepto de la simplicidad es, sin duda, muy hermoso y muy útil; pero, ¡qué mal comprendido! El espíritu que no percibe los diversos aspectos de las cosas pervierte las mejores máximas; envilece la misma sabiduría, privándola de sus medios, sumiéndola en la penuria, deshonorándola por el desorden que de ello resulta.

No cabe duda de que un hombre de letras^[177] con la ropa interior mugrienta, alojado en un sotabanco, teniendo que coserse él mismo sus harapos y que copiar sabe Dios qué para poder vivir, difícilmente será un ser útil al mundo y en la posesión de la autoridad necesaria para hacer algún bien. A los cincuenta años se amanceba con la lavandera que tiene su desván contiguo al suyo; o bien, si ha ganado algo, se casa con su criada^[178]. ¿Era, pues, su objeto ridiculizar la moral y entregarla a los sarcasmos de los hombres ligeros? El caso es que hace más daño a la opinión que el sacerdote al que se paga por servir diariamente un culto del que ha renegado, que el fraile licencioso que alaba la paz y la abnegación, que esos charlatanes de la probidad, en que pulula cierto mundo, que repiten a cada paso: «¡las buenas

costumbres!, ¡las virtudes!, ¡los hombres honrados!»), y a los que, desde ese mismo instante, no se prestaría ni un luis sin el correspondiente recibo.

Todo hombre de espíritu equilibrado y que quiere ser útil, aunque no sea sino en su vida privada, todo hombre, en suma, digno de alguna consideración, la busca. Se comporta de modo que pueda llegar a obtenerla hasta en aquellas cosas en que la opinión de los hombres es vana por sí misma, con tal de que ello no exija de él nada contrario a sus deberes o a los resultados esenciales de su carácter. Si hay una regla sin excepción, me figuro debe ser esta; y no vacilaría en afirmar que es siempre un vicio del corazón o del entendimiento lo que hace desdeñar, y afectar desdeñar, la pública estimación, allí donde la justicia no exige su sacrificio.

En medio de la vida más oscura se puede gozar de cierta consideración, si sabe uno rodearse de cierta holgura y si mantiene uno su casa en orden y una especie de dignidad en el transcurso de su vida. Hasta en la pobreza se puede gozar de esa consideración, si se tiene un nombre, si se ha hecho algo conocido, si se tiene una actitud superior al destino tocado en suerte, si se sabe hacer notar la diferencia de lo que sería miseria absoluta en el vulgo. El hombre de carácter elevado no pasa inadvertido entre la muchedumbre; y si, a fin de evitarlo, hubiese que descender a ciertos cuidados minuciosos, creo que no vacilaría en hacerlo. Y creo también que no habría en ello vanidad; el sentimiento de las jerarquías naturales lleva a cada hombre a colocarse en su lugar y a procurar que los demás le coloquen a su vez. Si predominar fuera un deseo vano, el hombre superior temería la oscuridad del desierto y sus privaciones, como teme la vileza y la miseria del sotabanco; pero lo que teme es rebajarse, y no dejar de elevarse; lo que repugna a su ser no es tener un gran papel, sino tener uno que sea contrario a su naturaleza.

Si una especie de autoridad es necesaria en todos los actos de la vida, al escritor le es indispensable. La consideración pública es uno de sus medios más poderosos; sin ella, no hace otra cosa que desempeñar un oficio, y este oficio se convierte en una cosa baja, por reemplazar a una gran función.

Es absurdo o indignante que un autor se atreva a hablar al hombre de sus deberes, sin ser él un hombre de bien^[179]. Pero si el moralista perverso no obtiene sino desprecio, el moralista desconocido resulta de tal inutilidad, que, cuando no se convierte él mismo en una cosa ridícula, sus escritos, cuando menos, sí se convierten. Todo lo que debería ser santo entre los hombres perdió su fuerza cuando los libros de filosofía, de religión, de moral fueron exhibidos en medio del lodo de los muelles, cuando tantas páginas solemnes fueron entregadas a los más viles usos del tráfico.

La opinión, la celebridad, por vanas que fuesen en sí mismas, no deben ser ni despreciadas, ni siquiera descuidadas, ya que son uno de los grandes medios que pueden conducir a los fines más loables como a los más importantes. Tan excesivo es no hacer nada por ellas como obrar exclusivamente por ellas. Las grandes cosas que se ejecutan son bellas por sí mismas, por su grandeza intrínseca, sin que haga falta exhibirlas ni ponerlas de relieve; cosa que no sería posible con aquellas que sólo se

piensan. La firmeza del que perece en el fondo de las aguas es un ejemplo perdido; el pensamiento más justo, la concepción más sabia lo son igualmente, aunque no se comuniquen a nadie; pero su utilidad depende de su expresión, y es su celebridad lo que los hace fecundos.

Quizás sería preciso que los escritos filosóficos fuesen siempre precedidos por un buen libro de un género agradable, que pudiera alcanzar gran difusión y ser leído y gustado por la mayoría^[180]. El que tiene un nombre habla con más confianza; hace más y mejor, porque espera no hacer en vano. Desgraciadamente, no siempre se tiene el valor o los medios de tomar semejantes precauciones; los escritos, como tantas otras cosas, se hallan sujetos a la ocasión, aun inadvertida; determinados por un impulso muchas veces ajeno a nuestros planes y a nuestros proyectos.

Hacer un libro sólo para adquirir un nombre es un trabajo, con un no sé qué en sí de repelente y servil; y aunque de acuerdo con las razones que parecen imponérmelo, no me atrevo a emprenderlo, y lo abandonaré.

No quiero, sin embargo, comenzar por la obra que proyecto. Es demasiado importante y difícil para que la concluya nunca; y ya será mucho si la veo aproximarse algún día a la idea que he concebido. Esta perspectiva demasiado lejana no me sostendría. Creo conveniente hacerme autor, a fin de tener el valor de continuar siéndolo. Será un partido a priori y declarado; de suerte que lo seguiré como para llevar a cabo mi destino.

Carta LXXX

2 de agosto, IX

Creo, como usted, que sería preciso una novela, una verdadera novela, tal como ya hay algunas; pero es una obra demasiado considerable, que me llevaría largo tiempo. Desde muchos puntos de vista, sería un trabajo poco adecuado para mí; sin contar que haría falta que el plan de ella se me ocurriese como por inspiración.

Creo que escribiré un libro de viajes. Quiero que quienes lo lean recorran conmigo todo el mundo sometido al hombre. Cuando hayamos mirado juntos, cuando nos hayamos habituado a una misma modalidad común, volveremos a casa y razonaremos. Así, dos amigos ya de cierta edad salen juntos al campo, examinan, meditan, sueñan, no se hablan, indicándose solamente las cosas con el bastón; pero, por la noche, al lado de la chimenea, charlan sobre cuanto han visto en su paseo.

El escenario de la vida tiene grandes bellezas. Hay que hacerse la cuenta de que se está, aquí sólo para ver. Hay que interesarse sin ilusión, sin pasión, pero sin indiferencia, como se interesa uno en las vicisitudes, en las pasiones, en los peligros de un relato imaginario; este, por lo menos, está escrito con gran elocuencia.

El curso del mundo es un drama lo bastante continuado para resultar atractivo, lo bastante variado para excitar el interés, lo bastante permanente y regulado para complacer a la razón, para divertir con sus sistemas, y lo bastante inseguro para suscitar los deseos y alimentar las pasiones. Si estuviésemos impasibles en la vida, la idea de la muerte sería intolerable; pero los dolores nos enajenan, las repugnancias nos repelen, la impotencia y las exigencias nos hacen olvidar de una vez; y se va uno fríamente, como se abandona un palco cuando un vecino impertinente, o el exceso de calor o el aire viciado por la muchedumbre, han reemplazado el deseo por la molestia y la curiosidad por la impaciencia.

¿Qué manera adoptaré, pues? Ninguna. Escribiré como se habla, sin pensar en ello; si es preciso hacerlo de otro modo, no escribiré. A pesar de todo, hay la diferencia de que la palabra no puede corregirse, en tanto que de lo escrito se puede quitar todo aquello que suena mal en la lectura.

En tiempos menos avanzados, los poetas y los sofistas leían sus libros a las asambleas populares. Es preciso que las obras sean leídas con arreglo a la manera en que fueron escritas, y que sean escritas con arreglo a la manera en que deben ser leídas. El arte de leer es como el de escribir. Las gracias y la verdad de la expresión en la lectura son infinitas como las modificaciones del pensamiento; concibo apenas

que un hombre que lee mal pueda tener una pluma afortunada, un espíritu justo y amplio. Sentir con genio, y ser incapaz de expresar, parece tan incompatible como el expresar con fuerza aquello que no se siente.

Tómese el partido que se tome sobre la cuestión de si todo ha sido o no ha sido dicho en moral, no por ello podría decidirse que esta ciencia, la única del hombre, carece de porvenir. No basta que una cosa haya sido dicha; es preciso que sea divulgada, probada, a todos persuadida, universalmente reconocida. Nada se ha hecho, mientras la ley expresa no está sometida a las leyes de la moral^[181], mientras la opinión no ve las cosas en sus verdaderas relaciones.

Habrà que levantarse contra el desorden, mientras el desorden subsista. ¿No estamos viendo todos los días esas cosas que más bien son culpa del espíritu que consecuencia de las pasiones, en las que hay más error que perversidad, y que son menos el crimen de un particular que un efecto casi inevitable de la despreocupación o la ineptia pública?

¿No hace falta decir aun a los ricos de fortuna independiente: por qué fatalidad viven ustedes más pobres, más inquietos que quienes trabajan a jornal en sus tierras?

Diciendo a los niños que todavía no han abierto los ojos sobre la bajeza de su infidelidad: «Sois unos verdaderos ladrones, y ladrones que la ley debería castigar más severamente que al que roba a un extraño», al robo manifiesto añadís la más odiosa perfidia. El criado que hurta es castigado con más rigor que un extraño, por el solo hecho del abuso de confianza, y porque es necesario poder gozar de cierta seguridad, cuando menos en la propia casa. Estas razones, justas en relación con un hombre a sueldo, ¿no son todavía más fuertes tratándose del hijo de la casa? ¿Quién puede engañar más impunemente? ¿Quién falta a deberes más sagrados? ¿A quién es más triste no poder otorgar nuestra confianza? Si se aducen consideraciones capaces de contrarrestar la ley, aun se demostrará por modo más evidente la necesidad de iluminar la opinión, de no abandonarla, como a menudo se ha hecho, de fijar sus variaciones y, sobre todo, de hacerla respetar lo suficiente para que pueda hacer lo que no osan nuestras leyes irresolutas.

¿No hace falta decir aun a estas mujeres llenas de sensibilidad, de intenciones puras, de juventud y de candor: por qué entregar al primer embaucador tantas cualidades inestimables? ¿No veis en sus mismas cartas, en medio de la jerga novelesca de sus sentimientos torpes, expresiones de las que una sola bastaría para delatar la poca estimación en que os tiene y la vileza en que él mismo se siente? Os divierte, os arrastra, hace de vosotras un juguete; y así os prepara la ignominia y el abandono. Y vosotras lo sentiríais, lo sabríais; pero por debilidad, por indolencia acaso, arriesgáis el honor de vuestros días. Por la distracción de una noche corrompéis quizás vuestra vida entera. La ley no le alcanzará; tendrá la infame libertad de reírse de vosotras. ¿Cómo es posible, realmente, que hayáis tomado a ese miserable por un hombre? ¿No valía más esperar, aunque fuese indefinidamente? ¿Qué distancia entre un hombre y otro! Mujeres amables, ¿no llegaréis nunca a sentir

lo que valéis?... ¡La necesidad de amar! No, no os excusa. La primera necesidad es la de no envilecerse, y las mismas flaquezas del corazón deben haceros indiferentes a aquellos que sólo tienen de hombre el no ser mujeres... ¡Las necesidades de la edad! No, si nuestras instituciones morales están en la infancia, si lo hemos confundido todo, si nuestra razón va a tuestas, vuestra imprudencia, menos imperdonable entonces, no queda justificada por ello.

El nombre de mujer es grande para nosotros, cuando nuestra alma es pura. Por lo visto, el nombre de hombre puede impresionar también a ciertos corazones jóvenes; pero, por mucha dulzura con que estas ilusiones se envuelvan, no os dejéis sorprender demasiado. Si el hombre es el amigo natural de la mujer, las mujeres no tienen muchas veces peor enemigo que él. Todos los hombres tienen los sentidos de su sexo; pero vosotras debéis esperar al que también tenga el alma. ¿Qué puede tener en común con vosotros ese ser que no tiene más que sentidos^[182]?

¿No ha acontecido muchas veces que el sentimiento de la felicidad nos ha arrastrado a un abismo de males, y nuestros deseos más naturales han alterado nuestra naturaleza, y nos hemos embriagado ávidamente de amarguras? Se tiene todo el candor de la juventud, todos los deseos de la inexperiencia, las necesidades de una vida nueva, la esperanza de un corazón recto. Se tienen todas las facultades del amor; luego es preciso amar. Se tienen todos los medios del placer; luego hay que ser amado. Se entra en la vida; ¿qué hacer en ella sin amor? Se tiene belleza, lozanía, gracia, alegría, nobleza, expresión dichosa. ¿Para qué la armonía de estos movimientos, este recato voluptuoso, esta voz hecha para decirlo todo, esta sonrisa hecha para todo arrastrarlo, esta mirada hecha para mudar el corazón del hombre? ¿Para qué esta delicadeza del corazón y esta profunda sensibilidad? La edad, el deseo, las conveniencias, el alma, los sentidos, todo lo quiere; es una necesidad. Todo expresa y requiere el amor: esta piel tan suave y de un blancor tan delicadamente matizado; esta mano formada para las más tiernas caricias; estos ojos cuyos recursos pasan inadvertidos si ellos mismos no dicen: «consiento ser amada»; este seno que, sin amor, está inmóvil, mudo, inútil, y que se marchitaría un día sin haber sido divinizado; estas formas, estos contornos, que cambiarían sin haber sido conocidos, admirados, poseídos; estos sentimientos tan tiernos, tan voluptuosos y tan grandes, la ambición del corazón, el heroísmo de la pasión. Esta ley deliciosa, que la ley del mundo ha dictado, es preciso seguirla. Este papel embriagador, que se sabe tan bien, que todo recuerda, que el día inspira y la noche ordena, ¿qué mujer joven, sensible, amante, se imaginará, no poderlo desempeñar?

Así, jamás se imagina. Los corazones justos, nobles, puros, son los que primero se pierden. Más susceptibles de elevación, no admiten otra que la que el amor procura. Se alimentan de errores creyendo alimentarse de estimación; porque han amado la virtud, se encuentran con que aman a un hombre; cualquier miserable las engaña, simplemente porque, no pudiendo amar en realidad sino a un hombre de

bien, se figuran que todo el que se presenta para realizar su quimera tiene forzosamente que serlo.

La energía del alma, la estimación, la confianza, la necesidad de dar pruebas de ella, la necesidad de sentirla; sacrificios que recompensar, una fidelidad que coronar, una esperanza que sostener, una progresión que seguir; la agitación, la intolerable inquietud del corazón y los sentidos; el deseo tan loable de empezar a pagar tanto amor, el deseo no menos justo de estrechar, de consagrar, de perpetuar, de *eternizar* vínculos tan queridos; otros deseos aun, cierto temor, cierta curiosidad, azares que lo indican, el destino que lo quiere, todo entrega a una mujer amante en los brazos del seductor. Ella ama, él se distrae; ella sueña con la duración, la felicidad, el largo sortilegio de un amor mutuo; se siente en las regiones celestiales; ve aquellos ojos que el placer enciende, y querría proporcionar un goce todavía mayor. El monstruo, en cambio, se divierte; y los brazos del placer la sumergen en el abismo, y allí devora ella una voluptuosidad terrible.

Al día siguiente, la veremos sorprendida, inquieta, soñadora. Sombríos presentimientos inauguran tremendos dolores y una vida de amarguras. Estimación de los hombres, ternura paterna, conciencia tranquila, altivez de un alma pura, fortuna, honor, esperanza, amor, todo ha pasado. Ya no se trata de amar y de vivir; preciso es devorar las lágrimas y arrastrar días precarios, marchitos, miserables. Ya no se trata de avanzar en medio de las ilusiones, en medio del amor y de la vida; hay que rechazar los sueños, buscar el olvido y esperar la muerte. ¡Mujeres sinceras y amantes, favorecidas con todas las gracias exteriores y los encantos del alma, tan hechas para ser puramente, tiernamente, constantemente amadas... no améis nunca!

Carta LXXXI

5 de agosto, IX

Conviene usted en que la moral debe ser la única preocupación seria de todo escritor que se proponga un objeto útil y grande; pero encuentra usted que ciertas opiniones sobre la naturaleza de los seres hacia los cuales, según usted, he parecido propender hasta ahora no se avienen con la búsqueda de las leyes morales y la base de los deberes.

No me gustaría contradecirme, y trataré de evitarlo; pero no puedo reprochar a mi flaqueza las variaciones de la incertidumbre. Por más que examino, y por más imparcialidad, y hasta severidad, que pongo en el examen, le confieso que no he podido descubrir ninguna verdadera contradicción.

Podría haberla entre diversas cosas que he dicho, si se tomaran como afirmaciones positivas, como las diversas partes de un mismo sistema, de un mismo cuerpo de principios aportados como seguros, ligados entre sí y deducidos los unos de los otros. Pero los pensamientos aislados, las dudas sobre cosas impenetrables pueden variar, sin ser por eso contradictorios. Hasta confieso que hay una conjetura sobre la marcha de la Naturaleza que a veces encuentro muy probable, y otras veces mucho menos, según el aspecto que mi imaginación se detiene a considerar.

Más de una vez me digo: «Todo es necesario; si el mundo es inexplicable en este principio, en los otros parece imposible». Y después de haber fijado así mi opinión, a lo mejor me digo al día siguiente: «Tantas cosas parece conducir la inteligencia, que sin duda no es absurdo pensar que otras muchas cosas son igualmente conducidas por ella. Quizás elige entre los posibles que resultan de la esencia necesaria de las cosas, y la naturaleza de estos posibles contenidos en una esfera limitada es tal que, no pudiendo existir el mundo sino con arreglo a ciertas modalidades, cada cosa, sin embargo, es susceptible de varias modificaciones diferentes. La inteligencia no es soberana de la materia, pero la emplea; no puede ni hacerla, ni destruirla, ni desnaturalizarla o cambiar sus leyes; pero puede agitarla, trabajarla, componerla. No es una omnipotencia, sino una inmensa industria, aunque limitada por las leyes necesarias de la esencia de los seres; una alquimia sublime, que el hombre llama sobrenatural porque no puede concebirla».

Usted me dirá que se trata de dos sistemas opuestos y que no es posible admitirlos al mismo tiempo. Convengo en ello; pero no hay tal contradicción, puesto que no los

presento sino como hipótesis; y no sólo no admito ambos, sino que, en realidad, no admito uno ni otro, y no pretendo conocer lo que el hombre no conoce.

Todo sistema general sobre la naturaleza de los seres y las leyes del mundo no es nunca otra cosa que una idea al azar. Es posible que algunos hombres hayan creído en sus sueños o hayan querido hacer creer a los demás; pero ello es un charlatanismo ridículo o un prodigio de terquedad. Por mi parte, no sé sino dudar, y cuando digo positivamente: «todo es necesario», o bien: «hay una fuerza secreta que se propone un fin que nosotros no podemos a veces presentir», no empleo estas expresiones afirmativas más que para evitar el repetir de continuo: «me parece, supongo, imagino...». Este modo de hablar no significa, ni mucho menos, que me sienta seguro de lo que digo, y no debo temer que la gente se llame a engaño; pues ¿a qué hombre, si no está loco, se le ocurrirá afirmar lo que es imposible saber?

Es muy distinto cuando, abandonando estas investigaciones oscuras, nos aplicamos exclusivamente a la única ciencia humana, a la moral. Los ojos del hombre, que nada pueden discernir en la esencia de los seres, pueden verlo todo en las relaciones del hombre. Allí encontramos una luz dispuesta para nuestros órganos; allí podemos descubrir, razonar, afirmar. Allí somos responsables de nuestras ideas, de su encadenamiento, de su acuerdo, de su verdad; allí es donde hay que buscar principios seguros, y donde las consecuencias contradictorias serían inexcusables.

Solamente se puede hacer una objeción contra el estudio de la moral; y sin duda se trata de una objeción importante, pero que no, por ello, debe detenernos. Si todo es necesario, ¿qué producirán nuestras investigaciones, nuestros preceptos, nuestras virtudes? Pero la necesidad de todas las cosas no está demostrada; el sentimiento contrario es el que guía al hombre, y ello basta para que en todos los actos de la vida se considere como entregado a sí mismo. El estoico creía en la virtud, a pesar del destino, y esos orientales que conservan el dogma de la fatalidad obran, temen, desean como los demás hombres. Aun considerando como probable la ley universal de la necesidad, todavía podría buscar los principios de las mejores instituciones humanas. Atravesando un lago un día de tempestad, me diré: «si los acontecimientos se hallan invenciblemente determinados, poco me importa que los remeros estén o no borrachos». Sin embargo, como quizás no sea así, lo mejor será recomendarles que no beban hasta después de su llegada. Si todo es necesario, también lo será que yo tome esta precaución, y que la califique, falsamente, de prudencia.

Nada entiendo de las sutilezas por medio de las cuales pretenden concertar el libre arbitrio con la presciencia, la elección del hombre con la omnipotencia absoluta de Dios; el horror infinito que el autor de toda justicia siente necesariamente por el pecado, así como los medios inconcebibles que ha empleado para prevenirlo o repararlo, con el imperio continuo de la injusticia y nuestra facultad de cometer todos los crímenes que se nos antojen. Encuentro algunas dificultades para conciliar la bondad infinita que creó voluntariamente al hombre y la ciencia indubitable de lo que resultaría de ello, con la eternidad de terribles suplicios para las cuarenta y nueve

quincuagésimas partes de los hombres tan queridos. Podría, como otro cualquiera, discurrir larga, hábil y sabiamente sobre estas cuestiones impenetrables; pero, si alguna vez escribo, me aplicaré más bien a lo que atañe al hombre reunido en sociedad y en su vida temporal, pues me parece que sólo observando las consecuencias que se apoyan en datos seguros podré pensar algunas cosas verdaderas y decir algunas útiles.

Llegaré a conocer al hombre hasta cierto punto, pero no me es posible adivinar la Naturaleza. No acabo de comprender esos dos principios opuestos, eternamente haciendo y deshaciendo. No acabo de comprender el universo formado tan tardíamente, allí donde nada había, subsistiendo sólo por un tiempo, y cortando así en tres partes la eternidad indivisible. No me gusta hablar en serio de lo que ignoro; *animalis homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*^[183].

Jamás comprenderé cómo el hombre, que reconoce en sí mismo la inteligencia, puede pretender que el mundo no contenga inteligencia alguna. Desgraciadamente, tampoco alcanzo a comprender cómo una facultad puede ser una sustancia. Me dicen: «el pensamiento no es un cuerpo, un ser físicamente divisible, de manera que la muerte no lo destruirá; pero ello no impide que haya tenido un comienzo, aunque no se le vea término posible, ni que, desde el momento que no es un cuerpo, sea forzosamente un espíritu». Lo confieso; tengo la desgracia de no encontrarle a este argumento contundente el menor sentido común.

Este es más especioso. Ya que existen religiones de origen antiquísimo, ya que forman parte de las instituciones humanas, ya que parecen naturales a nuestra debilidad y son el freno o el consuelo de muchos, sin duda conviene seguir y sostener la religión del país en que se vive; y si se permite uno el lujo de no creer en ella, convendrá por lo menos no dejarlo traslucir cuando se escribe para los hombres, ni disuadirlos de una convicción a la que tienen apego. Esta es la opinión de usted sobre el particular; pero he aquí por qué no podría ser también la mía.

No iré ahora a debilitar una creencia religiosa en los valles de Cévennes o del Apenino, ni siquiera a mi alrededor en la Maurienne o el Schweizerland; pero, hablando de moral, ¿cómo no decir nada de las religiones? Sería una afectación fuera de lugar; no engañaría a nadie, ni serviría de otra cosa que de obstáculo a lo que tengo que decir, menoscabando el conjunto, que es lo único que puede tener cierta utilidad. Aseguran que se deben respetar aquellas ideas sobre las cuales reposan las esperanzas de muchos hombres, y toda la moral de la mayoría. Esta reserva se me antoja conveniente y discreta en aquel que sólo accidentalmente se ocupa de las cuestiones morales, o que escribe guiado por ideas diferentes de las que por fuerza tendrán que ser las mías. Pero si, al escribir sobre las instituciones humanas, llegase a no hablar de los sistemas religiosos, seguramente no se vería en ello sino un exceso de miramientos hacia algún partido poderoso. Sería una flaqueza condenable; al atreverme a asumir una tal función, debo ante todo imponerme los deberes que implica. No puedo responder de mis medios, y estos podrán ser más o menos

insuficientes; pero las intenciones dependen de mí, y si no son invariablemente puras y firmes, será que soy indigno de tan hermoso ministerio.

Jamás tendré un enemigo personal en la literatura, como tampoco lo tendré en la vida privada; pero, cuando se trata de decir a los hombres lo que considero verdad, no debo temer el descontentar a una secta o un partido. No odio a ninguno, pero tampoco tengo por qué tolerar que ninguno se me imponga. Atacaré las cosas, y no a los hombres; si estos se enojan, si me convierto en un objeto de horror para la caridad de algunos, no me sorprenderé; pero, por el momento, tampoco quiero preverlo. Si uno puede dejar de hablar de las religiones en muchas obras, yo no dispongo de esa libertad, que desde más de un punto de vista echo muy de menos; pero todo hombre imparcial reconocerá que ese silencio es imposible en una *obra* de la índole de la que proyecto, única a la que puedo conceder cierta importancia.

Al escribir, pues, sobre los sentimientos del hombre y el sistema general de la ética, hablaré de las religiones; y seguramente que, al hablar de ellas, no podré decir sino lo que pienso. Porque no podría dejar de hablar de ello es por lo que no me aplico a apartar de nuestras cartas lo que, por azar, se refiere a dicho tema; en otro caso, a pesar de la cierta violencia que de ello resultaría para mí, preferiría callar lo que, lejos de ser del agrado de usted, hasta puede que le sirva de enojo.

Pero a usted mismo me refiero: si en algún que otro capítulo examino las religiones como instituciones accidentales^[184] y hablo de la que dicen proveniente de Jerusalén, como convendría hablase de haber nacido en Jerusalén; a usted mismo me refiero: ¿qué inconveniente o perjuicio traerá ello consigo en aquellos lugares donde se agita el espíritu europeo, donde las ideas son claras y las concepciones desilusionadas, donde se vive en el olvido de los prestigios y en el estudio sin velo de las ciencias positivas y demostradas?

Mucho desearía no quitar nada de la cabeza de aquellos que la tienen ya lo bastante vacía para decir: «Si no hubiese infierno, no valdría la pena ser hombre honrado». ¡Quién sabe, sin embargo, si me lee por casualidad algunos de estos hombres! No me hago la ilusión de que no pueda resultar algún mal de lo hecho por mí con la intención de producir un bien; pero quizás disminuiré el número de esas buenas almas que no creen en el deber sino porque creen en el infierno. Y quizá llegaré a conseguir que el deber quede, cuando las reliquias y los demonios cornudos hayan acabado de pasar de moda.

No se puede evitar que la misma muchedumbre llegue, más o menos de prisa, y seguramente en poco tiempo, a despreciar una de las dos ideas que, imprudentísimamente, se han acostumbrado a recibir juntas. Es preciso, pues, demostrarles que estas dos ideas pueden ser perfectamente separadas, sin que el olvido de la una traiga consigo la subversión de la otra.

A mi juicio, este momento se aproxima; y sin duda no se tardará en reconocer universalmente la necesidad de no fundar ya sobre lo que está en ruinas ese asilo

moral fuera del cual se viviría en un estado de guerra secreta y en medio de una perfidia más odiosa que las venganzas y los odios seculares de las hordas salvajes.

Carta LXXXII

Imenstrom, 6 de agosto, IX

No sé si saldré de mis montañas nevadas, si iré a ver esa hermosa campiña de la que me hace usted una descripción tan interesante, donde el invierno es tan benigno y tan dulce la primavera, donde las aguas verdes estrellan sus olas nacidas en América. Las que yo veo no vienen de tan lejos; en las hendiduras de mis rocas, donde busco la noche como el triste mochuelo, la extensión no se avendría bien con mi mirada y mi pensamiento. La nostalgia de no encontrarme con usted cada día se acrecienta. Más que reprochármelo, me sorprende de ello; y aunque busco el porqué, como no lo encuentro, tengo que contentarme con asegurarle a usted que no ha podido ser de otro modo. No obstante, algún día iré; ya es cosa resuelta. Quiero verle a usted en su casa; quiero traer de allí el secreto de ser feliz, cuando nada le falta a uno, excepto uno mismo.

Veré al mismo tiempo el puente del Gard y el canal de Languedoc. Veré la Gran Cartuja, en el viaje de ida, y no en el de regreso; y ya sabe usted por qué. Me gusta mi asilo; y cada día me gustará más, aunque no me sienta ya lo bastante fuerte para vivir solo. Vamos a hablar de otra cosa.

Todo estará terminado dentro de muy pocos días. Hace ya cuatro que duermo en mis habitaciones.

Cuando dejo abiertas mis ventanas durante la noche, oigo caer claramente el agua de la fuente; y, si corre un poco de viento, la oigo chocar contra las barras de hierro destinadas a sostener las vasijas que se quiere llenar. Pocos accidentes naturales hay tan románticos como el ruido del agua cayendo en el agua, de noche, cuando todo está oscuro, y sólo se distingue en el fondo del valle el torrente que corre sordamente tras los árboles frondosos, en medio del silencio.

La fuente está bajo un cobertizo, como ya creo haberle dicho; el rumor de su caída es así menos agreste que si estuviese al aire libre; pero, en cambio, es más singular y más bello. A cubierto, sin estar encerrado, descansando en un buen lecho en medio del desierto, rodeado de todas las ventajas primitivas, se reúnen las comodidades de la molición a la fuerza de la naturaleza. Parece, realmente, como si nuestra industria hubiese dispuesto de las cosas primitivas sin cambiar sus leyes, y como si un imperio tan fácil no conociese límites. He ahí todo el hombre.

Esta gran techumbre, este cobertizo del que me ve usted tan orgulloso, tiene siete toesas de ancho y más de veinte de longitud sobre la misma línea que los otros

edificios. Es, en efecto, lo más cómodo; une la granja con la casa, aunque no toca a esta, comunicando solamente con ella por medio de una galería de construcción ligera, que se podría cortar fácilmente en caso de incendio. Coche, galera, carros de labor, utensilios, leña de quemar, taller de carpintería, fuente, todo se encuentra ordenadamente bajo este cobertizo, y se puede trabajar en él, y lavar y hacer todo lo preciso sin que el sol, la nieve o el lodo le molesten a uno.

Puesto que ya no espero verle a usted por aquí hasta sabe Dios cuando, le contaré toda mi vida en estos lugares. Le describiré punto por punto mi casa; y, así, quizás hasta habrá instantes en que podré hacerme la ilusión de que usted la comparte conmigo, y de que examinamos, deliberamos y reformamos en compañía.

Carta LXXXIII

24 de septiembre, IX

Esperaba con cierta impaciencia que hubiese usted terminado sus diligencias, pues tengo algo nuevo que decirle.

Monsieur de Fonsalbe está aquí. Hace cinco semanas que llegó, y seguramente se quedará; su mujer ha estado antes. Aunque haya pasado varios años en el mar, es un hombre de carácter igual y tranquilo. No juega, no caza, no fuma, no bebe; jamás ha bailado, nunca canta; no está triste, pero me parece que ha debido estarlo mucho. Su frente presenta unidos los rasgos tranquilos de la serenidad del alma y las huellas profundas de la desgracia. Su mirada, que no expresa generalmente sino una especie de reposo y de desaliento, está hecha para expresarlo todo; su cabeza tiene algo de extraordinario y, en medio de su calma habitual, si una idea grande o un sentimiento enérgico por casualidad le asaltan, inmediatamente toma, aun sin proponérselo, la actitud muda del mando. He visto lo mucho que admiraban a un actor por decir de modo excelente el *lo quiero, lo ordeno*, de Nerón^[185]; pero Fonsalbe aún lo diría mejor.

Le hablo a usted sin la menor parcialidad. Monsieur de Fonsalbe no es tan igual interiormente como en su exterior; pero, si tiene la desgracia o el defecto de no poder ser feliz, tiene demasiado buen sentido para estar descontento. Él es quien acabará de curar mi impaciencia porque ha tomado partido y me ha demostrado además, sin réplica posible, que yo también debería tomarlo. Según él, cuando, además de la salud, se tiene una vida independiente, sin tener más que eso, hay que ser un necio para ser feliz, y un loco para ser desgraciado. A lo que ya comprenderá usted que no podía contestar otra cosa sino que, por mi parte, no era ni feliz ni desgraciado. Así lo he dicho, cuando menos; de manera que ahora tengo que arreglármelas para no quedar por embustero.

Comienzo, sin embargo, a encontrar algo más que la vida independiente y la salud. Fonsalbe será un amigo, y un amigo en mi soledad. No digo un amigo tal como lo entendíamos en otro tiempo. Ya no estamos en una época de heroísmo. Se trata sólo de pasar apaciblemente la vida; las grandes cosas no me conciernen. Me aplico, como le digo a usted, a encontrar bueno lo que mi destino me aporta. Ya comprenderá usted, pues, que no me voy a dedicar a soñar en la amistad al modo de los antiguos. Dejemos los amigos según la antigüedad, y los amigos según las ciudades. Imagine

usted un término medio. ¿Nada más que eso?, dirá usted. Pero yo le replicaré que ya es mucho.

Todavía se me ha ocurrido otra idea. Fonsalbe tiene un hijo y una hija. Pero aguardo, para decirle más, a que mi proyecto haya definitivamente cuajado. Ello, por otra parte, depende de una porción de detalles, que usted ignora aún, y que ya, oportunamente, le haré saber. Fonsalbe me ha dicho que podía hablarle a usted de cuanto a él atañe, y que no le consideraba a usted como un tercero; pero usted me hará el favor de quemar las cartas.

Carta LXXXIV

Saint-Maurice, 7 de octubre, IX

Un americano amigo de Fonsalbe acaba de pasar por aquí, de camino hacia Italia. Han ido juntos hasta Saint-Branchier, al pie de las montañas. Les acompañé, con intención de detenerme en Saint-Maurice, pero continué hasta la cascada de Pissevache, que está entre esta ciudad y Martigny, y que hasta ahora sólo había visto desde el camino.

Allí esperé el regreso del coche. Hacía un tiempo agradable, el aire estaba sereno y tibio; así que tomé, todo vestido, un baño de vapores fríos. El volumen de agua es considerable, y la caída casi de trescientos pies. Me acerqué cuanto me pareció posible; y, en un momento, me encontré tan empapado como si me hubiese sumergido en el agua.

Volví a encontrar, sin embargo, algo de las antiguas impresiones cuando me hallé envuelto en el vapor que ascendía hacia las nubes, en el estrépito imponente de esta agua que brota de un hielo mudo y corre sin cesar de un manantial inmóvil, que se pierde con estruendo sin agotarse nunca, que se precipita para abrir abismos y que parece caer eternamente. Nuestros años y los siglos del hombre descienden así; nuestros días se escapan del silencio, la necesidad los muestra, resbalan al olvido. El curso de sus fantasmas apresurados transcurre con rumor uniforme y se disipa repitiéndose de continuo. Queda de todo ello una tenue humareda, que sube y retrocede, y cuyas sombras ya pasadas envuelven esta cadena inexplicable e inútil, monumento perpetuo de una fuerza desconocida, expresión extraña y misteriosa de la energía del mundo.

Le confieso a usted que Imenstrom, y mis recuerdos, y mis costumbres, y mis proyectos de niño, mis árboles, mi gabinete de trabajo, todo lo que ha podido distraer mis afectos, fue entonces muy pequeño, muy insignificante a mis ojos. Esta agua activa, penetrante, y como impregnada de movimiento, este estrépito solemne de un torrente que cae, esta nube que se lanza perpetuamente hacia los aires, esta situación del cuerpo y del pensamiento disiparon el olvido en que varios años de esfuerzos habían llegado quizá a sumirme.

Separado de todos los lugares por esta atmósfera de agua y por este ruido inmenso, veía todos los lugares ante mí y no me veía ya en ninguno. Inmóvil, sentíame conmovido, no obstante, por un movimiento extraordinario. En seguridad, en medio de las ruinas amenazadoras, me sentía como sumergido por las aguas y

viviendo en el abismo. Había abandonado la tierra, y consideraba ridícula mi vida, hasta el punto de darme lástima; un sueño del pensamiento reemplazó aquellos días pueriles por otros días útiles. Vi, 1 más claramente que las viera nunca, estas páginas bienaventuradas y alejadas del rollo de los tiempos. Los Moisés, los Licurgo probaron indirectamente al mundo su posibilidad; pero su existencia futura me ha sido probada en los Alpes.

Cuando los hombres de aquellos tiempos en que no era ridículo ser un hombre extraordinario se retiraban a una soledad profunda, en los antros de las montañas, no era sólo para meditar sobre las instituciones que preparaban; pues también puede uno pensar en su casa y, si es preciso el silencio, también se puede encontrar en una ciudad. No era sólo para impresionar al pueblo; un simple milagro de la *Magia* lo habría conseguido igualmente, todavía en menos tiempo y con la misma fuerza sobre la imaginación popular. Pero el alma menos esclavizada, no por ello escapa enteramente al imperio de la costumbre, a esta conclusión tan persuasiva para la muchedumbre, y aun para el mismo genio especiosa, a este argumento de la rutina que extrae del estado más habitual del hombre un testimonio natural y una prueba de su destino. Hay que separarse de las cosas humanas, no para ver que podrían cambiarse, sino aun para atreverse a suponerlo. No se necesita ese aislamiento para imaginar los medios que pueden ponerse en acción, sino para esperar su éxito. Va uno al retiro, vive en él, y he aquí que el hábito de las cosas pasadas se atenúa, y se juzga sin parcialidad lo extraordinario, que deja de ser novelesco; y cree uno en ello, y vuelve uno entre los hombres, y triunfa.

Volví al camino antes del regreso de Fonsalbe. Realmente, estaba empapado, como le he dicho a usted; pero, a pesar de ello, Fonsalbe pretendió que se podía llegar hasta el pie mismo de la cascada sin correr ese riesgo. Allí le esperaba yo; y debo confesar que, en un principio, las cosas marcharon bien. Pero la columna de agua que se eleva era muy variable, aunque no parecía soplar el menor viento en el valle; y ya íbamos a retirarnos cuando, en un segundo, quedó Fonsalbe inundado. Entonces se dejó arrastrar, y pude llevarlo al mismo lugar en que me había yo sentado. Aunque, temiendo que las variaciones inopinadas de la presión del aire pudieran afectar sus pulmones, menos robustos que los míos, nos retiramos casi inmediatamente. En vano había intentado yo hacerme entender como no fuera por signos; pero, una vez que nos hubimos alejado varias toesas, le pregunté, antes de que su sorpresa hubiera pasado, lo que, en una situación semejante, podían pesar las costumbres del hombre, y hasta sus sentimientos más poderosos o aquellas pasiones que cree indomables.

Durante un rato nos estuvimos paseando, de arriba abajo, entre el camino y la cascada. Convinimos que el hombre mejor organizado puede no sentir ninguna pasión efectiva, a pesar de su aptitud para todas, y que muchas veces hubo ya tales hombres, sea entre los conductores de pueblos, sea entre los magos y los gimnosofistas, sea entre los fieles convencidos y genuinos de ciertas religiones, como el islamismo, el cristianismo y el budismo.

El hombre superior tiene todas las facultades del hombre, y puede experimentar todos los sentimientos humanos; pero se detiene en los más grandes de aquellos que su destino le aporta. El que supedita los grandes pensamientos a ideas pequeñas o personales, el que teniendo que hacer o decidir cosas importantes se deja conmovir por sentimientos mezquinos e intereses insignificantes, ese no es un hombre superior.

El hombre superior ve siempre más allá de lo que es y de lo que hace; lejos de quedarse atrás de su destino, se le adelanta siempre cuanto él le permite; y este movimiento natural de su alma no es la pasión del poder ni de los honores. Él está por encima del poder y de los honores; ama lo que es útil, noble y justo; ama lo hermoso. Recibe la fuerza, porque esta es necesaria para implantar lo útil y lo hermoso; pero, por su gusto, preferiría una vida sencilla, pues una vida sencilla puede ser pura y hermosa. Hace a veces lo que las pasiones humanas pueden hacer; pero hay en él algo imposible: el obrar por interés o pasión personal. No solamente el hombre superior, el verdadero hombre de Estado, no siente la pasión de las mujeres, del vino ni del juego, sino que hasta pretendo que ni siquiera es ambicioso. Cuando obra como los seres nacidos para contemplarle con asombro, no lo hace por los móviles que estos se imaginan. No es ni desconfiado ni confiado, ni disimulado ni abierto, ni agradecido ni ingrato; no es nada de todo esto; su corazón espera, su inteligencia conduce. Mientras está en su lugar, camina hacia su fin, que es el orden en grande, y la mejora del destino humano. Ve, quiere, hace. Aquel del que se puede decir: «tiene tal flaqueza o tal inclinación», será un hombre como los demás. Desilusionado, sería más aún; no sería absoluto, no sería el amo: se convertiría en un sabio.

Carta LXXXV

Imenstrom, 12 de octubre, IX

Yo mismo lo temía tanto como usted. Era natural pensar que esa especie de molicie en que mi hastío me ha lanzado llegaría a ser un hábito poco menos que insuperable; pero, pensando más en ello, me ha parecido ver que no tenía ya nada que temer, que el mal estaba ya en mí y que siempre me sería perfectamente natural el encontrarme así en circunstancias análogas a las circunstancias presentes. Me pareció ver también que, en otra situación, siempre tendría otro carácter. La manera que tengo de vegetar en el orden de cosas en que me encuentro, no tendrá influencia alguna sobre la que adoptaría si los tiempos llegasen a prescribirme toda la actividad que hoy dejan de exigirme.

¿De qué me serviría pretender encontrarme en pie a la hora del reposo, o vivo en mi tumba? Un hombre laborioso y que no quiere perder la jornada, ¿debe por ello rehusar al sueño de la noche? Mi noche es demasiado larga, en verdad; pero, ¿es culpa mía si los días son cortos, si las noches son tenebrosas en la estación en que nací? Quiero, como otro cualquiera, salir fuera cuando llegue el estío; mientras tanto, duermo junto al fuego durante los grandes fríos. Me parece que Fonsalbe se ha vuelto tan dormilón como yo. Es una rareza bien digna de la miseria del hombre nuestra vida triste y sosegada en el más hermoso retiro de un país tan hermoso y gozando de una holgura que falta a tantos menesterosos como nos rodean, mucho más felices, sin embargo, de lo que jamás seremos nosotros.

Pero, a este propósito, debo decir a usted algo de nuestras manías, a fin de que vea usted que, por regla general, nuestro sopor no tiene nada de amargo. Inútil decirle que no tengo una servidumbre numerosa. En el campo y con nuestro modo de vivir, los criados tienen sus ocupaciones, y muy bien podría tirarse diez veces de la campanilla sin que nadie acudiese. He buscado la comodidad y no el aparato; por otra parte, he evitado los dispendios sin objeto; y tanto me da el molestarme en verter el agua de una jarra en un vaso como el molestarme en llamar para que un criado acuda a hacerlo desde el otro extremo de la casa. Como Fonsalbe y yo no damos un paso el uno sin el otro, un cordón comunica su alcoba con la mía y mi gabinete. La manera de llamar varía; y como nos advertimos, no con arreglo a nuestras necesidades, sino con arreglo a nuestra fantasía, ello quiere decir que el cordón funciona muy a menudo.

Mientras más burlescas son estas fantasías, más nos divierten. Son los juguetes de nuestra ociosidad; en esto somos príncipes y, sin tener estados que gobernar, nos abandonamos a caprichos un tanto grotescos. Nos parece que el haber reído es ya algo; con la particularidad de que nuestra risa no molesta a nadie. A veces, una puerilidad cualquiera nos distrae mientras ajustamos las cuentas con Lambert^[186]; a veces, todavía inflamados en entusiasmo por Píndaro, nos divertimos con el aire imponente de un pollo de Indias o las maneras atléticas de dos micifuces enamorados disputándose a su heroína.

Desde hace algún tiempo hemos convenido que el que estuviese media hora sin poder dormirse despertaría al otro, a fin de que este tuviese también su hora de paciencia, y que aquel que tuviese un sueño muy cómico, o capaz de producir una emoción fuerte, lo advertiría inmediatamente, a fin de explicarlo a la mañana siguiente, durante el desayuno, según la antigua ciencia secreta.

Actualmente, puedo ya permitirme algunas libertades con el sueño; desde que he renunciado al café y moderado la ración de té, reemplazándolo a veces por un poco de suero o, simplemente, por un vaso de agua, he comenzado a recuperarlo. Antes dormía, por así decirlo, sin darme cuenta, y sin reposo como sin goce. Al dormirme y al despertarme era absolutamente el mismo que al mediar el día; en cambio, ahora obtengo durante unos minutos esa sensación de los progresos del sueño, esa flojera voluptuosa que anuncia el olvido de la vida y cuyo retorno la hace soportable a los desgraciados, suspendiéndola y dividiéndola sin cesar. Entonces, aunque no se duerma, se siente uno a gusto en el lecho. Al amanecer, me coloco boca abajo. Ni duermo ni estoy despierto, pero me siento bien. Y entonces es cuando sueño en paz. En esos momentos de calma, gusto de contemplar la vida; pareceme, entonces, como si me fuera extraña y no tuviese papel alguno en ella. Lo que actualmente me detiene más que nada es el estrépito de los medios y la inanidad de los resultados; este inmenso trabajo de los seres y este fin incierto, estéril y quizás contradictorio, o estos fines opuestos y vanos. El musgo madura sobre la roca batida por las olas; pero su fruto perecerá. La violeta florece inútilmente bajo el matorral del desierto. Así el hombre desea, y morirá. Nace al azar, se esfuerza sin objeto, lucha sin finalidad, siente y piensa en vano, pasa sin haber vivido, y el que obtiene el vivir pasará igualmente. César ganó cincuenta batallas, venció al Occidente... y pasó. Mahoma y Pitágoras pasaron. El cedro que daba sombra a los rebaños pasó, lo mismo que la hierba que los rebaños hollaban.

Mientras más se trata de ver, más se hunde uno en la noche. Todos trabajan para conservarse y reproducirse; el fin de sus acciones es evidente; ¿cómo no lo es, pues, el de su ser? El animal tiene los órganos, las fuerzas, la habilidad necesaria para subsistir y perpetuarse; se esfuerza en vivir, y vive; se esfuerza en reproducirse, y se reproduce. Pero, ¿a qué vivir?; ¿a qué perpetuarse? Por mi parte, no lo comprendo. El animal padece y muere; el hombre come y muere. Una mañana se me ocurrió pensar en todo lo que hace antes de morir, y me entraron tales ganas de reír que tuve que tirar

del cordón dos veces seguidas. Pero, a la hora del desayuno, no conseguimos reírnos; ese día, precisamente, a Fonsalbe se le ocurrió encontrar cierta grandeza en las artes, la gloria, las ciencias, la metafísica de las trinitades, y sabe Dios en cuántas cosas más. Desde ese día he vuelto a poner sobre mi mesa *Del espíritu de las cosas*^[187] y ya me he leído casi un tomo entero.

Le confieso a usted que ese sistema de la reparación del mundo no me choca lo más mínimo. No es moderno, pero esto no puede ser sino una razón más para aumentar su autoridad. Es grande, es especioso. El autor ha entrado en esas profundidades y, por mi parte, he decidido agradecerle la extrema oscuridad de los términos; pues así, después de todo, hará menos impresión la oscuridad de las cosas. Creeré de buena gana que esa hipótesis de una degradación fortuita y de una lenta regeneración, de una fuerza que vivifica, eleva y sutiliza, y de otra que corrompe y degrada, no es el menos plausible de nuestros sueños sobre la naturaleza de las cosas. Lo único que desearía es que nos dijese cómo se ha hecho o, cuando menos, cómo se ha podido hacer esa gran revolución; por qué el mundo esquivó así lo Eterno; cómo fue posible que este lo permitiera o no pudiese impedirlo, y qué fuerza extraña a la potencia universal produjo el universal cataclismo. Este sistema lo explicará todo, excepto la dificultad principal; pero el dogma oriental de los dos principios era más claro^[188].

Sea lo que fuere respecto a una cuestión sin duda poco apta para el habitante de la tierra, nada conozco que dé la razón del fenómeno perpetuo cuyos accidentes abruman nuestra inteligencia y desconciertan nuestra avidez curiosa. Vemos a los individuos aglomerarse y propagarse en especies, para dirigirse con una fuerza multiplicada y continua hacia no sé qué fin, del que se ven rechazados sin cesar. Una industria celeste produce sin tregua y por medios infinitos un principio de inercia, una fuerza muerta resiste fríamente; apaga, destruye en masa. Todos los agentes particulares son pasivos; a pesar de lo cual tienden con ardor hacia lo que no podrían sospechar, y el fin de esta tendencia general, desconocida de ellos, parece el ser de todo lo que existe. No sólo el sistema de los seres parece lleno de contrastes en los medios y de oposiciones en los productos, sino que también la fuerza que lo mueve parece vaga, inquieta, enervada o contrapesada por una fuerza indefinible; la Naturaleza parece impedida en su marcha, y como embarazada e insegura.

Creeremos discernir una luz en el abismo, si entrevemos los mundos como esferas de actividad, como talleres de regeneración en que la materia, trabajada gradualmente y refinada por un principio de vida, tiene que pasar del estado pasivo y bruto a ese punto de elaboración, de tenuidad, que la hará al fin susceptible de ser impregnada de fuego y penetrada de luz. Será empleada por la inteligencia, no ya como materiales informes, sino como un instrumento perfeccionado, luego como un agente directo y, por último, como una parte esencial del ser único, que entonces sí que será realmente único y realmente uno.

El buey es fuerte y resistente; pero ni siquiera lo sabe. Absorbe una porción de vegetales, devora todo un prado, pero, ¿qué gran ventaja derivará de ello? Rumia, vegeta pesadamente en el establo en que lo encierra un hombre triste, pesado e inútil como él. El hombre lo matará y se lo comerá, pero no por ello se sentirá mejor, y después de morir el buey, el hombre morirá. ¿Qué quedará de ambos? Un detritus, un puñado de abono, que producirá hierbas nuevas, y un puñado de hierba que nutrirá carnes nuevas. ¡Qué vana y muda vicisitud de vida y de muerte! ¡Qué frío universo! Y ¿de qué sirve que exista en lugar de no existir?

Pero si esta fermentación silenciosa y terrible que parece no producir sino para inmolar, no crear sino para destruir, no mostrar los gérmenes sino para disiparlos, o no conceder el sentimiento de la vida sino para dar el estremecimiento de la muerte; si esta fuerza que mueve en las tinieblas la materia eterna lanza algunos destellos para probar la luz; si esta potencia que combate el reposo y promete la vida quebranta y pulveriza su obra a fin de prepararla para un gran designio; si este mundo en que aparecemos no es sino el boceto del mundo; si lo que es no hace sino anunciar lo que debe ser; esta sorpresa que el mal visible excita en nosotros, ¿no se diría explicada? El presente trabaja para el porvenir, y la ley del mundo es que el mundo actual sea consumido; este gran sacrificio era necesario, y no es grande sino a nuestros ojos. Percemos en el momento del desastre; pero así debía ser, y la historia de los seres de hoy está en esta sola palabra: «han vivido». El orden fecundo e invariable será el producto de la crisis laboriosa que nos aniquila; la obra está ya empezada, y los siglos de vida subsistirán cuando nosotros, nuestras quejas, nuestra esperanza y nuestros sistemas hayan pasado para siempre.

He ahí lo que los antiguos presentían, conservando el sentimiento del dolor de la tierra. Esta idea vasta y profunda ha producido las instituciones de las edades primitivas, que perduraron en la memoria de los pueblos como el gran monumento de una melancolía sublime. Pero algunas hordas que continuaron bárbaras, y otras hordas formadas por algunos fugitivos que olvidaran las tradiciones antiguas vagando por sus selvas, los pelasgos^[189], los escitas^[190], los escandinavos difundieron los dogmas góticos, las ficciones de los versificadores y la falsa magia^[191] de los salvajes. Entonces, la historia de las cosas se convirtió en su enigma, hasta el día en que un hombre, que vivió, por desgracia, demasiado poco, comenzó a desgarrar un rincón del velo tendido por los bárbaros^[192].

Inmediatamente, hago un movimiento que me distrae, cambio de actitud y dejo de ver ya todo aquello.

Otras veces me encuentro en una situación indefinible; ni duermo ni estoy en vela, y esta incertidumbre es muy de mi agrado. Me gusta mezclar, confundir las ideas de la vigilia y las del sueño. Alguna vez me queda algo de la dulce agitación que deja un sueño animado, espantoso, singular, lleno de esas relaciones misteriosas y de esa incoherencia pintoresca que distraen la imaginación.

El genio del hombre despierto no llegaría a lo que le presentan los caprichos de la noche. Hace algún tiempo que vi la erupción de un volcán; pero jamás el horror de los volcanes fue tan grande, tan pavoroso, tan bello. Me encontraba situado en un lugar elevado y, a lo que me parece recordar, a la ventana de un palacio, con una porción de personas en torno a mí. Era durante la noche, pero una noche clara. La Luna y Saturno brillaban en el cielo, entre nubes dispersas y rápidamente arrastradas, aunque todo el resto permaneciese en calma. Saturno estaba cerca de la tierra, parecía más grande que la Luna, y su anillo, blanco como el metal que el fuego va a hacer entrar en fusión, iluminaba la llanura inmensa cultivada y poblada. Una larga cadena, muy lejana, pero perfectamente visible, de montes nevados, altísimos, uniformes, enlazaba la llanura y los cielos. Mis ojos contemplaban atentamente: un terrible vendaval que pasa sobre la campiña, arrebatada y disipa cultivos, construcciones, bosques; y en dos segundos no deja tras de sí más que un desierto de arenas rojas, áridas y como abrasadas por un fuego interior. Entonces, el anillo de Saturno se desprende, resbala en los cielos, desciende con una rapidez siniestra, va a tocar la alta cima de las nieves; y, al mismo tiempo, las montañas se agitan como conmovidas en sus cimientos, se elevan, entrechocan y ruedan como las olas enormes de un mar que el temblor de todo el planeta sacudiese. Al cabo de unos instantes, los fuegos vomitados por la cumbre de aquellas ondas blancas vuelven a caer de los cielos a que se habían lanzado y corren en cascadas candentes. Los montes aparecían pálidos o encendidos, según se elevasen o hundiesen en su lúgubre movimiento; y este gran desastre tenía lugar en medio de un silencio más lúgubre todavía.

Sin duda piensa usted que, en esta ruina de la tierra, me desperté lleno de horror antes de la catástrofe; pero mi sueño no acabó, realmente, con arreglo a las leyes. No me desperté; los fuegos cesaron y todo volvió a quedar en calma. El tiempo estaba nublado; cerraron las ventanas, continuamos charlando en el salón, hablamos de los fuegos artificiales y mi sueño continuó.

He oído decir y repetir que nuestros sueños dependen de las impresiones que hemos recibido en los días anteriores. Y creo, en efecto, que nuestros sueños, así como todas nuestras ideas y sensaciones, no se componen sino de elementos ya familiares y cuya experiencia hemos hecho; pero me parece que este compuesto no tiene muchas veces otra relación con el pasado. Todo lo que imaginamos no puede estar formado sino de lo que existe; pero soñamos, como imaginamos, cosas nuevas y que, a menudo, no tienen con lo visto anteriormente la menor relación que podamos descubrir. Algunos de estos sueños se repiten constantemente y por modo idéntico, aun en sus más mínimos detalles, sin que hayamos pensado en ellos para nada durante el intervalo que media entre una y otra experiencia. Así, he visto en sueños paisajes más hermosos que todos los de los Alpes, más hermosos de lo que habría podido imaginar, y los he visto una y otra vez, sin variación alguna. Desde mi infancia me he encontrado, en sueños, cerca de una de las principales ciudades de Europa. El aspecto difería esencialmente del de las tierras que circundan realmente

esta capital, que no he visto jamás; y cada vez que he soñado que, estando de viaje, me acercaba a esta ciudad, he encontrado siempre el paisaje absolutamente igual que lo había soñado la primera vez, y no tal como sé que es en la realidad.

Doce o quince veces, quizás, he visto en sueños un lugar de Suiza que ya conocía antes del primero de estos sueños; y, no obstante, cada vez que paso por él en sueños lo veo muy distinto de lo que es realmente, y siempre tal como lo he soñado la vez primera.

Hace varias semanas vi un valle delicioso, tan perfectamente dispuesto según mis gustos, que dudo exista ninguno semejante. Anoche mismo volví a verlo, encontrándome, además, en él a un viejo, solo, que comía un mendrugo de pan a la puerta de una mísera choza. «Le esperaba a usted —me ha dicho el viejo—; sabía que iba usted a venir; dentro de unos días, ya no estaré aquí y encontrará usted ciertos cambios». Después, paseamos juntos por el lago, en un bote, al que de pronto hizo dar la vuelta tirándose al agua. Como es natural, me fui al fondo, me ahogué... y desperté.

Fonsalbe pretende que un sueño semejante tiene que ser profético, y que algún día veré un lago y un valle semejantes. A fin de que el sueño se cumpla, hemos convenido que, si alguna vez encuentro dicho lugar, iré a dar una vuelta en bote por el lago, pero a condición de que el bote sea sólido, el tiempo esté sereno y no haya por allí ningún viejo.

Carta LXXXVI

Imenstrom, 16 de noviembre, IX

Ha adivinado usted perfectamente lo que yo no había dejado más que entrever. De ello deduce usted que ya me considero como un celibatario, y confieso que el que se considera como destinado a serlo ya no está muy lejos de decidirse a ello.

Ya que la vida queda sin movimiento en cuanto le quitamos sus más honradas mentiras, creo con usted que se puede perder más que ganar manteniéndose demasiado a la defensiva, esquivando ese vínculo azaroso que promete tantos deleites y ocasiona tantas amarguras. Sin él la vida doméstica es vacua y fría, sobre todo para el hombre sedentario. ¡Feliz el que no vive solo, y no tiene que quejarse de no vivir solo!

Nada veo que se pueda de buena fe negar o combatir de lo que dice usted en favor del matrimonio. Lo que sí le objetaré es precisamente aquello de lo que no habla usted.

Que uno debe casarse, es cosa probada; pero lo que es deber desde cierto punto de vista, puede convertirse en locura, necedad o crimen desde otro. No es tan fácil conciliar los diversos principios de nuestra conducta. Se sabe que el celibato es, en general, un mal; pero el poder censurar especialmente a tal o cual individuo en particular, es ya una cuestión muy distinta. Es cierto que me defiendo, y que lo que digo propende a excusarme a mí mismo; pero, ¡qué importa que esta causa sea la mía, si es buena! De todos modos, no quiero hacer en su favor más que una observación, cuya justicia me parece evidente. Y celebro hacérsela a usted que me había discutido de bonísima gana, una cierta noche, la extrema necesidad de una reforma que establezca la unidad, la concordancia y la sencillez en las reglas de nuestros deberes; a usted, que me acusó de exageración cuando aduje que es más difícil y más raro tener el suficiente discernimiento para conocer el deber que el encontrar las fuerzas suficientes para seguirlo. Usted tenía en su apoyo grandes autoridades antiguas y modernas; pero yo, por mi parte, también las tenía, y las mejores intenciones pueden haber engañado sobre el particular a los Solón^[193], los Cicerón y el resto.

Se supone que nuestro código moral está hecho. Luego no hay más que decir a los hombres: «Seguidlo; si fueseis de buena fe, siempre seríais justos^[194]». Pero yo tengo la desgracia de pretender que ese código está todavía por hacer; me cuento en el número de los que ven en él una porción de contradicciones, principios de frecuentes incertidumbres, y compadecen a los hombres justos más vacilantes en la elección que

débiles en la ejecución. Circunstancias he visto en que desafío al hombre más inaccesible a toda consideración personal a que se resuelva sin dudar, y en que el moralista más experto no resolverá nunca con toda la presteza que es muchas veces indispensable en la acción.

Pero de todos estos casos difíciles, no traeré a cuento más que uno: aquel que me cupo en suerte y del que debo justificarme. No cabe duda que el deber de uno es hacer feliz a su mujer y preparar la felicidad de sus hijos; lo que quiere decir que, ante todo, es preciso adquirir la certidumbre, o la probabilidad cuando menos, de que se podrá hacer así. Igualmente, se debe uno a sí mismo y a sus otros deberes futuros la posibilidad de cumplirlos, y, por tanto, la probabilidad de llegar a estar en condiciones que así nos lo permita, y que nos den, por lo menos, la parte de felicidad necesaria al empleo de la vida. Es una falta a la vez que una imprudencia el tomar a una mujer capaz de llenar nuestros días de desorden, de sinsabores o de oprobio; o que haya luego que echar o abandonar; o con la que toda felicidad mutua sea imposible. Es una falta el dar nacimiento a seres por los que, probablemente, no se podrá hacer nada. Sería preciso tener casi la seguridad, ya que no de dejarlos en una situación independiente, cuando menos de suministrarles las ventajas morales de la educación, y los medios de hacer algo, de desempeñar en la sociedad un papel que no sea ni insignificante ni deshonesto.

Podrá uno, estando de viaje, no elegir su albergue, y encontrar soportable la primera hostería con que se tropiece. Pero, en cambio, no escogerá uno su domicilio, ni se instalará en él para toda la vida o adquirirá un dominio sin haber examinado antes si le conviene. Con mayor motivo, pues, nadie hará, al azar una elección más importante aún, tanto por sí misma como por su carácter de irrevocabilidad.

Sin duda, no hay que aspirar a una perfección absoluta o quimérica; no hay que buscar en los demás lo que no puede uno mismo ofrecer, ni conviene juzgar lo que se presenta con una severidad que podría ser causa de que nunca se llegara a alcanzar lo que se busca. Pero, ¿aprobaremos al hombre impaciente, que se arroja en brazos del primero que llega, y que se verá obligado a romper dentro de tres meses con el amigo tan inconsideradamente elegido, o a vedarse durante toda la vida una amistad verdadera para conservar una falsa?

Estas dificultades en el matrimonio no son las mismas para todos; particulares en cierto modo a una cierta clase de hombres, y en esta clase tan frecuentes como grandes. Se responde de la vida de otra persona; se encuentra uno supeditado a un sinnúmero de consideraciones, y algunas veces las circunstancias no permiten ninguna decisión razonable hasta aquella edad en que ya no puede esperarse.

Carta LXXXVII

20 de noviembre, IX

¡Qué mixtura de cosas es la vida! ¡Qué difícil el arte de conducirse en ella! ¡Cuántos pesares por haberse conducido bien! ¡Cuántos desórdenes por haberlo sacrificado todo al orden! ¡Qué de disturbios por haberlo querido regular todo, cuando nuestro destino no admitía regla alguna!

Se preguntará usted adonde quiero ir a parar con este preámbulo; pero, preocupado con Fonsalbe, absorto por la idea de sus contrariedades, de lo que le ha sucedido y tiene aún que sucederle, de lo que sé y de lo que él me ha contado, veo un abismo de injusticias, de pesadumbres, de remordimientos; y, lo que es más deplorable, en esta sucesión de miserias no veo nada asombroso, ni nada que le sea particular y privativo. Si, una vez conocidos todos los secretos, se viese en lo oculto de los corazones la amargura que los roe, todos estos hombres contentos, estas cosas agradables, estos círculos festivos no serían ya sino una muchedumbre de infortunados royendo el freno que los oprime, y devorando las heces espesas de ese cáliz de dolores, cuyo fondo no verán. Todos encubren sus penas; elevan sus falsas alegrías, se agitan para hacerlas brillar ante los ojos de la envidia, siempre abiertos y fijos en el prójimo. Se colocan en el punto de vista más favorable, a fin de que esa lágrima que les queda en los ojos les dé un brillo aparente y sea envidiada de lejos como expresión del placer.

La vanidad social está en parecer feliz. Todo hombre pretende que es el único de compadecer en todo, y se las arregla de manera que le feliciten por todo. Si habla al confidente de sus penas, su boca, sus ojos, su actitud, todo es dolor; a pesar de la fuerza de su carácter, profundos suspiros acusan a su destino lastimoso, y su aire es el de un hombre al que sólo resta el morir. Pero que entre algún extraño, e inmediatamente su cabeza se yergue, sus cejas se enarcan, su mirada brilla, y enseguida le oiremos afirmar que los reveses no pueden alcanzarle, y que él se burla del hado y puede permitirse todos los placeres; hasta su corbata se encuentra ipso facto dispuesta de una manera más gallarda; y su aire y su paso serán los de un hombre llevado en volandas por la felicidad y que accede a los grandes resultados de su destino.

Esta vana ostentación, esta manía de las apariencias bellas no es ignorada sino por los necios, y sin embargo casi todos los hombres son víctimas de ella. La fiesta en que no estamos se nos antoja un placer, en el mismo instante en que aquella a que

asistimos nos parece un fastidio. «¡Esa persona goza de cien cosas!», se dice. «Pero, ¿acaso no gozas tú de esas mismas cosas, y acaso de muchas más?». «Parezco gozar, pero...». ¡Hombre engañado! Esos *peros*, ¿acaso no los tiene también esa otra persona? Todos esos afortunados se muestran con su rostro de los días de fiesta, como la gente del pueblo se pone el traje nuevo los domingos. La miseria y el dolor se quedan en los graneros o en los gabinetes. La alegría o la paciencia se hallan sobre esos labios que se observan; el desaliento, los dolores, la rabia de las pasiones y del hastío se hallan en el fondo de los corazones ulcerados. En esta gran población, todo el exterior está preparado; brillante o soportable, al contrario del interior, que es pavoroso. Estas son las condiciones que nos han permitido abrigar ciertas esperanzas. Si no creyésemos que los demás son mejores, y que, por tanto, también podremos llegar a ser mejores nosotros mismos, ¿quién se avendría a seguir arrastrando su vida hasta el final?

Animado por un hermoso proyecto, razonado, pero un tanto romántico, Fonsalbe partió para la América española. Se vio retenido en la Martinica por un incidente bastante extraño, que pareció iba a durar poco, y que tuvo, sin embargo, largas consecuencias. Obligado a abandonar sus designios, se dispuso a cruzar de nuevo el mar, esperando ya sólo la ocasión para ello. Un pariente lejano en cuya casa había estado viviendo durante toda su estancia en las Antillas, cae de pronto enfermo, y muere en pocos días, haciéndole saber en su lecho de muerte que su mayor consuelo sería dejarle a su hija, cuya felicidad creía hacer al confiársela. Fonsalbe, que para nada había pensado en ella, le objeta que, habiendo vivido más de seis meses en la misma casa sin haber trabado con ella ninguna relación particular, ello era prueba de que le había sido, y probablemente continuaría siéndole, indiferente. El padre insiste, le hace saber que su hija sentía cierta inclinación hacia él, y que así se lo ha dicho ella misma negándose a contraer matrimonio con otra persona. Fonsalbe deja entonces de objetar y vacila; pone en lugar de sus proyectos, trastornados, el de desempeñar tranquila y honradamente el papel de una vida oscura, el de hacer feliz a una mujer, y el de tener, todavía joven, la progenie que el destino le depare, a fin de poder formar el espíritu de sus hijos por sí mismo. Piensa que los defectos de la mujer que le proponen son los de la educación, y que sus cualidades, en cambio, son naturales; se decide y promete. El padre muere; pasan unos meses; su hijo y su hija se disponen a repartirse los bienes que les ha dejado. Se estaba en guerra; los buques enemigos asedian la isla, se espera un desembarque. Bajo este pretexto, el futuro cuñado de Fonsalbe lo dispone todo, a fin de poder retirarse a lugar seguro en cuanto sea preciso; pero, durante la noche, se dirige hacia los barcos con todos los negros de la hacienda, llevándose consigo cuanto podía ser transportado. Después se supo que se había establecido en una isla inglesa, donde su suerte no fue nada venturosa.

Su hermana, así despojada, parece temió que Fonsalbe la abandonase, a pesar de su promesa. Pero Fonsalbe no hizo sino apresurar su matrimonio, para el que, en otro caso, habría aguardado el consentimiento de su familia. No obstante, esta sospecha,

que no se dignó tomar en cuenta, no era muy a propósito para aumentar su estimación por una mujer, con la que se casó así, realmente, sin tener ni buena ni mala opinión de ella, ni más vínculo que el de una amistad corriente.

Una unión sin amor puede muy bien ser feliz. Pero los caracteres se avenían poco, aunque, de todas maneras, no dejaban de avenirse en algunas cosas; caso este, precisamente, en el que se me antoja sería preciso el amor para acabar de unir a los cónyuges. La razón era, quizás, un recurso suficiente; pero la razón no actúa plenamente sino en el seno del orden; la fortuna se oponía a una vida seguida y regulada...

No se vive más que una vez; y, cuando es al mismo tiempo el de la razón y el del corazón, se aferra uno a su sistema y cree deber arriesgar el bien que, si se espera a tener certidumbres absolutas, jamás podría realizarse. No sé si usted pensará lo mismo; pero, a mi juicio, Fonsalbe ha hecho perfectamente. Se ha visto castigado por ello, y debía serlo; pero, ¿quiere eso decir que haya hecho mal? Si no se vive más que una vez... ¡Deber real, único consuelo de una vida fugitiva! ¡Santa moral! ¡Sabiduría del corazón humano! Él no faltó a vuestras leyes. Dejó a un lado ciertas ideas de un día, olvidó nuestras míseras reglas; el habituado al rincón, el legislador del barrio, le condenarían; pero esos hombres de la antigüedad que treinta siglos veneran, esos hombres justos y grandes habrían hecho, y han hecho, como él...

Mientras más conozco a Fonsalbe, más preveo que continuaremos viviendo juntos. Así lo hemos decidido, y la naturaleza de las cosas así lo había decidido antes de nosotros; y celebro muchísimo que no tenga una posición. Ocupará aquí el lugar de usted, todo lo que un amigo nuevo puede sustituir a un amigo de veinte años, y de ese modo podré encontrar en mi destino una sombra de nuestros antiguos sueños.

La amistad entre Fonsalbe y yo se adelanta al tiempo, y tiene ya el carácter venerable de la antigüedad. Su confianza no tiene límites; y como es un hombre discretísimo y naturalmente reservado, ya comprenderá usted si me doy cuenta de su valor. Le debo mucho; mi vida es un poco menos inútil y llegará a serenarse a pesar de ese peso interior, que puede hacerme olvidar a veces, pero no anular por completo. Ha traído a mis desiertos algo de su belleza tranquila y del romanticismo de sus parajes *alpestres*; un infortunado, un amigo, encuentra en ellos horas bastante dulces, que no había conocido. Paseamos, charlamos, caminando a la ventura; siempre que nos encontramos juntos nos sentimos a gusto. Veo cada día más los corazones que un destino contrario puede ocultar entre los hombres que no los conocen, y en un orden de cosas donde en vano se buscarían a sí mismos.

Fonsalbe ha vivido tristemente en inquietudes perpetuas, y sin gozar de nada. Tiene dos o tres años más que yo; siente el transcurrir de la vida. Yo le he dicho: «El pasado nos es más extraño que la existencia de un desconocido; nada real queda de él; los recuerdos que deja son demasiado vanos para que puedan contarse como bienes o males por un hombre discreto. ¿Qué fundamento pueden tener las quejas o los remordimientos por lo que ya no existe? Si usted hubiese sido el más feliz de los

hombres, ¿el día de hoy sería acaso mejor? Y si hubiese usted sufrido males terribles...». Él me dejaba decir; pero yo mismo acabé por callar. Comprendí que, así como si hubiese pasado diez años en una cueva húmeda, su salud se habría resentido, del mismo modo las pesadumbres morales pueden también dejar huellas imborrables, y que cuando un hombre sensato se queja de las desgracias que parece no experimentar ya, son sus consecuencias y sus resultados diversos lo que deplora.

Cuando se ha dejado escapar voluntariamente la ocasión de hacer el bien, lo más corriente es que no vuelva a presentarse. Y así es como se castiga la negligencia de aquellos en cuya naturaleza estaba el hacer el bien, pero a los que retuvieron las consideraciones del momento, o los intereses de sus pasiones. Algunos de nosotros unen a esta disposición natural la voluntad razonada de seguirla, y la costumbre de hacer callar toda pasión contraria; su única intención, su deseo primordial, es el desempeñar bien en todo el papel de hombre y el ejecutar lo que creen bueno. Y ¿verán sin pena alejarse de ellos toda posibilidad de hacer bien aquellas cosas que sólo a la vida privada pertenecen, pero que son importantes porque poquísimos hombres piensan realmente en hacerlas bien?

No es una parte de la vida, tan escasa ni secundaria como la gente se figura, el hacer con respecto a su mujer no sólo lo que el deber prescribe, sino lo que una razón clara aconseja, y aun todo lo que permite. Muchos hombres, que desempeñan con honor grandes cargos públicos, no habrían sabido, sin embargo, conducirse en su vida privada como Fonsalbe habría hecho, de haber tenido una mujer de un espíritu justo y un carácter seguro, una mujer que fuese lo que era preciso que fuera para que él hubiese podido seguir su pensamiento.

Los placeres de la confianza y de la intimidad son grandes entre amigos; pero animados y multiplicados por todos esos detalles que ocasiona el sentimiento de la diferencia de los sexos, estos placeres delicados no tienen ya límites. ¿Hay acaso un hábito doméstico más delicioso que el ser bueno y justo a los ojos de una mujer amada; el hacer todo por ella, sin exigirle nada; el esperar de ella solamente lo que es natural y honesto, sin pretender nada exclusivo; el hacerla estimable, y el dejarla a sí misma; el sostenerla, aconsejarla y protegerla, sin gobernarla ni avasallarla; el hacer de ella una amiga que no oculte nada ni tenga nada que ocultar, sin prohibirle cosas, insignificantes en sí, pero que otros callarían y deberían vedarse; el hacerla la mujer más perfecta, pero también la más libre del mundo; el tener sobre ella todos los derechos, a fin de otorgarle toda la libertad que un alma recta puede aceptar; y el hacer así, cuando menos en la oscuridad de nuestra vida, la felicidad de un ser humano digno de recibir la felicidad sin corromperla y la libertad del espíritu sin sentirse corrompido por ella?

Carta LXXXVIII

30 de noviembre, IX

Hoy está haciendo el tiempo que me gustaría para escribir futesas durante cinco o seis horas, para charlar de cosas insignificantes, para leer buenas parodias, para pasar el tiempo. Desde hace varios días me siento más que nunca en esta disposición, y ya tendría usted la carta más larga que se ha recibido nunca en Burdeos, si no tuviese que medir con Fonsalbe la pendiente de una pequeña acequia que quiere llevar a la parte más alta de mis prados y que ninguna sequía podrá agotar, puesto que proviene de un ventisquero. No obstante, aún puedo tomarme el tiempo necesario para decirle a usted que el cielo está precisamente tal como yo lo esperaba.

Los que viven como es debido, los que no toman de la Naturaleza sino aquello que han arreglado a su modo, los que son, en suma, los hombres del hombre no necesitan esperar. Las estaciones, el momento del día, el estado del cielo, todo eso les es ajeno. Sus costumbres son como la regla monacal: otra ley que sólo a sí misma toma en cuenta. No ve en la ley natural un orden superior, sino sólo una serie de incidentes casi periódicos, una serie de medios o de obstáculos que hay que emplear o vencer según la fantasía de las circunstancias. Sin decidir si es un mal o no, confieso que así debe ser. Las operaciones públicas y casi todos los géneros de negocios, tienen su momento regulado con gran anticipación; exigen, en época fija, el concurso de una porción de hombres, y no sabría uno cómo entendérselas si siguiesen otras conveniencias que aquellas que les son propias. Esta necesidad presupone el resto; el hombre de las ciudades, que no depende ya de los acontecimientos naturales, que si la mayoría de las veces le molestan, otras, en cambio, le sirven por azar, se decide, y debe decidirse, a concertar sus costumbres con arreglo a su posición social, a las costumbres de los que ve, a la costumbre pública, a la opinión de la clase a la que pertenece o a la que sus pretensiones le llevan.

Una gran ciudad tiene casi siempre el mismo aspecto; las ocupaciones y los recreos son casi siempre los mismos y con suma facilidad se adquiere un modo de ser uniforme. Sería, efectivamente, muy incómodo levantarse al amanecer durante los días largos y acostarse más temprano en diciembre. Es sano y agradable ver la aurora; pero, ¿qué hacer, después de haberla visto sobre los tejados, después de haber oído a un par de jilgueros colgados en la ventana saludar al sol levante? Un cielo espléndido, una temperatura suave, una noche iluminada por la luna, nada cambian de la manera de ser de uno; se acaba por decir: ¿de qué sirve todo esto? Y, aun encontrando malo el

orden de cosas que lo hace decir, habría que reconocer que al que así habla no le falta del todo la razón. No cabe duda que, cuando menos, sería una originalidad el hacer levantarse al portero mucho antes de lo acostumbrado para ir a escuchar el canto de los gorriones en los bulevares, y no menos original sería el sentarse junto a la ventana de un salón, detrás de las cortinas, para alejarse del ruido y del bullicio, para consagrar un momento a la Naturaleza y ver con recogimiento al astro de las noches reflejarse sobre el arroyo de la calle.

Pero en mi roquedal de los Alpes, los días de dieciocho horas se parecen muy poco a los días de nueve. Yo he conservado algunas costumbres de la ciudad, por encontrarlas bastante agradables y hasta adecuadas para mí, que mal podría adoptar todas las del lugar; pero, a pesar de ello, es lógico que, con cuatro pies de nieve y doce grados de hielo, no voy a vivir exactamente del mismo modo que cuando la sequía inflama los pinos en los bosques y se hacen quesos a cinco mil pies por encima de mi casa.

Para trabajar en el exterior necesito que haga un cierto tiempo, y otro para pasearme, y otro para ir de compras, y otro para quedarme al lado de la chimenea, aunque no haga mucho frío, y otro aún para sentarme junto al llar de la cocina, mientras se hacen esas faenas caseras que no se llevan a cabo todos los días y que reservo, en lo posible, para esos días. Ya ve usted que, a fin de decirle mi plan, mezclo lo que ya se hace a lo que se hará con el tiempo. Supongo que ya he vivido este género de vida tal como ahora lo empiezo, efectivamente, a vivir, y tal como lo preparo para las estaciones venideras y las cosas aún por hacer.

No me atrevía a hablar de esos días que se suelen llamar espléndidos. Y fuerza será que, al fin, lo confiese: no me gustan; o, mejor dicho, no me gustan ya. El buen tiempo embellece el campo, parece aumentar su existencia; por lo menos, así se suele sentir. Pero, por mi parte, confieso que me siento menos a gusto cuando hace un tiempo «magnífico». En vano he luchado contra este malestar interior; no he sido el más fuerte. En vista de lo cual, he tomado otro partido mucho más cómodo, y he eludido el mal que no podía destruir. Fonsalbe condesciende a mi flaqueza; los excesos moderados de la mesa serán, pues, para estos días sin nubes, tan hermosos a los ojos de todos, y tan abrumadores a los míos. Serán los días de la molicie; los empezaremos tarde y los pasaremos con luz artificial. Si descubrimos algún libro divertido, o de cierto género cómico, lo guardamos para estos días. Después de la cena, nos encerramos con una provisión de vino o de ponche ligero. En la libertad de la intimidad, en la seguridad del hombre que no tiene nunca que temer otra cosa que su propio corazón, encontrando a veces insuficiente todo el resto y hasta la misma amistad, ávidos de probar un poco esta locura que hemos perdido sin adquirir por ello la cordura, buscamos el sentimiento activo y apasionado de la cosa presente, en lugar de ese sentimiento exacto y mesurado de todas las cosas, de ese pensar silencioso que enfría al hombre y sobrecarga su debilidad.

Así llega la media noche, y se siente uno libertado... sí, libertado del tiempo, del tiempo precioso e irreparable, que es a menudo imposible no perder, y más imposible amar.

Cuando la cabeza ha sido trastornada por la imaginación, la observación, el estudio, por los sinsabores y las pasiones, por las costumbres, por la razón quizás, ¿cree usted que es cosa fácil el tener bastante tiempo y, sobre todo, el no tener nunca demasiado? Somos, es cierto, solitarios, campesinos, pero tenemos nuestras manías; estamos en medio de la Naturaleza, pero la observamos. Por otra parte, creo que, aun en el estado salvaje, hay muchos con demasiado espíritu para no aburrirse.

Hemos perdido los pasatiempos de una sociedad selecta, y pretendemos consolarnos con ello pensando en las molestias, en las violencias fútiles e inevitables de la sociedad en general. Sin embargo, ¿no habría podido llegarse a no ver sino a los conocidos íntimos? ¿Qué pondremos en el lugar de esos modales que sólo las mujeres pueden tener, y tienen, en las capitales de Francia, de esos modales que hacen tan gratos y que las hacen tan necesarias lo mismo al hombre de buen gusto que al hombre apasionado? Ese es el punto que hace profunda nuestra soledad y que nos encontremos en el vacío de los desiertos.

En otros respectos, me parece que nuestro modo de vivir es casi el que mejor emplea el tiempo. Hemos abandonado el movimiento de la ciudad; el silencio que nos rodea parece, ante todo, dar a la duración de las horas una constancia, una inmovilidad que entristece al hombre acostumbrado a precipitar su vida. Insensiblemente, y cambiando de régimen, se acostumbra uno a ello en cierto modo. Al recobrar la serenidad, descubre uno que los días no son mucho más largos aquí que en otra parte cualquiera. Si no tuviese cien razones, las unas lo bastante sólidas, las otras un tanto endebles, para no vivir como un montañés, tendría un movimiento igual, una alimentación igual, una vida igual. Sin agitación, sin esperanza, sin deseo, sin aguardar nada, no imaginando, pensando apenas, no queriendo ya nada, ni meditando en nada nuevo, pasaría de una estación a otra y del tiempo presente a la vejez, como se pasa de los días largos a los días de invierno, sin advertir la disminución gradual. Cuando llegase la noche, sólo sacaría en consecuencia que hacen falta luces y cuando empezaran las nieves diría que hay que encender las estufas. De cuando en cuando, recibiría noticias de usted y abandonaría un momento mi pipa para contestarle que sigo bien. Viviría contento; llegaría a encontrar el aniquilamiento de los días suficientemente rápido en la fría tranquilidad de los Alpes, y me entregaría a ese sucederse de incuriosidad, de olvido, de lentitud, en que reposa el hombre de las montañas en el abandono de estas grandes soledades.

Carta LXXXIX

Imenstrom, 6 de diciembre, IX

Desde el primer instante he querido anunciar a usted este momento, antaño tan deseado, que podría hacer época en mi vida, si hubiese abjurado por completo de mis sueños, o bien no hubiera perdido nada de mis errores. Heme aquí ya, definitivamente instalado; las obras han concluido. Este es, al fin, el momento de emprender una vida que emplee ciertas horas, y haga olvidar las demás. Ya puedo hacer lo que quiero; pero, por desgracia, aún no veo bien lo que debo hacer.

Sin embargo, es cosa grata la independencia económica. Todo se puede arreglar; nada impide guardar las apariencias por un lado y por otro escoger y regular. Con independencia económica, la razón puede evitar las desventuras en la vida común. Los ricos serían felices si tuvieran independencia económica; pero los ricos prefieren hacerse los pobres. Compadezco a aquel a quien imperiosas circunstancias reducen a montar su casa al nivel de lo que posee. No hay felicidad doméstica sin cierta superabundancia necesaria a la seguridad. Si se encuentra más paz y buen humor en las cabañas que en los palacios es porque la independencia económica es más rara en los palacios que en las cabañas. ¡Los muy desgraciados, en medio del oro, no saben cómo vivir! Si hubiesen sabido limitar sus pretensiones y las de sus familiares lo tendrían todo; pues el oro todo lo puede; pero, en sus manos inconsideradas, el oro nada puede. Ellos lo quieren así; ¡hágase, pues, su gusto! Pero, en nuestra mediocridad, demos por lo menos otros ejemplos.

Para no ser realmente desgraciado, sólo hace falta un bien: llámesele razón, sabiduría o virtud. Para sentirse satisfecho, creo que hacen falta cuatro: mucha razón, salud, cierta fortuna y un poco de esa felicidad que consiste en tener al destino en su favor. A decir verdad, ninguno de estos tres últimos bienes es nada sin la razón, que, en cambio, es ya mucho sin ellos. La razón, después de todo, puede acabar por proporcionarlos o por consolar su ausencia. Ellos, en cambio, no traen consigo la razón, y lo que traen sin ella sólo tiene un resplandor externo, una apariencia que no engaña por mucho tiempo al corazón. Confesemos que se está bien sobre la tierra cuando se puede y se sabe. Poder sin saber es muy peligroso; saber sin poder es inútil e irrisorio.

En cuanto a mí, que no pretendo vivir, sino solamente contemplar la vida, haré bien en imaginar, cuando menos, el papel de hombre. Voy a pasarme cuatro horas al día en mi gabinete. Llamaré a esto mi trabajo; pero claro está que no es tal cosa, pues,

si no está permitido el colocar una cerradura o el hacer el dobladillo de un pañuelo en los días festivos, nada nos veda el escribir un capítulo del *Mundo primitivo*^[195]. Ya que me he decidido a escribir, no tendría excusa si no pusiera ahora manos a la obra^[196]. Tengo todo lo que me hace falta: tiempo, tranquilidad, biblioteca limitada, pero suficiente, y, en lugar de secretario, un amigo que me hará continuar, y que sostiene que escribiendo se puede hacer algún bien, más pronto o más tarde.

Antes de ocuparme de las flaquezas de los hombres, debo hablarle a usted de la mía, una última vez. Fonsalbe, para el que no tendré otros secretos, pero que no sospecha nada de esto, me hace sentir todos los días, lo mismo con su presencia que con nuestras conversaciones, en que el nombre de su hermana suena tan a menudo, lo lejos que me encontraba aún de este olvido que llegó a ser mi único asilo.

Ha hablado de mí en sus cartas a madame Del***, y sin duda ha debido parecer como si lo hiciera por encargo mío. Pero, ¿cómo impedirlo, no pudiendo dar para ello a Fonsalbe ninguna razón? De todas maneras es para mí una gran contrariedad, sobre todo teniendo en cuenta que madame Del*** ha debido juzgar contradictorio que yo no pusiera en práctica lo que yo mismo había dicho.

No encuentre usted extravagante la amargura que vengo a buscar en estos recuerdos y los esfuerzos inútiles que hago para alejarlos, como si no me sintiese seguro de mí mismo. No soy ni fanático ni incierto en mi rectitud. Mis intenciones me estarán subordinadas, pero mi pensamiento no lo está, y si tengo toda la seguridad del hombre que quiere lo que debe, tengo también toda la flaqueza del que nada ha resuelto. Sin embargo, no amo; me siento demasiado desgraciado para ello. ¿Cómo, pues, es posible...? Pero mal podría usted comprenderme, cuando ni yo mismo me comprendo.

Hace muchos años que la vi, pero, como me sentía destinado a no vivir sino el sueño de mi existencia, el único resultado fue que su recuerdo quedó unido al sentimiento de continuidad de mi ser. Y dejemos a un lado aquellos tiempos, ya pasados y perdidos.

La necesidad de amar había llegado a ser la existencia misma, y el sentimiento de las cosas no era sino la expectación y el presentimiento de esta hora que inaugura la luz de la vida. Pero si, en el transcurso insípido de mis días, había alguno que pareciese ofrecer el único bien que la Naturaleza contenía entonces para mi corazón, aquel recuerdo que había quedado en el fondo de mí me impulsaba, en cierto modo, a alejarme. Sin haber amado, me veía ya en una especie de impotencia de amor, semejante a esos hombres en quienes una pasión profunda ha destruido el poder de sentir un nuevo afecto. Este recuerdo no era el amor, puesto que yo no encontraba en él ni consuelo ni sostén alguno; antes bien, dejándome en el vacío, y hasta pareciendo retenerme en él, no me daba nada, y parecía oponerse a que nada fuese concedido. Y así quedaba, sin poseer ni la embriaguez dichosa que sostiene el amor, ni esa melancolía amarga y voluptuosa en que gustan de consumirse nuestros corazones todavía llenos de un amor desgraciado.

No quiero trazarle a usted la historia fatigosa de mis pesadumbres. He escondido en mis desiertos mi siniestro sino, que arrastraría consigo a cuanto me rodea y que ya estuvo a punto de envolverle a usted mismo. Usted quiso abandonarlo todo para convertirse en un ser triste e inútil como yo; pero, afortunadamente, pude conseguir que volviese usted a su vida de antes y a sus recreos habituales. Usted creyó que yo también había encontrado algunos, y me ha faltado el ánimo para disipar su error. Sin embargo, aunque mi deseo habría sido el prolongar este, usted ha acabado por saber que mi serenidad era análoga a la sonrisa de la desesperación. Y eso que yo elegía para escribirle los momentos en que me reía... en que río de lástima de mí mismo, de mi destino, de tantas cosas como veo que hacen gemir a los hombres, aunque repitan de continuo que van a cesar.

Le estoy diciendo cosas que no debo; pero el sentimiento de mi destino me exalta y me anonada. No puedo buscar nada en mí sin tropezar con el fantasma de lo que nunca me será dado.

Es absolutamente necesario que, al hablarle de *ella*, sea mi yo absoluto y más recóndito el que hable. ¿A qué imponerme ninguna reserva sobre el particular? Ella sentía como yo, un mismo lenguaje nos era común. ¿Acaso son tan numerosos los que se comprenden? Sin embargo, yo no me entregaba a tantas ilusiones. Se lo repito, no quiero detener su atención en aquellos tiempos que el olvido debe borrar y que ya están en el abismo; el sueño de la felicidad ha pasado con sus sombras a la muerte del hombre y de los siglos. ¿A qué estos recuerdos exhalados de un largo fenecimiento, que vienen a extender sobre los restos vivos del hombre la amargura del sepulcro universal al que no tardará en descender? Y no es que trate de justificar este corazón destrozado, que de sobra conoce usted y que no conserva en sus ruinas sino la inquietud de la vida. Usted sabe, y sólo usted, sus esperanzas extinguidas, sus deseos inexplicables, sus necesidades desmesuradas. No lo excuse usted, sosténgalo, levante sus restos; devuélvale usted, si tiene los medios de ello, el fuego de la vida y la serenidad de la razón, todo el movimiento del genio y toda la impassibilidad del sabio. Pero no seré yo quien trate de inducir a usted a compadecer sus profundas locuras.

Por fin, el más inesperado de los azares me la hizo encontrar junto al Sena, en un día de tristeza. Este acontecimiento tan sencillo me asombró, sin embargo. Encontré cierta dulzura en verla de vez en cuando. Un alma ardiente y tranquila, fatigada, desilusionada, inmensa, debía fijar de una vez la inquietud y el perpetuo suplicio de mi corazón. ¡Ah, esta gracia de todo su ser, esta inexplicable perfección en el movimiento, en la voz!... Pero lo que hay en mí no es amor; téngalo usted en cuenta, y comprenda bien toda mi desgracia.

No obstante, mi tristeza se hacía cada vez más constante y más amarga. Si madame Del*** hubiese sido libre, yo habría encontrado en esa circunstancia el placer de ser al fin desgraciado a mi modo. Pero, como no lo era, me retiré antes de que me fuera imposible soportar en otro sitio el peso del tiempo. Todo me hastiaba entonces; en cambio, ahora todo me es indiferente. Hasta, de cuando en cuando, algo

viene a distraerme; lo que hace que pueda hablar a usted de todo esto. Ya no estoy hecho para amar; me siento como apagado. Quizás sería un buen marido; por lo menos, sería muy cariñoso. Pero he aquí que comienzo a pensar en los placeres del amor; luego ya no soy digno de una amante. El amor mismo no me daría más que una mujer, y un amigo. ¡Cómo cambian nuestros sentimientos! ¡Cómo se destruye el corazón! ¡Cómo pasa la vida antes de acabar!

Le decía a usted lo mucho que me gustaba apesadumbrarme con ella de todo lo que constituye los deleites de la vida. Pero aún más me gustaban las veladas tranquilas. Aquello no podía, realmente, durar.

Aunque raramente, alguna vez me ha acontecido el olvidar que soy en este mundo como una sombra transeúnte que ve y no puede coger nada. Esa es mi ley; cuando he querido sustraerme a ella, he sido castigado. Cada vez que una ilusión empieza, mis miserias se agravan. Me he sentido al lado de la felicidad, y me he espantado. ¿Acaso estas cenizas que creo apagadas se habrían reanimado? No hubo más remedio que partir.

Ahora, me encuentro en un valle escondido. Me empeño en olvidar el vivir. He recurrido al té para debilitarme, y aun al vino para extraviarme. Edifico, labro la tierra; me distraigo con todo ello. He encontrado algunas personas excelentes; y pienso ir a la taberna^[197] para descubrir a unos cuantos hombres. Me levanto tarde, me acuesto tarde; como despacio; me ocupo de todo, pruebo todas las actitudes, amo la noche y apremio al tiempo; devoro, como quien dice, mis horas frías y anhelo verlas ya en el pasado.

Fonsalbe es su hermano, así que hablamos de ella. No puedo impedirselo; él le tiene un gran afecto. Fonsalbe será mi amigo; así lo he decidido. Por él, que está solo; y también por mí; pues, ¿qué sería de mí sin él? Pero él no sabrá hasta qué punto la idea de su hermana está presente en estas soledades. ¡Ah, estas gargantas sombrías, estas aguas románticas! ¡Mudas estaban, y mudas estarán siempre! Esta idea no trae la paz del olvido del mundo, sino el abandono de los desiertos. Una noche, nos encontrábamos bajo los pinos; los sonos de la montaña llenaban sus copas rumorosas; hablábamos de ella y él la lloraba. ¡Pero un hermano tiene lágrimas que derramar!

No hago ningún juramento, ni pronuncio voto alguno; desprecio estas afirmaciones vanas, esta eternidad que el hombre cree añadir a sus pasiones de un día. Nada prometo, nada sé; todo pasa, todo hombre cambia; pero, o mucho me engaño a mí mismo, o ya nunca amaré. Cuando el devoto ha soñado su bienaventuranza, ya no la busca en el mundo terrenal; y, si llega a perder aquellas arrobadoras ilusiones, ya no encuentra atractivo alguno en cosas forzosamente demasiado inferiores a los ensueños primeros.

Y ella continuará arrastrando la cadena de sus días con esa fuerza decepcionada, con esa serenidad del dolor que tan bien le cuadra. Muchos de nosotros estarían quizás menos en su lugar si se sintiesen menos lejanos de la felicidad. Esta vida transcurrida en la indiferencia, en medio de todas las seducciones de la vida, y en el

hastío, con una salud inalterable; estas pesadumbres sin acrimonia, esta tristeza sin amargura, esta sonrisa de las penas ocultas, esta sencillez que todo lo abandona cuando podría pretenderlo todo, estas nostalgias sin quejas, esta renuncia sin esfuerzo, este desaliento cuya aflicción se desdeña; tantos bienes descuidados, tantas pérdidas olvidadas, tantas facultades que ya no se quiere emplear: todo esto es armonía, y sólo a ella pertenece. Contenta, feliz, poseyendo todo lo que parecía corresponderle, acaso habría sido menos ella misma. La adversidad conviene a quien puede llevarla así; y, suponiendo que la felicidad llegase ahora, ¿de qué podría ya servirle? No, ya no es tiempo para la felicidad.

¿Qué le queda, pues? ¿Qué nos quedará en esta renuncia a la vida, único destino que nos es común? Cuando todo escapa hasta al sueño de nuestros deseos; cuando aún el sueño de lo amable y de lo honrado envejece en nuestro pensamiento inseguro; cuando la armonía, en su gracia ideal, desciende de las alturas celestes, se acerca a la tierra y se encuentra envuelta en brumas y tinieblas; cuando nada subsiste de nuestras necesidades, sentimientos y esperanzas; cuando nosotros mismos pasamos con el huir invariable de las cosas, y en la inevitable inestabilidad del mundo: amigos míos, mis únicos amigos, ella, a quien he perdido, vosotros, que vivís lejos de mí; vosotros, que sois los únicos que aún me dais la sensación de la vida, ¿qué nos quedará, y qué somos nosotros? (N)^[198].

Suplemento^[199]

Carta XC^[200]

Imenstrom, 28 de junio, X

La hermana de Fonsalbe está aquí. Ha llegado sin que la esperasen, y con el propósito de pasar solamente unos días con su hermano.

Usted la encontraría, actualmente, tan amable y notable, y acaso más, que lo fue nunca. Esta aparición inopinada, el cambio de los tiempos, recuerdos imborrables, los lugares, la estación, todo parecía de acuerdo. Y debo decirle que, si puede haber una belleza más cabal a los ojos de un artista, seguramente ninguna reuniría en si más cualidades de las que, por regla general, constituyen para mí el encanto femenino.

Claro está que no podíamos recibirla aquí como lo habría usted hecho en Burdeos; pero, al pie de nuestras montañas, fuerza era contentarse con lo que se tenía. Precisamente, íbamos a segar dos prados por la noche, hasta una hora bastante avanzada y, luego, por la mañana temprano, a fin de evitar el calor abrasador del día. Con este objeto, ya se me había ocurrido proporcionar algún recreo, que les sirviese a la vez de acicate, a mis trabajadores, y para ello mandé venir de Vévay unos músicos. Una colación o, si se quiere, una cena campestre, comenzada a media noche y lo bastante variada para ser del gusto aun de los mismos segadores, estaba llamada a cubrir el intervalo entre los trabajos de la noche y los del amanecer.

Poco antes de que acabase el día, pasé por casualidad ante una escalera de seis a siete tramos, y allí encima estaba ella, que, al verme, pronunció mi nombre. Si, era su voz, pero con un no sé qué de imprevisto, de desacostumbrado, absolutamente inimitable. Yo miré sin contestar, sin saber que no contestaba. Una penumbra fantástica, un velo aéreo, una bruma la envolvía. Era una forma indecisa, que hacía desaparecer toda vestidura; era un perfume de belleza ideal, una ilusión voluptuosa, con un instante de inconcebible verdad. Así debía terminar mi error, al fin conocido. «Luego es verdad —me decía a mí mismo, dos pasos más allá—, que este afecto participaba de la pasión, que el yugo ha existido. De esta flaqueza han dependido otras incertidumbres. Esos años son ya irrevocables; pero el hoy está libre, el hoy es aún mío».

Me ausenté, avisando de ello a Fonsalbe, y me dirigí hacia lo alto del valle. Caminaba sin ruido, sumido en mi meditación. Todas aquellas ideas de amar y dejar de vivir solo, me inundaban en la tranquila oscuridad de un lugar desierto. Hubo un momento en el que habría dicho, como aquellos cuya blandura he condenado más de una vez: «¡Poseerla, y morir!».

Sin embargo, figurarse en el silencio que mañana todo puede acabar sobre la tierra es al mismo tiempo apreciar con mirada más firme lo que se ha hecho y lo que se debe hacer con los dones de la vida. ¡Lo que he hecho con ellos! Joven aún, me detengo en el momento fatal. Ella y el desierto, sería el triunfo del corazón. No; el olvido del mundo, y sin ella: he ahí mi ley. ¡El trabajo austero y el porvenir!

Me encontraba colocado en el recodo del valle, entre las rocas donde se precipita el torrente; y los cantos que yo mismo había dispuesto comenzaban en la lejanía. Pero estos rumores de fiesta el simple movimiento del aire los disipaba a intervalos, y yo sabía el instante en que cesarían. El torrente, por el contrario, subsistía en toda su fuerza, corriendo, sí, pero corriendo siempre, a la manera de los siglos. La fuga del agua es como la fuga de nuestros años. Se ha repetido un sinfín de veces, pero dentro de mil años aún se repetirá; el correr de las aguas continuará siendo para nosotros la imagen más eficaz del paso inexorable de las horas. ¡Voz del torrente en medio de las sombras, única voz solemne bajo la paz de los cielos: sé la única oída!

Nada es serio, si no puede ser duradero. Vistas desde arriba, ¿qué son las cosas de las que nos habrá de separar nuestro último aliento? ¿Vacilaré acaso entre un encuentro del azar y los fines de mi destino, entre una seductora fantasía y el empleo justo y generoso de las fuerzas del pensamiento? ¿Cederé a la idea de un vínculo imperfecto, de un sentimiento sin objetivo, de un placer ciego? ¿Acaso no sé las promesas que ella, al enviudar, hizo a su familia? Así, la unión completa resulta vedada; así la cuestión se torna bien sencilla, y no tiene ya por qué ocupar mi atención. ¿Qué habría digno del hombre en la diversión falaz de un amor estéril? Consagrar sólo al placer las facultades de la vida, es entregarse voluntariamente a la muerte eterna. Por frágiles que sean estas facultades, yo soy responsable de ellas; fuerza es que den su fruto. Estos beneficios de la existencia, yo los conservaré, los honraré; no quiero, cuando menos, flaquear dentro de mí sino en el instante inevitable. Profundidades del espacio, ¿nos habría sido dado inútilmente el poder percibirlos? La majestad de la noche repite de siglo en siglo: «¡Ay de toda alma que se complace en la servidumbre!».

¿Fuimos hechos para gozar aquí del ímpetu de los deseos? Después de esta espera, después de los triunfos, ¿qué diremos de la satisfacción de unas cuantas jornadas? Si la vida no es más que eso, nada es. Un año, diez años de voluptuosidad, es una diversión fútil, y una amargura demasiado pronta. ¿Qué quedará de esos deseos, cuando las generaciones dolientes o locamente distraídas pasen sobre nuestras cenizas? Contemos en poco lo que se disipa rápidamente. En medio del gran juego del mundo, busquemos otro reparto; si algún efecto ha de subsistir, será quizás de nuestras resoluciones fuertes —el hombre es perecedero—. Es posible; pero perezcamos resistiendo; y, si nos está reservada la nada, no hagamos que sea una justicia.

Usted lo sabe; creyendo que mis disposiciones cambiaban ya, me desanimé. Me había persuadido con demasiada facilidad de que mi juventud había pasado ya. Pero

estas diferencias tuvieron por causa, como creo haberle dicho, ciertos errores de régimen; y eso ya fue en gran parte reparado. Había observado mal la movilidad que me caracteriza, y que contribuye a mis incertidumbres. Es constantemente una gran inconstancia, mucho más en las impresiones que en las ideas, y aun que en las inclinaciones. No depende del avance de los años; vuelve, simplemente, a ser lo que era. La costumbre de contenerme y de reprimir primero todos mis movimientos interiores me había hecho desconocer muchas veces a mí mismo sus oposiciones. Pero, lo sé, dentro de cuarenta años, no diferiré más de lo que he diferido cien veces de un cuarto de hora a otro. Por modo semejante, se agita, en medio del aire, la fronda de un árbol demasiado flexible; y, si la miramos en otra época cualquiera, de nuevo la veremos ceder, y ceder de igual modo.

Cada incidente, cada idea que sobreviene, los menores detalles oportunos o intempestivos, algunos recuerdos y leves temores, todas estas emociones fortuitas pueden cambiar, a mis ojos, el aspecto del mundo, la apreciación de nuestras facultades y el valor de nuestros días. Mientras me hablan de cosas indiferentes, y escucho con tranquilidad e indolencia; mientras, reprochándome mi frialdad en estas relaciones, me siento agradecido a aquellos que me la perdonan, he pasado varias veces de la repugnancia de esta existencia tan limitada, que todo embaraza y todo inquieta, al sentimiento no menos natural de la curiosa variedad de las cosas, o de la divertida sagacidad que nos llama a gozar de ellas todavía por algún tiempo. No obstante, lo que me parece tan fácilmente ofrecer otro aspecto es menos el conjunto del gran fenómeno que cada consecuencia relativa a nosotros, y menos el orden general que mi propia aptitud. Este orden visible tiene dos fases: la una nos cautiva, y la otra nos desconcierta; todo depende de una cierta confianza en nosotros mismos. Esta me falta sin cesar, y sin cesar renace. ¡Somos tan débiles, pero tan acomodaticios, al mismo tiempo, en nuestras facultades! Un azar favorable, un viento más benigno, un rayo de luz, el balancearse de una hierba florecida, las gotas del rocío, me dicen que acabaré acomodándome a todo. Pero las nubes se acercan, la calandria deja de cantar, una carta tarda más de lo debido, o en mis ensayos algún pensamiento mal expresado resultará inútil, y entonces ya no veré más que obstáculos, morosidades, sordas resistencias, designios defraudados, los sinsabores de los felices, los sufrimientos de la muchedumbre, y heme aquí el juguete de la fuerza que a todos acabará por quebrarnos.

Por lo menos, esta movilidad no es capaz de conmover los principios de la conducta. Si es única, no importa ni que la finalidad se presente sólo como verosímil. Afirmados en un sentido, no esperemos otras luces; ya con las que tenemos podemos marchar por los senderos poco conocidos. Así, todo se decide. Soy lo que era; y, si quiero, seré lo que podía ser. Ciertamente que es poca cosa; pero, siquiera, no habremos descendido más abajo de nosotros mismos.

30 de junio

Le escribo a usted largamente. Digo en muchas palabras lo que habría podido comunicarle en tres líneas. Pero era mi manera; y, por otra parte, he tenido tiempo para ello. Nada me ocupa, nada me interesa; me siento todavía suspendido en el vacío. Necesito, pienso, un día más, uno solo. Esto terminará, puesto que así lo he resuelto; pero, por el momento, todo se me antoja entristecido. No es que me halle indeciso; pero sí me siento emocionado, hasta una especie de estupor y de cansancio. Continúo mi carta para apoyarme en usted.

Todavía por algún tiempo permanecí solo. Me sentía ya menos ajeno a la tranquila armonía de la naturaleza. Volví, sin embargo, durante la cena, antes de que hubiesen cesado los cantos.

De aquí en adelante no espere usted ya de mí ni una palabra inexcusable, ni la antigua indecisión. La salud y la independencia económica son ventajas que no siempre se reúnen; ya que las poseo, haré uso de ellas. Que esta declaración sea mi norma. Para hablar a los hombres de su flaqueza voluntaria, ¿no debo acaso no permitirme ninguna? Usted sabe que en otros tiempos, entre mis vanos proyectos, he tenido algunas veleidades africanas. Pero, en este momento, todo se ha concertado para hacer impracticable un designio, que, por otra parte, habría sido preciso madurar más, y ahora sería ya demasiado tarde para entregarse a aquellos estudios que debían servir de preparativo a su ejecución.

¿Qué hacer, pues? Realmente, creo que no me queda otro camino que el de escribir. —¿Sobre qué temas? —Ya, poco más o menos, lo sabe usted. —¿Con arreglo a qué modelo? —Desde luego, no imitaré a nadie, a menos que sea por una especie de capricho, y en un pasaje corto. Me parece completamente fuera de lugar el adoptar la modalidad de otro escritor, pudiendo tener una propia. Y, en cuanto al que no la tiene (esto es, aquel que jamás se siente arrastrado ni inspirado), ¿de qué le sirve el escribir? —¿Qué estilo, en suma? —Ni rigurosamente clásico, ni inconsideradamente libre. Para merecer que le lean a uno, hay que observar las conveniencias reales. —Pero, ¿quién habrá de juzgarlo? —Yo, aparentemente. ¿Acaso no he leído lo mismo a aquellos autores que trabajaron con circunspección que a los que escribieron con más independencia? A mí me corresponde el decidir, según mis medios, un centro que convenga, de un lado a mi tema o a mi siglo, y de otro a mi carácter, sin faltar expresamente a las reglas admitidas, pero sin estudiarlas tampoco expresamente. —¿Cuáles serán las garantías del éxito? —Las únicas naturales. Si no basta con decir cosas que son verdad y con exponerlas de una manera persuasiva, no tendré éxito; a eso se reducirá todo. No creo que sea indispensable el verse aprobado en vida, a menos que se halle uno condenado a la desgracia de tener que confiar en su pluma para su subsistencia.

Pasad los primeros, vosotros que demandáis la gloria de salón. Pasad, hombres de sociedad, hombres considerables en aquellos países donde todo depende de estas concomitancias personales; vosotros, que sois fecundos en ideas del día, en libros de

partido, en expedientes para producir efecto, y que, aun después de haberlo adoptado todo, todo empleado, todo abandonado y a todo vuelto de nuevo, encontráis aún el medio de esbozar unos libelos indecisos, a fin de que digan: «¡Aquí le tenemos, con sus palabras expresivas e ingeniosamente dispuestas, aunque un tanto trilladas!». Pasad los primeros, hombres seductores y seducidos; pues, después de todo, pasaréis pronto, y bueno es que tengáis también vuestra parte. Así, brillad hoy en vuestra destreza y vuestra prosperidad.

¿Es que, realmente, no habría medio de apresurar la celebridad de un autor o de una obra útil, sin deshonrarlos con intrigas? ¿Que vivís retirado, bien sea en el campo o en una capital; en suma, que vuestro nombre es desconocido y vuestro libro no se vende? Pues depositad cierto número de ejemplares en las principales bibliotecas, o enviadlos, sin pedir cuenta de ellos, a algunos libreros de los centros más importantes; y, más pronto o más tarde, dicha obra será colocada en su lugar, con tantas probabilidades de ello, cuando menos, como si hubierais mendigado los sufragios de las gentes.

Así, mi camino está trazado. No me queda ya sino recorrerlo, si no con gloria y estruendo, por lo menos con cierto celo y dignidad. Renuncio a muchas cosas, limitándome casi a evitar el dolor. ¿Sería, pues, digno de compasión en mi retiro, teniendo como tengo la actividad, la esperanza y la amistad? Estar ocupado, sin agobio excesivo de trabajo, contribuye por modo esencial a la paz del alma, de todos los bienes el menos ilusorio. Como los más sencillos recreos procuran ya cierto goce, no se siente la necesidad de los placeres; y así es como tantos hombres en buena salud acaban por acomodarse a los manjares menos refinados. ¿Quién no ve que la esperanza es preferible a los recuerdos? En nuestra vida, transcurso continuo, el porvenir es lo único que importa. Lo acontecido desaparece, y hasta el presente nos huye si no sirve de medio. Las huellas de un pasado agradable no me parecen un gran bien sino para aquellas imaginaciones endebles, que, después de haber sido un tanto vivaces, acaban por debilitarse. Esos hombres, habiéndose figurado las cosas de otro modo del que podían ser, se apasionaron. La prueba, luego, los ha defraudado; y, no pudiendo ya imaginar con exageración, han dejado de imaginar en absoluto. Estándoles, por así decir, vedadas las ficciones verdaderas, precisan de recuerdos rientes; sin ello, ninguna idea basta ya a halagarles. Pero el hombre de imaginación poderosa y justa puede siempre hacerse una idea bastante positiva de los diversos bienes, cuando el destino le deja tranquilidad para ello, y no se cuenta en el número de aquellos que no conocen, a ese respecto, sino lo que antiguamente aprendieron.

Para la dulzura cotidiana de la vida me quedarán nuestra correspondencia y Fonsalbe; estos dos vínculos me bastarán. Hasta en nuestras cartas, busquemos la verdad sin disertaciones pesadas y sin sistemas tercios; invoquemos la verdad inmutable. ¿Qué otra concepción podría sostener el alma, fatigada a veces de sus vagas esperanzas, pero mucho más asombrada de sí misma, mucho más abandonada cuando ha perdido la voluptuosidad y los deleites de esta activa incertidumbre? La

justicia, por lo menos, tiene su evidencia, usted, generalmente, recibe en paz las claridades morales; yo, en cambio, las persigo en mi inquietud; nuestra unión, pues, subsistirá.

Carta XCI^[201]

Sin fecha conocida^[202]

Nunca le he contado a usted el trance en que me vi un día que quise franquear los Alpes de Italia.

Acabo de recordar con toda claridad esta circunstancia, leyendo en un libro: «Quizás no hemos recibido la vida presente sino para encontrar, a pesar de nuestras flaquezas, ocasiones de realizar con energía lo que el momento exige de nosotros». Así, emplear todas nuestras fuerzas a propósito, sin pasión como sin temor, sería ser plenamente hombre. Pero rara vez se tiene esta suerte. Por mi parte, sólo la he experimentado en estas montañas y a medias, ya que se trataba de mi propia salvación.

Para darle a usted cuenta del acontecimiento, no tendré más remedio que recurrir a detalles absolutamente personales, puesto que no se compone de otra cosa.

Iba a la ciudad de Aosta y me encontraba ya en el Valais, cuando oí decir a un forastero, en la posada, que, por su parte, él no se atrevería a pasar sin guía el San Bernardo. Inmediatamente, resolví pasarlo solo, y hasta pretendí que, con arreglo a la disposición de las gargantas, o la dirección de las aguas, llegaría al hospicio antes que los muleros, y sin hacerles ninguna pregunta.

Salí de Martigny a pie con un tiempo hermosísimo. Impaciente por ver, siquiera en la lejanía, algún paisaje curioso, y no distinguiendo nada semejante por encima de Saint-Barchier, caminé lo más de prisa que pude. Llegado a Liddes, me figuré que ya no encontraría ninguna hostería, ni nada que se le pareciese, antes de llegar al hospicio. La de Liddes había agotado su provisión de pan y carecía de toda legumbre. Lo único que quedaba era un trozo de carnero, que me guardé de tocar. Apenas si bebí un poco de vino, pero, a esta hora desusada, no hizo falta más para suscitar me tal necesidad de sombra y de reposo, que me quedé dormido detrás de unos arbustos.

Como no llevaba reloj, cuando desperté no pude sospechar que había pasado allí unas cuantas horas. Me puse, pues, en camino, con la sola idea de llegar al final y sin otra esperanza por el momento. La Naturaleza no estimula siempre las ilusiones que, sin embargo, nos destinó. Ninguna distracción se ofrecía por el instante, ni la belleza de los valles, ni la singularidad de los trajes, ni siquiera el efecto usual del aire de las montañas. El cielo había cambiado completamente de aspecto. Nubes sombrías envolvían las cumbres hacia las cuales me acercaba; pero aquello no bastó a hacerme

caer en cuenta de la hora, pues, a aquella altura, las nubes se amontonan a veces con gran rapidez.

Pocos minutos después, la nieve caía en abundancia. Pasé la aldea de Saint-Pierre sin preguntar a nadie. Estaba decidido a proseguir mi empresa, a pesar del frío, y aunque más allá no existiese ya ningún camino trazado. De todos modos, ya no se trataba de orientarse con alguna certidumbre. Hasta que las tocaba, puede decirse que no distinguía las rocas, pero ello me parecía, simplemente, efecto del espesor de las nubes y de la nieve. Hasta que la oscuridad fue tal que sólo la noche podía explicarla, no me di cuenta cabal de mi situación.

El hielo vivo al pie del cual llegué, así como la falta de toda salida practicable para las mulas, me probaron que había perdido el camino. Me detuve, como para deliberar a mis anchas; pero un entumecimiento total de los brazos no tardó en disuadirme. Si era impracticable el esperar la mañana en el lugar donde me encontraba, igualmente imposible parecía encontrar el monasterio, del que quizás me separaban abismos. Un solo partido quedaba: el consultar el ruido del agua, a fin de acercarme a la corriente principal que, de cascada en cascada, debía pasar junto a las últimas casas que había visto al subir. A decir verdad, me encontraba rodeado de tinieblas y en medio de rocas de las que, aún en pleno día, me habría costado trabajo salir. La evidencia del peligro me sostuvo. Había que perecer o llegar sin dilación a la aldea, que aún debía distar unas tres leguas.

Pronto pude apuntarme un éxito: llegué al torrente, del que ya no debía apartarme. Si me hubiese adentrado de nuevo entre las rocas, quizás no habría sabido ya volver a bajar de ellas. Nivelado a medias por el efecto de los siglos, el cauce del Drance debía presentar una aspereza menos temible en algunos sitios que las continuas anfractuosidades de las masas vecinas. Entonces comenzó la lucha contra los obstáculos; entonces principió el goce particularísimo que suscitaba la magnitud del peligro. Entré en la corriente ruidosa y desigual, con la resolución de seguirla hasta que esta tentativa azarosa terminase, o con algún accidente grave, o con la vista de alguna luz de la aldea. Me entregué así al curso de aquellas aguas glaciales. Cuando caía desde lo alto, yo caía con ella. Una vez, la caída fue tan fuerte, que creí llegado el término; pero una hoya bastante profunda me recibió. No sé cómo salí de allí; me parece que los dientes, a falta de las manos, se aferraron a algún saliente de la roca. En cuanto a los ojos, a decir verdad no eran muy útiles y con frecuencia, cada vez que temía un choque demasiado violento, los cerraba. Avanzaba con un ardor que ningún cansancio parecía poder suspender, contento en apariencia de seguir un impulso fijo, de continuar un esfuerzo sin incertidumbre. Empezando a acostumbrarme a aquellos movimientos bruscos, a aquella especie de audacia, olvidaba la aldea de Saint-Pierre, único asilo al que podía pretender, cuando una luz me lo indicó. La vi con una indiferencia que, sin duda, provenía más de la irreflexión que del verdadero valor; a pesar de lo cual, llegué como pude a aquella casa, cuyos habitantes se hallaban

reunidos en torno del fuego. Una esquina faltaba a una de las hojas del ventanuco de la cocina, y a ese incidente puede asegurarse que debí la vida.

Era un albergue como tantos que se encuentran en la montaña. Como es natural, carecía de muchas cosas, pero, de todos modos, en él encontré los cuidados que necesitaba. Colocado en el ángulo inferior de una vasta chimenea, habitación principal de la casa, pasé una hora o más en el olvido de aquel estado de exaltación que, por una singular fortuna, había logrado mantener en mí. Nulo y triste después de mi rescate, hice lo que quisieron, y tomé un vaso de vino caliente que me dieron, sin saber que antes necesitaba algo más sólido.

Uno de mis huéspedes me había visto subir la montaña al acabar el día, durante esas borrascas de nieve que los mismos montañeses son los primeros en temer, y había dicho luego en la aldea: «Esta tarde ha pasado un extranjero camino de allá arriba. Con este tiempo hay que darlo por muerto». Cuando más tarde estas buenas gentes reconocieron que, efectivamente, me habría perdido sin el mal estado del ventanuco de la cocina, uno de ellos exclamó en *patois*: «¡Santo Dios, lo que somos!».

Al día siguiente, me trajeron mis vestidos, bien secos y casi arreglados, pero no pude impedir un largo estremecimiento, que me sacudió de pies a cabeza; sin contar que una capa de nieve sobre el suelo, de varios pies de espesor, se oponía a que me volviera a poner voluntariamente en camino. Pasé, pues, la mitad de la jornada en casa del cura de aquel mísero villorrio y cené con él, primera comida que hacía desde cuarenta y tantas horas. Al otro día, habiendo desaparecido la nieve bajo el sol de la mañana, franqué sin guía las cinco leguas difíciles, abandonándome durante el camino los síntomas de fiebre. En el hospicio, donde fui bien acogido, tuve, sin embargo, la desgracia de que no todo fuera de mi gusto. Encontré fuera de lugar una variedad de manjares que, en un sitio semejante, no podía calificar de hospitalidad generosa, sino de ostentación y derroche, y me pareció también que en la capilla, tratándose como se trataba de una iglesia de la montaña, habría convenido una mayor simplicidad en vez de tanto inútil arrequive. La noche la pasé en la aldehuela de Saint-Remi, en Italia. El torrente del Doire se estrella contra un ángulo de los muros de la posada. Dejé abierta la ventana, y durante toda la noche este estruendo me despertó y adormeció alternativamente, con gran satisfacción por mi parte.

Más abajo, en el valle, encontré una porción de gentes cargadas con esos enormes bocios que tanto me llamaran la atención al otro lado del San Bernardo, cuando mis primeras excursiones por el Valais. A un cuarto de legua de Saint-Maurice hay una aldea a tal punto resguardada de los vientos fríos por su situación particularísima, que en toda estación podrían subsistir, sin el menor abrigo, el laurel y el granado; pero, sin duda, todavía no se le ha ocurrido a ninguno de sus habitantes. Demasiado bien preservados de los fríos, y afligidos, por tanto, de cretinismo, vegetan indiferentes al pie de sus inmensos roquedales, ignorando hasta lo que es ese ir y venir de los forasteros, que a tan corta distancia pasan al otro lado del río. Decidí, al bajar de

nuevo hacia Suiza, ir a ver más de cerca a esos hombres adormilados en su inextricable ignorancia, pobres sin saberlo, y enfermos aunque sin sufrimiento. Por otra parte, creo que esos desdichados son más felices que nosotros.

Sin la exactitud escrupulosa de mi relato, este tendría tan escaso interés, que ni la amistad de usted sería capaz de encontrárselo. En cuanto a mí, demasiado recuerdo una fatiga, que no sentí entonces, pero que me privó irremisiblemente de mi antigua firmeza de pies. Y menos aún podré olvidar que, hasta el momento actual, las dos horas de mi vida en que me sentí más vivo, menos descontento de mí mismo, menos lejos de la embriaguez de la felicidad, fueron aquellas en que, calado de frío, extenuado por los esfuerzos y el hambre, empujado de precipicio en precipicio, aun antes de poder distinguirlos, y asombrándome cada vez de salir de ellos con vida, no cesaba de decirme, y de decirme con toda simplicidad, en mi altivez sin testigos: «¡Por este minuto aún, quiero lo que debo, hago lo que quiero!».

Fragmento final de una carta sin fecha conocida^[203]

[...] ¡Cuántos infortunados habrán dicho, de siglo en siglo, que las flores nos han sido concedidas para cubrir nuestra cadena, para engañarnos en un comienzo y aun contribuir a retenernos hasta el final! Y aún sirven de más, aunque quizás bastante inútilmente, pareciendo indicar lo que ninguna cabeza mortal sabrá nunca.

Si las flores no fuesen bellas más que a nuestros ojos, seducirían igualmente; pero, a veces, su perfume sugiere, como una condición feliz de la existencia, como un llamamiento súbito, un retorno a la vida más íntima. Sea que he buscado esas emanaciones invisibles, sea más bien que se ofrecen y sorprenden, las flores son para mí como una expresión fuerte, pero precaria, de un pensamiento cuyo secreto encierra y vela el mundo material.

Los colores también deben tener su elocuencia; todo puede ser un símbolo. Pero los olores son más penetrantes, sin duda porque son más misteriosos y porque, si en nuestra vida corriente necesitamos verdades palpables, los grandes movimientos del alma tienen por principio una verdad de otro orden, la verdad esencial, y no obstante inaccesible en nuestras vías titubeantes.

¡Narciso, violeta, tuberosa! No tenéis sino unos instantes, a fin de no abrumar nuestra flaqueza, o quizás para dejarnos en la incertidumbre en que se agita nuestro espíritu, tan pronto generoso, tan pronto desalentado. No, no he visto ni el *sindrimal* de Ceylán, ni el *gulmikek* de Persia, ni el *pe-gehong* de la China meridional; pero bastaría con el narciso o el jazmín para hacerme decir que, tales como somos, podríamos morar en un mundo mejor.

¿Qué es lo que quiero? Esperar; luego, dejar de esperar: es ser o dejar de ser. A eso, sin duda, se reduce el hombre. Pero, ¿cómo es posible que, tras los cantares de una voz amada, tras los perfumes de las flores, y los suspiros de la imaginación, y los ímpetus del pensamiento, sea preciso morir?

Y es posible que, queriéndolo así el destino, oiga uno acercarse secretamente a una mujer llena de gracia amorosa, y que tras una cortina, pero segura de que es bien vista, a causa de los rayos del poniente, se muestre sin más velos, por vez primera, retroceda enseguida y torne por sí misma, sonriendo de voluptuosa resolución. Pero, inmediatamente, será preciso envejecer. ¡Ah!, ¿dónde están hoy las violetas que florecieron para otras generaciones pretéritas?

Hay dos flores silenciosas en cierto modo y casi desprovistas de olor, pero que, por su actitud bastante perdurable, me atraen más de lo que podría expresar. Los recuerdos que suscitan nos vuelven intensamente al pasado, como si estos vínculos de

los tiempos anunciaran días de felicidad. Estas flores sencillas, son el aciano de los campos y la tempranera vellorita, la margarita de los prados.

El aciano es la flor de la vida rural. Habría que volver a verlo en la libertad de los ocios naturales, en medios de los trigales, al rumor de las granjas, al canto de los gallos (O)^[204], en el sendero de los viejos labradores; y no sería yo quien garantizara que esto no llegase a veces hasta las lágrimas.

La violeta y la margarita de los prados son rivales. La misma estación, la misma simplicidad. La violeta cautiva desde el comienzo de la primavera; la margarita se hace amar de año en año. Son, una a la otra, lo que un retrato, obra del pincel, a un busto en mármol. La violeta recuerda el más puro sentimiento del amor, y tal aparece a los corazones rectos. Pero, al fin y al cabo, este mismo amor, tan persuasivo y tan suave, no es sino un accidente placentero de la vida, que pasa y desaparece, mientras la paz de los campos queda con nosotros hasta el último momento. La margarita es el signo patriarcal de este dulce reposo.

Si llego a la vejez, si un día, lleno de pensamientos aún, pero renunciando a hablar a los hombres, tengo a mi lado un amigo que reciba mis adioses a la tierra, colóquese mi silla sobre el césped y vean mis ojos algunas tranquilas margaritas, allí, ante mí, bajo el sol y bajo el cielo inmenso, a fin de que, al dejar la vida fugaz, recobre alguna parcela de la ilusión infinita...

Indicaciones^[205]

Aburrimiento de la vida, 41, etcétera.

Adversidad, 64.

Amistad, 36, 63.

Amor, 89. Véase también Mujer.

—Sobre el amor, sus efectos y su importancia, 63.

Amor propio, 27.

Apariencia. Sobre lo que se llama una apariencia demasiado libre, 50.

Arístipo, Manual atribuido a,

Autor. Véase Escritor.

Bello, 21.

Campos.

—Nuestros campos, 12. Véase también Ciudades.

Celibato, 84.

Cicerón, 4, en nota.

Ciudad.

—Cómo la edad aumenta el gusto por las capitales y cómo aquellos que prefieren, en algún sentido, las cosas a los hombres y el campo a la ciudad, pueden llegar a preferir más tarde la ciudad y la sociedad, 52, 88.

—Vida en las ciudades, 88. Véase también Vida.

Climas.

—Diversos climas, 68.

—Efectos de los diferentes climas, 70.

Contradicciones, 81.

Costumbres, 50, etcétera. Véase también Amor, Mujer, Apariencia, Mundo, Moral.

—Costumbres opuestas, 68.

Criados, 52, 66.

Cristianismo.

—Sobre el cristianismo y las grandes cosas que hubiera podido hacer, 44 y siguientes.

Deberes.

—Incertidumbres con los deberes, 86.

Deseos.

—Prestigio del deseo en un corazón que ignora la vida, 39.

Desgracia. *Primer fragmento.*

Dinero.

—Desprecio del dinero, *Segundo fragmento.*

—Empleo del dinero, 65.

Divorcio. Véase Matrimonio.

Dogmas. Véase Fe, Misterios, Religión.

Escritor.

—Es absurdo que un escritor moralista no sea un hombre de bien, 79.

—Escritor que quiere ser útil: necesita la consideración pública.

Estado. Véase también Hombre.

—Elección de estado; lo que se llama tomar estado, 1.

Estimulantes.

—Las costumbres de nuestra vida social y en concreto las de los estimulantes destruyen la concordia entre nosotros y las cosas, 64.

—Tipo de reposo que pueden proporcionar, 88.

Fe, 38, 44. Véase también Religión.

Felicidad.

—Causas de la felicidad, *Primer fragmento.*

Fin.

—Fin que hay que proponer a las costumbres de su vida en la incertidumbre de la vida entera y en la ignorancia de su fin esencial, 89, etcétera.

—Fines impenetrables de la naturaleza, 87.

Gloria, 51.

Gobierno. Véase Hombre.

Hombre. El hombre considerado como el gran agente de la naturaleza y como encargado por la inteligencia universal de las funciones de la reintegración de los seres, 42.

—Avidez del alma humana, 13. 48.

—El amor en el hombre que gobierna, 34, 84.

—El hombre, parte del mundo organizado, 71.

—El hombre bueno, *Primer fragmento*.

—El hombre de bien, *Primer fragmento*.

—El hombre de las sociedades actuales, 87.

—El hombre que verdaderamente ha vivido, 4 3.

—El hombre superior, el hombre de Estado, 84 hasta el final.

—Lo que el hombre es para el hombre, 36.

Ideal, 13, 14.

—El mundo ideal, 30, 46.

—El mundo imaginario, la idea de un mundo feliz, 14.

Incertidumbres de las nociones humanas, 47.

Incompatibilidad de humor, 45.

Independencia, 43.

—La auténtica independencia, 89.

Inmortalidad, 44, 60, 61.

—Deseo de lo inmortal, 18.

—Percepciones que parecen anunciarlo inmortal, 38.

Inquietud. La inquietud del alma, sus miserias y sus necesidades desmesuradas, 37.

Lugares. Bellos lugares, 55.

Mahoma. Papel de Mahoma, 34.

Manera de vivir. Véase Vida, Simplicidad.

Manual atribuido a Arístipo, 33.

Matrimonio, 44, 63, 86, etcétera.

—Indisolubilidad del matrimonio, 86.

Misterios.

—La idea de ciertas fuerzas misteriosas en la naturaleza difiere esencialmente de la superstición, 44.

—La oscuridad de la naturaleza comparada con los misterios del dogma, 44.

Moda, 50.

Molicie. Una cierta molicie en los hábitos de la vida, 85.

Montaigne, 38.

Montañas, 7, *Tercer fragmento*, etcétera.

Moral. Véase también Contradicciones, Deberes, Religiones, Costumbres.

—Errores de la moral, *Segundo fragmento*.

—La moral es la única ciencia, 80.

Moralistas. Véase Escritores.

Muerte voluntaria, 41, 42.

Mujeres, 87, etcétera. Véase también Moda, Apariencia, Amor.

—Algunas costumbres relativas a la educación de las mujeres, 58.

—Ciertas máximas en la educación de las mujeres, 50.

—El amor en las mujeres, 80.

Naturaleza. Véase Misterios, Sistema.

—Combinaciones de la naturaleza, 40.

—Naturaleza impenetrable, 48.

Necesidad. La necesidad o la fuerza desconocida, 43.

Novelesco, 4.

Números, 47.

Ossian, 70.

Otoño, 24.

Placeres.

—Lo que se llama placeres puros, 59.

—No existe auténtico placer más que en lo que se da, 59.

Prosperidad. Efecto de una prosperidad sobrevenida a hombres ordinarios, *Primer fragmento*.

Ranz de las vacas, *Tercer fragmento*.

Religión. Véase también Fe, Cristianismo, etcétera.

—La religión, 43, 44, etcétera.

—Necesidad de hablar de las religiones cuando se escribe sobre la moral, 81.

—Si las religiones deben ser la base de la moral, 49.

Restauración. Sistema de la restauración del mundo, 42, 85.

Robo. El robo hecho por niños: impune y el más culpable, 80.

Romántico.

—El hombre romántico, 4.

—Expresión romántica, *Tercer fragmento*.

Sensaciones, 7, etcétera.

—Cambio en las sensaciones, 60, etcétera.

Sensible. El hombre sensible y la sensibilidad, 4, 12, etcétera.

Simplicidad.

—Disfrutar con las pequeñas cosas, 31.

—Familia en las montañas, 65.

—Simplicidad baja y grosera, 20.

Sistemas. Véase Restauración, Números, etcétera, etcétera.

Sueños, 85.

Sufrir. Necesidad de sufrir, *Primer fragmento*.

Suicidio. Véase Muerte voluntaria.

Suiza, suizos. Véase también Clima, Montañas, etcétera.

—Algunas observaciones particulares sobre las gentes de Suiza y sobre la naturaleza del país en general, 77.

—Los suizos, 3, nota.

—Suiza, 58.

Tedio de la vida, 41, etcétera.

Unión. La unión en las familias, 36, 45.

Verdad. Cualquier institución no debe estar fundada más que sobre la verdad y no debe estar sostenida más que sobre verdades, 41, etcétera.

Viajes, 68.

Vida. Véase también Fin, Hombre, Ciudad.

—Empleo de la vida, 46.

—Espectáculo de la vida humana, 80.

—La vida del corazón, 5 5, nota.

—La vida es semejante a nuestros sueños, 13.

—Nacimiento de la vida en común, 75, etcétera, etcétera.

—Necesidades indefinidas de los hombres, 75, etcétera, etcétera.

—Vanidad de la vida, 47.

—Vida del campo y de la ciudad, 72.

—Vida reglada, 65.

Apéndices

Prefacio^[206]

Charles-Augustin Sainte-Beuve

Obermann fue publicado por vez primera en la primavera de 1804, en los últimos meses del Consulado; había sido escrito en Suiza durante los años 1802 y 1803. Cuando monsieur de Sénancour escribía *Obermann*, no se consideraba un hombre de letras; no era una obra literaria al gusto de sus contemporáneos lo que trataba de crear. Abandonó París a los diecinueve años, en los primeros días de la revolución. En lugar de los largos viajes que proyectaba, se vio retenido en Suiza por las circunstancias y la enfermedad. Casado allí y proscrito en Francia a título de emigrado, monsieur de Sénancour no había regresado más que furtivamente, varias veces, para visitar a su madre y, si se había arriesgado a permanecer en París, sin papeles, de 1799 a 1802, había sido en total aislamiento. Sin embargo, había aprovechado esta estancia para publicar, desde 1799, sus *Ensoñaciones acerca de la naturaleza primitiva del hombre*. Alumno de Jean-Jacques Rousseau por impulso inicial y por el estilo, como madame de Staël y monsieur de Chateaubriand, pero, como ellos, alumno original y evolucionado, aunque permaneció más fiel, el autor de *las Ensoñaciones*, mientras escribía *Obermann*, ignoraba que tuviera allegados tan brillantes y tan señalados por la gloria. No había leído ni la *Influencia de las pasiones en la felicidad*^[207] ni *René*^[208]. Seguía su línea interior, se sumergía en sus pensamientos de amargura, de decepción tediosa, de destino fallido y destrozado, de insignificancia y de estupor en presencia de la naturaleza infinita. *Obermann* profundizaba y expresaba todo esto; el autor no hacía en absoluto un repaso de su biografía exacta, como algunos han creído; al contrario, alteraba a propósito las condiciones exteriores, trasladaba las escenas, modificaba el espacio tanto como le era posible. Pero si *Obermann* no respondía más que vagamente a la biografía del autor, respondía de lleno a su psicología, a su disposición melancólica y resignada, al agotador esfuerzo de sus facultades sin objetivo, a su abrazo de lo imposible, a su *tedio*^[209]. Esta palabra, «tedio», tomada en la acepción más general y filosófica, es el rasgo distintivo y el mal de *Obermann*; este ha sido en parte el mal del siglo, y *Obermann* se encuentra así entre los libros más auténticos de este siglo, uno de los más sinceros testimonios, en el que muchas almas pueden reconocerse.

Había dos o tres apariciones esenciales hacia 1800. En primer lugar, por lo que se refiere a la acción, estaba el primer cónsul, aquel que decía una mañana, poniendo la mano sobre el pecho, «Siento en mí el infinito», y el que, durante quince años

todavía, arrastrando al joven siglo tras de sí, iba casi a realizar este *infinito* en sus ideas y en todas las ideas, en sus conquistas, en sus monumentos, en su imperio. Por esta misma época, y ya no por lo que se refiere a la acción, pero sí en cuanto al sentimiento, a la meditación y a los ideales, había dos genios, por entonces emergentes, hacía mucho tiempo atacados y reprimidos, admiradores a la vez que adversarios de este desarrollo gigantesco que tenían ante sus ojos; sintiendo también en ellos el *infinito*, pero por aspectos diferentes del primero, sintiéndolo en la poesía, en la historia, en la belleza de las artes o de la naturaleza, en el culto resucitado del pasado, en las simpáticas aspiraciones de futuro; nobles y vagos esfuerzos, iluminados precursores, representantes de las ideas, de los entusiasmos, de las reminiscencias ilusorias o de las esperanzas proféticas que debían triunfar sobre el imperio y reinar durante los quince años siguientes: se trataba de Corinne^[210] y René.

En esos tiempos, hubo también sin que se supiera, y no durante todo el imperio, ni durante los quince años siguientes, otro tipo, no menos profundo ni menos admirable y sagrado, la sensación de *infinito* en nosotros, de *infinito* enfocado y percibido fuera de la acción, fuera de la historia, fuera de las religiones del pasado o de los planes progresistas, del *infinito* en sí mismo frente a nosotros. Hubo un modelo grave, oscuro, torpe, de imperfección humana en presencia de las cosas más grandes y más importantes, en presencia de la abrumadora naturaleza o de la sociedad aplastante. Hubo un Obermann, el prototipo de estos genios encubiertos, malogrados, de estas sensibilidades profusas que se extravían en el desierto, de estas cosechas dañadas por el granizo que no llegan a dorarse nunca, de facultades hambrientas en vano, y ni discernidas ni cumplidas, de lo que, en una palabra, ni triunfa ni aflora jamás; el prototipo de la mayoría de las almas tristes y dolientes de este siglo, de todos los falsos genios y de las existencias acalladas.

¡Oh!, que no se me diga que *Obermann* y *René* no son más que dos formas diferentemente bellas de una identidad fundamental; que uno no es más que un desarrollo en dos magnitudes, mientras que el otro es una expresión más ilustre y más concisa; ¡que no se me diga eso! René es grande, y lo admiro; pero René es distinto a Obermann. René es bello, es brillante hasta entre la bruma y en el aquilón; el relámpago de una tormenta refleja en su frente pálida y noblemente fulminada. Es una individualidad moderna pero caballeresca, casi forjada a la antigua; hay algo de Sófocles en esta estatua de jovenzuelo. Dejen crecer y salir de ahí al Pericles soñador; es voluble, ruidoso y glorioso, capaz de mil aventuras envidiables; llenará el mundo con su nombre.

Obermann está sordo, inmóvil, extenuado, replegado sobre sí mismo, fulminado sin relámpago, profundo más que bello; no se cura, no acaba; se prolonga y se arrastra hacia sus postreros años; más calmado, más resignado, pero sin peripecia ni revancha llamativa; buscando algún reposo en la abstinencia del sensato, en el silencio, el olvido y la alta serenidad de los cielos. *Obermann* es justamente el libro de la mayoría de las almas dolientes; esta es la historia desoladora, el poema

misterioso e inacabado. ¡Apelo por ello a todos vosotros, que lo habéis desterrado en soledad, desde hace treinta años, en el polvo en el que yacía, que lo habéis conquistado como vuestro bien, que lo habéis visitado a menudo como a una fuente, conocida únicamente por vosotros, donde os abrevabais de vuestros propios dolores, hombres sensibles y entusiastas, o desconocidos y ulcerosos! Genios siniestros, desafortunados, amargados; poetas anónimos; amantes sin amor o desfigurados; ¡tú, Rabbe^[211], al que irrita una oda sublime, compuesta para consolarte; tú, Sautelet^[212], que pensabas en morir desde hada mucho tiempo; y a los que todavía viven, y de los que nombraré algunos!

Porque el destino de *Obermann*, como libro, se adecúa totalmente al destino de Obermann como hombre. Ni gloria, ni esplendor, ni justicia viva y patente, sólo una injusticia muda, pesada y duradera; después, junto a esto, una especie de efecto pausado, escondido, enfermizo, que iba a dirigirse de tarde en tarde a algunas almas raras y producirles extrañas convulsiones. El libro, en su destino material, pareció dañado en sí mismo por esta especie de desgracia que describe. Sin embargo, esta no fue, que se sepa bien, una obra sin influencia. Nodier^[213] la invocaba en su prefacio de los *Tristes*, y lamentaba que Obermann prescindiera de Dios. Ballanche^[214], desconocido entonces, y lejos de esta dulce y serena reputación que le corona hoy, leía *Obermann*, y percibía quizás en él dolorosas similitudes. Latouche^[215], que ha dado la talla como hombre inteligente, pero que no la ha alcanzado en otras facultades superiores que tiene y que le pesan, ha leído *Obermann* con ansiedad, como ramas de un mismo árbol, y ha visitado al autor en ese modesto jardín de la Cérisaye^[216], bajo ese hermoso lilo del que el sabio está siempre orgulloso. Rabbe, ya lo he dicho, conocía *Obermann*; lo sentía apasionadamente; creía leer en él toda la biografía de monsieur de Sénancour, y por ello se había abierto a él varias veces; un libro que había terminado, aseguran, y al que defendía mucho, una novela cuyo manuscrito fue sustraído o perdido, no era probablemente otra cosa que la psicología del propio Rabbe, su psicología apasionada y ulcerada, su *Obermann*. Muy recientemente, en las páginas de una novela aún sin publicar y que una inestimable benevolencia me autorizaba a recorrer, en las páginas de *Lélia*^[217], nombre ideal que será pronto un modelo célebre, me ocurrió que leí esta frase que me hizo estremecer de felicidad:

Sténio, Sténio, toma tu harpa y cántame los versos de Fausto, o bien abre tus libros y repíteme los sufrimientos de Obermann, los arrebatos de Saint-Preux^[218]. Veamos, poeta, si todavía entiendes el dolor; veamos, jovencito, si todavía crees en el amor.

¡Y qué!, me dije, *Obermann* ha pasado con familiaridad por aquí; ha pasado con tanta familiaridad como Saint-Preux; ha rozado la mano de *Lélia*.

Pero he aquí el episodio más sorprendente sin duda del extraño y secreto influjo de *Obermann*. Hacia 1818, varios jóvenes, a los que unía una fuerte amistad, como normalmente sólo se adquiere en la juventud temprana, se habían reencontrado después de haber finalizado sus estudios secundarios. Eran Auguste Sautelet, Jules Bastide^[219], J.-J. Ampère^[220], Albert Stapfer^[221]; en una correspondencia curiosa y conmovedora que tengo ante mis ojos y que, entre las manos del amigo que me la confía, podrá convertirse algún día en materia para un hermoso libro de evocaciones, leo aún otros nombres de esta intimidad juvenil; de entre ellos leo uno que borro, porque el olvido le sienta mejor; de entre ellos leo dos inseparables, que me son tan queridos como si los hubiera conocido, porque un gran encanto de pureza los envuelve, *Edmond* y *Lydia*, novios y amantes. Todos están vivos, excepto Sautelet, que se suicidó; muy pocos recuerdan todavía estos años, o al menos los evocan con pesar y amor, excepto *Lydia*, que permaneció, me dicen, fiel a los pensamientos de esta época y los ha guardado presentes y vivos en su corazón. La filosofía de monsieur Cousin^[222], nueva por entonces, colmaba estas jóvenes inteligencias; los grandes problemas del destino humano eran su pasión; Ossian^[223], Byron, el sueño de Jean-Paul^[224], los compartían tumultuosamente. En invierno seguían sus clases en París; después el verano los dispersaba por el campo, y se escribían. La lectura de *Obermann*, cuando este libro cae en sus manos por casualidad, causó en ellos la impresión que se puede imaginar; esta melancolía austera y desengañada se convirtió por un instante en la base de sus vidas; la filosofía platónica se equivocó; Jules Bastide fue posiblemente el que penetró con más profundidad en este áspero y estoico alimento. Sus cartas, llenas de elocuencia y de virtuosa tristeza, tienen a menudo páginas dignas de *Obermann*; la inspiración grandiosa es la misma, y él la cita en todo momento. Cuando Ampère va a Suiza, Bastide, que permaneció en Limodin, en Brie, le escribe en estos términos: «Amigo mío, así pues estás en Vévay. Has visto Clärens^[225], Meillerie^[226], Chillon^[227]. Todo esto debe parecerte un sueño. ¡Has visto elevarse la luna sobre Velan!». Y por otra parte:

Debo realizar un pequeño viaje a Fontainebleau. De este modo los dos habremos recorrido todos los lugares visitados por *Obermann*. Si para entonces siguieses en Suiza, yo tendría el placer de contemplar la luna entre los claros de Valvin, mientras que tú la verías en los glaciares. Pronto nos reuniremos todos en Limodin, y nos contaremos nuestros viajes y nuestros placeres... ¡Por qué hemos de estar tan alejados!, ¡qué largos son los días!, ¡qué tristes son las noches! Sin embargo, no debería quejarme. He tenido instantes de calma, algunos momentos muy cortos de auténtica felicidad. Había habido tormenta; las hojas estaban húmedas y el aire era suave. Salió un rayo de sol y me puso contento: me sentí el dueño de mi existencia. Esta sensación apacible no iré a buscarla a los Alpes; solamente la puedo encontrar aquí: para mí hay algo delicioso en la contemplación del bosque de Champ-Rose en la lejanía, en el aspecto de ciertos árboles, en la extensión de nuestras llanuras.

Y más aún, porque, si me escuchase, no podría cansarme de afirmar:

¡Qué placer me han causado tus cartas! Las conservo todas con esmero para unir las a los sublimes cuadros de *Obermann*. Me he procurado en nuestro bosque un rincón favorito, al que voy a sentarme para soñar con mis amigos: es allí a donde llevo a Werther, Ossian, y las cartas que recibo de ti. Todavía he leído esta mañana la última que me has escrito desde Berna. Has comprendido bien la manera en la que quisiera vivir. Una existencia convulsa es un suicidio, si hace que perdamos la memoria del mejor de los mundos; y cuando se tiene consciencia de su dignidad, me parece que es una profanación utilizar su energía y no dejarle toda la sublimidad de los posibles... Me gusta vivir en el retiro, hacer siempre las mismas cosas, andar por los mismos caminos. Me parece que de esta manera me mezclo menos con la tierra, y conservo toda mi pureza. Me gusta escuchar, en el silencio de la vida cotidiana, el movimiento sordo de la vida interior. ¡Ah!, ¡gozemos del único placer que nos queda, miremos con qué rapidez pasan los días, saboreemos la amarga voluptuosidad de entendernos y de sentirnos todos arrastrados en desorden!, ¡al menos nos perderemos juntos, no iremos solos hacia el terrible final!

Si el patriota refugiado^[228] lee por casualidad estas páginas, si se extraña y sufre por encontrarlas de nuevo, ¡que nos perdone una divulgación indiscreta que procede de una simpatía cordial y sincera!, ¡que nos perdone a los dos en honor del libro que tanto nos ha gustado!

Entonces también Sautelet vivía con estas ideas: inquieto, melancólico y ardiente, dudaba entre la acción y la contemplación. Leo en una carta suya que tengo ante mis ojos:

Apenas se puede hacer una doble vida, actuar y contemplar; siento, como te decía este verano, que el hombre está en la tierra para la acción, y sin embargo no puedo abandonar la otra. ¡No sabes los malos pensamientos que me vienen a cada momento! Lo que querría es quemarme el cerebro para terminar con mis dudas. Si, en un año o dos, la vida no me parece más nítida, le pondré fin. Ejecutaré esta idea que he extraído de mi *Werther de la Verdad* (obra en la que pensaba). Quizás fuese una locura; quizás fuese una proeza. Te dejo que lo juzgues.

¡Cuántos episodios parecidos a este que acabamos de esbozar, cuántos poemas oscuros, desconocidos, mezclados con una extraña fatalidad, se realizan en todo momento, a nuestro alrededor, en las nobles existencias! *Obermann* es el resumen de todos estos poemas.

18 de mayo de 1833

Prefacio^[229]

George Sand

Si los relatos bélicos, de aventuras y de pasiones humanas han tenido desde siempre el privilegio de captar la atención de los hombres más ilustres, si la faceta épica de toda literatura es todavía hoy la faceta más popular, no es menos probado que, para las almas profundas y soñadoras o para las inteligencias sensibles y diligentes, los poemas más importantes y los más preciosos son aquellos que nos revelan los sufrimientos íntimos del alma humana liberados del brillo y de la pluralidad de los acontecimientos externos. Estas raras producciones tienen una importancia mayor que la de los propios acontecimientos históricos para el estudio de la psicología a través de las corrientes de cada siglo, porque podrían, al aportarnos aclaraciones sobre el estado moral e intelectual de los pueblos en diferentes edades de la civilización, darnos la clave de los grandes acontecimientos que aún les son propuestos como enigmas a los eruditos de nuestro tiempo.

Y, sin embargo, estas obras cuyo polvo es sacudido con celo por las generaciones ilustradas y maduras de épocas posteriores, estas *monodias* misteriosas y estrictas, donde todas las grandezas y todas las miserias humanas se confiesan y se muestran, como para relajarse y arrojarse fuera de sí mismas, a menudo concebidas a la sombra de la celda o en el silencio de los campos, han pasado inadvertidas entre las producciones contemporáneas. Tal ha sido, se sabe, el destino de *Obermann*.

A nuestra manera de ver, el valor más elevado y perdurable de este libro consiste en el aporte psicológico, y es principalmente bajo este punto de vista cómo debe ser examinado y consultado.

Aunque el sufrimiento moral pudiera ser dividido en innumerables tipos, aunque los flujos amargos de esta inagotable fuente se dispersasen en una multitud de canales para abrazar y sumergir a la humanidad entera, hay varios tipos fundamentales de los que derivan los demás dolores más o menos de manera inmediata. Está, primero, la pasión frustrada en su desarrollo, es decir, la lucha del hombre contra las cosas; segundo, el sentimiento de facultades superiores, sin voluntad que pueda realizarlas; tercero, el sentimiento de facultades incompletas, claro, evidente, irrecusable, asiduo, confesado: estas tres clases de sufrimiento pueden ser explicadas y resumidas en tres nombres, Werther, René^[230], Obermann.

El primero se aferra a la vida activa del alma y consecuentemente entra en la categoría de las novelas simples. Compete al amor, y, como *mal*, ha podido ser

observado desde los albores de la historia de la humanidad. La cólera de Aquiles al perder a Briseida^[231] y el suicidio del entusiasta alemán^[232] se explican ambos por la exaltación de facultades superiores, molestas, exacerbadas o heridas. La diferencia entre el genio griego y el alemán y entre ambas civilizaciones situadas a tantos siglos de distancia no enturbia en nada el parentesco psicológico de estos dos datos. Los clamorosos dolores, los trágicos infortunios, han debido avivar más numerosas y precoces simpatías que las dos clases de sufrimiento percibidas y señaladas después. Estas no han podido nacer más que en una civilización muy avanzada.

Y para hablar en primer lugar de la más conocida de estas dos enfermedades sordas y absorbentes, hay que nombrar a René, prototipo de una ilusión dolorosa, pero no sin voluntad, porque a la amargura de su inacción social se une la satisfacción orgullosa y secreta del desdén. Es el desdén el que establece la superioridad de esta alma por encima de todos los hombres, de todas las cosas en medio de las cuales se consume, altiva y solitaria.

Al lado de este destino a la vez brillante y sombrío se desliza en silencio el destino de Obermann, majestuoso en su miseria, sublime en su sufrimiento. Al ver la profunda melancolía de su proceder, se creería que Obermann y René van a seguir el mismo camino y sumirse en las mismas soledades para vivir en calma y replegados sobre sí mismos. Eso no ocurrirá. Una inmensa diferencia establece la individualidad completa de estas dos solemnes figuras. René significa el genio sin voluntad; Obermann significa la altura moral sin genio, la sensibilidad enfermiza monstruosamente aislada en ausencia de una voluntad ávida de acción. René dice: «Si pudiera desear, podría hacer»; Obermann dice: «¿Para qué habría de querer?». No podría.

Viendo pasar a René tan triste, pero tan bello, tan descorazonado, pero tan fuerte aún, la multitud ha debido pararse, impresionada por la sorpresa y el respeto. Esta noble miseria, esta voluntaria indolencia, esta inapetencia fingida más que sentida, este lamento elocuente y magnífico del genio que se irrita y se debate todavía en pañales, han podido provocar el sentimiento de una presuntuosa fraternidad en toda una generación inquieta y joven. Todas las existencias fallidas, todas las supremacías abortadas, son recuperadas con orgullo, porque ellas se han creído representadas en esta creación poética. La incertidumbre, la efervescencia de René frente a la vida que comienza, casi han consolado de su impotencia a los hombres ya rotos en el origen. Han olvidado que René no había hecho más que dudar de la existencia, pero que de las cenizas del amigo de Chactas^[233], enterrado a orillas del Meschacébé, había nacido el orador y el poeta que creció entre nosotros.

Tocado, pero no desangrado por su mal, Obermann vagaba por caminos más sombríos hacia lugares más áridos. Su viaje fue menos largo, en apariencia menos espantoso; pero René volvió del exilio, y la huella de Obermann fue borrada y perdida.

Es imposible comparar a Obermann con tipos de sufrimiento como Fausto^[234], Manfredo^[235], Childe-Harold^[236], Conrad^[237] y Lara^[238]. Estas variantes del dolor significan, en Goethe, el vértigo de la ambición intelectual; y en Byron, sucesivamente, primero un vértigo parecido (Manfredo), luego la saciedad del desenfreno (Childe-Harold), después el hastío de la vida social y la necesidad de la actividad material (Conrad) y, finalmente, la tristeza de los remordimientos en un alma grande que pudo esperar por un instante encontrar en el crimen un desarrollo sublime de la fuerza, y quien, haciendo examen de conciencia, se pregunta si no se habrá equivocado miserablemente (Lara).

Obermann, al contrario, es la ensoñación en la impotencia, la perpetuidad del deseo esbozado. Una similar aportación psicológica no puede ser confundida con ninguna otra. Es un dolor muy especial, poco sobresaliente, bastante difícil de observar, pero curioso, y que solamente podía ser poetizado por un hombre en el que el recuerdo vivo de sus infortunios personales alimentaba el fuego de la inspiración. Es un canto triste e incesante sobre sí mismo, sobre su grandeza invisible, irrevelable, sobre su perpetua ociosidad. Es un pecho viril con brazos delicados; es un alma ascética con una duda corrosiva que traiciona su debilidad, en lugar de resaltar su audacia. Es un filósofo al que le ha faltado la fuerza precisa para convertirse en santo. Werther es el cautivo que debe morir asfixiado en su jaula; René, el águila herida que retoma el vuelo; Obermann es ese pájaro de los arrecifes al que la naturaleza le ha negado las alas y que emite su lamento calmado y melancólico sobre los arenales de *donde zarpan los navíos y a donde regresan los pecios*.

En el caso de Obermann, sólo la sensibilidad es activa, la inteligencia es perezosa o insuficiente. Si busca la verdad, la busca mal, la encuentra a duras penas, la posee velada. Es un soñador paciente que frecuentemente se deja distraer por influencias pueriles, pero al que la conciencia de su mal conduce a auténticos llantos, profundos, sobrecogedores. Es un ergotista volteriano al que un sentimiento poético de la naturaleza llama a la tranquila majestad de la elegía. Si las bellezas descriptivas y líricas de su poema se ven con frecuencia turbadas por la intervención del debate filosófico o de la ironía mundana, la natural solemnidad tiene su carácter, el augusto recogimiento de sus pensamientos más habituales le inspiran inmediatamente nuevos himnos, en los que nada iguala a la belleza austera y la salvaje grandeza.

Esta dificultad de la expresión en la dialéctica sutil, esta cruel mezquindad en la burla, revelan la parte débil del alma donde se agitó y se consumió el doloroso y extraño poema de Obermann. Si algunas veces el artista tiene el derecho de lamentar la mezcla forzada y embarazosa de imágenes sensibles, símbolos vivos del pensamiento y de ideas abstractas, resúmenes inanimados del estudio solitario, el psicologista hunde su mirada curiosa y ávida sobre estas sombras de una obra bella y se apodera de ella con la cruel satisfacción del cirujano que interroga y sorprende al siglo del mal en las entrañas palpitantes y los órganos *hipertrofiados*. Su papel es el de aprender y no el de juzgar. Constata y no discute. Agrandando su tesoro de

observaciones del descubrimiento de casos extraordinarios. Para él, se trata de conocer la enfermedad, luego buscará el remedio. Tal vez la raza humana encuentre alguno para sus sufrimientos morales cuando haya profundizado en ellos y analizado como hace con sus sufrimientos físicos.

Independientemente de este valor de utilidad general, el libro de Obermann tiene otro muy literario: la novedad y la singularidad del tema. La ingenua tristeza de las facultades que se confiesan incompletas, la conmovedora y noble revelación de una impotencia que se vuelve serena y reservada, no han podido surgir más que de una inteligencia superior, de un alma de élite. La mayoría de los lectores se interesó por la ambición de los roles más seductores de Fausto, de Werther, de René, de Saint-Preux^[239].

Misterioso, soñador, inseguro, tristemente sarcástico, miedoso por irresolución, amargo por virtud, Obermann tiene quizás un parentesco lejano con Hamlet, este personaje enrevesado, pero profundo en la debilidad humana, tan completo en su frustración, tan lógico en su inconsecuencia. Pero la distancia temporal, las metamorfosis sociales, la diferencia de las condiciones y de los deberes, hacen de Obermann una individualidad clara, una imagen cuyos rasgos bien definidos no tienen modelo ni copia en parte alguna. Menos poderosa que bella y auténtica, menos halagüeña que útil y sabia, esta austera lección dada a la débil y desconsolada impaciencia debía ser aceptada por un reducido número de inteligencias en una época toda ambición y dinamismo. Obermann, dándose perfecta cuenta de su incapacidad para desempeñar un papel en esta escena atestada y agitada, se retira a los Alpes para sufrir en silencio en el seno de la naturaleza, buscando un rincón de suelo baldío y virgen para sufrir sin testigos y en silencio; después, limitando por último su ambición a sosegar y a morir allí, olvidado, ignorado por todos, debió encontrar pocos discípulos que consintiesen en desvanecerse de este modo, con el último propósito de despejar a una sociedad demasiado llena de estos anhelos inquietos e inútiles que se agitan en secreto en su seno y lo corroen mientras se devoran a sí mismos.

Si lo que se exige a un libro es la coordinación progresiva de pensamientos y la simetría de las líneas externas, *Obermann* no es un libro; pero es un libro vasto y completo si se considera la unidad fatal e íntima que preside a este desarrollo de un destino completo. Su análisis es sencillo y rápido de hacer. En primer lugar el pánico del alma en presencia de la vida social que reclama el uso de sus facultades; todos los roles demasiado rudos: ociosidad, nulidad, confusión, acritud, cólera, duda, nerviosismo, cansancio, quietud, benevolencia senil, trabajo material y voluntario, descanso, olvido, amistad dulce y apacible, tales son las fases sucesivas del dolor creciente y decreciente de Obermann. Envejecido precozmente por el insoportable contacto con la sociedad, la rehúye, extenuado ya, agobiado por el *sentimiento amargo de la vida perdida*, obsesionado por los fantasmas de sus ilusiones engañosas, por los *esqueletos debilitados* de sus pasiones apagadas. Es un alma que

no se ha tomado tiempo para vivir, porque le ha faltado fuerza para realizarse y desarrollarse.

Yo he conocido el entusiasmo de las virtudes difíciles [...] me creía seguro de ser el más feliz de los hombres si llegaba a ser el más virtuoso. *La ilusión duró cerca de un mes.*

Un mes. ¡Este rápido final bastó para desencantar, para marchitar la juventud de un corazón! Al comienzo de su peregrinaje, en la orilla de uno de los lagos suizos, consume diez años de energía en una noche de insomnio...

Pero sintiéndome dispuesto a soñar largo tiempo, y encontrando en la tibieza de la noche ocasión para pasarla toda afuera, emprendí el camino de Saint-Blaise [...] bajé una cuesta escarpada y me eché en la arena, donde venían a expirar las olas [...] Apareció la luna. Al amanecer, derramaba sobre la tierra y las aguas la inefable melancolía de sus luces postreras. ¡Qué grande parece la Naturaleza cuando, en un largo recogimiento, se oye el rumor de las olas sobre la orilla solitaria, en la calma de una noche todavía ardiente e iluminada por la luna que muere!

Indecible sensualidad, encanto y tormento de nuestros años vanos; vasta conciencia de una naturaleza siempre abrumadora y siempre impenetrable, pasión universal, sabiduría profunda, voluptuoso abandono; todo lo que un corazón mortal puede contener de necesidades y de hastíos, todo lo he sentido, todo lo he experimentado esta noche memorable. He dado un paso siniestro hacia la edad de flaqueza; *he devorado diez años de mi vida.* ¡Dichoso el hombre sencillo cuyo corazón es siempre joven!

En todo el libro, se encuentra, como en este admirable fragmento, el desgarramiento del corazón, aplacado y como enternecido por la ensoñadora contemplación de la naturaleza. El alma de Obermann sólo es recalcitrante y obtusa frente al yugo social. Se abre inmensa y afectuosa a los esplendores del cielo estrellado, al murmullo de los abedules y de los torrentes, *a los sonidos románticos que se escuchan sobre la corta hierba del Titlis.* Este sentimiento exquisito de la poesía, esta grandeza de la meditación religiosa y solitaria, son las únicas fuerzas que no se alteran en ella. El tiempo trae el enfriamiento progresivo de sus facultades alteradas; sus impulsos pasionales hacia el objetivo desconocido al que tienden todas las fuerzas de la inteligencia se ralentizan y se apaciguan. Un trabajo pueril, pero ingenuo y patriarcal, sentido y narrado al estilo de Jean-Jacques Rousseau, da el cambio al trabajo funesto de su pensamiento que socavaba incesantemente los abismos de la duda.

Al día siguiente debían empezar a coger la uva de un gran parral orientado al mediodía y que mira hacia el bosque de Armand [...] En cuanto la niebla se hubo disipado un poco, coloqué un harnero encima de una carretilla y me fui el primero

al fondo del cercado a empezar la recolección. La hice casi solo, sin buscar otro medio más rápido; me gustaba esa lentitud, y veía con pena que otro acudiese en mi ayuda. Me parece que duró doce días. Mi carretilla iba y venía por caminos descuidados y cubiertos de hierba húmeda; escogía los menos blandos, los más difíciles, y los días transcurrían así en el olvido, en medio de las brumas, entre las frutas, bajo el sol de otoño [...] He visto las vanidades de la vida, y llevo en mi corazón el ardiente principio de las más vastas pasiones. Llevo también en él el sentimiento de las grandes cosas sociales, y el del orden filosófico [...] Todo esto puede animar mi alma, pero no la llena. Esta carretilla que cargo de fruta y empujo suavemente la sostiene mejor. Parece llevar agradablemente mis horas, y como si este movimiento útil y lento, esta marcha mesurada, conviniesen al curso cotidiano de la vida.

Después de haber agotado los deseos inmensos, irrealizables, después de haber dicho:

Hay un abismo entre lo que soy y lo que desearía ser. No quiero disfrutar, quiero esperar... ¿Qué me importa cómo puede acabar esto?,

Obermann, cansado de no ser nada, se resigna a dejar de ser. Se nubla, se desvanece.

No quiero más deseos —dice—, ya no me engañan... Si la esperanza parece todavía arrojar una luz en la noche que me envuelve, no anuncia más que la amargura que exhala al eclipsarse, no ilumina más que la extensión de este vacío en el que buscaba y donde nada encontré.

El silencio de los valles, las apacibles tareas de la vida pastoril, las satisfacciones de una amistad duradera y compartida, sentimiento exquisito cuyo corazón había acariciado la esperanza, tal es la última fase de Obermann. No consigue crearse una felicidad *noveltesca*, muestra un continuo rechazo por esta quimera de la juventud. Es el odio arrogante de los que son desgraciados por las promesas que los han engañado, por los bienes que se les han escapado; pero se somete, se hunde, su dolor se adormece, la rutina de la vida doméstica entumece sus inquietudes rebeldes, se abandona a esta saludable indolencia, que es a la vez un progreso de la razón fortalecida y un beneficio del cielo sosegado. La única exaltación que Obermann conserva en toda su lozanía es el reconocimiento y el amor por los dones y las gracias de la naturaleza. Termina con una solemne y adorable oración entre las flores del campo y cierra con suavidad el libro en el que se entierran sus sueños, sus ilusiones y sus dolores.

Si alcanzo la vejez; si, un día, lleno todavía de ideas, pero renunciando a hablar con los hombres, tengo a mi lado un amigo para recibir mi adiós a la tierra, que

coloque mi silla en la hierba segada, y que las tranquilas margaritas estén allí delante de mí, bajo el sol, bajo el inmenso cielo, a fin de que la vida pase, en ello encuentro algo de la ilusión infinita.

Esta es la historia interior y sin reservas de Obermann. Es posible que estuviera en la naturaleza de semejantes circunstancias la dificultad de poetizarse bajo la forma de una acción progresiva; porque, dado que Obermann niega sistemáticamente no sólo el valor de los actos y de las ideas, sino incluso el valor de los deseos, ¿cómo se concebiría que pudiera empezar cualquier cosa?

Esta incuria melancólica, que enmarca con trazos infranqueables el destino de Obermann, ofrecía un arquetipo demasiado excepcional para ser apreciado en el momento de su aparición en 1804. En esta época, al fin, se había desatado la gran mistificación del consulado. Pero, proyectada desde 1799 con una capacidad sobrehumana, revelada pomposamente entre el ruido de sables, fanfarrias de victoria y embriagadores aires triunfales, no había levantado más que infructuosas indignaciones y encontrado más que resistencias mudas y aisladas. Las preocupaciones de la guerra y los sueños de gloria absorbían todos los espíritus. El primer sentimiento que la juventud desarrollaba era el de la energía externa; la necesidad de la actividad viril y marcial bullía en todos los corazones. Obermann, extranjero por carácter en cualquier nación, debía, en Francia más que en cualquier otro lugar, encontrarse aislado en su vida contemplativa y ociosa. Poco preocupado por conocer y comprender a los hombres de su tiempo, no fue ni conocido ni comprendido, y atravesó la muchedumbre, perdido en el movimiento y en el bullicio, del que ni siquiera se dignó mirar la tumultuosa agitación. Cuando la caída del imperio introdujo en Francia el debate parlamentario, el debate se convirtió realmente en monarquía constitucional, al igual que el imperio había sido únicamente el emperador. Al mismo tiempo que las instituciones y las costumbres, la literatura inglesa atravesó el estrecho y vino a reinar a nuestra tierra. La poesía británica nos revela la duda encarnada en la figura de Byron; después, la literatura alemana, aunque más mística, nos conducía al mismo resultado mediante un sentimiento de ensoñación más profundo. Estas y otras causas transformarán rápidamente el espíritu de nuestra nación, y como principal característica le infligirán *la duda*. Ahora bien, la duda es Obermann, y Obermann, nacido demasiado pronto hace treinta años, es el verdadero paradigma del espíritu general desde 1830.

Sin embargo, desde su publicación, *Obermann* despertó simpatías tanto más fieles y devotas cuanto que eran escasas. Y en esta cuestión, la ley que condena a amistades desidiosas a las más dilatadas existencias fue cumplida; la justicia que compensa el escaso brillo con la solidez de los afectos, dictó sentencia. *Obermann* no se expuso a los engañosos disfrutes de un gran éxito, fue protegido de la desoladora despreocupación de las admiraciones entregadas y vulgares. Sus adeptos se pegan a él con tal fuerza que le contagian su entusiasmo, como un tesoro aportado únicamente

por ellos, a la ofrenda a la que no se dignaron asociar a la masa. Estas almas enfermizas, emparentadas con la suya, albergaron una irritabilidad vehemente en la admiración de sus grandezas y en la negación de sus defectos. Hemos sido de estos, aunque más jóvenes y devorados por un enérgico sufrimiento; estábamos orgullosos de comprender a Obermann y muy cerca de odiar a todos aquellos que le cerraban su corazón.

Pero el mal de Oberman, padecido en otro tiempo por un escaso número de organizaciones precoces, desde entonces se extendió poco a poco y, en el tiempo en el que vivimos, quizás muchos de ellos lo han padecido, ya que nuestra época se distingue por multitud de enfermedades morales, hasta entonces inadvertidas, y desde ahora contagiosas y mortales.

Durante los quince primeros años del siglo XIX, no solamente el sentimiento de la ensoñación fue reprimido y prohibido por el tumulto de los campamentos, sino que también el sentimiento de la ambición fue completamente desnaturalizado en las almas poderosas. Excitado, pero no desarrollado, se limitó en su impulso, no encontrando más que objetos vanos y pueriles. El hombre que se encontraba por completo en ese estado había dispuesto las cosas de tal forma que los más grandes hombres fueron reducidos a ambiciones infantiles. Allí donde no había más que un maestro para disponer de todo, no había otro modo de llegar que complaciendo al maestro, y el maestro no reconocía más que un único mérito, el de la obediencia ciega; esta ley férrea tuvo el poder, común a todos los despotismos, de mantener la nación en una infancia perpetua; cuando el despotismo se hundió irrevocablemente en Francia, los hombres tuvieron alguna dificultad en perder esta costumbre de servidumbre que había borrado y confundido todos los signos políticos en una sola fisonomía. Pero rápidamente informados sobre sus intereses, pronto entendieron que ya no se trataba de ser educados por el maestro, sino de ser elegidos por la nación; que bajo un gobierno representativo, no era suficiente ser ciego y preciso en el ejercicio de la fuerza bruta para alcanzar el despotismo bajo órdenes, pero que era necesario buscar de ahora en adelante su fuerza en su inteligencia, para ser elevado por el voto libre y popular al poder y a la gloria de la tribuna. A medida que la monarquía, tambaleándose, vio cómo sus favores se devaluaban, a medida que el auténtico poder político vino a sentarse en los escaños de la oposición, la cultura del espíritu, el estudio de la dialéctica, el desarrollo del pensamiento, se convirtió en el único medio de cumplir ambiciones desde ahora más amplias y más nobles.

Pero con estas promesas de mayor gloria, con estos propósitos más elevados, las ambiciones tomaron una seña de identidad febril que no habían mostrado hasta entonces. Los espíritus exaltados por sacrificios enormes, por el uso de facultades inmensas, fueron puestos a prueba de repente por ingentes cansancios y amargas angustias. Todos los resortes del interés personal, toda la fuerza del egoísmo, tensados y desarrollados en exceso, alumbraron males desconocidos, sufrimientos monstruosos, a los que la psicología aún no había asignado un lugar en sus anales.

La invasión de estas enfermedades debió introducir el germen de una nueva poesía. Si es verdad que la literatura es y no puede ser otra cosa más que la expresión de hechos realizables, la pintura de trazos visibles o la manifestación de sentimientos posiblemente auténticos, la literatura del imperio debía reflejar la fisonomía del imperio, reproducir la pompa de los acontecimientos externos, ignorar la ciencia de los misteriosos sufrimientos del alma. No se podía ahondar en el estudio de la conciencia más que con posterioridad, cuando la propia conciencia jugara un profundo papel en la vida, es decir, cuando el hombre, teniendo la imperiosa necesidad de su inteligencia para llegar a las cosas externas, se viera forzado a un examen más maduro de sus facultades interiores. Si el estudio de la psicología, poéticamente tratado, ha sido hasta ahora incompleto y superficial, es que le han fallado las observaciones, es que las enfermedades, constatadas y conocidas hoy en día, ayer aún no existían.

Así pues, el campo de los dolores observados y poetizados crece día a día, y mañana sabrá más de esto que hoy. El mal de Werther, el de René, el de Obermann, no son los únicos que la civilización avanzada nos ha traído, y el libro en el que Dios ha inscrito el recuento de estas plagas puede que no esté abierto todavía más que por su primera página. Existe uno que no se nos ha mostrado aún oficialmente, aunque muchos de entre nosotros hayan sufrido su azote: es el sufrimiento de la voluntad desprovista de energía. Es un suplicio diferente al de Werther, estrellándose contra la sociedad que proscribía su pasión, es una inquietud diferente a la de René, demasiado fuerte para desear; es una agonía diferente a la de Obermann, aterrado por su impotencia; es el sufrimiento enérgico, colérico, impío, del alma que quiere cumplir un destino, y ante cualquier destino se desvanece como un sueño; es la indignación de la fuerza que querría invadirlo todo, poseerlo todo, y a la que todo se le escapa, incluso la voluntad, por entre las fatigas vanas y los esfuerzos inútiles. Es el agotamiento y la contrición de la pasión decepcionada; es, en una palabra, el mal de aquellos que han vivido.

René y Obermann son jóvenes. Uno no ha aprovechado aún su potencial, el otro no intentará usarlo. Pero ambos viven en la espera y el desconocimiento de un futuro que se realizará de cualquier modo. Como el brote expuesto al viento impetuoso de los días, al aliento gélido de las noches, René resistirá a los influjos mortales y producirá frutos hermosos. Obermann languidecerá como una delicada flor que exhala las más sutiles fragancias apagándose en la sombra. Pero él es de esas plantas a la vez demasiado vigorosas para doblegarse a los vanos esfuerzos de las tempestades y demasiado ávidas de sol para fructificar bajo un cielo riguroso. Cansadas, pero no quebradas, hunden aún sus raíces en la roca, levantan todavía sus cálices secos y marchitos para aspirar el rocío del cielo; pero, doblados por los vientos adversos, caen de nuevo y reptan sin poder vivir ni morir, y el pie que las pisa ignora la inmensa lucha que han sostenido antes de doblegarse.

Las almas tocadas por esta dolorosa cólera pueden haber tenido la juventud de René. Pueden haber repudiado durante mucho tiempo la vida real, como si no ofreciera nada que fuera demasiado grande o demasiado pequeño para ellas; pero seguro que han vivido la vida de Werther. Se han suicidado como él por alguna pasión vehemente y obstinada, por alguna oscura ruptura con las esperanzas de la vida humana. La facultad de creer y de amar está muerta en ellas. Sólo el deseo ha sobrevivido, caprichoso, amargo, eterno, pero irrealizable, por culpa de las siniestras advertencias de la experiencia. Una alma tal puede esforzarse en consolar a Obermann, mostrándole una herida más infectada que la suya, diciéndole la diferencia entre la duda y la incredulidad, respondiendo a esta buena y triste expresión: «Que un día pueda decir a un hombre que me escuche: “¡Si hubiéramos vivido!”». Obermann, consuélase, habríamos vivido en vano.

Quizás corresponda a algún genio austero, a algún psicologista estricto y profundo, el enseñarnos todavía el sufrimiento moral bajo un aspecto diferente, el revelarnos otra lucha de la voluntad contra la impotencia, el iniciarnos en el desasosiego, en el pavor, en la confusión de una debilidad que se ignora y se niega, el interesarnos en el perpetuo suplicio de un espíritu que rechaza conocer su imperfección y que, en el terror y la estupefacción de sus derrotas, prefiere acusarse de perversidad que confesar su pobreza primitiva. Puede que sea una enfermedad más extendida que todas las demás, pero que nadie ha osado tratar todavía. Para recubrirla de gracia y de poesía será necesaria una mano hábil y una ciencia consumada^[240].

Estas creaciones llegarán probablemente. El flujo de inteligencias arrastrará consigo hacia el olvido a la literatura *real*, que ya no es conveniente para nuestra época. Otra literatura se prepara y avanza con pasos de gigante, ideal, interior, dependiente únicamente de la conciencia humana, no tomando prestado al mundo de los sentidos más que la forma y el atuendo de sus inspiraciones, desdeñosa con la costumbre de la pueril complicación de los episodios, casi sin preocuparse de divertir y distraer las imaginaciones ociosas, hablando poco a los ojos, pero al alma constantemente. El papel de esta literatura será laborioso y difícil, y no será entendido de inmediato. Tendrá en su contra la impopularidad de las primeras pruebas; tendrá numerosas batallas que librar para introducir, en los relatos de la vida familiar, en la expresión escénica de las pasiones eternas, las misteriosas tragedias que el pensamiento percibe y el ojo no ve.

Esta reacción ha comenzado ya de manera brillante en la poesía personal o lírica: confiemos en que la novela y el teatro no esperen en vano.



ÉTIENNE PIVERT DE SENANCOUR (París, 1770-Saint-Cloud, 1846) Escritor francés. Atacado de parálisis, llevó una vida sedentaria y dedicada a la introspección. En su obra desarrolla algunas de las ideas de Rousseau, a las que dio un giro misántropo y pesimista. Es autor de *Aldomen, o la felicidad en la oscuridad* (1795), *Meditaciones sobre la naturaleza primitiva del hombre* (1799-1800), *Obermann*, su obra maestra (1804), *Sobre el amor considerado en las leyes reales y en las formas sociales de la unión de sexos* (1805), *Valombré* (1807), *Libres meditaciones de un desconocido solitario acerca del desprendimiento del mundo y otros temas de moral religiosa* (1819) e *Isabel* (1833).

Notas

[1] Marcel Proust, *Textes retrouvés*, ed. de Philippe Kolb, en *Cahiers Marcel Proust*, n.º 3, Gallimard, 1971, p. 82. <<

[2] Así ha sido resumido el estado de la cuestión en Ada Bimonte, *Senancour. Un solitario romántico dell'Ottocento*, Roma, Rubettino, 1988, p. 12. <<

[3] Véase Zvy Levy, *Senancour, dernier disciple de Rousseau*, París, Nizet, 1979, p. 12. <<

[4] Bimonte, o. cit., p. 15. <<

[5] Para este apartado y los siguientes, véase Béatrice Didier, *Senancour romancier Obermann, Aldomen, Isabelle*, París, sedes, 1985. <<

[6] Bimonte, o. cit., p. 77. <<

[7] Véase Charles Taylor, *Fuentes del yo*, Barcelona, Paidós, 1989. <<

[8] Véase Philippe Joutard (ed.), *L'invention du Mont Blanc*, París, Gallimard/Julliard, 1986. <<

[9] Didier, o. cit., pp. 115-118. <<

[10] Véase Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *L'absolu littéraire. Théorie de la littérature du romantisme allemand*, Paris, Seuil, 1978. <<

[11] Didier, o. cit., p. 46. <<

[12] Véase H.G. Schenk, *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre historia de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 90-92. <<

[13] Auguste Viatte, *Les sources occultes du Romantisme. Illuminisme. Théosophie. 1770-1820*, Paris, Champion, 1979, vol. 1, p. 140. <<

[14] Cf. Paul Bénichou, *Le sacrée de l'écrivain. 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque en France*, Paris, Corti, 1983, especialmente pp. 200-203. <<

[15] Véase L. Cellier, *Parcours initiatiques*, Neuchâtel, La Baconnière, 1977. <<

[16] Véase Viatte, o. cit., pp. 140-143. <<

[17] Cf. Bimonte, o. cit., pp. 29-30. Véase también Bénichou, o. cit., pp. 91 ss. <<

[18] Reproducida de la primera edición española, publicada por Espasa-Calpe en 1930. <<

[1] Estas notas fueron añadidas por primera vez al texto en la edición de 1833, con variaciones muy poco relevantes en la tercera edición de 1840. [Nota del editor.]

Lejos de mí el inferir por esto que una buena novela no sea un buen libro. Por otra parte, además de lo que llamaré las verdaderas novelas, existen escritos agradables o de verdadero mérito que se colocan comúnmente en esta clase, como *La cabaña india**, etcétera.

* *La chaumière indienne*, publicada en 1791, es obra de Bernardin de Saint-Pierre, escritor muy influenciado por Rousseau y a su vez uno de los principales modelos de Senancour. [Nota del editor.] <<

[2] Se trata de la novela epistolar *Clarisse Harlowe*, del británico Samuel Richardson. Publicada en 1747, gozó de una enorme popularidad durante todo el siglo XVIII, ejerciendo una influencia comparable a *La nueva Eloísa* de Rousseau o al *Werther* de Goethe. Así, en Francia, el propio Diderot llegó a publicar un célebre *Elogio de Richardson*. [Nota del editor.] <<

[3] Michel de Montaigne (1533-1592), ilustre escritor francés considerado como el iniciador del género ensayístico. Su referencia en el marco de este texto preliminar sitúa a Senancour dentro de la tradición genuinamente moderna de la denominada «escritura del yo», que se remonta al propio Montaigne y se caracteriza por una escritura tentativa, con aparente «desorden», a mitad de camino entre el ensayo, la novela y la autobiografía, que el prólogo de *Obermann* reclama para sí como modelo. Véase la introducción. [Nota del editor.] <<

[4] Se refiere, naturalmente, al filósofo y escritor ginebrino Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), sin lugar a dudas la principal influencia sobre el pensamiento y la actividad literaria de Senancour, cuyos ecos resuenan casi constantemente a lo largo de *Obermann*. Véase al respecto nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[5] Étienne Bézout (1730-1783). Matemático francés, autor de una celebrada *Teoría general de los sistemas algebraicos*, publicada en 1799. [Nota del editor.] <<

[6] El género pastoril, el género descriptivo, abundan en expresiones manidas, de las cuales las menos tolerables, a mi juicio, son las figuras empleadas millones de veces, y que, desde la primera, debilitaban el objeto que pretendían fortificar. El esmalte de los prados, el azul de los cielos, el cristal de las aguas: los lirios y las rosas de su tez; los gajes de su amor; la inocencia de su aldea; torrentes se escaparon de sus ojos; contemplar las maravillas de la Naturaleza; esparcir algunas flores sobre su tumba, y tantas otras que no quiero condenar exclusivamente, pero que prefiero no encontrar.
<<

[7] Las notas indicadas con letras (letras que aparecen en el texto en mayúscula y entre paréntesis y que en esta edición aparecen numeradas junto a todas las demás) fueron añadidas por primera vez al texto en la edición de 1833, con variaciones muy poco relevantes en la tercera edición de 1840. [Nota del editor.] <<

[8] Nota A (observaciones): Obermann necesita ser en cierto modo adivinado. Lejos de él la adopción de un partido definitivo respecto a muchas cuestiones que aborda; pero quizás se muestra más concluyente en sus cartas consecutivas. Hasta el presente, esa segunda parte falta casi por entero. <<

[9] En la primera edición, de 1804, tras la presentación del falso editor, el texto de las cartas va precedido del título de la obra (*Oberman*), acompañado por el siguiente subtítulo: *Cartas publicadas por M... Senancour, autor de Divagaciones sobre la naturaleza del hombre...* Sobre la relación con esta obra, véase nuestra introducción.

La adición, a partir de 1833, de una segunda «n» al título no carece de relevancia, pues Senancour era un auténtico maestro en el arte de las alusiones cifradas a través de términos acuñados por él mismo, como sucede con su anterior novela *Aldomen* (nombre muy parecido a «sabio» en alemán antiguo). En virtud de este mismo procedimiento, *Obermann* (con dos enes, como en alemán) encerraría una doble referencia al «hombre de las alturas» y, al mismo tiempo, al «hombre superior» o «superhombre».

Inmediatamente a continuación, y a modo de exordio, sigue una cita dudosamente atribuida a Pitágoras: «Estudia al hombre, y no a los hombres». [Nota del editor.] <<

[10] Residencia campestre del destinatario de las cartas. <<

[11] Desde los alrededores de Lyon se ven claramente las cimas de los Alpes en el horizonte. <<

[12] Nota B (carta II): Es de creer que el cielo de Ginebra se asemeja mucho al de los lugares comarcanos. <<

[13] Jean-Baptiste Tavernier (1605-1689), célebre viajero y comerciante francés, autor de unos *Viajes a Turquía, Persia y las Indias* (1679) muy leídos y citados en su época. Pasó también temporadas en Suiza, cuyo paisaje ensalzaba a través de una comparación con el oriental, lo que acabó convirtiéndose en un tópico entre los autores de la época. [Nota del editor.] <<

[14] O pequeño Jura (C).Nota C: Esta altura puede considerarse como perteneciente a los Alpes, pero difícilmente al Jura. <<

[15] No me ha sorprendido encontrar en estas cartas una porción de pasajes algo novelescos. Los corazones maduros antes de tiempo unen a los sentimientos de otra época algo de esta fuerza exagerada e ilusoria que caracteriza la primera estación de la vida. El que ha recibido las facultades del hombre es o ha sido lo que se llama novelesco; pero cada uno lo es a su modo. Las pasiones, las virtudes, las flaquezas, son poco más o menos comunes a todos, pero no son iguales en todos. Un hombre, por ejemplo, puede hacer canciones o versos sobre el amor; pero pondrá en ellos menos floras, ninfas y llamas que los poetas de almanaque. <<

[16] La palabra Vaud no quiere decir aquí «valle», sino que viene del céltico, de donde proviene Welches; los suizos de la parte alemana llaman Welschland al país de Vaud. Los alemanes designaban a los galos con la palabra *wale*; de donde vienen los nombres del principado de Gales, del país de Vaud, de lo que llaman en Bélgica país valón, de la Gascuña, etcétera. <<

[17] Es de creer que ahora Obermann se detendría sin inconveniente en el cantón de Vaud y podría considerarlo como una dulce patria. <<

[18] De Ginebra o Lemán, y no lago Lemán. <<

[19] Obra del padre Michel-Ange Marin, uno de los escritores moralistas y ascéticos más conocidos de su tiempo, publicada entre 1761 y 1764. [Nota del editor.] <<

[20] Probable alusión a las *Cuatro cartas al señor presidente de Malesherbes*, escritas por Rousseau en enero de 1762. [Nota del editor.] <<

[21] Esto no sería justo si se aplicase a toda la orilla septentrional. <<

[22] Como es bien sabido, el adjetivo «romántico» (*romantique*), tomado del inglés *romantic*, convive a lo largo del siglo XVIII con «novelesco» (*romanesque*), referidos ambos, en un principio indistintamente, a lugares dignos de ser escenario de una trama novelesca, en el sentido de maravillosa o quimérica, pues tal es también el sentido originario del término *roman* en la Edad Media. Sin embargo, más adelante, el primer término se reservará a aquellos paisajes que, por su carácter solitario y alejado de la presencia humana, invitan a la meditación y al cultivo de la introspección. Tal uso del término es propio de Rousseau. [Nota del editor.] <<

[23] Por oposición a «bellos». La contraposición entre lo Bello y lo Sublime, aplicado a la naturaleza y al arte, constituye probablemente la controversia más relevante en el ámbito de la estética a partir de mediados del siglo XVIII, saldándose con la declaración de la superioridad del segundo término y su adhesión al mismo por parte de las escuelas románticas de toda Europa. Lo Sublime es lo desproporcionadamente grande, lo infinitamente poderoso o simplemente lo indeterminado, que producen una emoción intensa donde el placer se mezcla con el escalofrío o el horror, en una combinación que traduce a términos profanos el «sacro terror» ante el *mysterium tremendum* de los místicos y espirituales de todas las épocas y culturas. Véase nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[24] No siempre serán tan sencillas sus necesidades, y quizás porque no ha conseguido esto querrá más. <<

[25] Aplicar a la sabiduría la idea de que todo es vanidad, ¿no es, podría decirse, llevarla hasta la exageración? Entiéndese por sabiduría esa doctrina de los sabios, que es sublime y, no obstante, vana, al menos en un sentido. En cuanto al medio razonado de pasar la vida recibiendo y produciendo la mayor suma de bien posible, no puede, en efecto, acusarse de vanidad. La verdadera sabiduría tiene por objeto el empleo de la vida, el mejoramiento de nuestra existencia; y siendo esta existencia todo, por poco duradera, por poco importante que se la pueda suponer, es evidente que no es en esta sabiduría donde Obermann encuentra error y vanidad. <<

[26] «Hay algo de sagrado en las antiguas obligaciones.» Sentencia del célebre orador Cicerón, aquí en referencia a los deberes de la amistad. [Nota del editor.] <<

[27] Cortesana ateniense, acompañó a Epicuro durante sus últimos años y, tras la muerte del filósofo, se dedicó a propagar su doctrina. <<

[28] Cicerón no fue un hombre vulgar; hasta puede decirse que fue un gran hombre: tuvo grandes cualidades y grandes talentos; desempeñó un hermoso papel, escribió muy bien sobre materias filosóficas; pero no veo que haya tenido el alma de un sabio. Obermann no gustaba de que sólo tuviesen la pluma. Encontraba, por otra parte, que un hombre de Estado encuentra siempre ocasión de mostrar todo lo que es; creía también que un hombre de Estado puede cometer faltas, pero no ser débil; que un padre de la patria no tiene necesidad de adular; que la vanidad es a veces el recurso casi inevitable de los que no logran ser conocidos; pero que, de otro modo, sólo se puede tener por mezquindad de alma. Sospecho también que no le gusta ver llorar a un cónsul de Roma, *plurimis lacrymis*, porque su señora esposa se ve obligada a cambiar de domicilio. He ahí probablemente su manera de pensar respecto a este orador, cuyo genio quizás no era tan grande como su talento. Por otra parte, interpretando su pensamiento según el modo de ver que indican sus cartas, temo equivocarme, pues advierto que le atribuyo por completo el mío. Me satisface que el autor de *De Officiis* haya triunfado en el asunto de Catilina; pero querría que hubiera sido grande en sus reveses. <<

[29] Horace Benedict de Saussure (1740-1799), naturalista ginebrino, autor de unos *Viajes a los Alpes* publicados entre 1779 y 1796, coronó la cima del Mont Blanc en 1797. [Nota del editor.] <<

[³⁰] Marc-Théodore Bourrit (1739-1819). Pintor y escritor natural de Ginebra, autor de numerosos relatos de viajes por Suiza, acompañó a Saussure en algunas de sus ascensiones, ejerciendo asimismo como ilustrador de su obra más conocida. [Nota del editor.] <<

[31] Se trata de los *Tableaux de la Suisse* (1788), de Besson. [Nota del editor.] <<

[32] Joven que sientes como él, no asegures que siempre sentinas igual. Tú no cambiarás, pero el tiempo te calmará: pondrás entonces lo que es en lugar de lo que querías que fuese. Te cansarás; querrás una vida cómoda; ¡es tan fácil este consentimiento! Dirás: si la especie subsiste y cada individuo no hace más que pasar, no vale la pena que razone por sí mismo y se preocupe. Buscarás distracciones; te sentarás a la mesa, verás el lado cómico de las cosas, sonreirás en la intimidad. Encontrarás una especie de molicie bastante venturosa en tu mismo tedio, y pasarás olvidando que no has vivido. Muchos, al fin y al cabo, han pasado lo mismo. <<

[33] Rousseau, quien durante su retiro, ya al final de su vida, descubrió los placeres de la botánica, como refiere en las *Ensoñaciones del paseante solitario*, publicadas póstumamente. [Nota del editor.] <<

[34] Nota D (carta VII): No se sabe con exactitud dónde comienza lo que aquí se llama «éter». <<

[35] Louis-Antoine de Bougainville (1729-1811), navegante francés célebre por sus viajes al hemisferio sur. En 1768 arribó a Tahiti, imponiendo a través de su *Viaje alrededor del mundo* (1771) una imagen paradisíaca de la isla que Diderot se encargaría de amplificar con su *Suplemento al Viaje de Bougainville* (1773). [Nota del editor.] <<

[36] Jean Chardin (1643-1713), viajero francés por las Indias y Persia, autor de numerosas obras de literatura de viajes. [Nota del editor.] <<

[37] Simon de La Loubère (1642-1729). Diplomático francés enviado por el rey Luis XIV a Siam, recogió sus experiencias en la *Descripción del reino de Siam* publicada en 1691. [Nota del editor.] <<

[38] Antiguo nombre de las islas Marianas. [Nota del editor.] <<

[39] De ordinario, se tiene una idea demasiado estrecha del hombre sensible. Hacen de él un personaje ridículo; yo he visto hacer de él una mujer, es decir, una de esas mujeres que lloran por la indisposición de su pájaro, a quienes la sangre de un pinchazo hace perder los sentidos, y que se estremecen al sonido de ciertas palabras, como «serpiente», «araña», «enterrador», «viruela», «sepulcro», «vejez».

Yo imagino una cierta moderación en lo que nos conmueve, una combinación súbita de sentimientos contrarios, un hábito de superioridad sobre el sentimiento mismo que nos gobierna; una gravedad del alma, y una profundidad del pensamiento; una extensión que inmediatamente suscita en nosotros la percepción secreta que la Naturaleza quiso oponer a la sensación visible; una sabiduría del corazón en su perpetua agitación; una mezcla, en fin, una armonía de todas las cosas, que sólo pertenece al hombre de vasta sensibilidad, que, en su fuerza, ha sentido todo lo que está destinado al hombre y, en su moderación, sólo él ha conocido la melancolía del placer y las dulzuras del dolor.

El hombre que siente con calor, y hasta con profundidad, pero sin moderación, consume en cosas indiferentes esta fuerza casi sobrenatural. No digo que no pueda tenerla en las ocasiones del genio: hay hombres grandes en las pequeñeces, y que, no obstante, lo son también en las grandes circunstancias. A pesar de su mérito real, este carácter tiene dos inconvenientes. Serán considerados como locos por los necios y por muchas personas de talento, y les evitarán prudentemente hasta aquellos que, comprendiendo su valor, tendrán de ellos una alta opinión. Degradan el genio prostituyéndole en cosas completamente vulgares y en medio de gentes perdidas. Y con ello suministran a la muchedumbre pretextos especiosos para pretender que el sentido común es preferible al genio, porque no comete sus disparates; y para pretender, lo que es más funesto aún, que los hombres rectos, fuertes, expansivos, generosos, no están por encima de los hombres prudentes, ingeniosos, normales, siempre moderados y a menudo personales. <<

[40] *Phrosine et Mélidor* (1772), poema en cuatro cantos de Pierre Joseph Bernard (llamado Gentil-Bernard), traza la desventurada historia de dos amantes, émulo de Hero y Leandro. Adquirió gran notoriedad gracias a la ópera *Castor y Polux* (1737) de Rameau, inspirada por dicha obra. [Nota del editor.] <<

[41] El monte Righi está cerca de Lucerna, con el lago al pie de sus rocas perpendiculares. <<

[42] Nota E (carta XX): Sin duda, el autor de estas cartas se habría ahorrado estos detalles, y algunos más, si hubiese podido prever su publicación. <<

[43] Nota F (ídem): Esta circunstancia del tonel, por muchas razones, es bastante discutida. <<

[44] Alusión al filósofo cínico Diógenes de Sínope y al tonel donde se dice que habitaba. [Nota del editor.] <<

[45] Senancour se refiere al monasterio fundado por san Bruno en 1804 cerca de Grenoble y visitado con frecuencia por Rousseau. [Nota del editor.] <<

[46] Obra del naturalista alemán Engelbert Koempfer. Publicada originalmente en 1727 y traducida al francés en 1729, alimentó la imaginación de Senancour desde su infancia, convirtiéndole en un gran interesado por las culturas orientales. [Nota del editor.] <<

[47] Christian Wolf o Wolff (1659-1754), filósofo racionalista alemán, sistematizador y divulgador del pensamiento de Leibniz. [Nota del editor.] <<

[48] Jean-Pierre de Crousaz (1663-1750), filósofo suizo. Contribuyó al nacimiento de la Estética como disciplina moderna con su *Tratado de lo bello*, publicado en 1715.
[Nota del editor.] <<

[49] Francis Hutcheson (1694-1746), filósofo inglés, autor de una *Investigación acerca del origen de nuestras ideas de Belleza y Virtud* (1726), donde desarrolla la noción de Shaftesbury de un sentido innato de la belleza. [Nota del editor.] <<

[50] Vasta síntesis del pensamiento ilustrado debida al filósofo Delisle de Sales (1741-1816). [Nota del editor.] <<

[51] Habría, no obstante, que exceptuar las costumbres nacionales de los pueblos que han tenido legisladores, como los espartanos, los hebreos, los peruanos, los parsis. <<

[52] Muchos sabios pretenden que los francos son el mismo pueblo que los rusos, y que así son originarios de esta comarca, cuyas hordas parecen destinadas desde tiempo inmemorial a domeñar las naciones y recomenzar su obra. <<

[53] Filósofo griego antiguo, fundador de la escuela cirenaica/para la que la felicidad se identifica con el placer. Profesó un auténtico hedonismo, muy alejado del carácter ascético de la filosofía de Epicuro, con el que Senancour le identifica sin embargo abusivamente. [Nota del editor.] <<

[54] Erudito latino del siglo I a. C. [Nota del editor.] <<

[55] Jacques Amyot (1513-1593), humanista francés a quien se debe una traducción de las *Vidas paralelas* de Plutarco aparecida en 1559. [Nota del editor.] <<

[56] Poeta griego del siglo II a. C. Compuso poemas bucólicos inspirados en Teócrito, todavía reeditados a lo largo del siglo XVIII (hay traducción francesa de 1794). [Nota del editor.] <<

[57] El narrador se refiere a *El fanatismo o Mahoma el profeta*, tragedia en cinco actos de Voltaire, representada por primera vez en 1741. [Nota del editor.] <<

[58] Alusión a la conocida aria de la ópera *Orfeo y Eurídice* (versión francesa de 1774), del compositor clasicista alemán Christoph Willibald Gluck. [Nota del editor.]
<<

[59] Héroe de la tragedia *Berenice* (1670), de Racine. [Nota del editor.] <<

[60] En el estado de desgracia, la reacción debe ser más fuerte, puesto que la naturaleza del ser organizado le empuja más particularmente a su bienestar como a su conservación. <<

[61] Todo esto, aunque expresado de una manera positiva, no debe ser considerado como *rigurosamente* verdadero. <<

[62] Hay hombres a quienes agría, aquellos que no son malos, y no a los que son buenos. <<

[63] Las ideas oscuras o profundas se alteran con el tiempo, y se habitúa uno a considerarlas bajo otro aspecto. Cuando comienzan a hacerse falsas, el pueblo comienza a encontrarlas divinas; cuando se han vuelto completamente absurdas, quiere morir por ellas. Sólo al cabo de veinte siglos empiezan a importarle un ardite.
<<

[64] Alusión al canto de los pastores suizos entonado con ayuda de la cornamusa. Rousseau se refiere a él en varios de sus escritos sobre música, prestando especial atención a su carácter rústico y a su capacidad de evocar los paisajes suizos, provocando así una fuerte emoción entre los oriundos alejados del país. Resulta particularmente interesante la elevada consideración que Senancour atribuye a la música en diversos pasajes del *Obermann*, por encima de otras formas de expresión y en sintonía con una de las afirmaciones fundamentales del Romanticismo alemán, que permanecerá indiscutida por lo menos hasta Nietzsche. [Nota del editor.] <<

[65] La acepción de la palabra «romántico» ha cambiado desde la época en que estas cartas fueron escritas. <<

[66] Senancour se refiere a la transformación del sentido original del término (véase nuestra nota 2 a la carta IV), convertido a lo largo del siglo XIX, primero en Alemania y posteriormente en Francia (en este país, sobre todo a partir de 1830, año de la célebre batalla de *Hernani* y del así llamado *Manifiesto romántico* de Víctor Hugo), en denominación específica de una escuela literaria cuya estética, más *moderna*, se oponía más o menos polémicamente a los partidarios del clasicismo literario o artístico. Senancour previene al lector frente a este cambio de significado, y toma distancias frente al *movimiento romántico* en su sentido más beligerante, que a juicio del autor había caído en excesos patéticos, desvirtuando así la primitiva aportación del elemento romántico (que no *novelesco*) a la literatura y las artes. De hecho, como es bien sabido, las sucesivas ediciones de la obra por parte de Senancour responden a un intento para depurarla de todos aquellos elementos que pudieran justificar su adscripción al romanticismo entendido como partido o escuela literaria. Véase la introducción. [Nota del editor.] <<

[67] El clavicordio de los colores era ingenioso; el de los olores habría interesado más.

<<

[68] Nueva referencia a la obra de Besson. Cf. nuestra nota 3 a la carta VII. [Nota del editor.] <<

[69] *Küher*, en alemán; *armailli*, en romance: hombre que conduce las vacas a la montaña, y pasa la estación entera en los pastos elevados, guardando el ganado y haciendo quesos. En general, los *armaillis* viven así cuatro o cinco meses en los Altos Alpes, enteramente separados de las mujeres, y hasta de todo ser humano. <<

[70] Nota G (carta XXXVIII): Se han hecho multitud de ensayos de palabras adaptadas a esta *marcha* de los pastores. Uno de estos fragmentos, en dialecto de Gruyère, contiene cuarenta y ocho versos: *Les armaillis di Columbette / Dé bon matin sé son léva*, etcétera. Una de estas especies de églogas, compuesta, según dicen, en el Appenzel, en lenguaje alemán, acaba así, poco más o menos: «¡Retiros profundos, tranquilo olvido! ¡Oh, paz de los hombres y parajes, oh, paz de los valles y los lagos! ¡Pastores independientes, familias ignoradas, costumbres ingenuas! Dad a nuestros corazones el encanto de las cabañas y el renunciamiento bajo el cielo severo. ¡Montañas indómitas, frío asilo, postrer reposo de un alma libre y sencilla!». <<

[71] Cesare Boncsana Beccaria (1738-1794), publicista italiano célebre por su tratado *De los delitos y las penas* (1764), donde se declara la inutilidad de la pena de muerte. [Nota del editor.]

Beccaria ha dicho excelentes cosas contra la pena de muerte; pero no me es posible aceptar algunos puntos de su tesis. Pretende que el ciudadano, no habiendo podido enajenar sino la parte más pequeña posible de su libertad, no ha podido consentir en la pérdida de su vida, y añade que, no teniendo el derecho de matarse, no ha podido ceder a la sociedad el derecho de matarle.

Creo que importa no decir más que cosas justas e incontestables, cuando se trata de principios que sirven de base a las leyes positivas y a la moral. Hay cierto peligro en apoyar las cosas mejores únicamente con razones especiosas; cuando un día la ilusión se desvanece, la verdad misma que parecían sostener queda quebrantada. Las cosas verdaderas tienen su razón real; no es preciso buscarles otras arbitrarias. Si la legislación política y moral de la antigüedad no hubiese sido fundada más que sobre principios evidentes, su fuerza, aunque menos persuasiva, es cierto, en los primeros tiempos, y menos propia para despertar entusiasmos, habría sido incommovible. Si se tratase ahora de construir este edificio que aún no se ha elevado, convengo en que acaso no sería útil hasta que los años lo hubiesen cimentado; pero esta consideración no destruye su belleza, ni dispensa de emprenderlo. Obermann no hace más que dudar, suponer, soñar; piensa, y no razona; examina, y no decide, no establece conclusiones. Lo que dice no es nada, si se quiere; pero puede conducir a algo. Si, en su manera independiente y sin sistema, sigue, no obstante, algún principio, es sobre todo el de procurar no decir más que verdades en pro de la verdad misma, no admitir nada que no puedan reconocer todos los tiempos, no confundir la bondad de la intención con la justeza de las pruebas, y no creer que sea indiferente el medio de demostración y persuasión de las cosas mejores. La historia de tantas sectas religiosas y políticas ha probado que los medios expeditivos sólo producen obra de un día. Esta manera de ver me ha parecido de gran importancia, y es principalmente a causa de ella por lo que publico estas cartas, tan vacuas desde otros puntos de vista, y tan vagas. <<

[72] Comprendo lo mucho que escandalizará esta carta. Debo advertir que, más adelante se verá la manera de pensar de otra edad sobre la misma cuestión. He leído ya el pasaje a que aludo; quizás escandalizará tanto como este, pero sólo a las mismas personas. <<

[73] Uno de los cuatro interlocutores-personajes principales, junto a la propia Julie, Saint-Preux y Clara, de *Julie ou la nouvelle Héloïse* (1761), la novela epistolar de Jean-Jacques Rousseau. [Nota del editor.] <<

[74] Morgan (1635-1688), corsario inglés. [Nota del editor.] <<

[75] Legendario legislador de Esparta, considerado modélico en tiempos de Senancour. [Nota del editor.] <<

[76] Estadista ateniense, favorito del filósofo Sócrates y conocido por sus dotes de seducción, murió asesinado. [Nota del editor.] <<

[77] Zaratustra o también Zoroastro, profeta y legislador iraní del siglo VI a. C.
[Nota del editor.] <<

[78] Poeta trágico griego del siglo IV a. C., caracterizado por su tono amargo y sarcástico. [Nota del editor.] <<

[79] Si Obermann hubiese leído más y escrito más tarde, sabría que Teodosio fue mucho más grande que Trajano. Esto se dice ahora, en tanto se llegue a decir también de Constantino. <<

[80] Esto guarda estrecha relación con un hecho citado en la *Historia de los Viajes*. Un islandés dijo a un sabio danés que él había encendido su pipa varias veces en un arroyo de fuego que corrió en Islandia durante cerca de dos años. La obra *Histoire générale des voyages* fue publicada por el abate Prévost a partir de 1746. [Nota del editor.] <<

[81] Filósofo del siglo I de nuestra era, impulsor de la renovación del Estoicismo antiguo, ejerció una gran influencia sobre el pensamiento de Marco Aurelio, el célebre emperador filósofo. [Nota del editor.] <<

[82] Nota H (carta XLIII): El autor no dice aquí expresamente lo que entiende por religión, pero se comprende que se trata en particular de la creencia de los occidentales. <<

[83] Quizás por alguna reflexión más profunda, que trajese consigo dudas más religiosas en su independencia. <<

[84] Claude Adrien Helvétius (1715-1771), filósofo francés cuyos tratados *Del espíritu* (1758) y *Del hombre* (1772) parecen haber ejercido una poderosa influencia sobre el pensamiento de Senancour, en particular respecto a su denuncia del antinaturalismo de la moral cristiana y su defensa de una moral basada estrictamente en la naturaleza. [Nota del editor.] <<

[85] Hay, efectivamente, alguna diferencia entre confesar que existen cosas inexplicables para el hombre y afirmar que la explicación inconcebible de esas cosas es justa e infalible. Es diferente decir, en medio de las tinieblas: «No veo»; que decir: «Veo una luz divina; vosotros, los que me seguís, no solamente no digáis que no la veis, sino vedla; de lo contrario, anatema sobre vosotros». <<

[86] San Benito José (1748-1783). [Nota del editor.] <<

[87] John Tillotson (1630-1694), teólogo inglés cuyos *Sermones* eran bien conocidos por Senancour, según propia confesión. [Nota del editor.] <<

[88] Pitágoras, filósofo y matemático griego del siglo VI a. C. Fundador de una secta de iniciados de inspiración órfica, cuyas principales doctrinas conciernen al fundamento numerológico de la estructura del universo y a la transmigración de las almas, y que ha ejercido una dilatada influencia a lo largo de toda la tradición esotérica de Occidente. Senancour, que encabezó la edición de 1804 de su obra con una cita pitagórica, publicará asimismo en 1813 una extensa crítica de la traducción francesa de los *Versos dorados* de Pitágoras a cargo del famoso iniciado Fabre d'Olivet. El narrador cita más adelante a Porfirio, autor de una *Vida de Pitágoras*, y a Nicómaco de Gerasa, algunos de los autores que, desde comienzos de la era cristiana, han contribuido a la periódica recuperación del pitagorismo. Todo lo cual no hace más que confirmar la cercanía de Senancour a los ambientes y las *autoridades* ocultistas de la época, probablemente a través de Saint-Martin, reforzando así la tesis de la dimensión *iniciática* de su principal novela. Véase nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[89] «Necia presunción es desdeñar y condenar por falso lo que no nos parece verosímil: vicio ordinario en aquellos que piensan tener alguna suficiencia, a más de la común. Así hacía yo antaño... y hogaño encuentro que era, por lo menos, digno de lástima», Montaigne. <<

[90] En la epístola cincuenta y siete de Séneca puede hallarse esta opinión, común entre los estoicos, y las razones no menos notables con que la refuta Séneca. <<

[91] Obermann no ha podido tener la intención de ridiculizar ciencias que admiraba y que no poseía. Sin duda, deseaba solamente que los vastos progresos modernos no llevasen tan inconsideradamente a los semisabios a despremiar la Antigüedad y a burlarse de sus profundas concepciones.

Procedimiento descubierto por Newton. El físico británico es para Senancour, al igual que para otros contemporáneos suyos como Goethe, el modelo de un racionalismo científico extremo que rebajaría toda la sabiduría de la Antigüedad al rango de mera superstición. Sobre la familiaridad de Senancour con la tradición esotérica a través, entre otros, de Saint-Martin, y sobre el «escepticismo positivo» del autor, véanse nuestra nota 15 a la carta XLVI y nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[92] En todas las sectas, los discípulos, o muchos de los discípulos, son hombres menos grandes que su maestro. Desfiguran su pensamiento, sobre todo cuando el fanatismo supersticioso o la ambición de innovar se juntan a los errores del espíritu.

Pitágoras, como Jesús, no ha escrito; los sucesores, más o menos pretensos, de uno y otro, han demostrado que comprendían toda la ventaja de esta circunstancia.

Consideremos un momento el número como parece haberlo entendido Pitágoras.

Si, de un lugar elevado y que domina una vasta extensión, se ven en la llanura, entre los altos bosques, algunos de esos seres que se sostienen en pie; si se llega a recordar que los bosques son abatidos, que los ríos son dirigidos, que las pirámides son elevadas, que la tierra es transformada por ellos, se experimenta cierto asombro. El tiempo es su gran medio; el tiempo es una serie de números. Son los números reunidos o sucesivos los que hacen todos los incidentes, vicisitudes, combinaciones, todas las obras individuales del universo. La fuerza, la organización, el espacio, el orden, la duración, no son nada sin los números. Todos los medios de la Naturaleza son una serie de propiedades de los números; la reunión de esos medios es la Naturaleza misma; esta armonía sin límites es el principio infinito por el cual todo lo que existe, existe así; el genio de Pitágoras bien vale la inteligencia de quienes no lo entienden.

Pitágoras parece haber dicho que todo había sido hecho con arreglo a las propiedades de los números, pero no por su virtud.

Vea, en *De mysteriis numerorum*, por Bungo, lo que Porfirio, Nicómaco, etcétera, han dicho sobre los números. Vea *Leyes de Pitágoras*, 2036, 2038, etcétera, en *Viajes de Pitágoras*. Se puede observar, hojeando ese volumen de la antigua sabiduría, esas tres mil quinientas sentencias llamadas *Isyes de Pitágoras*, hasta que punto se trata poco en ellas de los números. <<

[93] Senancour parece estar refiriéndose al cuerpo de los escritos atribuidos a los miembros de la orden monástica y a los seguidores de Joachino di Fiore, el célebre predicador italiano del Renacimiento que anunciaba el inminente fin del mundo y que puede ser considerado como el principal promotor de una concepción de la Historia en tres grandes periodos, la Edad del Padre, la Edad del Hijo y la Edad del Espíritu.
[Nota del editor.] <<

[94] Divinidad persa de la luz. [Nota del editor.] <<

[95] Aparentemente, esta época es anterior a las últimas de entre los descubrimientos modernos; por lo demás, nueve es, como siete, un número sagrado. Cuatro fragmentos no valdrán más que un todo. <<

[96] Como se necesitaban siete, y era imposible no admitir el platino, se rechazaba el mercurio, que parece tener un carácter particular y diferir de los otros metales por diversas propiedades, entre otras por la de permanecer en un estado de fusión, aun en un grado de frío que durante largo tiempo se creyó pasar del frío natural de nuestra época. Desgraciadamente, la química moderna reconoce un número mucho más grande de metales; pero es probable, entonces, que sean cuarenta y nueve, lo que viene a ser lo mismo. <<

[97] Linneo dividía los olores vegetales en siete clases. De Saussure admite un octavo; pero se ve claramente que no debe haber más que siete para la gama. <<

[98] Los griegos tenían siete vocales. También los gramáticos franceses reconocen siete, las tres «e» y las otras cuatro. <<

[99] Libro sagrado de los seguidores de la doctrina de Zoroastro. [Nota del editor.] <<

[100] Las climatéricas de Hipócrates son los séptimos años; lo que es análogo a lo que se ha dicho del número siete. <<

[101] Filósofo griego del siglo III, militó en diversas escuelas filosóficas sin adscribirse a ninguna en concreto. [Nota del editor.] <<

[102] La Iglesia. <<

[103] Georges Ernest Stahl (1660-1734), médico y químico alemán, conocido especialmente por el sistema del animismo y su doctrina del flogisto. [Nota del editor.] <<

[104] Johann Joachim Becher (1635-1682), alquimista alemán, uno de los últimos autores que creyó en la posibilidad efectiva de la transmutación de las sustancias.
[Nota del editor.] <<

[105] Paracelso (1493-1541), padre de la medicina hermética. [Nota del editor.] <<

[106] Por fin se ha llegado al punto de traer la luna a una proximidad aparente más grande que la de las montañas que en ciertos climas el ojo desnudo distingue perfectamente, aunque se hallen a más distancia de una jornada de marcha. <<

[107] Menos joven, Obermann habría estado más de acuerdo consigo mismo, a pesar de sus dudas. <<

[108] Una vez más, se trata evidentemente de Rousseau. La cita corresponde a su obra *Émile ou de l'éducation*, publicada en 1762. [Nota del editor.] <<

[109] En el bosque de Fontainebleau. <<

[¹¹⁰] Carlos XII (1682-1718), rey de Suecia, conocido por su firmeza de carácter.
[Nota del editor.] <<

[111] San Pacomio (287-347), fundador del cenobitismo, en su regla fijó las principales normas de la vida monástica. [Nota del editor.] <<

[112] Johann Kaspar Lavater (1741-1801), escritor y eclesiástico natural de Zurich, muy celebrado en la época por sus *Ensayos de fisionomía* (1775-1778), donde se afirma la determinación del carácter personal a partir de los rasgos del rostro, y que fueron objeto de la atención de autores como Chateaubriand o Baudelaire. [Nota del editor.] <<

[113] Aquí hace referencia Obermann a cartas suprimidas en esta recopilación. <<

[114] Claude Joseph Vernet (1714-1789), pintor célebre por sus escenas marinas, con frecuencia loadas por Diderot en sus *Salones*. [Nota del editor.] <<

[115] Jean-François Hue (1751-1823), discípulo del anterior, completó su serie sobre los *Puertos de Francia*. [Nota del editor.] <<

[116] Nuestros días, que poder alguno puede hacer retroceder, se componen de tempestuosos momentos, que elevan el alma desgarrándola; de prolongadas solicitudes que la fatigan, la enervan y envilecen; de periodos de indiferencia, que la retienen en el reposo si son raros, y en el hastío y la molición si tienen continuidad. Hay también algunos relámpagos de placer para la infancia del corazón. La paz es el privilegio de un hombre entre diez mil. Se quiere la felicidad, se la busca y se agota uno en su persecución. Es verdad que se la espera, y tal vez se acabaría por tenerla si la muerte o la decrepitud no llegasen antes que ella.

No obstante, la vida no es odiosa en general. Tiene sus dulzuras para el hombre de bien; se trata solamente de imponer al corazón el reposo que ha conservado el alma cuando ha permanecido justa. Se teme el no tener ya ilusiones, y se pregunta uno con qué se llenarán los días. Es un error; no se trata de ocupar el corazón, sino de lograr distraerlo sin extraviarlo; y cuando ya no hay esperanza, nos queda, para llegar hasta el fin, un poco de curiosidad y algunas costumbres. Lo bastante para esperar la noche; el sueño es natural cuando no se halla uno agitado. <<

[117] Cada *batz* es, poco más o menos, la séptima parte de la libra tornesa. <<

[118] Véase la quinta nota de la carta LXXXIX. <<

[119] Pequeña región montañosa, en la que se observan usos que le son particulares y aun algo de bastante extraordinario en las costumbres. <<

[120] Senancour se refiere al rético o grisón, lengua de origen románico hablada en Suiza, emparentada con determinados dialectos del norte de Italia, como el friulés, y hoy limitada en su uso al cantón de los Grisones. [Nota del editor.] <<

[121] *Julie ou la nouvelle Héloïse*, novela epistolar sobre el amor que se desarrolla en un marco bucólico. Publicada por Jean-Jacques Rousseau en 1761, constituye una referencia constante para Senancour. Véase la introducción. [Nota del editor.] <<

[122] La melodía, si se toma esta palabra en toda la extensión de que es susceptible, puede resultar también de una serie de colores o de olores. La melodía puede resultar de toda serie bien ordenada de ciertas sensaciones, de toda serie conveniente de esos afectos cuya propiedad es excitar en nosotros lo que llamamos exclusivamente un sentimiento. <<

[123] Nota I (carta LXII): A esta carta aparecía adjunto lo que sigue: «El *Manual* me hace recordar otros varios fragmentos, que también me comunicó el mismo sabio. Sus investigaciones, más que lo que podía encontrar de precioso, tenían por objeto lo que le parecía original y extraño».

He aquí el más corto de estos trozos de literatura o, si prefiere usted, de extraña filosofía.

Examine usted, sin embargo; es posible que las ideas de un hombre del Danubio no se alejen de la verdad:

Canto fúnebre de un moldavo (traducido del esclavón).

Cuando nos sentimos profundamente conmovidos, inmediatamente pensamos en abandonar la tierra. ¿Qué podría haber de mejor, después de una hora de deleites? ¿Cómo imaginar una continuación a tan grandes goces? Muramos, es la última esperanza de la voluptuosidad, la última palabra, el último grito del deseo.

Si deseáis seguir viviendo, conteneos; suspended así vuestra caída. Gozar, es comenzar a perecer; privarse es disponerse a vivir. La voluptuosidad aparece al término de las cosas, a uno y otro extremo; comunica la vida y da la muerte. Toda la voluptuosidad es la transformación.

Como un niño, el hombre necesita poco para divertirse en este mundo; pero su destino estriba, al fin y al cabo, en elegir entre lo que aquel ofrece. Cuando esta elección está hecha, es la muerte lo que quiere ver; sólo este juego, durante tanto tiempo temido, podrá ya hacerle impresión.

¿No habéis deseado vosotros nunca la muerte? Entonces, es que no habéis concluido la experiencia de la vida. Pero si vuestros días son fáciles y voluptuosos, si el destino os persigue con sus favores, si os encontráis en la cúspide, caed; la muerte es ya vuestro único porvenir.

El hombre gusta de acercarse a la muerte, de retirarse, de considerarla de nuevo, hasta que el asirla parece una alegría intensa. ¡Cuánta belleza en la tempestad! Es que promete la muerte. Los relámpagos muestran los abismos, y el rayo los abre.

¿Qué mayor objeto de curiosidad? ¿Qué necesidad más imperiosa? Terminado ha, para cada uno de nosotros, según sus fuerzas, el examen de las cosas del mundo. Pero tras la muerte se encuentra la región inmensa con toda su luz o la noche perpetua.

Temen menos la muerte los hombres de un gran carácter, los hombres de genio, los hombres que se hallan en la fuerza de la edad. ¿Será acaso porque no creen en la

destrucción, a pesar de su independencia, y porque los otros, en cambio, creen, a pesar de su fe?

La muerte no es un mal, puesto que es universal. El mal es la excepción a las leyes supremas. Aceptemos sin amargura lo que, fatalmente, nos toca en suerte. Como accidente, y cuando asombra, la muerte puede afligir; cuando se llega a ella naturalmente, es consoladora.

Esperemos, y luego muramos. Si la vida actual no es más que una sujeción, acabe, pues; si a nada conduce, si tiene que ser inútil el haber vivido, librémonos de ese engaño. Muramos, bien para vivir realmente, bien para no simular ya el vivir.

La muerte permanece desconocida. Cuando la interrogamos, no se halla presente; cuando aparece, cuando descarga su golpe, ya no tenemos voz. La muerte retiene una de las palabras del enigma universal, una palabra que la tierra no oír jamás.

¿Condenaremos a este soñador del Danubio? ¿Pondremos en el número de las vanas fantasías de la imaginación toda idea extraña a una frivolidad de que la muchedumbre no quiere salir?

Quizás, en esos momentos en que parece comenzar una hora de sueño en los campos, al mediar el día, quizás ha experimentado usted una impresión indefinible, sentimiento dichoso de una vida vacilante, por así decirlo, pero más natural y más libre. Todos los ruidos se alejan, todos los objetos huyen. Un último pensamiento se presenta, con tal verdad, que después de esta especie de ilusión semiviva, imprevista y fugitiva, no puede ya haber nada, como no sea el olvido completo, o un despertar súbito.

Tendríamos que observar sobre todo de qué se componen entonces esas imágenes rápidas. Con frecuencia, aparece una mujer. No se trata de gracia corriente, de encanto prolongado, de voluptuosa esperanza. Es más que el placer, es la pureza del ideal; es la posesión entrevista como un deber, como un simple hecho, como una necesidad natural. Pero el seno de esta mujer expresa con energía que amamantaré. Así queda realizada nuestra misión. Sin preocupaciones y sin remordimientos podríamos morir. Dar la vida y franquear, cerrando los ojos, los límites del mundo conocido, he ahí quizás lo que hay de esencial aquí en nuestro destino. El resto sólo sería un medio bastante indiferente de consumir los otros minutos para llegar al fin.

No digo que ese leve sueño, en los instantes de que hablamos, esa figura abreviada de la vida, en medio del tranquilo olvido de tantas cosas, esta apacible y poderosa emoción sea la misma en la mayoría de los hombres. Lo ignoro; pero seguramente que, a fin de cuentas, no me es exclusiva. Transmitir la vida y perderla sería, en el orden aparente, nuestro principal cometido sobre la tierra. No obstante, todavía me permitiré preguntar si no hay ya ningún sueño en el último sueño. ¿Y, realmente, la ley de muerte será inflexible? Muchos de entre nosotros han visto justificarse, en

ciertos aspectos, su inteligencia; ¿no podrían estos resistir en tanto que los otros sucumben? <<

[124] Nada indica qué lago puede ser este; pero desde luego no es el de Ginebra. El comienzo de la carta falta, y yo he suprimido el final. <<

[125] La mayor diferencia sin oposición repelente, como la mayor similitud sin uniformidad insípida. <<

[126] Nuestra industria social ha contrapuesto a los hombres que el verdadero arte social debía conciliar. <<

[127] Algunos se jactan de su frialdad como si fuese la serenidad de la sabiduría; hay quien pretende la estéril felicidad de ser inaccesible, semejante al ciego que se cree mejor organizado que el común de los hombres porque la ceguera le evita distracciones. <<

[128] Lo susceptible de exaltar la imaginación, perturbar el espíritu, apasionar el corazón y vedar todo razonamiento tiene más éxito cuanta más austeridad se pone en ello; pero con las instituciones duraderas, las leyes temporales y civiles, las costumbres interiores y todo aquello que permite el examen, no ocurre lo que con el impulso del fanatismo, cuya naturaleza es llevar a todo lo difícil y hacer venerar todo lo extraordinario. Esta distinción esencial parece haber sido olvidada. Se han observado muy bien en el hombre sus sentimientos múltiples y, en cierto modo, los incidentes de su corazón: pero queda por dar un gran paso más allá. Tan importante, que la consideración de su utilidad podrá arrastrar a intentarlo: y tan difícil que, al emprenderlo, se deberá tener la convicción de que sólo se trata de una tentativa. <<

[129] En el amor ha sido donde ha resultado más extrema la divergencia entre aquellos pueblos en que hemos encontrado una moral; y lo que al amor atañe es lo que, exclusivamente, hemos llamado moral o buenas costumbres. <<

[130] He usado mal del derecho del editor, cortando algunos pasajes de diversas cartas, y dejando no obstante una porción de cosas vagas o inútiles. Pero esta negligencia no sería excusable en una carta como esta, y por eso he dejado deliberadamente este pasaje sobre el matrimonio. No lo he suprimido, porque mi objetivo no es la muchedumbre de los que leen, que es la única capaz de no encontrar evidente que dicho pasaje no ataca ni la utilidad de la institución conyugal ni aun siquiera todo lo que hay de excelente en un matrimonio venturoso. <<

[131] Aquí, rezaba el texto: «No, no la instaré a que sea embustera en mi favor; hasta me negaré a ello, si es preciso; y no haré con ello nada extraordinario, ni nada que no sea, para todo el que se parase a meditar en ello, un deber riguroso, cuya infracción envilecería. Ninguna fuerza del deseo, ninguna pasión mutua podrían servir de excusa para ello». <<

[132] También por la timidez del sentimiento. En todo afecto de nuestro ser se han distinguido dos cosas análogas, pero no idénticas: el sentimiento y el apetito. El amor del corazón impone a los hombres sensibles una gran reserva y cortedad; el sentimiento es entonces más fuerte que la necesidad directa. Pero como en una organización interiormente endeble no existe una sensibilidad profunda, el que se halla así en una verdadera pasión no es ya el mismo en el amor sin pasión; y, si se siente contenido entonces, será por sus deberes y en modo alguno por su timidez. <<

[133] Todavía no he descubierto la diferencia entre el miserable que deja encinta a una mujer y la abandona, y el soldado que, en el pillaje de una ciudad, la viola y la degüella. ¿Y aun no sería este último el menos infame, ya que siquiera no la engaña y, por regla general, se encuentra borracho? <<

[134] Verosímilmente se objetará que el vulgo es incapaz de buscar así las razones de sus deberes y, sobre todo, de hacerlo sin parcialidad. Pero esta dificultad no es muy grande en sí misma, y apenas si existe más que en la confusión presente de la moral. Por otra parte, en instituciones diferentes a las nuestras, no habría quizá espíritus tan instruidos como entre nosotros, pero seguramente tampoco habría una muchedumbre tan estúpida y, sobre todo, tan engañada. <<

[135] He aquí, a continuación, una parte de lo que he suprimido en el texto. Quizás se pensará que habría debido suprimirlo por completo. Pero a ello contestaré, con referencia a este caso y a otros, que puede uno permitirse el lujo de hablar a los hombres cuando nada se tiene en el pensamiento que deba uno callarles. Yo me hago responsable de lo que publico. Y me atrevo a juzgar los deberes; aunque si alguna vez pueden acusarme de haber faltado, en este respecto, a deberes reales, no sólo dejaré entonces de juzgarlos, sino que renunciaré para siempre al derecho de escribir. «Por mi parte, tendría poca confianza en una mujer que, sin sentir la razón de sus deberes, los siguiera estrictamente, ciegamente, por instinto de conservación. Puede darse el caso de que una tal conducta sea segura; pero este género de conducta es de los que no me satisfacen. Más estimación me merece una mujer a la que nada en absoluto pudiera inducir a traicionar a aquel que hubiese puesto en ella su fe, pero que, en su libertad natural, no estando ligada ni por una promesa, ni por un afecto serio, y encontrándose en circunstancias lo bastante particulares para determinarla a ello, se permitiera gozar con varios hombres, aunque fuese en la embriaguez, en la desnudez y en la delicada demencia del placer» (K).Nota K (carta LXIII): Es preciso repetir aquí que, salvo las adiciones señaladas como tales, la edición presente difiere poco de la primera. <<

[136] Forma de hipocondría consistente en un vago malestar y un disgusto profundo de la vida sin causas aparentes. Aparece desde un principio asociada al clima melancólico y a los paisajes característicos de las islas Británicas, de donde proceden asimismo algunas de sus víctimas más ilustres, como el poeta inglés Chatterton, cuyo suicidio inspirará *Los sufrimientos del joven Werther* (1774), de Goethe. [Nota del editor.] <<

[137] Los estimulantes de la Tórrida podrían haber contribuido a envejecernos. Sus fuegos son menos activos en la India porque también la actividad de los indios es menor; pero la inquietud europea, excitada por su fermentación, produce estos hombres agitados y bulliciosos, cuya manía ve el resto del globo con un asombro siempre nuevo. Yo no digo que en el estado actual de cosas, no sea un paliativo para ciertos individuos, y aun para cierto elemento popular, esa actividad valerosa y espiritual, que ve en el mal el placer de sufrirlo alegremente, y en el desorden el lado burlesco que presentan todas las cosas de la vida. El hombre realmente apegado al objeto de sus deseos, dice bien a menudo: «¡Qué triste es el mundo!». El que sólo pretende no sufrir se dice: «¡Qué extraña es la vida!». El encontrarlas cómicas, es ya encontrar las cosas menos malas; y más si cuando encuentra una divertidas todas las contrariedades que sufre y cuando, a fin de mejor reír, busca uno sus peligros. En cuanto a los franceses, si algún día Nápoles fuese de ellos, es seguro que acabarían construyendo una sala de baños en él cráter del Vesubio. <<

[138] El hombre de bien es inquebrantable en su virtud severa; el hombre de sistema busca a menudo virtudes austeras. <<

[139] Simon André Tissot (1728-1797), célebre médico suizo cuyas obras fueron reeditadas y traducidas con frecuencia en la época. [Nota del editor.] <<

[140] El *batz* es una moneda alemana, equivalente a tres sueldos franceses. [Nota del traductor.] <<

[141] Esto es, de rapé, absorbido por la nariz, que era la forma en que generalmente se usaba por entonces el tabaco. [Nota del traductor.] <<

[142] Pequeñas lamas de madera con las que se cubrían los techos y las fachadas de las edificaciones sometidas con frecuencia a la lluvia. [Nota del editor.] <<

[143] Lugar imaginario cuyo nombre, compuesto a partir de raíces germánicas, como el propio de Obermann, significaría «manantial inagotable», busca sin duda establecer un paralelismo con el Clärens de *La nueva Eloísa* de Rousseau. Véase la introducción. [Nota del editor.] <<

[144] Nota L (carta LXVII): Puede ponerse en duda que la vid haya dado nunca fruto alguno en este valle. <<

[145] Ciudad de Siberia, territorio abierto a la exploración europea durante el siglo XVIII. [Nota del editor.] <<

[146] Pueblo originario de Siberia. [Nota del editor.] <<

[147] Nombre que recibía antiguamente la parte central del litoral del Asia Menor en el mar Egeo. [Nota del editor.] <<

[148] James Cook (1728-1779), ilustre navegante inglés, explorador del Pacífico y el Ártico. Sus relatos de viaje alcanzaron una gran popularidad, siendo traducidos al francés ya en 1774. [Nota del editor.] <<

[149] Friedrich Ludwig Norden (1708-1742), explorador danés. Los relatos de sus viajes a Egipto en 1740 y 1755 fueron traducidos con notable éxito al francés en el periodo 1795-1798. [Nota del editor.] <<

[150] Peter Simon Pallas (1741-1811). Naturalista y explorador alemán, tomó parte en una serie de expediciones a las regiones ribereñas de los mares Negro y Caspio, cuyo relato fue ampliamente difundido. [Nota del editor.] <<

[151] Esto, como es natural, en referencia con el termómetro de Fahrenheit. 145 grados sobre cero, o 113 sobre la congelación natural del agua, corresponden a poco más de 50 grados del termómetro llamado de Reaumur, y 130 grados bajo cero corresponden a 72 por debajo del hielo. Aseguran que un frío de 70 grados no es demasiado raro en la New-Zembla. Pero ignoro si, también en las riberas de Gambia, se ha sentido un calor de 50 grados. La máxima en la Tebaida dicen que es de 38, y la de Guinea parece tan por debajo de 50, que dudo que llegue a tanto en ningún sitio, a no ser accidentalmente, como durante el paso del Samiel. Quizás haya también que dudar de los 70 grados bajo cero en ninguna comarca habitada, aunque se haya pretendido el haberlo experimentado en Ieniseick. Véase a continuación el resultado de las observaciones hechas en 1786. En Ostrug-Viliki, el mercurio se heló en el grado 61 bajo cero, el 4 de noviembre. El termómetro de Réaumur indicaba 31 grados y medio. En la mañana del 1.º de diciembre descendió a 40; el mismo día a 51, y el 7 de diciembre a 60. Esto haría verosímil un frío de 70 grados, sea en la New-Zembla, sea en las comarcas más septentrionales de Rusia, que están más cerca del polo, y donde, a pesar de todo, se encuentran poblaciones humanas. <<

[152] Zona desértica de Egipto donde se refugiaron, en los primeros siglos de nuestra era, los cristianos perseguidos o deseosos de una vida ascética. [Nota del editor.] <<

[153] Tónico masticatorio que se consume junto a hojas de tabaco en determinadas regiones. [Nota del editor.] <<

[154] Licor fermentado que se fabrica en Polinesia a partir de leche de coco y de raíces vegetales. [Nota del editor.] <<

[155] Nota M (carta LXVIII): La anécdota conocida a la que esta parece aludir no tiene nada de auténtica. <<

[156] Alusión a Demócrito, aparentemente. <<

[157] Filósofo escita del siglo VI a. C. considerado como el precursor de la escuela de los cínicos. [Nota del editor.] <<

[158] Filósofo griego, fundador del atomismo antiguo, se dice que consagró su juventud a viajar con el fin de mejorar su formación. [Nota del editor.] <<

[159] Téngase en cuenta que se trata del termómetro de Reaumur. [Nota del traductor.]

<<

[160] Antiguos filósofos de la India, se caracterizaban por su vida extremadamente ascética y su renuncia a todo tipo de satisfacciones sensoriales. [Nota del editor.] <<

[161] Poeta, filósofo y legislador griego del siglo VI a. C., considerado uno de los fundadores del orfismo. [Nota del editor.] <<

[162] Antiguo nombre de Escocia. [Nota del editor.] <<

[163] Legendario bardo escocés, hijo de Fingal, cuyos cantos de amor y de guerra fueron publicados en 1760 como un «ciclo osiánico» contrapuesto a los poemas homéricos, en un intento de aportar una legitimación histórica a la nueva estética romántica de lo sublime de las cumbres nevadas frente a la serena belleza mediterránea del ideal clásico. Así, suscitaron la devoción, entre otros, de escritores del movimiento prerromántico Sturm und Drang como Herder y Goethe. Traducidos al francés por Le Torneur en 1777, resultaron finalmente ser obra del escritor escocés contemporáneo James MacPherson. [Nota del editor.] <<

[164] Es una gran facilidad para un poeta: el que quiere decir todo lo que imagina lleva una gran ventaja al que no debe decir sino cosas positivas y no dice sino aquello que cree. <<

[165] Una idea bastante vaga. Esta observación sería inútil aquí; pero no lo es en general, ni con respecto a aquellos otros pasajes a los que puede resultar aplicable. <<

[166] Obra satírica del emperador romano del siglo IV de nuestra era Juliano, llamado el Apóstata. [Nota del editor.] <<

[167] Es probable que las demás partes de la Naturaleza sean igualmente oscuras a nuestros ojos. Si encontramos en el hombre más motivos de sorpresa, es que vemos en él más cosas. En el interior de los seres es donde nos tropezamos de continuo con los límites de nuestras concepciones. En un objeto que nos es muy conocido, sentimos lo desconocido vinculado a lo conocido; vemos que estamos a punto de concebir el resto, y que, sin embargo, no lo concebiremos; y estas limitaciones nos llenan de asombro. <<

[168] Pequeña isla de la costa de Senegal, frente a Dakar. [Nota del editor.] <<

[169] «Si tú estás bien, me basta». Fórmula utilizada por Cicerón, el célebre orador de la Antigüedad, como encabezamiento de sus cartas. [Nota del editor.] <<

[170] Vino blanco dulce, muy afrutado, producido en la región de Burdeos. [Nota del editor.] <<

[171] Antes de la última revolución suiza. <<

[172] Legendaria reina de Asiria y Babilonia a quien se deben suntuosas construcciones arquitectónicas, su figura ha inspirado numerosas obras, entre ellas la tragedia homónima de Voltaire en 1748. [Nota del editor.] <<

[173] Giovanni Domenico Porta (1722-1780), retratista italiano. [Nota del editor.] <<

[174] La palabra «francesa» es demasiado general. <<

[175] «¡Oh Eterno! Admirable eres en el orden de los mundos; pero más adorable aún en la mirada expresiva del hombre que pone el pan que le queda en la mano de su hermano». Tales son, me parece, las palabras mismas de M***. Año 2440. Senancour se refiere en su nota a Louis-Sébastien Mercier, autor de *Van 2440, rêve s'il en fut jamais*, obra de anticipación publicada en 1770 con numerosas reediciones posteriores. [Nota del editor.] <<

[176] Filósofo griego representante de la escuela cirenaica. Conocido también como «el orador de la muerte», consideraba la muerte preferible a la vida puesto que suprimía todos los males de esta. [Nota del editor.] <<

[177] Expresión que sólo aquí conviene. Pues no está bien que se designe así a los sabios o a los grandes escritores, sino solamente a los folicularios, gentes que *desempeñan un oficio*; o, a lo sumo, a aquellos que son, exacta y exclusivamente, hombres de letras. Un verdadero magistrado no es un hombre de ley. Montesquieu no era un hombre de letras, y tampoco lo son muchos de los autores vivos. <<

[178] El autor se refiere, sucesivamente, a Rousseau y a Diderot. [Nota del editor.] <<

[179] Es absurdo e indignante que se encargue de buscar los principios y de examinar la verdad de las virtudes, si toma por regla de su propia conducta las máximas fáciles de la sociedad, la falsa moral convenida. Ningún hombre debe inmiscuirse en decir a los hombres sus deberes y la razón moral de sus actos, si no siente en su fuero interno el sentimiento del orden, si no quiere ante todo, no precisamente la prosperidad, sino la felicidad pública; si el único fin de su pensamiento no es añadir algo a esa felicidad oscura, a ese bienestar del corazón, fuente de todo bien, que la desviación de los seres altera sin cesar, y que la inteligencia debe guiar y sujetar constantemente. Todo aquel que se sienta dominado por otras pasiones y no someta a esta idea todo afecto humano, todo aquel que pueda buscar ahincadamente los honores, los bienes, el amor y hasta la gloria, no ha nacido para la augusta magistratura de mentor de los hombres.

El que predica una religión sin seguirla interiormente, sin venerar en ella la ley suprema de su corazón, es un charlatán despreciable. No os irritéis contra él, no vayáis a odiar su persona, pero que su doblez os indigne; y, si preciso fuera, a fin de que no siguiera corrompiendo el corazón humano, sumidle en el oprobio.

El que sin someter personalmente sus gustos, sus deseos, todas sus ideas al orden y a la equidad moral, se atreve a hablar de moral al hombre, al hombre que como él tiene el egoísmo natural del individuo y la debilidad de un mortal, ese es un charlatán todavía más odioso. Envilece las cosas elevadas, pierde todo lo que nos quedaba. Si padece del furor de escribir, que haga cuentos, que haga versitos; si tiene talento de escritor, que traduzca, que sea *hombre de letras*, que explique las artes, que sea útil a su modo; que trabaje por dinero, por la fama; o bien, más desinteresadamente, trabaje para honor y prez de una corporación, para el progreso de las ciencias, para la gloria de su país; pero deje al hombre de bien lo que se llamaba la función de los sabios, y al predicador el régimen de las costumbres. La imprenta ha operado en el mundo social un gran cambio. Era imposible que esta influencia no hiciese algún daño; pero la verdad es que apenas si podía hacer menos. Los inconvenientes que debía traer consigo no han tardado en dejarse sentir, pero los medios empleados para combatirlos han producido otros males no menos graves. Parece, sin embargo, que en el actual estado de cosas en Europa, podría conciliarse la libertad de escribir con los medios de separar de la utilidad de los libros aquellos excesos que tienden a compensar esta utilidad reconocida. El mal proviene principalmente de las demencias del espíritu partidista y del número asombroso de libros sin contenido alguno. El tiempo, se dirá, hace olvidar lo que es injusto o malo. Pero, desgraciadamente, esto no basta, ni a los particulares, ni al público en masa. El autor ha muerto cuando la opinión se forma o se rectifica; y el público toma un funesto espíritu de indiferencia por lo verdadero y lo honrado, en medio de esa incertidumbre de la que sale casi siempre con respecto a las

cosas pasadas, para volver a entrar siempre con respecto a las cosas presentes. En mi suposición, estaría permitido escribir cuanto está hoy permitido; y hasta la opinión gozaría de una libertad semejante. Pero los que no quieren esperar la opinión durante medio siglo, los que no pueden acudir a ellos mismos, o no se avienen a leer veinte tomos para dar con un libro, encontrarían sin duda tan cómodo como útil una garantía indirecta, una vía ya trazada, que nada en absoluto les obligaría a seguir. Esta institución exigiría la más íntegra imparcialidad; pero nada impediría escribir contra lo que ella hubiese aprobado; así, su interés más directo estaría en merecer la consideración pública, que no tendría medio alguno de sobornar. Se objeta siempre que los hombres justos son rarísimos; pero, aun ignorando si realmente lo son tanto como dicen, por lo menos no cabe duda de que hay alguno que otro. <<

[180] Tal como lo fue *El espíritu de las leyes* por las *Cartas persas*.

Obras ambas de Montesquieu pertenecientes, respectivamente, a los géneros de la filosofía política y a la ficción epistolar, fueron publicadas en el orden indicado por Senancour en 1721 y 1748. [Nota del editor.] <<

[181] En las cartas publicadas por un tal Matthew, encuéntrase el pasaje siguiente, que me ha parecido curioso: «Es una consecuencia necesaria, tanto del grado de depravación a que ha llegado la especie humana, como del estado actual de la sociedad en general, que haya muchas instituciones igualmente incompatibles con el cristianismo y la moral» (*Voyage à la riv. de Sierra-Leone*). <<

[182] He suprimido unas cuantas páginas en que se trataba de circunstancias particulares y de una persona a la cual no se vuelve a hacer referencia en todas estas cartas. En cierto modo, las he sustituido por lo que sigue; un fragmento desglosado de otra parte, que viene a decir, poco más o menos, lo mismo, pero de un modo general, y que su analogía con lo suprimido me ha llevado a insertar aquí. <<

[183] «El hombre brutal no percibe las cosas tal como son en el espíritu de Dios»
(*Epístola de san Pablo a los Corintios*, I, 2). [Nota del editor.] <<

[184] Es cierto que el desvío de Obermann por doctrinas que sólo le parecen accidentales no se extiende hasta las ideas religiosas fundamentales. <<

[185] En la tragedia *Britannicus* de Racine, acto II, escena 1. [Nota del editor.] <<

[186] Jean Henri Lambert (1728-1777), geómetra, físico y astrónomo francés, autor de descubrimientos relevantes en todos estos campos. [Nota del editor.] <<

[187] Obra del filósofo iluminista Jean-Claude de Saint-Martin, muy conocido en la época especialmente gracias a su anterior tratado *L'homme de désir* (1790). Aproximadamente a partir de su publicación en 1799, Senancour se interesa vivamente por la filosofía martinista, donde encuentra una concepción global de la realidad fundada sobre la correspondencia entre el hombre y el universo, así como una filosofía de la historia que postula para el primero la necesidad de un retorno a su naturaleza original. Acerca de la influencia de Saint-Martin sobre Senancour, véase nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[188] Alusión al Maniqueísmo, doctrina fundada por el filósofo persa Manes (siglo III) sobre la base de un antagonismo radical entre las dos divinidades del Bien y del Mal, y pronto considerada herética por el cristianismo oficial. [Nota del editor.] <<

[189] Nombre que los autores griegos otorgaban a los antiguos pobladores de la península antes de la llegada de los helenos a la misma. [Nota del editor.] <<

[190] Pueblo de origen iranio, habitante de las estepas situadas al norte del mar Negro.
[Nota del editor.] <<

[191] Se ve que la palabra «magia» debe ser tomada aquí en su primer sentido, y no en la nueva acepción; de suerte que, por «falsa magia», conviene entender, poco más o menos, la magia de los modernos. <<

[192] B... murió a los treinta y siete años, habiendo ya escrito la *Antigüedad desvelada**.

* Alusión a Nicolas-Antoine Boulanger (1722-1759). Sus investigaciones sobre los grandes cataclismos del pasado y su relación con las religiones antiguas fueron reunidas en su obra *La Antigüedad desvelada*, publicada en 1766, que alimentó el debate de la época sobre el origen de la religión. La referencia elogiosa a la sabiduría del pasado por parte de Senancour se entiende en el marco de la creencia ocultista, y, por ende, martinista, en la superioridad de los primeros tiempos y la necesidad de regresar a ellos. Véase nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[193] Legislador y hombre de Estado ateniense, cuyo nombre está ligado a la reforma social y política emprendida en Atenas y que determinó su florecimiento cultural y artístico. [Nota del editor.] <<

[194] Es el sentido de la frase de Solón y del pasaje de *De Officiis* que, aparentemente, dieron lugar a la mención de Cicerón y Solón. <<

[195] Referencia a *Le monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne* (1773-1784), obra monumental de Court de Gébelin cuyo plan consiste en una comparación entre los diversos sistemas mitológicos y lingüísticos, y donde Senancour ha hallado argumentos a favor de su creencia en la unidad profunda de toda la humanidad y, sobre todo, alimento para su convicción acerca de la superioridad de los primeros tiempos históricos con respecto a la actualidad. Véase también nuestra nota 8 a la carta LXXXV. [Nota del editor.] <<

[196] Los días de tristeza, la habitual ensoñación de un alma comprimida, los largos hastíos que perpetúan el sentimiento del vacío de la vida, pueden incitar o sostener la necesidad de decir nuestro pensamiento, y a menudo fueron favorables a aquellas obras cuya poesía expresa las profundidades del sentimiento y las vastas concepciones del alma humana, a la que sus dolores han hecho impenetrable y como infinita. Pero una obra importante por su objetivo, por su conjunto y su alcance; una obra que se consagra a los hombres y que se destina a perdurar, sólo se emprende cuando se tiene un modo de vivir casi seguro y no tiene uno que preocuparse por la vida de los suyos. En cuanto a Obermann, como vivía solo, no veo realmente que la situación favorable en que se encontraba a la sazón le fuera indispensable. <<

[197] Lo que es impracticable en Francia aún es factible en casi toda Suiza, donde está admitido el reunirse al anochecer en establecimientos que no son otra cosa que tabernas selectas. Ni la edad, ni la nobleza, ni los más altos cargos hacen una ley de lo contrario. <<

[198] Nota N (carta LXXXIX): Parece que esta carta debía concluir como sigue:

[...] Cuando el sueño de lo amable y de lo honrado envejece en nuestro pensamiento inseguro; cuando la imagen de la armonía desciende de los lugares celestes, se acerca a la tierra y se encuentra envuelta en brumas y tinieblas; cuando nada subsiste de nuestros sentimientos o de nuestra esperanza; cuando pasamos con la fuga invariable de las cosas y en la inevitable inestabilidad del mundo, ¡ay, amigos míos; ella, a quien he perdido; usted, que vive lejos de mí!, ¿cómo felicitarse del don de la existencia?

¿Qué hay que nos sostenga realmente? ¿Qué somos? Triste mixtura de materia ciega y de libre pensamiento, de esperanza y de servidumbre; empujados por un soplo invisible, a pesar de nuestros murmullos; rampantes a la vista de las claridades del espacio sobre un suelo inmundo, y enroscados como insectos en los senderos cenagosos de la vida, pero, hasta la caída postrera, soñando en los puros deleites de un destino sublime.

<<

[199] Lo que compone este suplemento no fue recogido hasta el año 1833, época de la segunda edición, o después. <<

[200] Incorporada por primera vez a la segunda edición de la obra, publicada en 1833 por iniciativa del crítico Sainte-Beuve, esta carta parece hacerse eco del *descubrimiento* de Senancour por parte de los románticos en cuanto refuerza la centralidad de la intriga amorosa (o *romántica* en el sentido de «novelesca») en la misma. Véase nuestra introducción. [Nota del editor.] <<

[201] El texto de esta carta había sido publicado previamente por Senancour en 1834, dentro de la colección de testimonios reunida por su amigo Ferdinand Denis con el título *Voyages anciens et modernes*, París, Louis Janet. Su incorporación al cuerpo de la obra por vez primera en la edición de 1840 puede considerarse como la maniobra más decidida, por parte de Senancour, para corregir su propia imagen a través de la de Obermann en una dirección viril y prometeica, más allá de los tópicos de la melancolía y el mal-del-siglo, con los que ambos estaban asociados. Véase nuestra introducción al respecto. [Nota del editor.] <<

[202] Esta carta de Obermann, recogida desde la edición precedente, ha sido ya impresa en *Les Navigateurs*. <<

[203] Situada en la edición de 1833 tras la carta XC, en 1840 aparece desplazada tras la introducción de la XCI, lo que refuerza la voluntad de Senancour de presentarla como conclusión de la obra, a la manera de un *finale con tempo moderato*, tras el *fortissimo* de la carta inmediatamente anterior. Su carácter misteriosamente hermético se halla en consonancia con la hipótesis de la novela como una comunicación para iniciados y, por otro lado, parece anticipar el futuro Simbolismo de un Baudelaire. [Nota del editor.] <<

[204] Nota O (última carta): En esta época, Obermann había abandonado quizás Imenstrom. Quizás también, sin haberse visto obligado a volver a las ciudades, echaba de menos el movimiento tan campestre de las grandes alquerías. Los pastos de los Alpes septentrionales y de los Altos Alpes se encuentran situados a menudo en paisajes verdaderamente pintorescos; pero no se conoce en ellos más que una recolección y, durante todo el año, no se hace sino una misma cosa. <<

[205] La edición de 1804 incorporaba este índice, que no apareció en siguientes. Los números remiten a la carta correspondiente. <<

[206] Traducido por Miguel Ángel López Vázquez y Ángeles González Fuentes. Prefacio incluido en la segunda edición francesa de *Obermann*, de 1833. Se trata de un desarrollo del artículo publicado previamente por el propio Sainte-Beuve en el número del día 22 de enero de 1832 en la *Revue de Paris*. A su vez, dicho prefacio había aparecido ya en parte en *Le National* de 24 de mayo de 1833, y puede considerarse como el detonante de la transitoria celebridad de Senancour entre los autores de la nueva escuela romántica. En dichos textos, Sainte-Beuve establece la interpretación mayoritaria de la obra a partir de entonces, conforme con las premisas de su propia concepción de la crítica literaria. De acuerdo con dicha interpretación, *Obermann* constituye, si no una rigurosa autobiografía, al menos un fiel autorretrato del autor. Pero, haciendo aparecer a Senancour como un fracasado, proyecta retrospectivamente y de manera incongruente sobre la novela el posterior fracaso literario de la misma. Junto a ello, Sainte-Beuve asienta también los tópicos del *rousseauismo* del autor, así como de su ateísmo. Senancour se distanciará inmediatamente de dicha interpretación. Y así, al margen de su propio ejemplar, señalará que no recuerda haber negado jamás la existencia de Dios, antes bien únicamente haber expresado sus dudas insuperables al respecto. Véase la introducción. [Las notas de los apéndices son del editor.] <<

[207] *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, ensayo de madame de Staël. Comenzado en 1792, fue publicado en Lausanne en 1796. Como su título indica, tiene por objeto analizar de qué manera las pasiones determinan nuestra felicidad o infelicidad. <<

[208] Breve novela de François-René de Chateaubriand. Gozó de gran popularidad en la época por su caracterización del mal-del-siglo. Publicada originalmente en 1802 como episodio integrado en la obra *Genio del cristianismo*, fue objeto de una primera edición autónoma junto a *Atala* en 1805. <<

[209] Más allá de su traducción literal, el término francés original *ennui* desborda toda posible equivalencia en castellano. Se trataría prácticamente de un vocablo intraducible, al estilo de nociones emparentadas tales como la inglesa *spleen* o la alemana *Sehnsucht*. Todas ellas, de uso habitual durante el siglo XIX, expresan un malestar existencial agudo y al mismo tiempo de origen indefinido, relacionado sin duda alguna con la crisis de las creencias tradicionales, la pujanza del pensamiento científico y las rigurosas condiciones de vida impuestas por el sistema capitalista-burgués, con su ascetismo y su pragmatismo, tal y como sintetizará bien Freud en su escrito *El malestar en la cultura*, publicado en 1929. Sobre todo ello, véase el estudio de Georges Minois, *Histoire du mal de vivre. De la mélancolie à la dépression*, Paris, La Martinière, 2003. <<

[210] Heroína epónima de la segunda gran novela de madame de Staël, tras *Delphine* (1802), *Corinne ou de l'Italie*, publicada en el año 1807. <<

[211] Alphonse Rabbe (1786-1830). Periodista y autor de diversos libros de historia, una enfermedad contraída durante su juventud determinó su carácter profundamente sombrío y pesimista, que le llevó finalmente al suicidio. Fue uno de los primeros en profesar un culto discreto pero fervoroso al autor de *Obermann*, en quien veía un arquetipo universal de su propia desgracia. El texto hace referencia a un poema de Víctor Hugo donde se comparaba la sonrisa de Rabbe con el rictus de un condenado, frente a lo cual este último reaccionó con gran indignación. <<

[212] Auguste Sautet (1800-1830) fue periodista, crítico y gozó de una particular notoriedad como editor de los principales autores románticos. Condenado a prisión por un suceso político a raíz de la revolución de 1830, se suicidó de un tiro en la sien el 13 de mayo de ese mismo año. <<

[213] Charles Nodier (1780-1844), célebre escritor romántico, admirador del alemán E.T.A. Hoffmann y, al igual que este, especialista en relatos fantásticos que se desarrollan en una atmósfera gótica. En la obra citada a continuación, *Les tristes, ou Mélanges tirés des tablettes dun suicidé*, publicadas en 1806, recomienda la lectura de las *Rêveries* y *Obermann* de Senancour, a quien sin embargo recrimina por su ateísmo. <<

[214] Pierre-Simon de Ballanche (1776-1847), teósofo natural de Lyon, cuya fortuna literaria guarda un notable parecido con la de Senancour. Así, considerado un autor minoritario y difícil, a partir de 1830 su obra ejercerá una influencia notable sobre sus contemporáneos, quienes encontrarán en ella una filosofía de la historia basada en la noción de palingenesia o regeneración progresiva de la humanidad. Ballanche fue, a su vez, uno de los primeros admiradores y valedores de *Obermann*, llegando a trabar incluso amistad con Senancour. <<

[215] HyacitheThabaud, llamado Henri de Latouche (1785-1851). Editor de la obra del poeta André Chenier y él mismo periodista, crítico y novelista reputado, trató de divulgar su entusiasmo por *Obermann* incluso llegando a leerlo en el salón de la célebre madame Récamier. <<

[216] Alusión a la residencia de Senancour en París, sita en la calle de la Cerisaie. A partir de 1833 se convirtió en lugar de peregrinaje para los miembros de la escuela romántica, como George Sand, el compositor Franz Liszt, el escultor David d'Angers, etcétera. <<

[217] *Lélia*, novela de George Sand, publicada en 1833, en cuya primera versión especialmente se hace muy patente la influencia de *Obermann*. <<

[218] Protagonista, junto a la heroína homónima, de la novela epistolar *Julie ou la nouvelle Héloïse*, de Jean-Jacques Rousseau, publicada en 1761. <<

[219] Jules Bastide (1800-1879). Tras su participación activa en la revolución de 1830, se consagró al periodismo, llegando a ostentar finalmente una cartera ministerial. <<

[220] Presumiblemente Jean-Jacques Ampère (1800-1864), historiador, escritor y viajero francés, miembro de la Academia Francesa. <<

[221] Un A. Stapfer estuvo a cargo de la traducción del *Faust* de Goethe publicada por la editorial de Sautetlet en colaboración con Motte en 1828, que pasaría a la historia por ser la primera edición ilustrada por un artista plástico, en este caso el pintor Eugène Delacroix. <<

[222] El autor se refiere aquí a Víctor Cousin (1792-1867). Filósofo francés, defendió un eclecticismo entre diversas tendencias o escuelas filosóficas, entre las que destaca el idealismo alemán, cuyo ascendiente sobre el autor le llevó a conocer personalmente a Hegel y Schelling. Su difusión del pensamiento de estos autores, con sus elementos irracionalistas, la centralidad del Yo y su interés por el arte pronto le convirtió en el filósofo por excelencia del Romanticismo en Francia. <<

[223] Véase nuestra nota 5 a la carta LXX de *Obermann*. <<

[224] Así era conocido el escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), una de las figuras más destacadas del primer Romanticismo. El autor del prefacio se refiere aquí a un célebre episodio, incluido en la novela *Siebenkäs* (1796), titulado *Discurso de Cristo muerto, el cual, desde lo alto del edificio del mundo, proclama que Dios no existe*, y considerado habitualmente como una de las primeras manifestaciones explícitas del así llamado *nihilismo* moderno o afirmación de la no existencia de Dios, anticipándose a la célebre proclamación nietzscheana de la muerte de Dios. <<

[225] En referencia a la pequeña comunidad establecida por Rousseau en la localidad homónima del distrito de Vevay, en el cantón del Vaud, en su novela *Julie ou la nouvelle Héloïse* (1761). <<

[226] Localidad situada en la orilla sur del lago Lemán, inmortalizada por Rousseau gracias a un episodio de la novela citada en la nota anterior. <<

[227] Castillo emplazado junto al lago suizo de Lemán donde lord Byron situó la acción de su poema *El prisionero de Chillon*, publicado en 1816. Rousseau había llamado anteriormente ya la atención sobre dicho paraje en *La nueva Eloísa*. Sin embargo, como es evidente, todos estos lugares son citados en referencia al itinerario suizo de Obermann. <<

[228] Monsieur Bastide se encontraba en Inglaterra. [Nota del autor.] <<

[229] Traducido por Miguel Angel López Vázquez y Ángeles González Fuentes. Prefacio a la tercera edición francesa de *Obermann*, publicada en 1840. Se trata de la reproducción exacta del artículo publicado por Sand en la *Revue des Deux Mondes* de 15 de junio de 1833. Redactado al parecer en gran parte siguiendo las indicaciones de Gustave Planche, expresa al mismo tiempo el entusiasmo y las reservas de la autora frente a la obra de Senancour. En efecto, según todos los indicios, Sand había descubierto *Obermann* en 1825 o 1826, mientras estaba inmersa en una profunda crisis personal, y se habría reconocido a sí misma en el desencanto y la melancolía del personaje. Sin embargo, más tarde afirmará no reconocerse en el prototipo del *genio enfermizo*, renunciando finalmente a emprender la publicación de las obras completas de Senancour, que ella tenía la intención de prologar, y a romper el silencio que pesaba sobre el autor en el momento de su muerte, para indignación de la hija de este último, Eulalie. En sus términos fundamentales, el prefacio de Sand se hace eco de la interpretación de *Obermann* en clave autobiográfica establecida por Sainte-Beuve, si bien perfecciona considerablemente el análisis de la *enfermedad moral* del personaje a través de su comparación con los héroes no tan sólo de Chateaubriand, sino también de Byron o Goethe, e incluso con Hamlet. En este sentido, dicho prefacio constituye un auténtico tratado sobre el mal del siglo y uno de los documentos principales para su conocimiento por parte del historiador. Asimismo, introduce sugestivamente un factor diacrónico para justificar las vicisitudes de la recepción de *Obermann*, desde la indiferencia inicial al posterior entusiasmo. Pese a prolongar la interpretación biográfica de la novela, el texto de Sand despertó la admiración y el reconocimiento de Senancour, quien sin embargo no llegó a expresar jamás satisfactoriamente sus sentimientos, a juzgar por el decepcionante encuentro del año 1833 entre ambos escritores. <<

[230] Personaje de Chateaubriand. Véase más arriba nuestra nota 3 al prefacio de Sainte-Beuve. <<

[231] Sirviente de Aquiles. Obligado a entregarlo a Agamenón, Aquiles renunció después a entrar en combate, presa de un ataque de dolor. <<

[232] Se refiere, naturalmente, al suicidio de Werther, protagonista de la novela homónima (1774) de Goethe. <<

[233] Uno de los tres personajes principales de las novelas *René* y *Atala*, de Chateaubriand. <<

[234] Protagonista del drama homónimo de Goethe (1808-1832). <<

[235] Héroe del poema *Manfred* (1817), de lord Byron. <<

[236] Por el poema *Childe Harold* (1812-1818), de este mismo autor. <<

[237] Personaje principal de *El corsario* (1814), poema de lord Byron. <<

[238] Protagonista del poema *Lara* (1814), de lord Byron. <<

[239] Personaje de Rousseau, aparece en *Julie ou la nouvelle Héloïse* (1761). <<

[240] A lo largo de esta última parte, el prefacio de Sand parece estar dirigido a justificar la empresa literaria de la propia autora, y, en particular, la progresión representada por el personaje de su novela *Lélia* (1833) con respecto a la genealogía de los grandes héroes románticos. <<